

LA INTEGRIDAD DE DIOS

R. B. THIEME, JR.



R. B. THIEME, JR., BIBLE MINISTRIES
HOUSTON, TEXAS

MATERIALES BÍBLICOS

No hay cargo alguno por los materiales del R. B. Thieme, Jr., Bible Ministries. Cualquier persona que desee instrucción bíblica puede recibir nuestros libros en español y nuestros libros y grabaciones en audio y video en inglés sin obligación. Es Dios quien provee la doctrina bíblica. Nosotros solo deseamos reflejar su gracia.

R. B. Thieme, Jr., Bible Ministries es un ministerio de gracia y opera totalmente a través de ofrendas voluntarias. Cuando la gratitud por la Palabra de Dios motiva al creyente a dar, entonces él tiene el privilegio de contribuir en la diseminación de la doctrina bíblica.

R. B. Thieme, Jr., Bible Ministries

P. O. Box 460829 Houston, Texas 77056-8829, USA www.rbthieme.org

© 2023, 2018 por R. B. Thieme Jr. Todos los derechos reservados.

La primera edición fue publicada en 2018. La segunda edición fue publicada en 2023.

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida o transmitida mediante ningún sistema o método, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones, o sistemas de almacenamiento o recuperación, sin la previa autorización por escrito del publicador.

Impreso en los Estados Unidos de América

ISBN 10: 1-55764-104-8 (papel)

ISBN 13: 978-1-55764-201-1 (eBook)

Esta traducción es una publicación del libro en inglés

The Integrity of God © 2005, 1998, 1988, 1979 por R. B. Thieme, Jr.

Este libro ha sido editado de las lecturas y notas no publicadas de R. B. Thieme, Jr.

Un catálogo (en inglés) de estudios bíblicos doctrinales se facilitará previa solicitud.

Escrituras tomadas de la Nueva Biblia de las Américas (NBLA),

© 2005 por The Lockman Foundation son usadas con permiso.

www.NuevaBiblia.com

El texto bíblico ha sido tomado de la versión Reina-Valera © 1960,

Sociedades Bíblicas en América Latina. Utilizado con permiso.

2023 Traductor: Emilio Nana y Carlos Agudelo

2023 Edición: Armando A. García y Grupo Editorial Ministerio Bíblico Buenas Noticias

www.graciayverdad.org

2018 Edición producida por la Fundación Hurtado

Publicado con el permiso de R. B. Thieme, Jr., Bible Ministries.

Contenido

Prefacio	vii

Capítulo Uno: La Integridad en Enfoque

Dios Se Revela	1
La Esencia de Dios, la Fuente Fundamental	4
La Persona de Dios, Nunca Dividida	4
La Naturaleza de la Integridad	6
Los Atributos de la Integridad	8
La Justicia Guarda la Esencia Divina	8
La Rectitud Guarda la Justicia Divina	10
La Integridad y el Amor de Dios	11
Cómo Se Malentende el Amor de Dios	16
Comprendiendo el Amor de Dios	19
La Justicia Precede a la Función del Amor	22
Pablo Explica el Evangelio	25
El Pensamiento de un Juez	28
La Expresión de la Integridad y el Amor —La Gracia	34
La Imparcialidad de Dios	36
El Lenguaje de Adaptación	41
El Arrepentimiento de Dios	42
La Ira de Dios	47
El Odio de Dios	49

Capítulo Dos: La Integridad en Acción

Las Imputaciones: El Marco para la Comprensión de la Doctrina . . .	51
El Amor Divino como Punto de Contacto de Adán.	52
La Era de la Perfección.	52
Cómo la Justicia Se Convirtió en Nuestro Punto de Contacto . . .	53
Sin Vida Eterna, Sin Seguridad Eterna.	56
La Justicia Tiene Precedencia sobre el Amor Divino	58
La Caída del Hombre y la Gracia de Dios	59
Las Imputaciones Afines y Judiciales.	61
La Primera Imputación: La Vida de Alma.	62
La Segunda Imputación: El Pecado de Adán.	64
El Genio de la Justicia Divina.	64
La Muerte Espiritual	65
La Perpetuación Genética de la Naturaleza del Pecado	67
Los Pecados Personales No Imputados.	72
Dos Gobernantes: Satanás y la Naturaleza del Pecado	80
La Tercera Imputación: Los Pecados Personales a Cristo	87
El Hijo de Dios Nacido en Forma Única.	87
La Lógica de <i>A Fortiori</i>	91
La Imputación Judicial en la Cruz	95
La Cuarta Imputación: La Rectitud Divina	97
La Justicia Sólo Puede Bendecir la Rectitud	97
Justificación	100
El Conducto de la Gracia	105
Sacerdote y Embajador	108
El Potencial Exige Capacidad	115
El Entorno Encapsulado	118
La Gracia Eficaz.	120
La Regeneración.	120
Los Ministerios de Salvación del Espíritu Santo	120
El Bautismo del Espíritu Santo.	121
La Habitación del Espíritu Santo.	129
La Llenura del Espíritu Santo.	130
El Sellado del Espíritu.	133
La Distribución de los Dones Espirituales.	134
La Seguridad Temporal.	135
La Quinta Imputación: La Vida Eterna.	140
Los Imputaciones Potenciales:	
Bendiciones en el Tiempo y en la Eternidad	146
La Sexta Imputación: Bendiciones en el Tiempo	147

Las Bendiciones Espirituales	147
Las Bendiciones Temporales	148
Las Bendiciones Por Asociación.....	153
El Impacto Histórico	155
Por qué los Creyentes Maduros Sufren.	158
El Sufrimiento Inmerecido.....	158
Introducción a la Esperanza.....	165
La Gracia al Morir	169
La Séptima Imputación: Recompensas en la Eternidad	171
La Evaluación Final	171
Las Cosechas Abundantes y los Latifundios.....	178
Las Descripciones De Las Recompensas Eternas.	178
Condecoraciones Militares.	179
Las Coronas Atlético.....	183

Capítulo Tres: La Integridad y la Esperanza

La Confianza del Cristiano	191
El Perfil del Creyente Maduro	200
La Ecuación de la Esperanza.....	202
La Exégesis de Romanos 8:28.....	216
Usando la Ecuación	222
La Ecuación y el Ajuste a la Justicia de Dios	222
La Ecuación y la Protección Divina.....	230
La Ecuación y el Código de Honor de la Familia Real.....	233
Altos Estándares para la Realeza	233
La Superioridad del Código de Honor de la Familia Real.....	235
El Código de Honor y el Establecimiento Divino.	239
Lo Esencial y Lo No Esencial.....	242
Dos Clases De Amor	243
Reciprocidad.....	246
Una Actitud Hacia El Morir.....	247
La Ecuación y la Maldad	247
La Ecuación y el Descanso en la Fe.....	249

Capítulo Cuatro: Conclusión

¿La Rectitud de Quién?.....	265

Apéndices

Apéndice A: La Doctrina de la Esencia Divina	272
Apéndice B: La Doctrina del Decreto Divino.....	303

Índices

Índice de Escrituras	334
Índice de Temas	346

Diagramas

La Justicia Como Guardián de la Esencia Divina.....	9
El Amor Impersonal y Personal de Dios	13
La Imputación de la Vida de Alma	63
Espermatogénesis en el Varón	68
Oogénesis en la Mujer.....	69
Imputación del Pecado Original de Adán	71
La Lógica de Pablo en Romanos 5:15–17.....	92
La Lógica <i>A Fortiori</i> en Romanos 5:15–17	94
La Justificación	103
El Conducto de la Gracia	106
El Conducto Encapsulado de la Gracia	107
El Sacerdocio y la Embajada del Creyente de la Era de la Iglesia	110
Potencial + Capacidad = Realidad	115, 124
El Bautismo del Espíritu Santo.....	125
Esperanza a Esperanza a Esperanza.....	166
Eventos Escatológicos	172
$X+Y+Z$ = La Séptima Imputación.....	204, 205, 214
El Potencial ₁ para la Salvación	206
El Potencial ₂ para las Bendiciones en Fideicomiso en el Tiempo	209
El Potencial ₃ para las Bendiciones en Fideicomiso en la Eternidad	211
El Ajuste a la Justicia de Dios	223
Los Radicales X, Y y Z bajo el Establecimiento Divino	230–31
El Código de Honor de la Familia Real	232
Los Ataques Satánicos sobre el Radical X	248
La Técnica del Descanso en la Fe.....	254

Prefacio

Antes de comenzar su estudio bíblico, si es creyente en el Señor Jesucristo, asegúrese de haber nombrado sus pecados en privado a Dios el Padre.

Si confesamos nuestros pecados [conocidos], El es fiel y justo [recto] para perdonarnos los pecados [conocidos] y para limpiarnos de toda maldad [pecados desconocidos u olvidados]. (1 Juan 1:9)

Entonces estará en comunión con Dios, lleno del Espíritu Santo, y listo para aprender la doctrina bíblica de la Palabra de Dios.

Dios es espíritu, y los que le adoran deben adorarle en [llenura del] espíritu y en verdad [bíblica]. (Juan 4:24)

Si nunca ha creído personalmente en el Señor Jesucristo como su Salvador, para usted el asunto no es el nombrar sus pecados. El asunto es fe sola en Cristo solamente.

El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que no obedece [el mandato de creer en él] al Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él. (Juan 3:36)

PORQUE LA PALABRA DE DIOS es viva y poderosa, más cortante que cualquier espada de dos filos; penetra hasta la división del alma y del espíritu, de las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. (Hebreos 4:12)

Toda Escritura es respirada por Dios y útil para adoctrinar, para reprender, para corregir, para instruir en rectitud, para que el hombre de Dios pueda ser maduro, completamente equipado para toda buena obra. (2 Timoteo 3:16–17)

Estudia para presentarte aprobado ante Dios, un trabajador que no tiene de qué avergonzarse, que discierne correctamente la palabra de verdad. (2 Timoteo 2:15)

Capítulo Uno

LA INTEGRIDAD EN ENFOQUE

DIOS SE REVELA

TEMPRANO EN LA VIDA te diste cuenta de que Dios existe. Cuando te preguntaste acerca de la fuente, causa, naturaleza o propósito de las cosas, tu curiosidad natural te dirigió hacia un Ser Supremo. Pero imaginar que Dios existe es mucho más fácil que comprenderlo.

Todos alcanzan la consciencia acerca de Dios —al menos todos los que tienen una inteligencia y edad por encima de la mínima (Ro 1:19–20). Pero la tarea hercúlea de comprender a Dios requiere más que una curiosidad innata. Esto exige volición positiva —un deseo activo de aprender sobre Él, la disposición y autodisciplina de someterse para aprender la verdad. La volición positiva es una cuestión de decisión individual, y la mayoría de la gente se aparta mucho antes de alcanzar la meta de la comprensión.

Incluso aquellos que sí quieren conocer a Dios están atrapados en el laberinto oscuro de la ignorancia y las limitaciones humanas. Todo tipo de teorías religiosas y filosóficas prometen llevarnos a la luz sólo para terminar en el callejón sin salida de falsedad y maldad (Ro 1:21–23). ¿Cómo encontramos nuestra salida de la ignorancia?

Porque *como* los cielos son más altos que la tierra,
Así mis caminos son más altos que sus caminos,
Y mis pensamientos más altos que sus pensamientos.
(Is 55:9, traducción corregida)

Estamos espiritualmente ciegos. No podemos descubrir el carácter o la personalidad de Dios. Pero dentro de nuestras tinieblas resplandece la gracia de Dios; Él se ha revelado.

Cuando respondemos de manera positiva en el punto de consciencia de Dios, Él es responsable de proporcionar la información del Evangelio por la cual podemos creer en Cristo y así entrar en una relación eterna con Dios. Dios se ha revelado en la Biblia, “la mente de Cristo” (1Co 2:16): El Evangelio es sólo una de las muchas categorías de la doctrina bíblica. Con respecto a nosotros, Dios ha “engrandecido Su Palabra por encima de Su propio nombre [reputación]” (Sal 138:2*b*, traducción corregida). Las doctrinas de la Palabra de Dios, residentes en nuestras almas, son los únicos medios por los cuales podemos conocer quién y qué Dios es, y así llegar a respetarlo y amarlo. Sólo a través de aprender la doctrina bíblica podemos darle el reconocimiento, el honor y la gloria que Él merece.

Antes bien, como está escrito:

Cosas que ojo no vio, ni oído oyó,
Ni han subido en corazón de hombre,
Son las que Dios ha preparado para los que le aman.
(1Co 2:9, RVR)¹

Pero ¿cómo nos habilita Dios para comprender lo que suele estar más allá de nuestra comprensión? ¿Cómo logra Él la tarea que pareciera imposible de comunicar Sus atributos espirituales, infinitos y perfectos a nuestras mentes temporales, finitas e imperfectas? ¿Cómo podemos llegar a comprender la integridad de Dios?

Nuestra ceguera es quizá más oscura de lo que das cuenta. El no creyente, llamado el “hombre natural”, carece de un espíritu humano (1Co 2:13–16). Espiritualmente muerto, él nada más no está equipado

1. A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas en este libro son tomadas de la *Nueva Biblia de las Américas* (NBLA). Aquellas marcadas “RVR” son citadas de la *Reina Valera 1960*. Las referencias marcadas como “traducción corregida” son del autor y representan más literalmente los textos originales en hebreo y griego. Comentario entre corchetes clarifica el significado, correlaciona el pasaje con la discusión en curso o refleja la exégesis enseñada en clases de Biblia. Las grabaciones de las clases bíblicas están disponibles en inglés sin costo alguno en R. B. Thieme, Jr., Bible Ministries, Houston, Texas.

para entender los fenómenos espirituales. Incluso la simple verdad del Evangelio lo eludiría si no fuera por el ministerio de convencimiento (o convicción) de Dios el Espíritu Santo; la Tercera Persona de la Trinidad debe sustituir al espíritu humano faltante para hacer el Evangelio claro y entendible (Gn 6:3; Jn 6:44; 16:7–11; 2Pe 2:21). Sólo entonces el no creyente puede tomar su decisión de aceptar o rechazar a Jesucristo como Salvador.²

En el momento de fe en Cristo, el nuevo creyente adquiere un espíritu humano (1Ts 5:23) como parte del AGP, el aparato de la gracia para la percepción.³ El AGP es el sistema no meritario por el cual cada creyente puede aprender todo el ámbito de la doctrina y crecer espiritualmente, sin importar su formación educativa o coeficiente intelectual (CI) humano. En el AGP, Dios proporciona cada paso, desde la doctrina residente en Su propia mente hasta la doctrina residente en el alma del creyente. Él suministra la Biblia misma, el don espiritual de pastor-maestro, la iglesia local como el salón de clase donde se enseña doctrina, la privacidad del sacerdocio de cada creyente que le permite ser objetivo a medida que aprende. El espíritu humano, en conjunto con el alma, completa el equipamiento interior del AGP, que es necesario para convertir la doctrina de algo apenas comprendido en algo bien entendido y utilizable tanto para el avance espiritual como para la aplicación a la vida.

Pero ni siquiera adquirir un espíritu humano no nos habilita para comprender a Dios. Dios el Espíritu Santo, que desempeña un papel activo que lleva hasta nuestra salvación y que proporciona ciertas bendiciones relacionadas con la salvación misma, debe continuar proporcionando entendimiento después de la salvación en Su obra imperceptible y entre bastidores de glorificar al Señor Jesucristo (Jn 16:12–15).

En la salvación, la Tercera Persona de la Trinidad establece personalmente residencia en nuestros cuerpos (1Co 6:19–20). Desde Su cuartel general permanente en el cuerpo, el Espíritu residente intenta controlar el alma. La Biblia describe a los creyentes bajo el control silencioso y energizante del Espíritu como “espirituales” (1Co 3:1), “llenos del Espíritu” (Ef 5:18), “andad [andando] en el Espíritu” (Gá 5:16, RVR). El AGP funciona sólo bajo la llenura del Espíritu Santo. La llenura del Espíritu es, por lo tanto, el vínculo entre la salvación y la comprensión

2. R. B. Thieme, Jr., *Paganismo* (Houston, R. B. Thieme, Jr., Bible Ministries, 2020). De aquí en adelante, referencias a los libros del autor citarán solamente el autor, título, fecha de publicación (en la primera referencia), y página(s).

3. Para una descripción completa del AGP, véase Thieme, *El Reversionismo* (2020), 3–7.

eventual de la doctrina bíblica que constituye la madurez espiritual. La llenura del Espíritu Santo es obligatoria tanto para el consumo como para la aplicación de la Palabra de Dios. Una vez que el equipo interno del AGP está en su lugar, podemos aprender más de Dios y Su plan.

LA ESENCIA DE DIOS, LA FUENTE FUNDAMENTAL

Antes que nada, debemos darnos cuenta de que todo lo que Dios hace o patrocina proviene de Su esencia, de quién y qué Él es.⁴ Ya sea el funcionamiento del universo, los principios del establecimiento divino o la obra de la cruz, cada jota y tilde de las Escrituras se basan en los atributos o el carácter de Dios.⁵

Desde sostener el universo hasta bendecir a los creyentes, todo lo que Dios hace está basado en los atributos de Su esencia. Por lo tanto, antes de que puedas apreciar lo que Dios te da, o lo que Dios está *esperando* con anhelo para darte (Is 30:18), primero debes apreciar a Dios mismo.

La Persona de Dios, Nunca Dividida

No sólo todas las acciones de Dios reflejan el conjunto de Sus atributos, sino también, como Dios es una persona (Éx 3:14), todas Sus acciones siempre involucran *toda* Su persona. Ciertas cosas que Él hace exhiben uno u otro de Sus atributos, pero todos Sus atributos siempre funcionan juntos en coordinación y armonía perfectas. Una analogía con la luz ilustra el punto.

Cuando la luz del sol cae sobre un vestido azul, el azul es el único color que se ve; cuando cae sobre una camisa rojo vivo, sólo se ve el rojo. Un objeto amarillo muestra sólo amarillo, mientras que el tartán de un montañés escocés alardearía muchos colores, cada uno en su propio

4. Véase el Apéndice A.

5. Las leyes del establecimiento divino son dispuestas por Dios para la protección, estabilidad, función ordenada, sobrevivencia, bendición y la libertad del género humano, creyente y no creyente por igual, durante el curso de la historia humana (Ro 13:1–7; Tit 3:1; 1Pe 2:13–14). Estas leyes establecen autoridad temporal que protege la autodeterminación, privacidad, propiedad y la vida humana —los componentes básicos de la libertad humana. Véase Thieme, *Freedom through Military Victory* (2003), 4–5.

orden en el patrón. ¿Cómo puede de repente un rayo de luz ser un color diferente cada vez que toca un punto diferente?

Las diferencias ocurren porque un rayo de luz blanca contiene todos los colores del espectro, y cuando toca un objeto opaco, algunos colores son absorbidos mientras que otros son reflejados. El vestido azul es azul porque absorbe los rojos y amarillos; refleja sólo el azul que vemos. La camisa roja absorbe los amarillos, azules-verdes y azules, reflejando su tono específico de rojo. Si un vestido no absorbiera ningún color, reflejaría todo el contenido de la luz blanca y es obvio que sería blanco. Al contrario, un vestido negro absorbería todos los colores y no reflejaría ninguno. Aunque cada objeto muestra su propio color, todo el espectro visible aún está presente en la luz blanca que lo ilumina. La diferencia no está en la luz sino en la absorción selectiva del objeto.

Así mismo, la esencia de Dios puede manifestar ciertos atributos en una situación pero otros en una situación diferente. Cuando estudiamos la doctrina del decreto divino, Su soberanía y omnisciencia salen a relucir (Ro 8:28–30; Ef 1:4–6).⁶ Como Rey del cielo y de la tierra (Sal 47:2; 93:1–2), Él tiene autoridad y voluntad absolutas. Desde Su omnisciencia Él conoce perfecta y eternamente todo lo que es conocible; nunca hay una circunstancia —personal, histórica o de cualquier otro tipo— que Lo sorprenda o confunda. Él es rectitud absoluta, infinitamente perfecto tanto en Su persona como en Su carácter (Dt 32:4; Sal 11:7; 97:6). Todo lo que Él piensa y hace se adhiere a esta medida de Su perfección. Dios es justicia perfecta y, como tal, Él es absolutamente justo en la administración de las leyes divinas, todas las cuales son compatibles con Su rectitud y soberanía (2Cr 19:7; Sal 19:9). Vemos Su rectitud y justicia manifestarse en Su condenación y juicio del pecado (Ro 8:3) así como en Su provisión de nuestra tan gran salvación (Ro 1:16–17).

Dios es amor (1Jn 4:9), la mayor demostración de este atributo ocurriendo en la cruz cuando Cristo murió como sustituto por todos nosotros (Ro 5:8). Dios es vida eterna (Jer 10:10). Él no tiene principio ni fin; Él no está sujeto al tiempo. Él inventó el tiempo para poder manifestarse a nosotros. Dios es omnipresente —eterna, total y simultáneamente presente en todo lugar (Dt 4:39; Sal 139:7), un testigo presencial personal de cada actividad de nuestras vidas. Vemos la omnipotencia de Dios como el Creador y Sustentador del universo (Jn 1:3; Col 1:16; He 1:2, 10).

La existencia del canon de las Escrituras enfatiza además otros atributos, en especial Su veracidad (Sal 138:2). Y cuando Él nos sostiene

6. Véase el Apéndice B.

por todas las incertidumbres e inestabilidades de la vida, Su inmutabilidad sobresale (Dt 31:6; He 13:5b, 8). No hay cambio o inestabilidad en Él, ni siquiera una “sombra de variación” (Stg 1:17, RVR).

En otras palabras, ningún atributo divino puede ser ignorado, pasado por alto, o violado en cualquier cosa que Dios hace; Su mano derecha siempre sabe lo que está haciendo Su mano izquierda. Dios no deja de lado Su soberanía cuando manifiesta Su veracidad. Ni desliga Su amor de Su rectitud o justicia. Él no compromete Su rectitud y justicia para tratar con nosotros sólo por amor. En cada caso, sin importar cuál atributo se refleje, la persona total e indivisible de Dios está involucrada por completo.

LA NATURALEZA DE LA INTEGRIDAD

La integridad de Dios es la operación sincronizada de dos atributos divinos —rectitud (+R) y justicia. Juntos con el amor divino, forman un sistema consistente e indivisible a través del cual Dios trata con el género humano en gracia y establece una relación eterna con aquellos que creen en Jesucristo por sólo por fe.

Dios quiere que el hombre tenga una relación con Él, confíe en Él sin condiciones, avance en Su plan y logre una relación armoniosa con Él. La relación con Dios depende de Su integridad. El creyente maduro llega a compartir la felicidad de Dios, recibir mayores bendiciones y en última instancia glorificarlo al vivir dentro del sistema de integridad que Él diseñó.⁷

Quizá te estés preguntando por qué nunca antes has oído hablar de la “integridad” de Dios. “¿Dónde se encuentra eso en la Biblia?” te preguntas. La Reina Valera 1960 llama a la combinación de rectitud y justicia la “santidad” de Dios. Pero la palabra “santidad” no lo comunica; es anacrónica, anticuada, casi tan útil como un automóvil Ford Modelo T. Los significados de las palabras en cualquier idioma cambian durante un período tiempo, y en los últimos 400 años, el idioma español sin duda no ha sido la excepción.

Si alguien hoy en día fuera descrito como “santo”, la gente podría imaginarse ascetismo, puritanismo, autorrectitud o alguna otra forma de pseudoespiritualidad. Cuando la Biblia dice: “Santo, Santo, Santo”

7. Thieme, *Integridad Cristiana* (2016).

(Is 6:3), sin duda ¡no significa autorrectitud o autonegación! ¿Qué significa entonces? Bueno, podríamos observar la repetición y decir que habla de la Trinidad, lo cual es cierto. Podríamos cantarla con gran vigor, pero responder con la emoción no añade a nuestra comprensión.

Te diré lo que Isaías 6:3 significa para la mayoría de los creyentes. ¡Nada! Y así será hasta que sea explicado en otros términos. Hoy en día, si la palabra “santo” no es ambigua, es imprecisa, si no imprecisa, evanescente. No necesitamos atarnos a una palabra poco clara y teñida de emoción, en especial cuando se dispone un término excelente, significativo y moderno. “Integridad, integridad, integridad”. ¡Eso sí comienza a comunicar!

Dios siempre ha poseído integridad como parte de Su esencia eterna, infinita y perfecta. Es una cualidad de Su ser inmutable tan básica para Su carácter que Él no tiene que sostenerla por Su voluntad o soberanía. Dios no tiene que decidir en todo momento perpetuar Su integridad; Él nada más la tiene. Su integridad es totalmente superior a la nuestra (Is 55:9).

No somos perfectos. Ni somos inmutables; es probable que cambiemos en cualquier momento. De hecho, siempre cambiamos. Puedes ver que cualquier integridad que podamos lograr viene sólo a través de una serie continua de decisiones, el uso adecuado y honorable de nuestra volición. De la misma manera que obtener integridad humana, también podemos perderla.

Debemos decidir en todo momento hacer lo correcto y no hacer lo incorrecto. Por ejemplo, debemos decidir a diario exponernos a la enseñanza de la doctrina y no ser distraídos de concentrarnos en la Palabra de Dios. De esa manera, desarrollamos normas y estándares correctos. A medida que saturamos nuestras almas con la Palabra de Dios hasta el punto de la madurez espiritual, también debemos tomar decisiones para aplicar la doctrina a las circunstancias de la vida. Tenemos integridad si tomamos suficientes decisiones a favor de lo que sabemos que es correcto. Sin embargo, si tomamos decisiones en violación de lo que sabemos que es correcto, no tenemos integridad.

La integridad humana no es natural para nosotros, pero la integridad perfecta es natural para Dios. La integridad de Dios no es sólo la ausencia de la maldad, sino la suma total de Su perfección —la quintaesencia de Su naturaleza. Así, todo lo que Dios hace hacia la humanidad es un reflejo de Su integridad perfecta.

Justo [recto] es el SEÑOR en todos Sus caminos,
Y bondadoso en todos Sus hechos. (Sal 145:17)

Podemos entender mejor cómo funciona la integridad de Dios cuando comprendemos primero cómo funcionan los atributos de la integridad de manera individual.

Los Atributos de la Integridad

LA JUSTICIA GUARDA LA ESENCIA DIVINA

Dios nunca tiene el más mínimo problema en mantener sus atributos en orden. Uno nunca compromete a otro. Incluso cuando Él trata con el hombre imperfecto, pecador y caído —y en especial cuando nos *bendice*— Él no se está rebajando a nuestro nivel imperfecto destruyendo así Su propia perfección. La razón por la que Él puede bendecirnos es porque uno de Sus atributos se monta guardia, por así decirlo, sobre todos los demás. La justicia de Dios es el guardián de la esencia de Dios en todo lo que Él hace hacia las criaturas imperfectas.

Cuando un miembro de la Trinidad se ocupa de Sí mismo o de los demás miembros de la Divinidad, no hay necesidad de un guardián. Nunca hay posibilidad de compromiso porque todas las tres Personas son perfectas, coiguales, coinfinitas y coeternas; todas las Tres poseen la misma integridad. Además, en Sí mismo, Dios es libre de considerar Su personalidad —el hecho de que Él es una persona— como lo más importante.⁸

Sin embargo, en cuanto al hombre, hay oportunidad casi ilimitada para el compromiso. El hombre viola el carácter de Dios en casi todo momento. Aquí Dios debe ante todo guardar Su rectitud. Así, el punto de contacto de Dios con nosotros puede ser sólo Su justicia. Esta es la función de la justicia en Su integridad.

Permíteme enfatizar esto: Nuestro punto de contacto con Dios es Su justicia.

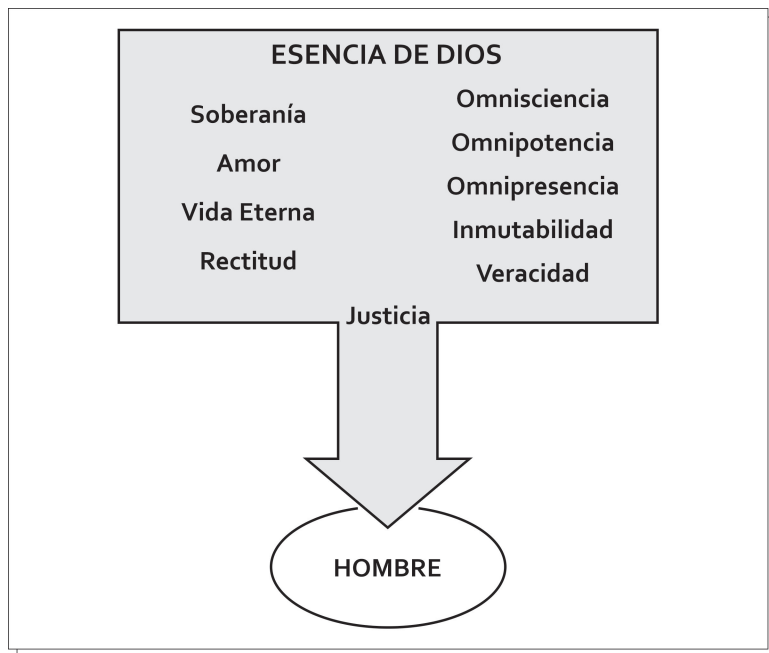
Juzgue él a Tu pueblo con justicia [rectitud],
Y a Tus afligidos con equidad. (Sal 72:2)

Él es el SEÑOR nuestro Dios;
Sus juicios están en toda la tierra. (1Cr 16:14; Sal 105:7)

8. Las tres personas de la Divinidad manifiestan todas las cualidades de la personalidad divina. Nuestra comprensión de la personalidad de Dios se deriva de Su autorrevelación de Sus atributos a lo largo de las Escrituras. Véase el Apéndice A.

Dios evalúa a toda la humanidad desde Su justicia, ahora y siempre. Esto es así tanto para el no creyente como para el creyente. El juicio de todos los pecados del no creyente en la cruz proviene de la justicia divina, al igual que la *disciplina* del creyente. Tanto la agonía eterna del no creyente en el lago de fuego como la santificación final y recompensa del creyente en el cielo ¡proviene de la misma Fuente! Todo lo que Dios hace hacia nosotros desde cualquiera de Sus atributos pasa por Su justicia. La justicia es la máxima salvaguardia de toda acción divina relacionada con la humanidad. ¿Cómo puedo dejar esto claro?

Piensa en la esencia de Dios como una caja con una abertura en el fondo. Dentro de la caja de la esencia están todos los atributos de Dios, y justo sobre la tapa de la caja está Su justicia. Todo lo que viene de Dios al hombre sólo puede venir a través de esa abertura. La justicia de Dios es nuestro punto de contacto con Él; por lo tanto, cuando venimos a Dios, Su justicia absoluta es el atributo al cual nos tenemos que ajustar.



Si el punto de contacto de Dios con nosotros fuera Su soberanía, *Él* escogería quién iría al cielo; *Él* nos programaría para ejecutar de forma mecánica cada detalle de nuestras vidas en la tierra. Seríamos robots; la libertad humana no existiría; el conflicto angélico no se podría ganar.⁹ Esto distorsiona la soberanía de Dios.

Si, por otro lado, el punto de contacto de Dios con nosotros fuera Su omnipotencia, *Él* sería un tirano. Sería imposible para nosotros cumplir la voluntad de Dios porque *Él* mismo haría todo por *fiat* divino. *Él* obligaría a la gente a creer en Cristo. De nuevo, no habría libertad, ni volición ni establecimiento divino; no se le permitiría a la historia humana seguir su curso como parte del conflicto angélico.

Si el amor fuera el punto de contacto, Su justicia y rectitud no necesitarían ser propiciadas o satisfechas y no habría necesidad de que Cristo muriera en la cruz. Por perfectos que sean estos atributos, no son el marco de referencia básico en la relación de Dios con nosotros.

De todos los atributos en la caja de la esencia, la justicia es el único que protege toda Su esencia. Por esta razón, y por otras razones que veremos, la justicia de Dios es nuestro punto de contacto con *Él*.

LA RECTITUD GUARDA LA JUSTICIA DIVINA

En el ejercicio de Su justicia, sin embargo, Dios nunca es arbitrario ni caprichoso. Su justicia tiene un guardián propio. La justicia divina nunca puede ser corrompida porque siempre funciona de acuerdo al estándar de imparcialidad que se encuentra en la rectitud perfecta de Dios.

Y juzgará al mundo con justicia [rectitud];

Con equidad ejecutará juicio sobre los pueblos. (Sal 9:8)

De la misma manera que la justicia es el guardián de toda la esencia de Dios en toda acción divina relacionada con la humanidad, la rectitud es el guardián de Su justicia. Mientras que la justicia es la función de la integridad divina, la rectitud es el principio de la integridad divina. Lo que la rectitud de Dios exige, la justicia de Dios debe hacerlo: lo que la rectitud condena, la justicia juzga; lo que la rectitud aprueba, la justicia bendice.

La rectitud absoluta es la clave del carácter de Dios; todo lo demás depende de este atributo. Si *Él* no tuviera rectitud absoluta, Dios no sería

9. El conflicto angélico es la guerra invisible entre Dios y Satanás, encendida por la revuelta prehistórica de Satanás y un tercio de los ángeles, que continúa como guerra espiritual a lo largo de la historia humana. Véase Thieme, *El Conflicto Angélico* (2017).

Dios. Pero Él sí tiene una rectitud perfecta. La rectitud inviolable está presente en el centro mismo de Su ser (Is 6:3–4); Dios no puede tolerar menos que Su propia perfección. La rectitud protege Su justicia impecable cuando trata con el hombre pecador. Por lo tanto, la rectitud es el punto de responsabilidad de Dios hacia todos los pecados del género humano.

La omnisciencia de Dios conoció en la eternidad pasada todo lo que es conocible sobre cada pecado de cada persona que alguna vez viviría. Con todos los pecados conocidos, Jesucristo asumió la responsabilidad, la carga de obligación, de ir a la cruz y hacer algo con respecto a esos pecados. Él asumió la responsabilidad de proporcionar la salvación a través de Su expiación sustitutiva ilimitada al reconciliar la enemistad entre el hombre y Dios, al propiciar o satisfacer la justicia de Dios con respecto a los pecados del hombre, y al ofrecer la solución de redención. Su muerte redimió a cada ser humano del mercado de los esclavos del pecado y los entregó a todos a la libertad de la gracia.¹⁰

La rectitud rechaza el pecado; la justicia juzga el pecado. La rectitud también rechaza nuestro bien humano porque, al ser relativo, no satisface el estándar absoluto del bien divino; en consecuencia, la justicia juzga todo nuestro legalismo, religiosidad, obras humanas y autorrectitud (Is 64:6a). La rectitud también rechaza la maldad; la justicia la juzga por completo.

La rectitud de Dios aprueba al perfecto Dios-hombre, el Señor Jesucristo, y Su obra en la cruz como pago por nuestros pecados. Cuando una persona cree por fe sola en Cristo solamente para la salvación, Dios le imputa en gracia Su rectitud (1Co 1:30). Por lo tanto, la justicia bendice a cualquiera que cree en Cristo. La justicia, no el amor, logra esto. La justicia lleva a cabo la salvación. Es la justicia de Dios la que otorga sobre cada creyente las cuarenta bendiciones maravillosas que llamamos salvación eterna.¹¹

LA INTEGRIDAD Y EL AMOR DE DIOS

Dios es amor. (1Jn 4:16b)

Así como la rectitud y la justicia son aspectos vitales del ser de Dios, también lo es Su amor. El amor es la virtud absoluta y la benevolencia

10. Thieme, *El Mercado de los Esclavos del Pecado* (2020).

11. Thieme, *El Plan de Dios* (1996), Apéndice.

de Su pensamiento y acciones. El amor es lo que Dios es, así como lo que Él hace. Nunca se usa tal definición para el hombre. Nosotros podemos amar a alguien o algo, pero nunca se dice que *seamos* amor. El amor divino es infinitamente superior al amor humano y no requiere respuesta, ni reciprocidad, ni reafirmación ni demostración de fidelidad para su preservación. Dado que el amor de Dios es eterno e inmutable, Él no puede, ni quiere ni nunca se enamorará. Él no mantiene el amor, y Su amor no es sostenido por emoción. El amor de Dios existe con o sin un objeto creado, porque Dios ama Su propia rectitud perfecta y la rectitud perfecta de los otros miembros de la eterna Trinidad.

Dios es absolutamente independiente. Él es más que independiente; Dios existe eternamente, no creado ni sostenido por alguna fuente fuera de Sí mismo. De hecho, ¡Él ni siquiera se sostiene a Sí mismo! Él existe como una persona infinita que no necesita sostenimiento, ni mantenimiento, ni ayuda, ni apoyo ni realización de nadie ni de nada. Dios es la fuente de todo sostenimiento. Dios siempre existió, completo y perfecto, mucho antes de traernos a ti o a mí a la escena. Además, el amor de Dios, como todos Sus atributos, es independiente por completo de lo que Él ha hecho (Pr 8:22–36). El amor de Dios funciona hoy en día con la exactitud que lo hacía antes de la creación de los ángeles, el universo o el hombre, antes de que existiera cualquier cosa aparte de Dios mismo.

Después de la caída de Adán, el amor de Dios se extiende hacia el hombre de dos maneras. Dios ama a un objeto imperfecto y pecador —la humanidad no regenerada— con amor *impersonal*. Dado que Dios no puede tener asociación con el pecado, Su justicia y rectitud deben ser satisfechas antes de que Él pueda tener una relación con la humanidad pecadora.

Pero Dios demuestra su amor [impersonal] para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió [como un sustituto] por nosotros. (Ro 5:8)

Tal amor enfatiza las cualidades perfectas y absolutas de Dios, en lugar de las fallas del hombre. Por lo tanto, el amor impersonal no requiere compatibilidad, intimidad, amabilidad o atracción entre el sujeto y el objeto del amor. El amor impersonal de Dios depende sólo de Su integridad. Al demostrar Su amor impersonal por nosotros, la rectitud del Padre exigió que Su justicia derramara todos los pecados del género humano en Jesucristo y Lo juzgara en nuestro lugar. Su integridad fue demostrada en la cruz por Jesucristo que fue nuestro sustituto. La muerte

sustitutiva de Jesucristo en la cruz nos reconcilió con Dios, nos redimió del mercado de los esclavos del pecado y satisfizo la rectitud y la justicia de Dios al expiar nuestros pecados (1Pe 2:24).¹²

El amor *personal* de Dios es condicional; Él ama personalmente sólo lo que Su rectitud aprueba. El amor personal de Dios está reservado sólo para aquellos que por fe sola en Cristo solamente, se convierten en miembros de Su familia poseyendo la rectitud imputada de Dios.¹³ Ya que Dios ama Su rectitud dondequiera que esta se encuentre, Él es libre de amar personalmente a los miembros de Su familia para siempre sin comprometer Su justicia. Dios demuestra Su amor personal hacia nosotros en Sus provisiones para sustento a través del conducto de la gracia (Mt 6:25–26), como un punto de referencia para nuestra vida espiritual única (1Jn 4:12, 16–17; cf. Ef 3:19), e incluso en disciplina (He 12:6).

El amor de Dios para los no creyentes es amor impersonal divino y para los creyentes, amor personal divino. El amor impersonal divino enfatiza el sujeto, la integridad de Aquel que ama; el amor personal divino enfatiza el objeto, el atractivo de aquel que es amado. El amor impersonal divino enfatiza la justicia y la rectitud de Dios; el amor personal divino enfatiza la rectitud de Dios en el creyente. El amor impersonal divino es incondicional, dirigido hacia todos los no creyentes; el amor personal divino es condicional, dirigido hacia todos los creyentes, carnales o espirituales, como poseedores de la rectitud de Dios.

AMOR IMPERSONAL DIVINO	AMOR PERSONAL DIVINO
Enfatiza el sujeto	Enfatiza el objeto
Enfatiza la integridad de Dios	Enfatiza la +R imputada
Incondicional	Condicional
Dirigido hacia todos los no creyentes	Dirigido hacia todos los creyentes

EL AMOR IMPERSONAL Y PERSONAL DE DIOS

El amor de Dios nunca debe ser equiparado con el amor humano (Is 55:8). Su amor es perfección absoluta, completamente constante, y no contiene ninguna de las manías y defectos del género humano inferior. Dios demuestra Su amor en relación con los seres humanos al

12. Thieme, *La Barrera* (2020).

13. Para una explicación detallada de la rectitud imputada, véanse las páginas 97–105.

revelarse y dirigir Su integridad absoluta hacia los no creyentes a través de la solución de redención y hacia los creyentes a través de la doctrina bíblica. El amor de Dios es Su eterno dar o compartir de Sí mismo. En otras palabras, Él siempre busca el mayor bien para los objetos de Su amor.

Nosotros sabemos de la existencia eterna del amor divino que sea cual sea la manera que este funcione, el amor divino lo hace en igual forma con o sin una ocasión particular. A pesar de toda la mutabilidad dentro de la creación de Dios, Su amor nunca cambia. Esto es amor perfecto, tan por encima del nuestro que si no fuera por la doctrina bíblica, no sabríamos que tal amor existía.

Nosotros entendemos el amor humano como una actitud inspirada por un objeto. “Amar” es un verbo transitivo: tiene un sujeto, el que ama, y un objeto, el receptor del amor. Ahora bien, es posible que tú tengas una capacidad abundante y sin embargo carecer de un objeto, pero en el género humano incluso la mayor la capacidad para el amor no es amor a menos que tenga un lugar a donde ir.

Es obvio que no podrías amar a tus amigos o a un miembro del sexo opuesto ¡si no existieran tales personas! No podrías amar ver una puesta de sol en Arizona ¡si no existiera tal cosa como el desierto de Arizona! Nada más no tiene sentido pensar que podrías. Debe haber algo que inspire amor en ti.

Algunas personas aman los buenos automóviles; otras aman las magníficas armas de fuego; y otras, la música hermosa, o las antigüedades raras o los vinos finos. Todos amamos cosas diferentes. Sin embargo, sea lo que sea, un objeto es obligatorio en el amor humano. Pero el amor humano es justo lo que Dios *no* posee. El amor de Dios sigue siendo una cualidad inherente que no requiere inspiración.

El amor divino es diferente del amor humano en otro sentido. Nuestro amor no sólo requiere un objeto, sino que siempre implica emoción. Si amas la grandiosidad del alto desierto al anochecer, una emoción arrasadora en tu alma reflejará toda esa belleza que se va oscureciendo cuando se extienda a tu alrededor. Para nosotros, una emoción que funciona como se debe significa estimulación y disfrute, pero Dios no tiene emoción. Su felicidad es parte de Su carácter. Él no está animado un minuto y deprimido al siguiente. Él siempre concentra Su mentalidad infinita en todo a la vez para que Él no esté sujeto a las variaciones que experimentamos a medida que nuestras vidas se desenvuelven en el tiempo. Como no poseemos los atributos infinitos y perfectos de nuestro Creador, Él nos ha equipado con la emoción —¡y podemos alegrarnos de

que lo haya hecho! A través de la emoción expresamos nuestro aprecio por los objetos de nuestro amor.

En otras palabras, nuestras emociones están diseñadas para dar soporte y responder al contenido de lo que yo llamo el lóbulo derecho —la parte dominante y pensante de la mentalidad del alma.¹⁴ Cuando ves un paisaje impresionante, por ejemplo, la vista satisface la norma o el estándar en el lóbulo derecho de tu alma que identifica la belleza. Así es como se provoca una respuesta emocional —ya sea un comentario, algún tipo de expresión artística o tan sólo silencio.

La emoción es parte de la capacidad humana para el amor. Si tu lóbulo derecho está saturado de doctrina bíblica, tú como creyente maduro tienes capacidad para el amor, para la vida, para la felicidad, para la prosperidad, para todas las bendiciones que Dios ha esperado derramar sobre ti. Debido a la doctrina en tu alma, tus emociones responden cuando reconoces ciertas verdades bíblicas o las aplicas en tu vida diaria. Por ejemplo, los estadounidenses se conmueven emocionalmente cuando escuchan la cuarta estrofa del himno nacional que proclama la poderosa expresión de gracia y establecimiento divino “¡Alabe el poder que nos ha hecho y preservado una nación! [...] ¡la tierra de los libres y el hogar de los valientes!”.

Pero la emoción es un espada de dos filos. Cuando la capacidad para la vida no impregna el alma, la emoción humana se vuelve el instrumento, no de un espectro de felicidad, sino de un espectro de miseria —infelicidad para adaptarse a cualquier ocasión. Si tu lóbulo derecho está saturado de maldad, tus emociones responderán a la maldad y la fomentarán, haciéndote un inadaptado, del todo fuera de contacto con la realidad.

De la misma manera, si respondes a tu naturaleza del pecado y con ello derrocas la autoridad interior del Espíritu Santo, entonces en lugar de *responder* a la doctrina en el lóbulo derecho de tu alma, tu emoción *dictará* al lóbulo derecho. El Espíritu Santo obra por medio de la doctrina que tú conoces; pero cuando pecas, contristas al Espíritu. Le entregas el control de tu alma a la naturaleza del pecado y la doctrina en tu alma deja de tener su influencia. En cambio, produces pecados, bien humano, maldad, o alguna combinación de los tres. Sin el rebote para restaurar la

14. El lóbulo derecho es esa porción del alma diseñada para hacer circular la doctrina bíblica por los siete compartimentos del flujo de consciencia (un marco de referencia, centro de memoria, almacén de vocabulario, almacén de categorías, la consciencia, un compartimento de impulso y un compartimento de sabiduría) para apoyar la vida espiritual del creyente y saturarlo con el punto de vista divino. Véase Thieme, *Freedom through Military Victory*, 51–53.

llenura del Espíritu Santo, con el tiempo te hundes en el reversionismo, apagando al Espíritu Santo.¹⁵

El reversionismo es la recesión del creyente de cualquier etapa de crecimiento espiritual.¹⁶ El reversionismo es un proceso caracterizado por la indiferencia hacia o el rechazo de la doctrina bíblica, actitudes que conducen a diversas disfunciones del alma. El reversionismo siempre involucra una revuelta emocional del alma. La emoción derroca a la mentalidad; el respondedor expresivo se convierte en el iniciador tiránico.

Las primeras etapas del reversionismo se caracterizan por un intento frenético de compensar algún factor de reacción —frustración o soledad, por ejemplo. Ya que la emoción, como un apetito (*κοιλία*, *koilla* en griego, Ro 16:18), no tiene contenido propio —ni carácter, ni estabilidad, ni sentido común, ni conocimiento ni doctrina— es incompetente para manejar la autoridad que se apodera del lóbulo derecho. El creyente que es controlado por sus emociones tampoco tiene carácter, estabilidad, sentido común o aplicación de la doctrina. La emoción no puede pensar, y el pensamiento, no los sentimientos, debe dominar el alma.

La emoción forma parte de la expresión del amor humano (1Re 3:26; Fil 1:8; 1Jn 3:17). Cuando un lóbulo derecho saturado de doctrina o principios del establecimiento domina el alma, la consciencia del amor por un objeto en particular se expresa mediante la emoción. Tal respuesta puede ser hermosa, gratificante, romántica e incluso noble. Aunque el amor humano incluye la emoción, la emoción en sí no contiene amor. La emoción no es igual al amor. Las respuestas emocionales sólo te hacen consciente del amor y pueden ser un reflejo de tu aprecio por el objeto del amor, el cual es reconocido por tu lóbulo derecho. Allí, el amor reside como una actitud mental.

Cómo Se Malentiende el Amor de Dios

Por desgracia, muchos creyentes piensan del amor de Dios en términos del amor humano. Tomemos a un creyente que tiene este concepto erróneo y una idea superficial del amor humano y mostrémosle Juan 3:16.

15. Rebote es una metáfora de baloncesto para ilustrar la provisión de gracia por la cual el creyente carnal recupera la llenura del Espíritu Santo a través de citar o nombrar sus pecados en privado a Dios el Padre; el método de restaurar de inmediato al creyente a comunión con Dios para continuar su vida espiritual (1Jn 1:9; 1Co 11:28). Véase Thieme, *¡Confíesese y Siga Su Marcha!* (1999).

16. Thieme, *El Reversionismo*.

Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito [nacido de forma única], para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. (Jn 3:16, RVR)

Él ha entendido el punto del versículo lo suficiente como para ser salvo por la eternidad, pero cuando él vuelve a mirar más de cerca la actitud de Dios, pierde el punto. La única manera en que este creyente se relaciona con el amor es a través de su propio marco de referencia limitado. Este creyente, ignorante de la doctrina bíblica, mira Juan 3:16 y ve amor emocional —amor humano superficial de lo peor. Tiene la osadía de suponer que Dios *¡ama personalmente* a todos con amor humano! La mayoría de la gente sabe mejor que no debe amar a cualquiera, ¡y mucho menos a todos!¹⁷ Por lo tanto, Juan 3:16 es un ejemplo de amor *impersonal* divino.

El criterio para el amor de Dios, tanto impersonal como personal, siempre es Su propia justicia y rectitud absolutas: Él ama personalmente sólo lo que Su rectitud aprueba. Cada persona de la Divinidad ama la rectitud divina absoluta, pero ¿cómo puede Dios dirigir ese mismo amor hacia los seres humanos imperfectos a quienes Su rectitud perfecta rechaza y Su justicia condena?

Dios no puede comprometer ningún estándar divino sin destruir Su rectitud absoluta. Si Su rectitud y justicia se ven comprometidas, también lo está Su amor. Este es un asunto crítico para que el hombre lo comprenda. Dios no puede ser Dios si ama a los indignos, aunque se dice que Él ama a toda la humanidad (Jn 3:16), a la que Él condena al nacer (Ro 5:19). La respuesta se encuentra en el amor impersonal divino, que depende de manera exclusiva del carácter perfecto y eterno de Dios.¹⁸

El creyente ignorante imagina que Dios de alguna manera ignora el pecado y la maldad, de alguna manera tira Sus estándares perfectos y de alguna manera se enamora de la humanidad pecadora. Supone que Dios casi no puede arreglárselas sin nosotros y que seremos recibidos en el cielo con los brazos abiertos si solamente hacemos nuestro mejor esfuerzo y nos comportamos. Él imagina, con una mirada devocional en su rostro, que en el fondo Dios es en realidad un tipo dulce y bondadoso. Sin duda, ¡Él no enviaría a Sus criaturas al infierno! (¡Cómo le encanta

17. Con respecto a los mandatos de amar a tu prójimo o a tu enemigo, véanse las páginas 243–46.

18. Thieme, *Integridad Cristiana*.

escuchar eso a Satanás!). Sea que se den cuenta o no, los creyentes que tropiezan hasta llegar a tales conclusiones están enredados en sus propios cordones emocionales, y suponen que Dios comparte su confusión blasfema.

Dios no ama de la misma manera emocional, irreflexiva e inestable que el hombre; de hecho, los miembros de la Trinidad no aman como el hombre lo hace, ni siquiera en su mejor momento humano. El amor personal divino es muy superior a nuestro amor; es más exigente y, por tanto, mucho más exclusivo.

Las personas que toman Juan 3:16 en el sentido de que Dios es de alguna manera atraído por el hombre caído, han fallado por completo en entender el punto de este versículo citado a menudo. Aquellos que exponen tal ‘teología’ de todo amor, todo perdón, todo dulzura, no describen de forma realista la verdad de la Palabra de Dios.

Sobre esta suposición falsa, los creyentes llegan a la conclusión de que el plan de gracia de Dios se basa en el amor humano. En consecuencia, intentan basar sus vidas, sus relaciones con los demás y su relación con Dios en este sentimiento confuso, nebuloso y ambiguo llamado amor. Tales personas hablan en términos de hermandad, de amar a todos, nunca con referencia a las necesidades del amor impersonal —honor, integridad y justicia— sólo a la dulzura y la luz. Por desgracia, tratan de orientarse a la vida con poca o ninguna referencia a la realidad.

Cuando esta interpretación errónea del amor de Dios, esta inclinación por la emocionalidad, se entrelaza con la religión, el resultado de maldad no es de sorprenderse. Una persona que piensa que Dios opera en sentimientos hacia ella, por naturaleza tratará de operar en sentimientos y emoción hacia Dios. ¿Cuál es el resultado? ¡Pentecostalismo! La multitud hablando en lenguas, ¡borracha de emoción! Servicios de adoración con mucha emoción y cortos en doctrina. Incluso aquellos cristianos que quieren *sentirse* espirituales o *sentirse* cerca de Dios no llegan hasta murmurar sonidos sin sentido y revolcarse por los pasillos. Buscan una experiencia emocional o mística. Quieren sentirse bien al hacer buenas obras; sentir la aprobación de un pastor que les da palmaditas en la espalda; escuchar predicaciones de contenido vacío, que inspiran la frase trillada, “¡Fue emocionante haber estado aquí!”.

Esta noción del cristianismo está divorciada de la verdad bíblica. La verdadera relación del creyente con Dios se basa en el pensamiento y el respeto —el contenido de la doctrina bíblica en su alma. Sólo la doctrina le permite al creyente maduro conocer a Dios y estar en genuino asombro

de los miembros de la Trinidad. La emoción acompaña con alegría y satisfacción en respuesta a la saturación de doctrina en su lóbulo derecho. *Este* es el verdadero amor humano por Dios, la ocupación con Cristo. Tal amor funciona de la misma manera hacia el marido o la mujer, hacia los amigos y la familia.

Comprendiendo el Amor de Dios

Ya que el amor divino no funciona como el amor humano, ¿cómo funciona el amor divino? Dios se ama a Sí mismo. El amor divino es interno. Dios no necesita ningún objeto humano para que Su amor funcione porque *Él* es el objeto perfecto. Pero el amor de Dios no es sólo interno. Hay tres miembros de la Trinidad, cada uno con la misma rectitud y justicia; por lo tanto, el amor divino también es externo. La rectitud y la justicia divinas en cada miembro de la Divinidad son los objetos del amor de Dios, de modo que Dios el Padre ama a Dios el Hijo y a Dios el Espíritu Santo con el mismo amor infinito que tiene por Sí mismo. Del mismo modo, el Señor Jesucristo ama al Padre y al Espíritu Santo, y el Espíritu ama al Padre y al Hijo. De manera subjetiva, el amor de Dios es racional, perfecto e *interno*; pero de manera objetiva, es racional, perfecto y *externo* de una persona de la Trinidad a otra.

Él es la Roca, cuya obra es perfecta,
Porque todos sus caminos son rectitud [justicia];
Dios de verdad, y sin ninguna iniquidad en él;
Es justo y recto. (Dt 32:4, RVR)

Él ama la justicia [rectitud] y el derecho [la justicia]. (Sal 33:5a)

Porque el SEÑOR ama la justicia. (Sal 37:28a)

Porque Yo, el SEÑOR, amo el derecho [la justicia]. (Is 61:8a)

El autoamor de Dios no debería sorprenderte. En Su conocimiento infinito, Él mismo sabe que está totalmente más allá de toda comparación, que es totalmente digno de admiración en un grado infinito en todos los sentidos posibles. Dios reclama toda la gloria para Sí mismo en aras de la verdad absoluta. Si Dios no reconociera Su propia grandeza incomparable y exigiera toda la gloria, algo estaría mal: Dios tendría que ser o ignorante de Sus propios atributos o no impresionarse con la más maravillosa de todas las verdades, el hecho de Su gloria infinita. Si Dios no se amara a Sí

mismo, no habría razón para que Lo amáramos. Pero Dios sí se ama a Sí mismo, y a través de la acumulación de doctrina bíblica en nuestras almas, debemos hacer lo mismo. De hecho, Dios nos manda a que aprendamos lo que Él ya sabe y siempre ha sabido acerca de Su propia esencia.

Porque ¿quién ha llegado a conocer la mente del Señor, quién Le instruirá? Nosotros seguimos teniendo la mente de Cristo [la Palabra de Dios, la doctrina bíblica]. (1Co 2:16, traducción corregida)

En Dios, la subjetividad no es el hervidero de arrogancia y maldad que se encuentra en la humanidad. El amor subjetivo de Dios por Sí mismo no es narcisismo, sino un reconocimiento de los hechos. Dios es en verdad digno de amor; Su integridad es lo más importante para Él. Dios respeta Su propia integridad, la honra, la ama. En particular, Dios ama con devoción el principio de Su integridad, Su rectitud perfecta. Dios es justo y recto. Él expresa estos atributos en cada acto de Su voluntad. Esta es una clara revelación de cuánto ama Él Su integridad.

Quizá ya estés comenzando a ver que lo que en realidad impresiona a Dios y lo que tal vez asumías que Lo impresiona son dos cosas diferentes. El hombre imperfecto y pecador no tiene nada que ofrecerle a Dios que sea digno de Su amor. Incluso después de la salvación, no podemos ganar la aprobación o bendición divina. Todo lo que tenemos que complace a Dios es lo que Dios mismo nos ha dado, primero en el momento de la salvación y después a través de la llenura del Espíritu, la disponibilidad de la doctrina y el proceso del AGP para avanzar a la madurez espiritual.

Tarde o temprano debes aprender dos cosas, así que más vale que estés preparado para la sacudida. Tienes que aprender, en primer lugar, que Dios no está impresionado contigo. Dios no está complacido con tu autorrectitud, tu personalidad, tu talento, todas las buenas obras humanas que realizas. No está entusiasmado ni siquiera un poco por lo que fuiste, eres o planeas llegar a ser. Segundo: No sólo Dios no está impresionado contigo ahora, sino que nunca estará impresionado contigo. Es una imposibilidad absoluta para ti causar cualquier tipo de impresión positiva en Dios. Tú y yo no tenemos la habilidad para atraer Su amor. Carecemos del talento, el cerebro, la personalidad y en particular la rectitud; ni siquiera lo mejor de nosotros puede dar la talla.

Cuando la mayoría de los cristianos hoy en día leen “Dios es amor”, ¡nunca lo entienden! ¡Siempre meten la pata! De inmediato asumen que

ellos deben ser los objetos del amor de Dios por quiénes y qué son. Sin pensarlo ni dudarlo por un momento se apresuran a concluir que de alguna manera Dios los aprecia muchísimo, que Él está encantado con sus pequeñas costumbres, que ve todo lo ‘bueno’ en ellos, que casi no podría arreglárselas sin su ‘servicio cristiano’, que en verdad respeta la ‘dignidad del hombre’, que Él no puede contenerse de colmarlos con aprobación paternal.

“Dios es amor”, dicen ellos con profunda convicción. “¡Seguro que me bendecirá!”. Pero en el siguiente respiro, después de que el reversionismo y la disciplina divina los haya derribado, lloriquean y se quejan: “¿Cómo podría un Dios de amor permitir que esto me suceda?”.

¿Qué está mal? ¿Por qué la desilusión? Respuesta: Estas personas son ignorantes de la doctrina. Están mal ajustadas a la justicia de Dios. No tienen idea de que la *justicia*, no el amor, es su punto de contacto con Dios. Han estado racionalizando el sentimentalismo humano hasta convertirlo amor divino. No entienden que Dios exige que hagamos las cosas a *Su* manera, no a la nuestra, y que Su manera es doctrina residente en el alma —doctrina consumida hoy, mañana, al día siguiente y todos los días. Están por completo en la oscuridad con respecto al carácter absoluto, infinito y perfecto de Dios. Estos revisionistas son ignorantes del principio de que Dios ama al hombre pecador por lo que Él es, no por lo que ellos son.

Todas las buenas obras que hagas no inspiran a Dios a amarte. Su rectitud rechaza tu bien humano y Su justicia lo juzgará (1Co 3:11–15; Ap 20:12). Tampoco Dios toma en cuenta tu gran personalidad. Tu personalidad es cómo te relacionas con la gente, no con Dios. Otros te ven como un rostro, un cuerpo, una personalidad, una persona con algún logro y con cierta inteligencia e integridad humana. Eso está bien. Por supuesto, no debes menospreciar estos maravillosos bienes sólo porque no te relacionan con Dios. Valóralos en el lugar humano que les corresponde, pero nunca intentes superponer la manera en que la *gente* se forma una opinión de ti por encima de la manera en que *Dios* te evalúa. A pesar del proverbio en latín *vox populi, vox dei*, “la voz del pueblo [*no*] es la voz de Dios”.

No tiene sentido tratar de jugar con Dios o hacer tratos con Él. Él nunca caerá en ese juego, así que entre tú y Dios, ¿a quién engañas? A nadie más sino a ti mismo (y quizás a algunos amigos impresionables). No de repente Dios te quiere porque dejas de hacer esto o aquello y dejas de juntarte con las chicas que lo hacen. Dios no te premia por ser bueno.

Él instauró las leyes del establecimiento divino, incluyendo los principios de moralidad, para proteger la libertad humana y proveer prosperidad dentro de la nación donde el establecimiento se observa, pero *Dios* no es sobornado por tus buenas obras. Tampoco Él se deleita en tus emociones, ni siquiera en esas experiencias que asocias con estar ‘cerca de Dios’. ¡Ni siquiera estás cerca! ¡Dios está muy por encima de nosotros! ¡No le robas el corazón por tu maravilloso ser, sino que Él está poderosamente impresionado con Su propia integridad!

Para decirlo sencillo, no tenemos nada de nosotros mismos que complazca a Dios. Por otro lado, esto no significa que debemos arrastrarnos en el polvo. Seríamos tan arrogantes al pensar que la autoabnegación satisfizo a Dios como lo seríamos si supusiéramos que Él estaba impresionado con nuestras buenas obras humanas. Necesitamos comprender la verdad y vernos en nuestra verdadera relación con la perfección inmutable, imparcial e intachable de Dios. No se aplican trucos humanos; debemos aprender cómo opera la integridad.

La Justicia Precede a la Función del Amor

La doctrina de la integridad divina dispara una poderosa andanada contra nuestro orgullo, pero no nos deja náufragos y solos. Puede que tengamos ganas de aferrarnos a los restos del naufragio de las ideas falsas a las que hemos servido durante muchos años —ideas construidas sobre la suposición de que Dios casi no puede hacer nada sin nosotros o que de alguna manera está obligado a mostrarnos afecto eterno. Pero no, cuando la doctrina bíblica aclara el amor de Dios y hunde nuestra arrogancia en el proceso, no somos arrojados a la deriva.

Aunque tú y yo no merecemos el amor de Dios, lo tenemos. Ese amor produce una relación armoniosa con Dios en la vida espiritual porque es nuestro *punto de referencia*. Pero tenemos un *punto de contacto* con Dios que precede al amor. Nunca pensaste que algo podría preceder al amor de Dios, pero algo lo precede —¡Su justicia!

El tremendo valor de nuestra relación con la justicia divina quedará claro una vez que veamos que, al tratar con la humanidad, la justicia y la rectitud de Dios preceden a la función de Su amor. Esta precedencia es demostrada en la cruz.

Dios el Padre ama a Dios el Hijo con un amor eterno e infinito. La relación entre los miembros de la Trinidad nunca ha sido menos que total.

Ellos han disfrutado de la relación más magnífica desde la eternidad pasada, y nada cambió en esa relación cuando Cristo se hizo hombre a través del nacimiento virginal. Tanto en Su humanidad impecable como en Su deidad perfecta, el Señor Jesucristo era aceptable a la rectitud de Dios —el Padre Lo amó profundamente.

Dios el Padre nunca dejó de amar a Su Hijo. No obstante, cuando Cristo colgó en la cruz entre el cielo y la tierra, la justicia de Dios el Padre derramó sobre Él todos los pecados personales del género humano. La justicia precedió al amor. El Padre juzgó al Hijo. No se guardó nada. Jesucristo sufrió la plena medida absoluta de la muerte espiritual, separación del Padre, como la pena por el pecado (Gn 2:17; Ro 3:23).

Nuestro Señor fue insultado, abusado y casi despellegado vivo. Su espalda era una masa de laceraciones y terminaciones nerviosas expuestas; su rostro era apenas reconocible. Su gran fuerza física estaba tan debilitada que tropezó en el camino. Clavado en la cruz, Él tuvo que forzar Sus pies y muñecas contra los clavos para aliviar el peso sobre Sus pulmones y poder respirar. Desde el momento de Su arresto, a través de largas horas de abuso mental y tortura física, ni una sola vez clamó (Is 53:7; Hch 8:32–35).

Pero cuando el Padre Le imputó nuestros pecados a Él y ejecutó juicio, Él gritó de dolor. De la *justicia* del Padre, que seguía amándolo, nuestro Señor sufrió una agonía atroz que jamás será sentida por ningún otro ser humano.

Durante tres horas repitió: “Dios Mío, Dios Mío [dirigiéndose al Padre], ¿por qué Me has desamparado?” (Mt 27:46, traducción corregida). Su mente estaba en perfecta claridad, y desde la doctrina en Su alma sabía a la perfección por qué estaba siendo desamparado. Estaba citando Salmo 22:1 para expresar la agonía de la muerte espiritual. Él sabía que estaba siendo “hecho [...] pecado como un sustituto por nosotros [...] para que pudiéramos ser hechos la rectitud de Dios en Él” (2Co 5:21, traducción corregida).

Cristo murió dos veces en la cruz: primero espiritualmente, luego físicamente.¹⁹ Su muerte espiritual pagó la pena por el pecado. Su muerte física indicó que Su obra redentora en la Primera Venida se completó. Además, Su muerte física preparó el camino para Su resurrección, ascensión y sesión (el sentar de Cristo a la diestra de Dios el Padre), que completan tanto nuestra salvación como Su victoria estratégica en el conflicto angélico.

19. Thieme, *La Sangre de Cristo* (2022).

Durante las tres horas completas en las que sufrió la muerte espiritual, Cristo todavía estaba físicamente vivo. Nosotros sabemos esto porque mientras la oscuridad cubría la colina, Él seguía gritando bajo el dolor indescriptible del juicio que debió haber caído sobre nosotros. Sólo una persona viva puede gritar. Durante esas horas Él pagó por nuestra libertad del mercado de los esclavos del pecado (redención), derribó la barrera entre Dios y nosotros (reconciliación) y satisfizo a Dios con respecto al pecado para que Él pudiera acogernos y bendecirnos sin comprometer Su esencia (propiciación). Cuando la obra de nuestro Señor se completó, Él gritó *τετέλεσται* (*tetélestai*), “¡Consumado es!” (Jn 19:30b). La salvación fue consumada, y Él era libre de morir físicamente. No queda nada por hacer en la salvación, más que aceptar la obra de salvación de Cristo a través de la fe sola en Cristo solamente.

En la cruz, el amor del Padre defirió a Su justicia. El atributo de amor del Padre nunca se atenuó ni se apagó —ni siquiera titiló. Con Su amor todavía infinitamente resplandeciente, Su rectitud exigió que Su justicia juzgara a Cristo por nuestros pecados. Cristo fue enviado a la cruz porque cuando Dios trata con la humanidad pecadora, la justicia divina siempre precede al amor divino.

Cuando ese primer pecado golpeó a nuestro Señor y Su cuerpo fue atravesado por el dolor del juicio divino, cuando el Padre escuchó ese primer clamor de Aquel a quien amaba, admiraba y estimaba tanto, ¿canceló el juicio? ¿Promovió el amor por encima de la justicia? ¡No lo hizo! Él fue imparcial por completo en la función de Su justicia, y el juicio continuó hasta que el último pecado de toda la historia humana había sido juzgado. El amor de Dios no puede dejar a un lado Su justicia.

Nosotros por lo general pensamos que la salvación la proporcionó Cristo solo, pero en realidad toda la Trinidad estuvo involucrada. El Padre tuvo que separarse de Cristo mientras Él estaba siendo identificado con nuestros pecados (Sal 22:1). Dios el Padre tuvo que derramar adrede toda la ira de Su justicia sobre Aquel a quien Él amaba de forma tan perfecta. El Espíritu Santo sostuvo la humanidad de Cristo en la cruz aun cuando estaba siendo juzgado por nuestros pecados (He 9:14). Durante eones infinitos antes de que el hombre fuera formado del polvo —incluso mucho antes de que existiera el polvo— el Padre amó a Cristo, y continuó amándolo personalmente mientras Le imputaba por procedimiento judicial nuestros pecados y ejecutaba juicio en Él. Dios el Padre expresó Su amor al cubrir el Gólgota con un manto de oscuridad

sobrenatural tan completo que ni hombre ni ángel pudieron observar la prueba de nuestro Señor.

La forma en que Dios trató a Su Hijo en la cruz demuestra de manera concluyente que cuando Dios trata con el pecado, la justicia divina toma precedencia sobre el amor divino. Cuando trata Consigo mismo o con los demás miembros de la Divinidad, Su justicia no es cuestionada. Pero nuestra imperfección hace sonar una alarma en la esencia de Dios. Si Dios tuviera que diseñar un escudo de armas para representarse a Sí mismo ante el hombre caído, el lema diría: “Justicia Antes que Amor”.

PABLO EXPLICA EL EVANGELIO

Hasta ahora hemos desarrollado un marco de referencia suficiente para proceder. Estamos a punto de examinar un pasaje de Romanos que explicará cómo funciona la declaración “Porque de tal manera amó Dios al mundo” (Jn 3:16). En Romanos 1:16–17, Pablo define el papel de la rectitud y la justicia en la provisión de nuestra salvación.

Porque no me avergüenzo [ἐπαισχύνομαι, *epaisjúnomai*] del evangelio [εὐαγγέλιον, *euanguélion*], porque es poder [δύναμις, *dúnamis*] de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego. Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela. (Ro 1:16–17a, RVR)

Pablo fue el más grande judío que jamás haya vivido (con la posible excepción de Moisés, y por supuesto sin considerar al Dios-hombre, Jesucristo). Sin duda Pablo fue el más grande romano. Durante su vida y siglo tras siglo desde entonces, hasta el día de hoy, su influencia supera por mucho la de cualquier otro ciudadano del SPQR.²⁰

A través de su consumo de la Palabra de Dios, Pablo explotó la gracia a lo máximo, y Dios lo bendijo con el conocimiento más pleno de la doctrina que cualquier creyente haya poseído. Su mentalidad incisiva, su ocupación con Cristo, su vigorosa capacidad para la vida como creyente maduro lo hicieron objetivo, entusiasta y eminentemente preparado para enfrentar cualquier situación que la vida le presentara.

20. *Senatus Populusque Romanus*, “El Senado y Pueblo de Roma”, era el nombre de lo que llamamos el Imperio Romano. El nombre oficial se acordaba por lo general a SPQR, así como el nombre de los Estados Unidos de América es a menudo acordado a EE. UU. o EUA.

Cuando un genio de la estatura de Pablo comienza a explicar por qué está tan fuertemente motivado y “ansioso [...] de anunciar el evangelio” (Ro 1:15b), nos vemos obligados a incorporarnos y prestar atención. Un aspecto de su motivación sale a la luz cuando él, el apóstol más importante, revela la actitud mental de un comunicador de doctrina. Su actitud debe ser compartida hoy en día por todo pastor-maestro y, del mismo modo, por todo creyente sin importar su don espiritual.

El verbo griego compuesto *epaisjúnomai* combina la preposición *epi*, “sobre y por encima”, con el verbo *aisjúdo*, “avergonzarse”. Con la negación, el compuesto significa en sentido literal “no avergonzarse, estar por encima de estar avergonzado”. En otras palabras, Pablo nunca bajó la cabeza en cuanto a alguien o algo con quien o con lo que él estaba asociado. La ausencia de tal vergüenza significa libertad de la subjetividad y puede indicar que el reversionismo también está ausente. Cuando una persona es tan subjetiva, débil o cobarde que se preocupa por las opiniones de otros —temerosa de que la ridiculicen o que piensen que es un poco extraña— ¡no conoce la suficiente doctrina como para escamparse de la lluvia! Hijos que se avergüenzan de sus padres y padres que se avergüenzan de sus hijos entran en esta categoría, al igual que la persona que se avergüenza de sus antecedentes, ocupación o falta de educación.

Todos nosotros tenemos algo de lo que podríamos avergonzarnos, pero nuestras vidas deben estar libres de vergüenza y culpa. La gracia de Dios cura estos cánceres del alma mediante el rebote y la función constante del AGP. Pablo, por lo tanto, no está describiendo al creyente inmaduro. Cualquiera con un complejo de culpa puede animarse de manera emocional para superar su reticencia natural y “hacer grandes cosas para Dios”. Sólo el creyente maduro sabe lo que significa ser sumamente bendecido por Dios; sólo él tiene el aplomo del crecimiento espiritual para estar en realidad relajado, confiado y no avergonzado de la doctrina en su lóbulo derecho. Él sabe que las opiniones de las personas son insignificantes e inconsecuentes comparadas con el pensamiento de Dios expresado en la Palabra de Dios. Además, él sabe que no tiene que demostrar nada a nadie porque está diseñado para vivir su vida como para el Señor.

El sustantivo *euanguélion*, “evangelio”, es a menudo malentendido. Pensamos en el Evangelio como el mensaje de salvación de Jesucristo y Su obra en la cruz. Ese es el significado técnico de la palabra, pero eso es sólo una parte de su connotación general. *Euanguélion* significa “buenas noticias, noticias de victoria o buena fortuna”, refiriéndose a

algo de valor intrínseco. Las “buenas noticias” incluyen toda la Palabra de Dios, sólo una pequeña parte de la cual aplica al no creyente. El contexto indicará qué aspecto de la doctrina bíblica se trata. Pablo no se avergüenza de ninguna doctrina, pero en Romanos 1:16 reduce el campo a la información necesaria para llevar al no creyente al punto de la fe en Cristo. Lo sabemos por la cláusula explicativa que sigue.

Pablo explica por qué no sólo no está avergonzado de las Buenas Noticias, sino que se enorgullece de ello e incluso se jacta (1Co 1:31; 2Co 12:5; Gá 6:14): “porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree” (Ro 1:16b, RVR). Pablo afirma el hecho dogmático e incondicional de que hay una cierta porción de la doctrina bíblica que resulta en salvación eterna para aquellos que creen. Por eso el Evangelio se llama “el poder de Dios”.

La palabra griega para “poder” es *dúnamis*. Derivada del idioma indoeuropeo más antiguo y teniendo un equivalente en Sánscrito antiguo, el significado más antiguo de esta palabra era “habilidad” o “capacidad”. A medida que el sustantivo pasó del griego homérico al griego ático, se desarrolló la idea de que la vida espiritual e intelectual de un individuo podía remontarse a su *dúnamis* o CI humano. Por lo tanto, en el griego clásico del siglo V a. C., *dúnamis* significaba “habilidad, CI humano, perspicacia, la capacidad de aprender, la habilidad de concentrarse en el aprendizaje”. Al desarrollarse aún más en el griego koiné del Nuevo Testamento, la palabra denota poder en el sentido de competencia o capacidad. Cuando se vincula con el genitivo posesivo de *theós*, “que le pertenece a Dios”, la frase debería traducirse: “porque es [el Evangelio] la habilidad que le pertenece a Dios”.

Cuando le comunicas las Buenas Noticias a un no creyente, le explicas el mensaje sencillo de salvación. Sin entrar en detalles que puedan confundir el tema y confundir al no creyente, en realidad lo que estás declarando es la habilidad de Dios para salvar, la habilidad de Dios para bendecir, la habilidad de Dios para proveer. El significado de *dúnamis* vuelve a poner la salvación en la capacidad y el carácter reales de Dios mismo.

Cuando nuestro Señor estaba comunicando el plan de salvación a Nicodemo, un no creyente religioso, Él usó Juan 3:16. En este pasaje, Cristo está explicando el Evangelio a alguien que no tiene un marco de referencia para entender nada acerca de la esencia de Dios. Nicodemo, a pesar de toda su inteligencia, educación religiosa y respetabilidad, era un hombre

ignorante con respecto a los atributos de Dios.²¹ Nuestro Señor estaba explicando el Evangelio en los términos más simples, haciendo analogías tales como “nacer de nuevo” o escuchar el viento soplar (Jn 3:7–8). Pero aun con una explicación pintoresca y no técnica del más grande Maestro de todos los tiempos, este fariseo intelectual todavía era lento en captar. Si a él le costaban estas doctrinas básicas, sin duda no podría comprender las funciones internas de la naturaleza de Dios. ¿Podría Cristo salir con un discurso cautivador sobre Sus propios atributos divinos, que eran los mismos que los del Padre y el Espíritu Santo? ¿Podría entrar en detalles con este no creyente desinformado sobre el amor personal e impersonal divinos? Eso pudiera haber sido un banquete para un creyente maduro, pero hubiera dejado al pobre Nicodemo ¡hambriento! Si el fariseo iba a ser salvo, un lenguaje sencillo era necesario.

Juan 3:16 y Romanos 1:16, aunque redactados de manera diferente, comunican el mismo tema —las Buenas Noticias de la salvación. El Evangelio es el “poder de Dios” (Ro 1:16) —la habilidad y la capacidad de la esencia divina— para garantizar que el creyente “no se pierda, mas tenga vida eterna” (Jn 3:16b, RVR). El Evangelio representa la integridad y amor de Dios hacia la humanidad expresados en la gracia. Después de asegurarles imparcialidad divina a los judíos y gentiles —“al judío primeramente y también al griego” (Ro 1:16)— Pablo nos dice cuál atributo divino produce la acción de salvarnos.

El Pensamiento de un Juez

Porque [γάρ, *gár*] en el evangelio la justicia [rectitud, *δικαιοσύνη, dikaiosúne*] de Dios [θεοῦ, *theoú*] se revela.
(Ro 1:17a, RVR)

El Apóstol comienza Romanos 1:17 con la partícula *gár* usada como una conjunción de inferencia para introducir una explicación, una profunda explicación en lo que respecta a nuestra comprensión de Dios.

21. Religión es el intento presuntuoso del hombre de obtener la aprobación de Dios. Sólo Jesucristo es digno de la aprobación divina, y la obtuvo para todos los que aceptarán por fe Su obra en su favor. La religión rechaza tal gracia y siempre se construye en las arenas movedizas de la arrogancia humana; la religión siempre falla en impresionar a Dios. Satanás la patrocina como su mejor método para cegar el pensamiento de los no creyentes y creyentes por igual. La relación del cristiano con Cristo no es una religión.

“Porque”, escribe Pablo, “por este mismo [Evangelio] la rectitud de Dios es revelada” (traducción corregida).

La palabra para “rectitud”, *dikaíosúne*, es una de las palabras más significativas en el Nuevo Testamento; quiere decir mucho más que sólo “rectitud”. Es un desarrollo de segunda etapa en el idioma griego ya que proviene de dos palabras más antiguas, el sustantivo *δίκη* (*dike*) y el adjetivo *δικαίως* (*dikaíos*). La diferencia entre *dikaíosúne* y sus dos predecesores es el sufijo *σύνη* (*súne*), y ese sufijo hace toda la diferencia del mundo.

Los griegos desarrollaron un sistema de pensamiento abstracto que alcanzó su punto culminante en Atenas en el siglo V a. C. Concurrente con este brillante avance en el pensamiento, ellos refinaron su lenguaje a lo largo de varias generaciones hasta que el griego ático de la época clásica fue lo suficientemente rico como para reflejar toda la sofisticación literaria y los matices de significado concebidos por hombres como Platón, Sófocles, Esquilo, Eurípides y muchos otros. El sufijo *súne* cambiaba el significado de un sustantivo o adjetivo de lo simple a lo complejo, de lo concreto a lo abstracto.

La palabra griega para belleza no lleva el sufijo *súne*, pero podemos utilizar el concepto de belleza para ilustrar el cambio en el pensamiento griego. En los días de Homero, en el siglo IX a. C., un joven guerrero podría exclamar: “¡Esa mujer es hermosa! ¡Es una belleza!”. Tal vez recuerdes de la *Iliada* que un príncipe troyano llamado Paris causó muchos problemas al decir en esencia eso. Desairó a Hera y a Atenea, entregando la manzana dorada de la discordia a Afrodita porque ella le prometió la mano de Helena, la mujer más bella en la tierra. Por desgracia, Helena ya estaba casada con el rey de Esparta. Y así comienza la Guerra de Troya. En palabras de Esquilo:

¿Qué has hecho, Oh Helena ciega de cerebro,
Oh rostro que asesinó las almas en la planicie de Ilión,
Un rostro, un rostro, y muchos miles asesinados?²²

En más de un sentido, el pensamiento de Paris no fue más allá que el de las apariencias externas. Pero entre los filósofos de Atenas cuatrocientos años después de Homero, la conversación se alejó de la simple pulcritud femenina. La belleza misma se convirtió en el tema. Para estos pensadores,

22. Traducido y adaptado de Aeschylus, *The Agamemnon of Aeschylus*, trans. Gilbert Murray (London: Allen & Unwin Ltd., 1920).

la belleza era un concepto abstracto de equilibrio y simetría, la “media de oro” de la belleza interior del alma y la perfección exterior de la forma física.

El concepto de justicia también sufrió un cambio, y el desarrollo de lo específico a lo abstracto se refleja en el cambio de *dike* y *dikaíos* a *dikaíosúne*. *Dikaíosúne* se usó por primera vez en el siglo V a. C.; el historiador Heródoto la usó para contar la historia de Solón, el estadista visionario cuyas leyes habían salvado a Atenas más de cien años antes.

En los días de Solón, los líderes del gobierno habían tejido una red de decretos que tiranizaban y explotaban a los ciudadanos de Ática, la ciudad-Estado cuya capital era Atenas. Estos gobernantes trataron de jugar a ser Dios. Codiciaban el poder; metían sus narices en los asuntos de los ciudadanos respetuosos de la ley; aprobaban nuevas leyes con mucha frecuencia. Sin tomar en cuenta la libertad o la libre empresa, que es la verdadera fuente de la prosperidad nacional, intentaron eliminar los problemas de la humanidad a través de la legislación, en particular a través de leyes diseñadas para resolver los problemas del uno por ciento de la población con ‘soluciones’ impuestas a todos.

Solón presencié este abuso de autoridad, que es muy similar a lo que vemos en los Estados Unidos de hoy en día. Como miembro aristocrático de la asamblea gobernante, acabó convirtiéndose en el *arconte*, y mientras ejercía su mandato, persuadió a los atenienses para que adoptaran un nuevo código. La vieja tiranía fue dejada de lado. El nuevo sistema de Solón garantizaba la libertad de cada ciudadano. Se protegió la privacidad y la propiedad; la libre empresa se convirtió en el orden del día.

Solón estaba confiado. Él sabía que tenía las respuestas correctas, e hizo algo muy astuto. Convenció a los atenienses de aprobar un último estatuto más que decretaba que nadie podía añadir o quitar de la ley, excepto el propio Solón.

¿Crees que se quedó esperando, estrujándose las manos, preguntándose qué nueva ley tendría que promulgar ante la primera crisis? ¡No! Recuerda que Solón era un hombre brillante. De inmediato se tomó diez años sabáticos y así de sencillo dejó a los atenienses para que vivieran por las excelentes leyes ya en vigor. Incluso hoy en día, su código se considera uno de los mejores sistemas legales de todos los tiempos. Esto ayudó a la ciudad-Estado a convertirse con el tiempo en uno de los poderosos imperios de la antigüedad.

La legislación de Solón influyó en gran manera en el desarrollo del significado de *dikaíosúne*. Con Solón ausente, sus leyes no podían ser

ampliadas ni anuladas; el pueblo de Atenas tenía que ajustarse a lo que él les había dejado. Bajo este sistema de ley, Heródoto acuñó por primera vez *dikaíosúne* como un término legal que significa “el pensamiento de un juez al asignar a cada uno lo que le corresponde”, en otras palabras, el pensamiento bueno, claro y objetivo que da a cada uno un trato justo ante la ley.

El concepto abstracto de justicia incluía de forma indirecta a aquellos bajo la ley, de modo que se decía que los ciudadanos que se ajustaban a la justicia de Solón también poseían *dikaíosúne* o “virtud civil”. La connotación de la palabra, sin embargo, no es la justicia de un pueblo, sino la justicia de la persona con autoridad, el juez en una corte de justicia. Muchos escritores clásicos incluyendo a Platón, usaron el término en este sentido. Por lo tanto, *dikaíosúne* significa “ajuste a la ley”, y ese es el sentido en el que “rectitud” es una traducción correcta; pero “justicia” es una interpretación igual de precisa.

En el año 280 a. C., más de un siglo después de la Era de Oro de Grecia, las Escrituras del Antiguo Testamento fueron traducidas del hebreo al griego por setenta y dos académicos en Alejandría, Egipto. En su versión de una precisión asombrosa llamada la Septuaginta, *dikaíosúne* representaba las palabras hebreas צִדְקָה (*tsédec*) y צִדְקָה (*tsedacá*), que pueden significar rectitud o justicia. Los conceptos están tan interrelacionados que a veces no se pueden distinguir, y el hebreo no intenta separarlos. Cada vez que se menciona la rectitud y la justicia de Dios en el Antiguo Testamento, *dikaíosúne* aparece en la Septuaginta. Dios, en lugar de Solón, se convierte en la norma y los creyentes, en lugar de los ciudadanos de Ática, son llamados *dikaíosúne* cuando observan la voluntad de Dios —es decir, cuando se han ajustado a la justicia de Dios.

Tanto Filón como Josefo emplean esta antigua palabra en la literatura extrabíblica que fue contemporánea a Cristo y Pablo. Filón, un filósofo judío viviendo en Alejandría, hace de *dikaíosúne* un atributo divino en términos de la ética del estoicismo. Josefo, el historiador judío, sigue a sus muchos predecesores en usar *dikaíosúne* como el ajuste a la ley, por tanto, “rectitud legal” o rectitud en el pensamiento judicial. La palabra enfatiza el sentido de justicia del juez, su habilidad para pronunciar un veredicto justo al escudriñar toda la evidencia a la luz de su conocimiento experto de la ley. *Dikaíosúne* no se refiere a la propia moralidad o inmoralidad personal del juez porque la cuestión no es su conducta privada, sino si puede o no pensar en la corte! Josefo también señala que la falta de ajuste

a la ley trae retribución o juicio legales; por consiguiente, él reconoce a *dikaíosúne* como la fuente tanto de bendición como de maldición.

Para cuando la palabra entró en el griego koiné del Nuevo Testamento, *dikaíosúne* tenía una riqueza de significado. Es por eso que con frecuencia es mal traducida. *Dikaíosúne* significa “justicia” como una característica de un juez, como el pensamiento legal de un juez, como la integridad profesional de un juez. Significa “rectitud”, no sólo en el sentido de ser bueno, sino como un principio que conduce al pensamiento y la acción correctos. Significa “ser justo e imparcial en el trato con los demás”; significa “virtud, justicia” —integridad.

Tanto Filón como Josefo aplicaron esta palabra a Dios, usando la misma frase que encontramos en Romanos 1:17, *dikaíosúne theou*. Sin embargo, estos escritores poseían un concepto limitado o erróneo del carácter de Dios, mientras que los autores humanos del Nuevo Testamento, bajo la inspiración del Espíritu Santo, le dieron al término su pleno significado doctrinal. En las Escrituras, “la *dikaíosúne* de Dios” significa una de tres cosas: (1) la “integridad” general de Dios, (2) Su “rectitud” como principio de Su integridad, o (3) Su “justicia” como la función de Su integridad.

El caso genitivo de *theós* hace la distinción entre estas definiciones: es un genitivo tanto subjetivo como posesivo. Un sustantivo en el genitivo subjetivo es el sujeto de la acción; es decir, produce la acción de la palabra que modifica —la integridad de Dios en acción es Su justicia. En el genitivo posesivo, *theós* indica algo que Dios posee como principio: la integridad de Dios en principio es Su rectitud. Sin embargo, cualquiera que sea su traducción específica, *dikaíosúne theou* es un término abstracto; de alguna manera siempre connota la integridad de Dios en el contexto de todos Sus atributos. La integridad divina es, por lo tanto, infinita, perfecta, eterna, inmutable —e incomprensible aparte de su revelación en la doctrina.

Como un principio, *dikaíosúne theou* involucra a Dios solo, aparte del hombre; pero como acción divina, el término puede incluir al hombre. En este sentido, *dikaíosúne* se usa a veces como sinónimo de *εὐσέβεια* (*eusébeia*), “piedad” y se convierte en un término técnico para la madurez espiritual. Madurez es el ajuste máximo del creyente a la justicia de Dios o la relación total con la integridad de Dios.

Pero otro uso técnico abarca a todos los creyentes, no sólo a los espiritualmente maduros; hasta el creyente reversionista está incluido. En este sentido legal o forense, *dikaíosúne* significa “justificación”. Dios

es el Juez experto; tiene toda la evidencia y sólo puede pronunciar un veredicto justo y objetivo. Cuando una persona cree en Cristo, Dios es libre, como consecuencia de la cruz, para acreditar a esa persona Su propia rectitud, el principio mismo de la integridad divina. De inmediato, desde el estrado del Tribunal Supremo del Cielo, Dios reconoce esta nueva pieza de evidencia en el caso. Ya que el creyente ahora posee la rectitud perfecta de Dios, Dios lo declara “*¡dikaíosúne!*” —justificado, recto. Esto es la esencia de la salvación.

A su debido tiempo, estudiaremos tanto la justificación forense como el ajuste de la madurez a la justicia de Dios. Ambas aplicaciones de *dikaíosúne theou* al género humano incluyen el concepto de vindicación por gracia. Gracia significa que Dios hace toda la obra y recibe toda la gloria. En el momento de la salvación somos justificados por poseer Su rectitud; en la madurez somos vindicados por tener en nuestras almas la doctrina bíblica, el pensamiento y la verbalización de Su integridad. Nuestra rectitud humana y nuestros logros personales no tienen nada que ver con nuestra justificación ante Dios.

En Romanos 1:17, Pablo ha usado *dikaíosúne* en su pleno significado doctrinal: la justicia de Dios como la función de Su integridad. La justicia de Dios es libre de vindicar al hombre en la salvación. Por lo tanto, este versículo se traduce mejor “porque por este mismo [Evangelio] *la* justicia de Dios se revela”. Cuando creemos en Cristo, la justicia de Dios dice: “Salvo”. Él nos da vida eterna porque Cristo ha sido juzgado por nuestros pecados.

El poder, habilidad o capacidad de Dios para salvar a la humanidad no es sólo una cuestión de amor. Más bien, como nos dice Romanos 1:16–17, el Evangelio también revela la función de Su integridad. Las Buenas Noticias es que, al enviar a Jesucristo a la cruz, Su rectitud y Su justicia fueron satisfechas, para que Dios pueda ofrecer la salvación a todo el género humano.

Esto abre la puerta. Ahora podemos ver cómo Dios sin destruir Su propia perfección, puede bendecir a los ciudadanos del reino del enemigo depravados por completo y espiritualmente muertos. La salvación significa que Dios nos trata en justicia. Él no condesciende a salvarnos. Él nunca condesciende ¡a hacer nada! La fuerza indoblegable de cada faceta de Su esencia absoluta está completamente detrás de todo lo que Él piensa o hace hacia nosotros. Eso es la integridad divina. Él nunca hace excepciones. No actúa por emoción. Nunca siente pena por las ‘pobres ovejas perdidas’ como para dejarse vencer por el sentimentalismo. Ni nada de lo que Él

realiza es hecho por impulso. Sus obras nunca son tentativas o con poca visión de futuro, y por lo tanto Su plan nunca necesita ser revisado, deshecho o corregido. Nada de lo que Él hace puede ser deshecho —ni siquiera por Dios mismo. Nunca habrá que cerrar ningún agujero porque ¡no existen agujeros en Su plan! Ahí descansa nuestra seguridad, nuestro consuelo, nuestra bendición.

LA EXPRESIÓN DE LA INTEGRIDAD Y EL AMOR —LA GRACIA

Recuerda, todo lo que Dios hace o patrocina proviene de Su esencia, de quién y qué Él es. La gracia de Dios a menudo es definida como “favor inmerecido” —no una definición inexacta, sino una demasiado simple, y que permite que el creyente confunda con facilidad la gracia con el sentimentalismo. Lejos de ser sentimental, la gracia de Dios hacia la humanidad está enraizada en Su esencia. La gracia es la política de Dios al otorgar Su favor inmerecido, Su bendición sobre la humanidad pecadora.

Por lo tanto, el Señor espera para mostrar Su gracia a ustedes
[Dios en todo momento desea bendecir a los creyentes],
Y Él está en lo alto para tener compasión de ustedes.
Porque el Señor es un Dios de bendición y justicia [todas las
bendiciones que Él espera dar pasan por Su justicia];
Cuán bienaventurados son los que esperan en Él [la función
diaria del AGP]. (Is 30:18, traducción corregida)

Ni el no creyente ni el creyente pueden ganar la aprobación o el favor de Dios a través de sus propios esfuerzos, trabajo, energía o moralidad.

Para dar una definición más completa: La gracia es todo lo que Dios es libre de hacer por la humanidad sobre la base de la obra salvadora de Jesucristo en la cruz. La gracia es la expresión de la rectitud, la justicia y el amor de Dios al bendecir a la humanidad. Dado que Sus atributos son perfectos, nada de lo que Él hace por nosotros en gracia es menos que perfecto, ni compromete Su naturaleza divina. Señalemos esta característica en cada categoría de gracia.

La gracia salvadora elimina la condenación de la muerte espiritual bajo la cual nacemos y nos coloca en una relación de bendición permanente con Dios. La doctrina de la propiciación (Ro 3:25–26) explica cómo la

obra sustitutiva de Cristo en la cruz satisfizo la justicia intransigente de Dios en nuestro favor y muestra cómo Dios proporciona la salvación sin comprometer Su integridad.²³

La gracia logística nos mantiene vivos y nos permite crecer espiritualmente a pesar de que vivimos en el mundo del diablo. Basado en quién y qué Él es, Dios ha establecido ciertos objetivos para nosotros en el conflicto angélico. En general, Él nos mantiene en la tierra después de la salvación para aprender doctrina bíblica, la cual nos da la capacidad de poseer una relación armoniosa con Dios y disfrutar de fantástica prosperidad divina. Bendición es el objetivo. Si vamos a aprovechar este objetivo, esta victoria táctica en el combate espiritual de la vida, requerimos una gran cantidad de provisión y apoyo —enseñanza bíblica, aire para respirar, comida, techo, ropa, transporte, amigos. La gracia logística es indispensable para llevar a cabo el plan de Dios; por lo tanto, es del todo consistente con la integridad de Dios.

La supergracia incluye las etapas básicas de la madurez espiritual. La supergracia es ese período maravilloso y tranquilo al alcanzar la madurez —el soldado cristiano en descanso y recuperación. La supergracia es también el tiempo de prueba a través de la adversidad, oposición y distracción —como cruzar la tierra de nadie— mientras el creyente maduro continúa avanzando en la doctrina. La supergracia es la victoria táctica en el conflicto angélico. Dios derrama bendiciones espirituales sobre el creyente supergracia, bendiciones temporales, bendiciones por asociación, impacto histórico y bendiciones relacionadas con el sufrimiento inmerecido. Ya que Dios es glorificado cuando nos bendice, no sólo Su integridad no se ve comprometida al proporcionar la supergracia, sino que ¡se enfatiza!

La ultra-supergracia es la etapa avanzada de la madurez espiritual, alcanzada por el creyente que continúa e incluso intensifica su consumo de doctrina después de alcanzar la supergracia. Dios hace más que derivar gloria al bendecir al creyente en ultra-supergracia; Dios está complacido con él y lo acepta en amistad. Abraham y Moisés, por ejemplo, fueron llamados amigos de Dios (Éx 33:11; 2Cr 20:7; Stg 2:23; cf. Ro 14:3). La máxima doctrina en el alma le da al creyente ultramaduro del Antiguo Testamento, יֵשׁוּרֻן (*Yeshurún*), y al creyente ultramaduro de la Era de la Iglesia, πλήρωμα (*plérōma*), la capacidad para bendiciones incluso bajo una concentrada oposición satánica (2Ti 3:8a; cf. Éx 7:11–12, 22; 8:7;

23. Thieme, *La Barrera*.

9:11).²⁴ Así, Dios demuestra Su integridad perfecta en una manera especial y concentrada, que prueba una vez más que “mayor es [Cristo] que está en vosotros, que el [Satanás] que está en el mundo” (1Jn 4:4b, RVR). La capacidad del creyente ultra-supergracia libera la integridad de Dios para derramar bendiciones intensificadas sin comprometer ningún atributo Suyo.

La gracia al morir transfiere al creyente maduro del tiempo a la eternidad de tal manera que morir se convierte en la bendición más relajada y maravillosa de toda su vida. Dios expresa Su inmutable naturaleza incluso en la forma en que llama al creyente maduro a casa.

Por último, las bendiciones de *la gracia sobreabundante* son otorgadas en el cielo al creyente que aprendió suficiente doctrina en la tierra para desarrollar la capacidad de recibir bendiciones supergracia o ultra-supergracia en el mundo del diablo. Lo que Dios da es permanente, y las bendiciones del tiempo se transforman en bendiciones mayores en la eternidad. Tales bendiciones y recompensas traen gloria sin fin al Señor Jesucristo, así como felicidad y gran prosperidad a quien es recompensada. El hecho de que algunos creyentes serán recompensados en mayor abundancia que otros es una prueba más de la naturaleza intransigente de la integridad perfecta de Dios (Mr 4:3–21).

LA IMPARCIALIDAD DE DIOS

La integridad de Dios es perfecta; Él nunca es mejor ni peor. Él es inmutable; nunca ha variado en lo más mínimo desde la eternidad pasada, y nunca variará a lo largo de toda la eternidad futura.

24. La dinámica espiritual de un pequeño cuerpo de creyentes refleja la rectitud de Dios y Lo glorifica a lo máximo. Dios estableció una fraternidad única en Israel compuesta por estos creyentes. Moisés acuñó su nombre, *Yeshurún*, basado en una palabra hebrea que significa “rectitud” (Dt 32:15; 33:5, 26; Is 44:2). En la ausencia de un pivote de creyentes maduros en Israel, el impacto invisible de *Yeshurún* libera y bendice a la nación tanto en los tiempos del Antiguo Testamento como en el futuro, en la Tribulación y el Milenio.

Pléroma, “plenitud”, es un sustantivo griego con un significado activo, “lo que llena”, y un significado pasivo, “lo que ha sido completado o hecho completo”. El Nuevo Testamento usa el *pléroma* para describir la ejecución de la vida espiritual única en la historia (Ef 1:10, 22–23; 4:13) por medio de la misma fuente de poder que creó el universo (Col 1:19; 2:9–10). En Efesios 3:19 *πλήρωμα τοῦ θεοῦ* (*pléroma tou theou*) describe la “plenitud [de bendición] de Dios”. El creyente *pléroma*, equivalente al creyente *Yeshurún* en el Antiguo Testamento, cumple los objetivos divinos necesarios para llegar a ser maduro espiritualmente, recibir bendiciones óptimas y glorificar a Dios a lo máximo.

Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos.
(He 13:8, RVR)

El ser de Dios es inalterable, absoluto, totalmente consistente. Si Dios es justo en todo lo que hace, por ende, es justo en todos Sus tratos con nosotros. Este es un principio: Dios es imparcial y libre de prejuicios.

En Romanos 1:16, Pablo intercaló un tema que él persigue a lo largo de todo el Libro de Romanos (en especial en los capítulos 9 al 11): “al judío primeramente y también al griego”. El acusativo singular de *prótos* traducido “primeramente” en la Reina Valera significa “primero en rango o grado”, por lo que la frase se traduce mejor “tanto para el judío principalmente, como al gentil después”. Como la nueva especie racial, resultado de la fe de Abraham en Jesucristo (Ro 4:3), los judíos son la raza principal con privilegios. Israel es el pueblo escogido de Dios, una nación cliente de Dios a lo largo del Antiguo Testamento, habiendo sido dada responsabilidades especiales y privilegios que las acompañan relacionados con la custodia y la diseminación de la Palabra de Dios.

El principio, sin embargo, es que tanto judíos como no judíos —es decir, todas las personas— tienen acceso a las mismas oportunidades y bendiciones en esta dispensación. Ninguna raza o cultura tiene más privilegio que otra en la familia real de Dios,²⁵ ni se excluye ninguna raza o cultura. Ningún individuo es tratado con favor especial, y nadie es ignorado. Raza, cultura, rasgos personales —ninguno de estos es un asunto en el plan de Dios (Gá 3:28). El asunto es, o te ajustas a la justicia de Dios, lo que resulta en bendición, o la justicia de Dios se ajustará a ti, lo que resulta en maldición y disciplina. La imparcialidad de la justicia divina es un concepto que debes comprender antes de que puedas tener un buen comienzo en la vida cristiana.

Porque en Dios no hay acepción de personas. (Ro 2:11)

Dado que la justicia de Dios es nuestro punto de contacto, debemos alejarnos de ciertos conceptos erróneos. Debido a la cultura, la formación o alguna práctica defendida por la religión legalista, muchas personas piensan que tienen una ‘relación especial’ con Dios. Tal vez crecieron en un hogar cristiano donde ciertos tabúes se respetaban; tal vez trabajaron fielmente en la iglesia o testificaron u oraron todos los días o leyeron la Biblia de principio a fin. En algún momento de la vida siguieron algún procedimiento que *saben* que impresionó a Dios. Con arrogancia, ellos

25. Véanse las páginas 122–23, 233.

rechazan las verdades: no hay algo que podamos hacer para impresionar al Dios infinito; Dios está impresionado sólo con lo que *Dios* hace; la rectitud divina y la justicia divina exigen nada menos ¡que rectitud divina y justicia divina!

De su arrogancia ciega proviene la autorrectitud, y de la autorrectitud la suposición errónea de que Dios es parcial con ellos. Después de todo, ellos insisten: “Hemos sido personas buenas, limpias y respetables; tenemos personalidades dulces y agradables; sonreímos; hacemos una buena obra de vez en cuando; contribuimos a organizaciones de caridad; hemos hablado en lenguas; hemos sido bautizados o circuncidados; hemos guardado la Ley (al menos los Diez Mandamientos)”.

Todas estas ‘cartas de recomendación’ son destruidas por la imparcialidad de la justicia de Dios. Él nunca le da alguna consideración especial a nadie. Él ha establecido Su propio sistema, consistente con Su propia esencia, al que todos deben ajustarse; ningún otro sistema puede competir —ni el tuyo, ni el de Satanás ni el de nadie. La bendición de Dios es una cuestión de justicia divina, y el plan de Dios declara que toda bendición dirigida hacia ti depende de Su rectitud divina imputada a ti en el momento de la salvación.

El verbo en Romanos 2:11 es el presente activo indicativo de εἰμί (*eimi*), traducido “hay”. El tiempo presente usual con el negativo οὐ (*ou*), significa que *nunca* habrá un momento en el que Dios haga excepciones por nadie. Dios es totalmente sabio, totalmente justo, totalmente inmutable. Él escribió las reglas para Su propia creación, y Sus reglas siempre están vigentes en todos los casos. No hay flexibilidad en ninguna parte. Él nos trata en gracia, pero la gracia es la expresión de Su rectitud, justicia y amor. La gracia no es un programa descuidado de sentimentalismo. Dios no es una gran masa de amor emocional. Él es una persona de integridad incorruptible y estremecedoramente inspiradora, y Su gracia es una demostración perfecta de Su plan.

La palabra para “acepción” es el sustantivo προσωποληψία (*prosopolempsía*), de πρόσωπον (*prósopon*), “rostro” y λαμβάνω (*lambáno*), “recibir”. Ser parcial connota preferencia o inclinación a favorecer a una persona sobre otra, una predilección o afición hacia cierta persona. La integridad divina es libre de parcialidad por completo; las relaciones humanas abundan en ella.

Un hombre que ama a una mujer y piensa que es del todo maravillosa es parcial con ella. Una mujer enamorada que piensa que su hombre es la persona más noble sobre la faz de la tierra es sin duda parcial. Los padres

son parciales con sus hijos; los amigos son parciales con los amigos. Las personas en cualquier categoría de amor son parciales, y algo estaría mal si no lo fueran. A veces, la parcialidad va demasiado lejos y las personas se quedan sin la capacidad de evaluar de manera objetiva. Dios no es así. Él nos ama, pero siempre trata con nosotros en rectitud y justicia perfectas. En cada caso, lo que la rectitud exige, la justicia ejecuta.

Por ejemplo, Dios no mira hacia abajo y ve los rostros brillantes de alguna raza y dice son los mejores. Ninguna raza es mejor; ningún individuo es mejor. No hay trato preferencial. Dios es inflexible e imparcial. Tu ‘relación especial’ con Él se desvanece como un vapor; la luz de la integridad divina ilumina la realidad.

Eso te debería sobresaltar y, al mismo tiempo, agradarte por encima de todo. Te sobresalta porque has estado en el ¡camino equivocado! Has sido amable con las personas a las que no puedes soportar sólo para atraer la atención de Dios; has diezmado para que Dios bendiga tu negocio; has ‘seguido las reglas’ para que Dios haga caer del cielo a tu hombre ideal o mujer ideal. La luz de la integridad divina debería aterrizarte porque estabas tratando de sobornar a Dios, y de repente ves que ¡Él no puede ser sobornado! Sólo piensa en todo el tiempo y la energía que has desperdiciado tratando de ¡caerle bien a Dios! La vida no está diseñada para ser un esfuerzo; no puedes trabajar para entrar en el favor de Dios ni puedes trabajar para permanecer allí. La gracia se extiende a través de Su justicia. Tú sólo te ajustas a la justicia de Dios. Si contemplas alguna otra idea, no te preocupes, la justicia de Dios se ajustará a ti —con castigo y disciplina.

Por otro lado, la luz de la integridad divina debería deleitarte. Tú tienes la seguridad de que Dios siempre te trata justamente, que cuando Él exige algo ya ha proporcionado los medios de ejecución, que cada vez que Dios hace algo por ti o te promete algo, está sin duda garantizado para siempre.

Hay dos criterios para entender la libertad de Dios de los prejuicios. Primero, desde el punto de vista de la salvación, *todos* empezamos de cero. A partir del momento del nacimiento físico, todos estamos espiritualmente muertos, y a Dios nada más no Le interesa pasar el tiempo con un montón de cadáveres podridos. Es obvio que Dios es imparcial porque en Su estimación todos empezamos en el mismo nivel, el fondo absoluto —la condenación divina. Además, Él proporciona salvación idéntica para cada uno de nosotros ‘los ceros’ que cree en Cristo.

El segundo criterio para una comprensión de la imparcialidad de Dios comienza, no con el hombre, sino con Dios mismo. Volvamos a la

esencia de Dios; la rectitud perfecta monta guardia sobre la justicia divina, mientras que la justicia guarda toda la esencia de Dios. Si la justicia tuviera favoritos, no podría proteger de manera adecuada el carácter de Dios; Dios no sería Dios. La definición misma de justicia absoluta excluye cualquier posibilidad de que Dios haga alguna vez excepciones con alguien.

Cada gran creyente entendió la incorruptibilidad de Dios. Muchos de ellos —Abraham, Moisés, David, Pablo— la descubrieron de la manera difícil. Puedes repetir sus errores al asumir que Dios de alguna manera te trata como un personaje privilegiado, o puedes aprender de la manera fácil sometiéndote al sistema de Dios —el consumo consistente de la Palabra de Dios. Si escoges aprender de la manera difícil, descubrirás que ningún creyente en ninguna parte —incluyéndote a ti— está exento de ser ¡destruido, avergonzado o retirado de inmediato al cielo! Cualquier acción punitiva que Dios pueda tomar contra cualquier creyente ¡Él la puede tomar contra ti! Si escoges la manera fácil, no sólo llegarás a comprender y a apreciar Su integridad perfecta, sino que en esa integridad descubrirás también Su sistema para bendecirte. Las mismas reglas aplican a todos. Si consumes doctrina y rompes la barrera de la madurez, serás bendecido por Dios de una manera tan fenomenal que sólo puede ser descrita como “mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos” (Ef 3:20).

En la medida que piensas que eres una persona privilegiada, estás divorciado de la realidad. Si te consideras grandioso ante los ojos de Dios por algo que has hecho o te has abstenido de hacer, si piensas que guardar los Diez Mandamientos te convierte en un caso especial ante Dios, si imaginas que tu personalidad dulce significa que estás cerca de Él, has perdido el contacto con la realidad. Esta desorientación básica es lo que hace que el estudio de la integridad divina sea difícil para tantos creyentes. Una dieta constante de sermones devocionales, sentimentalismo y bien humano les ha embotado su gusto por la verdad.

Sólo al aprender la doctrina podemos orientarnos hacia la verdad y, al hacerlo, avanzar hacia la madurez espiritual. Como creyentes maduros, tenemos residente en nuestras almas lo que Dios ha revelado de Sí mismo; estamos enterados de Su plan de gracia; estamos ocupados con la persona de Cristo; estamos ajustados de lleno a la justicia de Dios. Orientarse a la integridad de Dios *es* orientarse a la realidad.

Eso podría ser un pensamiento del todo nuevo: La realidad *es* la integridad de Dios. La realidad es más que los acontecimientos manifiestos de la historia o de nuestra propia vida cotidiana. Podríamos

estar disfrutando de prosperidad; podríamos estar bajo intensa presión; podríamos ser felices o infelices, en supergracia o en reversionismo; pero no importa cuál sea nuestra actitud o situación hoy, eso es sólo la superficie. Para orientarnos a la vida debemos comprender lo que hay debajo de la superficie. Debemos comprender el principio que le da significado a las cosas que vemos: La realidad es la rectitud de Dios puesta en acción por Su justicia.

EL LENGUAJE DE ADAPTACIÓN

Si bien la verdad absoluta sobre la esencia divina se revela en la Palabra infalible de Dios, la perspicacia de Dios se extiende infinitamente más allá de lo que Él ha escogido revelarnos (Ro 11:33). Entonces, ¿cómo puede describirse lo infinito a nuestras mentes finitas? ¿Qué vocabulario, qué medio de comunicación puede explicarnos mejor lo que por lo general es incomprensible?

¡Oh, profundidad de las riquezas y de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán insondables son Sus juicios e inescrutables Sus caminos! (Ro 11:33)

Como hemos visto, Dios ha provisto bienes extraordinarios para que podamos aprender la verdad acerca de Él. Pero incluso con todos estos bienes, aún no estamos fuera de la oscuridad. Dios tuvo que diseñar en las Escrituras mismas un método muy simple para doctrinas complejas y avanzadas. Por lo tanto, para ser claros al describir la función de Dios infinito, la Biblia a menudo recurre al lenguaje de adaptación. En otras palabras, para asegurarse de que Sus pensamientos, políticas, decisiones y acciones se expliquen con lucidez, Dios toma en cuenta nuestras limitaciones inherentes y nuestra ignorancia básica. En gracia, Él se describe a Sí mismo como teniendo sentimientos humanos, pasiones humanas, pensamientos humanos, anatomía humana —hasta pecados humanos— con el fin de comunicarnos cosas para las cuales, de lo contrario, no tendríamos un marco de referencia. Por supuesto, Dios no posee ninguna de estas características; Él las usa como ayudas didácticas, conocidas como antropopatismos y antropomorfismos.

Derivado del griego *ἄνθρωπος* (*ánthros*), “hombre”, más *πάθος* (*páthos*), “una función del alma con una manifestación externa”, un antropopatismo atribuye a Dios alguna emoción, pensamiento o actitud

mental humanos. De *μορφή* (*morfé*), “cuerpo”, un antropomorfismo describe a Dios como teniendo alguna característica física del hombre. Ambas categorías son figuras retóricas, no descripciones de la verdadera naturaleza o esencia de Dios.

Dios no odia, a pesar de que la Biblia declara de Él: “Aborreces a todos los que hacen iniquidad” (Sal 5:5, RVR). Tampoco es celoso, a pesar de lo que te hace pensar el modismo: “humeará la ira de Jehová y su celo sobre el tal hombre” que se aleje del Señor (Dt 29:20, RVR). Cuando dice: los “ojos del Señor están sobre los justos, [...] Pero el rostro del Señor está contra aquellos que hacen el mal” (1Pe 3:12, RVR), verdaderas funciones de Dios están siendo descritas —Él de hecho bendice al creyente maduro y disciplina al reversionista.²⁶ Pero Dios es un ser inmaterial y espiritual; Él no tiene ojos ni rostro.

El propósito de Dios al usar estas ayudas didácticas sin duda no es para mantenernos en la oscuridad en cuanto a Su *modus operandi*, ni siquiera para satisfacer nuestra ignorancia, sino habilitarnos para aprender. Él se baja a nuestro marco de referencia cuando nos presenta lo que de otra manera estaría muy por encima de nuestras cabezas, tanto como “son más altos los cielos que la tierra” (Is 55:9).

La Palabra de Dios emplea tal imaginiería sobre todo para dramatizar el Evangelio a los no creyentes y para hacer que las doctrinas básicas sean más vívidas y claras para los creyentes inmaduros. A medida que nos damos cuenta de los antropopatismos y antropomorfismos y de cómo son utilizados, nuestra habilidad para comprender las Escrituras aumenta en gran medida.

Observemos varios antropopatismos conocidos y veamos cómo se relacionan con los atributos que en realidad Dios posee. De los muchos ejemplos, uno que a menudo confunde a los creyentes es la descripción de Dios en los días de Noé.

El Arrepentimiento de Dios

Y se arrepintió Jehová de haber hecho hombre en la tierra.
(Gn 6:6a, RVR)

Hace más de trescientos años, el traductor sin duda pensó que la palabra hebrea, que él tradujo como “arrepentirse”, significaba sentir

26. Thieme, *El Reversionismo*.

lástima por los pecados, renunciar a algún hábito detestable o sentir remordimiento por una transgresión. Muchos creyentes hoy en día definen el arrepentimiento en tales términos. Pero ¿cómo puede Dios arrepentirse? Él no peca. No tiene malos hábitos ni comete errores. ¡No tiene nada de qué lamentarse! El traductor sabía que algo estaba mal; tenía un ‘pasaje problemático’ en sus manos. ¿Qué debía hacer él?

Él debió haber reconocido que Dios sabe lo que está haciendo y que la redacción exacta de las Escrituras fue inspirada con un propósito deliberado en mente.²⁷ El hebreo lo dice sin rodeos: “Y el Señor se arrepintió”.

El verbo hebreo נָחַם (*nakjám*) es equivalente al griego μετανοέω (*metanoéo*) en el Nuevo Testamento; ambos se traducen como “arrepentirse”, pero sólo significan “cambiar de pensar”. Ninguna de las dos palabras tiene nada que ver con las emociones o con lamentarse por los pecados. El problema del traductor queda resuelto.

Sin embargo, otro problema surge en su lugar. ¡Dios no puede cambiar Su opinión! Él es omnisciente e inmutable (Sal 102:25–27; Is 46:10; Mal 3:6; Mt 10:30; He 4:13). Dios conoce perfecta y eternamente todo lo que es conocible; nunca hay una circunstancia —personal, histórica o de cualquier otro tipo— que Le sorprenda o que posiblemente pueda requerir que Él cambie Su opinión.

Puede parecer que Dios cambia, pero no lo hace. Cuando parece que Él cambia, en realidad está preservando ¡Su integridad inmutable! Él sólo está expresando Su *modus operandi* de manera diferente, como lo exigen las diferencias y los cambios en el hombre o en la historia. Dios trata a cada persona como un individuo y a cada situación histórica de acuerdo a los hechos del caso (Sal 33:13–15; 139:1–18, 23–24; 147:4–5). Yo no quiero dejar ninguna duda en tu mente. El “arrepentimiento” de Dios es un antropopatismo y nada más. Veremos esto al observar algunos detalles sobre cómo piensa Dios en realidad.

El pensamiento divino puede ser categorizado bajo tres títulos: autoconocimiento, omnisciencia, conocimiento de antemano (presciencia).²⁸ Una nota de advertencia sobre estos términos: No significan lo que, a primera vista, podrías asumir que significan; tienen definiciones técnicas.

En primer lugar, el autoconocimiento de Dios es Su consciencia de Su propia persona, esencia y atributos. Infinito y nunca cambiante, Dios

27. Thieme, *Canonicity* (1973).

28. Véase el Apéndice B.

sabía todo sobre Sí mismo y cada miembro de la Trinidad conocía a los otros dos miembros aún cuando nada había sido creado. Dios tiene esa misma información en este mismo momento, y siempre la tendrá a lo largo de toda la eternidad futura.

En segundo lugar, la omnisciencia se define como el conocimiento eterno de Dios de todo fuera de Sí mismo. La omnisciencia está relacionada con la creación e incluye tanto la realidad —pasada, presente y futura— como todas las otras posibilidades que nunca ocurrirán.

Por último, el término “conocimiento de antemano” aplica a una subcategoría muy especializada del conocimiento de Dios. Basado en saber (omnisciencia) cómo cada creyente usaría su libre albedrío, Dios decretó en la eternidad pasada que ciertas cosas ocurrieran en la vida de ese creyente. La consciencia de Dios de esos eventos, que Él mismo decretó antes de que sucedieran en la historia humana, se llama conocimiento de antemano. Se dice que sólo los creyentes y Cristo mismo son conocidos de antemano (Ro 8:29; 1Pe 1:20).

Concentrémonos sobre todo en la segunda categoría —la omnisciencia de Dios— para ilustrar cómo Él piensa. En Su omnisciencia, Él percibe en todo momento todos los eventos con todas sus causas, condiciones y relaciones —desde los más vastos hasta los más diminutos— como un sistema indivisible de cosas, cada parte de la cual es esencial para la integridad del todo.

Dios no sólo sabe con todo detalle lo que sucederá, sino que también sabe lo que habría sucedido si hubiera decidido adoptar algún curso de acción diferente a lo que Él escogió. Trata de visualizar cuán asombrosa es en realidad la mentalidad de Dios. Si ese “sistema indivisible de cosas” fuera diferente en tan sólo un detalle —si Alejandro Magno no hubiera cortado el nudo gordiano, si el apóstol Pablo se hubiera ahogado en el naufragio en Malta, si tú hubieras nacido un día antes, si alguna vez el curso de una sola partícula atómica fuera diferente— todo el sistema hubiera cambiado. Una variación conduciría a otra y a otra y a otra en un vasto sistema entrelazado de causa y efecto.

Ahora, la inteligencia de Dios es tal que Él podría tomar cualquier evento en toda la creación en cualquier momento en la historia del universo, cambiarlo en una cantidad infinita de maneras y luego decirte con exactitud lo que sucedería de manera diferente debido al cambio. Sin ningún esfuerzo, Él podría llevar a cabo todas las ramificaciones complejas de ese cambio a lo largo de la historia hasta el final de los tiempos —y más allá del tiempo hasta la eternidad! Es más, Él también

podría rastrear a la misma vez todas las implicaciones de todos los cambios posibles de ¡todos los eventos!

Eso es exactamente lo que hace. Él tiene todas las posibilidades y la única realidad enfocada con claridad en Su mente en todo momento. Su genio es interminablemente vasto; “Su entendimiento es infinito” (Sal 147:5b).

Al leer sobre el pasado, a menudo nos entretenemos con la historia de ‘qué tal si’. Nos preguntamos ¿“qué tal si” cierta persona hubiera hecho algo distinto de lo que hizo? ¿“Qué tal si” este o aquel evento hubiera ocurrido en lugar de lo que en realidad ocurrió? ¿Qué tal si Adán y Eva nunca hubieran pecado? ¿Qué tal si en los Estados Unidos la Confederación hubiera ganado la Guerra entre los Estados? ¿Qué tal si Franklin D. Roosevelt nunca hubiera sido elegido presidente? Sin duda, las cosas serían diferentes. Nosotros especulamos de vez en cuando, pero la especulación es sólo hacerse ilusiones. Para Dios, sin embargo, la historia de ‘qué tal si’ no es especulación; es clara y exacta a la perfección. Él sabe con precisión lo que hubiera sucedido (Mt 11:23), y me imagino que Él tendrá algunas historias fascinantes que contarnos en el cielo sobre lo que podría haber sucedido, pero no sucedió.

Dios conoce el futuro con tanta claridad como el pasado. Su conocimiento no está sujeto al desarrollo; Dios nunca necesita aprender nada porque ya sabe todo. Además, Dios siempre actúa de manera racional, pero Él nunca necesita razonar las cosas: Dios conoce las conclusiones y las premisas al mismo tiempo, el final desde el principio. Dios conoce tanto lo bueno como lo malo. Dios conoce todas las cosas terribles que conocemos, y mucho más, pero Su conocimiento nunca Le hace lamentar el pasado o temer al futuro. Puedes ver que Su forma de pensar es ¡bastante diferente a la nuestra!

Si crees que ocultas algún secreto ante Dios, relájate y olvídalo. Él conoce tu alma, cada uno de tus pensamientos, y los ha conocido por miles de millones de años. Su genio comprende cosas infinitas e interminables, pero Dios siempre encuentra el tiempo para concentrar Su atención completa en ti. De hecho, Dios siempre está totalmente concentrado en ti.

Dios previó tu vida de principio a fin y acumuló todo lo que necesitarás. Hasta si abandonas tu consumo de doctrina y te das un clavado espiritual en el reversionismo, Él tiene el tipo y la cantidad apropiados de disciplina divina lista para satisfacer la necesidad. Dios conoce la mejor manera de bendecirte, y en cuanto a disciplina, Él sabe con exactitud dónde más te duele. A pesar de todo lo que Dios conoce de ti, a pesar de tus fracasos aún

futuros (que te impactarían si los supieras), Él está perfectamente relajado contigo. Él provee de manera fiel toda la gracia logística necesaria para que avances día a día en el aprendizaje de la Palabra de Dios.

La Palabra de Dios revela la verdad absoluta de la mente de Dios. Ya sea en las Escrituras o en los ámbitos no revelados del conocimiento divino, el más mínimo error, mal cálculo o descuido significaría que Dios no era Dios. Por Su propia naturaleza, Él no puede ser complicado con la ignorancia o lo absurdo.

Es absurdo sugerir que Dios omnisciente podría encontrarse con una situación en la que tenga que cambiar Su opinión. Eso es imposible y contrario a Su naturaleza infinita. Pero el hombre —limitado, imperfecto y a menudo estúpido— puede cambiar de opinión cada minuto. Nosotros podemos cambiar nuestra opinión por inestabilidad e indecisión o como parte de flexibilidad e incluso valor moral. Revisamos nuestras opiniones como una actividad humana rutinaria, legítima y necesaria; todos estamos familiarizados con esta función humana. Así, cuando Génesis 6:6 declara que Dios cambió Su opinión, estamos viendo una función estrictamente humana atribuida a Dios ¡para aclarar Sus funciones a los seres humanos!

Dios había prometido a la humanidad un Salvador, la “simiente” de la mujer (Gn 3:15). Dios siempre supo que tal promesa requería que Él preservara al género humano para que Cristo pudiera nacer como humanidad verdadera. Satanás, a la ofensiva de manera constante, conspiró en los días de Noé para infiltrar ángeles caídos en el género humano en un intento de destruir el linaje de Cristo (Gn 6:1–13; 2Pe 2:4–5; Jud 6).²⁹ ¡Satanás disfrutó de un éxito fantástico! La población antediluviana siguió el paso con su plan.

Después de unas pocas generaciones de este mestizaje, la humanidad verdadera comenzó a desaparecer y la maldad llegó a ser desenfrenada en la tierra. El plan de Dios estaba en juego. ¿Incumpliría Él una obligación? ¿Dejaría de completar algo que había comenzado? No. Dios siempre cumple Sus promesas. Después de dar al hombre todas las oportunidades para cambiar su propio pensar (Gn 6:3), Dios juzgó a todos menos a Noé y su familia, los únicos creyentes que quedaban de ascendencia humana pura.

Dios no cambió; Dios no se había equivocado; Dios no aprendió algo nuevo. El hombre había cambiado, así como Dios siempre supo que lo haría, bajo una conspiración satánica que Dios siempre supo que ocurriría. El Diluvio vino como un acto de justicia divina diseñado para proteger

29. Thieme, *Victorious Proclamation* (2002).

y perpetuar Su incomparable plan de gracia. Al comunicar Su plan al hombre, Dios tradujo esta política de Su justicia en un antropopatismo: arrepentimiento. ¿Hay una manera más enfática de expresar Su actitud firme y justa hacia los hombres malvados que declarar que Él, sin más, sólo había cambiado Su pensar sobre la creación del género humano? Si algo podía llamar la atención de los contemporáneos no creyentes y encallecidos de Noé, eso lo haría.

Este lenguaje de adaptación en el que Dios “se arrepiente” no es exclusivo de Génesis 6; es común a lo largo del Antiguo Testamento (Éx 32:14; Nm 23:19; Jue 2:18; 1Sa 15:35; Sal 90:13; Jer 15:6; 42:6; Am 7:3, 6). Cada vez que lo encontramos, una faceta diferente del plan y política de Dios ha llegado a incidir en una nueva situación en el género humano, pero Dios no ha cambiado.

La Ira de Dios

La ira del Señor es otro antropopatismo, y de nuevo Dios recluta para el servicio una actitud humana familiar para expresar una política divina. Se dice que Dios se enfada con el reversionismo.

Porque desecharon la ley de Jehová de los ejércitos, y abominaron la palabra del Santo de Israel. Por esta causa se encendió el furor de Jehová contra su pueblo. (Is 5:24b–25a, RVR)

Yo haga en ti juicios con furor e indignación, y en reprensiones de ira. Yo Jehová he hablado. (Ez 5:15b, RVR)

La “ira” de Dios expresa la terrible severidad de las etapas de la disciplina divina contra el reversionista o la nación reversionista. Reversionismo es la recesión del creyente de cualquier etapa de crecimiento espiritual. Es un proceso caracterizado por la indiferencia hacia o el rechazo de la doctrina bíblica, una actitud que conduce a diversas disfunciones del alma. El reversionismo es provocado primero por una reacción a uno de los muchos factores reactores que surgirán con cierta frecuencia en cualquier vida normal. Por ejemplo, no hay excusa para reaccionar ante la desilusión, la soledad, el aburrimiento, la autocompasión o un complejo de culpa para embarcarse en una búsqueda frenética de la felicidad que te aleja de la doctrina y te lleva a una desilusión aún peor.

La maldición divina hacia el creyente reversionista comienza con disciplina de advertencia (Ap 3:20), continúa a través de disciplina más

y más intensa, y culmina si el creyente no se recupera, en disciplina máxima —el “pecado de [hasta la] muerte” (1Jn 5:16, RVR). Cuando una nación está saturada de reversionistas, es maldecida y advertida a través de cinco ciclos de disciplina (Lv 26:14–46; Os 4:1–6). El quinto ciclo termina en derrota militar —la destrucción de la nación y la esclavización de sus sobrevivientes (Jer 7:24–34).³⁰

¿Hace Dios esto por ira? ¡Rotundamente no! Una vez más, vamos a describir de manera breve Su verdadera actitud y enfatizamos así el hecho de que la “ira” de Dios es sólo un antropopatismo.

Dios posee sólo la felicidad máxima. Él es perfecto; Su felicidad es perfecta. Dios es eterno; Su felicidad es eterna. Dios es inmutable; Su felicidad no puede ser disminuida o aumentada. Dios es justicia; Él siempre es feliz en cuanto a ser enteramente justo. Dios es rectitud perfecta —esta es Su gloria. Dios reconoce Su propia perfección y se complace en Su propia gloria. Dios goza reclamar toda la gloria para Sí mismo por el simple interés de la verdad absoluta.

La felicidad es parte del carácter de Dios. Es imposible que Él sea infeliz o se enoje, ya que disfruta en realidad cada faceta de Su propia existencia. Por ejemplo, Dios se satisface y deleita con Su plan de gracia. En gracia, Él comparte Su propia felicidad con creyentes mediante la doctrina bíblica que reside en sus almas —y lo hace justo bajo las narices del diablo.

La complacencia de Dios depende de Su carácter, nunca del tuyo. En otras palabras, sin importar cualquier opinión pretenciosa que puedas entretener sobre tu propia importancia, tú eres incapaz de añadir o restar Su felicidad. Dios no puede ser más feliz de lo que ya es, y nada de lo que tú puedas pensar, decir o hacer puede hacer a Dios infeliz. Esto no significa que Él esté lleno de alegría por tu volición negativa o por tu fracaso de cumplir Su voluntad y deseo para tu vida. Tampoco significa que Él es indiferente hacia ti. Lo que sí significa es que Su plan requiere que compartas Su felicidad, no que Él dependa de la tuya. De hecho, Dios es la única fuente del espectro de la felicidad —desde la orientación y la tranquilidad hasta el estímulo y la exaltación— que caracteriza al creyente maduro a lo largo de todas las variadas circunstancias de la vida (Dt 28:63; Sal 43:4; Ro 1:25; Fil 4:4). Dios ha provisto para tu alma todo lo necesario para desarrollar capacidad para la felicidad. Esta provisión es la doctrina bíblica. Más vale que abordes a través del AGP y goces el viaje.

30. Véase la página 299. Véase también Thieme, *Freedom through Military Victory*, 16.

El único impedimento es tu propia volición libre. Si utilizas los bienes divinos operativos y creces espiritualmente, entrarás en bendición. Pero si rechazas la doctrina y vas por tu propia cuenta —como si fueras el diseñador de la felicidad y conocieras más sobre ella de lo que Dios sabe— caerás de manera inevitable bajo maldición divina. Hasta la disciplina del Señor está diseñada para alertarte sobre tu necesidad de doctrina y motivarte a regresar al consumo diario de tu alimento espiritual.

Ya sea que Él bendiga o maldiga, Dios es absolutamente justo, y al ser justo, está totalmente satisfecho. Pero el reversionista no tiene un marco de referencia doctrinal; él no entiende la actitud de Dios, y carece de felicidad interior o de verdadera satisfacción de cualquier tipo. Si Dios describiera Su propia felicidad fantástica a una persona así, ¿causaría mucha impresión? ¿Reduciría sus reacciones subjetivas? ¿Infundiría un sentido de urgencia con respecto a la importancia de la doctrina bíblica? ¿Puede el reversionista asociar su propia falta de felicidad con la complacencia infinita de Dios? Ni hablar.

Por lo tanto, Dios se comunica a través de un antropatismo. El mensaje no da lugar a malentendidos cuando Dios golpea al reversionista con disciplina y explica en términos inequívocos lo que se conoce en latín como *ira Deum*, “la ira de Dios”.

El Odio de Dios

Dios no odia, a pesar de que la Biblia declara que “Aborreces a todos los que hacen iniquidad” (Sal 5:5, RVR). Dios no odiaba a Esaú a pesar de que la Palabra dice con claridad:

Como está escrito: “A ese Jacob amé, mas a ese Esaú odíé”.
(Ro 9:13, traducción corregida)

En estas declaraciones contrastantes, Dios evalúa a un par de hermanos gemelos. Jacob creyó en Cristo, el Mesías prometido, para la salvación eterna; pero Esaú permaneció como un no creyente toda su vida. Por eso, Dios tiene una actitud diferente hacia cada uno, consistente con Su propio carácter perfecto. En el momento en que traemos el carácter de Dios al escenario, vemos que no podría ser posible que Dios odie a Esaú. El odio es un pecado de actitud mental. Dios no es un pecador; Él no patrocina el pecado, ni tienta a pecar ni aprueba el pecado en nadie. Dios no puede comprometer Su propia naturaleza; sugerir que lo hace es

blasfemo. Es obvio, entonces, que el odio es una característica humana atribuida a Dios para expresar Su juicio contra el no regenerado Esaú.

Ahora mira la otra mitad de la comparación, la descripción de la actitud de Dios hacia Jacob. Lo opuesto al odio humano hacia Esaú es el amor humano. A través de la fe en Cristo, la relación de Jacob con Dios es una de eterna bendición. Dios no odia ni ama como lo hacen los humanos. Así, en este pasaje tenemos dos antropopatismos; el contraste entre el amor y el odio crea una imagen que cualquiera puede entender. En Romanos 9:13, por lo tanto, Dios ha emitido una opinión judicial con respecto a los no creyentes y creyentes. Su posición está representada, por un lado, por un pecado humano —el odio personal— y, por otro lado, por una actitud humana —el amor.

Hay muchos otros antropopatismos en la Biblia, tales como celos (Sal 79:5; Ez 39:25; Zac 8:2; 2Co 11:2), burla (Sal 2:4; 37:13; 59:8; Pr 1:26), entristecimiento (Ef 4:30), náusea (Ap 3:16) y paciencia (Éx 34:6; Ro 2:4; 1Pe 3:20; 2Pe 3:15). Los antropomorfismos también abundan. Por ejemplo, a Dios se Le dan manos (Éx 15:6; Jn 10:28–29), brazos (Éx 15:16; Dt 5:15; 33:27; Is 52:10; 53:1) o “de muchos pechos” (Gn 17:1, traducción literal de *El Shaddai*) para representar la guía, protección y provisión divinas. Cada uso de las actitudes o anatomía humanas indica un aspecto de la persona o plan de Dios para comunicar a nuestras mentes finitas Su carácter infinito y el funcionamiento de Sus atributos.

Aquí nuestro estudio pasa de definir y describir la persona y la integridad de Dios a delinear el plan de Dios basado en Su integridad. Hemos visto cómo la integridad de Dios se coordina con Sus otros atributos, cómo Él está trabajando de manera continua en nuestro favor. Ahora, debemos ver Su integridad en acción. Para descubrir el vínculo entre la integridad de Dios y el plan de Dios, desempolvemos una categoría básica de doctrina.

Capítulo Dos

LA INTEGRIDAD EN ACCIÓN

LAS IMPUTACIONES: EL MARCO PARA LA COMPRENSIÓN DE LA DOCTRINA

LA DOCTRINA DE LA IMPUTACIÓN es una categoría poco conocida de la enseñanza bíblica. Rara vez es levantada de los estantes polvorientos del seminario, y lo hacen sólo para llenar un vacío aquí o allá en las doctrinas del pecado o la salvación. Como categoría separada, no se comprende todo el alcance de la doctrina de la imputación, y menos aún se comunica desde los púlpitos.

Sin embargo, las imputaciones son el esquema de nuestras vidas. Las imputaciones erigen el marco sobre el cual es construida toda la demás doctrina perteneciente a nuestra relación con Dios; ellas son los huesos del esqueleto; dan estructura y fortaleza a todo principio y concepto relacionado con la manera cristiana de vivir. La delineación de las imputaciones es la historia de la gracia, la historia de cómo la integridad divina logra el propósito para el cual Dios creó a la humanidad.

Estamos vivos para ser bendecidos. Toda bendición de Dios al hombre gira en torno al hecho de que la justicia de Dios imputó (1) vida de alma a la vida biológica creando vida humana al nacer, (2) el pecado original de Adán a nuestra naturaleza del pecado, (3) nuestros pecados personales a Cristo en la cruz, (4) la rectitud divina a nosotros en la salvación, y (5) vida eterna al espíritu humano en el nuevo nacimiento. Un estudio de estas cinco imputaciones básicas nos permitirá ver las implicaciones fenomenales de la justicia divina como nuestro punto de contacto con Dios.

¿Alguna vez deseaste que una sola doctrina pudiera reunir tu comprensión de la Palabra de Dios? ¿Alguna vez has querido un perchero categórico en donde puedas colgar todos los diversos detalles del plan de Dios para tu vida? ¡Aquí lo tienes! La doctrina de la imputación provee una serie más o menos simple de ganchos que pondrán orden al caos en tu armario doctrinal.

La doctrina de la imputación presenta la integridad de Dios en acción a lo largo de toda la historia del hombre. Por lo tanto, comencemos por el principio, en el jardín del Edén con el hombre y la mujer originales. Desde la primera pareja podemos rastrear las políticas y acciones desde la integridad de Dios hacia nuestras propias vidas hoy y hasta la eternidad futura.

EL AMOR DIVINO COMO PUNTO DE CONTACTO DE ADÁN

La Era de la Perfección

Adán era perfecto ya que provino de la mano de Dios; también lo fue la mujer, que fue construida de la costilla de Adán.³¹ No sólo las dos primeras personas eran perfectas, sino también su ambiente. Personas perfectas más ambiente perfecto es igual a una era perfecta. Nada imperfecto puede surgir de Dios perfecto.

31. La mujer de Adán se llamaba originalmente *ἡ ψά* (*Ishá*), “la mujer”. No fue hasta después de la Caída, y después de que ella había creído en Cristo como su Salvador, que Adán le cambió el nombre a *ἡ ἡ* (*Kjavvá*), traducido como “Eva” y que significa “la madre de todos los vivientes”. Su nuevo nombre reconocía que Cristo sería la “simiente” de la mujer (Gn 3:15, 20).

En la Era de la Perfección, el punto de contacto del hombre con Dios era el amor, no la justicia. Su situación era muy diferente a la nuestra porque fueron creados perfectos y el pecado aún no había entrado en el mundo. Ellos eran los objetos del amor personal de Dios. Todo lo que nosotros tenemos proviene de Su justicia; todo lo que ellos tenían provino de Su amor. En amor, Dios proveyó los árboles “delicioso[s] a la vista” como estímulo para sus almas, y los árboles “bueno[s] para comer” como sustento agradable para sus cuerpos (Gn 2:9, RVR). Dado que Adán y la mujer fueron creados como adultos que no tuvieron que crecer, el amor les suministró incluso capacidad instantánea para apreciar sus vidas en el Jardín. Ellos adquirieron esta capacidad de alma sólo al comer el fruto del árbol de vidas —no del “árbol de *vida*” en singular, como es traducido en la Reina Valera, sino del árbol de *vidas*, en plural. Este árbol representaba la volición positiva hacia el plan de Dios para ellos en el Jardín y les daba capacidad en muchas categorías. Ellos tenían una relación perfecta de marido y mujer. Tenían tiempo de libre. No tenían que trabajar para ganarse la vida. Disfrutaban al máximo de su entorno. Dominaban todo el resto de la creación. Y cada atardecer, Cristo venía en el fresco del día para enseñarles doctrina bíblica. El amor los bendecía en todos los sentidos —cuerpo, alma y espíritu— y les proporcionaba la capacidad para disfrutar todas estas cosas.

Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera. (Gn 1:31a, RVR)

Cómo la Justicia Se Convirtió en Nuestro Punto de Contacto

Todas las bendiciones del Jardín vinieron del amor de Dios. La justicia no era el punto de contacto del hombre con Dios en el Jardín. Como individuos perfectos, aún sin pecado, los dos primeros seres humanos no presentaban ningún compromiso para el carácter de Dios. La justicia, como el guardián de la esencia divina, no fue desafiada y, por así decirlo, no tenía nada que hacer. Dios era libre de proveer para ellos sólo por amor.

La gracia es el plan y la política del amor y la integridad de Dios para bendecir al hombre caído. Adán e *Ishá* no eran caídos, ni la justicia era su punto de contacto. La gracia es para los que no la merecen, pero Adán e *Ishá* no eran ni desmerecedores ni merecedores. Ellos eran en

términos sencillos la obra perfecta de Dios perfecto, y así permanecerían mientras no rechazaran la autoridad de Dios. Ahora recuerda: su situación era diferente a la nuestra. Desde la Caída, Dios ha tratado con nosotros a través de Su justicia para que la gracia continúe gobernando ahora y para siempre.

Para que así como el pecado reinó para muerte [espiritual], así también la gracia reine por la justicia [rectitud imputada] para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro. (Ro 5:21, RVR)³²

La gracia, como la política de Dios, no reinaba en el Jardín. Allí, todo era provisión *perfecta*, pero no provisión de *gracia* como tal.

Sólo una referencia a la justicia de Dios existió en el Jardín. Esta era una advertencia de que la justicia se convertiría en su punto de contacto si comían del árbol prohibido del conocimiento del bien y la maldad. La naturaleza de este árbol, como la del árbol de vidas, ha sido malentendida durante mucho tiempo. Algunos, con un conocimiento cínico y superficial de las Escrituras, han ido tan lejos como para decir que Dios se opone al conocimiento. ¡Eso es ridículo! Sabemos que la virtud más grande en la vida cristiana es la máxima comprensión y aplicación de la Palabra de Dios (Pr 1; Os 4:6; Ro 10:2). ¿Entonces qué representa este árbol?

En contraste con el árbol de vidas, que dio al hombre y a la mujer la oportunidad de expresar su volición positiva hacia el plan de Dios, el árbol del conocimiento del bien y la maldad representaba el plan de Satanás. El “y” conectivo no es un contraste; es un *vínculo* entre conceptos similares. “El bien y el mal [la maldad]” (Gn 3:5) era, y sigue siendo, la suma total de la política de Satanás para gobernar el mundo y para probarse a sí mismo ser tan bueno como Dios; comer de este árbol era consentir con el Príncipe de las Tinieblas.

Satanás no gobernó el mundo durante la Era de la Perfección. Su usurpación del trono y su tiranía del bien y la maldad eran nada más potenciales. Adán era el soberano de la tierra y de todo lo que había en ella, incluyendo a su mujer. Ellos fueron colocados en la tierra para resolver el conflicto angélico, pero en un principio no estaban subordinados a las ambiciones arrogantes del bien y la maldad de Satanás. Fueron creados perfectos. Por lo tanto, estaban aislados de la

32. Para un análisis sobre la rectitud imputada, véanse las páginas 97–105.

guerra espiritual que ya se había desatado con furia durante un período de tiempo no revelado, que de hecho se estaba librando sin ser vista a su alrededor. Ellos continuarían siendo protegidos de la influencia de Satanás mientras tuvieran volición positiva hacia Dios y la doctrina bíblica. Los dos árboles en medio del Jardín representaban los lados opuestos en el conflicto angélico.

Hoy en día, Satanás es el soberano del mundo (Jn 12:31; 14:30; 16:11; 2Co 4:4; Ef 2:2), y gobierna a través de la política que él naturalmente llama el bien, pero que Dios llama “malo [la maldad]” (Gá 1:4).³³ La maldad es la suma total del genio de Satanás; es el pensamiento de Satanás en oposición al pensamiento de Cristo, la doctrina bíblica. Satanás patrocina muchas ideas diferentes —incluso antitéticas— y sistemas de pensamiento falsos por los cuales busca obtener el control del alma humana (Mt 15:19; 1Ti 4:1) y, por ende, de todo el género humano.

Cuando comprendemos la razón de Satanás de rebelarse contra su propio Creador y reconocemos sus objetivos actuales, tenemos un marco de referencia para comprender la maldad. Satanás se rebeló debido a la arrogancia. Su objetivo, tanto entonces como ahora, es hacerse “semejante al Altísimo” (Is 14:14) y usurpar el trono del cielo. Para hacer esto, el diablo está determinado en resolver todos los problemas de la vida independiente del diseño de Dios y la doctrina bíblica. Así, él promueve el bien humano —cualquier buena obra realizada aparte de la llenura del Espíritu y la doctrina, o cualquier solución contraria a las leyes del establecimiento divino. El pensamiento de maldad conduce a la función de maldad, y tales doctrinas satánicas como socialismo, activismo y legalismo conducen a las personas a perseguir de manera sincera fines ‘nobles’, a expensas de los ordenados divinamente: libertad humana, privacidad, propiedad, prosperidad y crecimiento espiritual. Satanás opera bajo la proposición de que el fin justifica los medios; por lo tanto, recurre a la violencia cuando sea necesario para lograr sus fines ‘del bien’ (Jn 8:44).

Satanás intenta probar que Dios es un mentiroso, suplantar el diseño perfecto de Dios, ganar el conflicto angélico y exponer a Dios como injusto al sentenciar a una criatura tan maravillosa como él al juicio eterno en el lago de fuego (Mt 25:41).

33. Thieme, *El Sufrimiento Cristiano* (2019); *El Reversionismo; Satan and Demonism* (1996).

No sólo el mundo es territorio enemigo, sino que desde la caída del hombre cuando Satanás usurpó el trono terrenal de Adán, cada persona nacida en el género humano (excepto Jesucristo nacido de una virgen) es un ciudadano natural del reino del diablo. Todos nacemos bajo la condenación divina, físicamente vivos pero espiritualmente muertos (Ro 5:12–21). Adán rechazó las provisiones de Dios en el Jardín, decidió en cambio comer del árbol del conocimiento del plan de Satanás —el bien y la maldad— y sumió a todo el género humano en la muerte espiritual bajo el nuevo régimen de Satanás.

A medida que estudiamos la historia pasada o miramos a nuestro alrededor en la historia contemporánea, vemos que el sistema satánico impregna todos los aspectos de la vida. Los Estados Unidos está siendo destruido en nombre de ‘¡el mayor bien para el mayor número!’. Enfrentamos muchas tentaciones de involucrarnos en hacer el ‘bien’, pero en el Jardín, sólo una cuestión de bien y maldad estaba en juego: la prohibición de Dios de ese único árbol. Esta fue una prueba de la volición del hombre perfecto; él sólo podía hacerse imperfecto mediante la desobediencia al mandato divino. Mientras él aceptara la autoridad de Dios, permanecería en perfecto statu quo y disfrutaría de todas las bendiciones que el amor personal divino pudiera prodigarle.

Sin Vida Eterna, Sin Seguridad Eterna

Una vez más, aparecen las implicaciones de un principio: como siempre, la justicia divina precede al amor. El hombre vivió bajo el amor de Dios en el Jardín, pero hay algunas cosas que ni siquiera el amor perfecto puede hacer. No puede proporcionar vida eterna. No existe permanencia en una relación basada solamente en amor.

El amor de Dios, como todos Sus atributos, es inmutable, eterno, perfecto. En contraste, el hombre con su libre albedrío podía cambiar en cualquier momento y hacerse imperfecto. Lo único que tenía que hacer era comer el fruto prohibido. El amor de Dios no podía garantizar que el hombre nunca pecaría y, por lo tanto, el amor de Dios no podía garantizar que el hombre estuviera calificado para vivir con Él para siempre. Hoy, bajo la justicia de Dios, como creyentes en el Señor Jesucristo tenemos la tremenda bendición de la seguridad eterna. Somos miembros de la familia real de Dios para siempre, y nada —ni siquiera Dios mismo— puede quitarnos de nuestra posición en Cristo (Ro 8:38–39). De hecho, nosotros tenemos más que seguridad eterna;

cuando alcanzamos la madurez espiritual, también tenemos completa seguridad temporal para las bendiciones que recibimos de Dios en el tiempo.³⁴ Así no era para Adán.

Cada día, cuando el Señor venía al Jardín al atardecer, proporcionaba toda la doctrina que Adán y la mujer necesitaban; Él repetía la prohibición todos los días y les advertía de los resultados de la desobediencia. Si nuestros padres originales pasaban ese día en particular sin violar Su mandato, Él renovaba el contrato con ellos por otras veinticuatro horas, nunca más, nunca menos. En perfección, se le daba al hombre un día a la vez (Gn 2:17). No es revelado el período de tiempo que el contrato continuó siendo renovado, pero sin importar cuánto tiempo vivieron en la Era de la Perfección, ellos disfrutaron de una maravillosa relación mental, espiritual y física.

El amor divino no era capaz de proporcionarle a Adán y a la mujer seguridad eterna; además, el amor divino no era capaz de garantizar seguridad día a día. El amor divino proveía la doctrina y la doctrina sí sustenta. La volición humana es lo que lo echa a perder.

Cuando la mujer fue tentada, falló en resistir las sutilezas de Satanás porque en algún momento entre su creación y su caída ella había perdido el respeto por la autoridad. Había rechazado toda autoridad menos la suya; en lugar de responder, había empezado a reaccionar. Habiendo dado la espalda al liderazgo y la protección de Adán, demostró una completa falta de sentido común: Ella empezó a hablar con un extraño, Satanás, como si fuera un viejo amigo. Debió haber reconocido las insinuaciones cínicas de Satanás como antidoctrinales y de inmediato decírselo a Adán. Pero no, ella había rechazado la autoridad de su marido.

Pero, Adán no era la única autoridad sobre ella. La otra autoridad diseñada para protegerla era el Señor Jesucristo y la doctrina bíblica que Él comunicaba. A pesar de que ella había estado asistiendo a la clase de Biblia cada atardecer, ella había dejado de concentrarse. Al parecer, resentía la enseñanza del Señor, en especial Su prohibición del árbol.

Mas del árbol de la ciencia del bien y del mal [maldad] no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás. (Gn 2:17, RVR)

El verbo hebreo מוּת (*mut*), “morir”, se duplica por lo que una traducción literal diría: “muriendo, morirás”. La duplicación del verbo

34. Véanse las páginas 135–40.

indica la intensidad de la muerte y debe traducirse “ciertamente morirás”. La muerte espiritual está a la vista —“la paga [pago de subsistencia] del pecado” (Ro 6:23)— que incluye la total condenación que proviene de la justicia de Dios.

El rechazo de la mujer a la autoridad del Señor fue demostrado con claridad en su conversación con Satanás; ella saltó ante la perspectiva de llegar a ser tan inteligente como Dios. Además, habiendo sido dada la oportunidad de comentar sobre un punto de doctrina (Satanás estaba halagándole al preguntarle), ella dio una interpretación equivocada. Cristo le había enseñado: “mas del árbol [...] no comerás”, pero en su vanidad, ella añadió a la Palabra de Dios.

Pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo
Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis.
(Gn 3:3, RVR)

La mujer distorsionó las palabras del Señor cuando dijo: “No puedo comer ni *tocar* del fruto prohibido”. Ella añadió a la verdad sugiriendo que el árbol era por alguna razón intocable, lo cual no era. Si su alma hubiera estado saturada de doctrina, ella hubiera sido obediente al mandato de Dios e inmune a los halagos. En lugar de eso, su alma estaba llena de vanidad que en realidad atraía las distorsiones de la verdad por parte Satanás! Ella fue engañada por los halagos de Satanás. Su vanidad no era pecaminosa porque el único pecado posible en el Jardín era la desobediencia a la prohibición divina. Se había hecho vulnerable a la Caída al rechazar toda autoridad diseñada para protegerla. Hizo a un lado el respeto por el Señor y el respeto por su marido, tanto la autoridad divina como la humana, para llegar a enredarse en la red de Satanás. Queriendo ser un ‘espíritu libre’, terminó espiritualmente muerta.

La Justicia Tiene Precedencia sobre el Amor Divino

A lo largo de su tentación por la serpiente, el punto de contacto de la mujer con Dios era Su atributo de amor. ¿Por qué el amor divino no pudo sostenerla en la crisis? La respuesta a esta pregunta enfatizará la precedencia de la justicia como nuestro punto de contacto.

El amor divino necesitaba hacer sólo una cosa en el Jardín —proporcionar bendición. El amor proporcionaba doctrina, pero cuando la volición negativa rechazó la autoridad de la Palabra de Dios, la justicia se convirtió en el punto de contacto. La justicia de Dios tuvo que convertirse en el

punto de contacto para condenar la no rectitud después de la Caída. El amor divino como punto de contacto requería la volición positiva tanto de Adán como de la mujer; la justicia como punto de contacto puede funcionar por igual hacia la volición positiva o negativa, hacia el creyente o el no creyente, para bendecir o maldecir.

La Biblia con frecuencia comunica la doble función de la justicia divina en coordinación con el amor divino. La relación padre e hijo atribuida a Dios y a los miembros de Su familia real ilustra la justicia y el amor divinos en la disciplina y refleja la seguridad involucrada.

Porque el Señor al que ama, disciplina,
Y azota a todo el que recibe por hijo [creyente].
(He 12:6, RVR)

Dios disciplina a los miembros de Su familia a quienes ama personalmente para traerlos de regreso a comunión con Él —rebotar, seguir la marcha, continuar creciendo espiritualmente.³⁵ Su justicia *ejecuta* la disciplina. Lo que la rectitud exige, la justicia siempre ejecuta. Debido a que Dios nunca viola Su absoluto estándar de rectitud, todas las acciones punitivas tomadas hacia nosotros provienen a través de Su justicia, nuestro punto de contacto. La justicia de Dios en coordinación con Su amor personal asegura que Sus hijos no se escapen del entrenamiento apropiado que proviene del dolor de la disciplina. En efecto, veremos que debido a lo que la justicia de Dios ha hecho por nosotros, tanto en disciplina como en bendición, estamos en una posición ¡mucho mejor que la de nuestros padres originales en el Jardín! —a pesar de que vivimos en el mundo del diablo.

La Caída del Hombre y la Gracia de Dios

La mujer rechazó el amor divino como su punto de contacto con Dios; ella hizo caso omiso de todo sistema de autoridad que Dios había diseñado para protegerla de su propia vanidad; sucumbió al halago; fue engañada por Satanás; miró el fruto; codició el fruto; echó mano del fruto; comió del árbol prohibido. De inmediato quedó espiritualmente muerta. La advertencia, “muriendo, ciertamente morirás”, se hizo realidad; su

35. Rebote es simplemente el procedimiento por el cual el creyente nombra o cita sus pecados privadamente a Dios el Padre para recuperar la llenura del Espíritu Santo y comunión con Dios (1Jn 1:9). Véase la página 16, nota al pie 15. Véanse también las páginas 226–29.

pecado personal tuvo dos resultados instantáneos: su *muerte espiritual* —su condenación por la rectitud y justicia de Dios y la adquisición de una naturaleza del pecado; y la garantía de una futura *muerte física*.

Como la primera persona espiritualmente muerta en el género humano, es natural que ella quisiera compartir su nueva situación con su marido. Así que le dio del fruto a Adán (Gn 3:6). Allí estaba él, el gobernante del mundo, el original hombre perfecto, el hombre de intelecto de genio, el hombre cuya alma estaba saturada de doctrina bíblica. Se enfrentó a la decisión de perfección con Dios en el Jardín versus la muerte espiritual con la mujer fuera del Jardín. Con pleno conocimiento de lo que estaba haciendo, tomó el fruto de la mano Dios ella y pecó deliberadamente. Su mujer pudo haber sido engañada por Satanás para desobedecer a Dios, pero no fue así con Adán. Al igual que ella, sin embargo, cuando él comió de la fruta también adquirió de inmediato una naturaleza del pecado y al mismo tiempo murió espiritualmente.

En la Caída, Adán y la mujer quedaron bajo un nuevo sistema. Ya no perfectos, su punto de contacto con Dios dejó de ser Su amor. Su nueva condición depravada exigía justicia, y la justicia entró en acción enseguida.

Recuerda que justicia es la mitad de la integridad de Dios: Rectitud es el principio de Su integridad, y justicia es la función. La justicia siempre está tomando acción en una de dos maneras: bendiciendo o maldiciendo. La política de la integridad divina es muy sencilla: Rectitud exige rectitud; justicia exige justicia; lo que la rectitud de Dios exige, la justicia de Dios ejecuta. Bajo esta política, la rectitud de Dios exigió algo en la caída del hombre.

Detengámonos y pensemos esto un momento. El Jardín se caracterizó por la perfección; el período después del Jardín se caracteriza por la gracia salvadora. Bajo perfección, la gracia salvadora era innecesaria, pero bajo imperfección, la gracia salvadora se vuelve imperativa. Ahora, ¿qué fue lo que llevó al hombre desde la línea de perfección hasta la necesidad de la gracia salvadora? Podrías responder enseguida que el *pecado* nos lleva al punto de necesitar la gracia salvadora. Eso es absolutamente falso. El pecado nunca avanza en ninguna manera el plan de Dios.

¿Qué diremos entonces? ¿Continuaremos en esclavitud a la naturaleza del pecado para que la gracia pueda aumentar?
¡Definitivamente no! (Ro 6:1–2a, traducción corregida)

El pecado lleva al hombre al punto de ¡condenación y juicio! La rectitud inamovible de Dios ve el pecado y exige que el hombre sea condenado. La justicia nos condena de inmediato. *Condenación* es la acción que nos califica para la gracia salvadora, una acción no realizada en lo absoluto por nosotros, sino por la justicia de Dios.

La gracia salvadora está diseñada para los que no la merecen, y una vez condenados por la justicia de Dios, ¡no la merecemos *en absoluto*! Así es como calificamos para la gracia salvadora. Esto constituye un principio de la justicia de Dios: La maldición siempre precede a la bendición. La condenación precede a la justificación. Dios ofrece la gracia salvadora sólo a aquellos que *necesitan* salvación. ¡Él nunca enviaría a Su Hijo a la cruz sin ser necesario! Por lo tanto, en la Caída, Dios condenó de inmediato a Adán. Lo hizo al imputar el pecado original de Adán a su recién adquirida naturaleza del pecado, resultando en su muerte espiritual. Esto es lo que llamamos una imputación afín (1Co 15:22).

LAS IMPUTACIONES AFINES Y JUDICIALES

Imputación es la función de la justicia de Dios al atribuir, contar o acreditar algo a alguien para maldición o para bendición.

Las imputaciones se clasifican en dos categorías: afines y judiciales. Una imputación afín acredita a una persona algo que le pertenece, algo que le es por antecedente suyo. Hay por lo tanto una afinidad entre lo que es recibido y quien lo recibe. Una imputación afín debe tener un lugar al cual ir, un destino listo y esperando. Lo dado en una imputación afín va a donde le corresponde por derecho. Dicho aún más simple, una imputación afín siempre debe tener un hogar.

En cambio, lo que se imputa de forma judicial no tiene un hogar en la persona a quien se le da; *no* le es por antecedente suyo. Cuando algo es acreditado a donde no le corresponde por derecho, donde no hay afinidad, donde no hay un hogar o dirección, Dios debe tomar de inmediato alguna forma de acción judicial. En otras palabras, para completar una imputación judicial, la justicia divina debe pronunciar de inmediato un veredicto, ya sea de maldición o de bendición. Una imputación judicial enfatiza la fuente, la justicia de Dios, en lugar de cualquier afinidad entre lo que es dado o imputado y el objeto que es el receptor.

Hay cinco grandes imputaciones relacionadas con la salvación; tres son afines, dos judiciales. Debemos examinar estas operaciones divinas

si vamos a entender cómo funciona la justicia de Dios hacia nosotros y si vamos a ver la tremenda ventaja de tener la justicia como nuestro punto de contacto con Dios. Cada creyente, ya sea que lo sepa o no, ya ha estado involucrado en las cinco.

La Primera Imputación: La Vida de Alma

La primera imputación afín de la justicia de Dios ocurre para cada miembro del género humano en el momento del nacimiento físico. La vida de *alma* es imputada por Dios a la vida *biológica* creando la vida *humana*.³⁶ Se debe hacer una distinción entre la vida biológica y la vida de alma. La vida biológica comienza en la concepción y es el medio de transmisión de la naturaleza del pecado. La vida de alma es creada por Dios en el nacimiento físico e imputada a la vida biológica y es el medio de transmisión del alma humana. La combinación de la vida biológica y la vida de alma resulta un ser humano físicamente vivo.

En el feto, los nervios sensoriales, intermedios y motores estimulan la acción muscular denominada motilidad refleja. Debido a que el feto depende de la madre, su movimiento suele estar en simpatía con el metabolismo y el estado emocional fisiológico de la madre (Lc 1:41). Aun así, el cuerpo en desarrollo dentro de ella no es un ser humano con vida propia hasta que Dios soberanamente crea e imputa vida de alma, resultando en vida humana. Sólo Dios tiene el poder de crear un ser humano. Tú no eres un accidente biológico; Dios personalmente te creó.

Esta primera imputación ocurre cuando el feto viable emerge de la matriz. La vida humana comienza cuando Dios imputa נֶשְׁמָה (*neshamá*), “el aliento o chispa de vida” —vida de alma. *Neshamá* es el mismo “aliento” que Dios sopló en las fosas nasales de Adán, cuyo cuerpo Él “formó [...] del polvo de la tierra” (Gn 2:7). La vida de alma siempre proviene de la misma manera, directo de Dios, ya sea a Adán como adulto o a la prole de Adán como infantes.

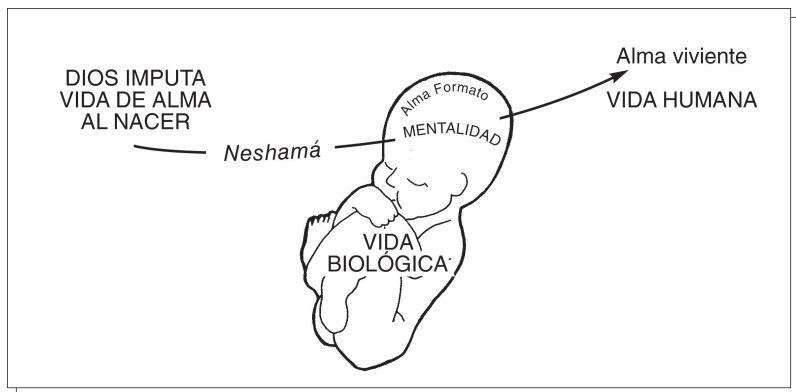
“Porque no contenderé para siempre,
Ni estaré siempre enojado;
Porque el espíritu desfallecería ante Mí,
Y las almas *las cuales* Yo he hecho”.
(Is 57:16, traducción corregida)

36. Thieme, *The Origin of Human Life* (1994).

Dios está describiendo la política de Su justicia hacia los judíos de la generación de Isaías. Aquí estamos interesados en específico cómo este pasaje describe a los seres humanos. La palabra “almas” es la misma palabra hebrea usada en Génesis 2:7, *neshamá*, “aliento” o “vida de alma”. Usado en plural, *neshamá* muestra que Dios le dio la chispa de vida no sólo a Adán, sino también a cada ser humano como individuo (Job 33:4). Al igual que con Adán, como en los días de Isaías, y así hoy, Dios siempre proporciona la vida humana de la misma manera —por una imputación afín— y siempre con el mismo propósito —para nuestra felicidad y bendición.

¿A dónde va la chispa de vida? ¿Cuál es el hogar para esta imputación afín?

A medida que el cuerpo se desarrolla dentro de la matriz de la madre, ahí también se desarrolla dentro de su área craneal la forma de un alma, la cual yo llamo el *alma formato*. El alma formato es vida biológica, las cualidades materiales del cerebro en desarrollo. Esta alma formato consiste en el formato genético para la mentalidad heredada de los genes de ambos padres. La palabra hebrea נֶפֶשׁ (*néfesh*), a menudo traducida como “alma” o “vida”, se refiere a la esencia inmaterial completamente formada del alma que Dios proporciona en el momento en que se da la chispa de vida. El aliento de vida transforma al feto y su alma formato en “un ser viviente” (Gn 2:7, RVR). El alma formato se convierte en el hogar para la imputación de la vida de alma. La chispa de vida enciende el alma formato, y sólo tras la imputación en el momento del nacimiento, el feto se convierte en un ser humano viviente.



IMPUTACIÓN DE LA VIDA DE ALMA

La vida sólo puede ser imputada donde tiene un hogar. Ya sea vida de alma a vida biológica en el nacimiento o vida eterna al espíritu humano en el momento de la salvación, el dar la vida siempre es una imputación afín. Además, esta primera imputación en el nacimiento físico —como todas las imputaciones de Dios— es una disposición permanente. El aliento de vida reside en el alma para siempre.

Aun cuando tu alma deja tu cuerpo en la muerte física, tu vida todavía está en tu alma; tu vida nunca se separa de tu alma. No confundas lo inmaterial con lo material. Si tu cuerpo fuera destruido como parte de tu muerte —incluso si como soldado, recibieras un disparo de un proyectil enemigo directo en la frente de tal manera que tu cerebro fuera vaporizado— tu alma todavía estaría ilesa, y tu vida de alma permanecería intacta en tu alma. No hay tal cosa como la muerte del alma o el sueño del alma.

Tú no tienes opción de permanecer vivo para siempre o no. ¡Lo estarás! Podríamos llamar a esto seguridad humana. Tu decisión radica en *dónde* pasarás la eternidad. Si te rehúsas a creer en Cristo, tu alma partirá de tu cuerpo al fuego de Tormentos cuando mueras (Lc 16:23–25). Serás resurrecto con un cuerpo de condenación (Jn 5:28–29; Ap 20:11–14). Serás sometido a juicio ante el gran trono blanco del Juicio Final, y serás arrojado al lago de fuego donde vivirás para siempre en un sufrimiento terrible, indescriptible y sin esperanza (Mt 25:41; Ap 20:10–15).

Si, por el contrario, crees en Cristo, en el momento en que tu alma parte de tu cuerpo, estarás “ausente del cuerpo, cara a cara con el Señor” para siempre (2Co 5:8, traducción corregida). A esto le llamamos seguridad eterna. El lugar donde residas durante toda la eternidad depende solamente de ti.

El Señor [...] no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento [un cambio de forma de pensar acerca de Cristo]. (2Pe 3:9, RVR)

Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo. (Hch 16:31b, RVR)

La Segunda Imputación: El Pecado de Adán

EL GENIO DE LA JUSTICIA DIVINA

En el mismo momento en que se imputa la vida de alma, la segunda imputación afín ocurre como resultado del pecado deliberado de Adán en

el Jardín. El pecado original de Adán se imputa a su hogar genéticamente formado, la naturaleza del pecado. Esta es una imputación afin porque hay una afinidad entre el pecado de Adán y su tendencia o naturaleza del pecado, entre su acto de desobediencia y la corrupción que causó en él. Como resultado de esta imputación, nacemos físicamente vivos pero espiritualmente muertos.

“Pero”, te preguntas: “¿qué tiene que ver el pecado de Adán *conmigo*? ¡Apenas he oído hablar de eso! ¡Sin duda alguna no soy responsable de lo que él hizo! ¿Cómo es justo que *yo nazca* condenado? ¡Ni siquiera se me ha dado una oportunidad! ¿Dices que la justicia es el punto de contacto de Dios conmigo? ¿Qué clase de justicia es *esa*?”.

Te diré qué tipo de justicia es esa. Es el acto de justicia ¡más brillante posible! Mientras cumple al pie de la letra la condenación total exigida por la rectitud de Dios, la imputación del pecado de Adán establece la base para cada ventaja que disfrutarás en el tiempo o en la eternidad. Esto hace posible la cruz; ¡esto hace posible tu salvación! Si la justicia de Dios te tratara de cualquier otra manera, irías directo al infierno.

LA MUERTE ESPIRITUAL

El pecado original de Adán más la naturaleza del pecado es igual a muerte espiritual, pero estos dos factores vienen a nosotros de diferentes maneras. El pecado de Adán se imputa de forma directa por la justicia de Dios en el momento del nacimiento físico; su naturaleza del pecado se transmite genéticamente por el varón en la procreación. La naturaleza del pecado *formada genéticamente* es el hogar para la *imputación* del pecado de Adán y el resultado de esta afinidad es la muerte espiritual.

La muerte espiritual no es sólo una separación total de Dios y una completa falta de relación con Él, sino también la primera función de la justicia de Dios al condenar al hombre caído. Por lo tanto, nuestra relación inicial con la justicia de Dios es la muerte espiritual, porque la justicia debe condenar antes de que la justicia pueda bendecir.

Dios condena el pecado. Dios no es el autor del pecado; Adán lo es. Implicar a Dios con el pecado es blasfemia. Dios no es la fuente del pecado ni promueve el pecado, ni tienta a pecar ni nunca deja de condenar o juzgar el pecado. Aunque Satanás fue el primer pecador entre todas las criaturas de Dios, Adán fue el total responsable por la caída del hombre. Tenemos que ser absolutamente claros acerca de este punto: Dios no es la fuente del pecado.

El alma inmaterial que Dios prepara es perfecta. Ya sea en la pareja original o en nosotros, el alma es sin defecto y sin pecado, puesto que proviene de la mano de Dios. El alma se contamina sólo porque cae bajo la influencia corruptora de la naturaleza del pecado. En Adán, esta contaminación ocurrió en el momento en que pecó, en nosotros en el momento del nacimiento. Recuerda: La creación del alma humana, su imputación a la vida biológica y su consecuente corrupción por la imputación del pecado original de Adán ocurren al mismo tiempo. El alma humana nunca preexiste antes de unirse con el cuerpo.

Así, al nacer, nos convertimos en facsímiles de Adán en la Caída: nos convertimos en esclavos de la naturaleza del pecado. Durante la Era de la Perfección, Adán era el gobernante del mundo y la autoridad sobre la mujer. Él era la cabeza del género humano tal como existía en el Jardín y, en consecuencia, era la cabeza federal de toda la humanidad. Estábamos seminalmente en él cuando, por medio de su propia decisión, cayó bajo la soberanía de la naturaleza del pecado (1Co 15:21–22).

Aunque la mujer fue la primera en desobedecer, es el pecado de Adán, no el de ella, lo que hace a la humanidad caer en picada en la condenación. Había una diferencia entre los pecados de los dos primeros seres humanos.

Porque Adán fue formado primero, después Eva; y Adán no fue engañado, sino que la mujer, siendo engañada, incurrió en transgresión. (1Ti 2:13–14, RVR)

Estos versículos provienen de un contexto describiendo la autoridad. La declaración de que Adán fue creado primero se refiere a su posición de responsabilidad como la cabeza federal del género humano. Él es además responsable de nuestra condenación porque cuando pecó, sabía muy bien lo que estaba haciendo. La mujer, del todo seducida con la labia persuasiva que Satanás le dio, fue engañada. Por supuesto, la ignorancia no es excusa ante Dios; ella fue tan culpable y tan espiritualmente muerta como Adán. No obstante, el único pecado que puede ser imputado a la humanidad para la condenación es un pecado consciente. Por lo tanto, aunque Adán no fue el primer pecador del género humano, su pecado, no el de la mujer, es imputado a nosotros para la condenación.

Estos principios relacionados con lo que es imputado —el pecado de Adán— también son válidos en cuanto al hogar —la naturaleza del pecado. La naturaleza del pecado *de Adán*, no la de la mujer, se vuelve la nuestra porque él era la cabeza del género humano y porque pecó a

sabiendas. La naturaleza del pecado, sin embargo, no se nos transmite por imputación; se transmite genéticamente a través del varón en la procreación.

LA PERPETUACIÓN GENÉTICA DE LA NATURALEZA DEL PECADO

Debemos reconocer que la naturaleza del pecado no es parte del alma, sino que reside en la estructura celular del cuerpo humano. Es por eso que este corruptor inherente de la humanidad es llamado la “carne” (Ro 7:7–18; 8:3–5), el “cuerpo de pecado” (Ro 6:6) y el “pecado” que “rein[a] [...] en su cuerpo mortal” (Ro 6:12). Reflejando su antiguo origen, también se le conoce en la Reina Valera como el “viejo hombre” (Ef 4:22; Col 3:9) o, como yo a veces lo llamo, la vieja naturaleza del pecado. Aunque no es parte del alma, la tendencia pecaminosa de Adán, desde su puesto de mando en el cuerpo, contamina el alma. Esta patrocina pecados de actitud mental y causa que el “corazón” o el lóbulo derecho de la mentalidad del alma llegue a ser el área de motivación para la maldad (Jer 17:9; Mt 12:34–35).

La naturaleza del pecado es tanto material como inmaterial. La parte material es su residencia en la estructura celular del cuerpo. La parte inmaterial se manifiesta en tendencias específicas hacia el pecado, el bien humano y la maldad. Nos referimos a estas tres tendencias específicas en conjunto como la tendencia de Adán o, como la tendencia pecaminosa de Adán, de acuerdo a la nomenclatura bíblica que enfatiza el pecado. La naturaleza del pecado de todos incluye estas tres tendencias especializadas que funcionan en diferentes combinaciones en diferentes momentos.

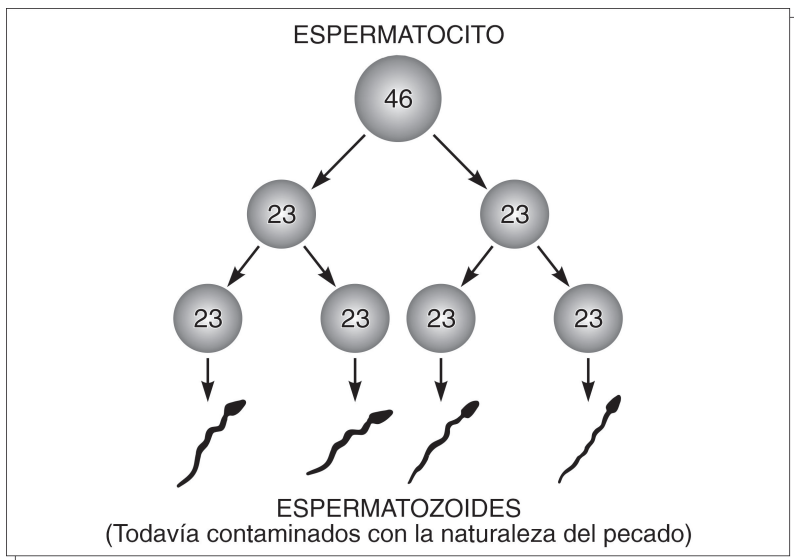
La naturaleza del pecado reside en el cuerpo humano. Sin importar la estructura o función de una célula —ya sea músculo, grasa, piel, sangre— cada una está contaminada por la naturaleza del pecado y cada una contiene cuarenta y seis cromosomas. Los cromosomas llevan el mismo patrón de genes que, como un plano, determinan todos los rasgos físicos de esa persona —color de ojos, altura, estructura ósea, CI humano, etc. Estos cromosomas también son portadores la naturaleza del pecado. Cada cromosoma en cada célula está contaminado con la tendencia pecaminosa de Adán.

Para el crecimiento, la reparación o la reposición, las células del cuerpo se dividen mediante un proceso llamado mitosis en el cual una célula se divide y produce dos células nuevas. Los cromosomas de la célula original se duplican y se distribuyen a las dos nuevas células, de modo

que las nuevas células no sólo idénticas, sino exactamente como la célula única de la que provienen, contaminadas con la naturaleza del pecado.

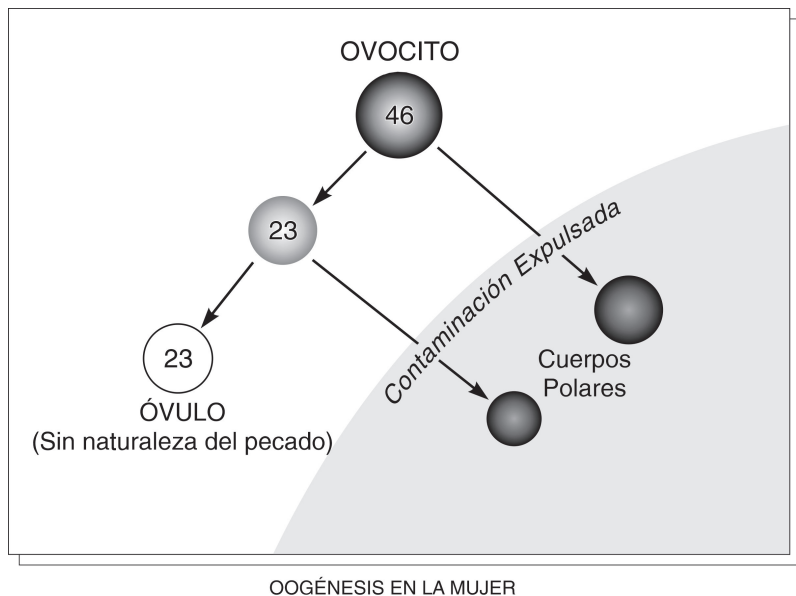
Sin embargo, las células reproductivas —el espermia masculino y el óvulo femenino— se producen mediante un proceso especializado de división celular meiótica. En la meiosis, el número de cromosomas se reduce a la mitad y se cambia la forma de las células. Meiosis es la base de la variación genética, ya que la reducción de los cromosomas permite la mezcla independiente de los cromosomas maternos y paternos en el material genético recombinado final. De esta manera, el niño deriva características tanto del padre como de la madre, aunque sólo termina con los cuarenta y seis cromosomas normales.

La meiosis involucra varios tipos diferentes de divisiones celulares. La primera división meiótica reduce el número de cromosomas a la mitad, de cuarenta y seis a veintitrés. La célula se divide además en un proceso similar a la mitosis, para que cada célula mantenga veintitrés cromosomas. Así, se producen cuatro células de veintitrés cromosomas cada una, con cada célula diferente de las demás y de la célula original. Estas cuatro células se desarrollan aún más en los espermatozoides masculinos y el óvulo femenino en preparación para la fecundación.



En el varón, la espermatogénesis comienza cuando el espermatocito primario con cuarenta y seis cromosomas se divide meióticamente en dos espermatoцитos secundarios, cada uno con veintitrés cromosomas sufren una segunda división meiótica que produce cuatro espermátidas que se metamorfosean en espermatozoides. Así, de una célula provienen cuatro espermatozoides, cada uno conteniendo veintitrés cromosomas. Puesto que la naturaleza del pecado contamina cada cromosoma en el cuerpo, cada espermatozoide producido es contaminado con la naturaleza del pecado.

En la mujer, un único proceso adicional ocurre más o menos una vez al mes en la ovogénesis. En vez de producir cuatro óvulos, el ovocito primario con cuarenta y seis cromosomas produce sólo un óvulo con veintitrés cromosomas que están totalmente libres de la naturaleza del pecado. En la primera división meiótica del ovocito primario, la materia celular innecesaria y la contaminación de la naturaleza del pecado se desechan a un pequeño cuerpo polar no funcional que pronto se desintegra. El mismo proceso ocurre en la segunda división meiótica, de modo que toda la contaminación de la naturaleza del pecado se descarta con los cuerpos polares, dejando un gran óvulo no contaminado, listo para la fecundación.



Este óvulo en la mujer, si no es fecundado, es la única célula pura, no contaminada en el cuerpo humano —de hecho, la única célula pura desde la caída del hombre. En este proceso biológico normal, Dios proveyó lo necesario para cumplir la promesa de que Cristo, la “simiente” de la mujer (Gn 3:15), se convertiría en el Salvador. En la meiosis femenina, Dios allanó el camino para el nacimiento virginal por el cual la Segunda Persona de la Trinidad entró al mundo como un hombre perfecto, no contaminado, calificado para ir a la cruz como nuestro sustituto.

Tanto el hombre como la mujer son portadores de la tendencia de Adán, pero debido a que Adán, no la mujer, pecó a sabiendas, la naturaleza del pecado se transmite sólo a través del hombre. Cuando los veintitrés cromosomas en el óvulo no contaminado son fecundados por los veintitrés cromosomas contaminados del espermatozoide, el cigoto está ahora contaminado por la naturaleza del pecado. De este modo, a través de la transmisión genética, el cigoto, blastocisto, embrión, feto y, en última instancia, la persona posee una naturaleza del pecado. Si el recién nacido es una niña, ella tiene la naturaleza del pecado; si es un niño, él también posee la naturaleza del pecado.

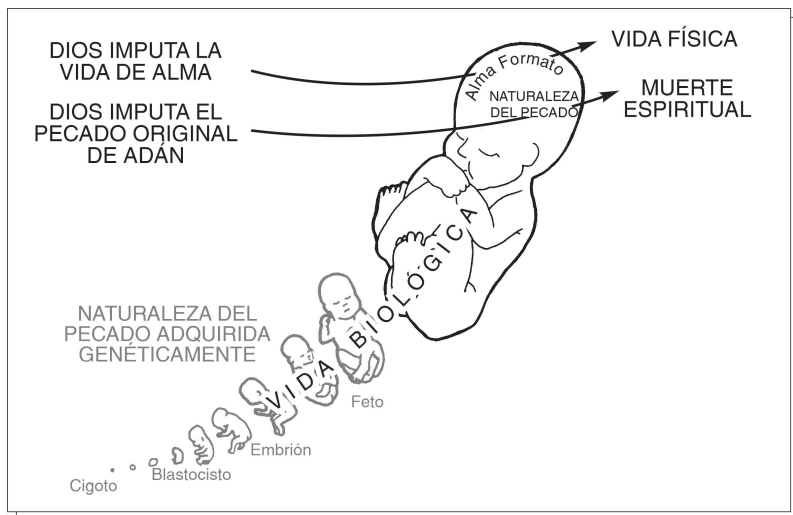
Por esta razón, así como por un hombre [Adán] el pecado [de Adán] entró al mundo, y así la muerte [espiritual] a través del pecado [de Adán], por consiguiente, la muerte [espiritual] se extendió a toda la humanidad, porque todos pecaron [cuando Adán pecó]. (Ro 5:12, traducción corregida)

Todo el pasaje desde Romanos 5:12 hasta el final del capítulo es elíptico. Pablo está entusiasmado, estimulado; su genio está funcionando a toda máquina. No desperdicia palabras. Cuando algo ya es entendido en el contexto, lo omite; cuando ya es comprendido, lo hace a un lado. Corta las oraciones; las reduce a sus estructuras más básicas y dramáticas para enfocarse en algunos de los principios más vitales de toda la Biblia. Yendo directo al grano, deja todo lo puede a la implicación.

Esto no significa que las palabras y frases implícitas no sean importantes, solo que ya han sido entendidas. En otras palabras, no estoy añadiendo a la Palabra de Dios cuando digo “el pecado [de Adán]”, o “la muerte [espiritual]” o “todos pecaron [cuando Adán pecó]”. Ni en sueños le añadiría yo a la Palabra de Dios. Sólo estoy completando una elipsis tanto en la traducción como en la interpretación. Esta aclaración es perfectamente legítima —de hecho, esencial.

La razón por la que no encuentras una traducción tan expandida en tu Biblia Reina Valera es que los traductores de la Reina Valera la omitieron. Ellos pasaron por alto el significado del artículo definido, traducido “el”, que es la clave para entender el griego en este pasaje. Aquí, el artículo definido identifica un punto técnico como ya conocido en el contexto. Los traductores en la mayoría de los casos ignoraron tales principios de elipsis como la braquilogía (omitiendo palabras) y la aposiopesis (cortando oraciones) que Pablo usa a lo largo de este pasaje y que deben tomarse en cuenta si debemos comprender las doctrinas en cuestión.

Romanos 5:12 nos dice no sólo que Adán fue la fuente original del pecado en el género humano, sino también que el pecado “entr[a] en el mundo” para cada individuo cuando el pecado de Adán es imputado al nacer. Como *Homo sapiens*, todos pecamos cuando Adán pecó (Ro 5:18a)



IMPUTACIÓN DEL PECADO ORIGINAL DE ADÁN

porque Adán era la cabeza federal del género humano; de hecho, junto con la mujer, que fue creada de su costilla y a quien gobernó, Adán *era* el género humano. El resultado físico de su transgresión se propaga genéticamente de generación en generación de su progenie, y debido al principio de afinidad, la justicia de Dios debe imputar de forma directa el pecado de Adán a su naturaleza del pecado formada genéticamente en nosotros en el momento en que nacemos. La fórmula es válida para cada

individuo: el pecado original de Adán más la naturaleza del pecado es igual a muerte espiritual. Así, las dos primeras imputaciones significan que nacemos físicamente vivos pero espiritualmente muertos.

LOS PECADOS PERSONALES NO IMPUTADOS

Estamos espiritualmente muertos, no por nuestros propios pecados, sino por la transgresión original de Adán. La justicia de Dios nos condena sólo por Adán. Pecamos personalmente sólo como *resultado* de nuestra muerte espiritual, nunca como la *causa*.

Antes de la Ley [Mosaica], el pecado [personal] estaba en el mundo; pero el pecado [personal] no era imputado cuando la Ley [Mosaica] no existía. (Ro 5:13, traducción corregida)

Algunos de los creyentes judíos en Roma habían distorsionado la Ley Mosaica en un sistema de legalismo (Ro 10:2–5). Sostenían que el hombre debe guardar la Ley para ser salvo o bendecido por Dios. Mantenían la opinión de que el hombre está condenado por no cumplir con las exigencias perfectas de la Ley. Pero, Pablo desarma a los legalistas, quitándoles la Ley de sus manos. Al ilustrar las acciones de Dios hacia el pecado, Pablo escoges adrede la época de la historia cuando la Ley no existía. Así, evita que las aplicaciones falsas de la Ley confundan el asunto en nuestra relación con Dios.

La palabra “pecado”, *ἁμαρτία* (*hamartía*) en singular, puede significar una de tres cosas: el pecado original de Adán, la naturaleza del pecado o el principio de pecado personal. Aquí, basado en el desarrollo del contexto (Ro 5:16), los pecados personales están a la vista —nuestras violaciones mentales, verbales y manifiestas de los estándares de Dios.

En Romanos 5:13, Pablo explica que nuestros pecados personales no se nos imputaron cuando fuimos condenados —de hecho, aun no se habían cometido. Toda la humanidad fue condenada de un solo golpe, seminalmente en Adán antes de que cualquiera de nosotros pecara personalmente. Fuimos por completo condenados en la Caída, mucho antes de que el pecado personal fuera definido y categorizado para los judíos en el monte Sinaí.

La Ley Mosaica es una parte indispensable de la Palabra de Dios; esta incluye mucho más que los Diez Mandamientos. Define la libertad y la moralidad humanas de acuerdo a las leyes del establecimiento divino. La Ley Mosaica también define el pecado personal en términos del fracaso del hombre para satisfacer la rectitud y la justicia de Dios, y además

relaciona el pecado con su pena original, la muerte espiritual. La Ley revela la condenación del hombre, denuncia los recursos del hombre como un medio para alcanzar a Dios y excluye la rectitud humana como un reclamo de bendición divina. La Ley nunca fue diseñada para producir autorrectitud.³⁷

La Ley tiene un papel limitado; es un actor menor que entró en el escenario para desempeñar un papel menor (Ro 5:20). En el papel de un consejero matrimonial, nos dice en términos inequívocos que tenemos un ‘mal matrimonio’ con la tiránica naturaleza del pecado. Señala el camino del ‘divorcio’ y del ‘nuevo matrimonio’ con el Señor Jesucristo por fe en la salvación (Ro 7:1–4). En otras palabras, la Ley expone el pecado (Ro 3:20; 7:7), nos muestra que tenemos un problema y revela la solución en una delineación detallada del Evangelio. La Ley en sí no es la solución al pecado. Antes del tiempo de Moisés, todos pecaban; después de Moisés, todos aún pecan (1Jn 1:8, 10). La llegada de la Ley no hizo ninguna diferencia.

Así mismo, la Ley Mosaica no tiene nada que ver con nuestra condenación. Antes de que la Ley entrara en la escena, ya estábamos del todo condenados. Los pecados personales, definidos con tanta claridad por la Ley, no son imputados al hombre para condenación. Este siempre ha sido el caso, mucho antes y mucho después de que Moisés subiera al monte Sinaí.

Pablo define el Evangelio específicamente en términos de la no imputación de los pecados personales:

Que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo,
no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados.
(2Co 5:19a, RVR)

David, que vivió en la Era de Israel *después* de que la Ley Mosaica había sido dada, se regocija al saber que los pecados personales no se imputan a nadie más que a Cristo. Esta es la doctrina de la expiación ilimitada desde el punto de vista del pecado personal.

Bienaventurado el hombre a quien Jehová no culpa de
iniquidad. (Sal 32:2a, RVR)

Cuando Pablo cita este versículo, duplica el negativo para negar tanto el hecho como la idea. En el doble negativo griego, los negativos son

37. Thieme, *Levitical Offerings* (2004), 6–10.

intensivos, no positivos. Con el verbo en el modo subjuntivo, esta negación se vuelve enfática.

“Feliz es el hombre a quien el Señor nunca, jamás imputa pecado”. (Ro 4:8, traducción corregida)

Aparte del pecado original de Adán imputado al mismo Adán, los pecados nunca se imputan a quien los comete. ¿Te suena esto como si la gente se estuviera escapando del castigo? No te preocupes; esto no es un error judicial. ¡Es *prueba* de la justicia de Dios! En Su omnisciencia y amor, Dios encontró una manera de salvar al hombre sin comprometer Su propia integridad. Aunque merecemos la furia total de Su ira, Su plan exige que no se nos levanten cargos por nuestros propios pecados. Si así fuera, iríamos de inmediato al infierno sin ninguna esperanza de salvación.

El primer pecado de Adán encaja en dos categorías: como pecado *original* porque fue cometido por un hombre antes sin pecado y perfecto; y como pecado *personal*, cometido sólo por Adán mismo como un acto de su propia volición negativa. Nosotros no podemos cometer un pecado como el de Adán. Eso es del todo imposible. Nuestros primeros pecados no eran pecados originales porque ¡no éramos perfectos cuando los cometimos! Nosotros nacemos con la naturaleza del pecado; sólo podemos cometer pecados *personales*. Nuestros pecados encajan sólo en una categoría, y la justicia de Dios los maneja a todos en una manera. Debido a la singularidad del primer pecado de Adán, la justicia de Dios podía manejarlo en dos maneras —diferentes maneras en cada categoría— sin violar la integridad divina.

Como pecado original, la transgresión de Adán fue imputada a su recién adquirida naturaleza del pecado. En esta manera, Dios trajo la muerte espiritual sobre el género humano, que entonces consistía sólo de Adán y su mujer ya caída. Como su progenie, nacemos facsímiles del Adán caído; nacemos condenados por completo, lo que hace necesaria nuestra salvación.

Como pecado personal, sin embargo, el primer pecado de Adán se trata como todos los demás pecados personales. Este fue imputado al Señor Jesucristo en la cruz y juzgado. De no ser así, Adán nunca podría haber sido salvo. Si el pecado de Adán, como pecado *personal*, hubiera sido imputado a *Adán*, él hubiera ido directo al lago de fuego. ¡Fin del género humano! Si nuestros pecados personales nos fueran imputados, *nosotros* iríamos al lago de fuego. ¡No podemos expiar nuestros propios pecados personales!

Sólo la impecable persona de Cristo, totalmente aceptable a la rectitud de Dios, totalmente desmerecedor de juicio. Él mismo, podía pagar la pena por los pecados personales. Solo Cristo podía rescatarnos de estar al borde del juicio divino eterno. La integridad y el amor perfectos de Dios se revelan en la manera en que Él manejó el pecado original de Adán. Al imputarnos el pecado original de Adán y nuestros pecados personales a Cristo, Dios nos condena, pero nos preserva vivos para creer en Cristo. De esta manera, Dios nos da el potencial de entrar con Él en una relación de bendición eterna.

Todos los pecados personales de la humanidad fueron reservados para el momento más grande de la historia, esas tres horas de la tarde de la Pascua en el año 30 d. C., cuando Jesucristo llevó los pecados del mundo y fue juzgado en nuestro lugar. Como veremos, esa fue la imputación que convirtió la maldición en bendición, la condenación en salvación.

Un pecado y sólo un pecado, por lo tanto, condena a todo el género humano. Si tú crees que Dios te condena por tus pecados personales, has escuchado demasiado al legalista que se escandaliza por media docena de diferentes pecados manifiestos. Ningún ser humano es capaz de cometer un pecado con repercusiones, hasta en su propia vida, que puedan acercarse a los efectos del pecado de Adán. No hay necesidad de que se te suban los humos sobre esto; debes creer lo que dice la Palabra de Dios.

Tu condenación ante Dios ¡vino en el momento en que naciste! Dios no te pidió tu opinión; Él no esperó a que violaras personalmente alguna norma divina; Él no te ofreció la oportunidad de participar. Él te condenó cuando naciste como un infante completamente ordinario, antes del primer acto de tu volición. Esto arrúa tu pretenciosa opinión de ti mismo, pero además hace lo contrario: Iza los magníficos colores de la sabiduría de Dios.

Observa Sus colores. Toda gloria Le pertenece a Dios. En Su plan, Él hace todo el trabajo, tiene todo el mérito, recibe todo el crédito. La gracia, como política de Su amor e integridad, se extiende a los que no la merecen, a los que están total, desesperada e irremediabilmente condenados. La condenación debe preceder la salvación.

No hay lagunas en el plan de Dios. La condenación total al nacer garantiza que Él trata a todos de manera justa. Si una persona tuviera que pecar antes de ser condenada, ningún infante que muriera antes de cometer su primer pecado podría ser salvo. Esto se vuelve en un tema clave en cómo la justicia divina trata al género humano. Si Dios fuera injusto en un solo caso, no sería perfecto y no poseería toda la gloria.

Podríamos especular sobre cuándo un ser humano comete su primer pecado, pero no hay ninguna especulación en absoluto sobre nuestro punto de contacto con Dios —¡Su justicia! Dios nos trata en justicia; Él siempre es justo con cada individuo. Así, el infante que muere en su primer minuto, semana, mes, año o cualquier período de tiempo que sea, ya está condenado; ya está calificado para la gracia salvadora y llevado de manera directa a la presencia del Señor (2Sa 12:23).³⁸ Nacidos espiritualmente muertos, nacemos candidatos para la gracia.

Si tuviéramos que esperar a ser condenados por nuestros propios pecados personales, habría un período de limbo en el que Dios no podría tratarnos de manera justa. Si Él nos salvara, la progeñe natural del Adán caído, Él sería inconsistente con Su propia rectitud; si Él no nos salvara, sería injusto con nosotros. No importa lo que Dios pudiera hacer por una persona que murió durante ese temprano período de la vida, la esencia divina se vería comprometida. Que estuviéramos vivos por un momento como la descendencia de Adán sin ser del todo condenados ¡sería impensable! Dios no podría tener un plan para nosotros si no hubiera un potencial para la salvación. Por lo tanto, Él nos da el potencial al imputarnos de inmediato el pecado de Adán. Al condenarnos al nacer, no por nuestros propios pecados, sino por el pecado de Adán, Dios demuestra Su amor hacia nosotros, comprueba Su justicia y nos da nuestra primera oportunidad.

Las repercusiones de la sabiduría de Dios en este asunto van aún más allá. Dios no sólo es capaz de salvarnos antes de que pequemos, sino que también es capaz de salvar a cualquiera que muera antes de alcanzar consciencia de Dios. Reunidos en la gracia de Dios están aquellos que caen por debajo de un nivel mínimo de mentalidad. Cualquier persona que no puede tomar una decisión responsable es automáticamente salva. Este aspecto de la gracia es posible sólo porque tanto nuestra condenación como nuestra salvación son proporcionadas por la integridad y el amor de Dios, aparte por completo de cualquier acción meritoria de nuestra parte. Cuando, por una razón u otra, la volición no ha entrado en juego, Dios es libre de salvarnos porque Él solo ya ha realizado todo lo necesario para nuestra reconciliación con Él.

Tú puedes ver que lo más grande que jamás le sucedió al género humano fue caer bajo la custodia de la integridad de Dios. El amor solo nunca podría proporcionar la salvación. El amor proveyó bendiciones maravillosas en una Era de Perfección, pero después de la Caída, el amor tuvo que coordinarse con la rectitud y la justicia para proporcionar

38. Thieme, *Paganismo*.

la salvación. Con la justicia como el punto de contacto, las bendiciones ahora vienen a través de la justicia de Dios —sin condiciones.

Tus propios pecados no tienen nada que ver con tu condenación. Cuando pecas, todo lo que haces es manifestar la tendencia pecaminosa de Adán que ha llegado a ser *tu* tendencia pecaminosa por herencia genética. Por supuesto, tu volición siempre está involucrada —pecas personalmente porque *quieres* pecar— y eres responsable de tu disciplina divina en el tiempo. Incluso cuando expresas tu propia naturaleza del pecado en el pecado personal, bien humano o maldad, no le añades a tu condenación. Nuestros pecados personales se suman al pecado original de Adán, pero la imputación de *todos* los pecados personales a Jesucristo indica que el aumento del pecado es más que igualado por el aumento de la gracia (Ro 5:20). El hombre no puede crear un problema que Dios no haya resuelto ya.

Es imposible estar orientado a la gracia si no comprendes que el pecado original de Adán te condena y que tus pecados personales no son los que te condenan. No hay lugar para la arrogancia a la inversa con respecto a los pecados que has cometido. No hay lugar para testimonios como: “¡Yo era el peor pecador de la ciudad hasta que Cristo me salvó!”. ¡No podemos hacer *nada* meritorio en el plan de Dios! No estamos espiritualmente muertos porque pecamos; ¡pecamos porque estamos espiritualmente muertos! Producimos bien humano y maldad por la misma razón. La condenación total al nacer significa que nuestros pecados personales nunca se nos imputan y no contribuyen en lo más mínimo a nuestra muerte espiritual. En otras palabras, no ganamos la “paga del pecado” por pecar, ¡Adán lo hizo!

Ahora, no te vayas a los extremos con aplicaciones falsas de este punto de doctrina. No te hagas la idea de que a excepción de Adán somos personas maravillosas. No lo somos. Ni tampoco debes asumir que el pecado personal se pasa por alto o se condona. No lo es. Se te considera responsable de tus pecados en el tiempo en el sentido de que el pecado personal siempre incurre en disciplina divina. Tal acción punitiva de la justicia de Dios hace que el pecado nunca valga la pena cometerlo; nadie se sale con la suya. A través del rebote, la disciplina puede eliminarse o reducirse, o si el castigo continúa con toda su intensidad, convertirse de maldición a bendición. Aun así, por dolorosa y miserable que sea la disciplina divina, no es lo mismo que la condenación.

Imagínate el lío en el que estaríamos si fuéramos condenados por nuestros propios pecados. Las tendencias hacia el pecado, el bien y la

maldad están presentes en cada uno de nosotros, pero desarrollamos estos impulsos de diferentes maneras. No todos manifestamos la naturaleza del pecado de Adán de la misma manera que Adán lo hizo. Una persona podría inclinarse hacia el ascetismo. Otra podría tener una personalidad tímida por naturaleza. Estas personas nunca soñarían con hacer algo imprudente, por lo que se confinan a los pecados de actitud mental y los pecados de la lengua. A otra persona le gustaría darse la gran vida. Sería más extrovertida en la expresión de su tendencia hacia el pecado y tendería a producir pecados manifiestos en lugar de las aberraciones mentales del legalista ascético y religioso.

¿Quién es más condenado por Dios? ¿Es mejor a los ojos de Dios el autorrecto estirado, ‘pilar de la iglesia’ que el parrandero lujurioso? ¿Piensa Dios que el legalista con personalidad chocante tiene algún derecho de mirar por encima del hombro a la persona que comete pecados evidentes? ¿Piensa Él que el tipo que vive a lo grande tiene derecho a regodearse de los hipócritas en la iglesia? ¡No! La relatividad de los pecados, variedad de pecados o cantidad de pecados no tiene nada que ver con nuestra condenación igual y total.

Algunos pecados personales acarrearán una disciplina más severa que otros (Pr 6:16–19), pero eso es un asunto sólo entre el individuo y el Señor. Aquí está el orden del día: Océpate de tus propios asuntos; vive y deja vivir. El principio no es comparar tus pecados con los pecados de los demás, sino respetar los derechos y la privacidad de los demás. Muchas iglesias hoy en día enfatizan el pecado (o tratar de no pecar), pero este énfasis está fuera de lugar por completo. Dios enfatiza la *doctrina* —la Palabra de Dios, la mente de Cristo, los medios de crecimiento espiritual.

Si insistes en meter tus narices en los asuntos de otras personas, tratando de reformarlos, tratando de que se conformen a tus estándares ‘superiores’, no haces más que añadirle bien humano a tus pecados de arrogancia, juicio y acoso. Esta combinación huele a bien y maldad. Por tu énfasis fuera de lugar y tu preocupación con el pecado, te habrás puesto en una caída vertiginosa espiritual. Ni los pecados de los demás ni tus propios pecados son jamás un asunto en la condenación. El énfasis *nunca* está en lo que *tú* haces, sino en lo que la integridad de Dios ha hecho.

¿Qué ha hecho Dios? Para anticiparnos a dónde Pablo nos está llevando, la rectitud de Dios, como el principio de la integridad divina, nos condenó a todos por igual por el pecado único de Adán. La justicia de Dios imputó todos nuestros pecados a Cristo en la cruz y los juzgó. Al hacer esto,

Dios es libre de imputar rectitud y vida eterna a cualquiera que crea en Él. Así, la inutilidad del legalismo es expuesta. No podemos hacer nada para ganar la salvación, así como no hicimos nada para ganar la condenación. *Cumplir* la Ley no puede traer vida espiritual como tampoco *quebrantar* la Ley trajo muerte espiritual. Aunque estas son funciones antitéticas, tanto la condenación como la salvación son manejadas de la misma manera: Dios hace *todo* el trabajo. La justicia de Dios es la fuente tanto de maldición como de bendición. Por consiguiente, cualquier cosa que podamos añadir a la simple fe en Cristo a fin de ganar la salvación es una blasfemia más allá de toda descripción.

El asunto en la condenación es el pecado original de Adán; el asunto en la salvación es el Señor Jesucristo. Aunque nuestros pecados personales no cuentan en ninguna de las dos áreas, eso no significa que Dios pase por alto nuestros pecados. Ellos *fueron* un asunto en la cruz —un asunto terrible y agonizante para nuestro perfecto Salvador que pagó la pena por ellos.

Los pecados personales también son un asunto en nuestras vidas después de la salvación porque nos sacan de comunión con Dios e interrumpen por el momento la llenura del Espíritu. Cuando no hay llenura del Espíritu, no puede haber AGP. Cuando no hay AGP, no hay impulso espiritual. Dios ha diseñado en gracia la técnica del rebote para neutralizar el pecado como un factor ¡incluso en nuestras vidas diarias! La persona que critica el rebote como una licencia para pecar lo hace por ignorancia. La rectitud y la justicia de Dios proporcionaron la mecánica simple del rebote para permitirnos avanzar en Su plan a pesar de la continua presencia de la naturaleza del pecado en nuestros cuerpos (Sal 32:5; 1Co 11:31; 1Jn 1:9). Cuando se ignora el rebote, o se entierra bajo el legalismo, nuestro estado de carnalidad pronto se deteriora en reversionismo y maldad. Por otro lado, con el rebote, el AGP y el crecimiento espiritual resultante, dejaremos atrás algunos pecados y desarrollaremos diferentes patrones de pecado. Podemos ‘refinar’ nuestros pecados, pero nunca dejaremos de pecar mientras permanezcamos en este cuerpo.

El pecado es un factor en otra área más. Algunos pecados también son crímenes; violan la libertad humana y, por lo tanto, están prohibidos por las leyes del establecimiento divino. Asesinato, violación, robo, calumnia —estos y otros son citados en la Ley Mosaica dentro de la jurisdicción civil para la aplicación de la ley. Cuando el pecado destruye la libertad, la privacidad o la propiedad de los demás, o ataca la autoridad divinamente delegada, se debe imponer un castigo severo. Recuerda: No importa lo que

hagamos o dejemos de hacer, no importa en qué área nuestros pecados *sean* un asunto, Dios no nos imputa nuestros pecados ni nos condena por ellos.

Sólo podemos agradecer a Dios que en el incomparable genio de Su justicia, Él nos condenó por el primer pecado de Adán. Sólo podemos tener asombro reverencial de Él por esta magnífica acción en nuestro favor. En lugar de ser injusto con nosotros, la imputación de Dios del pecado de Adán a nuestras naturalezas del pecado al nacer es para nuestra total ventaja. Estamos calificados para la gracia desde el principio; la condenación que debe preceder a la gracia cae sobre nosotros con nuestro primer aliento.

Nosotros estábamos en Adán cuando pecó (1Co 15:22), pero antes de que menosprecies a Adán por su fracaso, recuerda que Dios en Su omnisciencia conoce todo hasta la historia de ‘qué tal sí’. ¿Qué tal si hubieras estado en los zapatos de Adán? “Oh”, dices: “¡yo habría caminado con el Señor cada tarde, y nunca habría caído tan bajo como para comer ese fruto prohibido!”.

¿Quién te crees? Si crees que eres parte de un club de admiración mutua con Dios, te espera una pequeña sorpresa: Dios no comparte tu entusiasmo. Él no está impresionado por tus buenas intenciones y promesas santurronas. Él sabe que si estuvieras en el Jardín, en algún momento *tú* habrías hecho lo que hizo Adán. La acción de la justicia de Dios es entonces justa, no sólo porque estabas seminalmente en Adán, sino también porque tú personalmente habrías hecho lo mismo en su lugar.

En Su absoluta sabiduría, Dios encontró una manera de condenarnos por completo como humanidad caída y depravada y, a la vez, evitar condenarnos por nuestros propios pecados. De hecho, Él nos ha condenado por un pecado que ¡ya ha sido juzgado en la cruz! De este modo, nos deja libres para decidir nuestro propio destino —a favor o en contra de Jesucristo— sin dejar lugar para la arrogancia. Al imputar el pecado de Adán a su hogar formado genéticamente en nuestros cuerpos, Dios nos preserva vivos y nos da la oportunidad de ser salvos. Así, la cruz no podría tener ningún significado aparte de la doctrina de la imputación del pecado de Adán.

DOS GOBERNANTES: SATANÁS Y LA NATURALEZA DEL PECADO

La época desde Adán hasta Moisés es la ilustración de Pablo para los creyentes judíos legalistas de un principio que se aplica por igual a

todas las eras: La muerte espiritual gobierna en cada generación de la historia humana.

Sin embargo, la muerte [espiritual] gobernó desde Adán hasta Moisés, aun sobre los que no habían pecado con una transgresión semejante a la de Adán, que es un tipo de Él [Cristo] que estaba destinado a venir [Primera Venida de Cristo]. (Ro 5:14, traducción corregida)

En realidad, nacemos bajo *dos* gobernantes que llegaron al poder cuando Adán pecó. Satanás es el “dios de este mundo”, gobernando a través de una política del bien y la maldad (2Co 4:4; 11:14; 1Ti 4:1); la naturaleza del pecado es el soberano de la vida humana, gobernando a través de la muerte espiritual. Bajo ambas tiranías, “el bien y la maldad” es el orden del día. Es la política de Satanás; es la función de la naturaleza del pecado.

Ya se nos ha presentado a Satanás. Dado que su estrategia poderosa y polifacética ha sido detallada en otra parte, sólo necesitamos hacer una pequeña reseña de su plan.³⁹ Su ambición arrogante es llegar a ser, por sus propios esfuerzos y gran intelecto, “semejante al Altísimo” (Is 14:12–14). Él promueve el mejoramiento de su reino, la tierra. Busca desplazar a Dios y crear un milenio falso antes de que Cristo regrese. Si Satanás tuviera éxito, forzaría a Dios a retractarse de Sus promesas con respecto al verdadero Milenio, demostrando que Dios es un mentiroso sin integridad. Satanás ganaría así el conflicto angélico por defecto y evitaría cumplir su sentencia justa: la eternidad en el lago de fuego (Mt 25:41). No nos sorprende descubrir en la Biblia que un revolucionario como Satanás, cuya política del mundo es tanto el bien como la maldad, habla en un doble discurso. Satanás es un camaleón brillante, un falsificador ingenioso, capaz de presentarse como todas las cosas a todos los hombres.

Satanás favorece la dulzura y la luz y la prosperidad para todos —comida en cada mesa. Personalmente, él es la criatura más hermosa jamás creada; es elocuente, inteligente, entretenido, agradable, persuasivo —justo el tipo de compañía que disfrutarías. Sus ataques a menudo vienen disfrazados de un atractivo tranquilo, refinado, cautivador. Él sabe que la vida depende de cómo piensan las personas, y fomenta el pensamiento anti-Dios del ‘bien’ (Is 47:10–11; Mi 1:12; Col 2:8; 2Ts 2:7–11).

Por lo tanto, la miseria y la depravación en el mundo no son todas por el diseño de Satanás. Se le culpa mucho de lo que no es obra suya.

39. Thieme, *Satan and Demonism*, 5–11; *Victorious Proclamation*.

A menudo hasta el pecado ¡es una vergüenza para él! Quizá nunca antes hayas entendido este punto, pero muchas categorías de pecado sólo obstaculizan sus objetivos utópicos. Él pasa una gran cantidad de tiempo en el tribunal del cielo acusando a los creyentes de pecado, aunque sabe que Cristo ya pagó por todos los pecados del mundo (Job 6:1–11; Zac 3:1–4; 2Co 2:11; Ap 3:9–10). Satanás quiere asegurarse de ¡no tener la culpa! Además, Satanás quiere usar a Dios en un intento de forzarlo a disciplinar a los creyentes con tanta severidad que sean distraídos de la doctrina. El hombre es en verdad un agente libre; la volición humana y la naturaleza del pecado pueden resultar tan rebeldes tanto para Satanás como para Dios.

[...] el sistema que Satanás ha construido incluye todo lo bueno que él puede incorporarle y que sea consistente en lo que él pretende lograr. Una pregunta sería que surge es si la presencia de maldad flagrante en el mundo se debe a la intención de Satanás de que así sea, o si esta indica la incapacidad de Satanás para ejecutar todo lo que él ha diseñado. La probabilidad es grande que la ambición de Satanás le haya llevado a emprender más de lo que cualquier criatura pudiera jamás administrar. [...] ⁴⁰

Sin embargo, Satanás no siempre aparece como un ángel de luz. El lado oscuro de su estrategia requiere terror, violencia, confusión. Si él no puede controlar a la humanidad con una táctica, siempre tiene otra. Ninguna depravación ni traición es muy baja para él. Las reglas del conflicto angélico requieren que cada hombre ejerza su autodeterminación en la tierra hasta que Dios lo remueva. Satanás nunca sigue las reglas, a menos que lo haga para promover sus propios fines. Él es el asesino original, decidido a destruir la volición del hombre si no puede controlarla (Jn 8:44). La justicia de Dios debe restringir a Satanás (2Ts 2:7), y con cierta frecuencia Dios juzga los resultados acumulados de todas sus diversas actividades (Gn 6:1–7; Lv 26:14–31).

Los métodos antitéticos de operación de Satanás son empleados no sólo por sus emisarios humanos (2Co 11:13–15), sino también por su vasto, muy organizado y bien dirigido ejército de subordinados angélicos conocidos como demonios (Ef 6:10–12). Satanás no dirige una turba. Él comprende lo que es la autoridad; de hecho, es un tirano que quiere

40. Traducido de Lewis Sperry Chafer, *Systematic Theology*, 8 vols. (Dallas: Dallas Seminary Press, 1948), 2:100.

sobreponer su autoridad sobre la de Dios. Satanás ordena que algunos de sus demonios que operan en la tierra sean elocuentes y magnéticos a fin de engañar a las personas cultas e ilustradas. Muchos alemanes inteligentes que no estaban impresionados, que incluso rechazaron la emocionalidad del Partido Nacional Socialista de Hitler, sin embargo, se sintieron atraídos por su carisma demoníaco.

Otras organizaciones de demonios se encargan de confundir y esclavizar a los simples, a los emocionales, a los ignorantes. Tales personas están impresionadas por los raros fenómenos sobrenaturales de telepatía, de la lectura de mente y de los espíritus separados del cuerpo asociados con ciertas sectas hindúes; impresionados por el autosacrificio ritual de la víctima del vudú sin ningún síntoma de dolor; por los derviches sudaneses que con balas en sus cabezas y corazones, continuaban al ataque contra las formaciones británicas; por el sacrificio humano de niños y las orgías sexuales en el culto fálico (Jer 19:5); por la manipulación extática de las cuerdas vocales entre algunos pentecostales modernos. Los demonios pueden aislar ilícitamente las facultades latentes de aquellos no creyentes que permiten que la mentalidad caiga en desuso y que, por lo tanto, son gobernados por la emoción.

Sólo los no creyentes pueden ser poseídos por demonios, en cuyo caso el demonio entra y controla el cuerpo. Sin embargo, los creyentes en ciertas categorías de reversionismo pueden llegar a estar bajo la influencia demoníaca en el que el demonio controla el alma a través de la doctrina falsa.⁴¹ Satanás ha *gobernado* el mundo desde la caída del hombre, pero nunca ha tenido éxito en *controlar* su propio dominio. Ya sea a través del tipo de actividad demoníaca más culta, refinada y civilizada o a través de los despliegues más sorprendentes y espectaculares del demonismo, el objetivo de Satanás al final de cuentas es conquistar, controlar.

Los creyentes tienen una gran ventaja si comprenden la estrategia y las tácticas del enemigo. Por desgracia, muchos cristianos parecen gravitar hacia lo extraño, hacia lo raro. Cualquier mención del diablo y la actividad demoníaca corre el riesgo de atraer a tales personas impresionables. No es sabio adentrarse en el reino de lo demoníaco; la doctrina nos advierte a no involucrarnos (Lv 19:31; 20:6; Dt 18:10–12). Deberíamos tener curiosidad por la doctrina, no por los demonios. El punto aquí es que nacemos esclavizados a un sistema del bien y la maldad más brillante, complejo y poderoso de lo que tal vez podamos resistir en nuestra propia energía. Nuestra única defensa es la doctrina bíblica residente en nuestras almas;

41. Thieme, *Satan and Demonism*, 41–47.

nuestra única confianza radica en saber que Jesucristo controla la historia y es infinitamente más poderoso que Satanás.

Satanás no controla el reino que gobierna; no puede producir un ambiente perfecto; nunca será como Dios. Satanás y sus demonios están condenados en última instancia al fracaso. El plan de Dios, ejecutado por la perfecta integridad divina, prevalecerá inevitablemente. El gran conflicto demoníaco que ha arrasado a la historia humana será ganado por el Señor Jesucristo en la Segunda Venida (Ap 20:2–3). Te conviene que te pongas del lado ganador. O te ajustas a la justicia de Dios o la justicia de Dios se ajustará a ti —¡pasando por encima tuyo! Ni siquiera el mayor intelecto de la mayor criatura, Satanás, puede competir con la integridad del Creador. Si *tú* lo intentas, no tienes la más remota posibilidad.

Mientras que la tendencia de la naturaleza del pecado hacia el pecado no siempre encaja con el objetivo principal del esquema de Satanás, sus tendencias hacia el bien y la maldad se prestan sin problema al servicio del diablo. Mientras aún estaba en el Jardín después de la Caída, la esclavitud de Adán a su recién adquirida naturaleza del pecado se manifestó por primera vez, no en un acto de pecado, sino en un programa de bien humano —Operación Hojas de Higuera.

La desnudez que había sido una parte maravillosa de la relación de Adán con su mujer fue de repente denunciada por Satanás como un problema social (Gn 3:11). El nuevo gobernante del mundo insinuó que la desnudez entre marido y mujer estaba mal, que la ropa era ‘buena’, que nadie iba a andar corriendo desnudo en *su* reino. La tendencia de Adán captó enseguida la insinuación, y él y la mujer se pusieron a hacer “delantales” de hojas de higuera (Gn 3:7). Detrás de su acción social, su ‘mejoramiento’ de la humanidad, su trabajo para hacer que todos sean atractivos a Dios, se encuentra el pensamiento de maldad. Ellos intentaban en vano mejorar el mundo del diablo, y una vez vestidos tuvieron su primer pensamiento de maldad. “Si estamos bien entre nosotros”, razonaron, “*debemos* estar bien con Dios. Si nos adaptamos a nuestro prójimo y hacemos el bien entre nosotros, seguro Dios no nos condenará”.

Esta mentira satánica aún acarrea un veneno mortal. Ha envenenado el cristianismo fundamentalista en nuestros días y está a punto de destruir nuestra nación. Representa un total mal ajuste a la justicia de Dios. Las buenas obras del hombre no están ni cerca de ganar la aprobación de Dios; asumir que lo hacen es insultar Su carácter infinitamente perfecto (Is 64:6). Incluso con respecto al hombre, las leyes del establecimiento divino nos exigen respetar la libertad, la privacidad y la propiedad de los

demás, no remodelar la sociedad, blanquear el mundo del diablo, hacer a las personas iguales o imponer las ideas de algún socialista arrogante que piensa que sabe lo que la gente quiere mejor que ellos mismos. Las muchas aplicaciones y ejemplos del evangelio social en el mundo de hoy no son más que repetidas evidencias de nuestra esclavitud bajo el sistema de maldad de Satanás. El bien humano siempre se torna en maldad. Al seguir el bien humano como política nacional, tanto exterior como interior, los Estados Unidos se está exponiendo a una esclavitud patente de una forma depredadora de maldad conocida como socialismo. Hasta el socialismo tiene un objetivo deseado de ‘bien’: un ‘nuevo orden mundial’ de paz y prosperidad universales. Sin embargo, estas buenas intenciones violan todas las instituciones divinas que están diseñadas para la prosperidad del género humano. El sistema socialista está desconectado por completo de la realidad de la volición y la libertad humana; como destructor, el socialismo de hoy no es más que la más rabiosa marca satánica, anti-Dios del bien y la maldad.

Incluso en el reino de Satanás, la volición de nuestras almas es en verdad libre de hacer una decisión sobre otra, pero no estamos libres de la influencia de la naturaleza del pecado. Esta segunda esclavitud es mucho más íntima y, por lo tanto, más peligrosa aun que nuestra esclavitud como ciudadanos del dominio de Satanás. Para los creyentes, ambas son *previas* esclavitudes, ya que ambas tiranías fueron quebrantadas en la salvación. No obstante, los previos gobernantes todavía están activos, y una y otra vez apelan a nuestro libre albedrío para permitirles volver al trono. Aunque Satanás es brillante y poderoso como el archienemigo de Dios y del creyente, sigue siendo sólo una criatura. Puede estar en un sólo lugar a la vez, y no tiene tiempo para perderlo en escuinceles espirituales.

La naturaleza del pecado, sin embargo, reside en cada célula de tu cuerpo, incluyendo cada célula de tu cerebro. El cerebro, con su anatomía y función fantásticamente complicadas, es una vasta computadora fisiológica. Millones de neuronas o células nerviosas desempeñan sus funciones individuales, transportando cargas eléctricas bajo un control muy disciplinado a través de columnas de materia gris, a lo largo de conexiones ramificadas de materia blanca y a través de todo el sistema del cerebro. Recuerda que tu cerebro no es lo mismo que tu alma. Mientras que el alma es *inmaterial*, el cerebro es *material*.

El cerebro es la expresión mecánica de la consciencia del alma. Observa que dije *mecánica*; no hay consciencia en el cerebro como órgano físico. Autoconsciencia es una faceta del *alma*. La autoconsciencia del

alma actúa como intermediario; es donde lo inmaterial se conecta con lo material.

La naturaleza del pecado reside en el cerebro, no en el alma. Dado que la naturaleza del pecado tiene su cuartel general en el cuerpo físico, esta controla el cerebro como parte del cuerpo de corrupción. Habiendo residido en cada neurona desde el momento del nacimiento físico, la naturaleza del pecado utiliza todas las funciones mecánicas del cerebro para controlar el alma.

En particular, la naturaleza del pecado programa el cerebro para el bien y la maldad; así, el cerebro imprime por naturaleza tendencias del bien y la maldad en el alma. El plan de Satanás también tiene una parte en esta programación porque desde el nacimiento, vivimos en el mundo del diablo. Su política gobernante del bien y la maldad inevitablemente se abre camino en la computadora. El resultado inevitable es que entra basura y sale basura. La mentalidad opera sobre el bien y la maldad; la volición toma decisiones para el bien y la maldad; la emoción es estimulada por el bien y la maldad. En contraste a la “novedad de vida” que se manda a todo creyente (Ro 6:4), la ‘antigüedad’ de vida es el programa de computadora del bien y la maldad que nos esclaviza a la naturaleza del pecado.

Por lo tanto, la mayoría de las veces, somos nuestros peores enemigos. Cuando nos encontramos con presiones o dificultades en la vida, el diablo no nos persigue; él no necesita intervenir cuando nosotros solos hacemos tan buen trabajo.

A pesar de la obra de Cristo al liberarnos del poder de la naturaleza del pecado, muchos creyentes continúan operando en el antiguo programa. Están llenos de bien humano porque sirven a sus naturalezas del pecado y defienden con sinceridad los diversos programas para hacer del reino de Satanás ‘un mejor lugar para vivir’. Hablan acerca de esquemas no realistas para promover la igualdad, la hermandad, la paz mundial, la preservación del medio ambiente. Aunque decididos a ‘hacer grandes cosas para Dios’, se alinean justo con Satanás, el mayor genio y engañador del mundo. Como la única solución a este dilema tiránico, se nos manda reprogramar la ‘computadora’ de nuestra mente —renovar nuestro pensamiento (Ro 12:2).

Y dejen de poner sus miembros [su cuerpo físico], *como* armas de maldad [el bien y la maldad], bajo órdenes para pecar [la naturaleza del pecado]; sino colóquense a ustedes mismos bajo las órdenes de Dios como aquellos que están

vivos de las muertes [identificados con Cristo en Sus muertes espiritual y física], y sus miembros *como* armas de rectitud para Dios. (Ro 6:13, traducción corregida)

Colocar los miembros de sus cuerpos físicos bajo las órdenes de Dios incluye reprogramar sus mentes. En el momento de la salvación, el poder de tu naturaleza del pecado fue quebrantado a través de la imputación de la rectitud y la vida eterna de Dios.⁴² Añádele a esto el simultáneo bautismo del Espíritu Santo,⁴³ y por primera vez tu alma está en posición de liberarse de la influencia de la corrupción y la depravación. Mediante el consumo de doctrina bíblica, nueva información es alimentada en tu mente para que esta llegue a ser programada de acuerdo al plan de Dios para tu vida. Sólo la doctrina en el alma puede cumplir experiencialmente lo que se logró posicionalmente en el momento de la salvación. A través de la percepción de la doctrina, puedes liberarte de los dos gobernantes bajo los cuales naciste. La doctrina hace toda la diferencia.

Las obras no reprogramarán la mente. Testificar, orar, dar dinero a la iglesia —ninguna de estas hará el trabajo. Son legítimas; en efecto, son mandadas bajo las circunstancias correctas, con la motivación apropiada, en el momento correcto. Pero, no cambian tu forma de pensar. Sólo hay una manera de cambiar tu pensamiento para que se convierta en un arma de rectitud para Dios, y eso es alimentándolo con algo más grande que la política de Satanás y el *modus operandi* de la naturaleza del pecado. Debes alimentar tu mente de manera consistente con nueva información —doctrina bíblica.

La Tercera Imputación: Los Pecados Personales a Cristo

EL HIJO DE DIOS NACIDO EN FORMA ÚNICA

Nosotros nacemos facsímiles de Adán *después* de la Caída. Compartimos su pecado original por imputación afín y su naturaleza del pecado por transmisión genética. Así, compartimos su muerte espiritual. Su pecado se convierte en nuestro pecado; su naturaleza del pecado, en nuestra naturaleza del pecado; su condenación, en nuestra condenación.

En contraste, Romanos 5:14 nos dice que Cristo nació como Adán fue creado *antes* de la Caída —cuerpo, alma y espíritu. Adán fue creado

42. Véanse las páginas 97–103, 140–46.

43. Véanse las páginas 121–29.

perfecto; nuestro Señor nació perfecto, sin la naturaleza del pecado formada genéticamente y sin la corrupción del pecado original de Adán.

No obstante, como todos los miembros del género humano, la madre de la humanidad de Cristo, la virgen María, nació espiritualmente muerta. Ella no era inmaculada, sin pecado o perfecta. Ni tampoco era —en la blasfemia más ridícula de todas— la madre de Dios. El Dios eterno ¡no tiene fuente, ni origen ni madre! María era una pecadora en necesitaba un Salvador; su cuerpo era un cuerpo de corrupción; sus genes y cromosomas llevaban la naturaleza del pecado, al igual que la de todos. Personalmente, ella tenía sus cosas buenas y malas. Como todos nosotros, ella cometió muchos pecados, pero debido a que la fornicación sin duda no estaba entre sus pecados, ella era una verdadera virgen en el momento del nacimiento de Cristo.

Ella y su futuro marido eran descendientes de las dos ramas de la familia real de David —ella a través de Natán (Lc 3:31); José a través de Salomón (Mt 1:6). Ambos eran aristócratas judíos; ambos demostraron su nobleza de carácter en la forma en que manejaron este sorpresivo embarazo, que sin duda escandalizó a muchos.

Durante siglos, la religión ha abusado de María, elevándola muy por encima de la posición que le corresponde. A menudo es sobrevalorada e incluso adorada como la encarnación de la feminidad idealmente pura. Sólo porque la religión haya abusado de ella no es motivo para pasar por alto el carácter noble y la integridad personal de esta mujer. Es cierto que Jesús tuvo que reprenderla en varias ocasiones posteriores (Lc 2:48–50; Jn 2:3–5), y le restó importancia al papel Dios ella en Su encarnación (Lc 11:27–28). Pero en muchos sentidos ella era una mujer admirable.

Aun así, hasta las personas más finas están condenadas desde su nacimiento, y María entró al mundo poseyendo una naturaleza del pecado. Pero como mujer, no podía transmitir su naturaleza del pecado a su prole. Después de que Cristo nació, ella dio a luz al menos a otros seis hijos de José a través de la procreación normal (Mt 13:55–56). Todos nacieron espiritualmente muertos, pero no a causa de la naturaleza del pecado de su madre; recibieron la naturaleza del pecado de su padre.

En María, como en todas las mujeres normales, más o menos una vez al mes un óvulo era purificado mediante la meiosis. La presencia de su naturaleza del pecado en una célula reproductiva inmadura había cruzado hacia los cuerpos polares, dejando el óvulo maduro sin contaminar. En otras palabras, la base física para el nacimiento virginal puede encontrarse en cualquier buen libro de texto de biología.

Isaías profetizó que el nacimiento virginal sería una “señal”, un acontecimiento milagroso (Is 7:14), pero María misma no fue el milagro. El milagro fue que Dios el Espíritu Santo proveyó veintitrés cromosomas perfectos para fecundar su óvulo normal y puro. Ella concibió aparte de la contaminación portada por el esperma masculino. Su embarazo fue, por lo tanto, un embarazo virginal, y el feto que se desarrolló dentro de ella estaba libre por completo de la corrupción de la tendencia pecaminosa de Adán.

Incluso enfocarse en el *nacimiento* virginal destaca demasiado a María; el *embarazo* virginal es el verdadero asunto. Tan beneficiosa como es la virginidad, aun su virginidad se desvanece en importancia en comparación con la obra milagrosa del Espíritu Santo, que es el verdadero énfasis en la concepción de Cristo. ¡La humanidad no recibe crédito en ningún momento en el plan de Dios! Si Dios hubiera escogido así (lo cual no hizo), podría haber traído al Salvador al mundo como el cuarto o quinto hijo de María ¡tan fácilmente como su primero! Aunque la virginidad era su estado real, Dios no dependía de María. No hace falta decir que este principio de gracia ha pasado desapercibido en el resplandor de la ‘Mariolatría’.

En el instante en que en el establo de Belén, el feto, como vida biológica, emergió de la matriz de María, Dios el Padre imputó la vida de alma a su hogar genéticamente preparado, el alma formato de Cristo. El resultado fue vida humana al nacer, como lo habría sido con cualquier otro miembro del género humano. Nuestro Señor nació como humanidad verdadera, calificado para representar a la humanidad ante Dios.

En el mismo momento, cuando la justicia de Dios siempre imputaría en un recién nacido el pecado original de Adán a su naturaleza del pecado, tal imputación no era posible en este caso. Cristo no tenía una naturaleza del pecado formada genéticamente; el pecado de Adán no tenía hogar en Él. No había antecedente o afinidad entre Cristo y el pecado original de Adán porque a través del embarazo virginal Cristo *no* estaba seminalmente en Adán.

El nacimiento de Jesucristo fue único —Él nació vivo tanto física como espiritualmente. La palabra griega *μονογενής* (*monogenés*) en Juan 3:16 es Hijo “unigénito”, o “nacido en forma única”. Los únicos otros seres humanos perfectos lo eran porque habían sido *creados* perfectos, pero la Persona única del universo *nació* perfecta en medio de la humanidad totalmente depravada. Cristo fue el único hombre libre que jamás entró al mundo de Satanás. Estaba libre del dominio del diablo, de la soberanía

de la naturaleza del pecado, de la imputación del pecado de Adán y de la condenación de la muerte espiritual.

Mientras que el amor de Dios fue demostrado en el regalo del Salvador, la justicia de Dios tuvo que juzgar nuestros pecados en Jesucristo como nuestro sustituto y la rectitud de Dios tuvo que encontrarlo como un sacrificio aceptable. Cristo fue perfecto al nacer, pero también tuvo que ser perfecto cuando llegó a la cruz. Así, nuestro Señor no podía cometer ningún pecado personal durante Su vida en la tierra.

Recuerda que Cristo en Su humanidad podía ser tentado y podía haber pecado. En Su deidad, sin embargo, no podía ser tentado ni cometer pecado. Si sumas estas características, el Dios-hombre en unión hipostática era *tentable* pero *impeccable*. En otras palabras, a través de Su volición humana Él pudo evitar el pecado cuando fue tentado como hombre; en Su esencia divina, la integridad de Dios significaba que el pecado era imposible. La máxima latina es por tanto cierta: *Posse non peccare, non posse peccare*; Él era “capaz de *no* pecar, y no *capaz* de pecar”.⁴⁴

Al igual que el perfecto Adán, que podía pecar sólo por un acto de volición negativa ante la prohibición de Dios del árbol, Jesús sólo podía fallar de una manera: cometiendo un acto de volición negativa contra el plan del Padre para la Encarnación. Por lo tanto, Satanás intensificó sus esfuerzos para impedir la cruz poniendo a prueba en repetidas ocasiones el libre albedrío de la humanidad de nuestro Señor (Mt 4:1–11; He 4:15). Jesucristo fue tentado mucho más allá de lo que nosotros jamás enfrentaremos. Las tentaciones registradas no son más que algunas de las trampas y asechanzas que Satanás puso sin piedad y sin cesar en Su camino. A diferencia de la mujer en el Jardín, cuya ignorancia de la doctrina la hizo vulnerable a las sutilezas de Satanás, Cristo permaneció absolutamente obediente al plan del Padre hasta la cruz.

Mientras que Adán fue *creado* espiritualmente vivo y a través de un acto deliberado de volición *negativa* se convirtió en espiritualmente muerto, Jesús *nació* espiritualmente vivo y por volición *positiva* inflexible permaneció impecable y se sometió a la cruz deliberadamente.

Diciendo: Padre, si quieres, pasa de mí esta copa [muerte espiritual en la cruz]; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. (Lc 22:42, RVR)

44. Thieme, *Integridad Cristiana*, 220–21.

LA LÓGICA DE A FORTIORI

Condenados al nacer, somos facsímiles de Adán después de la Caída —cuerpo y alma. Pero, perfecto al nacer y durante toda la Primera Venida, Cristo en la cruz fue humanidad perfecta —cuerpo, alma y espíritu— como Adán antes de la Caída. Esta tipología del primer Adán y el Último Adán es importante pero limitada. Tan pronto como Pablo ilustra la analogía en Romanos 5:14, de repente se aleja de las similitudes y comienza a citar distinciones. Los resultados de la volición negativa de Adán son opuestos por completo a los de la volición positiva de Cristo.

La tipología tampoco se aplica a las personas de los dos Adanes. El primer Adán fue único como un hombre creado en forma perfecta, pero Cristo, el Último Adán, fue único como el Dios-hombre. Adán cayó, pero Cristo permaneció impecable. Cada uno fue la cabeza federal del género humano: Adán a través de nuestro nacimiento físico y muerte espiritual, Cristo a través del nuevo nacimiento y la vida espiritual (Ro 5:19). Por eso debemos nacer de nuevo: nacidos en Adán pero nacidos de nuevo en Cristo. El primer Adán trajo condenación sobre todo el género humano; el Último Adán trae salvación. Debido al primer Adán, la justicia de Dios condena al hombre; debido al Último Adán, la justicia de Dios es libre para bendecir al hombre.

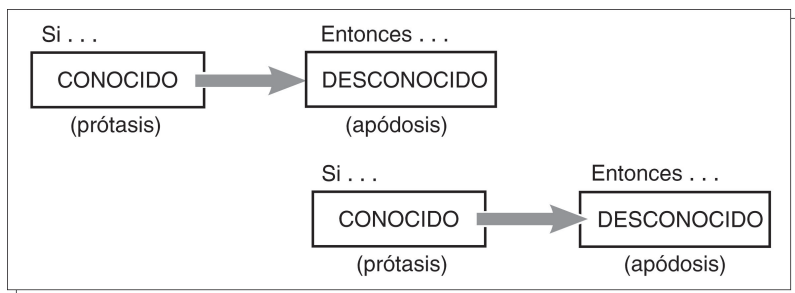
Todavía entusiasmado, todavía escribiendo de forma elíptica, en Romanos 5 Pablo desarrolla el contraste entre Cristo y Adán en una brillante proeza de lógica. Comienza en el versículo 15 con una breve *cláusula comparativa* seguida de una *cláusula condicional*. Repite este patrón en los versículos 16 y 17: otra *cláusula comparativa* rápida en el versículo 16 (esta vez ampliada por una oración que almacena doctrina) seguida en el versículo 17 por una segunda *cláusula condicional* (que usa la acumulación de doctrina para llegar a una conclusión fantástica).

Pablo era un genio. Pero, a diferencia de muchos otros genios que están tan concentrados en sus propios campos especializados que no pueden combinar sus calcetines o recordar qué día es, Pablo siempre fue capaz de hacer aplicaciones prácticas de su genio a la vida. Cuando aún era un niño, comenzó a aprovechar su mentalidad superior mediante la estricta disciplina académica de una educación formal, y su autodisciplina nunca disminuyó mientras vivió. Aparte de Cristo mismo, Pablo aprendió, comprendió y aplicó más doctrina que cualquier otro ser humano de todos los tiempos. Hasta Pedro dijo que si quieres aprender las doctrinas más avanzadas que son “difíciles de comprender”, vayas a Pablo (2Pe 3:15–16).

Bien, ahí es donde estamos —con Pablo, estudiando el tema más crucial de la Biblia, la integridad de Dios.

Las dos cláusulas comparativas comparan a Cristo y Adán. Pero las cláusulas condicionales, por medio de la inspiración del Espíritu Santo, expresan por completo el genio de Pablo; en ellas él bosqueja todo el plan de Dios. Una cláusula condicional tiene dos partes: “*si* esto y esto, *entonces* esto y esto”. La parte “*si*” o premisa se conoce en la gramática como la prótasis, mientras que la parte “*entonces*” o conclusión se llama la apódosis.

En la primera prótasis, Pablo establece algo bien conocido como base para explicar algo en la primera apódosis que es casi desconocido para la mayoría de los creyentes. Procede de lo *conocido* a lo *desconocido* de tal manera que lo desconocido sea claro y comprensible. Hace lo mismo en la segunda cláusula condicional. Aunque esta vez, el campo familiar en la prótasis es nada menos que el concepto que se acaba de desarrollar en ¡la apódosis anterior! Convierte lo desconocido en conocido, luego gira y se lanza desde aquello a otro desconocido. De esta manera, él nos conduce a un campo de doctrina que en ninguna otra parte en las Escrituras se revela de manera tan clara.



LÓGICA DE PABLO EN ROMANOS 5:15-17

La salvación es un hecho consumado para cada creyente; por lo tanto, Pablo la utiliza como lo conocido en la primera cláusula condicional. La mayoría de nosotros somos conscientes de que somos salvos para siempre. Estamos al menos un poco familiarizados con la cruz y con lo que Cristo logró allí. Tenemos una idea bastante buena de que es algo maravilloso. Lo que por lo general no es familiar para muchos creyentes es la prosperidad divina en la vida cristiana. La felicidad perfecta, la ocupación con Cristo, la orientación a la gracia, el éxito temporal, la fama, la fortuna, el hombre ideal o la mujer ideal, la promoción, la bendición

a otros por asociación, el impacto histórico, la estabilidad bajo presión —estas bendiciones son los grandes desconocidos en la vida de muchos creyentes y, muchas veces, parecen remotas y fuera de alcance. Por pura genialidad de la lógica, Pablo las hace bien comprensibles y familiares. Luego, a partir de este nuevo conocido de las bendiciones divinas en el tiempo, Pablo se adentra en un área que nunca se describe de manera específica en ninguna parte de toda la Palabra de Dios. No puede ser; está más allá la comprensión humana. Por medio de la fuerza de la razón y la inspiración divina, él nos da una pista de las bendiciones de la eternidad, basada en nuestro conocimiento de cómo Dios nos bendice en el tiempo.

Una persona tiene una sensación inquietante cuando cruza el Puente Golden Gate en una densa niebla de San Francisco. No puede ver más de tres o seis metros adelante —no ve cables, ni torres ni costa lejana. Está aislada en un pedacito de carretera suspendida a decenas de metros en el aire. ¿Seguirá la carretera? ¿Llegará sana y salva a la otra costa? Sabe por el simple hecho de que el puente está ahí, que tiene otro lado. Aunque no puede ver el lado lejano, conduce con la seguridad confiada de alcanzarlo.

Asimismo, hay una ‘niebla’ que nos impide ver el cielo. Las limitaciones del lenguaje humano y del marco de referencia oscurecen nuestra visión de los resplandores de la eternidad cara a cara con el Señor. Sabemos que el cielo existe, pero sus bendiciones especiales pueden ser definidas en las Escrituras sólo por medio del lenguaje de adaptación. La Biblia describe la prosperidad del cielo como una cosecha cien o sesenta veces más abundante (Mt 13:8). Vastas propiedades son la recompensa del creyente maduro: diez ciudades (Lc 19:17), cien ciudades; Abraham recibirá su ciudad única (He 11:16). La *στέφανος* (*stéfanos*) —la “corona” del héroe militar, la “corona de victoria” del atleta— proporciona una analogía a las más altas condecoraciones del ejército romano con sus cuantiosos estipendios y al símbolo de la victoria y la recompensa en los juegos atléticos (1Co 9:24; Ap 2:10).

El lenguaje de adaptación nos dice que algo real existe más allá de la niebla, pero tales analogías no pueden comenzar a transmitir los detalles fantásticos. Lo más cerca que podemos llegar a describir las realidades del cielo no es a través de paralelos de la vida en la tierra, sino a través del desarrollo lógico del apóstol Pablo en este pasaje.

En cada paso, de lo conocido a lo desconocido a otro desconocido, la justicia divina siempre es nuestro punto de contacto con Dios. La justicia fue nuestro punto de contacto al nacer y en la salvación y continuará

siendo así a lo largo de nuestra vida. Con respecto a la función de la justicia de Dios hacia nosotros, Pablo hace más que sólo pasar de lo conocido a lo desconocido; lo hace usando una lógica *a fortiori*.

A fortiori es una frase latina que significa “desde o con mayor razón”. El latín es el equivalente de la expresión griega en nuestro pasaje, traducida “mucho más”. Conocida en gramática como un modismo de mayor grado, se compone del adjetivo dativo singular πολὺς (*polús*), “mucho”, más el adverbio comparativo μᾶλλον (*mállon*), “más”. No es sólo una expresión literal, “mucho más” se convierte en un término técnico en el campo de la lógica que razona a partir de una verdad mayor aceptada para concluir la veracidad de una verdad menor. De hecho, el latín ha sido traído al español como el nombre de un tipo particular de argumento lógico.

La lógica *a fortiori* tiene dos partes: lo *mayor* y lo *menor*. En nuestras dos cláusulas condicionales (Ro 5:15–17), lo mayor se encuentra en la prótasis y lo menor en la apódosis. La lógica *a fortiori* afirma que si Dios puede hacer algo que es extremadamente difícil, sólo tiene sentido que pueda hacer algo que es mucho más fácil. Si Dios ya ha hecho lo mayor, se deduce *a fortiori* que Él puede hacer lo menor.

Permíteme darte un ejemplo de la lógica *a fortiori* en el ámbito humano. Supongamos que puedes hacer cien lagartijas. Si me hubieras visto hacer cien lagartijas, tú sabrías con certeza que no tendría ningún problema si me pidieran que hiciera ¡diez! Cien lagartijas es lo mayor, diez, lo menor. Expresado en términos de lógica *a fortiori*: Si puedo hacer cien lagartijas, se deduce *a fortiori* que puedo hacer diez.

	Más Difícil	Menos Difícil	Aún Menos Difícil
Primer A Fortiori	Mayor esfuerzo divino SALVACIÓN	Menor esfuerzo divino BENDICIONES EN EL TIEMPO	
Segundo A Fortiori		Mayor esfuerzo divino BENDICIONES EN EL TIEMPO	Menor esfuerzo divino BENDICIONES EN LA ETERNIDAD

LÓGICA A FORTIORI EN ROMANOS 5:15–17

Del mismo modo, si lo mayor en dificultad de la función de la justicia de Dios ya ha sido provista, entonces “mucho más” o “con mayor razón”, lo menor en dificultad no será retenido.

Usando la lógica *a fortiori*, Pablo va a los detalles específicos con respecto a lo que requirió el mayor esfuerzo por parte de Dios, lo que requiere menos y lo que requiere aún menos. Al hacerlo, el gran Apóstol esboza todo el plan de Dios con unos pocos trazos rápidos de la pluma. La salvación, el primer punto conocido, es también lo mayor en el primer *a fortiori*. ¿Por qué es tan difícil para Dios proporcionar la salvación? Las siguientes dos imputaciones básicas nos darán la respuesta. Ambas son parte del paquete de la salvación: la imputación de los pecados personales a Jesucristo en la cruz y la imputación de la rectitud de Dios al creyente en el punto de fe en Cristo.

LA IMPUTACIÓN JUDICIAL EN LA CRUZ

Pero no como aquella transgresión [el pecado original de Adán], así también es aquel regalo de gracia [la encarnación y obra sustitutiva de Cristo en la cruz]. Porque si por la transgresión de ese [el pecado original de Adán] los muchos [el género humano] murieron [y así fue —muerte espiritual al nacer], mucho más la gracia de Dios y el regalo de la gracia por el Hombre único, Jesucristo, que ha provisto superabundancia [bendiciones en el tiempo de la justicia de Dios] para los muchos [los creyentes maduros]. (Ro 5:15, traducción corregida)

Jesucristo es el regalo de la gracia de Dios para la humanidad. Por supuesto, nuestro Señor era aceptable a la rectitud y la justicia de Dios. El pecado original de Adán era ajeno por completo a nuestro Señor y, por lo tanto, no Le fue imputado al nacer; así mismo, nuestros pecados personales no tenían absolutamente ningún lugar en Él en la cruz. Por lo tanto, cuando la justicia de Dios el Padre imputó nuestros pecados a Dios el Hijo, fue una imputación judicial.

Recuerda que una imputación judicial enfatiza la función de la justicia divina en lugar de cualquier conexión entre *qué* se imputa y *dónde* se imputa. No hay conexión ni antecedente, no hay hogar para lo que se imputa de manera judicial. Cuando Dios atribuye o acredita algo donde no corresponde legítimamente, podrías asumir que está siendo injusto. Sin duda, ese no es el caso. Tal suposición falsa podría surgir de no ver la imputación judicial completa (o de no ver el cuadro completo, ya que las imputaciones judiciales siempre viajan en pares). Cada imputación judicial está incompleta hasta que Dios actúa para completarla, y para

completarla la justicia de Dios debe emitir una decisión. Por lo tanto, a una imputación judicial siempre le sigue un veredicto judicial.

Por esta razón, cuando los pecados de la humanidad fueron inculpados a la humanidad impecable de Cristo, la justicia de Dios tuvo que actuar: Él *juzgó* al Señor Jesucristo. El juicio de Dios de nuestros pecados en Cristo, incluyendo el primer pecado de Adán, hizo borrón y cuenta nueva; sólo necesitamos aceptar esta acción divina en nuestro favor por medio de la fe no meritoria en Aquel que tomó nuestro lugar.

Dios el Padre amó al Hijo en la cruz con un amor más allá de todo lo que podamos imaginar. Desde la eternidad pasada, la relación armoniosa de amor entre ellos nunca disminuyó, pero nuestro contacto con Dios no se basa en Su amor. En relación con el género humano caído, la justicia de Dios siempre tiene precedencia sobre el amor de Dios. Por nuestro bien, Dios abandonó a Cristo en la cruz.

El juicio del pecado en la cruz fue un acto de justicia, no un acto de amor. La justicia imputó nuestros pecados a Cristo; la justicia los juzgó. El juicio del Padre sobre Cristo en la cruz fue el acto más grande que Dios pudo haber realizado en demostración de Su carácter incomparable al proporcionar nuestra tan gran salvación.

Siguiendo la breve cláusula comparativa que reitera el contraste entre Adán y Cristo, Romanos 5:15 muestra que Dios no dudó en hacer lo justo al condenar a Adán y a todo el género humano en él. Tampoco se detuvo antes de llegar a la justicia total al juzgar a Su propio Hijo en la cruz. Se deduce por lógica y en realidad que Su justicia *nunca* dudará en ejecutar las exigencias de Su rectitud. Por lo tanto, tenemos absoluta confianza en que la justicia en coordinación con el amor siempre seguirá su política de gracia al bendecirnos ¡siempre que la rectitud lo apruebe! Si Dios hizo lo máximo por nosotros cuando éramos Sus enemigos, Él sólo puede hacer “mucho más” que lo máximo ahora que somos Sus hijos (Ro 8:8–10). Replantado en la lógica *a fortiori*: Si Dios hizo lo mayor en dificultad al proporcionarnos la salvación, es más razonable que Él pueda hacer lo que es menor en dificultad, es decir, bendecirnos en el tiempo.

Romanos 5:15 enfatiza el juicio o la maldición como lo que requirió el mayor esfuerzo divino; pero en realidad, lo mayor en este primer *a fortiori* incluye tanto la maldición como la bendición. La condenación de todo el género humano “por la transgresión de aquel” fue el preliminar esencial; la maldición debe preceder a la bendición. La salvación es proporcionada por un conjunto de dos imputaciones —ambas judiciales:

una para maldición y la otra para bendición. El juicio divino en la cruz de “el Hombre único, Jesucristo”, más la bendición inicial para el nuevo creyente —la rectitud divina imputada— juntos se suman para formar lo mayor de la salvación.

Lo menor es la bendición divina para el creyente maduro en la tierra. Traducido “ha provisto superabundancia”, *περισεύω* (*perisseúō*) significa “hacer demasiado rico, causar que superabunde”. El tiempo aoristo culminativo ve la obra de Cristo en la cruz en su totalidad, pero enfatiza los resultados existentes: Como resultado de lograr lo mayor, Dios ahora puede proporcionar lo menor en dificultad. Si Dios ya nos salvó, se deduce *a fortiori*, que Él no retendrá las bendiciones en el tiempo.

Satanás pensó que había conseguido una victoria rotunda cuando el hombre pecó en el Jardín. El diablo sí se apoderó del cetro del mundo, pero la justicia de Dios con finura le quitó toda ventaja al condenar a todo el género humano en Adán. Esta ha sido la mayor finura de la historia: Por ella recibimos nuestra “salvación tan grande” (He 2:3, RVR) y Dios demuestra la sabiduría de Su justicia. Pero mucho más, bajo ese mismo punto de contacto, ahora estamos en posición de ser bendecidos de una manera fenomenal, incluso en medio del mundo del diablo.

Deberías estar encantado de que tu punto de contacto con Dios no sea Su amor o Su omnipotencia o Su soberanía o Su veracidad o cualquier otro atributo que no sea el que es —Su magnífica justicia. Todo lo que hemos estudiado hasta ahora con respecto a Su justicia está a punto de encajar en su lugar.

La Cuarta Imputación: La Rectitud Divina

LA JUSTICIA SÓLO PUEDE BENDECIR LA RECTITUD

La fuerza inamovible del carácter respalda todas las relaciones de Dios con nosotros. Ni el sentimentalismo, ni la concesión ni el altruismo tienen lugar en la naturaleza de Dios. La inviolable rectitud de Dios monta guardia sobre la justicia de Dios, y la justicia protege toda la esencia de Dios de compromiso al tratar con el hombre pecador. Sin excepción, la rectitud exige rectitud, la justicia exige justicia. Lo que la rectitud exige, la justicia ejecuta. Debido a que el principio y la función de la integridad de Dios son inmutables e imparciales, Sus atributos nunca son violados.

Ninguna imperfección en nosotros escapa al juicio máximo; ninguna bendición viene a nosotros aparte de la gracia. En la gracia, la justicia de Dios hace todo el trabajo, llevando a cabo los preceptos de la rectitud perfecta en coordinación con Su amor. Dios recibe todo el crédito mientras nosotros cosechamos los beneficios de manera totalmente inmerecida. Lo que la rectitud acepta, la justicia bendice; lo que la rectitud rechaza, la justicia condena. Tanto la maldición como la bendición, por lo tanto, provienen de la misma fuente, y el resultado final inevitable de cada función de la integridad divina es la glorificación de Dios.

Cuando enfrentamos la realidad de la integridad de Dios, sólo podemos decir con Pablo: “Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?” (Ro 8:31b, RVR).

Sin embargo, sólo hay una manera en la que Dios puede ser “por nosotros”. Evitando la inconsistencia y el compromiso, Él actúa de acuerdo a un principio de doctrina que se convierte en un axioma: La justicia divina puede bendecir sólo lo que la rectitud divina aprueba.

Los estándares de Dios son tan infinitamente altos que nadie puede cumplirlos sino Dios mismo. Sólo lo que Dios hace refleja la rectitud absoluta. Él no puede aprobar ni aceptar menos que Su propia rectitud; desde luego no puede bendecir menos. Ese es el significado de que la rectitud exige rectitud.

Él quiere bendecirnos, pero no puede. No tenemos rectitud. Desde Su punto de vista, estamos totalmente condenados; Él no puede prosperarnos sin importar lo que hagamos. No obstante, donde quede alguna oportunidad de realizar Su objetivo, Dios la aprovechará hasta el final. No se detiene ante nada, excepto en lo que comprometería Su esencia. Su genio es infinito; nunca pasa por alto una oportunidad para bendecirnos. En su genio, Dios encontró la manera: Su integridad exige que Él *tiene que* bendecir Su propia rectitud. Así que Él decidió en la eternidad pasada acreditarlos o imputarlos Su rectitud en el momento en que creemos en Cristo.

A medida que ese hecho se asimila, se vuelve una revelación asombrosa. La rectitud de Dios es la raíz misma y el centro de la esencia de Dios; es el principio detrás de *¡cada* acción que Dios ha tomado hacia *cada* ser humano desde la caída de Adán! Ahora descubrimos que *¡nosotros* tenemos esta misma rectitud! La función de la integridad de Dios, la justicia, nos ha imputado el principio de la integridad de Dios, Su propia rectitud. Deberías empezar a darte cuenta de que deben ser

implicaciones absolutamente fantásticas. La implicación más llamativa: En el momento de la salvación fuiste de repente arrojado en medio de la relación más exclusiva del universo —la relación dentro de la Divinidad entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Cada miembro de la Trinidad estima infinitamente Su propia persona incomparable y ama totalmente a las otras dos personas de la Divinidad. El amor *en* la esencia de Dios ama la esencia de Dios. Vimos que la justicia tiene precedencia sobre el amor en la cruz, pero eso no significa que el amor sea débil. Como todos los atributos de Dios, Su amor siempre es máximo. La cruz mostró que la integridad divina ¡se coordina con el amor divino! En efecto, la integridad de Dios es el objeto magnífico del amor de Dios, ¡y ahora *nosotros* tenemos parte de Su integridad!

Así es como entramos en la escena, en lo que respecta al amor personal de Dios. No podemos trabajar para entrar, ni introducirnos a la fuerza ni jamás merecer la entrada. Una vez que poseemos la rectitud de Dios, *Él* nos ha hecho los objetos eternos de Su amor personal. Dios ama Su integridad; nosotros tenemos el principio de Su integridad; por lo tanto, Dios nos ama personalmente. Nos asombra y consuela saber que Dios en verdad nos ama. Pero la justicia continúa actuando, operando y funcionando como parte de Su integridad. Somos salvados por gracia (Ef 2:8–9), y siempre estaremos bajo la gracia.

Nunca ganamos ni merecemos lo que la justicia de Dios nos da; no hay afinidad alguna entre la rectitud absoluta de Dios y nuestro estado de depravación total en muerte espiritual. ¿Cuál es, entonces, el hogar para esta imputación? ¿Adónde puede ir? ¡No hay hogar! Al igual que con la imputación de los pecados personales a Cristo, la rectitud divina es acreditada donde no corresponde legítimamente. Por eso, viene a nosotros en una imputación *judicial*. De hecho, esa primera imputación judicial en la cruz hace posible esta segunda imputación judicial cuando creemos. Juntas forman lo mayor de la salvación. Este conjunto de dos imputaciones judiciales podría considerarse un intercambio: los pecados del hombre van a Cristo; la rectitud de Dios va al creyente.

De nuevo, para completar esta segunda imputación judicial, Dios debe pronunciar un veredicto judicial; debe actuar para rectificar una situación en la que no existe afinidad. *Él* nos ve a nosotros, los creyentes, como poseedores del principio mismo de Su integridad, y ¿qué hace? Desde el estrado del Tribunal Supremo del Cielo, nos declara “justificados”. Por el pecado de un hombre en el Jardín, todo el género

humano es condenado; por la obra de un Hombre en la cruz, todo el género humano puede ser justificado.

JUSTIFICACIÓN

Recordarás que en uno de los usos técnicos de *dikaíosune* se aplica a los seres humanos y se traduce “justificación”. Este es el acto judicial de vindicación que ocurre en el momento de la salvación cuando Dios el Juez ve Su propia rectitud perfecta imputada en nosotros. Pablo explica la justificación en Romanos 5:16.

De hecho, el regalo [Jesucristo] no es como *lo que* ocurrió a través de aquel que pecó [Adán]. (Ro 5:16a, traducción corregida)

Recuerda la estructura del argumento de Pablo. Aquí nos da la breve cláusula comparativa para reiterar el contraste entre el primer y el Último Adán. Pablo luego amplía sobre este contraste, acumulando información para ser utilizada en el segundo *a fortiori* que aparecerá en la cláusula condicional del siguiente versículo.

Porque por un lado el veredicto judicial *vino* por una *transgresión* que resultó en condenación, pero por otro lado ese regalo de gracia [la encarnación y expiación de Cristo] *vino* por las muchas transgresiones que resultaron en un acto judicial de justificación. (Ro 5:16b, traducción corregida)

Debido a nuestra condenación total al nacer por el pecado único de Adán, y la eliminación de nuestros “muchos” pecados personales en la cruz, la justicia de Dios ahora es libre de bendecir a cualquier miembro del género humano que crea en Cristo. La primera bendición que recibimos, el factor que cambia todo, es la imputación de la rectitud de Dios.

La última frase en Romanos 5:16, “que resultaron en un acto judicial de justificación” es la preposición *εἰς* (*eis*) más el acusativo singular de *δικαίωμα* (*dikaíoma*). En plural, *dikaíoma* se refiere a “estatutos, ordenanzas, mandatos”. Al usar el singular, Pablo enfatiza a los creyentes judíos y gentiles en Roma, muchos de los cuales habían distorsionado la Ley Mosaica en un sistema de legalismo, que el cristianismo no es una serie de mandatos. En cambio, el cristianismo es una relación con Dios basada en *un* pronunciamiento divino; una orden de Dios es la base para toda Su relación con el creyente (Ro 5:1a).

En singular, *dikaíoma* significa “un acto recto en el cumplimiento de un requisito legal, una sentencia o pronunciamiento de justificación”. Del juicio de “muchos” pecados en la cruz proviene un acto único de justificación. Al nacer, la justicia actúa contra nosotros para declararnos condenados; en la salvación, la justicia actúa a nuestro favor para designarnos rectos (Ro 5:19). Este veredicto judicial único nos da el potencial para todas las demás bendiciones divinas.

Dios no nos llama rectos porque obedecemos una serie de mandatos o nos adherimos a un sistema de tabúes que se supone que Lo honra. Él nunca nos evalúa como rectos debido a nuestra autorrectitud. Él nos justifica porque poseemos *Su* rectitud. Esta es la justificación forense, o la justificación en su sentido legal. El Juez que posee la perfecta rectitud reconoce Su propia rectitud donde sea que Él la encuentre —incluso en un lugar tan improbable como un ser humano.

La justificación sucede de manera instantánea, pero su mecánica sigue tres pasos lógicos. Para el análisis, los consideramos por separado, aunque los tres son en realidad simultáneos. Según el estándar de la rectitud divina, nosotros somos nada —menos que nada— que nos convertimos en algo sólo cuando ocurren estos pasos: Primero, creemos en Cristo; segundo, la rectitud de Dios nos es imputada; tercero, Dios reconoce Su rectitud en nosotros y nos declara justificados.

Abraham es el modelo de la justificación. Su vindicación no sólo demuestra la mecánica de la salvación, sino que también prueba que la salvación sigue el mismo patrón en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, tanto antes como después de la promulgación de la Ley Mosaica. Nosotros en la Era de la Iglesia recibimos la rectitud de Dios en el punto de la fe en Cristo, pero así también Abraham en la Era de Israel —y así también lo hace cada creyente desde Adán después de la Caída hasta el último creyente en el Milenio.

Y [Abraham] creyó a Jehová, y le fue [por el Señor] contado por justicia [rectitud]. (Gn 15:6, RVR)

Abraham había dicho sí al Evangelio mientras residía en la ciudad de Ur, antes de mudarse a Harán y luego a la tierra de Canaán. Más de quinientos años después de la muerte de Abraham, Moisés escribió el Libro de Génesis y bajo la inspiración del Espíritu, explicó la salvación de Abraham en contexto con un evento posterior de su vida. En Génesis 15, Abraham tenía más de ochenta años; había sido creyente durante más de cincuenta años. El relato, por lo tanto, no es cronológico; en cambio,

describe algo que ocurrió medio siglo antes, cuando Abraham, un gentil semítico acadio, vivió bajo la Tercera Dinastía de Ur.

El verbo hebreo **אָמַן** (*amán*), “creyó”, en el hifil perfecto, describe la volición positiva no meritosa de Abraham hacia la información del Evangelio que Dios le proporcionó. El tiempo perfecto indica una acción completada en el pasado con resultados que continúan en el presente; en este caso los resultados continuarán durante toda la eternidad. La fe en Cristo asegura la salvación para siempre. Cuando Pablo cita este versículo en Romanos 4:3, *amán* se traduce por el tiempo aoristo constantivo del griego πιστεύω (*pisteúo*), que de nuevo significa “creer”. El aoristo constantivo reúne en un sólo conjunto toda la acción del verbo, el acto instantáneo de creer en Cristo.

Todos entramos a la salvación exactamente de la misma manera, mediante la fe sola en Cristo solamente. Abraham Lo conoció como **אֲדֹנָי** (*Adonai*); Moisés escribe que Abraham creyó en **יְהוָה** (*Yahvé*) porque ese era el nombre por el cual Dios se reveló a Moisés. En cada caso, el miembro revelado de la Divinidad es el Señor Jesucristo (Jn 1:18; 6:46; 1Ti 6:16; 1Jn 4:12). Ya sea Ἰησοῦς Χριστός (*Iesouís Jristós*), *Yahvé*, la Segunda Persona de la Trinidad, o *Adonai*, Cristo es el único objeto de la fe para la salvación.

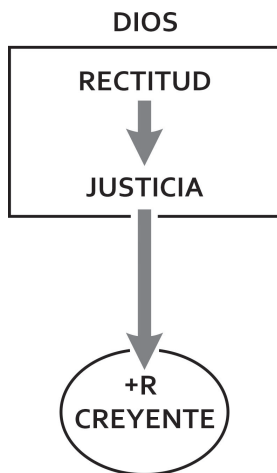
El verbo hebreo **כָּשַׁב** (*kjasháb*) se traduce como “contado”, pero significa “imputar o acreditar algo a alguien”. Este significado es resaltado por el uso de Pablo del verbo griego λογίζομαι (*logízomai*), que se usaba como un término contable que significa “imputar o acreditar algo a la cuenta de alguien”. Esta vez tenemos un aoristo culminativo; es decir, toda la acción del verbo se vuelve a considerar, pero ahora el énfasis no está en la acción en sí, sino en los resultados existentes —Abraham posee eternamente el principio de la integridad de Dios. Lo que Dios acreditó a la cuenta de Abraham hace casi cuatro mil años es lo mismo que se acredita a cada uno de nosotros hoy. *Tsedacá*, como hemos observado, es lo mismo que *dikaíosune*, “rectitud”, el principio de la integridad de Dios.

Dios es un Juez perfectamente justo. Su justicia debe conformarse a las exigencias de Su rectitud. La justicia divina está, por lo tanto, atrapada entre la rectitud *en Dios* y esa misma rectitud *en nosotros*! Él no puede hacer otra cosa que declararnos justificados. Cuando la justicia de Dios, la máxima autoridad en el universo te llama recto, esa es última palabra —tu estado nunca puede ser cuestionado. Dios mismo no puede ser menos que rectitud perfecta; Él no puede fallar. Tú tienes Su rectitud perfecta; Él no puede fallarte.

Ahora, no olvides de repente de dónde viniste. No hay mérito personal en poner tu confianza en Cristo, y no hay mérito en poseer la rectitud de Dios. La rectitud *de Dios* imputada a ti como un regalo de la gracia *de Dios* es proporcionada por la función de la integridad *de Dios*. Nada de esto es obra tuya, y aunque la tienes para siempre, nunca durante todo ese tiempo merecerás ni por un momento una parte de ella. Tanto antes como después de la salvación, la justicia de Dios excluye de Su plan de gracia todas las categorías de la rectitud humana (Ro 3:20, 28; Gá 2:16). Dios no está en lo más mínimo impresionado con nosotros, pero Él está profundamente impresionado con Su propia rectitud. La rectitud de Dios es lo único que tenemos a nuestro favor.

Debido a que la justificación no es una experiencia, tus sentimientos son también excluidos como algo que pueda impresionar a Dios. Tú no *sientes* la imputación de la rectitud divina ni el veredicto judicial que le sigue. Cómo te sientas en el momento de la salvación no tiene nada que ver con tu relación con Dios. Podrías sentirte genial, pero por otro lado quizá te acaben de dejar plantado; podrías tener gripe o resaca. Además de estar influenciado por tu estado de salud, tus emociones responden a lo que tienes en la mentalidad de tu alma. Por lo tanto, lo que sientes cuando crees en Cristo no puede basarse en más que una infinitesimal cantidad de doctrina. La única doctrina que conoces para entonces es sólo la poca información del Evangelio que se necesita para formar el objeto para un instantáneo acto de fe. En resumen, tu ‘experiencia’ de salvación no tiene en absoluto ningún significado espiritual.

Tú llegas a ser consciente del significado de tu salvación sólo a través de la volición positiva consistente a la doctrina bíblica y la acumulación gradual de doctrina en tu lóbulo derecho. No ves (de hecho, no puedes ver) la importancia de la salvación de una sola la vez. A medida que consumes más y más categorías de doctrina bajo la enseñanza de tu pastor-maestro ideal, llegas a comprender y apreciar las implicaciones de poseer la rectitud divina. En efecto, el hecho de que tengamos Su rectitud es una verdad tan rica y profunda que nunca conoceremos todas



sus ramificaciones hasta que lleguemos al cielo. Pero mientras vivamos y consumamos la Palabra de Dios, nuestra apreciación del tremendo hecho de la justificación continuará creciendo.

Esta doctrina crítica se enseña a menudo con el significado de “*justo como si yo nunca hubiera pecado*”. La ventaja de esa frase es que tiene el tono pegajoso que atrae a aquellos que no son estudiantes y desean artilugios en lugar de la información doctrinal verdadera. Su única desventaja es que es falsa por completo. La justificación no es la eliminación de tus pecados; la justificación no es lo mismo que el perdón; ¡no fuiste condenado por tus pecados en primer lugar! Sin ellos, seguirías estando totalmente condenado ante los ojos de Dios.

El perdón es restar; la justificación es *sumar*. El perdón es una doctrina maravillosa que cuenta sólo la mitad de la historia. El perdón nos saca de la columna negativa al eliminar en la cruz nuestra deuda de pecado. Estamos fuera del hoyo, pero todavía no tenemos nada que ofrecerle a Dios más que un cero grande y gordo. En contraste, la justificación acredita a nuestra cuenta en cero la rectitud infinita de la integridad personal de Dios, dándonos el sello final llamado justificado en reconocimiento de nuestras riquezas nuevas, permanentes y totales.

La justificación es la culminación de la salvación del creyente y la consumación lógica de la obra salvadora de Dios (Ro 3:24, 28; 5:1; 8:29–30; Gá 3:24; Tit 3:7). Además, la justificación es un pago por adelantado de la santificación final del creyente en el cielo donde —menos su naturaleza del pecado, menos el bien humano y la maldad— él poseerá un cuerpo de resurrección exactamente como el del Señor Jesucristo (Fil 3:21; 1Jn 3:2).

Nuestra resurrección viene como resultado de la justificación. Ninguna resurrección es posible hasta que se complete todo lo relacionado a la justificación. Es por eso que Romanos 4:25 declara que Cristo fue “resucitado [resurrecto]⁴⁵ para nuestra justificación”. La preposición *διά* (*diá*)

45. Resurrección significa ser levantado físicamente de entre los muertos y simultáneamente recibir un cuerpo inmortal (1Co 15:42). La resurrección de Jesucristo es la única resurrección que ha ocurrido hasta ahora en la historia humana. Creyentes de la Era de la Iglesia, si vivos o muertos, encontrarán al “Señor en el aire” en el Arrebatamiento y recibirán un cuerpo de resurrección justo como el de Cristo (1Ts 4:17; Fil 3:21). Creyentes del Antiguo Testamento y los mártires de la Tribulación serán resurrectos al fin de la Tribulación y creyentes del Milenio al final del Milenio (Is 26:19; Dn 12:13; Ap 20:4). En contraste, resucitación significa la restauración a la vida de una persona físicamente muerta que finalmente muere de nuevo (Lázaro en Juan 11:39–44).

más el caso acusativo siempre es “a causa de”, nunca “para” como en la versión Reina Valera. Toda la obra *para* la justificación se completó en la cruz. Aunque sigue a Su obra terminada en la cruz, la resurrección de Cristo es parte del paquete de salvación (1Co 15:1–4) porque prepara el escenario para nosotros —ya justificados— para vivir en la tierra en la “novedad de vida” de la madurez espiritual (Ro 6:4–13). Su resurrección también se convierte en el precedente o “primicias” para nuestra propia resurrección en el Arrebatamiento de la Iglesia (1Co 15:20–23).⁴⁶

La justificación es el fundamento sólido de toda la lógica *a fortiori* en Romanos 5:15–17. Es el primer mayor que Dios proporciona. La justificación requiere un esfuerzo mucho mayor por parte de Dios que las bendiciones del tiempo y las recompensas de la eternidad. Un conjunto de dos imputaciones judiciales es mucho más difícil de proporcionar que las imputaciones afines que siguen como resultado. Nada podría ser más espectacular que la justicia de Dios repartiendo maldiciones y bendiciones donde no pertenecen y aun así ¡sin violar Su carácter perfecto en el proceso!

Romanos 5:16 declara que la justificación también es mayor que esa demostración magnífica del infinito genio de Dios, la misma condenación que hizo necesaria la justificación en primer lugar. En una demostración brillante de sabiduría e integridad perfectas, Dios ha rescatado al hombre del juicio irreversible provocado por la propia volición negativa del hombre. La justificación es la cumbre del plan de Dios; todo lo demás puede ser sólo un paseo más o menos fácil yendo cuesta abajo.

EL CONDUCTO DE LA GRACIA

Puede que hayas notado que Dios no te llevó al cielo en el momento en que creíste en Cristo. ¿Por qué no Lo hizo? Fuiste tan salvo en ese primer instante como siempre lo serás. Estabas calificado del todo. Poseías Su rectitud y fuiste declarado justificado. Entonces, ¿por qué la demora? ¿Por qué eres dejado en el mundo del diablo?

Dios tiene un propósito para tu vida. Él te imputó Su rectitud con un propósito particular en mente. El objetivo final es la complacencia

46. Cuando la familia real de Dios esté completamente formada, será resurrecta físicamente: todos sus miembros recibirán cuerpos de resurrección como el de Cristo. Este evento marca el final de la Era de la Iglesia y es denominado el Arrebatamiento o la resurrección de salida.

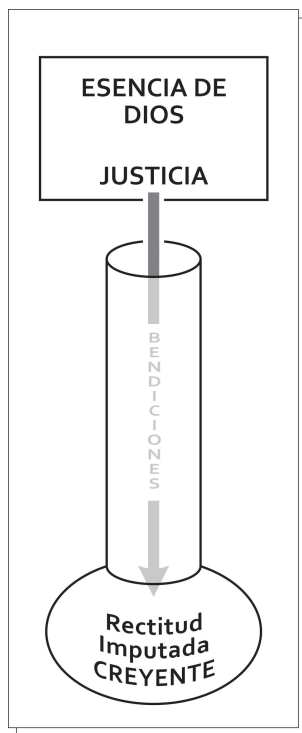
y la gloria de Dios, pero el objetivo inmediato es tu bendición. ¡Estás vivo para ser bendecido! De hecho, ambos objetivos son uno: Dios es glorificado al bendecirte.

La rectitud imputada es la primera bendición del creyente de la justicia de Dios porque es la base para todas las bendiciones posteriores; es el fundamento para la superabundancia, las grandes riquezas y las ventajas más allá de la imaginación (Mt 6:33). Cuando Dios te declaró justificado, Él quiso decir, entre otras cosas: “calificado para bendición”. Así, al darte Su rectitud, Él construyó un conducto de gracia por medio del cual bendecirte: su origen es Su justicia; su término es la rectitud de Dios en ti.

El conducto de la gracia está aislado o encapsulado completamente por la integridad de Dios. A pesar de que vives en el mundo del diablo y tienes la naturaleza del pecado residente en tu cuerpo, el conducto aún corre todo el camino por territorio amigable. La justicia de Dios hace todo el trabajo, y la rectitud divina tiene todo el mérito: tú nunca ganas ni mereces nada de lo que Dios derrama a través del conducto. Toda bendición divina es una cuestión de la gracia, la política del amor y la integridad de Dios. Dios no necesita tu ayuda. No puedes echarle una mano.

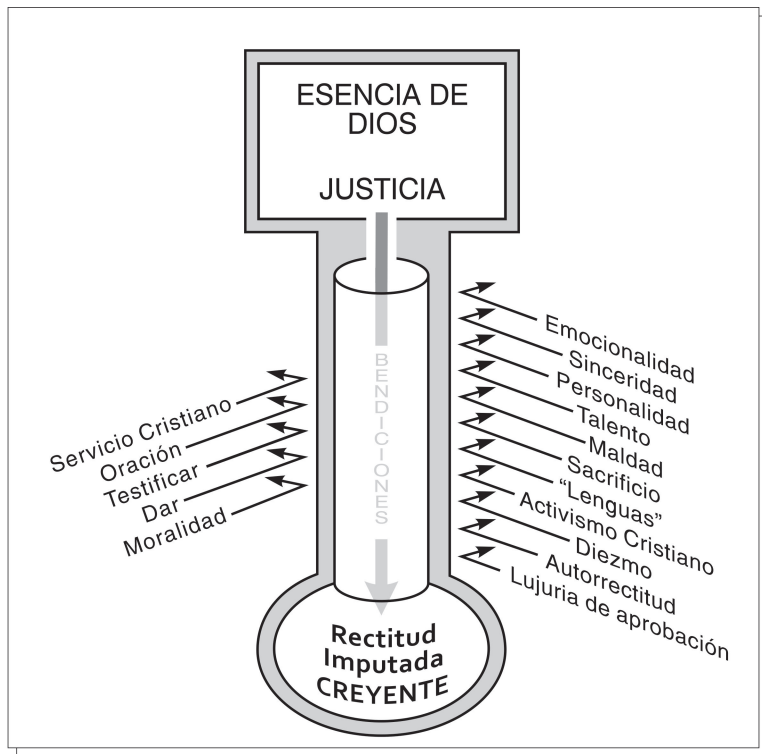
Ningún ser humano, ningún ángel, ningún sistema, ninguna organización jamás puede romper ese encapsulado y llevarse el crédito por lo que Dios hace. El diablo y todas las fuerzas de maldad no pueden penetrar la cobertura, ni siquiera las lujurias y las tendencias de tu naturaleza del pecado.

Dios te bendice sólo porque se cumplen Sus estándares perfectos, esto es, sólo porque posees la rectitud divina. Él nunca te bendice por lo que haces. Él nunca te bendice por tu personalidad chispeante, tu talento o tu energía humana. Él no te bendice porque diezmas o memorizas las Escrituras o testificas a diez personas cada día o hablas en lenguas o



EL CONDUCTO DE LA GRACIA

renuncias a algo que disfrutas ‘por amor al Señor’. Para hacer eso, Él tendría que deshacerse de Su integridad absoluta, rebajarse al nivel de la humanidad y dejar de ser Dios. Que alguien esperara la bendición divina a cambio de tales cosas sería gracioso, si no fuera tan blasfemo.



EL CONDUCTO ENCAPSULADO DE LA GRACIA

Cuando Dios te bendice, *Él* tiene que hacer todo el trabajo. *Él*, no tú, debe ser glorificado en el conflicto angélico. *Él* construyó el conducto; ¡*Él* hace que funcione! Cuando *Él* te bendice, siempre es por la misma razón: Tú posees el principio de Su integridad, la rectitud divina. La justicia divina es libre de bendecir sólo a la rectitud divina.

Cualquier cosa que pudieras hacer está fuera del encapsulado y siempre rebota. Sin duda, el legalismo no tiene lugar en el plan de Dios, pero incluso cuando haces lo que la Biblia manda —oración, testificar,

dar, servicio cristiano, moralidad— tus obras siguen estando fuera del conducto para la bendición. Ni siquiera la producción legítima puede conseguirte una pizca de bendición divina en el tiempo o en la eternidad. La verdadera producción es en sí misma ¡una bendición compatible con una relación armoniosa con Dios! La auténtica producción cristiana consiste en términos sencillos de las oportunidades que Dios te da para cumplir tu embajada real (2Co 5:20; Ef 6:20).

Aquí debemos diferenciar bien “la palabra de verdad” (2Ti 2:15, RVR). Cada miembro de la familia real de Dios lleva dos sombreros —es a la vez un sacerdote real y un embajador real— y debe saber cuándo ponerse cada sombrero. La confusión sobre este tema elemental lleva a un *modus operandi* falso que hace imposible el avance espiritual y la blasfemia un modo de vida.

SACERDOTE Y EMBAJADOR

Un sacerdote es un miembro del género humano que representa al género humano o a alguna porción de este ante Dios. Él opera para el beneficio del hombre. Debido a que funciona en la esfera de los fenómenos espirituales, debe recibir un nombramiento espiritual. Incluso para calificar para tal nombramiento, él debe participar de la naturaleza de aquellos a quien representa, de aquellos por los que oficia. Por lo tanto, la Segunda Persona de la Trinidad tuvo que hacerse humanidad verdadera a fin de convertirse en nuestro Sumo Sacerdote y proporcionar nuestra salvación (He 7:25).

Cristo es nuestro Sumo Sacerdote Real para siempre (He 5:6, 10). Él nos representó ante Dios cuando se ofreció a Sí mismo sobre el verdadero altar, la cruz. Aunque Él propició al Padre en nombre de todos los hombres, no todos los hombres pertenecen a Su sacerdocio (He 7:14). En la Biblia hay cuatro órdenes de sacerdotes.

Las dispensaciones previas del Antiguo Testamento se caracterizaban por sacerdocios especializados (Lv 8; 21; 22:1–16) de modo que la mayoría de los creyentes que vivieron durante esos períodos no eran sacerdotes. En la primera orden, de la Era de los Gentiles, el patriarca de la familia era también el sacerdote de la familia que representaba a los miembros de su casa ante Dios. La segunda, también en la Era de los Gentiles, el sacerdote real ejemplificado por Melquisedec, rey de Salem, representaba a su nación ante Dios (Gn 14:18; He 5:6, 10). La tercera, en la Era de Israel y el futuro Milenio, la tribu de Leví representa a la nación de Israel. En las funciones del sacerdocio levítico del Antiguo Testamento Dios ilustra,

en forma de sombra, muchas lecciones maravillosas con respecto a la obra futura del Mesías venidero.⁴⁷

La cuarta orden sacerdotal es el sacerdocio real de nuestro Señor Jesucristo. No limitado a unos *pocos* individuos, el sacerdocio de la Era de la Iglesia es universal: *cada* miembro de la familia real es nombrado en el momento de la salvación para representarse a sí mismo ante Dios. En Cristo, somos un reino de sacerdotes reales para siempre (1Pe 2:5, 9; Ap 1:6; 5:10; 20:6). Bajo el Sumo Sacerdote perfecto, el sacerdocio de la Era de la Iglesia es muy superior a las órdenes especializadas anteriores (He 7).

Por otro lado, somos también embajadores. En la esfera humana, un embajador es un ministro de alto rango o miembro de la realeza enviado para representar a su nación en un país extranjero. Como embajadores espirituales, representamos al Señor Jesucristo en el reino del diablo (2Co 5:18–20). Somos realeza sirviendo como emisarios del Rey de reyes y Señor de señores que está ahora ausente de la tierra. Así como somos nombrados sacerdotes en la salvación, también somos nombrados embajadores en el momento en que creemos en Cristo. Todos los creyentes de la Era de la Iglesia están de forma automática en el servicio cristiano de tiempo completo. Ninguna decisión o dedicación posterior en nuestras vidas cristianas añade nada a nuestros nombramientos divinos originales.

Así como el embajador de una nación no se sostiene a sí mismo, así nosotros somos sostenidos en el dominio de Satanás por la gracia logística de Dios. Un embajador tiene sus instrucciones por escrito; nosotros tenemos el canon completo de las Escrituras. No pertenece al país a donde es enviado; somos ciudadanos del cielo. Él no considera los insultos como algo personal; nosotros, también, dejamos las represalias y juicio en las manos del Señor. La retirada de un embajador es equivalente a una declaración de guerra; poco después de que el Arrebatamiento retire a la familia real al cielo, estallará una guerra espiritual abiertamente intensificada en la Tribulación.

Dios usa embajadores en cada estilo de vida (Ro 12:6–13). Él tiene embajadores en los negocios, en las profesiones, en el mundo laboral. No importa lo que hagas para ganarte la vida o en qué círculos te muevas, esa es la esfera en la que representas a Cristo. Debes ser un embajador donde estés, hacer un púlpito de tus circunstancias, sean las que sean. Así, el cambio social y la solución de los problemas sociales no es el

47. Thieme, *Levitical Offerings*.

asunto en la vida espiritual. En SPQR, por ejemplo, donde la esclavitud era desenfrenada, Pablo no animó a los muchos esclavos que se habían hecho creyentes a rebelarse o a demandar un cambio de estatus; él los animó a permanecer donde estaban como hombres libres de Dios (1Co 7:22). En efecto, cómo te ganas la vida es un pasatiempo. Tu vocación en la vida es ser un embajador, una vocación a la que Dios te nombró.

Es mejor que nos acostumbremos al hecho de que estamos aquí con un propósito. En realidad, estamos aquí con dos propósitos. Por un lado, estamos aquí para *glorificar* a Dios al permitirle que nos bendiga en el conflicto angélico. Por otro lado, estamos aquí para *representar* al Señor Jesucristo en el mundo del diablo. Estas funciones tan diferentes deben mantenerse separadas. Si esos cables se cruzan, nuestras vidas cristianas hacen un cortocircuito.

Como nuestro Sumo Sacerdote, Cristo ganó la victoria estratégica en el conflicto angélico (He 6:17–20). Como sacerdotes, nuestra función es ganar la victoria táctica. La victoria táctica se gana cuando Dios puede demostrar Su amor e integridad al derramar las máximas bendiciones a un miembro del género humano. Dicho de otro modo, estamos aquí como sacerdotes para aprender doctrina y ser bendecidos por Dios.

SACERDOTE	EMBAJADOR
Se representa a sí mismo	Representa a Cristo
Hacia Dios	Hacia el hombre
Privado	Público
Ante Dios	Ante el mundo
Aprende doctrina	Interactúa con otros
Avance espiritual	Servicio espiritual
<i>Recibe</i> bendición	<i>Da</i> bendición

EL SACERDOCIO Y LA EMBAJADA DEL CREYENTE DE LA ERA DE LA IGLESIA

Como embajadores, estamos aquí para representar al Cristo ausente a través de varias categorías de producción espiritual mandadas en las Escrituras. Este servicio de embajador puede caer dentro de la función especializada de nuestros dones espirituales individuales, o puede cumplir con las responsabilidades comunes a todos los creyentes. Por ejemplo, todos tenemos a cargo ese tipo de evangelismo conocido como testificar, mientras que el evangelismo de masas es la responsabilidad de hombres

preparados con el don espiritual de evangelista.⁴⁸ Nuestro trabajo es presentar el Evangelio, decirle a la gente cómo reconciliarse con Dios (2Co 5:20).

Como sacerdotes, nos representamos a nosotros mismos; como embajadores, representamos al Señor Jesucristo. Como sacerdotes, nos representamos a nosotros mismos ante Dios; como embajadores, representamos a Dios ante el hombre. El sacerdote real funciona en privado ante Dios, el embajador real en público ante el mundo. El sacerdocio está relacionado con aprender la Palabra de Dios, la embajada con interactuar con otros. El sacerdocio enfatiza el avance espiritual, la embajada el servicio espiritual. El sacerdote real recibe bendiciones de Dios; el embajador real da bendiciones al hombre. Las bendiciones divinas siempre vienen al creyente a través de su sacerdocio, nunca a través de su embajada.

Nuestro propósito como embajadores reales es producir; la producción cristiana manifiesta está diseñada para dar bendición a otros; así, como embajadores *damos* bendición, mientras que como sacerdotes *recibimos* bendición. Ahora, aquí está el punto importante. Las bendiciones que *nosotros* damos no glorifican a Dios; lo que glorifica a Dios es la bendición que *Él* da, la función que *Él* realiza, que prueba *Su* carácter y demuestra *Su* integridad. Él es glorificado al darnos la motivación y la oportunidad de producir; producimos tan sólo como un resultado natural sin ningún mérito adjunto.

Desde el punto de vista de nuestra vida diaria, lo que glorifica a Dios no es toda la actividad cristiana, sino recibir bendiciones de Él. Esto pone nuestras vidas en perspectiva con el plan de Dios y pone nuestra producción sobre una verdadera base. En lugar de ir corriendo de aquí para allá tratando de glorificar a Dios con nuestras oraciones, nuestro testificar, nuestro dar, nuestro servicio, Lo observamos glorificándose a Sí mismo en nuestras vidas a medida que avanzamos en el conocimiento de Su Palabra. Con la doctrina saturando el alma, renovando nuestro pensamiento, aislándonos de la doctrina satánica, nuestro servicio de embajador se convierte en una oportunidad, un privilegio, una bendición en sí misma además de muchas otras bendiciones —una vía para expresar nuestro amor por el Señor. La motivación apropiada de la doctrina, aplicada bajo la llenura del Espíritu Santo, nos hace representar fácil y naturalmente a Jesucristo, a quien conocemos personalmente y apreciamos muchísimo.

48. Thieme, *Testificar* (2022).

La función del embajador sigue sólo después de la función del sacerdote. El avance en la doctrina significa un avance eventual en la producción, y la máxima producción viene sólo en la madurez espiritual.

Es inevitable que la embajada esté relacionada con la confianza en la comunicación de la doctrina (Ef 6:20). Una vez que conocemos la doctrina, podemos declarar con firmeza el plan de Dios, tanto de palabra como de obra, seguros de que nuestro propósito en la vida es sostenido por el poder de Dios. Nuestra vocación no está en peligro ni siquiera por los ataques satánicos más concertados o las circunstancias más adversas. El desastre histórico, la esclavitud, el encarcelamiento —estas cosas no terminan el propósito del Señor para las vidas de quienes Lo representan. Servimos con confianza como embajadores, pero como la operación privada del sacerdote siempre precede y acompaña a la operación pública y visible del embajador, el verdadero énfasis siempre está en la inculcación de la doctrina bíblica y el crecimiento espiritual resultante. Nunca se invierten las prioridades; nunca se deben confundir ambas categorías.

Casi siento lástima por el cristiano que odia pasar largas horas en oración pero que se fuerza a hacerlo, esperando que Dios lo bendiga por ello. Me da lástima el creyente tímido y reticente, avergonzado en entablar conversaciones con extraños, que toca con fidelidad las puertas para contarle a la gente sobre el Señor con la esperanza de recibir la aprobación divina. Aunque casi lo mata, sigue haciéndolo, sonrojándose todo el tiempo. A estos creyentes les han dicho que si testifican u oran lo suficiente, Dios los bendecirá. Sólo les gustaría tener alguna bendición; les gustaría honrar al Señor. Son sinceros; sus intenciones son buenas; pero no están enterados del sistema de Dios. Por su ignorancia, alguien les ha vendido gato por liebre. Alguien, quizá también sincero, les ha dicho que el plan de Dios depende del trabajo del hombre, diciendo en efecto que Dios es sentimental y fácil de complacer, que a Dios no le importa violar Sus propios principios, que Dios se adelantará y le dará al sacerdote lo que le pertenece a cambio de un poco de trabajo del embajador, que Dios es el autor de la confusión.

La gente pasa tanto tiempo siendo amable con otros a fin de obtener algo de ellos que esta actitud se trae al cristianismo. En vez de hacer cosas por la gente que no les cae bien, hacen cosas por un concepto nebuloso y etéreo, al que ellos llaman “Dios”. Ellos harán cosas agradables para Dios, y Dios los va a bendecir. Pues bien, eso no es cierto. Nadie puede trabajar para la salvación, y aún más, nadie puede trabajar para la bendición después de la salvación.

No es difícil entender por qué esta blasfemia es tan prevalente. Se nos enseña desde la niñez que las recompensas llegan por ser buenos, por hacer el bien. Esta es la moralidad humana; y sin duda no hay nada malo en ello —en su lugar correcto. Hemos oído que Papá Noel trae regalos para los niños y niñas buenos. Los jóvenes agradables que hacen lo correcto siempre son recompensados. El lindo hace cosas lindas. Toda nuestra vida nos han dicho esto, y no hay nada malo en ello. El problema viene cuando cruzamos la línea con este pensamiento hasta el ámbito espiritual e intentamos tratar a Dios como si Él fuera un ser humano.

Quizás el problema se ilustra mejor en la frase “Dios te bendiga”. Escuchamos esto en todo momento. Si echas dinero en un caldero en Navidad alguien con una campana y una sonrisa dirá: “Dios te bendiga, hermano”. Un boy scout ayuda a una ancianita a cruzar la calle y recibe a cambio un “Dios te bendiga, hijito”. El pastor que está parado en la puerta de la iglesia el domingo por la mañana tiene un “Dios te bendiga” para cada miembro de la congregación. ¡Qué descaró! ¡Qué atrevimiento! ¿Cómo puede alguien chasquear sus dedos e invocar la bendición divina? ¿Qué derecho tiene alguien de decir que Dios bendecirá a alguien más? La bendición es la prerrogativa de Dios. El pastor puede aclarar a su congregación *cómo* Dios bendice, pero nadie en realidad puede decir: “¡Dios te bendiga!”.

Ahora, podríamos ser más que generosos y descartar el “Dios te bendiga” como un simple modismo para “gracias”, pero es un modismo *pésimo*. En el mejor de los casos, no significa nada; si se toma, aunque sea un poco en serio, es terriblemente engañoso.

Un pastor podría decir “Dios te bendiga” cuando das un regalo a la iglesia. ¿Estaba presente en tu mente que, si diste veinte dólares, Dios podría darte aquel negocio? ¿O hacer que tu novia haga las paces contigo? Si lo pensaste, puedes olvidarlo. Nunca serás bendecido porque das. Dar es una función del embajador; es una expresión de adoración.⁴⁹ O la doctrina es tu motivación o tu dar no cuenta. Tú anulas la producción con la actitud mental que espera obtener algo a cambio. Lo que es más, Dios nunca bendice a nadie por alguna producción espiritual de ningún tipo —¡ni siquiera la producción *legítima* de la motivación *correcta*!

No pienses ni por un momento que la producción no es importante. En una iglesia local, por ejemplo, muchas tareas deben ser realizadas con fidelidad y profesionalismo, y a menudo, sin reconocimiento. Los que

49. Thieme, *Giving: Gimmick or Grace?* (1990).

hacen estos trabajos necesarios están actuando como embajadores. Ellos deben comprender que sus recompensas eternas —y sus recompensas en el tiempo— vendrán por otras razones, ¡*mejores* razones que las del trabajo ajetreado en la iglesia! Serán recompensados y bendecidos si avanzan como sacerdotes; su producción de embajadores es motivada por el entusiasmo y el ímpetu de ese avance.

Nuestra producción bendice a otros, pero Dios en Su sabiduría no podría permitir que seamos bendecidos por bendecir a otros. Eso crearía una motivación falsa. Él no quiere que Sus embajadores vayan corriendo de aquí para allá como bebés o adolescentes espirituales, derribándose unos con otros, haciéndose odiosos, tratando de hacer cosas buenas por otros para ser recompensados ellos mismos. Ese énfasis fervoroso en las buenas obras está más cerca del plan de Satanás que del de Dios. Dios ha establecido Su plan para que esa producción sea una manifestación del progreso espiritual. La producción no es una causa sino un resultado del avance espiritual. La producción no es una causa de la bendición; ¡la producción ni siquiera es un resultado de la bendición! La producción es un resultado de la doctrina bíblica residente en el alma y de la creciente relación armoniosa con Dios.

Habiendo fallado en diferenciar bien entre el sacerdocio y la embajada, el cristianismo hoy en día está plagado por la idea de que un creyente es bendecido por lo que hace. Esto es un grave error. Por un lado, esta idea errónea viola el principio del conducto encapsulado, esperando que Dios ponga en peligro Su perfecta integridad. Por otro lado, esta noción hace que los creyentes sean vulnerables a los acosadores espirituales que los engañan para todo tipo de ‘servicios’ so pena de no ser bendecidos por Dios. Tales cristianos victimizados viven bajo una sensación persistente de no trabajar lo suficiente, y cultivan una arrogancia ciega respecto a cuán importantes son en realidad sus obras para Dios. Esta es la esencia del legalismo. Esclaviza a los creyentes a actividades manifiestas mientras dan sólo servicio de labios para afuera a la importancia suprema de la Palabra de Dios y el verdadero pensamiento doctrinal. Cuando los creyentes intentan conformar sus vidas a conceptos erróneos, se vuelven desorientados hacia la vida, divorciados de la realidad y mal ajustados a la justicia de Dios.

Sin eclipsar ni atenuar en alguna manera la verdadera importancia de la producción legítima del embajador, el sacerdocio siempre recibe la más alta prioridad divina. Es la base para las bendiciones del creyente desde la justicia de Dios hasta la rectitud de Dios en nosotros a través

del conducto encapsulado de la gracia. Es la base para la glorificación del Señor.

EL POTENCIAL EXIGE CAPACIDAD

Por supuesto, Dios no te llevó directo al cielo en el momento en que creíste en Cristo, pero quizá también notaste que Él tampoco te bendijo al máximo de repente. Él no te dio en un instante todas las soluciones a todos tus problemas, ni te llenó de felicidad inmarcitable, ni te hizo millonario; ni te dio un marido o mujer, ni te promovió a la cumbre de tu profesión, ni prosperó a tu familia y amigos por su asociación contigo ni te convirtió en una causa de impacto histórico y estabilidad para tu nación. ¿Por qué no? En aquel primer instante tuviste el conducto de la gracia construido por completo, como lo tienes ahora o lo tendrás jamás. El objetivo de Dios es darte dicha prosperidad y mucho más aparte de eso. Entonces, ¿por qué no va Él directo al objetivo? De nuevo, ¿por qué la demora?

Mientras permanecemos en esta vida, un principio gobierna nuestra relación con la integridad de Dios: Potencial más capacidad es igual a realidad. El *potencial* es la justificación; es decir, la rectitud de Dios se nos imputa como un potencial que demanda implementación. La implementación aparece al final de la ecuación, esta es la *realidad*. La realidad es maximizar la vida espiritual que resulta en una relación armoniosa con Dios que desarrolla nuestra capacidad de glorificarlo —el objetivo divino de Su plan en la eternidad pasada. En otras palabras, la realidad consiste en máxima bendición imputada a la rectitud divina en nosotros en medio del mundo del diablo. Estas bendiciones son la gran incógnita para la mayoría de los creyentes, pero a través de la lógica *a fortiori*, Pablo ha puesto estas recompensas en verdadera perspectiva: Son mucho más fáciles de proporcionar para Dios que el potencial —la rectitud imputada— ¡que ya tenemos!

La razón por la que las bendiciones son a menudo tan elusivas se encuentra en el factor *capacidad* de la fórmula. La madurez espiritual da la capacidad para bendición; es el eslabón entre el potencial y la realidad en la vida del cristiano.

POTENCIAL	+	CAPACIDAD	=	REALIDAD
Rectitud Imputada		Doctrina Bíblica en el Alma		Bendiciones en el Tiempo

¡La capacidad es el eslabón *perdido* para la mayoría de los creyentes de nuestros días! Antes de que la justicia de Dios derrame bendiciones, debes tener la capacidad para ellas. Sin la capacidad del alma, las bendiciones no son bendiciones en absoluto; ellas sólo intensifican la adversidad y la miseria. Dios no te promoverá ni te hará próspero si te corrompieras con estas cosas. Si lo que Él te dio sólo te destruyó, Él no sería justo. Su integridad sería violada si Él te diera ciertas cosas en la etapa equivocada de tu avance espiritual.

Puede que te sientas solo en este momento, pero hay algo mucho peor que sentirte un poco deprimido —tener la pareja equivocada, o aun ¡tener la pareja ideal en el momento equivocado! Puede que desees ser rico. Para Dios es la cosa más fácil del mundo dejar caer un millón de dólares en tus manos, pero sería injusto para ti si las complicaciones que siempre acompañan a la riqueza te dieran úlceras y te robaran el sueño tranquilo por la noche (Sal 4:8). Tal ‘bendición’ sería contraproducente. Lo creas o no, perderías la ventaja de inmediato.

Sin embargo, sea que tengas la capacidad o no, Dios es fiel a Su propia perfección que ahora reside en ti. Él derrama continuamente bendiciones a ti por el conducto de la gracia, comenzando con las cuarenta bendiciones iniciales de la salvación que pasan en el instante en que se construye el conducto.⁵⁰ Después de la salvación, las bendiciones de la gracia continúan en dos categorías: bendiciones logísticas y bendiciones especiales.

Las bendiciones especiales son las recompensas de la supergracia. Ellas incluyen bendiciones espirituales, bendiciones temporales, bendiciones por asociación, bendiciones históricas, bendiciones relacionadas con el sufrimiento inmerecido y, para finalizar, las bendiciones al morir. Estas son las ventajas extraordinarias que demandan capacidad del alma proveniente del consumo de doctrina bíblica. Dios las da cuando eres lo bastante maduro para apreciarlas sin ser distraído por ellas. Al darte tales bendiciones, Dios demuestra Su amor e integridad a tal grado que Él se anota una victoria táctica en el conflicto angélico, aprovechando la victoria estratégica de la cruz. Dios desea tanto bendecirte de maneras especiales e inusuales que Isaías escribió:

Por tanto, Jehová esperará para tener piedad de vosotros, y por tanto, será exaltado teniendo de vosotros misericordia; porque Jehová es Dios justo [de justicia]; bienaventurados todos los que confían en él. (Is 30:18, RVR)

50. Thieme, *El Plan de Dios*, Apéndice.

Aunque Dios no puede darte de inmediato bendiciones especiales, la rectitud de Dios en ti todavía exige que seas bendecido. Durante el intervalo entre la salvación y la madurez, por lo tanto, cuando el Señor está esperando con ganas para bendecirte, Él te apoya y sostiene con la gracia logística. Parte de este apoyo nada más te mantiene vivo en el mundo del diablo; necesitas aire, comida, techo, ropa, amigos, un ángel de la guarda. Sin embargo, lo más importante, necesitas que Él provea para tu avance espiritual: el canon completo de las Escrituras, el rebote, la llenura del Espíritu Santo, el pastor-maestro preparado, la iglesia local donde se enseña doctrina, transporte a la clase de Biblia, quizás una grabadora, un radio o algún otro medio para escuchar la doctrina en la ausencia de un pastor local.

Dios apoya a diferentes personas de diferentes maneras. Un creyente puede tener amigos interesantes y leales; su transporte puede ser un Bugatti; su comida, alta cocina. Otro puede estar solo; puede andar en una bicicleta vieja y en ocasiones derrochar en una comida instantánea. Ya sea que viajes en Bugatti o en bicicleta, ¡Dios te dio ese transporte para que puedas ir a la clase de Biblia!

Por supuesto, todo lo que Dios provee Le brinda gloria. Él es glorificado al máximo al bendecirte al máximo, no sólo al sostenerte. Tu volición positiva hacia la doctrina y tu capacidad creciente para las bendiciones liberan el amor y la integridad de Dios “para tener piedad de vosotros, y por tanto, será exaltado” (Is 30:18a, RVR). La justicia de Dios no puede ser comprometida: “Porque Jehová es Dios justo; bienaventurados todos los que confían en él [escogen aprender la doctrina bíblica]” (Is 30:18b, RVR). La gracia logística no aporta la mayor gloria a Dios porque no requiere tu volición positiva; no involucra un factor de capacidad. Dios te mantiene vivo mientras *Él* lo decida.

A través de bendiciones logísticas, Dios nos está dando todas las oportunidades para alcanzar la madurez espiritual. Él nos mantiene vivos al fin del conducto de la gracia mientras acumulamos doctrina en nuestras almas, preparándonos para el tiempo cuando las bendiciones prometidas, “mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos”, puedan empezar a fluir (Ef 3:20, RVR). Algunas bendiciones logísticas parecen ser lo máximo de la prosperidad por el simple hecho de que nunca hemos visto nada mejor. Sin duda debemos agradecer a Dios por ellas, pero las bendiciones de la madurez están tan por encima de las provisiones logísticas que nos llevan hasta allí, que estamos tentados a decir que ¡las bendiciones logísticas ni siquiera son bendiciones! Puede que hayas

recibido algunas cosas maravillosas en el camino a la supergracia, pero sigue la marcha: Cosas mayores aún están por venir.

EL ENTORNO ENCAPSULADO

En la salvación Dios proporciona más que el simple potencial de bendición. Él sabe que tú vivirás tu vida cristiana en el mundo del diablo. También sabe que, aún peor, cada célula de tu cuerpo continuará siendo contaminada por la naturaleza del pecado. Tú naciste bajo estos dos gobiernos, y aun si Dios derramará bendiciones sobre ti al máximo de Su capacidad, ¿en qué tipo de ambiente caerían? Satanás no provee lo que llamaríamos el ambiente ideal para las bendiciones de Dios, y ¡la tendencia pecaminosa de Adán desde luego no es un gran amigo y aliado del plan de Dios!

Sin embargo, Dios no elimina de forma arbitraria a estos dos tiranos. En Su justicia, Él está permitiendo que el conflicto angélico siga su curso. A Satanás se le está dando toda oportunidad para probar su jactancia arrogante de que es tan bueno como Dios (Is 14:14), pero el diablo sigue probándose ser ¡sólo digno de juicio! Al final de los tiempos, él no tendrá ni la más mínima excusa por haber rechazado la autoridad y el plan de Dios. A Satanás le encantaría afirmar que podría haber ganado el conflicto angélico si sólo Dios le hubiera dado la oportunidad. Aun así, la justicia divina le está concediendo a Satanás toda oportunidad para hacer lo mejor que pueda. Mientras Satanás causa destrucción, miseria e injusticia, Dios demuestra Su propio amor e integridad perfectos y prueba Su infinita gloria a través de bendecir a los creyentes en gracia. Satanás, los ángeles caídos y todos los humanos no creyentes no tendrán nada que culpar más que a su propia volición negativa por pasar la eternidad en el lago de fuego.

Dios permite que Satanás opere, pero Dios no está en el asunto de darle una mano al diablo, ni a mejorar o blanquear el reino del diablo. ¡Dios no puede oponerse a Sí mismo! Por lo tanto, Él no puede tan sólo disfrazar al *cosmos diabolicus* y producir un pequeño refugio de ambiente perfecto en el cual bendecirte. No hay un jardín del Edén el día de hoy; sus puertas han sido cerradas para siempre. Pero algo mejor que el Edén ha sido proporcionado para nosotros; veremos que a pesar de Satanás ahora poseemos cosas que ¡Adán nunca soñó!

Sin embargo, ¿y qué de la naturaleza del pecado? ¿Cómo maneja Dios a ese peligroso tirano? Su tendencia específica hacia el pecado ya ha sido juzgada en la cruz, pero Dios permite que sus otras dos tendencias

continúen como un problema en el conflicto angélico. Dado que “el bien y la maldad” es la función de la naturaleza del pecado, al igual que el *modus operandi* de Satanás, Dios no estaría permitiendo que la batalla espiritual siguiera su curso si Él sólo removiera las tendencias del bien y la maldad de la naturaleza del pecado. La naturaleza del pecado sólo puede ser eliminada mediante la muerte física o el Arrebatamiento. Si Dios va a bendecirnos *en la tierra* debe hacerlo con la naturaleza del pecado intacta —¡y Lo hace!

Hasta en el mundo del diablo y en la presencia continua de la naturaleza del pecado, Dios proporciona un entorno que es el correcto para las bendiciones divinas. Por un lado, la rectitud imputada establece el conducto encapsulado y se convierte en el potencial para todas las bendiciones subsecuentes; por otro lado, los siete ministerios de salvación del Espíritu Santo rompen el poder de los dos tiranos bajo los cuales nacimos y proporcionan el potencial para un entorno encapsulado dentro del dominio del diablo. En el instante de la fe en Cristo, Dios el Espíritu Santo hace siete cosas: proporciona la gracia eficaz, regenera al nuevo creyente, lo bautiza en unión con Cristo, lo habita, lo llena, lo sella y distribuye dones espirituales.

Hasta que Cristo regrese en la Segunda Venida para remover a Satanás y establecer Su propio reinado milenial, el entorno que Dios proporciona es sobre todo interno —un entorno encapsulado en el alma, un escenario espiritual que llevamos con nosotros a pesar de nuestro ambiente o circunstancias. Por supuesto que hay bendiciones externas manifiestas, como veremos, pero lo que tenemos en nuestras almas es mucho más importante. Dentro de nuestras propias almas tenemos privacidad de Satanás, pero ahí el poder gobernante de la naturaleza del pecado debe ser quebrantado. Los siete ministerios del Espíritu están diseñados para frustrar la naturaleza del pecado para evitar que influya y controle el alma. Estas siete bendiciones proporcionan el mejor entorno posible para recibir más bendiciones divinas en el tiempo. La justicia de Dios ya ha hecho más por nosotros en el mundo del diablo que lo que el amor de Dios hizo en el mundo de Adán, el Jardín del Edén.

Una vez más, como con la rectitud imputada, estas siete bendiciones de salvación se convierten en tus posesiones permanentes en el momento que crees por primera vez en Cristo, pero no son aprovechadas al máximo en la experiencia hasta que alcanzas la madurez espiritual. Ellas te preparan para el avance hacia la supergracia; te dan el potencial que hace posible que crezcas espiritualmente. Hemos descrito los dos tiranos en detalle;

seríamos negligentes si no explicáramos en detalle nuestro potencial para superarlos.

Como miembros de la familia real de Dios, tenemos privilegios no otorgados a creyentes de otras dispensaciones. Aunque ellos son miembros de la familia de Dios, no son familia *real* y reciben sólo dos de los siete ministerios del Espíritu que nosotros recibimos. Estos dos ministerios, la gracia eficaz y la regeneración o el nuevo nacimiento, son comunes a todas las dispensaciones. Seis de los siete ministerios son irrevocables; la llenura del Espíritu Santo, recibida por primera vez en el momento de la salvación, se revoca cuando pecamos y se recupera cuando rebotamos.

LOS MINISTERIOS DE SALVACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

La Gracia Eficaz. El ministerio del Espíritu Santo que hace la fe no meritoria eficaz para la salvación eterna de un no creyente se llama gracia eficaz. Sin esta obra del Espíritu Santo de convertir al no creyente, la volición por sí sola nunca podría resultar en vida eterna. Cuando el no creyente escucha el Evangelio, él está espiritualmente muerto. Cuando cree en Jesucristo, exhibe la fe de una persona espiritualmente muerta. ¿Cómo puede un hombre muerto traerse a sí mismo a la vida? ¿De qué sirve la fe de una persona espiritualmente muerta? El no creyente es totalmente impotente para conseguir la salvación eterna en su estado de muerte espiritual. Dios el Espíritu Santo en Su inigualable gracia viene al rescate del no creyente positivo. Primero, Él hace que el Evangelio sea perspicuo. Luego, hace que la fe en Cristo sea eficaz al proporcionar el poder divino para producir el resultado y el propósito planeado —la salvación.

Porque han sido salvados por gracia [gracia eficaz] por medio de la fe [fe eficaz]; y esto [salvación] no es de ustedes, *es* un regalo de Dios; no por obras, para que ningún hombre se gloríe. (Ef 2:8–9, traducción corregida)

La Regeneración. La regeneración es el nacimiento espiritual en el momento de la salvación cuando el Espíritu Santo crea un espíritu humano en el creyente para la imputación de la vida eterna (Tit 3:5). Hoy la regeneración se usa tan a menudo para representar la salvación en su totalidad que la maravillosa verdad de nuestro nuevo nacimiento se pierde en la oscuridad de un cliché. “Nacido de nuevo” ha llegado a ser una frase de la que se abusa. La gente que no tiene ni idea de la Fuente, el propósito o los resultados de la regeneración hablan de ser nacidos de nuevo como

si el mensaje del Evangelio no tuviera otros aspectos. Para la mayoría de los no creyentes, la pregunta señuelo: “¿Has nacido de nuevo?” no tiene ningún sentido o es sugestiva de algún tipo de cambio psicológico o emocional. Aun cuando Cristo mismo explicó el Evangelio desde el punto de vista de la regeneración (Jn 3:3–4), todo lo que Nicodemo pudo hacer —típico de personas arrogantes que se enfrentan a cosas que no pueden comprender— fue hacerse el gracioso: “¿Acaso puede un hombre entrar por segunda vez en el vientre de su madre y nacer?” Veremos cómo encaja la regeneración en el plan de Dios cuando estudiemos la imputación afín de la vida eterna.

El Bautismo del Espíritu Santo. En Romanos 6, el bautismo del Espíritu Santo, que nos coloca en unión con Jesucristo, se enfatiza como el medio de romper el poder de la naturaleza del pecado.

Por lo tanto, ¿qué debemos concluir? ¿Debemos continuar en el pecado [en la soberanía de la naturaleza del pecado] para que la gracia de Dios pueda aumentar? ¡Enfáticamente no! Nosotros, que hemos muerto al pecado [la naturaleza del pecado], ¿cómo viviremos aún en esta? ¿O eres ignorante de que todos nosotros que hemos sido bautizados en Cristo, en Su muerte [espiritual] hemos sido bautizados? (Ro 6:1–3, traducción corregida)

El bautismo del Espíritu Santo es uno de los siete bautismos o identificaciones mencionados en la Biblia (He 6:2a). Cuatro de estas son identificaciones simbólicas o rituales; tres son identificaciones reales.⁵¹ Es una señal de los tiempos apóstatas en los que vivimos que cuando los creyentes ven la palabra “bautismo” en seguida piensan en agua. Aún más equivocado, cuando muchos cristianos se encuentran con el bautismo *del Espíritu Santo*, lo único que pueden imaginar son los aullidos extáticos y absurdos de pentecostales y carismáticos. Ni el bautismo de agua o el don de lenguas están involucrados en el bautismo del Espíritu. Aunque ambas funciones sirvieron para propósitos limitados al principio de la Era de la Iglesia, hoy ya no son operacionales.

El don de lenguas fue una advertencia especial para Israel de que se acercaba la disciplina divina (Is 28:9–13).⁵² Con la destrucción de Jerusalén en el año 70 d. C., la advertencia dejó de tener valor y fue

51. Thieme, *Tongues* (2000), Apéndice.

52. *Ibid.*, 19–20.

detenida (1Co 13:8; 14:21). También temporal, el bautismo de agua en las primeras iglesias fue una ayuda didáctica, diseñada para ayudar en la enseñanza del bautismo del Espíritu Santo a los que no poseían todavía el canon completo de las Escrituras. Esta ayuda didáctica del ritual dejó de ser necesaria después de que se escribieron y circularon ciertos pasajes del Nuevo Testamento (Romanos 6, en particular, escrito alrededor del año 58 d. C.). Aparte del registro histórico de ese período precanónico en el Libro de Hechos, las Escrituras mencionan el bautismo de agua sólo una vez (1Co 1:11–17) y en ese caso sólo como una fuente de discusión y división entre los creyentes —como lo es todavía hoy en día. Incluso mientras estaba autorizado, el bautismo de agua no tenía una dinámica propia; la actividad en sí misma nunca avanzó a nadie espiritualmente. El único significado de esta ayuda didáctica provenía de la comprensión de la doctrina que enseñaba. Como siempre, el ritual sin la realidad carece de sentido.

Satanás está tratando con todo su ingenio sinuoso de crear el ambiente perfecto, pero siempre falla. El *cosmos diabolicus* de Satanás es un fracaso tan crónico para bendecir al hombre, que Dios tiene que encapsular un entorno. ¡Qué cachetada en la cara de Satanás! No es difícil de entender por qué el diablo —frustrado, avergonzado, celoso, enojado— busca oscurecer el bautismo del Espíritu Santo distorsionándolo en emocionalidad, ritual vacío, doctrina falsa e ignorancia.

En realidad, sin espectáculo o payasadas emocionales, Dios el Espíritu Santo coloca a cada creyente en unión con Cristo en el momento de la salvación (1Co 12:13; Gá 3:26–28). Esta es una identificación *real*, no *ritual*; nos convertimos en huesos de Sus huesos y carne de Su carne (Ef 5:30). El bautismo del Espíritu Santo es la identificación permanente que distingue al cristianismo de la religión. El cristianismo es nuestra relación con Dios en virtud de estar en unión con el Dios-hombre, Jesucristo (2Co 5:17); la religión siempre es algún sistema de intentos humanos inútiles para ganar la aprobación de Dios (Col 2:16–21).

El bautismo del Espíritu forma la familia real de Dios. Por lo tanto, es único para la Era de la Iglesia. El bautismo del Espíritu ocurrió por primera vez el día de Pentecostés, alrededor del año 30 d. C. (Hch 1:5; 11:15–17), y nunca más tendrá lugar después de que la familia real se complete en el Arrebatamiento de la Iglesia. En la historia humana han existido muchas líneas de nobleza y muchas familias tituladas, pero el sistema de realeza supremo es único. Establecido por Dios mismo, sus miembros están unidos al Rey de reyes y Señor de señores. Somos

realiza espiritual por medio de la unión con Jesucristo; compartimos Su realza de campo de batalla, que el Padre Le otorgó por derrotar a Satanás en el conflicto angélico. Cristo ganó la victoria estratégica a través de Su muerte espiritual, muerte física, sepultura, resurrección, ascensión y sesión a la diestra de Dios el Padre (Col 2:9–15).⁵³ En Cristo, la familia real de Dios se distingue del resto de la familia de Dios. A los creyentes de la Era de la Iglesia se les da una posición espiritual ¡más elevada que la de los creyentes de todas las otras dispensaciones! Estos nombramientos desiguales son perfectamente justos; Dios es justicia perfecta.

Hoy en día se nos enseña a pensar que todas las personas son iguales, que los ricos son codiciosos y los pobres de por sí virtuosos, que ser campesino es honorable, que cualquier tipo de verdadera superioridad debe despertar un sentido de culpa, que el exitoso tiene una deuda con el fracasado. Estos principios son la estupidez del socialismo.

Todos nacemos *desiguales*. Cuanto más vivimos, más desiguales nos hacemos. Los que exigen la igualdad, no quieren la igualdad en lo más mínimo, ¡quieren superioridad! En vez de aplicarse con diligencia en algún campo escogido a fin de ganar con el tiempo lo que desean, sólo buscan el poder para hacer valer su arrogancia, imponer sus ilusiones en otros y conseguir algo a cambio de nada. No podemos ser iguales, pero podemos ser libres. En realidad, la libertad garantiza la desigualdad. Una persona tiene el derecho de llegar hasta donde le lleven sus habilidades, circunstancias y autodisciplina (mientras que no recurra al crimen), y tiene el derecho de poseer como propiedad privada los frutos de su trabajo. La igualdad nunca es el problema. Alguien con un mínimo de habilidad que continúa perseverando irá mucho más lejos que una persona talentosa que carece de autodisciplina y responsabilidad.

En el momento de la salvación, Dios el Espíritu Santo te hizo superior en posición a todos los creyentes de todas las otras dispensaciones. La lista es asombrosa: Abraham, Moisés, David, Isaías, los grandes generales judíos de la Tribulación, los gigantes espirituales del Milenio. Sin embargo, esos hombres de *Yeshurín*, pasados y futuros, con mucho menos capital espiritual para trabajar del que nosotros tenemos, alcanzan madurez espiritual y reciben bendiciones fenomenales.

Nunca permitas que el pensamiento igualitario de hoy en día te haga sentir culpable sobre la superioridad que Dios te ha dado. ¡Tú eres un

53. Thieme, *Rey de Reyes y Señor de Señores* (2021); *Victorious Proclamation*.

aristócrata espiritual! Dios te ha proporcionado vastos recursos para que puedas pensar, actuar y vivir como la realeza que eres. Pero recuerda que *noblesse oblige*, “la nobleza obliga”. De aquel a quien mucho se le da, mucho se espera; Dios espera que crezcas.

Aunque todos los miembros de la familia real tienen la misma posición en Cristo, seguimos siendo desiguales en el grado en que explotamos nuestra ventaja. En otras palabras, el bautismo del Espíritu en la salvación proporciona un segundo potencial.

POTENCIAL	+	CAPACIDAD	=	REALIDAD
PRIMARIO: Rectitud Imputada		Doctrina Bíblica en el Alma		Bendiciones en el Tiempo
SECUNDARIO: Bautismo del Espíritu Santo		Doctrina Bíblica en el Alma		Entorno Encapsulado para Bendiciones en el Tiempo

La fórmula sigue siendo la misma, pero con diferentes factores introducidos. El potencial *primario* de rectitud imputada más la capacidad de la doctrina es igual a la realidad de las bendiciones en el tiempo. El potencial *secundario* del bautismo del Espíritu Santo más la capacidad de la doctrina es igual a la realidad de un entorno encapsulado. Sólo el factor de la capacidad no cambia: A medida que aprendes doctrina, la doctrina en tu alma llega a ser un catalizador que le permite a Dios convertir los potenciales en realidades.

El bautismo del Espíritu Santo nos coloca en unión con Cristo como Él está sentado en este momento a la derecha del Padre y, retroactivamente, como Él estuvo en la cruz. Llamamos a esto *verdad posicional actual* y *verdad posicional retroactiva*. Por lo tanto, estamos identificados con Cristo en Su muerte espiritual, muerte física, sepultura, resurrección, ascensión y sesión.

Nuestra posición en Cristo se entiende mejor a la luz de la analogía que Pablo establece en Romanos 7:1–4. El creyente es como la mujer que se divorcia de su primer marido y se casa con otro hombre. Ahora bien, Romanos 6 y 7 no son un tratado sobre el matrimonio; otros pasajes abordan ese tema. Pablo no está defendiendo ni condenando el divorcio.

Él sólo está usando como una ilustración un procedimiento familiar que ocurría con frecuencia, para explicar con claridad su tema.

En la analogía, el primer marido es la naturaleza del pecado; estamos esclavizados a su tiranía desde el momento del nacimiento cuando se imputó a ella el pecado de Adán. Cuando creemos en Cristo, de hecho, nos divorciamos de la naturaleza del pecado y nos casamos con el Señor Jesucristo. El divorcio involucra la muerte espiritual, la muerte física y la sepultura de Cristo; el nuevo matrimonio se basa en Su resurrección, ascensión y sesión.



Romanos 6:3 enfatiza nuestra identificación con Cristo en la cruz; estamos en unión con el Receptor de la primera imputación judicial.

Tus pecados personales y los míos, junto con los de toda la humanidad, le fueron imputados a Él y juzgados; esta fue Su muerte espiritual. Recuerda: La naturaleza del pecado tiene *tres* tendencias.⁵⁴ El pecado personal fue imputado a nuestro Señor, pero el resultado de las otras dos tendencias —el bien humano y la maldad— no fue imputado. ¡Nunca leemos que Cristo murió por nuestras buenas obras!

Cristo era impecable cuando llegó a la cruz. Él no tenía naturaleza del pecado, lo que significa no sólo que Él nunca había pecado, sino también que Él nunca había cometido un sólo pensamiento, palabra o acto de bien humano o maldad. A lo largo de Su vida, Él rechazó por completo la política de Satanás y se adhirió por completo al plan de Dios. Cuando Cristo colgaba en la cruz y sufrió la muerte espiritual sustitutiva por nuestros pecados, Él continuó rechazando el bien humano y la maldad. Todo lo que Él hizo, incluyendo Su obra de salvación, fue el bien divino.⁵⁵ En unión con Cristo, nosotros también hemos rechazado *posicionalmente* el bien y la maldad. Aun si *experiencialmente* los producimos —aun si hacemos una cruzada fervorosa por el milenio del archienemigo— en lo que respecta a nuestra *posición* en Cristo, hemos rechazado el “bien y la maldad”, tanto como la función de la naturaleza del pecado como la política de Satanás.

Rechazados, pero no juzgados, el bien y la maldad permanecen prófugos en el conflicto angélico. Nunca pienses, ni por un momento, que no serán juzgados. Ninguna producción de la naturaleza del pecado jamás escapa del juicio divino. El bien y la maldad recibirán el juicio final en el futuro cuando el conflicto angélico llegue a su fin en el Juicio del Gran Trono Blanco al final de la historia humana. Allí, los no creyentes serán acusados por sus obras de bien humano (Ap 20:12–15). Los pecados no serán mencionados en el Juicio Final; los pecados han sido juzgados en Cristo de una vez por todas (1Jn 2:2). No hay doble riesgo de juicio.

En lugar de tener imputada la propia rectitud del Juez, una persona que rechaza a Cristo como Salvador dice, en efecto, que prefiere presentarse en la sala del tribunal final de Dios con la rectitud humana. ¡Qué espectáculo tan trágico! Aquí está un individuo corrupto condenado

54. La discusión de la naturaleza del pecado comienza en la página 67.

55. El bien divino es el servicio u obras cristianas realizadas por un creyente bajo la llenura del Espíritu Santo. Solamente el bien divino, que tiene valor intrínseco y eterno, es aceptable a los estándares perfectos de Dios y recibe reconocimiento y recompensa en el cielo (1Co 3:12–13). Véanse Thieme, *Giving: Gimmick or Grace?*; ¡*Confíesese y Siga Su Marcha!*

por completo dependiendo de algo que él es o hace. Él espera que algún sistema insignificante de obras y méritos humanos cumpla los estándares incomparables de ¡Dios perfecto! Cuando Dios examina los “libros, según sus obras” (Ap 20:12) y mide las obras de los no creyentes contra el estándar de rectitud divina, Su rectitud sólo puede rechazarlas. Lo que la rectitud rechaza, la justicia condena. La justicia de Dios sólo puede sentenciar al no creyente a unirse a Satanás en el lago de fuego (Ap 20:14).

En contraste, el creyente no se presentará ante el gran trono blanco (Ro 8:1). Sólo el rechazo de Cristo como Salvador pone a una persona en la lista de casos pendientes de aquel tribunal (Jn 3:18). Aun así, el bien y la maldad del creyente no están más exentos del juicio divino que los del no creyente. En el tribunal de Cristo, el bien humano del creyente será arrojado y quemado, aunque él mismo es salvo (1Co 3:15). La muerte espiritual de nuestro Señor pagó la pena por el pecado, pero rechazó el bien humano y la maldad. Estamos en unión con Él, no sólo en Su muerte espiritual, sino también en Su muerte física y sepultura.

Por lo tanto, hemos sido sepultados junto con Él a través del bautismo [del Espíritu Santo] en Su muerte [física]. (Ro 6:4a, traducción corregida)

La identificación con la muerte física de Cristo es análoga a la liberación del poder de la naturaleza del pecado, y la finalidad de Su sepultura es como el divorcio. Similar a la mujer que se libera de la tiranía de un mal matrimonio, el creyente rechaza, se separa y se divorcia de la naturaleza del pecado. El patrón del divorcio entonces clarifica nuestra posición retroactiva en Cristo que rompe la soberanía de la naturaleza del pecado sobre la vida humana.

Al describir el divorcio, Pablo describe al ex marido y mujer como que “muere” el uno para el otro (Ro 7:2–3b, RVR). Toda relación, autoridad, responsabilidad y privilegio han dejado de existir. Aunque ambas partes están todavía vivas, ninguna tiene derecho sobre la otra. De la misma manera, nosotros estamos ‘muertos y sepultados’ a la naturaleza del pecado (Ro 6:5–7), aunque en la experiencia nuestro ‘ex’ está muy vivo. Con sus tendencias hacia el pecado, el bien y la maldad, el ‘ex’ aún reside con nosotros; su programa del bien y la maldad aún se entromete en nuestras vidas. Como un ex marido sin integridad personal, sigue dando vueltas, llamándonos seguido, invitándonos a venir a tener un poco de vida social —“sólo por los viejos tiempos”.

Estamos siempre ante sus propuestas, a las que podemos decir sí o no (Ro 6:11–13). Cuando pecamos o realizamos actos de bien humano o maldad, nos hemos sometido. Nuestras vidas nunca serán libres de los pecados personales mientras vivamos (Dios proporciona recuperación instantánea a través del rebote [1Jn 1:8–10]); pero sí *podemos* ser libres del bien y la maldad por completo. Este es el potencial del entorno encapsulado, protegido de la tiranía de Satanás y la naturaleza del pecado; llega a ser una realidad consistente y experiencial sólo a través del avance a la madurez mediante el consumo de doctrina bíblica.

La libertad del bien humano y la maldad es el tema de la verdad posicional actual, nuestra identificación con Cristo en Su resurrección, ascensión y sesión.

A fin de que, como Cristo ha sido levantado de muertes [espiritual y física] por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida. (Ro 6:4b, traducción corregida)

En unión con el Cristo glorificado ya que Él está sentado en el lugar de mayor honor (Sal 110:1; He 1:13; 10:12), compartimos todo lo que Él es y tiene. Compartimos Su elección (Ef 1:4), Su destino (Ro 8:28, 30; Ef 1:5), Su calidad de Hijo (2Co 6:18; Gá 3:26), Su calidad de heredero (Ro 8:16–17), Su sacerdocio (He 10:10–14), Su santificación (1Co 1:2, 30), Su realeza (2Pe 1:11), Su rectitud (2Co 5:21) y Su vida eterna (1Jn 5:11–12).

Como miembros de la familia real de Dios, poseemos en realidad una doble porción de la rectitud y la vida eterna de Dios. La rectitud del Padre se nos imputa, al igual que a los creyentes de todas las dispensaciones, para establecer el conducto de la gracia. Además, a través del bautismo del Espíritu Santo y la unión con Cristo, también poseemos la rectitud de la Segunda Persona de la Trinidad (2Co 5:21). Lo mismo ocurre con nuestra vida eterna. Todos los creyentes deben tener vida eterna para vivir con Dios para siempre; por eso el ministerio de regeneración del Espíritu Santo es para toda la familia de Dios y no sólo para la familia real. Sin embargo, la realeza recibe una doble porción. La vida del Padre se nos imputa, y la vida del Hijo se convierte en nuestra (Jn 14:6) a través de la verdad posicional actual.

En vez de vivir bajo el gobierno del ex marido, la naturaleza del pecado, ahora estamos en posición de vivir para Dios (Ro 6:8–10; Ef 2:5–10). La verdad posicional exige una nueva manera de vivir, compatible con la relación exaltada entre la humanidad resurrecta de Cristo y Dios el Padre,

a cuya diestra Él se sienta. Esta es una forma de vida espiritual, no en el sentido del misticismo, sino en el sentido de que dependemos por completo de los recursos de Dios. A través de la doctrina aprendemos a aprovechar y utilizar los recursos divinos, y al hacerlo así, explotamos las fantásticas riquezas de la gracia de Dios.

“Así también nosotros andemos” está en modo subjuntivo, indicando potencial. “Para que nosotros andemos en novedad de vida” es el potencial para el entorno encapsulado. A través del bautismo del Espíritu Santo, este potencial es la provisión de gracia de la familia real para recibir las bendiciones de la justicia de Dios en el mundo del diablo. Nuestra “novedad de vida” es mayor que todo lo que el amor le dio a Adán en el Jardín.

Las bendiciones de la gracia de Dios no aumentan si continuamos en la soberanía de la naturaleza del pecado (Ro 6:1). Las bendiciones aumentan cuando desarrollamos capacidad a través de la doctrina para que la justicia de Dios pueda convertir los potenciales de la rectitud imputada y la unión con Cristo en la realidad de las bendiciones de la gracia en un entorno encapsulado. Posicionalmente, el poder de la naturaleza del pecado ha sido roto; experiencialmente, el antiguo gobernante queda reducido a mendigar. Esta debe esperar a que le arrojes algunas migajas de volición negativa. Quiero recordarte algo: La naturaleza del pecado ya no es tu gobernante. Cuando ignoras el rebote y el consumo de doctrina bíblica y en su lugar sigues el pensamiento del bien y la maldad, *tú* eres el culpable. ¡*Tú* has colocado a un mendigo en el trono de tu vida! Parafraseando a Santiago: “¡Estas cosas no deberían ser!” (Stg 3:10).

La Habitación del Espíritu Santo. Como Su cuarto ministerio de salvación, el Espíritu Santo toma residencia en el cuerpo del creyente.

¿O no saben que su cuerpo es el templo del Espíritu Santo que está [habita] en ustedes, el cual tienen de Dios, y que ustedes no son de ustedes? Porque han sido comprados por un precio: Por tanto, glorifiquen a Dios en su cuerpo. (1Co 6:19–20, traducción corregida).

La habitación universal de todos los creyentes es única para la familia real, y fue profetizada por Jesucristo antes de que comenzara la Era de la Iglesia (Jn 7:37–39; 14:16–17). ¿Cuál es su propósito? El Espíritu Santo habita el cuerpo de cada creyente de la Era de la Iglesia para hacer que el cuerpo del cristiano sea un templo digno para la

habitación de Cristo, la Gloria Shekiná (1Co 3:16; 2Co 6:16; cf. Col 1:27).⁵⁶ El creyente mismo es incapaz de proporcionar un lugar de habitación aceptable para Cristo. La naturaleza del pecado heredada del Adán caído contamina el cuerpo durante toda la vida temporal del creyente. Sólo “la renovación por el Espíritu Santo” (Tit 3:5) hace que el “templo” sea apto para que Cristo lo ocupe. La existencia de este santuario interior para Cristo hace posible que el creyente obedezca el mandato: “glorifiquen a Dios en su cuerpo”.

Debemos tener presente la diferencia entre la habitación del Espíritu Santo y la habitación de Cristo (Ro 8:10). La habitación del Espíritu es para preparar nuestros cuerpos como templos; Cristo reside en nuestros cuerpos para *manifestar Su gloria* en nuestras vidas (2Co 3:18). Dentro de nosotros Cristo dispone ánimo (Jn 14:18–21), motivación (Ef 3:17) y confianza (Col 1:27).

La Llenura del Espíritu Santo. Debemos distinguir entre la habitación del Espíritu y el quinto ministerio, la llenura del Espíritu. La habitación es Su residencia en el cuerpo; es el control del Espíritu sobre el alma. Nunca perdemos la habitación del Espíritu Santo (Ro 8:9), pero cuando pecamos, perdemos la llenura del Espíritu. Por eso, se nos manda a ser llenos del Espíritu (Gá 5:16; Ef 5:18) —un mandato a rebotar cuando sea que pequemos; pero nunca se nos manda que seamos habitados. La habitación del Espíritu es nuestra posesión permanente. Aunque no seamos positivos hacia la Palabra de Dios, todavía somos habitados por los tres miembros de la Trinidad (Dios el Padre —Jn 14:23; Ef 1:3, 6, 12; Dios el Hijo —Jn 16:13–14; 17:22; Col 1:27; Dios el Espíritu Santo —1Co 3:16; 6:19–20).

Dado que la naturaleza del pecado está muerta para nosotros posicionalmente pero no experiencialmente, enfrentamos un conflicto interno mientras vivimos (Ro 8:2–4; Gá 5:16ss.). La naturaleza del pecado busca controlar el alma, se opone a nuestro apego al plan de Dios e interrumpe nuestro ajuste a la justicia de Dios. Por lo tanto, Dios el Espíritu Santo llena el alma de cada creyente de la Era de la Iglesia para proporcionar el poder necesario para combatir la naturaleza del pecado heredada, residente y siempre activa. Existe un antagonismo perpetuo

56. Durante la Era de Israel, el Jesucristo preencarnado como la Gloria Shekiná habitaba en el Tabernáculo o Templo (Éx 25:21–22; Lv 26:11–12; Sal 91:1; He 9:5). La Gloria Shekiná aparecía como una nube de día o una columna de fuego por la noche, así como una luz brillante sobre el arca del pacto. La presencia de la Gloria Shekiná garantizaba la promesa de Dios de bendiciones temporales y eternas para Israel. Véase Thieme, *El Bosquejo Divino de la Historia: Dispensaciones y la Iglesia* (2021), 128–31.

entre nuestro ex gobernante y el Agente que nos liberó, entre la naturaleza del pecado y el Espíritu Santo.

Porque vean, la carne [la naturaleza del pecado] se levanta en protesta contra el Espíritu, y el Espíritu contra la carne; porque estos se oponen constantemente uno al otro, con el resultado de que ya no sigues haciendo las cosas [avance a la madurez] que deseas hacer. (Gá 5:17, traducción corregida)

El alma del creyente es el campo de batalla en el conflicto angélico, y la propia volición del creyente determina qué lado gana en su vida. La naturaleza del pecado controla el alma cuando el creyente sucumbe a la tentación y así contrista (Ef 4:30) o apaga (1Ts 5:19) el ministerio de la llenura del Espíritu Santo. Contristar al Espíritu Santo es carnalidad, un pecado seguido por el rebote; apagar al Espíritu Santo es carnalidad perpetua sin rebote, lo cual es reversionismo. La carnalidad enfatiza la tendencia de la naturaleza del pecado hacia el pecado, mientras que el reversionismo es carnalidad que se ha intensificado para incluir las tendencias hacia el bien humano y la maldad. El reversionista no está lleno del Espíritu Santo, y la comunión no puede existir cuando el bien humano y la maldad dominan el alma. Mientras que el reversionista esté fuera de comunión e ignore la doctrina bíblica, no puede mirarse en el espejo de la Palabra y ver la gloria reflejada de Cristo. El Espíritu recupera el control del alma cuando el creyente rebota al nombrar sus pecados en privado a Dios (Sal 32:5; 1Jn 1:9). Sólo cuando el creyente es así restaurado a la comunión, lleno del Espíritu, puede el Espíritu proporcionar de nuevo la dinámica sobrenatural para ejecutar la manera cristiana de vivir. La razón por la cual el Espíritu nos llena es para superar la capacidad humana y el bien humano; Él nos suministra el poder divino y la capacidad necesaria para alcanzar cada objetivo en la vida cristiana. En particular, Él proporciona nuestro coeficiente intelectual espiritual para aprender doctrina, así como nuestra capacidad misma para comprender la Palabra de Dios (Jn 16:12–15; 1Co 2:9–16; 1Jn 3:24).

Sin embargo, a menos que conozcamos la doctrina pertinente, el conflicto interior entre el Espíritu Santo y la naturaleza del pecado no es competencia y favorece al antiguo tirano. Antes de que podamos ser llenos del Espíritu, ¡debemos conocer *cómo* ser llenos del Espíritu! Es obvio que debemos aprender la doctrina del rebote. Además, si la llenura del Espíritu Santo ha de ser mantenida, debemos comprender los conceptos de la gracia detrás de ella, la doctrina de la actitud mental y los objetivos

de la vida cristiana. Lo que se requiere es un patrón de pensamiento doctrinal, un sistema de pensamiento divino, una estructura integral y detallada de doctrina en el alma. Un ocasional pensamiento devocional ¡no será suficiente! Debemos comprender las doctrinas que el Espíritu Santo usa para controlar el alma.

Dios siempre encuentra el tiempo para centrar toda Su atención en ti. De hecho, Él está siempre y por completo concentrado en ti. Él previó tu vida de principio a fin y almacenó todo lo que alguna vez necesitarás. Aun si dejas de lado tu consumo de doctrina y te tiras de clavado al reversionismo, Él tiene el tipo y la cantidad correctos de disciplina divina lista para satisfacer la necesidad. Él sabe la mejor manera de bendecirte, y en la disciplina Él sabe con exactitud dónde duele más. A pesar de todo lo que Él sabe sobre ti, a pesar de tus fracasos aún futuros (que te sorprenderían si los conocieras), Dios está en perfecta tranquilidad en cuanto a ti. Él provee con fidelidad toda la gracia logística necesaria para que avances día a día en el aprendizaje de la Palabra de Dios.

Pero en nosotros, Él no obra a través de Su propio y vasto conocimiento; Él obra a través de la doctrina que hemos aprendido. La doctrina que aprendemos es la doctrina que Dios el Espíritu Santo nos ha enseñado como nuestro Mentor (Jn 14:26). Donde no hay doctrina, no hay un patrón de pensamiento divino ni base de punto de vista divino para el control sostenido del alma por parte del Espíritu Santo. De inmediato, el Espíritu Santo controla por completo el alma cuando rebotamos, pero si no reside doctrina ahí como un sistema de pensamiento, el control del Espíritu será efímero e ineficaz.

“Pero”, preguntas, “¿no puede Dios el Espíritu Santo inyectar de manera directa un poco de Su infinito conocimiento en nuestras mentes? ¿Por qué no puede simplemente ayudarnos de esa manera?”. Si Él lo hiciera, destruiría todo el sistema de libertad y volición en el conflicto angélico. Dios no elimina como por arte de magia todas nuestras ideas erróneas. Él acumula doctrina bíblica en nuestras almas, no por alguna revelación mística sino bajo la autoridad interior de nuestra propia autodisciplina académica, que opera bajo la autoridad expresa del pastor-maestro comunicando la infalible Palabra de Dios. Sólo poco a poco, un patrón de pensamiento doctrinal, utilizable por la llenura del Espíritu, puede desplazar al antiguo patrón de pensamiento desarrollado desde la infancia. El conflicto interior del creyente es tanto un conflicto entre el patrón de pensamiento de maldad y el patrón de pensamiento de doctrina como lo es entre la naturaleza del pecado y el Espíritu Santo (Ro 12:2).

A través de la llenura del Espíritu Santo y la percepción consistente de la doctrina bíblica, el campo de batalla cae bajo el control de Dios. Él es entonces libre para proporcionar las fantásticas bendiciones supergracia. Por supuesto, el hecho de que todos los creyentes tienen el potencial de bendiciones no significa que alguna vez tendrán la realidad. Sólo el creyente maduro que ha aprovechado la victoria de la gracia glorifica a Dios.

En el Antiguo Testamento unos pocos creyentes fueron investidos con el Espíritu. Bajo la investidura, el Espíritu Santo empoderó las vidas de los profetas, los autores de las Escrituras y otros individuos responsables de funciones específicas y críticas (Éx 31:3; 35:31; Lc 1:15). Hasta la Era de la Familia Real (la Era de la Iglesia), nadie fue habitado ni lleno del Espíritu Santo. Sólo los pocos creyentes de la Era de los Judíos podían perder el ministerio de investidura del Espíritu (Sal 51:11), y sólo en la Dispensación de la Unión Hipostática podían pedir la investidura aquellos que no la poseían (Lc 11:13). Hoy en día, los miembros de la familia real pueden perder la ayuda operacional de Su ministerio de la llenura, pero aun así se quedan con Su habitación. Este es un aspecto de la aristocracia espiritual de la familia real.

El Sellado del Espíritu. El sexto ministerio de Dios el Espíritu Santo en la salvación enfatiza la seguridad eterna de nuestra salvación.

Ahora bien, el que nos confirma con ustedes en Cristo [bautismo del Espíritu Santo] y *el que* nos ungió [habitación del Espíritu Santo], es Dios, quien también nos selló. (2Co 1:21–22a)

El ministerio sellador del Espíritu es otra señal de nuestra realeza; es un elemento en nuestro escudo espiritual de armas. Nadie fue sellado por el Espíritu Santo antes de la Era de la Iglesia, y los sellados que ocurran después de que la Iglesia se remueva —por ejemplo, el sellado de los 144 000 evangelistas en la Tribulación (Ap 7:2–4)— tienen un propósito diferente.

En el mundo antiguo, los sellos eran garantías de firma de transacciones y documentos legales indicando propiedad, tales como escrituras, facturas, contratos, leyes y órdenes. Había sellos diferentes para cada una de estas aplicaciones.

La transacción de gracia que ocurrió cuando creímos en Cristo es garantizada por nuestro sellado. Somos salvos eternamente, miembros de la familia real para siempre (2Co 1:22). Somos también identificados como perteneciendo a Dios. Como Su señal de propiedad, el sello declara

nuestra santificación posicional, nuestra unión permanente con Cristo. Puesto que los sellos autenticaban documentos, el sellado del Espíritu nos identifica con el decreto divino. En otras palabras, el Espíritu Santo ratifica el hecho de que Dios formuló un plan para cada uno de nosotros en la eternidad pasada, y que Él se ha hecho cargo de proveer todo el apoyo logístico que necesitamos para cumplirlo. El sellado es un anticipo o una promesa a la familia real de las bendiciones supergracia que están escritas en el decreto (Ef 1:13). La carnalidad, o el contristar al Espíritu Santo, es incompatible con nuestro sellado (Ef 4:30).

La Distribución de los Dones Espirituales. El séptimo ministerio de salvación del Espíritu Santo determina cómo debemos operar como embajadores de Cristo durante nuestras vidas en la tierra. Cada creyente de la Era de la Iglesia recibe por lo menos un don espiritual, otorgado soberanamente por el Espíritu Santo en el momento de la fe en Cristo (1Co 12:11). El don involucra una habilidad especial en un campo particular. Qué dones se dan a qué creyentes es sólo un asunto de la soberanía de Dios. Nadie tiene voz ni voto en cuanto al don que recibe, y sin duda nadie gana o merece su don espiritual. Ya que los siete ministerios del Espíritu Santo dados en la salvación están incluidos en las cuarenta bendiciones iniciales que bajan por el conducto de la gracia, no podemos atribuirnos el mérito por ninguno de ellos. Vienen exclusivamente de la integridad de Dios, en este caso, Dios el Espíritu Santo.

Para evitar las distorsiones y prácticas que han distraído a tantos creyentes del propósito de Dios para sus vidas, debemos reconocer que el Espíritu Santo ya no da ciertos dones. Varios dones temporales, además de los dones permanentes que aún funcionan, se requerían en el comienzo de la Era de la Iglesia para ayudar a comunicar las doctrinas de la familia real o para establecer la autoridad de los que enseñaban (Hch 3:11–12; 6:8; 1Co 13:1–2). Así como el don de lenguas quedó obsoleto cuando su propósito se cumplió, así también los dones de apostolado, profecía, milagros y sanación fueron eliminados para cuando se completó el canon de las Escrituras en el año 96 d. C. (1Co 13:8, 10).

Pablo en un tiempo sanó a los enfermos a voluntad (Hch 19:11–12). Esta tarjeta de presentación sobrenatural estableció su autoridad en un lugar nuevo como comunicador de la Palabra de Dios (Ro 15:19). Pero ya en el año 62 d. C., no pudo sanar ni siquiera a su querido amigo Epafrodito (Fil 2:25–27; 2Ti 4:20). Para entonces, la autoridad de Pablo estaba bien establecida, y el don de sanación había sido eliminado.

De la misma manera, el don de apostolado no se perpetuó. En 2 Timoteo 4:1-2, el gran apóstol Pablo pasó los honores del liderazgo de la iglesia local a un pastor-maestro, Timoteo. El don de apostolado con su autoridad suprema sobre más de una congregación local estaba desapareciendo de la escena. Con la muerte del apóstol Juan, poco después de que escribiera el Apocalipsis en el año 96 d. C., la función del apostolado cesó de manera oficial.

Los dones espirituales permanentes, todavía funcionales, están delineados con claridad en las Escrituras; algunos pertenecen a la operación de la iglesia local; otros funcionan fuera de la iglesia local (Ro 12:6-8; 1Co 12:4-11; Ef 4:7-11). Por supuesto, nadie es consciente de su don cuando es salvo; lo reconoce sólo como resultado del crecimiento espiritual. Ciertos dones que deben ser absolutamente identificados son aquellos que requieren una preparación especial antes de que lleguen a ser operacionales. Un pastor-maestro, en particular, debe dominar muchos temas antes de que pueda funcionar bien. Muchos dones, como el de ayudas o misericordia, no requieren una preparación concentrada más allá del diario consumo normal de la doctrina. Incluso si nunca son descubiertos de forma específica, funcionan por defecto con la madurez espiritual. Tu inquietud, por lo tanto, no es: “¿Cuál es mi don espiritual?”. Tu única inquietud es crecer en gracia.

El Espíritu Santo otorga dones para proporcionar un entorno espiritual para la percepción de la doctrina bíblica; Él delega un sistema de autoridad espiritual dentro, pero aparte, del mundo del diablo. El don de pastor-maestro conlleva la más alta autoridad espiritual que existe en la vida. Un pastor encabeza cada congregación local con dos propósitos: comunicar doctrina a los creyentes reunidos y proteger su privacidad y libertad para aprender (He 13:7, 17). El don de evangelismo funciona fuera de la iglesia local hacia los no creyentes (Hch 1:8; Ro 15:20). Los creyentes con los dones de ayudas y administración sirven como diáconos y desempeñan varias tareas administrativas que el pastor-maestro les delega para la operación eficiente de la iglesia.

LA SEGURIDAD TEMPORAL

Los siete ministerios de salvación del Espíritu Santo proporcionan un entorno encapsulado para las bendiciones divinas en el tiempo. Mientras el diablo gobierne el mundo, ese entorno es por fuerza interno, pero no sólo interno. Cuando Dios te bendice, Él pretende que disfrutes al máximo lo que Él te da. A nivel interno, una falta de capacidad de

doctrina te impediría apreciar las bendiciones divinas; por lo tanto, Dios espera hasta que tú alcances la madurez antes de imputarte bendiciones especiales a través del conducto de la gracia (Is 30:18). Debido a que factores externos podrían también interferir, Él protege tus bendiciones con seguridad temporal. La capacidad interior *para* las bendiciones y la seguridad exterior *de* las bendiciones son parte del paquete.

“El bien y la maldad” es la política que caracteriza al mundo en el que vivimos. Es obvio que sólo podemos esperar que el reino de Satanás sea injusto. Él no tiene ningún respeto por la autoridad divina o la libertad humana. Él ataca la autoridad de Dios y busca coartar la libertad del hombre a fin de limitar el evangelismo y la función del AGP (2Co 4:4). Intenta en todo momento superponer sus propios diseños malvados sobre la naturaleza de las cosas decretadas por Dios. La arrogancia divorcia de la realidad ¡hasta del vasto intelecto de la más brillante de todas las criaturas!

Con las estratagemas del bien y la maldad de Satanás, apoyadas por las tendencias del bien y la maldad de la naturaleza del pecado, es imposible evitar la acumulación de olas de desastre histórico. No debería sorprendernos el hecho de que el bien y la maldad con frecuencia se remontan a la cresta de una ola y se rompen a lo largo de algún área del mundo, destruyendo todo a su paso. A fines del siglo XVIII, el eslogan “Libertad, Igualdad y Fraternidad” de la Revolución francesa que suena noble, se convirtió en el eslogan del Reino del Terror. Durante el siglo XX, bajo la bandera inspiradora del “nuevo orden mundial”, el comunismo diseminó tiranía, esclavitud y muerte alrededor del mundo en el nombre de la “liberación”.

El llamado del socialismo moderno para la “igualdad”, la “igualdad de oportunidad” y “el mayor bien para el mayor número” se está arraigando en el pensamiento de los estadounidenses. Tales ideas han comenzado a reducir la agresividad e ingenuidad tradicionales de los mismos al denominador común más bajo. Nuestra fuerza y prosperidad nacional se han podrido desde adentro.

Es entristecedor —hasta descorazonador— ver a nuestra nación en decadencia. Pero sabemos que el reino de Satanás está repleto con tales calamidades donde la doctrina bíblica y las leyes del establecimiento divino se ignoran. Hoy enfrentamos la probabilidad de una violenta adversidad histórica; vivimos al pie de un volcán.

Dios no nos separa de las tendencias de la historia humana. Él tiene la intención de que vivamos en el mundo del diablo y comprender la historia

contemporánea a la luz de la doctrina bíblica en nuestras almas. Por lo tanto, podemos aplicar un principio de doctrina en la interpretación de la historia: a pesar de lo que hagan otras naciones con diferentes ideologías, Dios sigue bendiciendo a los creyentes maduros y garantiza que ellos disfrutarán todas las recompensas que nos llegan por el conducto de la gracia.

Dios ya ha proporcionado lo mayor —el juicio de Su propio Hijo por nuestros pecados y la imputación de Su propia rectitud a nosotros. Se deduce *a fortiori* que Él no retendrá lo menor —las bendiciones en el tiempo para nosotros como creyentes maduros. Bendecir a los creyentes maduros para Dios es *mucho más fácil* de lo que fue proveer la cruz. Esto revela cuán absoluta es la seguridad de las bendiciones divinas. Podemos ser bendecidos en el *cosmos diabolicus*, justo bajo las narices del diablo, a pesar de las calamidades del bien y la maldad. Esta es la victoria táctica en el conflicto angélico.

La justicia como punto de contacto es mayor de lo que el amor como punto de contacto jamás podría ser. La justicia de Dios toma el dominio de la maldad del diablo y, a través de la obra del Espíritu Santo más la doctrina en el alma, crea un entorno mejor que el jardín del Edén. A Adán se le dio un ambiente perfecto, pero al pecar resolvió una cuestión: El ambiente perfecto no garantiza la felicidad. Este principio será demostrado otra vez en el Milenio, cuando el hombre se rebelará contra otro ambiente perfecto. En ese tiempo, ¡él se levantará contra el gobierno perfecto del Señor Jesucristo! (Ap 20:7–10). El hombre no regenerado y reversionista nunca está satisfecho.

Cuando la justicia de Dios sucedió al amor como el punto de contacto y condenó al hombre, la situación parecía desalentadora. Se permitió que el gobierno del mundo pasara de Adán a Satanás, y que las tendencias de la naturaleza del pecado funcionaran con libertad. Pero vimos cómo por finura se le escurrió a Satanás el fruto de su victoria. La integridad de Dios se puso a trabajar de inmediato, y una de las mayores cosas que Dios haya hecho por el género humano fue la de expulsar a Adán y Eva del Jardín y cerrar las puertas. Este no fue un retroceso en el plan de Dios; el plan de Dios nunca retrocede. ¡Esto fue un avance!

No puede haber vuelta atrás. Hubiera sido inconcebible que el hombre viviera en un ambiente perfecto que fue diseñado para el amor, con una naturaleza del pecado que se puede manejar sólo por la justicia. El árbol de vidas nunca fue diseñado para el hombre caído; nuestro árbol es la cruz de Cristo. El jardín del Edén no era adecuado para el hombre caído;

el ambiente perfecto no tenía sentido para nosotros bajo la naturaleza del pecado, el pecado original de Adán y la muerte espiritual. Nuestro entorno está en la “novedad de vida”.

Muchos psicólogos, sociólogos y políticos culpan al ambiente por una miríada de neurosis y enfermedades y, como siempre ocurre, miran al ambiente para las soluciones a los problemas de la vida. Por consiguiente, un gran número de personas en este país —en varias ramas y agencias del gobierno, en organizaciones activistas disruptivas, incluso en círculos cristianos— están tratando de mejorar el ambiente del hombre. ¿Quién más está persiguiendo el mismo objetivo? Nada menos que su majestad el diablo. Los mismos esfuerzos para crear un ambiente perfecto son parte de la misma política que ¡lo destruyó en primer lugar! El árbol del conocimiento del bien y la maldad ¡sigue produciendo una cosecha abundante! El patrón no ha cambiado; los intentos de mejorar el mundo ignoran o destruyen todo lo que es verdadero y valioso en la vida. El ambiente perfecto no es la solución; el entorno encapsulado de la seguridad temporal sí la es.

Por eso la capacidad y la seguridad están relacionadas: Dios te da las bendiciones acertadas en el momento oportuno, y nadie más que Dios puede quitarlas (Job 1:21). Ni siquiera la continua actividad de tu naturaleza del pecado destruye la seguridad de las bendiciones supergracia.

David es un ejemplo de este concepto de encapsulación. Dios le dio a David una mayor variedad de bendiciones que las que se le han dado a cualquier otro creyente en toda la historia humana. Como creyente maduro, él era uno de los hombres más ricos del mundo. Su hijo, Salomón, *era* el hombre más rico sobre la tierra en su tiempo, pero sólo porque heredó las riquezas de su padre. David fue también bendecido con una fantástica prosperidad profesional como general al mando del ejército judío y como gobernante de la nación judía. Tenía amigos maravillosos y leales; poseía palacios y haciendas; comía la mejor comida, montaba en los mejores caballos, ganaba victorias decisivas; y veía que sus políticas del establecimiento traían prosperidad a Israel.

A pesar de su grandeza espiritual, David es hoy en día objeto de difamación. Los legalistas no pueden entender su magnífica relación armoniosa con el Señor porque no pueden adaptar su lujuria enérgica por la vida en sus moldes estirados y santurrones. A estos creyentes les encantaría una excusa para despellejar vivo a David. Así que, en su arrogancia, celos, pura envidia o simple ignorancia de la integridad de Dios, tales cristianos autorrectos alegan que el día que David vio a

Betsabé desde el techo de su palacio, ¡de repente dejó de ser creyente! “Sin duda”, insisten, “¡nadie puede cometer adulterio y asesinato y seguir siendo creyente!”.

¡Qué equivocados están! Los creyentes son humanos; pueden cometer cualquier pecado que un no creyente pueda cometer.⁵⁷ Pero el plan de Dios es más grande que los pecados personales de cualquiera, así como es más grande que cualquier desastre histórico. Decir que el pecado hace que un creyente pierda su salvación es decir que la obra de Cristo en la cruz no fue eficaz, que el decreto divino está lleno de lagunas, que la gracia perfecta depende del hombre imperfecto, que la justicia es injusta, que Dios no es Dios. En otras palabras, es una blasfemia.

Una vez que una persona cree en Cristo, ese individuo es salvo para siempre (Jn 10:28). Ahora bien, David era más que un simple creyente; él era un creyente *maduro* durante toda la aventura. Toda la fabulosa prosperidad que Dios le había dado antes de conocer a Betsabé le perteneció después de que todos los eventos habían pasado. David nunca perdió ni una sola bendición especial que le había llegado por el conducto de la gracia.

Por supuesto, el pecado nunca es aprobado. No te equivoques, David fue disciplinado con severidad y mientras duró su castigo no pudo disfrutar al máximo sus bendiciones. Él sufrió por sus pecados en los años venideros. Pero, seguía siendo el rey, un general exitoso, un hombre de una tremenda riqueza personal y todavía un “varón conforme a mí [de Dios] corazón” (Hch 13:22, RVR). Dios sólo añadió disciplina a la prosperidad de David.⁵⁸

Las bendiciones supergracia que llegan a través del conducto de la gracia están seguras, y el entorno en el cual las disfrutas está encapsulado, aislado, protegido, garantizado. Cuando observas el caos, el terror y las incertidumbres que se arremolinan alrededor del mundo, no estás llamado a preocuparte ni a rendirte. No puedes decir: “Bueno, dado que mis posibilidades de disfrutar de la supergracia serán destruidas, también podría olvidarme de la doctrina”. ¡No! Enfrentate a toda la realidad. La guerra y el terror pueden venir; es más, aparte de la intervención directa del Señor Jesucristo, no hay una manera excepto la capitulación de que la guerra pueda evitarse. Sin embargo, Dios te garantiza que *cualquiera sea* que alcances la supergracia, Él encapsulará el entorno para tus bendiciones, ¡y bendiciones te dará! Ahora es el momento de prepararte para lo que se

57. Thieme, *El Reversionismo*.

58. Thieme, *¡Confíesese y Siga Su Marcha!*, 28–42.

avecina en el horizonte histórico; de prepararte intensificando tu consumo de doctrina bíblica.

El diablo continuará gobernando el mundo, y la naturaleza del pecado continuará produciendo pecados personales, pero ninguna tendencia histórica y ninguna carnalidad personal pueden deshacer lo que la integridad de Dios ya ha logrado. Cuando Dios bendice, esa bendición es permanente.

También, cuando ande por el valle de sombra de muerte,
No puedo temer a la maldad; porque Tú [Señor Jesucristo]
estás conmigo [el creyente maduro];
Tu vara [disciplina] y Tu cayado [liberación y bendición],
me confortan.
Tú has preparado una mesa delante de mí en presencia de
mis enemigos [bendición y prosperidad de la madurez];
Tú has ungido mi cabeza con aceite [la seguridad de las
bendiciones supergracia];
Mi copa [capacidad para la bendición] está rebosando.
Sólo la prosperidad y la gracia me perseguirán todos los
días de mi vida,
Y yo permaneceré en la casa del Señor para siempre.
(Sal 23:4–6, traducción corregida)

La Quinta Imputación: La Vida Eterna

Dios desea que las bendiciones del tiempo sean permanentes, y las hace permanentes llevándolas del tiempo a la eternidad. Él transforma las bendiciones que da en la tierra en bendiciones y recompensas aún mayores en el cielo. La imputación afín de la vida eterna, por lo tanto, implica mucho más que el hecho de que viviremos para siempre. Los *no creyentes* ¡vivirán para siempre! Pero en el infierno, en lugar del cielo.

La seguridad de las bendiciones divinas es un principio clave detrás de la quinta imputación básica. En otras palabras, la vida eterna es más de lo que parece en la superficie. Estamos por descubrir qué hay detrás del cliché “nacido de nuevo”.

Dios personalmente les da vida a todos. Hemos observado las funciones biológicas que Dios diseñó como el medio de pasar las tendencias y características de padres a hijos. Recuerda: la vida humana no es sólo biológica. Como a Adán, así también a todas las personas,

Dios imputa personalmente la chispa de vida. Después de la creación de los padres originales, ninguna vida humana existe hasta que Dios decide soberanamente imputar la vida de alma cuando el feto emerge de la matriz. Además, ninguna vida existe jamás sin un hogar en el cual vivir; así, todas las imputaciones de vida deben ser imputaciones afines.

Dios da vida eterna como una imputación afín porque hay una afinidad entre la vida eterna y el espíritu humano. Dios el Espíritu Santo establece esta afinidad o antecedente cuando, en Su ministerio de regeneración, Él crea el espíritu humano en el momento de la salvación. A este hogar o destino se le imputa al mismo tiempo la vida eterna.

Así como la vida biológica es el hogar o destino para la vida de alma formando la vida humana, así también Dios prepara el espíritu humano como el hogar para la vida eterna. En su origen, tanto la vida de alma como el espíritu humano son actos creativos de Dios. Tanto la vida de alma como el espíritu humano son hechos inmutables e indestructibles de la existencia.

Una vez que Dios el Padre imputa la vida de alma a la vida biológica, esa imputación es irrevocable; es obvio, cuando Él imputa la vida eterna al espíritu humano, ese arreglo también es permanente. La vida imputada nunca puede ser separada del hogar al cual se imputa. Nada de lo que podamos hacer desligará una imputación divina de su hogar. Satanás y todos sus demonios no pueden destruir la vida de alma o la vida eterna. Incluso Dios no puede deshacer lo que Él mismo ha hecho.

El no creyente en el lago de fuego, con su vida de alma intacta y sin daño, estará completa y constantemente consciente de su terrible situación. Asimismo, el alma viviente del creyente estará en pleno funcionamiento en medio de las glorias del cielo. El hecho de que las personas estén vivas ahora mismo, tanto creyentes como no creyentes, no es más que la manifestación presente de la realidad de que están vivos para siempre. Pero, para evitar el Juicio Final y vivir para siempre en la presencia de Dios, se necesita más que la vida de alma.

Se deben cumplir dos requisitos si se quiere tener una relación eterna con Dios. Primero, debemos tener Su rectitud; segundo, debemos tener Su vida. Ambos son imputados al creyente en el momento de la salvación. Así, desde el momento de la fe en Cristo, hemos poseído dos tipos de vida. Otra vez, el hecho de que estemos vivos ahora mismo, como creyentes en el Señor Jesucristo, es una garantía de que viviremos con Dios en el cielo, porque incluso ahora tenemos Su vida eterna. Por eso, cuando Dios considera oportuno llamarnos a casa, es un asunto tan sencillo como:

“ausentes del cuerpo, cara a cara con el Señor” (2Co 5:8, traducción corregida). En realidad, aunque poseemos vida eterna, no la estamos usando ahora. La vida eterna es lo que nos dará la capacidad de recibir y apreciar las bendiciones de la eternidad. La vida eterna se enfatiza en la eternidad; la vida humana, en la tierra.

La vida eterna es la vida de Dios, un atributo de Su esencia, la misma vida que Él es. Imputada a nosotros, la vida eterna nos asegura una relación sin fin con Él. En el jardín del Edén, Adán y la mujer no tenían ni la rectitud de Dios ni Su vida, pero nosotros tenemos ambas. Como personas perfectas, la pareja original no tenía relación con la justicia de Dios; no tenían seguridad ante Dios porque su continua relación con el amor divino dependía de su volición. En contraste, nuestra relación con la justicia de Dios depende sólo de Su gracia. Tenemos seguridad tanto en el tiempo como en la eternidad por la imputación de la vida eterna.

La vida de Dios en nosotros no sólo implica que viviremos con Él para siempre, sino que también garantiza que recibiremos un cuerpo de resurrección —menos la naturaleza del pecado, menos el bien humano y la maldad— cuando la familia real se complete en el Arrebatamiento de la Iglesia. Esta es la santificación final, el estado eterno poseído por igual por todos los miembros de la familia real de Dios, sin importar el estatus espiritual en la tierra.

La santificación es lo más grande que Dios podría hacer por todos los miembros de la familia real: Él nos está haciendo como Su Hijo. Dios realiza esto en tres etapas. Primero, la santificación *posicional*: Cuando creemos en Cristo, el Espíritu Santo nos coloca en unión con Cristo para que posicionalmente compartamos todo lo que Él es y tiene. Segundo, la santificación *experiencial*: A medida que alcanzamos la madurez espiritual, la doctrina bíblica satura nuestras almas para que, bajo la llenura del Espíritu, la mente de Cristo llegue a ser nuestra mente, desplazando el bien y la maldad del pensamiento satánico. Tercero, la santificación *final*: Cuando la familia real esté completa cada uno de nosotros recibirá un cuerpo como el Suyo. Como la familia real resurrecta de Cristo, seremos físicamente como Él, preparados para compartir Su triunfo y coronación en la Segunda Venida y convertirnos en Su Esposa para siempre (Fil 3:20–21; Ap 19:6–9).

Debido a lo que Dios está haciendo en gracia, hasta los creyentes más legalistas, más indiferentes y más antagonistas tienen una seguridad predominante (2Ti 2:13). A pesar de sus varios tipos de volición negativa hacia la doctrina bíblica, todos ellos recibirán la santificación final con

tanta certeza como el creyente maduro. Al poseer la misma vida eterna, todos los creyentes tienen la misma garantía. La santificación final es lo mínimo, no incluye bendiciones especiales, ni recompensas especiales.

Muchos creyentes fallan en aprovechar su derecho de nacimiento espiritual. Pasan sus vidas en el reversionismo. Fallando en rebotar, fallando en consumir con consistencia la Palabra de Dios, pierden todo el propósito de la vida. Su mal ajuste a la justicia de Dios hace imposible que Su justicia los bendiga. La voluntad de Dios para sus vidas no se cumple; en cambio, sufren una disciplina cada vez más dura hasta que al fin mueren en una manera miserable bajo el pecado hasta la muerte.

Dios no nos dio Su vida eterna para que pudiéramos decir: “Adiós, Dios, ¡te veré en el cielo! Hasta entonces, ¡voy a hacer lo que me plazca!”. Nuestra vida eterna nunca estuvo destinada a ser colocada en un estante y admirada desde lejos mientras seguimos nuestro propio camino. Está diseñada para ser explotada. La vida eterna es como un contenedor, un repositorio, un baúl de tesoro, un almacén en el que se depositan las bendiciones en el tiempo. Si no hay bendiciones supergracia en el tiempo, no hay nada en el baúl del tesoro que se pueda convertir en bendiciones de la gracia sobreabundante de la eternidad, más allá de la santificación final.

Sin duda te has dado cuenta de que la gente colecciona otras cosas además de estampillas; algunos coleccionan vinos añejos. Los vinos nobles del distrito de Burdeos son residentes particularmente distinguidos en cualquier bodega. Sus nombres famosos —Chateau Lafite-Rothschild, Chateau Latour, Chateau Margaux, Chateau Haut Brion, Chateau Mouton-Rothschild— han adornado muchas mesas por cientos de años. Los venerables y raros sobrevivientes de las cosechas más antiguas, que siguen pasando de un coleccionista a otro, ¡sin duda exigen precios nobles!

Hace años, un hombre compró una botella de Lafite más o menos antigua por más de \$14 000 dólares. Ahora bien, hay una cosa curiosa sobre una botella como esa. Puedes sacarla y decir: “Sí, esta es una botella de Burdeos” mientras admiras sus hombros (a diferencia de la botella Borgoña de contorno suave). Puedes identificar la imagen del château en la etiqueta. Puedes notar la fecha de la cosecha y hacer un comentario sobre lo que sucedió ese año en la historia. Pero luego de una corta conversación, todo lo que puedes hacer es mirar la botella.

“Pero”, tú dices: “una botella de \$14 000 dólares debe ser ¡magnífica para beber!”. Bueno, así de sencillo, no lo es. En primer lugar, si alguna vez abrieras una botella de este tipo, su valor de coleccionista se destruiría. Lo que es peor, y más probable, descubrirías que has comprado una botella

bastante aristocrática de vinagre —¡peor que vinagre! Habiendo pasado más allá de su momento de plenitud, el vino se habría deteriorado hace mucho tiempo, y se habría vuelto imbebible.

Muchos creyentes de hoy en día son como coleccionistas de vinos añejos. A un costo personal exorbitante —toda una vida de energía humana: trabajando, ajetreándose, sacrificándose, ‘haciendo grandes cosas para Dios’— terminarán con algo que no puede ser disfrutado para lo que fue diseñado. El vino fino se hizo para beberlo, ¡no sólo para mirarlo! La vida eterna te fue imputada para que participaras en ella, no sólo para que hablaras acerca de ella, no importa qué tan brillantes sean los términos.

Es obvio que, ningún creyente tendrá que llevar consigo ‘vino arruinado’ en el cielo. Allí, la vida eterna dará, hasta al reversionista, la capacidad de no tener remordimientos y no ser celoso ni mezquino sobre las recompensas superiores de los creyentes maduros. Como mínimo, Dios hará que cada miembro de la familia real se presente libre de culpa, en un cuerpo de resurrección perfecto, con felicidad perfecta y sin remordimiento (Ro 3:4; Jud 24; Ap 21:4). Pero los mínimos no son el objetivo. Dios te dio lo mínimo en el momento en que ¡fuiste salvo! Él *quiere* darte lo máximo. Por eso te mantiene vivo en la tierra.

Cada miembro de Su familia real tiene oportunidad igual y privilegio igual para ejecutar la vida cristiana. Las decisiones que tomas de —rebotar, permanecer lleno del Espíritu Santo, aprender y aplicar la doctrina bíblica— garantizan desigualdad de resultados en tu vida espiritual y en la eternidad. Aunque tienes oportunidad espiritual igual, tu volición asegura que no habrá igualdad en la tierra o en el cielo. Cuando Dios es libre de bendecirte en el tiempo, también recibirás recompensas en el cielo que Lo glorificarán para siempre —y tu vida eterna te proporcionará la capacidad para disfrutar de esas recompensas. Sin embargo, cuando Él no puede bendecirte en el tiempo, si te has “desviado del rumbo de la gracia” (Gá 5:4, traducción corregida) por la volición negativa o el reversionismo, Él no puede bendecirte en la eternidad. No tendrás recompensas, ni condecoraciones, ni cosecha del ciento por uno o vastas propiedades. Estarás bajo en la jerarquía en el cielo. Pero ser un peón relativo no significa que serás degradado o avergonzado. Siempre serás un miembro de la magnífica familia real de Cristo; sólo que algunos de sus miembros serán de mayor rango que otros. Nunca olvides que la igualdad humana es un mito. Así como no hay igualdad en la tierra, tampoco la habrá en el cielo.

Porque si por la transgresión de uno [el pecado original de Adán], gobernó la muerte [espiritual] a través de ese uno [Adán —y así fue], mucho más los que reciben en vida este excedente de la gracia de Dios [las bendiciones del tiempo al creyente maduro] y el regalo de la rectitud de Dios [imputada en la salvación] mucho más gobernarán a través de Uno, Jesucristo. (Ro 5:17, traducción corregida)

En una sola oración, Pablo abarca toda la función de la justicia divina como el punto de contacto de Dios con nosotros. Se resume el plan completo de Dios: desde la caída del hombre, reiterada en cada nacimiento humano cuando la naturaleza del pecado gobierna por la muerte espiritual, hasta el Milenio, cuando los miembros de la familia real gobernarán con Cristo. En el texto griego, Romanos 5:13–17 es un paréntesis; en él, el Apóstol acumula doctrina hasta que llega al versículo 17 donde arma todo en un segundo *a fortiori*.

El “excedente de la gracia de Dios” es una superabundancia de bendición directa de la justicia de Dios. No está confinada a la eternidad; es la posesión actual de cada creyente que rompe la barrera de la madurez. Los potenciales primario y secundario se hacen realidad *en el tiempo* cuando la doctrina en el alma proporciona los factores de capacidad y seguridad. Entonces la rectitud de Dios en nosotros exige que la justicia divina derrame bendiciones supergracia. Recuerda: lo que la rectitud de Dios exige, la justicia de Dios ejecuta. Este derrame de bendiciones de la justicia de Dios, más allá de las bendiciones de la salvación, con el tiempo se transforma en una abundancia de gracia aún más grande, por encima de las bendiciones de la santificación final.

La desigualdad de bendiciones recibidas por creyentes maduros e inmaduros será evidente de inmediato después de que cada uno de nosotros regrese a la tierra con Cristo en Su Segunda Venida. Una de las pocas bendiciones eternas declaradas de manera específica para la familia real es que sólo los creyentes maduros gobernarán con Él durante el Milenio (Ap 5:10); los creyentes perdedores serán observadores.

Asegúrate de comprender que cuando Pablo nos da un vistazo *a fortiori* de la eternidad como lo menor, él no está hablando de cantidad o calidad, sino de grado de esfuerzo. Dios no nos da menos en el cielo; ¡Él da lo que es menos difícil de proporcionar! En el cielo, Dios no tiene que tratar con nuestra volición negativa, naturaleza del pecado ni la tiranía de la maldad de Satanás. Por lo tanto, donde es menos complicado para Él de bendecirnos, las bendiciones llegan a ser tan vastas y maravillosas que

se disparan excediendo los límites de la comprensión humana. Cualquier analogía que las represente sólo puede ser una subestimación de los hechos. Con nuestras mentes finitas, no podemos ver más allá de la niebla; no podemos comprender los detalles del cielo. Pero de nuestro conocimiento de cómo opera la justicia de Dios ahora, tenemos la confianza de que lo máximo en bendición es tan real como el puente en el que viajamos.

DOS IMPUTACIONES POTENCIALES: BENDICIONES EN EL TIEMPO Y EN LA ETERNIDAD

Hubiera sido imposible explicar las cinco imputaciones básicas sin referirse a sus propósitos. El propósito de Dios para nuestras vidas ha sido declarado con cierto detalle: bendición, bendición y más bendición.

Por tanto, habiendo sido justificados por fe, tengamos prosperidad cara a cara con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo. (Ro 5:1, traducción corregida)

El modo subjuntivo de exhortación en el griego expresa un mandato que anima y exige el cumplimiento voluntario: “¡Tengamos prosperidad!”. Esta no es una declaración simple en el modo indicativo, como sugiere la traducción de la Reina Valera, ni el sustantivo εἰρήνη (*eirene*) se traduce correctamente como “paz”. Como el hebreo שָׁלוֹם (*shalóm*), esta palabra griega de saludo connota “prosperidad”.

Para evitar distraer tu atención de las cinco imputaciones comunes a todos los creyentes, he esperado hasta ahora para denominar las bendiciones que van más allá (Jn 10:10) del tiempo y la eternidad como lo que son. Son dos *imputaciones* más —la sexta y la séptima— de la justicia de Dios.

Al nacer, cada ser humano es el beneficiario de las dos primeras imputaciones —la vida de alma a la vida biológica y el pecado original de Adán a la naturaleza del pecado. Luego, cuando alguien cree en Cristo, personalmente se apropia de la tercera imputación —sus pecados personales imputados a Cristo en la cruz para juicio— más, él recibe la cuarta y la quinta imputación: la rectitud y la vida eterna de Dios.

Cada creyente que ha vivido alguna vez se ha beneficiado de estas cinco acciones de la justicia divina como su punto de contacto con Dios. Así como la salvación lleva al plan de Dios a una etapa más allá de la vida humana y la muerte espiritual, también hay una etapa más allá de

la salvación. Este es el reino de la máxima bendición de la justicia de Dios. Para el no creyente la salvación es sólo un potencial; asimismo, las bendiciones especiales son sólo un potencial para el creyente inmaduro. Estás vivo para siempre como ser humano, eres salvo para siempre como un creyente en Jesucristo, pero puede que veas o puede que no veas nunca las imputaciones sexta y séptima.

La Sexta Imputación: Bendiciones en el Tiempo

La sexta imputación ocurre cuando la justicia de Dios derrama bendiciones por el conducto de la gracia a la rectitud de Dios en el creyente maduro. Se da sólo al creyente que, a través de la doctrina, posee capacidad para las bendiciones. Esta es una imputación *afin* porque hay una afinidad entre las bendiciones divinas y la rectitud divina imputada.

Se requirieron dos imputaciones *judiciales* antes de que pudiera haber tal imputación *afin* de bendiciones en el tiempo. Al creer en Cristo, nosotros, por así decirlo, intercambiamos nuestros pecados por la rectitud de Dios para que poseamos de verdad parte de la integridad de Dios. Solo cuando tenemos Su rectitud hay un hogar o un destino en nosotros en el que Dios puede derramar bendiciones cuando alcanzamos la madurez espiritual.

La rectitud en Dios exige rectitud en nosotros. Lo que la rectitud de Dios acepta, la justicia de Dios bendice. Así, el axioma sigue intacto incluso cuando Dios *nos* bendice: La justicia de Dios puede bendecir sólo a la rectitud residente de Dios imputada en el momento de la salvación. Dios es consistente y fiel; Él nos prospera sólo cuando, al hacerlo, evita toda posibilidad de comprometer Su carácter.

Las bendiciones especiales en el tiempo se dividen en seis categorías: bendiciones espirituales, bendiciones temporales, bendiciones por asociación, bendiciones históricas, bendiciones relacionadas con el sufrimiento inmerecido y, por último, bendiciones al morir. Describiremos en pocas palabras estas categorías para darte una idea de qué quiere decir la Palabra de Dios cuando dice: “¡Tengamos prosperidad!”.

LAS BENDICIONES ESPIRITUALES

Cada creyente maduro recibe todas las bendiciones espirituales de la supergracia. Es sencillo, una persona no puede tener toda esa doctrina en su alma sin estar ocupado con Cristo, sin tener capacidad para la

vida, para el amor, para la felicidad, para la bendición. El estado mismo de madurez involucra la imputación de un aprecio total por la gracia, de la capacidad para manejar cualquier desastre o tragedia que pueda presentarse, de la capacidad de interpretar la historia contemporánea, de la libertad de la esclavitud a los detalles de la vida, de la adaptabilidad a las circunstancias cambiantes, de un sentido de seguridad acerca del plan de Dios para la vida de uno.

Conforme que alcanzas la madurez, tu lóbulo derecho se satura con doctrina; la mente de Cristo llega a ser tu marco de referencia; la ocupación con la persona de Cristo llega a ser tu punto de vista de la vida. Si alguna vez fuiste mezquino, vengativo, implacable, celoso y arrogante, estas aberraciones se desvanecen bajo el principio de enfocarte en el Señor. La miseria autoinducida causada por estos pecados de actitud mental también se desvanece. Eres liberado de una vida de esclavitud al ‘viejo programa’. Tus prioridades se desenredan; tu conocimiento de la Palabra de Dios se vuelve amor personal por el Señor Jesucristo. Este amor personal por Cristo tiene repercusiones hacia la gente: un amor relajado e impersonal por todos basado en las normas y estándares fuertes en tu propia alma. Descubres que no te molestas por aquellos con estándares débiles que te difaman, que chismean acerca de ti y que por lo general son odiosos contigo. Llegas a ser atento, tolerante y considerado; desarrollas aplomo y sentido común. Te vuelves en absoluto inflexible con respecto a lo esencial de la doctrina, pero con total flexibilidad en lo no esencial de la aplicación; así, desarrollas una verdadera fuerza del alma. Puedes doblarte, pero nunca te quiebras.

La competencia, ambición y los afectos excesivos se quedan por el camino. Las mezquindades y el revanchismo que es inevitable encontrar en tus contactos diarios con la gente ya no te perturban, ni te molestan ni te distraen. Eres liberado de la tiranía de los continuos pecados de actitud mental, y con la desaparición de estas cadenas invisibles en el alma viene la libertad de la esclavitud a los pecados verbales. La destructividad interior del bien humano y la maldad se elimina por completo, y el daño se repara. Las bendiciones espirituales sientan las bases para todas las otras categorías de bendición y las apoyan continuamente.

LAS BENDICIONES TEMPORALES

Abordo el tema de las bendiciones temporales con cierta inquietud. Sé que voy a pasar por alto la bendición particular que Dios tiene reservada para ti. Luego, cuando rompas la barrera de la madurez y recibas esa

bendición, te preguntarás qué sucedió. No asumas que debido a que no eres rico, o estás enamorado de ensueño de tu marido o mujer, o no eres promovido por encima de tus colegas, no eres maduro. Es un riesgo laboral de los comunicadores de la doctrina que los que escuchan puedan aplicar mal lo que se enseña, pero continuamos perseverando a pesar de aquellos que están decididos a distorsionar y hacer mal uso de la verdad. Para algunos, ninguna explicación será suficiente.

La verdad es que Dios nos trata como individuos. Su plan para nuestras vidas puede o no incluir bendición en cada categoría y con toda certeza las bendiciones para cada creyente no son idénticas. No existe ‘uniforme de la madurez’. Esto puede darte una idea del desdén de Dios por la noción malvada de la igualdad humana. Algunos creyentes supergracia reciben una cosa, otros otra. Uno puede tener riqueza, otro apenas suficiente para pagar las cuentas; pero ambos son creyentes maduros, y ambos son bendecidos de diferentes maneras en diferentes circunstancias. Sin embargo, en cada caso hay algo maravilloso. Dios sabe mejor qué dar a quién, y Dios siempre da lo mejor. Recuerda que la mayor bendición temporal del creyente maduro es el contentamiento en cada circunstancia de la vida (Fil 4:11–12; 1Ti 6:8–9; He 13:5–6).

Además, la madurez espiritual no es como la mañana de Navidad cuando una persona recibe todos sus regalos de una vez. Las bendiciones temporales se derraman en la madurez y *de ahí en adelante*. Recuerda que la voluntad de Dios quiere lo más alto y lo mejor para ti; es una simple tontería (sin mencionar que es pecado) que estés celoso de las bendiciones específicas imputadas a otros creyentes pero no a ti. No te preocupes si no te llegan ciertas recompensas de la gracia; mantén tus ojos en el Señor Jesucristo y ahórrate el desgaste. Cualquier bendición divina imputada a los creyentes maduros está diseñada para glorificar y complacer al Señor, y a través de lo que Él da, Él sabe cómo traer máxima gloria y complacencia a Sí mismo. Así que relájate, continúa aprendiendo doctrina y ve la gloria de Dios.

La bendición temporal prominente en muchas mentes es la riqueza. Ya sea que se mida en dólares, en tierras o en posesiones, la riqueza se imputa en algunos casos. Abraham, David y Salomón son ejemplos del Antiguo Testamento de hombres con fabulosas riquezas personales. La riqueza imputada puede ser recibida (como a través de herencia) o adquirida (como a través de ascender en el escalafón de los negocios).

Aunque puede que la gente no considere que la riqueza adquirida sea una imputación de Dios, el creyente maduro mismo ve su propia situación

desde el punto de vista divino y conoce la verdadera Fuente. Él sabe que nunca puede pretender ser un hombre que se hizo solo; incluso en el ámbito del esfuerzo humano del no creyente, no existe tal cosa como un hombre que se hizo solo. Otros siempre están involucrados en la acumulación de riqueza de cualquier individuo. El creyente maduro bendecido con riqueza adquirida también sabe que en las circunstancias de la vida existen aquellas variables más allá de su control que podrían haber ido tan fácil de otra manera. Jesucristo controla la historia; Él controla estas variables de la vida. Excepto por la gracia y el plan de Dios, hasta la riqueza adquirida resultaría esquiva. Cuando la justicia de Dios imputa riqueza a un creyente maduro como una bendición en el tiempo, esa riqueza es segura. Notamos este principio en la vida de David.

Sin embargo, la mera posesión de una fortuna no garantiza la felicidad. La bendición espiritual de capacidad para la prosperidad y la adversidad es lo que hace que las grandes riquezas sean un maravilloso bien. La segunda categoría de bendiciones se apoya en la primera. Esto puede incluir una capacidad especial para inversión o para ciertos tipos de propiedad, o incluso una capacidad para el gasto. Cuando la capacidad necesaria se desarrolla como parte del crecimiento espiritual, la justicia de Dios es libre de imputar riqueza. Donde falta la capacidad, pero la riqueza todavía existe (ya sea debido a las leyes del establecimiento de la libre empresa o como una bendición por asociación), la persona rica no es feliz. No olvides que hay dos tipos de personas infelices en el mundo: los ricos y los no ricos. Donde existe la capacidad, también hay dos tipos de personas felices: los ricos y —así es— los no ricos.

Ahora, hay muchos tipos de éxito, pero algún tipo podría imputarse bajo la categoría de bendiciones temporales. Cualquiera que sea, tendrá prominencia en la propia esfera de la vida. Si la esfera de una persona es cultivar petunias, ¡tendrá éxito en el jardín!

La promoción es aún otra bendición para algunos creyentes maduros. Dios imputa el avance, pero Él nunca te hace avanzar más allá de tus capacidades. Es posible que seas un excelente gerente de oficina pero un pobre ejecutivo. En tal caso, Dios reconoce que estarías como pez fuera del agua y serías miserable en una posición ejecutiva. Por lo tanto, Él te promoverá sólo dentro del ámbito de tu capacidad y las habilidades divinamente dadas. Además, ascenderás sin depender de la política, sin gastar tu tiempo cultivando a todas las personas correctas y diciendo todas las cosas correctas.

La prosperidad es una bendición que se puede imputar a muchas esferas de la vida: no todo el mundo será próspero en las mismas áreas. La prosperidad social significa tener verdaderos amigos. Nadie tiene más de unos pocos verdaderos amigos, pero esos pocos exclusivos solerán ser amigos para siempre. Hemos notado que las amistades íntimas pueden ser parte de la gracia logística, pero con la capacidad para la vida más rica que viene como una bendición espiritual en la madurez, las amistades incluidas en la prosperidad social son aún más maravillosas y refrescantes.

Casi todo el mundo tiene algún concepto de riqueza o de prosperidad social. La prosperidad técnica, sin embargo, no es una categoría tan obvia. Es la habilidad para sobresalir en una profesión como la ciencia o la ingeniería. La prosperidad profesional está en la profesión del creyente, sea cual sea: medicina, abogacía, policía, militar, docencia. Una profesión honorable que a menudo pasa desapercibida es la de ser un mesero. Se necesitan y aprecian meseros que sean en verdad profesionales, a pesar del veneno falso y cruel de los socialistas que alegan que de alguna manera es degradante ganarse la vida atendiendo y sirviendo a otras personas. ¡Yo prefiero la compañía de algunos de los buenos meseros que conozco a la de muchas personas que se dicen exitosas en la vida!

La prosperidad mental se imputa como resultado del crecimiento espiritual. Una persona no puede aprender doctrina sin desarrollar al mismo tiempo su concentración y su autodisciplina académica. Estos son ventajas invaluable en la vida. Junto con un marco de referencia más amplio, pueden mejorar la habilidad del creyente para pensar, razonar y usar el sentido común. La prosperidad mental que viene con la madurez espiritual eleva el CI humano del creyente, aumenta su perceptibilidad, y le da un interés en muchos temas de la vida que antes eran desconocidos o poco atractivos para él.

La prosperidad cultural puede involucrar máximo disfrute de la música, el arte, la literatura, el teatro y la historia. La prosperidad del establecimiento es la protección de tu libertad, privacidad y propiedad, incluyendo la protección del crimen y la represalia.

La dinámica de liderazgo es una bendición imputada que sin duda alguna no es para todos. La habilidad para liderar a otros en realidad viene de varias maneras. Puede ser innato o adquirida mediante el estudio y la observación diligentes. También se puede adquirir en la regeneración como parte de recibir uno de los dones espirituales de liderazgo. La habilidad de liderar también puede llegar como una imputación al creyente maduro. Si las oportunidades de liderar, de asumir autoridad,

de tomar responsabilidad no se presentan en tu camino, no te desvíes de tu camino para buscarlas. La ambición excesiva sólo te llevará más allá de la voluntad de Dios para tu vida. Él te promoverá cuando Él esté listo. Si tienes habilidad de liderazgo, ¡prepárate, prepárate, prepárate! Si no tienes esta habilidad, no te sientas excluido; Dios tiene otras bendiciones para ti. El principio es que si Dios no te promueve, no eres promovido; pero si Dios te promueve, claro que eres promovido (Sal 75:6–7; 1Pe 5:6).

Otra esfera más de bendición es la buena salud o la mejorada. Poca gente reconoce su valor histórico. Por muy importante que sea personalmente la buena salud para cada individuo, también ha marcado la diferencia en muchas circunstancias militares. Por ejemplo, la mala salud de Napoleón no le permitió comandar con coherencia la campaña de Waterloo. Perdió aquella batalla final incluso después de ganar dos preliminares victorias claves en Quatre Bras y Ligny que él, en años anteriores y con mejor salud, nunca hubiera permitido que se le escapara de las manos sin explotarla.

La energía nerviosa también es un aspecto de la prosperidad física que pocos entienden. Cayo Julio César tenía una mayor reserva de energía que la de cualquier otro que haya vivido jamás; fue muy exitoso en siete u ocho campos diversos de actividad. Clasificado entre los más grandes capitanes de toda la historia, él ni siquiera comenzó a dedicarse a la profesión militar hasta que tuvo casi cincuenta años. Moisés fue otro hombre de energía prodigiosa. Sus logros fueron fenomenales como un soldado, un escritor, un administrador, un arquitecto, un ingeniero, un gobernante, un compositor, pero sobre todo como un hombre de Dios. Cuando tenía 120 años, ¡él superaba a hombres que tenían un cuarto de su edad! El metabolismo de todos está sujeto a cambios de vez en cuando —¡qué bueno es que se acelere un par de grados como una imputación divina!

Pablo resume el concepto de las bendiciones temporales, la segunda categoría de bendiciones imputadas al creyente maduro en el tiempo, en su oración a los efesios.

Y llegar a conocer [madurez viene a través del conocimiento de la doctrina] el amor de Cristo [ocupación con la persona de Cristo] que sobrepasa todo conocimiento, para que sean llenos con toda la plenitud [*pléroma*] de Dios [imputación de bendiciones espirituales y temporales a creyentes maduros en la tierra]. Y ahora a Aquel mismo, siendo capaz de hacer infinitamente más allá de todas las cosas de lo que podemos

pedir o imaginar de acuerdo al poder [de la Palabra de Dios], siendo el mismo eficaz en nosotros, a Él sea la gloria [Dios es glorificado por estas imputaciones] en la Iglesia [la familia real] y en Jesucristo con referencia a todas las generaciones [estas bendiciones están disponibles a cada generación de creyentes] por siempre y para siempre [las bendiciones en el tiempo tienen repercusiones eternas]. (Ef 3:19–21a, traducción corregida)

Como creyente maduro recibirás tus propias bendiciones temporales. También caerás en la categoría de sufrimiento para bendición, una prueba diseñada por Dios para avanzar al estatus de *pléroma*. Sin importar tu bendición subsecuente, te tranquilizarás y contentarás en cada situación.⁵⁹

No que hable porque tenga escasez, pues he aprendido a contentarme cualquiera que sea mi situación. Sé vivir en pobreza, y sé vivir en prosperidad. En todo y por todo he aprendido el secreto tanto de estar saciado como *de* tener hambre, de tener abundancia como de sufrir necesidad. (Fil 4:11–12)

LAS BENDICIONES POR ASOCIACIÓN

Una gran ventaja de la madurez espiritual es que otros son bendecidos a través de la asociación contigo. Las bendiciones se desbordan hacia aquellos en tu periferia.

Ya que nadie en una congregación local puede superar el crecimiento espiritual de su pastor-maestro, es inevitable que el desborde de la prosperidad comience con el pastor. El pastor estudia y enseña continua y tenazmente, no sólo para que él pueda crecer personalmente más allá de la supergracia y aún más en la ultra-supergracia, sino también para que su rebaño pueda crecer. Si el pastor es maduro, los miembros de su congregación serán bendecidos por su asociación con él en dos maneras: primero, de forma directa —ellos recibirán su fiel comunicación de la doctrina bíblica; segundo, de forma indirecta —su asociación con él, sólo como rostros en su congregación, les traerá sus propias bendiciones de Dios.

Estos aspectos directos e indirectos son válidos para toda bendición por asociación. Por un lado, al creyente maduro se le da tanto que puede

59. Thieme, *El Sufrimiento Cristiano*, 63–68.

ayudar a aquellos a quienes él desee ayudar, o sus bendiciones son tales que siempre salpican a sus amigos, familiares y asociados. Por otro lado, es bendecido con el conocimiento de que sus seres queridos son prosperados y protegidos por Dios personalmente de una manera especial —por el respeto que tiene a la doctrina en su alma.

Citemos algunos ejemplos. La periferia espiritual no es sólo del pastor a la congregación; creyentes maduros en la congregación son también una fuente de prosperidad para toda la organización. En el ámbito de los seres queridos, los padres en supergracia son una bendición para sus hijos. Los hijos serán bendecidos ya sea que ellos mismos alcancen o no la madurez espiritual. Serán bendecidos todas sus vidas, aun si siguen siendo no creyentes. La bendición por asociación continuará después de que sus padres hayan ido a estar con el Señor. En medio de la injusticia y las incertidumbres del mundo del diablo, la herencia más segura que los padres pueden dejar a sus hijos e hijas es seguir consumiendo personalmente la doctrina y romper la barrera de la madurez. No podemos esperar ‘hacer del mundo un lugar mejor para nuestros hijos’. *¡Podemos con confianza encargarlos al cuidado especial de Dios como hijos de héroes supergracia!*

Si los padres no son creyentes maduros pero los hijos sí, la bendición por asociación cambia de sentido: El hijo o la hija supergracia será una causa de bendición para toda la familia. *¡Hasta las mascotas de la familia son bendecidas!*

Si un creyente maduro trabaja en una escuela, en un hospital, en una fuerza policial, en una organización militar, en una orquesta sinfónica, en un bufete de abogados —en cualquier organización legítima que involucre un número de personas en actividad coordinada— esa organización será bendecida por asociación. Unos pocos oficiales de policía espiritualmente maduros haciendo su trabajo como para el Señor pueden bendecir a toda la fuerza policial. La bendición por asociación puede compensar los efectos de políticas departamentales poco realistas. Esta es bendición en la periferia profesional.

En el mundo de los negocios, los creyentes asociados con una compañía o industria pueden ser la base de su prosperidad. Esto incluye a inversionistas, administración y fuerza laboral. La mesa directiva puede felicitarse por el aumento de ganancias que, en realidad, Dios proveyó ¡gracias a la doctrina en un conserje de ultra-supergracia! Asimismo, en el ámbito social, un creyente maduro en un círculo de amigos puede significar bendición para todo el grupo o club. Cualquier

área geográfica —desde el vecindario hasta una ciudad, un condado, un estado, hasta la nación— es bendecida por la presencia de los creyentes maduros que viven o trabajan allí.

EL IMPACTO HISTÓRICO

¿Qué podemos concluir de esta doctrina de la bendición por asociación al área geográfica del creyente, en particular a su nación? La verdadera conclusión natural y es que el evento más significativo en la historia de cualquier generación es cuando un creyente alcanza la madurez espiritual.

Esta no es una declaración hecha a la ligera. No pasa por alto los acontecimientos de verdadera importancia que cambian el mundo y ocurren con cierta frecuencia; ni tampoco ignora las tendencias de la historia. Las tendencias de hoy en día encuentran la libertad nacional en declive y el socialismo y el terrorismo en ascenso. La civilización está retrocediendo. Los chinos ‘tocan los tambores de guerra’ mientras hablan de paz. Nuestros atrasados antagonistas del tercer mundo, ‘muestran sus dientes’. Los líderes nacionales alrededor del mundo generan políticas de maldad que afectan a millones. Los ejércitos marchan bajo estandartes de tiranía —todo mientras que los supuestos campeones de la libertad se hacen de la vista gorda. Más significativo para Dios que cualquier otra cosa en este polvorín de historia contemporánea es un creyente uniéndose a otros creyentes maduros en lo que se llama “un remanente conforme a la elección de la gracia” (Ro 11:5). A causa de este núcleo de creyentes maduros, Dios estabiliza y prospera a una nación.

Existen muchas interpretaciones humanas de la historia. Algunas son tan absurdas que saltan a la vista; la mayoría están construidas alrededor de una pizca o dos de verdad. La Biblia, sin embargo, presenta la interpretación de Dios de la historia. Aunque la Biblia en sí no es un libro de texto histórico, sí registra muchos acontecimientos históricos a fin de enseñar lecciones espirituales. A veces arroja la única luz existente sobre acontecimientos poco conocidos pero críticos. Por ejemplo, un hombre, Samgar, desvió la marea de los Pueblos del Mar griegos de inundar la emergente nación cliente judía. El movimiento masivo de los griegos trastornó todo el mundo alrededor del año 1250 a. C., y sólo la Biblia explica por qué Israel no fue inundada junto con sus vecinos (Jue 3:31). Asimismo, los capítulos iniciales de Génesis registran acontecimientos que son sugeridos en fuentes extrabíblicas pero que se presentan con exactitud sólo en las páginas de las Escrituras.

La Palabra de Dios revela el punto de vista divino y delinea los principios del establecimiento divino. Así proporciona el marco de referencia que es indispensable para comprender los hechos de la historia pasada y presente (y hasta la historia futura, llamada profecía). Una persona puede conocer hechos históricos, pero para interpretarlos de manera adecuada, precisa y objetiva, requiere de un verdadero marco de referencia, un conjunto de principios relacionados con la realidad —en otras palabras, doctrina bíblica residente en su alma. Un creyente debe comprender cómo la historia se relaciona con Dios, con el mundo invisible de los ángeles y con el mundo visible de la humanidad. Si su comprensión del establecimiento divino es limitada, también lo será su perspicacia sobre las tendencias históricas. Él debe ser capaz de distinguir la verdadera moralidad del bien humano, el pecado del crimen y el pecado de la maldad. Debe estar versado a fondo en tales categorías de la doctrina, como el conflicto angélico, la cruz, las dos venidas de Cristo, la esencia de Dios, el decreto divino, las civilizaciones y dispensaciones —incluyendo todos los detalles de la Era de la Familia Real de Dios. En resumen, debe comprender la historia y su propio lugar en la historia a la luz de los objetivos de Dios para el individuo y la nación.

La interpretación espiritual de la historia es la única precisa y verdadera porque esta sola relaciona correctamente la historia con aquel que la controla, el Señor Jesucristo mismo.

Nuestro Señor controla la historia de tres maneras: directa, a través de Su esencia divina; indirecta, a través de nuestro acatamiento voluntario de las leyes del establecimiento divino; y permisiva, permitiendo que el conflicto angélico y la volición negativa sigan su curso. Según la cuarta institución divina bajo las leyes del establecimiento, Dios ha dividido al género humano en naciones. El internacionalismo nunca es patrocinado por Dios.⁶⁰ Siempre, entre las naciones de la tierra, un país (o más) es un centro de la volición positiva en esa generación y sirve a Dios como una nación sacerdote o nación cliente (Éx 19:6). Allí, se protege la libertad, se preserva y enseña la doctrina bíblica, florece el evangelismo, se envían misioneros a otras áreas del mundo y se ofrece un refugio para los judíos. Fundadas u operando sobre principios bíblicos, las naciones cliente tienen una herencia espiritual que impacta el curso de la historia. Dios las vigila con más atención que a otras naciones; es decir, la bendición llega en mayor abundancia, pero la disciplina nacional también es más rápida y severa para la generación que abusa de su derecho de nacimiento espiritual.

60. Thieme, *Freedom through Military Victory*, 12–14.

Cuando una nación cliente compromete las leyes del establecimiento divino hasta que el reversionismo y la maldad llegan a ser el orden del día, dicha nación cosecha una acción punitiva divina. Todas las naciones en el mundo de Satanás sucumben con el tiempo, aunque algunas duran mucho más que otras. Hoy en día, los Estados Unidos está en este trágico predicamento creado por sí mismo. Nuestros padres fundadores desarrollaron una constitución diseñada para limitar al gobierno a sus verdaderas funciones bíblicas. Pero después de dos siglos, la libertad personal, la privacidad y la propiedad se han vuelto objetos de la intrusión y el ataque gubernamental en vez de ser objetos de la protección gubernamental. Sólo en unas pocas iglesias locales se enseña con fidelidad la doctrina bíblica. Todavía tenemos la libertad de evangelizar, pero muchos evangelistas presentan temas falsos y distorsionan el Evangelio. Nuestros misioneros con demasiada frecuencia no exportan más que legalismo, socialismo o emocionalidad. Sólo nuestra actitud más o menos consistente y positiva hacia los judíos e Israel nos favorece, y hasta eso parece estar vacilando.

Por lo tanto, las nubes de tormenta de la disciplina divina se avecinan sobre nosotros. De horizonte a horizonte, dondequiera que miremos, el panorama es oscuro. De hecho, el declive de esta nación ha pasado el punto en el que las soluciones humanas podrían darnos la vuelta. La única esperanza para los Estados Unidos y el único rayo de luz en la tormenta es la imputación de bendiciones históricas a los creyentes maduros.

Los creyentes maduros viven en el ojo del huracán, en la seguridad del entorno encapsulado; ellos son el pivote, mientras que los creyentes reversionistas son el remolino. El pivote es el remanente de creyentes maduros en cualquier entidad nacional. El remolino representa a los creyentes bajo la influencia de la maldad en alguna etapa del reversionismo.

Si el pivote es bastante grande o hay bastantes creyentes *pléroma*, la nación se preservará. Si el pivote es demasiado pequeño y no hay creyentes *pléroma*, la nación será destruida mientras que el pivote de creyentes maduros se preserva (Sal 33:18–22; Is 36—37; Jer 40:4ss.). Los creyentes supergracia y ultra-supergracia son la “sal de la tierra” (Mt 5:13), el preservador de su nación.

La bendición histórica se imputa a los creyentes maduros en el pivote durante los períodos de prosperidad nacional, así como en tiempos de catástrofe y decadencia nacional. En efecto, la prosperidad nacional refleja un gran pivote: las bendiciones divinas llegan a la nación por sus creyentes maduros. Por otro lado, el desastre histórico refleja un pequeño

pivote: los vientos de disciplina personal y colectiva se levantan contra la nación cliente cuyos creyentes están en reversionismo.

Por eso, nosotros como creyentes tenemos el potencial para un impacto histórico mucho mayor —ya sea positivo o negativo— que incluso los líderes famosos e influyentes de nuestros días. Tal vez no seamos notados, conocidos o recordados por los hombres, pero Dios es el que se da por enterado. Así como Él respeta Su propia rectitud en nosotros, así también Él sólo puede honrar a Su propia Palabra cuando la ve en nuestras almas. Entonces, no sólo Él implementa nuestra capacidad del alma con grandes bendiciones personales, sino que, como una categoría de bendiciones especiales en el tiempo, así también prospera nuestra nación.

En los tiempos inestables en los que vivimos, es la responsabilidad solemne de cada creyente avanzar a la madurez. Esta es la contribución esencial de cada creyente para su nación. Quizás has oído a oradores o leído libros o artículos sobre nuestro ímpetu en declive como nación. Nuestra vulnerabilidad nacional te ha impactado; la inevitabilidad de un cambio radical histórico con todas sus horrendas dificultades y tragedias personales te ha asustado. ¿Qué puedes hacer tú? ¿Qué puede hacer una persona? Escribir cartas a un congresista, votar, quizás hasta presentarse como candidato —esos son tus derechos y son los medios adecuados de expresión ciudadana en nuestro sistema de gobierno. Pero has escrito una y otra vez, y aun las tendencias de maldad no han cambiado su curso. Claro está que no debes ir más allá de los límites del establecimiento hacia el activismo o la revolución; eso sólo apresuraría nuestra caída. Tu trabajo es entrar al ojo de la tempestad que se intensifica con rapidez y quedarte ahí.

No te preocupes; la tempestad en esta ilustración es diferente de un huracán real: Este ojo no se moverá. Sólo tú puedes moverte. Sólo tu volición negativa hacia la doctrina puede sacarte del pivote y llevarte al remolino. Si te quedas en el pivote, lo haces porque eres positivo de manera consistente y perseveras a diario en la Palabra de Dios. Ahí, bajo el principio del entorno encapsulado, estarás en un lugar de bendición perfecta sin importar cuáles sean las condiciones históricas.

EL SUFRIMIENTO INMERECIDO

Por qué los Creyentes Maduros Sufren. Puede que te sorprenda encontrar el sufrimiento en una lista de bendiciones divinas. De hecho, ¡puede que estés un poco aprensivo! “¿Qué tiene reservado Dios para

mi?”, te preguntarás. “¡Yo pensé que Él quería bendecirme! ¡Puedo encontrar sufrimiento de sobra sin ir hasta la madurez buscándolo!”.

Dios sí quiere bendecirte. Incluso los no creyentes reconocen, al menos en un grado limitado, la relación entre el sufrimiento y la bendición. Un aforismo del latín dice: “La desgracia no siempre viene a herir”.

En efecto, Dios es glorificado en nuestras vidas al enviar bendiciones especiales por el conducto de la gracia, pero la prosperidad del creyente supergracia y su sufrimiento inmerecido provienen de la misma fuente perfecta —la justicia de Dios. Ambos pasan por el conducto. Ambos suman a lo mismo: bendición.

La diferencia es que la bendición llega bajo circunstancias diversas, algunas placenteras, otras dolorosas. Cuando las bendiciones nos llegan bajo circunstancias placenteras, por naturaleza, tendemos a enfocar nuestra atención en las bendiciones. Sin embargo, cuando las circunstancias difíciles y dolorosas se presentan, la incomodidad nos obliga a mirar más allá del presente y anticipar la fantástica prosperidad reservada para nosotros en la próxima etapa del plan de Dios. Así, se proporciona algo que de otro modo nos faltaría. Mientras todavía disfrutamos de los placeres y bendiciones de la vida en la tierra, se nos da un sistema de ignición para arrancar nuestra anticipación confiada de las bendiciones y recompensas en la eternidad.

Romanos 8:18–27 es un discurso acerca del sufrimiento inmerecido; se estructura alrededor de tres “gemidos”. Primero, como analogía, se dice que la naturaleza gime (Ro 8:19–22), compartiendo la maldición del pecado original de Adán (Gn 3:17). Segundo, el creyente maduro gime de forma literal bajo el sufrimiento inmerecido (Ro 8:23–25). Por último, como paréntesis, el gemido se asigna al Espíritu Santo en Su ministerio de intercesión por el creyente maduro que sufre (Ro 8:26–27). Los “gemidos” de la naturaleza y de Dios el Espíritu Santo son temas vitales e interesantes, pero debemos pasarlos por alto en este estudio porque estamos preparando el terreno para un análisis de Romanos 8:28. El contexto de ese famoso, a menudo mal aplicado, versículo es el gemido del creyente maduro en Romanos 8:23–25.

Y no sólo esta [la naturaleza], sino también nosotros [que somos creyentes maduros], aunque poseemos las primicias del Espíritu, aun nosotros gemimos dentro de nosotros mismos, anticipando ansiosamente *la* adopción; esto es, la resurrección [redención] de nuestro cuerpo. (Ro 8:23, traducción corregida)

El verbo griego ἔχω (*éjo*) en este versículo es un participio concesivo, traducido “aunque poseemos”. Las “primicias del Espíritu” equivalen a la imputación afín de las bendiciones en la madurez. Πνεῦμα (*pneúma*), “del Espíritu”, es un ablativo de fuente. Esta forma gramatical implica que una situación original ha contribuido de alguna manera a la situación presente: Aquí, el ministerio de la llenura del Espíritu Santo, en relación con el AGP, ha producido el estado de madurez en el que las bendiciones divinas se imputan al creyente supergracia.

Cuando se dice que algo viene primero, siempre sugiere que algo más lo sigue. De este modo, “las primicias del Espíritu” representan ambos argumentos *a fortiori* de Pablo. Las “primicias” mismas son las seis categorías de bendición en el tiempo. (Ahora estamos estudiando la quinta categoría: el sufrimiento inmerecido). Estas bendiciones son un anticipo de las recompensas y bendiciones que vendrán en la eternidad. El término “primicias” declara el primer *a fortiori* e implica el segundo. Los creyentes maduros que poseen bendiciones especiales en el tiempo ilustran así de simple el hecho de que es más fácil para Dios bendecirnos después de la salvación de lo que fue para Él salvarnos en primer lugar. Además, si Dios puede bendecirnos en el tiempo, se deduce con mayor razón que Él no dudará en bendecirnos en la eternidad. Así las bendiciones en la tierra garantizan la realidad de las bendiciones reservadas para nosotros en el cielo. Las “primicias del Espíritu” son las mejores cosas en la vida; dan al creyente supergracia su primera probada de lo que está por venir.

Tal vez esto nunca se te haya ocurrido, pero ¡el Señor Jesucristo es glorificado por las mejores cosas en la vida! Estas cosas maravillosas se transforman en recompensas eternas que Lo glorificarán *para siempre*.

Vuelvo a este punto y hago hincapié otra vez en él porque quiero que veas el panorama: Todo lo que el creyente maduro recibe del Señor en el tiempo está diseñado para glorificarlo a Él en el tiempo, en el conflicto angélico. Pero eso es sólo parte del panorama. En realidad, es una *pequeña* parte del panorama. El tiempo es una simple gota en el mar comparado con la eternidad y, de acuerdo a la explicación *a fortiori* de Pablo, las bendiciones de la eternidad serán infinitamente mayores que las del tiempo. Como resultado de glorificar al Señor Jesucristo ahora, se te darán cosas que Lo glorificarán por siempre y para siempre —después de que todo el conflicto angélico haya llegado a ser una historia antigua, un asunto resuelto hace mucho tiempo y que ya no es un problema.

Eso es lo que estamos haciendo en la tierra. Ese futuro distante es la razón por la que estamos vivos hoy, mañana, el siguiente día, y

el siguiente. Estamos haciendo algo ahora para glorificarlo a Él para siempre. ¿Y qué estamos haciendo? Estamos consumiendo doctrina a diario bajo el ministerio enseñador del Espíritu Santo para que podamos conformar poco a poco nuestro pensamiento a la mente de Cristo, para que podamos romper la barrera de la madurez, para que podamos recibir bendiciones en el tiempo y al final ser bendecidos en la eternidad.

Ahora bien, mucha gente no comprende que el sufrimiento es una parte integral de este sistema de bendición y felicidad. Por naturaleza, tendemos a asociar la felicidad con lo que consideramos como circunstancias agradables. Sin embargo, bajo la voluntad permisiva de Dios, experimentamos circunstancias agradables y desagradables en el mundo del diablo; esta ha sido la característica del *cosmos diabolicus* desde que Satanás tomó el mando en la caída del hombre. Como un camino que serpentea a través de montañas agradablemente frescas, que desciende de vez en cuando al piso abrasador del desierto, y que luego se eleva de nuevo hacia las tierras altas, así nuestra jornada de la vida nos lleva dentro y fuera de circunstancias agradables, dentro y fuera del sufrimiento.

Cuando la gente sufre, por lo general se inquieta, se agita, busca praderas más verdes, esperando que un cambio de ambiente aliviará el dolor y traerá la felicidad. Pero Dios declara que los detalles y circunstancias de la vida no tienen importancia. Ya sea que sufras como individuo, como miembro de un grupo, o como parte de un desastre nacional, Dios convierte incluso las experiencias del desierto en gran bendición. Es más, Él no relega de manera pasiva tales experiencias a Su voluntad permisiva. Él interviene de manera directa en el asunto al proporcionar sufrimiento inmerecido como una imputación afín de Su justicia a Su rectitud en el creyente maduro. Él proporciona el sufrimiento, al igual que la bendición en ese sufrimiento. Esto es justo porque viene de Su justicia. Y como todas las bendiciones que bajan por el conducto de la gracia, no se gana ni se merece.

El tiempo presente habitual de στενάζω (*stenázo*), “gemir”, denota lo que ocurre por costumbre o lo que es razonable esperar cuando al creyente se le da sufrimiento inmerecido. El dolor es real: sufrimiento, para ser sufrimiento, debe doler. El propósito del sufrimiento no es para perseguirte, ni para atraparte, ni para empañar tus bendiciones, ni para esclavizarte al sufrimiento y, siendo inmerecido, ni para castigarte o disciplinarte.

Debemos distinguir el sufrimiento inmerecido de la disciplina divina que es punitiva. Sólo los creyentes maduros, o quienes están

siendo probados en el umbral de la madurez, pueden recibir sufrimiento innecesario junto con otras bendiciones del estatus de supergracia. Tanto creyentes maduros como inmaduros, sin embargo, tienen naturalezas del pecado y son sujetos a disciplina cuando pecan. Cuando el sufrimiento es disciplinario, el rebote es la solución que debe usar tanto el creyente maduro como el inmaduro. En el momento del rebote, Dios puede eliminar el sufrimiento, reducirlo o perpetuarlo en su intensidad actual. Cualquier sufrimiento que pueda continuar después del rebote está diseñado para el beneficio del creyente.⁶¹

Aunque “tenemos las primicias del Espíritu”, todavía sufrimos. El propósito de Dios es demostrar que ninguna circunstancia de la vida es mayor que Su plan, que el poder de Dios es mayor que el poder del gobernante de este mundo. ¿Y cómo es que Dios demuestra Su poder? A través de tu aplicación de la doctrina bíblica residente en tu alma. Al sostenerte así bajo presión, Él gana otra victoria táctica en el conflicto angélico.

La imputación del sufrimiento innecesario hace más que derrotar a Satanás; beneficia al creyente al mismo tiempo. La función del creyente en la vida es el crecimiento espiritual. Cuando las adversidades y dificultades del sufrimiento obligan al creyente a recurrir a sus recursos internos de doctrina, su crecimiento se acelera. Si un creyente mantiene su impulso y se niega a distraerse de la doctrina, sabiendo que el sufrimiento viene como una bendición de Dios, él ejercita sus músculos espirituales y gana fuerza espiritual.

Una de las pruebas más difíciles del creyente en crecimiento es soportar el sufrimiento mientras que un reversionista prospera (Sal 37:1, 7). La prosperidad del reversionista puede ser una bendición por asociación; puede ser una pseudobendición de los recursos de Satanás como el gobernante del mundo. O, puede ser diseñada a propósito por Dios para probar al creyente en crecimiento. ¿Pondrá sus ojos en el reversionista y se volverá celoso? ¿El antagonismo o amargura neutralizarán su propia dinámica espiritual? ¿La presión le hará buscar una prosperidad manifiesta en vez del continuo avance espiritual? ¿O dirá con Job: “Aunque él me mate, en él esperaré” (Job 13:15, RVR)? Satanás está muy interesado en el resultado de esa prueba. Dios, sin duda, también está interesado, pero el creyente es el ganador. Él desarrolla una aplicación de doctrina que lo ata al mástil ¡con más seguridad que nunca!

61. Thieme, *El Sufrimiento Cristiano*.

El héroe supergracia recuerda que no importa cuál sea la fuente de la prosperidad del reversionista, su falta de capacidad destruye cualquier posibilidad de disfrutar lo que tiene. A menudo, la única razón por la que Dios mantiene con vida a un reversionista es para servir como prueba o ayuda de entrenamiento para los creyentes que están avanzando (Pr 16:3–4). Eso no es lo que uno llamaría la más alta vocación cristiana. Así pues, a pesar de todas las apariencias, es seguro que el reversionista no es alguien a quien envidiar.

Hay aún más detrás de la imputación del sufrimiento inmerecido al creyente maduro. Los tiempos de sufrimiento hacen que los tiempos de prosperidad por contraste sean más maravillosos. Como dice Pablo: “Sé vivir en pobreza, y sé vivir en prosperidad.” (Fil 4:12). Tanto lo mejor como lo peor llegan al creyente maduro. Si puede soportar lo peor en la vida, no cabe duda de que puede soportar lo mejor. Los extremos demuestran la capacidad, estabilidad y confianza de la madurez espiritual.

Mayor aún es el contraste justo en medio del sufrimiento mismo. El contraste entre el doloroso entorno exterior y la riqueza interior del punto de vista divino sólo intensifica la ocupación del creyente con Cristo; hace más vívidas todas las bendiciones espirituales del creyente. Dado que la capacidad del creyente maduro garantiza que ningún desastre puede atraparlo, Dios es libre para imputarle un desastre de vez en cuando como una bendición que aumenta su apreciación por Dios y acelera su crecimiento espiritual.

Probar la suficiencia de Dios, derrotar a Satanás, acelerar el crecimiento espiritual, probar la perspectiva del creyente, bendecir a través del contraste —ni siquiera estos son la historia completa detrás del sufrimiento inmerecido del creyente. En la traducción corregida de Romanos 8:23, “anticipando ansiosamente”, el verbo griego es *ἀπεκδέχομαι* (*apekdéjomai*), usado por Pablo en el sentido de expectativa confiada. Esta confianza total es la actitud del creyente maduro bajo el sufrimiento inmerecido. ¿Cuál es el objeto del pensamiento que da tal actitud? “Adopción” es un término técnico definido en el contexto de la santificación final del creyente: “la resurrección [redención] de nuestro cuerpo”. Esto no debe confundirse con la redención del alma. La salvación a través de la fe en Cristo redime el alma; la resurrección en el Arrebatamiento redime el cuerpo. Hasta que eso ocurra, el periódico sufrimiento inmerecido estimulará la anticipación confiada y ansiosa del creyente maduro de recibir el cuerpo de resurrección en la eternidad (Col 1:27).

Así, el sufrimiento inmerecido es diseñado para intensificar el enfoque del creyente maduro sobre las fantásticas recompensas futuras del cielo. Tal enfoque, desarrollado bajo presión y llevado a tiempos de prosperidad, estabiliza al creyente en la vida. De hecho, la anticipación de la eternidad motiva al creyente maduro a perseguir persistente y continuamente un conocimiento cada vez mayor de la Palabra de Dios. Por contradictorio que parezca a primera vista, el sufrimiento inmerecido en el tiempo es en realidad un anticipo de la eternidad donde el sufrimiento es imposible (Ap 21:4): la actitud mental de suprema confianza que puede enfrentar hasta el máximo sufrimiento sin inmutarse es lo más cerca que alguien en la tierra puede llegar a experimentar de la dinámica mental del cielo. Es obvio que esto no es para cualquiera, sino para el creyente maduro con un alma saturada de doctrina bíblica. Es claro que el objetivo de Dios al imputar el sufrimiento inmerecido no es causar que el creyente se rompa (1Co 10:13). Como un anticipo de las bendiciones eternas, pagado sólo a los creyentes maduros que tienen la capacidad de manejarlo, tal sufrimiento es una garantía de aquellas futuras recompensas.

Recuerda que el sufrimiento inmerecido es una categoría de bendiciones en el tiempo. Las bendiciones son fenomenales; son “las cosas que Dios ha preparado para aquellos que Lo aman” (1Co 2:9, traducción corregida). Si sólo la prosperidad y las circunstancias placenteras fueran imputadas al creyente maduro, podría estar en peligro. La prosperidad es una prueba que mucha gente no puede pasar. Si sólo recibiera prosperidad, podría llegar a estar tan absorto por su riqueza, sus promociones, su prosperidad social, su bendición por asociación a otros alrededor de él, su impacto histórico, que él estaría en peligro de olvidar de dónde provienen estas bendiciones. Así como Dios no imputa sufrimiento para abrumar y destruir a un creyente, tampoco diseña la prosperidad para distraer a un creyente de la doctrina.

Aquí hay otra demostración más de la integridad de Dios, y una razón más para el sufrimiento inmerecido. En medio de cosas maravillosas, el dolor del sufrimiento inmerecido sirve como recordatorio de la gracia. Te percatas de la verdad, y dices: “No voy a estar bajo esta presión ¡para siempre! Todas las bendiciones que recibo aquí en la tierra provienen de Dios, y Él solo será la fuente de aún más bendiciones en el futuro”.

Como ves, el sufrimiento inmerecido llama tu atención. Una vez que tiene tu atención, te recuerda que tienes un futuro glorioso. Por ende, el creyente maduro no se apresura por escapar de la presión; no va en una búsqueda frenética de la felicidad; no pone excusas a sus amigos; no sale

corriendo a explicar la situación a quienes lo difaman. Acepta el sufrimiento tal como viene, como del Señor. Por supuesto, ninguna persona normal busca el sufrimiento o disfruta el dolor en sí. Pero cuando el sufrimiento intenso está diseñado en particular para bendición, el creyente mantiene una actitud mental relajada y disfruta de un contentamiento de alma. Tal bendición actúa como un rayo láser que penetra la barrera del tiempo e ilumina las fantásticas riquezas futuras de la eternidad. ¡La sabiduría de Dios es absolutamente extraordinaria en saber justo cómo bendecir a aquellos que tienen la capacidad para bendición!

Introducción a la Esperanza

Porque con referencia a esa esperanza [de resurrección futura en el Arrebatamiento de la Iglesia] hemos sido salvos.
(Ro 8:24a, traducción corregida)

Fuimos salvos con el propósito de tener un glorioso futuro, y los creyentes de Romanos 8:24 tienen sus ojos en ese futuro.

Por desgracia, la palabra “esperanza” en español a menudo connota ignorancia. Por ejemplo, si se le pregunta a alguien: “¿Irás al cielo cuando mueras?”, y responde: “Espero que sí”, eso quiere decir que no sabe con certeza. Esto es un estado lamentable: ignorancia de doctrina básica.

Cuando la Palabra de Dios, ya sea en hebreo o en griego, se refiere a la eternidad como la “esperanza” del creyente, siempre significa tener consciencia, nunca ignorancia; siempre confianza, nunca incertidumbre. Varios sustantivos y verbos hebreos están relacionados con esperanza o confianza. Se traduce mejor como “confianza —confianza segura, anticipación o expectativa”; todos connotan un sentido de seguridad en algo más grande que nosotros. Por lo general, ese “algo más grande” es la integridad de Dios. El hombre confía en Dios para futuras bendiciones.

El vocabulario del Nuevo Testamento para esperanza comunica el mismo significado que el Antiguo. En el griego clásico, *ἐλπίς* (*elpís*), “esperanza”, expresaba la idea popular de que la existencia humana se definía no sólo por el presente sino también por el pasado y el futuro. Pensar en el pasado se llamaba memoria, pensar en el futuro, esperanza.

Pablo era un genio, un genio *instruido*. De su rico trasfondo académico aprendió la palabra *elpís*, popularizada por Platón y otros, y la aplicó a la Palabra de Dios. Mientras los escritores clásicos habían usado *elpís* en uno de dos sentidos —mirando hacia adelante a lo bueno o lo malo, Pablo la usa sólo en el sentido positivo —anticipando lo bueno. De

principio a fin del griego *koiné* del Nuevo Testamento, esperanza lleva el matiz de confiar en algo, de esperar algo, de anticipar algo maravilloso y beneficioso. La esperanza es seguridad y consuelo en relación con cosas futuras.



Ahora bien, cuando una esperanza se ve, no es esperanza; así que, ¿quién espera lo que ve? (Ro 8:24b, traducción corregida)

Este versículo define a la esperanza como una posibilidad *futura*, como la anticipación de algo todavía no presente. Cuando esa esperanza se cumple —cuando el evento futuro se convierte en una realidad presente— ya no es una esperanza.

De nuestro estudio de doctrina bíblica, sabemos que ciertas cosas están surgiendo para nosotros mismos en el plan de Dios. Conocemos el siguiente objetivo que Dios ha diseñado para que nosotros lo

alcancemos. La confianza de que alcanzaremos ese objetivo si seguimos el procedimiento establecido en la Palabra de Dios es lo que significa esperanza. La esperanza es la anticipación ansiosa al acercarse a una meta. Tan pronto como alcanzamos la meta, sin embargo, nuestra esperanza deja de ser una esperanza. Ya no es confianza en el futuro invisible, sino que ¡se ha convertido en el disfrute de una experiencia presente! ¿A dónde vamos desde allí? ¿Nos quedamos en el limbo? ¡No! Desde esa nueva realidad, continuamos avanzando en el plan de Dios al movernos hacia el *próximo* objetivo. Tenemos una nueva esperanza. Dios siempre reemplaza una esperanza con una nueva esperanza tan pronto como la realidad sucede. Él nunca nos deja sin esperanza o sin un objetivo en la vida; Él siempre señala el camino hacia bendiciones más y más grandes. Incluso podríamos describir el progreso y el impulso en la vida espiritual como “de esperanza a esperanza a esperanza”. Esta progresión culmina por fin en la eternidad cuando tenemos como realidad lo máximo y ya no necesitamos una esperanza.

Vayamos a lo concreto. Hay tres esperanzas en el plan de Dios. Podríamos imaginarlas como escalones en una escalera. Todos empezamos en la planta baja, cuando la vida humana se formó por la imputación de la vida de alma a la vida biológica y el pecado original de Adán a nuestras naturalezas del pecado. Cuando escuchamos el Evangelio como no creyentes, tuvimos esperanza de salvación. Tuvimos confianza de que podíamos ser salvos a través de la simple fe en Cristo. En el momento que actuamos en esa esperanza y creímos en Cristo, la esperanza dejó de ser una esperanza; se convirtió en realidad: *Fuimos* eternamente salvos. La esperanza de la salvación quedó atrás; la realidad había tomado su lugar. Entramos para siempre a la familia real de Dios, pero como todos los demás, entramos como creyentes inmaduros.

La nueva esperanza que reemplaza a la vieja —la segunda esperanza que reemplaza a la primera— ahora es la posibilidad de romper la barrera de la madurez, de ser bendecidos en el tiempo, y en ello glorificar al Señor Jesucristo. Esta segunda esperanza se convierte en el objetivo de la manera cristiana de vivir. Tenemos total confianza de que si persistimos en aprender doctrina desarrollaremos la capacidad para la sexta imputación, las bendiciones especiales aquí en la tierra y, a medida que crecemos, anticipamos ansiosamente recibir las cosas que Él ha diseñado para nosotros.

Una vez que alcanzamos la madurez espiritual y comenzamos a recibir las recompensas maravillosas de nuestros párrafos de la supergracia, la

segunda esperanza se convierte en una realidad. De nuevo, una esperanza ha dejado de ser una esperanza. ¿Qué viene después en el plan de Dios? ¿Cuál es nuestra meta para el resto de nuestra vida como cristianos maduros? La tercera esperanza es la seguridad confiada de recompensas y bendiciones en el cielo que glorificarán a Dios para siempre.

Al explicar el sufrimiento innecesario como una categoría de las bendiciones en el tiempo del creyente maduro, nos topamos con una doctrina que se encuentra en el centro de nuestra relación con la integridad de Dios. A menos que entendamos la doctrina de la esperanza, no podemos orientarnos al plan de Dios: la esperanza anticipa la función de la integridad de Dios. A medida que nuestro estudio de la integridad divina continúa desplegándose, desarrollaremos una doctrina completa de la esperanza que llegará a ser el criterio de confianza en la vida.

Ahora, si esperamos lo que no vemos [y lo hacemos],
mediante la fortaleza nos mantenemos en anticipación
ansiosa. (Ro 8:25, traducción corregida)

La pregunta es, de las tres esperanzas en el plan de Dios, ¿cuál está a la vista aquí? La respuesta es la tercera esperanza. El sufrimiento innecesario es una categoría de bendición imputada al creyente *maduro* para actuar como un sobrealimentador en su anticipación de la realidad futura.

Romanos 8:23–25 no es una descripción de cualquier creyente. Como la mayoría de los creyentes de la presente generación son trágicamente inmaduros, Romanos 8:25 en realidad describe sólo a unos pocos. El creyente inmaduro no tiene un baluarte de doctrina en su alma que le dé fortaleza bajo presión. Su sufrimiento es miseria autoinducida, disciplina divina por reversionismo o la simple incapacidad de sus recursos humanos para lidiar con los caprichos del mundo del diablo. No tiene capacidad para capear la tormenta, y mucho menos para ser bendecido por la misma. En contraste, el creyente maduro no sólo se beneficia del sufrimiento innecesario, sino que lo requiere de vez en cuando. De otra manera, podría permitir que las fantásticas bendiciones del tiempo eclipsen las cuestiones eternas. El creyente maduro mantiene su impulso tanto en la prosperidad como en el sufrimiento al recurrir la doctrina categórica en su alma. El creyente maduro es el único que tiene fortaleza en el tiempo de crisis. Más que fortaleza, tiene una anticipación ansiosa de las recompensas y bendiciones invisibles que él sabe que serán imputadas en su cuerpo de resurrección en el cielo. Él está total e inamoviblemente confiado. Tan

doloroso como puede ser su sufrimiento inmerecido, tal sufrimiento sólo le hace regocijarse en el hecho de que la vida en la tierra no es permanente. Sabe sin lugar a duda que sus bendiciones divinas en el tiempo garantizan que tendrá extraordinarias bendiciones en la eternidad.

LA GRACIA AL MORIR

La gracia al morir es la sexta y última categoría de bendiciones que Dios imputa al creyente maduro en el tiempo. La maldición de la muerte con su miedo y dolor se elimina por completo; la muerte misma se convierte en una bendición digna de concluir una vida de bendiciones. La muerte para el creyente maduro no es el desierto, sino el postre de la vida. En efecto, la gracia al morir encuentra al creyente supergracia parado con confianza en lo alto del punto panorámico de tremendas bendiciones en el tiempo con sus ojos puestos sobre las maravillosas posibilidades de la eternidad; entonces él cruza el alto puente dorado al cielo —¿de una prosperidad a la siguiente! Puedes ver por qué la muerte no tiene ningún terror para él.

En otro lado he abordado en detalle el tema de la gracia al morir;⁶² pero, en resumen, es la última oportunidad de Dios para bendecir al creyente maduro en la tierra, una oportunidad que Dios siempre aprovecha al máximo.

Estimada a los ojos del SEÑOR

Es la muerte de Sus santos [creyentes]. (Sal 116:15)

El creyente maduro tiene lo mejor en la vida, mucho mejor en la muerte y aún mejor que eso en la eternidad. Dios escoge el momento, la manera y el lugar de la muerte para cada creyente, y en cada caso Su decisión es perfecta, no para ser difamada ni puesta en duda por los que quedan atrás.

Para el escalón más alto de los creyentes ultramaduros o *pléroma*, Dios a veces combina las categorías cinco y seis de las bendiciones imputadas en el tiempo: el sufrimiento inmerecido más la gracia al morir. En este sentido, el honor más alto que Él puede otorgar a un cristiano en el mundo del diablo es la transferencia del tiempo a la eternidad a través del martirio. Tal combinación de bendiciones puede darse sólo donde existe una gran capacidad de alma.

En efecto, ¡la imputación del martirio al creyente ultra-supergracia es aún más rara que los creyentes ultra-supergracia mismos! En este punto

62. Thieme, *Dying Grace* (2004).

nos hemos vuelto descuidados en nuestra interpretación de la historia. Por ejemplo, aquellos cristianos del primer siglo que fueron arrojados a los leones o quemados vivos para iluminar el jardín de Nerón son llamados, por tradición, mártires. En el sentido técnico de la palabra, muchos no fueron mártires en absoluto.

Como es bien atestiguado en las epístolas del Nuevo Testamento, las primeras iglesias fueron semilleros de algunas de las peores distorsiones imaginables de la doctrina. En un pasaje tras otro, se refuta la doctrina falsa y se expone este o aquel tipo de legalismo o antinomianismo. Muchos de los así llamados mártires sólo fueron reversionistas recibiendo la máxima disciplina divina —el pecado hasta la muerte. Esta es la alternativa a la gracia al morir. En vez de ser “estimada a los ojos de Jehová”, es una tarea desagradable para Dios tener que administrar la disciplina final al creyente reversionista. No hay alto puente dorado para él: se traslada al cielo por el camino bajo del máximo dolor y miseria, el arrastre de mil metros sobre vidrio molido. A juzgar por su rechazo a la doctrina bíblica, la mayoría de creyentes prefieren esta ruta, al menos la mayoría de creyentes en esta generación.

En toda la historia de la Iglesia el número de creyentes que han sido honrados con el martirio es mucho menor de lo que se suele suponer. Pablo fue sin duda uno de esa fraternidad élite. Desde el día en que se dio cuenta que esta vez no sería liberado de la prisión en Roma (2Ti 4:6–8), él disfrutó del estímulo de saber que pronto estaría “ausente del cuerpo y en casa cara a cara con el Señor” (2Co 5:8, traducción corregida). Durante esas semanas finales de anticipación confiada, él escribió su segunda epístola a Timoteo, las últimas palabras de un gran hombre. En ese Libro, no expresa pánico, ni pérdida de la capacidad para la vida, ni remordimientos por fracasos pasados, ni pecados de actitud mental contra aquellos que acababan de cometer perjurio en su contra (2Ti 4:14–16) ni quejas por haber sido condenado antes de ser juzgado (2Ti 2:9). No aboga por manifestaciones ni pide el derrocamiento del gobierno que lo había tratado de manera injusta. En cambio, él reconoce la importancia del establecimiento; sabe que aún en los momentos más injustos y malvados de la historia, Jesucristo todavía está en control. Pablo recuerda a sus amigos; manda por sus libros favoritos y su cálido abrigo para estar lo más cómodo posible. Da instrucciones para la continua disseminación de la doctrina y se relaja en su esperanza intensificada que está a punto de cumplirse.

Entonces, en el día señalado de la primavera del año 68 d. C., Pablo fue escoltado a través de las puertas de la Cárcel Mamertina y a lo largo

de la Vía Apia hacia la costa. Al detenerse en algún lugar entre Roma y el ajetreo del puerto de Ostia, Pablo vio al lictor desatar el hacha de los fasces. Luego, Pablo se arrodilló y fue decapitado.

La decapitación es indolora. Los nervios son sólo cortados —limpia y rápidamente. El único problema posible es la angustia mental por la anticipación, pero eso no fue un problema para Pablo. El apóstol más grande, el hombre que había “peleado la buena batalla”, “terminado el recorrido” y “guardado la doctrina” (2Ti 4:7, traducción corregida), partió del cuerpo con los más altos honores para estar cara a cara con el Señor.

La Séptima Imputación: Recompensas en la Eternidad

LA EVALUACIÓN FINAL

Cuando el Señor Jesucristo evalúa la vida de los creyentes y los recompensa en consecuencia, Él lo hace como juez, como Presidente del Tribunal Supremo del Cielo (Jn 5:22). Él funciona como un juez porque todas las bendiciones divinas, en realidad todas las imputaciones, provienen de la justicia de Dios. Dios es glorificado al demostrar Su capacidad para bendecir al hombre totalmente sin comprometer Su esencia divina. Él es glorificado al máximo por lo que Él dará en esa imputación final.

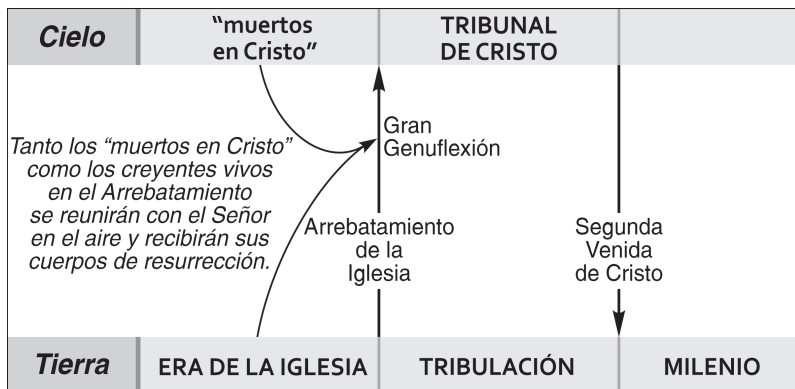
En todas las imputaciones afines, se requieren dos factores: el factor uno, lo que se imputa; el factor dos, su hogar o destino. En la séptima imputación, la esperanza del creyente maduro se convierte en realidad cuando las recompensas y las bendiciones eternas —factor uno— son acreditadas a su cuerpo de resurrección —factor dos. Su esperanza en el tiempo tiene un doble enfoque: hacia sus bendiciones de la gracia sobreabundante y hacia su cuerpo de resurrección. Cada uno de estos dos factores se denomina una esperanza (Hch 23:6; Ef 1:18).

Para anclar su confianza en esta realidad futura, el creyente maduro debe familiarizarse con la secuencia de eventos que conducen y que siguen de inmediato a su evaluación final. Sin importar cuándo muera, él no será evaluado hasta que reciba su cuerpo de resurrección. La imputación afín de recompensas y bendiciones no puede ocurrir hasta que el hogar o destino haya sido preparado para ellas. Ningún creyente de la Era de la Iglesia será evaluado hasta que toda la familia real haya sido formada —la finalización corporativa del cuerpo de Cristo. Sólo

entonces sucederá la Resurrección o el Arrebatamiento. En ese momento, cada miembro de la familia real recibe un cuerpo exactamente como el cuerpo de resurrección de Cristo, libre de la naturaleza del pecado, libre del bien y la maldad.

Dado que la resurrección no ocurrirá hasta el final de la Era de la Iglesia, ¿qué sucede entonces con los creyentes de la Era de la Iglesia que mueren antes del Arrebatamiento? Recuerda que el verdadero ser del creyente es su alma y su espíritu humano. El cuerpo es sólo una casa o residencia temporal para la verdadera persona. El alma y el espíritu humano del creyente de la Era de la Iglesia, que ha partido con la vida eterna intacta, se unen a un cuerpo interino (Lc 16:19–31) para habitar en el cielo con el Señor (2Co 5:1–6; 1Ts 5:23). Cada individuo está consciente por completo; en realidad, como ya no está limitado a un cuerpo mortal, su habilidad perceptiva se mejora. Es completamente reconocible y perfectamente feliz —pero todavía sin un cuerpo de resurrección.

En el Arrebatamiento, estos miles de millones de creyentes de la Era de la Iglesia, llamados “los muertos en Cristo”, acompañarán al Señor desde los cielos a un encuentro en el espacio arriba de la tierra, donde se les unirá la generación viva de creyentes. Allí recibirán sus cuerpos de resurrección (1Co 15:51–54; 1Ts 4:14–17).



Justo después del Arrebatamiento, habrá un tiempo de fantástica felicidad y celebración, una ‘reunión’ de toda la familia real, reunida por primera vez en un reconocimiento masivo y espontáneo de Cristo. Yo llamo a esto la Gran Genuflexión.

Porque está escrito,

“Como continúo viviendo, y por Mí mismo he jurado,
toda rodilla se doblará ante Mí [Cristo],
Y toda lengua confesará a Dios [el Padre]”. (Ro 14:11,
traducción corregida)

Este tiempo de adoración y de prorrumpir en himnos culminará cuando Cristo dirija toda la procesión real de regreso al cielo. Con la Era de la Iglesia completada, la interrumpida Era de Israel se reanudará para sus siete años finales (Dn 9:24–27), conocidos en escatología como la Tribulación. Mientras que la Tribulación se desarrolla en la tierra, Jesucristo preparará a Su Esposa para acompañarlo en Su Segunda Venida. La Esposa de Cristo es el título para la familia real en el cielo (Ap 19:7–9; 22:17), así como el Cuerpo de Cristo es uno de sus títulos en la tierra (Col 1:18). En la Segunda Venida, el Rey de reyes regresará para derrocar a Satanás y establecer Su reino personal de mil años sobre el anterior reino del diablo.

En esta futura secuencia de acontecimientos, aparece un contraste casi impactante cuando la celebración inicial y el máximo espíritu de equipo de la Gran Genuflexión de repente den lugar a una seria solemnidad. El Señor Jesucristo convocará al tribunal.

De modo que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí mismo. (Ro 14:12)

En esta vida perseveramos, perseguimos las tareas diarias, llegamos a estar involucrados en la rutina, consumimos doctrina hoy, mañana, pasado mañana y el día siguiente (o deberíamos hacerlo). Nos encontramos con todo tipo de pruebas, distracciones y problemas, pero seguimos adelante, seguimos concentrándonos, y seguimos manteniendo el paso un día a la vez. No hay fama efímera, no hay un reconocimiento especial, no hay fanfarrias. Los años pasan, y de repente la vida se acaba. Entonces viene la gran pregunta: ¿Qué logramos?

Así como la salvación tiene una pregunta: “¿Qué piensas de Cristo?” (Mt 22:42, traducción corregida), la vida después de la salvación también tiene una pregunta: “¿Qué piensas de la doctrina?”.

Pues como él [un hombre] piensa en su corazón [lóbulo derecho], así él es. (Pr 23:7a, traducción corregida)

Somos lo que pensamos. El plan de Dios ha tomado en cuenta para nosotros compartir el pensamiento de Cristo y utilizar en nuestra

caminata por esta vida Su orientación divina a la realidad. Si Jesucristo es importante, entonces lo que Él piensa es más importante que cualquier otra cosa en la vida. Pero ¿qué ha sido importante para nosotros?

Cuando lleguemos al final de nuestro camino y miremos hacia atrás, veremos un camino de fuertes altibajos —de positivo a negativo a positivo— según hayamos fluctuado en nuestra actitud hacia la Palabra de Dios. Ningún ser humano con una naturaleza del pecado tendrá un historial perfecto; nadie habrá seguido un camino recto. La pregunta será: ¿Qué ha predominado? ¿Hemos sido positivos hacia la doctrina o negativos todo el tiempo? ¿Hasta dónde nos ha llevado nuestra volición positiva? ¿Hemos roto la barrera de la madurez? ¿Hemos avanzado más allá de la madurez? ¿Hemos persistido en aprender doctrina un día a la vez, día tras día? Se nos ha dado doctrina, el aparato de la gracia para la percepción, la gracia logística y —excepto en casos especiales que luego veremos— el tiempo suficiente para crecer espiritualmente. ¿Cómo hemos manejado todos estos bienes?

No puedo enfatizar lo suficiente la gravedad de esta pregunta. Cuando me detengo a pensar qué tan fácil es para las personas alejarse de la doctrina y lo difícil que es ser consistente con el AGP, la importancia de esta pregunta se hace enfática.

El plan de Dios es simple; los temas y objetivos están bien definidos. Sin embargo, la vida puede llegar a ser muy complicada cuando fabricamos nuestros propios problemas, cuando nuestros amigos nos fabrican problemas, cuando la vida misma añade sus propios problemas y distracciones. Por ejemplo, muchos cristianos han detectado en el horizonte nuestra crisis histórica acercándose deprisa, y están muertos de miedo. Estos creyentes han sido distraídos de lo más importante en la vida por una situación que es también muy crítica pero de mucha menos importancia. La doctrina debe tener la prioridad número uno. Con doctrina en tu alma, tú sabes quién controla la historia, y conoces tu lugar en ella. La doctrina mantiene en perspectiva hasta los desastres históricos y te habilita para pensar en lugar de aterrorizarte bajo presión. Pase lo que pase en el futuro, debes asignar a la política y la guerra y los asuntos mundiales, así como tus propias ambiciones, tu vida familiar, tu vida social, tu vida de negocios, todo a prioridades más bajas que las que le das a la Palabra de Dios. Tan legítimas e importantes como estas otras cosas puedan ser, la doctrina es el asunto eterno y esa doctrina debe estar en *tu* alma. Estos otros aspectos legítimos en tu vida se pueden poner en la perspectiva correcta con doctrina en tu alma.

En el tribunal de Cristo estarás por tu cuenta frente al Señor de Gloria. “Cada uno” en Romanos 14:12 significa que Cristo manejará cada caso de manera individual. El cristianismo es personal, y debes responder por ti mismo. En la vida, puede que hayas evadido la responsabilidad de tus propias decisiones; puede que hayas encontrado otros a quienes culpar o en quienes apoyarte; puede que hayas desarrollado una prodigiosa capacidad para inventar excusas. Pero ante el omnisciente Rey de reyes, no podrás evadir, compensar, reír, o inventar excusa alguna. Él tiene todos los hechos. Toda la evidencia está en la mente de Cristo: Él conoce cada uno de tus pensamientos durante cada momento tuyo en la tierra, y si reside doctrina en tu alma, Él reconoce Sus propios pensamientos en ti. Él conoce tu verdadera actitud hacia Su Palabra. La invalidez de todas las excusas que hayas dado alguna vez para no aprender doctrina no es un secreto para Él. Si piensas que estás guardando algún secreto a Dios, olvídale. Él conoce tu alma, cada pensamiento tuyo, y los ha conocido desde hace miles de millones de años. ¡Estás parado frente a la Persona que proporcionó los medios para superar incluso las excusas *legítimas*! Más que nunca, cuando te encuentres frente a Él, sólo podrás decir: “¡Sin excusas, Señor!”. Quizá por primera vez, aceptarás la *plena* responsabilidad por tus propias decisiones.

¿Esto te hace sentir incómodo? Asegúrate de entender que no estoy hablando de tus pecados. Ellos fueron juzgados en la cruz y nunca serán mencionados otra vez. Los pensamientos, las decisiones y las acciones por las que debes rendir cuentas, de hecho, no tienen nada que ver con el pecado en realidad. El pecado no es el problema; el problema es tu actitud hacia la doctrina. Rendirás cuentas en cuanto a todas las veces que desperdiciaste tu tiempo en bien humano, en acción social, en intentar compensar un complejo de culpa. Tu sinceridad no conmovió a Dios —habrás estado, con toda sinceridad, equivocado. La ignorancia no será una excusa —será el problema.

El Hijo de Dios sumará todos los hechos y elaborará un ‘informe de desempeño’ final. En aquellos casos excepcionales en los que un individuo no tuvo suficiente tiempo para alcanzar la madurez —por ejemplo: un nuevo creyente en la generación del Arrebatamiento, o una persona que murió en la niñez, o que tenía mínima inteligencia, o que fue llevada a casa ‘pronto’ con el fin de glorificar al Señor de una manera especial— Cristo en Su omnisciencia sólo extrapolará más allá de lo real a lo posible. Él sumará tanto lo conocido como lo desconocido. En otras palabras, Dios conoce la historia de ‘¿qué tal sí?’. Él sabe lo que

la persona *habría* logrado si hubiera tenido el tiempo suficiente, ¡y Él lo recompensará de acuerdo a ello! Aunque nuestro Señor Jesucristo tenga que recurrir a Su conocimiento cierto de lo que para nosotros es especulación, Él será del todo justo con cada uno de nosotros. Dios es justo ahora; sin duda será justo entonces.

Para cuando llegues al tribunal de Cristo (de hecho, tan pronto como mueras), será muy tarde para hacer algo con respecto a tu evaluación. No hay manera de influir en el Juez, no hay manera de ocultar los hechos. Tu informe de desempeño cubrirá el período de tiempo entre tu salvación y tu partida de la tierra. El tiempo para aprender doctrina es ya.

En el tribunal de Cristo, sólo los creyentes que recibieron la sexta imputación recibirán la séptima imputación.

Porque todos debemos comparecer ante el tribunal [βῆμα, *béma*, “evaluación”] de Cristo, para que cada uno sea recompensado por las cosas que ha hecho por medio del cuerpo [esto es, durante su vida en la tierra], cara a cara con lo que Él ha logrado, sea bueno o sin valor. (2Co 5:10, traducción corregida)

Si no creciste espiritualmente y, por lo tanto, no permitiste que Dios te bendijera en el tiempo, tu evaluación será muy sencilla: “sin valor”. El cero imputado a la rectitud divina en el tiempo será transformado en un cero imputado a tu cuerpo de resurrección en la eternidad. El único otro informe de desempeño posible es “bien, buen siervo y fiel” (Mt 25:21, RVR). Este es el cumplimiento del plan de Dios para tu vida. De acuerdo a este informe, las bendiciones que fueron imputadas a la rectitud de Dios en el tiempo se convertirán en bendiciones y recompensas absolutamente fantásticas que reflejarán la gloria del Señor Jesucristo para siempre.

El criterio para las recompensas eternas no será lo que tú produjiste, sino tu actitud hacia la doctrina. Tú serás juzgado de acuerdo a tu función bajo el AGP mientras seas un creyente en la tierra.

Pero el que habiendo mirado atentamente a la ley perfecta de la libertad [la Biblia cuando se enseña], y habiendo persistido [la función del AGP], ese habiéndose vuelto un oidor olvidadizo sino un hacedor de tarea asignada [uno que cumple el objetivo de Dios para el creyente —el avance a la madurez], ese [el creyente] será feliz en hacerlo. (Stg 1:25, traducción corregida)

El apoyo logístico y la anticipación confiada de las bendiciones en el tiempo motivarán al creyente a cumplir el plan de Dios, alcanzar la madurez y obtener la felicidad en el proceso. La bendición divina basada en la doctrina en el alma más su nueva esperanza de mayores bendiciones en la eternidad producirán recompensa y felicidad en la eternidad.

Así sigan hablando y así sigan procediendo, como los que por *la ley de la libertad* [la Biblia cuando se enseña] están por recibir evaluación [el tribunal de Cristo]. Porque evaluación sin misericordia [sin recompensas especiales en el cielo] para los que no han producido misericordia [los que no recibieron de Dios bendiciones en el tiempo]; la misericordia [bendiciones en el tiempo], por otro lado, tiene el espíritu de equipo en la evaluación [el tribunal de Cristo]. (Stg 2:12–13, traducción corregida)

La producción auténtica con la debida motivación es una consecuencia natural de una actitud mental renovada por la doctrina, orientada hacia la gracia y ocupada con Cristo. Nuestro Señor como Juez va directo al meollo del asunto, recompensando la causa, no los resultados.

Es obvio que todo bien humano es rechazado en el tribunal de Cristo. Lo que la rectitud de Dios rechaza, la justicia de Dios condena. Ninguna producción de la naturaleza del pecado escapa del juicio: los pecados personales fueron juzgados en la cruz y el bien humano y la maldad son juzgados en el tribunal de Cristo. Son quemados como madera, heno y paja (1Co 3:11–15).

Si la obra de alguno que haya edificado permanece, él recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quemara, él sufrirá pérdida [ninguna recompensa en el tribunal de Cristo]; pero él mismo será salvo, pero apenas como por fuego. (1Co 3:14–15, traducción corregida)

La justicia de Dios es la fuente de la bendición divina, toda la cual llega a través del conducto de la gracia. La integridad de Dios encapsula ese conducto. Cualquier intento de ganar, merecer o trabajar para la bendición de Dios es bien humano, que no sólo falla en penetrar el encapsulado en el tiempo, sino que es destruido por completo en la eternidad.

La pérdida de recompensa, sin embargo, no implica la pérdida de salvación. Pablo enfatiza este punto citando unas pocas líneas de un

himno doctrinal popular a principios de la Iglesia, titulado “Fiel Es la Palabra” (cf. 1Ti 1:15; Tit 3:8).

Fiel es la Palabra:

Porque vean, si morimos con Cristo [y lo hemos hecho, por la verdad posicional retroactiva], al mismo tiempo también viviremos con Él;

Si soportamos el sufrimiento [el creyente maduro bajo sufrimiento inmerecido], gobernaremos con Él [como una señal de madurez, el sufrimiento inmerecido es una garantía de recompensa en la eternidad];

Si nosotros [el reversionista, negativo a la doctrina] repudiamos al Señor, Él mismo [Jesucristo] también nos negará [ninguna recompensa en el tribunal de Cristo];

Si somos infieles, Él permanece fiel [la salvación es segura]; porque vean, Él no puede negarse a Sí mismo. (2Ti 2:11–13, traducción corregida)

Poseemos permanentemente una parte de la integridad de Dios; por lo tanto, que Dios nos niegue la salvación sería negarse a Sí mismo.

El criterio *a fortiori* aplicado al tribunal de Cristo le da la vuelta a lo estudiado en Romanos 5:15–17 y lo contempla desde el punto de vista de su resultado final. Transformar las bendiciones del tiempo en bendiciones de la eternidad es mucho más fácil de realizar para Dios que proporcionar esas bendiciones temporales en primer lugar. Además, bendecirnos en el tiempo es mucho menos difícil que comprar nuestra salvación. En otras palabras, podemos comparecer ante el tribunal de Cristo en lugar de ante el gran trono blanco —el lugar del último juicio del no creyente— sólo debido a la cruz. Ya sea que se nos evalúe como “bien” hecho y se nos concedan recompensas, o “sin valor” y no se nos conceda ninguna, todavía somos salvos.

LAS DESCRIPCIONES DE LAS RECOMPENSAS ETERNAS

Las Cosechas Abundantes y los Latifundios. Todas las descripciones bíblicas de las recompensas en el tribunal de Cristo se basan en el mundo antiguo. Siguiendo un principio básico de la hermenéutica, la ciencia de interpretación y explicación, debemos comprender esas descripciones a la luz de los tiempos en que fueron escritas.

Judea tenía una economía agrícola en los días de Cristo. El agricultor de trigo, o el sembrador que él contrataba, arrojaba las semillas a mano

desde un costal colgado bajo su brazo. Las semillas sembradas cayeron en diferentes tipos de suelo y por lo tanto produjeron diferentes rendimientos. Algunas semillas produjeron “treinta, otras a sesenta y otras a ciento por uno” (Mr 4:3–21), mientras que otras sólo produjeron lo que se marchitó por el sol y moría. Asimismo, habrá una amplia variación en las recompensas y bendiciones eternas imputadas a los creyentes en el tribunal de Cristo (2Co 5:10) basadas en su respuesta a la mente de Cristo en el tiempo.

La Biblia también menciona ciudades como recompensas (Lc 19:17; He 11:16). En el mundo antiguo las ciudades-estado eran entidades políticas conocidas. Entre ellas, Atenas (o Ática) es quizá la más conocida para nosotros, pero había muchas otras. Sodoma y Gomorra eran dos ciudades de una confederación cananita de cinco ciudades en el valle de Arabá (Gn 13). Las cinco ciudades-Estado de los filisteos, fundadas como colonias griegas sobre la planicie costera incluso antes de la llegada de Abraham a esa Tierra, figuran en gran medida en la historia de Israel. Roma, también, comenzó como una ciudad-Estado que, como Atenas, absorbió todo alrededor de ella y con el tiempo se convirtió en un imperio.

Un sólo gobernante podía controlar varias ciudades, como lo hizo Herodes el Grande. Cuando él murió, y después de que Augusto confirmara su testamento, muchas ciudades-estado del Levante fueron legadas o imputadas a sus herederos. Varias de estas ciudades son conocidas en las Escrituras, tales como Gadara y Cesarea de Filipo.

Una ciudad representaba gran autoridad y riqueza para su gobernante. Así, al creyente maduro a quien se le conceden diez, veinte o cien ciudades en el tribunal de Cristo se le representa como recibiendo una inmensa riqueza. El Señor Jesucristo le otorgará un patrimonio personal medido en miles de millones de años luz. Vastas extensiones del universo se convertirán su eterno dominio, implicando riquezas inauditas y el gobierno sobre esos creyentes que, sin sus propias recompensas, vivirán dentro de sus dominios (He 11:10, 16; 13:14).

Condecoraciones Militares. Como otra expresión de las variaciones de recompensas eternas, el sistema de condecoraciones del ejército romano se adapta al tribunal de Cristo. Estamos al menos algo familiarizados con las condecoraciones militares modernas. En los Estados Unidos de América, la Medalla de Honor es otorgada por el presidente en nombre del Congreso, como el premio más alto por valentía en combate por encima y más allá del llamado del deber. La Cruz Victoria con su cinta color burdeos y su medallón de bronce (todavía acuñados, de forma individual, de los cañones capturados en la batalla de Sebastopol en la guerra de Crimea)

es el honor militar supremo de Inglaterra. En Francia, Napoleón fundó la Legión de Honor con muchas órdenes, tanto militares como civiles. Antes de que Alemania se convirtiera en una nación, Federico el Grande de Brandemburgo-Prusia instituyó la *Pour le Mérite* o “Max Azul”, que se perpetuó después de que el káiser Guillermo uniera Alemania. Guillermo II la ofreció como la mayor condecoración del Imperio Alemán. Hitler odiaba el antiguo sistema y se enfurecía cuando sus generales lucían la Max Azul en su presencia. La remplazó con la Cruz de Caballero que tenía varias clases ascendentes. La mayor condecoración de cada nación completa una entera jerarquía de recompensas menores.

Las condecoraciones militares en la antigua Roma eran un poco diferentes a las de hoy: ¡eran mucho más remunerativas! Pablo sabía todo sobre ellas. Como un prisionero en contacto diario con los soldados romanos, aprendió muchísimo sobre sus aspiraciones personales y profesionales, pero no fue ahí donde aprendió primero sobre las coronas del ejército. No necesitaba ninguna experiencia especial para conocer su significado; lo que significaban era de conocimiento común en todo el mundo romano. No sólo Pablo, sino Pedro, Juan y Santiago también consideraron que sería natural ilustrar la gracia sobreabundante con coronas romanas.

La mayoría de los cristianos de hoy en día saben que las coronas se mencionan en la Biblia. “¿Habrán estrellas en mi corona?” es la línea de un himno, que se canta con mucho entusiasmo, pero poca precisión. Una corona de rey, llamada *διάδημα* (*diádema*), podría estar embellecida con una o dos estrellas, pero nuestras recompensas eternas se describen como la *stéfanos*, la “corona” que llevaban sobre la cabeza los héroes romanos.

Los distintos grados de coronas eran condecoraciones militares supremas. Eran lucidas en la parte superior del cuerpo; significaban el más alto valor personal y simbolizaban la más alta gloria del SPQR. Las recompensas menores se lucían más abajo: los medallones suspendidos del cuello, las bandas de bronce o plata alrededor del brazo, las medallas cosidas a un tahalí que cruzaba el pecho.

Al hacer la crónica de las Guerras Púnicas, el historiador Livio nos da los nombres de uno de los héroes más condecorados en la historia romana. Espurio Ligustino fue un oficial profesional, cuatro veces centurión superior de su legión. En veintidós años de servicio él ganó para ser exactos treinta y cuatro condecoraciones, ¡incluyendo seis coronas cívicas! Su uniforme era magnífico, pero aún más magnífico era el estipendio combinado que acompañaba sus condecoraciones. Es probable que cobró un cuarto de millón de dólares anuales mientras vivió, junto con raciones extras y las

ganancias de las grandes extensiones de tierra que se le concedieron. Algunos de los más ricos ciudadanos del SPQR ganaron sus riquezas en el campo de batalla. Sabiendo esto e impregnados con el honor de la legión, los soldados se sintieron inspirados para entrenar duro y realizar hazaña de valor inusual en batalla.

Había al menos seis categorías de coronas. El orden más alto era la *corona obsidionalis*, también denominada *corona graminea*, y estaba hecha de hebras de hierbas doradas. Esta corona se otorgaba sólo por raras hazañas de valor supremo, casi nunca se veía. Le seguía en orden la *corona cívica* hecha de hojas doradas de roble. La “corona cívica” equivale más o menos a la Medalla de Honor o a la Cruz Victoria. La tercera categoría era la *corona navalis*, la más alta condecoración de la armada romana, por lo general otorgada al primer marino que abordaba un barco enemigo o a un comandante que destruía una flota enemiga.

La *corona muralis*, la cuarta corona, se otorgaba al primer soldado en escalar la muralla de una ciudad sitiada. La quinta, la *corona castrensis* solía otorgarse al primer soldado en llegar al fuerte o campamento enemigo durante una carga militar. La sexta *stéfanos* era la *corona triunfal*, concedida a comandantes del ejército después de una campaña victoriosa; es comparable a nuestra Medalla por Servicio Distinguido.

Cayo Julio César ganó una corona tejida de hierba dorada que llevaba consigo el título de “Imperator” y exigía que todos, sin importar el rango, saludaran al portador. Su sobrino nieto, Octavio, llamado Augusto, la puso sobre su propia cabeza y dijo: “¡Salve, Imperator!”. A partir de entonces, Imperator se convirtió en un título del emperador, al igual que el nombre de familia de César, así que el título imperial completo de Octavio era Augusto César Imperator. Hasta el título del emperador mismo procedía en parte del sistema de condecoraciones militares que le era tan familiar a Pablo.

Los autores de las Escrituras crearon una imagen más o menos impactante cuando tomaron prestado el concepto del ejército romano y bosquejaron un sistema de coronas cristianas, para ser otorgadas en el futuro por el Señor Jesucristo. Las coronas eran muy codiciadas y admiradas. En efecto, cuando los creyentes del primer siglo veían uno de esos soldados excepcionales portando una corona, sabían muy bien que aquí había un hombre de riquezas fabulosas. ¡Ahora debían imaginarse en sus zapatos!

Pablo distingue tres coronas. Vamos a alinearlas a grandes rasgos con las etapas de madurez y denominémoslas Cruz Alfa, Cruz Bravo y Cruz

Ultra para coincidir con la supergracia y la ultra-supergracia. Estas tres condecoraciones por valor espiritual no expresan todo lo que un creyente maduro recibirá en el tribunal de Cristo; ellas representan un sistema de recompensas que conllevan una amplia variedad de bendiciones eternas.

La Cruz Alfa, o corona de rectitud, está disponible para cualquiera que cumpla con el potencial de la rectitud imputada al alcanzar madurez espiritual. Pablo la menciona en el capítulo final que escribió antes de su ejecución.

He peleado la batalla honorable [avanzando por cada etapa del crecimiento espiritual], he terminado el recorrido, he guardado la doctrina [residente en el alma]; en el futuro [eternidad] una corona [*stéfanos*] de esa rectitud [*dikaíosúne*, el cumplimiento total de todo el progreso espiritual] está reservada para mí, que el Señor, el Juez recto, me otorgará en aquel día [el tribunal de Cristo]; y no sólo a mí, sino a todos los que aman Su aparición [los creyentes maduros que, del detallado sistema de doctrina en sus almas, anticipan ansiosamente el Arrebatamiento, que precederá al tribunal de Cristo]. (2Ti 4:7–8, traducción corregida)

Luego, y quizás una condecoración algo más alta, está la Cruz Bravo, o “corona de vida”.

Bienaventurado es [felicidad a] el hombre que persevere bajo las pruebas [el cristiano maduro que recibe la imputación del sufrimiento inmerecido]; él recibirá la corona de vida, que *Dios* ha prometido a los que Lo aman constantemente. (Stg 1:12, traducción corregida)

La ocupación del creyente con Cristo se cristaliza y estabiliza en la ‘tierra de nadie’ de las pruebas en supergracia, a través de la cual el creyente maduro debe avanzar en camino a la ultra-supergracia. La Cruz Bravo se otorga específicamente por usar y aplicar la doctrina en medio del sufrimiento inmerecido.

No temas esas cosas que estás por sufrir [sufrimiento inmerecido]. He aquí, el diablo está a punto de echar a algunos de ustedes en la cárcel, para que sean probados, también tendrán presión y aflicción por diez días. Hazte fiel hasta la muerte, y Yo te daré la corona de vida. (Ap 2:10, traducción corregida)

Siempre, el pastor-maestro es más maduro espiritualmente que cualquiera que se sienta bajo su enseñanza por algún tiempo. La Cruz Ultra, o “corona inmarcesible de gloria” (1Pe 5:4)—la condecoración más alta— está por lo tanto relacionada con el don y función del pastor, aun cuando todos los creyentes pueden ganarla al alcanzar la ultra-supergracia. El pastor se deleita de que los que escuchan sus enseñanzas día tras día, año tras año, estén motivados por un entusiasmo por la doctrina que es paralelo al suyo. Él recibirá, por así decirlo, un ramillete de hojas de roble fijados a su propia Cruz Ultra por cada miembro de su rebaño que lleve a la ultra-supergracia. Así, él anticipa el placer de presentar miembros maduros de su congregación en el tribunal de Cristo y de verlos recibir riquezas fantásticas, vastas secciones del cielo, e incontables bendiciones eternas (1Ts 2:19–20).

Así que, hermanos míos, amados, y profundamente deseados, mi felicidad, mi corona de victoria [la Cruz Ultra], de esta manera sigan siendo estabilizados por el Señor, dignos de amor [creyentes maduros]. (Fil 4:1, traducción corregida)

Y cuando el Príncipe de los pastores [Jesucristo] aparezca [el Arrebatamiento], ustedes [en este contexto, sólo pastores] recibirán la corona inmarcesible de gloria. (1Pe 5:4, traducción corregida)

Las Coronas Atléticoas. Pablo a menudo alude a las coronas militares romanas, pero un tipo diferente de corona era el premio para los ganadores en los Juegos de la antigüedad —ya fueran los Olímpicos, los Píticos, los Nemeos, los Ístmicos, o una de las muchas competencias menos ilustres. Cada ciudad de cierta importancia en el mundo griego o romano patrocinaba sus propios juegos.

Pablo usa esta notación de *stéfanos* en varios pasajes. Como la corona militar, la corona atlética era más que una mera guirnalda de hierba u hojas. Era la codiciada insignia de victoria, y simbolizaba la recompensa muy sustancial que era otorgada a un campeón —corredor, luchador, pentatleta, boxeador, auriga, entre otros.

Una celebración de gala lo agasajaba incluso antes de que él dejara el sitio de su victoria, pero la verdadera recompensa venía cuando llegaba a su ciudad natal. La corona de hojas y otros honores otorgados en los juegos eran como las bendiciones en el tiempo del creyente fuerte; las recompensas en casa eran como sus bendiciones de la eternidad. La mera

corona se transformaba en algo maravilloso y permanente en el lugar donde poseía su ciudadanía.

Para empezar, el camino común a la ciudad no era suficiente para un héroe tan grande. Una sección de la muralla de la ciudad se derribaba para su entrada, luego se reconstruía y sellaba con una inscripción con su nombre. La cuadriga de la ciudad y toda la población lo esperaba dentro de la muralla, y su desfile de victoria surgía en las calles. El jolgorio era tan desenfrenado que Cicerón se quejó de que los desfiles por los ganadores locales de los Juegos Olímpicos eclipsaban las procesiones triunfales de los generales conquistadores de Roma.

El atleta recibía un premio en efectivo de \$10 000 a \$50 000 y un pase vitalicio para los juegos. Un poeta lo elogiaba en una oda; se le encargó a un escultor erigir una estatua suya compitiendo en su evento. Más importante aún, sus hijos eran alimentados y educados a cargo del estado, pero lo mejor de todo, quedaba exento de impuestos sobre la renta de por vida.⁶³

Sólo los ganadores eran recompensados así. Un ganador debe entrenar, y entrenar duro. Una persona con talento atlético natural no puede pisar la pista, tener suerte y llevarse a casa una corona. Ni tampoco un creyente puede tener suerte en la vida cristiana. Los *perdedores* dependen de la suerte, de tropezar con un caldero de oro, de caer sin más en las bendiciones divinas. Un ganador trabaja duro, y el cristiano debe, por así decirlo, entrenar con rigor, consumiendo de manera diligente la Palabra de Dios. Esa es la única manera de ser un ganador en el tribunal de Cristo.

En dos pasajes, Pablo compara la manera cristiana de vivir con el entrenamiento atlético.

Ahora, si alguien compite realmente en los juegos atléticos, él no recibe una corona de ganador a menos que entrene de acuerdo a las reglas. (2Ti 2:5, traducción corregida)

Los juegos de la antigüedad se regían por reglas estrictas, y cada atleta tenía que seguirlas todas sólo para entrar a la competencia. Asimismo, no podemos entrenar de cualquier manera que nos plazca. Nuestras vidas se rigen por reglas imparciales e inflexibles, establecidas para el crecimiento espiritual del hombre. En cada regla atlética, podemos encontrar paralelos para el creyente que se esfuerza por romper la barrera de la madurez y está buscando ganar la corona de bendiciones eternas de la justicia de Dios.

63. Naphtali Lewis y Meyer Reinhold, eds., *Roman Civilization, Sourcebook II: The Empire* (New York: Harper & Row, 1966), 236–37.

El atleta tenía que registrarse y entrar a un gimnasio estatal —una gran área amurallada de pistas, áreas de entrenamiento, campos y edificios. Para entrar, él tenía que ser ciudadano de Grecia, de descendencia helénica pura o, más adelante, un ciudadano de SPQR. Asimismo, la justicia de Dios requiere que una persona sea creyente en Cristo antes de que pueda comenzar su entrenamiento espiritual.

Había dos clases de atletas en el mundo antiguo. El *ἀγωνιστής* (*agonistés*) iba al gimnasio local para mantenerse en forma con un entrenamiento ocasional y para aportar sus opiniones en discusiones mantenidas de manera constante por los otros ociosos del lugar. Él es análogo al creyente negativo hacia la doctrina. Tal vez se ejercitaba con calma una o dos veces a la semana, pero no era un verdadero atleta y no estaba calificado para los juegos. El *ἀθλητής* (*athletés*), por el contrario, vivía en el gimnasio, seguía las reglas y entrenaba para la competencia. Él es como el creyente positivo.

Los atletas tenían que vivir en el gimnasio por diez meses antes de la competencia; el creyente tiene que identificarse con su pastor-maestro ideal y comenzar una disciplina académica de largo plazo (de por vida) de la iglesia local. El atleta era descalificado si salía de los muros; el creyente no puede darse el lujo de andar de pastor en pastor. Él debe reconocer la autoridad de su pastor ideal, asentarse y aprender la Palabra de Dios a través del sistema particular del desarrollo categórico de su propio pastor. ¡Fragmentos de una docena de fuentes diferentes no hacen un sistema!

Durante esos diez meses de entrenamiento intensivo, el atleta estaba obligado a responder a todos los llamados de trompeta, tanto los llamados de advertencia como los llamados a asamblea. No había tal cosa como quedarse dormido. Los llamados de advertencia pueden compararse al rebote como el medio para recuperar la llenura del Espíritu, obligatorio para el consumo de doctrina. El llamado a asamblea reunía a todos los competidores, así como la comunicación del pastor reúne a todos los de la congregación. Tanto en el campo de entrenamiento como en la iglesia local, la autodisciplina —para concentrarse— y la disciplina de grupo —para evitar distraer a los demás— se exigen si alguien va a avanzar en su entrenamiento.

En el primer llamado de trompeta, los entrenadores frotaban a los atletas con aceite y fina arena africana. Esta era la única ‘ropa’ permitida para los atletas en el campo de entrenamiento, ya sea que la temperatura fuera de 23°C bajo cero o de 43°C sobre cero. El aceite calentaba los músculos, comparable a la llenura del Espíritu que hace funcionar al

AGP; la arena, aunque abrasiva, era tanto una parte importante de la rutina de calentamiento, así como la autodisciplina académica es una parte de cualquier situación de aprendizaje.

El maestro de ejercicios supervisaba el programa de entrenamiento del gimnasio. Todos los atletas, sin importar sus eventos especiales, tenían que entrenar bajo su dirección. Si el programa requería una carrera de 8 kilómetros, todos hacían esa distancia, incluyendo los lanzadores de disco y de bala. Si un entrenamiento con pesas aparecía en el programa, los velocistas estaban ahí junto a los hombres de pesas.

A un corredor de fondo que se rebelara contra la autoridad y se quejara de que los ejercicios de fortalecimiento arruinarían su zancada se le permitía practicar su preciosa zancada directo hasta la puerta de entrada del gimnasio, dejando la corona de victoria a los hombres de mejor carácter. En la iglesia local, cada creyente-sacerdote escucha con la misma autodisciplina y continua volición positiva a todo tema que surge del pasaje que está siendo enseñado, sin importar cuán aburrido o irrelevante pueda parecer. Él no puede ponerse a escoger las doctrinas que se le antojen en ese momento y al mismo tiempo mantener la estabilidad o crecer espiritualmente.

Algunos creyentes que parecen ser positivos (y que se creen positivos) tienen el trágico defecto de basar su consumo de doctrina según sus problemas personales. Ellos se concentran sólo en los puntos que se aplican o pueden ser distorsionados para aplicarse a sus dificultades inmediatas. En cambio, bajo la llenura del Espíritu, debemos practicar un ingenioso truquito cuando lleguemos a la clase de Biblia: Dejar los problemas personales en la puerta (Ro 12:3; 2Co 10:5).

Es esencial que nos concentremos en todo lo enseñado si vamos a orientarnos hacia la autoridad del pastor y el pasaje en curso. Se debe permitir que la doctrina misma —no alguna situación actual e inestable en nuestras vidas— distinga lo esencial de lo no esencial. Si fallamos en colocar cada ladrillo doctrinal requerido por el plano divino, ¿no tendremos estructura alguna! Si como atletas cristianos entrenamos sólo para un evento favorito, somos arrogantes al asumir que sabemos mejor que Dios lo que debe aprenderse y subjetivos por insistir en que todo se centra alrededor de nuestro propio estándar de pensamiento. Nos divorciamos de la realidad de lo que enseña un pasaje al amoldarlo a nuestros problemas actuales. Como resultado, no aprendemos doctrina y no avanzamos espiritualmente —sin importar cuánto tiempo presenciemos las clases de Biblia. En otras palabras, la volición positiva es más que

sólo asistir. Debemos llegar preparados para dejar a un lado nuestros problemas durante una hora, más o menos; debemos estar listos para aprender cualquier cosa y todo lo que surja. Hay tiempo de sobra para aplicar lo que aprendemos; tarde o temprano, *cada* tema enseñado será necesario para su aplicación. Debemos aprenderlos todos.

Como una regla adicional en el gimnasio, a los competidores se les prohibía el sexo. Todo contacto con el sexo opuesto les estaba prohibido durante el régimen de diez meses. No se permitían distracciones, y aunque esta prohibición particular no es, por supuesto, pertinente al aprendizaje de doctrina, el principio sigue siendo válido. Tarde o temprano, cada creyente se enfrenta a distracciones de aquella persona que ama. Si (para tomar el punto de vista del hombre) ella es más importante para él que la doctrina, si él no incorpora su amor por ella en el panorama completo que da suprema importancia y primera prioridad a la Palabra de Dios, nunca disfrutará a su mujer al máximo. Es trágico que la gente ni siquiera se dé cuenta de que la doctrina en el alma es el fundamento para cualquier relación; la doctrina da la maravillosa capacidad, sabiduría y sensibilidad que hacen de una persona un gran amante. Sin capacidad en el alma, un hombre no puede tratar a quien ama tanto con la firmeza como con la ternura que ella requiere, ni su inevitable infelicidad por ignorancia de la doctrina puede ser disipada ni siquiera por la persona que ama. Un atleta necesitaba autodisciplina, y no había una mayor autodisciplina que abstenerse de la compañía maravillosa del sexo opuesto cuando existía una verdadera capacidad de amar.

Las reglas de entrenamiento también incluían una dieta. Sólo se servía trigo, carne magra, queso e higos; vinos y postres estaban prohibidos. El joven que amaba la cocina de su madre tenía que dejar de lado sus preferencias y seguir el programa dietético del gimnasio. Cuando se enseña doctrina, nosotros también debemos dejar de lado las ideas preconcebidas y los prejuicios legalistas de nuestro trasfondo. La objetividad en el aprendizaje es obligatoria. No podemos esperar avanzar espiritualmente si reaccionamos con antagonismo cada vez que el pastor enseña una doctrina que pisotea nuestra área favorita de autorrectitud. Cuando el estudiante de doctrina está en conflicto con la doctrina, está equivocado. La doctrina siempre tiene la razón.

Por último, el entrenamiento “según las reglas” que menciona Pablo era impuesto por el gobernador del gimnasio, llamado *γυμνασιάρχης* (*gumnasiárjes*). La suya era una profesión honorable. Gozaba de gran prestigio en la comunidad, y sus insignias de autoridad —las sandalias

blancas y túnica púrpura— eran reconocidas en todas partes. Los generales retirados solían ocupar estos puestos y se dedicaban a producir atletas que aportaran renombre a la ciudad y al gimnasio. Él delegaba autoridad a jueces y mariscales que aplicaban las reglas. Cuando descubrían una infracción, descalificaban a ese atleta de la competencia. Para el creyente, la descalificación es la disciplina divina por el reversionismo: falta de bendiciones en el tiempo significa falta de recompensas en la eternidad. Tú como creyente debes regular tu propia vida a la luz de los objetivos divinos, o Dios regulará tu vida por ti a través de la disciplina divina. O tú te ajustas a la justicia de Dios o la justicia de Dios se ajustará a ti.

¿No saben que los que corren en la carrera todos corren, pero uno recibe el premio [que aunque todos los creyentes viven en la tierra, pocos explotan su potencial espiritual y reciben una recompensa]? Corran de tal manera que puedan ganar. Y todo el que compite en los juegos ejercita autodisciplina en todas las cosas. Ellos *lo hacen* para recibir una corona perecedera, pero nosotros lo hacemos para recibir una corona imperecedera. Por lo tanto, de esta manera corro, no como si fuera sin meta; de esta manera boxeo, no como dando golpes al aire [fallo mis golpes]; y disciplino mi cuerpo y sigo entrenándolo [AGP consistente], no sea que habiendo proclamado [predicado] a otros, yo mismo sea descalificado [de las recompensas eternas]. (1Co 9:24–27, traducción corregida)

¿Qué ha sido “proclamado” en nuestro estudio hasta ahora? Resumamos. La integridad de Dios se compone de Su rectitud y justicia. La rectitud es el principio de la integridad de Dios, la justicia es la función. Lo que la rectitud de Dios rechaza, la justicia de Dios condena. Por eso, Dios no puede amar personalmente a alguien que *no* tiene Su rectitud como lo es un no creyente lleno de pecado, bien humano y maldad. Todos los no creyentes “pecaron y no alcanzan la gloria de Dios” (Ro 3:23, RVR). Cuando suponemos que Dios nos ama personalmente, nos atribuimos un gran mérito, exhibiendo, ya sea con intención o no, una presuntuosa autorrectitud que en sí es ofensiva para Él.

Aun si Dios *podiera* amar personalmente a lo que Le es del todo repulsivo (lo que Él no puede hacer), Él nunca podría permitir que Su amor influenciara Su justicia y Su rectitud; ¡así *no* es como Él nos salva! El plan y las acciones perfectos de Dios hacia el hombre espiritualmente

muerto no son, ni pueden ser, la función de Su amor personal sin satisfacer Su justicia y rectitud. Por lo tanto, nuestra salvación se basa en el amor impersonal de Dios, no en un compromiso de Su integridad.

La rectitud de Dios es la suma de Su perfección. Dios acepta sólo lo que satisface Su estándar perfecto; Él rechaza todo lo que no Lo satisface. La justicia de Dios o bendice o maldice; nunca es neutral, no se queda de brazos cruzados. Lo que Su rectitud *acepta*, Su justicia debe bendecir. Lo que Su rectitud *rechaza*, Su justicia debe maldecir; y Su amor provee la solución divina expresada en gracia.

El primer pecado del hombre hizo caer maldición divina. La condenación vino como una simple cuestión de justicia, de la justicia imparcial de Dios ejecutando las exigencias de la rectitud absoluta. Al proporcionar la solución a la condenación del hombre, Dios transfirió nuestros pecados al Dios-hombre, Jesucristo, aceptable a la rectitud de Dios y sólo digno de bendición, y los juzgó a fin de que la deuda contra nosotros fuera pagada por completo. Dios ahora puede acreditar Su propia rectitud a cualquiera que crea en Cristo. ¡Ahora *poseemos* la rectitud de Dios! A través de Cristo, ¡ahora *somos* completamente aceptables a la rectitud de Dios! Cuando creemos en Cristo, la justicia de Dios *debe* hacer caer bendiciones de salvación sobre nosotros —una simple cuestión de justicia.

Dios volvió las tornas por completo —de maldición a bendición— todo como una cuestión de justicia y autoconsistencia total. Nuestra posición con Dios es tan fuerte y permanente como Su propia integridad.

Lo que poseemos a causa de Cristo no es el resultado de la parcialidad, del sentimentalismo o de condescendencia a nuestras buenas obras sinceras. ¿Cómo podemos comprender la superioridad de lo que es nuestro por medio de Jesucristo? Sólo al compararla con algo que sabemos que es maravilloso en sobremanera: Tenemos algo *ahora* que es mucho más estable, mucho más seguro, mucho más valioso que cualquier otra cosa posible en ¡la perfección idílica del jardín del Edén! Dios amó a Adán y la mujer porque Él los creó perfectos. Dios nos ama porque poseemos Su rectitud perfecta imputada en el momento de la salvación a través de la fe en Cristo.

A través del sistema de las cinco imputaciones básicas de las que todo creyente es beneficiario, la integridad de Dios ha resuelto los problemas relacionados con la caída del hombre y nos ha elevado muy por encima del estado original de la creación de Adán. La justicia de Dios *continúa* siendo nuestro punto de contacto con Él; ¡la salvación es sólo el principio!

Al igual que los atletas de la antigüedad registrados en el gimnasio, nosotros podemos concentrarnos ahora en las metas que Dios nos desea que alcancemos. La meta de Dios para nosotros en el tiempo es que seamos bendecidos al máximo —la sexta imputación. Y Su objetivo para nosotros en la eternidad está, en realidad, más allá de toda descripción. Las Escrituras se limitan a usar analogías y la lógica *a fortiori* para apenas insinuar la alta calidad de las bendiciones que completarán la secuencia de eventos bosquejados en la profecía: el tribunal de Cristo, la Segunda Venida, el Milenio y más allá. Por nuestra volición positiva no meritoria hacia la doctrina ahora, adquirimos la capacidad para bendición que permite que la justicia de Dios nos impute esas bendiciones por encima y más allá. Así es cómo Lo glorificamos y Lo complacemos para siempre.

Las doctrinas que hemos estudiado hasta ahora han señalado el curso que debemos seguir para ganar el premio del plan de Dios. Debemos aprender estas doctrinas en detalle, estudiarlas, volver a estudiarlas, renovar nuestras mentes (Ro 12:2) con ellas para tener un marco de referencia básico a dónde nos está guiando Dios. Sin embargo, hemos recorrido tanta distancia que tal vez sea difícil imaginarnos todo el curso en una vista panorámica. Quizá nos perdamos en los detalles. Lo que necesitamos, como una guía para nuestro mayor consumo y aplicación de la doctrina, es algún medio para dar un vistazo a todas las características prominentes del plan de Dios. En la doctrina de la esperanza, que es el contexto para Romanos 8:28, encontramos justo ese mapa espiritual.

Capítulo Tres

LA INTEGRIDAD Y LA ESPERANZA

LA CONFIANZA DEL CRISTIANO

LA INTEGRIDAD DE DIOS, trabajando en nuestro favor a través de las siete imputaciones, es lo que hace la vida maravillosa. Las imputaciones son el esquema de nuestras vidas. Cuando comprendemos este sistema, el cual es consistente por completo con la esencia perfecta de Dios y por medio del cual Su justicia nos bendice, ganamos confianza en el plan de Dios. Estamos motivados a seguir adelante, nos anticipamos ansiosamente a la próxima imputación. Esta confianza en el futuro es lo que la Biblia quiere decir con esperanza.

Hemos observado que hay tres esperanzas en el plan de Dios. La primera esperanza (esperanza₁) pertenece al no creyente que escucha el Evangelio y sabe que si él sólo cree en Cristo, poseerá la vida eterna. La segunda esperanza (esperanza₂) es la motivación del creyente en crecimiento que sabe que si él persiste en aprender doctrina, recibirá la sexta imputación, bendiciones temporales al llegar a la madurez. La tercera esperanza (esperanza₃) es la actitud del creyente maduro; él ve con confianza más allá de las barreras del tiempo a sus indescriptibles recompensas en el tribunal de Cristo.

A medida que avanzamos en la vida cristiana, pasamos de esperanza₁ a esperanza₂ a esperanza₃ —de un objetivo al siguiente al siguiente. Una vez que se alcanza una meta, seguimos adelante desde allí; no bajamos la velocidad ni nos detenemos. Mantenemos nuestra mirada hacia arriba y nuestro enfoque en hacia dónde vamos en el plan de Dios. Hacemos esto al continuar aprendiendo la Palabra de Dios. Por ejemplo, después de que creemos en Cristo, estaríamos desperdiciando nuestro tiempo en la tierra el cual Dios nos ha asignado si continuáramos buscando la salvación. Como creyentes, necesitamos más que escuchar el Evangelio una y otra vez; necesitamos escuchar todo el ámbito de doctrina enseñada en forma sistemática. Una vez que el Evangelio se entiende, hay algo que anticipar más que la salvación, y eso es anticipar las bendiciones en el tiempo relacionadas con nuestra vida espiritual postsalvación. Además, hay algo aún más grande que anticipar las categorías de prosperidad en el tiempo, y esto es ¡anticipar ansiosamente las bendiciones de la eternidad mientras se *disfrutan* las bendiciones del tiempo!

Con referencia a la esperanza [aquí, la tercera esperanza],
sigan regocijándose. (Ro 12:12a, traducción corregida)

Dios es el autor de la esperanza —lo que significa que la integridad de Dios da a nuestras vidas sentido, propósito y definición.

Con la esperanza de vida eterna, la cual Dios, que no puede mentir, prometió antes de los tiempos eternos. (Tit 1:2, traducción corregida)

Dios fue el autor de las tres esperanzas en el decreto divino en la eternidad pasada. ¿Cuál está a la vista en Tito 1:2? Esperanza₁. Dios prometió la *salvación* “antes de los tiempos eternos”. Por eso, como no creyentes pudimos creer con confianza en el Evangelio. Sólo un no creyente puede tener *esperanza* de vida eterna; los creyentes ya *tienen* vida eterna. Recuerda la definición de esperanza en nuestra traducción corregida de Romanos 8:24b: “Ahora bien, cuando una esperanza se ve, no es esperanza; así que, ¿quién espera lo que ve?”. La doctrina en el alma es más cierta que lo que podemos ver a través de nuestros ojos (2Pe 1:15–21); a través de la doctrina *vemos* que ya tenemos vida eterna. Por tanto, la anticipación confiada de recibir vida eterna sólo puede pertenecer a aquel que aún no la posee. Dios es el autor de la esperanza₁, y Dios también es el autor de la esperanza₂ y de la esperanza₃.

A quienes Dios decretó dar a conocer cuáles son las riquezas de Su gloria [las imputaciones sexta y séptima] de este misterio [la gloria de Dios como se manifiesta en la familia real, no revelada hasta la Era de la Iglesia] en los gentiles [creyentes gentiles —la Era de la Iglesia ha interrumpido la Era Judía], el cual es Cristo en ustedes, la esperanza [anticipación confiada] de gloria. (Col 1:27, traducción corregida)

No sólo se identifica a Dios el Padre como el autor y originador de la esperanza, sino que también Lo es el Señor Jesucristo. “Cristo en ustedes” es la habitación de Cristo que pertenece de manera exclusiva a la familia real de Dios. Cristo habita a cada creyente de la Era de la Iglesia.⁶⁴ La esperanza de glorificar a Cristo pertenece sólo a aquellos que están avanzando en el plan de Dios. Por lo tanto, la esperanza a la vista en Colosenses 1:27 incluye tanto la segunda como la tercera esperanza. Nuestro objetivo es desarrollar la capacidad que libera a Dios para bendecirnos; esta es la imputación de las bendiciones que glorifican al Señor Jesucristo.

Muchos creyentes citan “Cristo en ustedes, la esperanza de gloria” sin saber lo que significa. Esto nada más identifica el origen de la gloria después de la salvación y el objetivo final de la vida espiritual. Cristo es el origen de la gloria; Él es el que es glorificado; Él es nuestra esperanza, nuestra confianza. Su residencia personal en nosotros intensifica nuestra confianza. Su persona y Su obra salvadora en la cruz forman el objeto de la esperanza₁, y después de la salvación Él es la base de nuestra esperanza de bendiciones, tanto ahora (esperanza₂) como para siempre (esperanza₃). Nosotros desarrollamos la capacidad por medio de aprender la mente de Cristo; nuestra primera bendición en la sexta imputación es ocupación con Cristo; y, en la séptima imputación, el propio Cristo que nos habita colocará en nuestras cabezas las coronas de la victoria táctica.

Dios es el autor de la esperanza, pero la doctrina es la fuente de la esperanza. Dios no proporciona esperanza en ninguna otra manera. Otro pasaje bien conocido pero poco entendido explica la relación entre la doctrina y la esperanza.

64. Véanse las páginas 129–30.

De hecho, la doctrina [fe] es la realidad de la cual seguimos recibiendo la esperanza, la prueba de las cosas que no se ven. (He 11:1, traducción corregida)

En su traducción al español, Hebreos 11:1 suele confundirse con una definición de fe. Pero aquí la palabra para fe, *πίστις* (*pístis*), se usa en su sentido pasivo; significa “lo que se cree, el objeto de fe, la doctrina bíblica”. La doctrina bíblica revela el plan de Dios. Bajo Su plan, Él se glorifica a Sí mismo al bendecirnos. Él puede bendecirnos sólo debido a una serie de imputaciones básicas. Estas imputaciones, en especial la imputación de la rectitud divina, crea un potencial para bendición. Sin embargo, nuestro potencial sigue siendo desconocido para nosotros aparte del aprendizaje de doctrina, y si se desconoce, no se aprovecha. Si alguna vez vamos a usar nuestra volición dada por Dios para ajustar nuestro pensamiento, nuestras acciones, nuestras vidas al plan de Dios, entonces nuestra ignorancia tiene que llegar a ser consciencia; nuestra incertidumbre, confianza; nuestro potencial, esperanza. Hebreos 11:1 es en realidad una definición de esperanza.

Tener “la esperanza” se basa en tener un potencial; la verdadera esperanza se basa en la realidad. Por lo tanto, así como tenemos tres esperanzas sucesivas, también tenemos tres potenciales sucesivos. Así como cada esperanza, cuando se realiza, se reemplaza por una nueva esperanza, cada potencial, cuando se cumple, se reemplaza por un nuevo potencial. Nunca nos quedamos sin posibilidades para crecer. Cuando un potencial se cumple, adquirimos un potencial aun mayor cuyo cumplimiento se convierte luego en nuestro siguiente objetivo en la vida.

Nosotros nacemos con nuestro primer potencial. Dios tiene un plan para *todo* el género humano. Él demuestra ese hecho, en primer lugar, al imputar vida de alma a cada uno de nosotros en el nacimiento, y segundo, al imputarnos al mismo tiempo el pecado original de Adán con el propósito de nuestra condenación inmediata y total. La condenación debe preceder a la salvación. La justicia de Dios se muestra de inmediato como nuestro punto de contacto. Así es de fuerte nuestro primer potencial: toda la obra ha sido realizada en nuestro nacimiento y en la cruz. Dios en Su amor e integridad perfectos desea que todos nosotros seamos salvos (2Pe 3:9); sólo necesitamos creer en Cristo. Nuestro segundo potencial se adquiere en el momento de la salvación: la justicia de Dios nos imputa la rectitud de Dios. Puesto que la rectitud de Dios en nosotros es el punto receptor del conducto de la gracia, somos elegibles para las bendiciones

en el tiempo porque la justicia de Dios ejecuta lo que la rectitud de Dios demanda. Por último, nuestro tercer potencial —el potencial para las bendiciones en la eternidad— se establece cuando poseemos bendiciones en el tiempo, imputadas al llegar a la madurez y a partir de entonces. Una categoría de bendición garantiza la siguiente.

Por tanto, hay un potencial para el no creyente, uno para el creyente inmaduro y uno para el creyente maduro. Tener un potencial es pura gracia; no es un avance en el plan de Dios. Cada no creyente endurecido y cada creyente reversionista tiene un potencial, pero no tiene esperanza ni avance. Sólo el consumo de doctrina nos hace avanzar. La doctrina bíblica revela el plan de Dios, indica nuestros objetivos y nos asegura que en realidad podemos alcanzarlos. La doctrina sola convierte el potencial en esperanza.

Hebreos 11 presenta una serie de casos históricos que ilustran cómo la doctrina hace la diferencia entre potencial y esperanza. Toda la confianza del creyente en la vida —en todo lo que piensa, decide o hace— se basa en el hecho de que él ha aprendido doctrina bíblica.

Porque por medio de ella [la doctrina en el alma], los hombres de la antigüedad obtuvieron aprobación [rompieron la barrera de la madurez y recibieron la sexta imputación]. Por medio de la doctrina aprendemos que las dispensaciones han sido constituidas por el decreto de Dios, con el resultado de que lo que está siendo visto [el desarrollo de la historia] no ha sucedido de aquellas cosas visibles. Por medio de la doctrina residente en el alma, Abel ofreció a Dios un mayor sacrificio que Caín [...]. Por medio de la doctrina, Enoc fue transferido. (Extractos, He 11:2–5, traducción corregida)

En cada caso, la doctrina marcó la diferencia. Convirtió el potencial de cada creyente en esperanza, y esa esperanza le dio la confianza que lo llevó a la madurez y más allá. Cada creyente expresó su madurez en las diversas formas de proceder registradas en este extenso cuadro de honor.

Y sin la doctrina residente en el alma es imposible complacer a *Dios*, porque cuando uno está ocupado con Dios debe estar convencido de que Él es [la doctrina de la integridad divina], y *que* Él se convierte en galardonador de aquellos que Le buscan con diligencia. (He 11:6, traducción corregida)

En Hebreos 11:6 leemos toda la historia. Buscar a Dios es consumir Su Palabra de manera persistente, consistente, académicamente disciplinado —diligente. Buscamos porque tenemos la esperanza de encontrar, y Dios ha provisto que Lo encontremos en las páginas de las Escrituras. Dios “se convierte en galardonador de aquellos que Le buscan con diligencia” cuando tenemos la capacidad de recibir las recompensas por la doctrina ya residente en nuestras almas; o sea, cuando estamos ocupados con el Dador. Al bendecirnos así, Dios se complace y se glorifica.

Esto traigo a mi memoria [recordando lo que ha sido enseñado],

Por eso tengo esperanza [esperanza₂].

Las funciones de la gracia del Señor nunca cesan [gracia logística],

Porque Sus misericordias nunca fallan [Él nos perdona cada vez que rebotamos].

Ellas son nuevas cada mañana [Dios nos da un día a la vez para avanzar a la madurez];

Grande es Tu fidelidad [integridad].

“El Señor es mi porción”, dice mi alma,

“Por lo tanto tengo esperanza en Él [esperanza₂]”.

El Señor es bueno [bendiciones en el tiempo] para los que en Él esperan [confían],

Para el alma que Le busca [volición positiva perpetuada hacia la enseñanza doctrinal]. (Lm 3:21–25, traducción corregida)

Al concentrarnos, bajo la llenura del Espíritu, en lo que el pastor enseña, el cuerpo de doctrina en nuestras almas sigue creciendo, aun cuando parezca que no progresamos. Desarrollamos un marco de referencia doctrinal; construimos un vocabulario técnico que acomoda conceptos bíblicos; nuestros estándares se alinean poco a poco con los estándares de Dios. Renovar nuestras mentes no es un proceso de la noche a la mañana. La Biblia no es una novela de misterio; no podemos pasar hasta la última página y encontrar todas las respuestas. Hay que inculcar la doctrina un poco hoy, un poco mañana, día tras día. Al crecer en nuestro conocimiento de doctrina, nuestra confianza se vuelve más fuerte —es la confianza en la verdad. Comenzamos a estar en la primera etapa de una confianza que yo llamo *descanso en la fe*.

El descanso en la fe es un procedimiento de tres etapas que describiremos después,⁶⁵ pero la primera etapa se limita a reclamar las promesas declaradas con especificidad en la Biblia. Los creyentes inmaduros deben confiar en estas promesas sin haber dominado las doctrinas sobre las cuales se hacen las promesas. Una vez que aprendemos un punto o dos y comenzamos a reclamar las doctrinas, nuestra confianza se mueve hacia el ámbito de ser una esperanza. Entonces nuestra completa seguridad en cuanto al futuro viene de conocer la doctrina pertinente, de la comprensión, por ejemplo, de que nuestro punto de contacto con Dios es Su justicia y que Su justicia es el propio manantial del conducto de la gracia.

Por medio de la doctrina residente en el alma Noé, habiendo sido advertido sobre las cosas que no se ven [destrucción de la tierra por agua] [...] construyó un arca [Noé enfrentó la crisis histórica con la doctrina en su alma]. [...] Por medio de la doctrina residente en su alma, cuando Abraham fue llamado obedeció [Abraham, también, tenía confianza de la doctrina cuando la Tercera Dinastía de Ur estaba a punto de caer y Dios le instruyó que partiera hacia una tierra desconocida]. [...] Por medio de la doctrina él [Abraham] vivió como un residente temporal con referencia a la Tierra, como en *tierra ajena*, habitando en tiendas [...] porque él mismo siguió esperando con anticipación una ciudad que tuviera cimientos, cuyo diseñador y constructor es Dios. (Extractos, He 11:7–10, traducción corregida)

Dios le prometió a Abraham una ciudad como parte de su séptima imputación. Abraham sabía muy bien que recibiría recompensas eternas, a pesar de que había crecido en una gran ciudad, vivió el resto de su vida en una tienda. Dios lo prosperó de modo que llegó a ser una persona de gran riqueza. Él podría haber construido su propia ciudad. En lugar de eso, expresó su esperanza₃ al negarse a vivir en edificios permanentes, feliz de esperar esos edificios eternos y permanentes del Señor. Para la mente de Abraham, si la primera y la segunda esperanza pudieron

65. Véanse las páginas 249–64.

convertirse en realidad, también podría la tercera, en especial porque cada realidad sucesiva —salvación, bendiciones en el tiempo, bendiciones en la eternidad— es más fácil de proporcionar para Dios.

La esperanza es el factor de impulso en el plan de Dios; es la motivación para avanzar. La esperanza mira hacia *adelante* con la misma certeza que tenemos de mirar hacia atrás. Esta seguridad absoluta sobre el futuro, sea cercano o lejano, nos da nuestra confianza y seguridad en el presente: El mismo Dios que nos bendijo con la salvación en el pasado, y el que nos bendecirá con recompensas eternas en el futuro, nunca permitirá que más presión o prosperidad llegue a nuestras vidas de la que estamos preparados doctrinalmente para manejar (1Co 10:13).

La esperanza₃ del creyente maduro tiene ramificaciones especiales. Hemos visto que, a diferencia de la esperanza₁ y la esperanza₂, su ímpetu proviene no desde la doctrina sola sino desde la doctrina más el sufrimiento inmerecido. Además, la esperanza₃ se enfoca en el objetivo final de Dios al crear al hombre —la séptima imputación; la esperanza₃ es, por lo tanto, la más alta motivación en la vida.

La confianza del creyente en el plan de Dios lo relaciona como se debe con las circunstancias históricas; la tercera esperanza se desborda del individuo a la nación. Cuando una nación ha decaído hasta cierto punto (Esd 10:2), sólo le queda una esperanza, aquellos pocos creyentes *Yeshurún* o *pléroma*. Cuando no existe un pivote de creyentes maduros, la esperanza de la nación reside, en sentido literal, en los creyentes ultra-supergracia. Sin esperanza para que las leyes del establecimiento divino tengan efecto, su esperanza es la esperanza₃ que sus creyentes maduros llevan en sus almas. Su afán por presentarse ante el tribunal de Cristo los lleva a Aquel mismo que controla la historia para preservar su nación, o para preservarlos si su nación debe ser juzgada. A los ojos del Señor, la nación entera es llevada en los hombros de sus creyentes maduros.

En contraste, los creyentes reversionistas son una maldición por asociación; ellos son el remolino que destroza a su nación. Los reversionistas siempre tienen una esperanza, pero su esperanza es inútil e impotente. Ellos ponen su confianza en cosas que no son la base para la confianza; sus esperanzas siempre resultan falsas.

“Así son las sendas de todos los que se olvidan de Dios [los reversionistas que descuidan la doctrina y, por tanto, se olvidan de la esencia, integridad, políticas y plan de gracia de Dios],

Por lo tanto, la esperanza de los impíos [el creyente con doctrina falsa o sin doctrina] se desvanecerá,
Cuya confianza es frágil,
Y cuya seguridad es una tela de araña”. (Job 8:13–14,
traducción corregida)

Por ejemplo, el creyente que se supone que habla en lenguas tiene la confianza en lo que hace. Él asume que su actividad emocional es un avance espiritual; está seguro de que ha llegado hasta algún ‘plano espiritual superior’. Él te dirá todo sobre eso, y al escucharlo, te darás cuenta de que tiene una esperanza. La tragedia es que él ha puesto su esperanza en el *modus operandi* satánico. La estrategia del bien y la maldad de Satanás es desesperada frente al plan de Dios, y esta esperanza del creyente apóstata es igual de desesperada. Es tan débil como la “tela de araña”.

Cuando un creyente rechaza el *modus operandi* establecido por la integridad de Dios, él construye su confianza en algo tan débil que no se puede medir. Ni las lenguas, ni el diezmo, ni el sacrificio, ni el discipulado, ni las buenas obras, ni ningún servicio cristiano mandado en la Biblia ni *ninguna* actividad con mérito humano, nos da la base para esperar la salvación, la aprobación o las recompensas de Dios. La base de la esperanza es nuestro saber de lo que Dios hace, no Su saber de lo que hacemos.

Debido a lo que Dios ha hecho en la salvación, hasta el creyente reversionista tiene la realidad de una relación permanente con Dios. Incluso el creyente que alimenta esperanzas falsas en la tierra vivirá en el cielo para siempre. El no creyente, sin embargo, va por la vida “sin tener esperanza y sin Dios en el mundo” (Ef 2:12). Habiendo rechazado la esperanza₁, no tiene ninguna base para la bendición directa de Dios. No hay otra fuente de bendición permanente y tampoco otra base para la verdadera esperanza. Cuando la vida de un no creyente en la tierra llega a su fin, el potencial, el cual él se negó a convertir en realidad, se extingue para siempre. Cuando muere un ser querido que es creyente, nos afligimos, no cabe duda, pero no nos afligimos “como lo hacen los demás [no creyentes] que no tienen esperanza” (1Ts 4:13).

La voluntad de Dios *no* es que las personas fracasen, especialmente no en esa interminable y horrible manera de rechazar a Cristo como Salvador. Él desea que creamos y tengamos éxito en alcanzar la madurez espiritual. La doctrina de la esperanza continúa dirigiéndonos en la dirección correcta, una dirección esbozada en Romanos 8:28.

EL PERFIL DEL CREYENTE MADURO

Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. (Ro 8:28, RVR)

Entre los cristianos, Romanos 8:28 ha llegado a ser una frase familiar, tan familiar como una aspirina en un botiquín. Muchos cristianos desanimados, desilusionados y abatidos toman Romanos 8:28 como si *fuera* una ¡aspirina espiritual! De alguna manera esto hace que el dolor se vaya. Pero ¿es ese el propósito de este versículo? ¿Intenta ser un curalotodo para los síntomas complicados de una deficiencia doctrinal en el alma? ¡No, no lo es!

Debemos acercarnos a la Palabra de Dios con sumo cuidado. Nunca debemos tomar de manera indiscriminada una frase aquí y un versículo allá y aplicarlos para que satisfagan nuestro capricho. Siempre debemos analizar las Escrituras según los principios específicos de interpretación. Al estudiar las ciudades y coronas, fuimos recompensados con gran riqueza al adherirnos a uno de esos principios: La Biblia debe ser interpretada según los tiempos en los cuales fue escrita. Ahora bien, para no malinterpretar aquello de que “todas las cosas les ayudan a bien”, debemos seguir otro principio más de la hermenéutica: Cada pasaje se debe interpretar en su contexto.

Al integrar Romanos 8:28 con su contexto, descubrimos para nuestra sorpresa que la mayor parte del ‘consuelo’ derivado de este versículo es ilusorio. En su interpretación estricta, Romanos 8:28 no se aplica a todos los creyentes; ¡pertenece sólo al creyente maduro! Al analizar este pasaje de las Escrituras, no estoy tratando de privar a ningún ‘santo sufriente’ de su único consuelo en la vida. ¡Ni mucho menos! Me interesa el verdadero significado de un pasaje vital. Cuando se interpreta con precisión, este versículo contiene un poder, un aliento, una riqueza de doctrina que no ha sido explicada como se debe en esta generación.

Tú recordarás de nuestro estudio del sufrimiento inmerecido que el contexto de Romanos 8:28 es Romanos 8:23–25 (los versículos 26 y 27 son parentéticos). Este contexto describe al creyente maduro.

En nuestra traducción corregida de Romanos 8:23, “poseemos las primicias del Espíritu” revela que la categoría de creyentes a la vista es la de aquellos que ya han desarrollado la capacidad necesaria desde la doctrina para recibir las bendiciones supergracia en el tiempo. ¿Cuál

categoría de creyentes es esa? Creyentes maduros. Estas “primicias” son sólo una probadita de bendiciones mucho mayores en el cielo que vendrán al creyente que se entrenó y perseveró y se disciplinó en la tierra para cruzar la meta de la madurez espiritual.

Además, el sufrimiento inmerecido, descrito como un “gemido” en Romanos 8:23, es la quinta categoría de bendiciones en el tiempo, imputadas a y experimentadas por únicamente el creyente maduro. Este dolor temporal es una garantía de bendiciones en la eternidad; es el sistema de ignición que enciende la esperanza del creyente maduro. Pero ¿cuál esperanza está a la vista? No es la primera esperanza, la anticipación de la salvación futura. Él ya no es un no creyente. Tampoco es la segunda esperanza, puesto que ya tiene la sexta imputación — bendiciones en el tiempo. Él ya no es un creyente inmaduro. La esperanza del creyente maduro es la tercera esperanza, la anticipación confiada de las bendiciones que se realizarán en el cuerpo de resurrección en el tribunal de Cristo. Esta esperanza pertenece exclusivamente al creyente supergracia.

El siguiente versículo, Romanos 8:24, reitera el hecho de que sólo el creyente maduro está a la vista. El objetivo final de Dios al salvar a los miembros del género humano es que Él también pueda imputarnos las fantásticas recompensas y bendiciones en nuestros cuerpos de resurrección. Los únicos que han cumplido este objetivo divino son creyentes maduros, cuyas bendiciones en el tiempo serán convertidas en bendiciones en la eternidad. Estos son los creyentes que glorifican a Dios tanto ahora como para siempre.

Una vez más, en Romanos 8:25, el creyente *maduro* bajo sufrimiento inmerecido tiene “fortaleza”; un creyente sin doctrina que se encuentra bajo presión se aferra a un clavo ardiendo, se deja llevar por el autoengaño, reacciona con una búsqueda frenética de la felicidad —en pocas palabras, se desmorona. Además, la estabilidad del creyente maduro no es una cuestión de apretar los dientes. El dolor del sufrimiento imputado es real, pero eso enfoca su atención en las mayores bendiciones que aún están por venir y que le causan mantenerse con “anticipación ansiosa”. La presión intensifica la doctrina en su alma y la hace una realidad vívida. Eso no se puede decir de nadie más que del creyente con máxima orientación al plan de Dios.

Ahora, de estos versículos observamos que Romanos 8:28 no aparece de repente de la nada o se despoja de su contexto y se abre a todos los creyentes sin importar que tan reversionistas o ignorantes de doctrina sean. Cualquiera puede memorizar y citar Romanos 8:28, pero es la

propiedad legítima sólo del creyente maduro. El creyente inmaduro o reversionista tiene poca o ninguna base para reclamar este versículo. Todas las cosas *no* “les ayudan a bien [...] a los que” son ¡negativos a la doctrina bíblica!

Si aun con esto no me oyereis, sino que procediereis conmigo en oposición, yo procederé en contra de vosotros con ira. (Lv 26:27–28a, RVR)

No se puede decir, sólo porque todos los creyentes terminan en el cielo o sólo porque la disciplina divina a menudo convence al reversionista de rebotar, que “todas las cosas les ayudan a bien”. Los creyentes reversionistas *sí* van al cielo. La disciplina *puede* corregir al miembro descarriado de la familia real. El contexto de Romanos 8:28, sin embargo, es sufrimiento *innecesario* —una categoría de bendición, no una acción punitiva merecida. “Todas las cosas les ayudan a bien” no se puede interpretar como una descripción de disciplina divina, ¡incluyendo el pecado hasta la muerte! “Todas las cosas” no incluye la disciplina de la justicia de Dios.

La Ecuación de la Esperanza

Lo que hace claro Romanos 8:28 es la tercera esperanza. El creyente maduro ha dejado atrás la primera y la segunda esperanza. Para él, la primera esperanza fue sustituida hace mucho tiempo por la realidad de la salvación y la vida eterna. Su segunda esperanza también ha cedido paso a la realidad de las bendiciones en el tiempo. Su mirada está puesta ahora en el siguiente objetivo en el plan de Dios. El anticipa ansiosamente las recompensas y bendiciones en fideicomiso que lo esperan en el cielo porque él sabe que “todas las cosas les ayudan a bien”.⁶⁶

66. Fideicomiso es un término ilustrativo de las bendiciones máximas preparadas por Dios en la eternidad pasada, “antes de la fundación del mundo” (Ef 1:4) y reservadas de forma irrevocable para cada creyente de la Era de la Iglesia (1Pe 1:4). Una vez que el creyente avanza a la madurez espiritual y tiene la capacidad para beneficiarse de esta herencia extraordinaria, Jesucristo distribuye estas bendiciones en el tiempo y en la eternidad, en desempeño o cumplimiento de la ejecución del plan de Dios. Para los creyentes que fallan en ejecutar la vida espiritual única durante sus vidas, las bendiciones en fideicomiso no se distribuyen, pero permanecen en depósito para siempre en el salón celestial de registros como un memorial de la oportunidad perdida. Véase Thieme, *El Bosquejo Divino de la Historia*, 100–3.

Romanos 8:28 describe al creyente supergracia que está anticipando la séptima imputación. Él sabe que el propósito de Dios al darnos las cosas es que ayuden hacia la imputación final que Lo glorificará para siempre. El “bien” es la séptima imputación. La tercera esperanza del creyente es la absoluta confianza de que “todas las cosas” le están ayudando hacia esa meta.

Todas las cosas ayudan a la séptima imputación

“Todas las cosas”, las cuales en la vida del creyente maduro se suman a la gloria de Dios, empiezan en el punto de la verdadera comprensión de Romanos 8:28 y continúan hasta que él se va de la tierra por la muerte o el Arrebatamiento. Romanos 8:28 nos da la base para establecer una fórmula que traza el plan de Dios para el hombre desde el nacimiento hasta la eternidad.

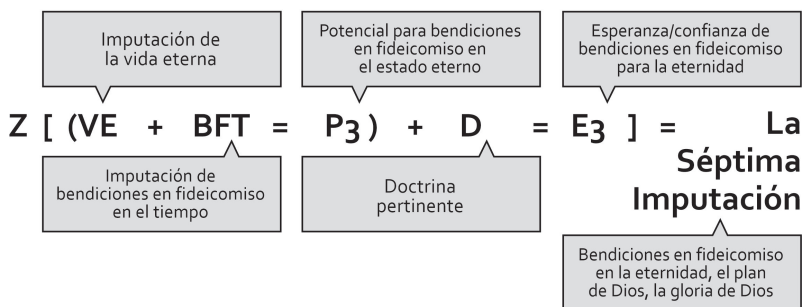
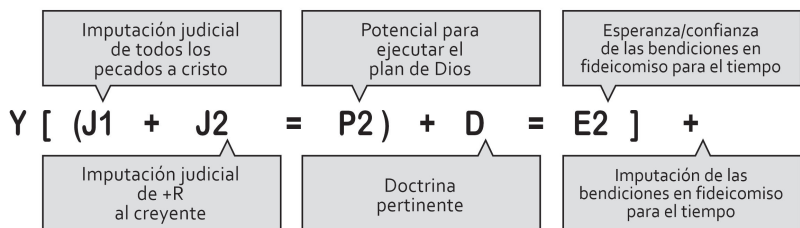
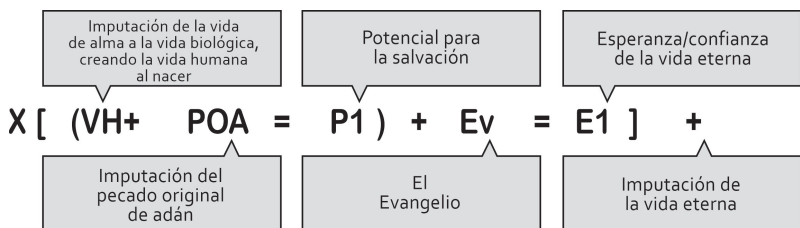
Podemos escribir esta fórmula en forma de una ecuación. “Todas las cosas” se puede desglosar en tres partes básicas o radicales. Definiremos un radical como un fundamento básico, algo que forma parte de un concepto global. Denominemos los tres fundamentos básicos en el plan de Dios como radical X, radical Y y radical Z. Por lo tanto:

$X + Y + Z$ ayudan a la séptima imputación.

O, más conciso aún:

$X + Y + Z$ es igual a la séptima imputación.

Ahora, es posible que las matemáticas no fueron precisamente lo que más te gustaba en tus días escolares. Tal vez, incluso hasta ahora, tu recuerdo más vívido de la graduación sea el de despedirte de los profesores de geometría y álgebra y dejar atrás, por fin y para siempre, esos pequeños diablillos rebeldes llamados axiomas, postulados, teoremas y ecuaciones. Si así es, no permitas que nuestro formato matemático te espante. Sólo estoy exponiendo conceptos que ya son familiares para nosotros para que podamos verlos con claridad todos a la vez.



En efecto, esta fórmula es un mapa del plan de Dios para cada individuo, un marco de referencia al que todas las categorías de doctrina se adjuntarán, una guía por la cual la doctrina puede aplicarse de manera correcta, una herramienta para el pensamiento objetivo aún bajo presión. Cada radical representa un segmento del plan de Dios, diseñado para dirigir al creyente a la madurez espiritual y al *pléroma*, el máximo logro de la vida espiritual.

X [vida como un no creyente] +

Y [vida como creyente inmaduro] +

Z [vida como creyente maduro] = La Séptima Imputación

El radical X abarca esa parte de la vida de cada persona que transcurre como un no creyente. Muchos miembros del género humano nunca avanzan más allá de esta etapa; otros viven la mayor parte de sus vidas en esta antes de creer en Cristo; pero otros se convierten en creyentes a temprana edad y pasan sólo unos pocos años de infancia en el radical X. El radical Y es la vida del creyente inmaduro. Por desgracia, la mayoría de los creyentes nunca avanzan más allá de esta etapa en el plan de Dios. Eso, sin embargo, no altera Su plan; el radical Z todavía es el objetivo de Dios para la humanidad en la tierra. El radical Z es la vida del creyente maduro.

Cada radical contiene una esperanza. El radical X incluye la esperanza₁, la anticipación confiada de que en el momento en que tú crees en Cristo tienes vida eterna. El radical Y, la esperanza₂, incluye la esperanza de las bendiciones en el tiempo. El radical Z, la esperanza₃, es anticipación confiada de las bendiciones eternas imputadas en el tribunal de Cristo.

En cada caso, la esperanza anticipa la función de la integridad de Dios. ¿Y cómo funciona la integridad de Dios? A esta altura deberías entenderlo muy bien. La integridad de Dios funciona a través de ¡la imputación! La bendición se *anticipa* a través de la esperanza; la bendición se *realiza* a través de la imputación.

Las primeras seis imputaciones están agrupadas en tres pares. Cada par establece un radical. Dos imputaciones proporcionan la base para cada esperanza, y cada esperanza anticipa las siguientes dos imputaciones.

X [Imputación + Imputación ➡ Esperanza₁]

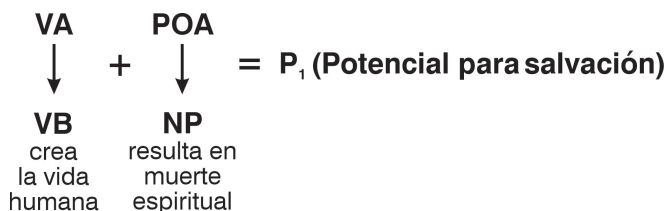
Y ➡ [Imputación + Imputación ➡ Esperanza₂]

Z ➡ [Imputación + Imputación ➡ Esperanza₃] = La Séptima Imputación

Este patrón continúa hasta la tercera esperanza, que anticipa la sin igual séptima imputación, confianza y bendiciones para la eternidad. La séptima imputación se destaca por sí sola como la glorificación final de Dios.

El plan de Dios para el hombre empieza con la imputación afín de la vida de alma (VA) a la vida biológica (VB) en el momento del nacimiento resultando en vida humana. Agrupado con esta primera imputación está la segunda: la imputación simultánea del pecado original de Adán (POA) a la naturaleza del pecado (NP) formada genéticamente.

Recuerda, desde el pecado original de Adán y la mujer, la justicia divina ha sido el punto de contacto del hombre con Dios. Lo que la rectitud de Dios condena, la justicia de Dios juzga; lo que la rectitud de Dios aprueba, la justicia de Dios bendice. La rectitud de Dios condena a toda la humanidad al nacer con la imputación del pecado original de Adán a la naturaleza del pecado; la justicia de Dios imputó los pecados de toda la humanidad a Jesucristo en la cruz y juzgó cada uno de ellos. Esta condenación y juicio liberan el amor de Dios para proporcionar la solución a través de Su gracia (Ef 2:8–9). El hombre no puede tomar crédito ni puede robar la gloria de lo que Dios hace. Debido a que el hombre es totalmente desmerecedor y condenado, él está calificado para la gracia salvadora. ¡Si no estuviéramos totalmente condenados, no podríamos ser redimidos! La justicia de Dios proporciona esta condenación al instante del nacimiento al condenarnos por el pecado de Adán. Así, las dos imputaciones afines al nacer crean de inmediato el potencial para la salvación. Este es el primer potencial del hombre; lo abreviaremos P_1 .



Un potencial, sin embargo, es inútil si un individuo no es consciente de que existe. Este hecho trae a la ecuación el entendimiento de que en algún momento durante tu vida llegaste a ser consciente de que Dios existe. Todos alcanzan consciencia de Dios —al menos todos con una inteligencia y edad por encima de la mínima (Ro 1:19–20). Cuando

tú alcanzaste consciencia de Dios, ¡ya tenías el potencial para una relación eterna con Él! Si tú respondiste con volición positiva, Dios estaba obligado a proporcionarte la información del Evangelio para que tu potencial pudiera realizarse. El Evangelio te hizo consciente de que *podías* ser salvo. Cuando escuchaste y entendiste algunas de las bendiciones básicas de la salvación y la mecánica para obtenerlas, tuviste la confianza de que si creías en Cristo tú de hecho serías salvo. Esto es lo que te motivó a creer. Desde luego, debes reconocer esta confianza: es la esperanza₁.

Aquí la ecuación nos da un marco de referencia para los ministerios de preservación y salvación de Dios el Espíritu Santo. Sólo el Espíritu Santo puede hacer el Evangelio entendible al no creyente; el Espíritu Santo es el único que hace posible que el no creyente tenga esperanza₁. Teológicamente, esto se llama la gracia común. El no creyente actúa sobre su confianza divinamente proporcionada en el Evangelio cuando cree en Cristo. El Espíritu Santo luego hace efectiva para la salvación la fe no meritoria del no creyente espiritualmente muerto; esto es gracia eficaz. El acto de volición positiva del no creyente resulta en la realidad de la salvación; en ese momento de fe en Cristo, los siete ministerios de salvación del Espíritu —junto con el resto de las 40 bendiciones iniciales de la salvación— se convierte en una realidad permanente.

Así, el *potencial* para la salvación se convierte en la *esperanza* de la salvación, que a su vez se convierte en la *realidad* de la salvación. ¡Potencial, esperanza, realidad! La esperanza se convierte en realidad a través de la fe en Cristo, pero ¿qué causó que el potencial se convirtiera en esperanza? En este caso, las Buenas Noticias sobre la expiación sustitutiva del Señor Jesucristo en la cruz —¡el Evangelio!

$$P_1 + \text{el Evangelio} = \text{Esperanza}_1$$

Ahora, si combinamos estas dos últimas ecuaciones cortas, las escribimos en una sola línea y encerramos el resultado entero entre corchetes, tendremos el radical X completo.

$$X [(VH + POA = P_1) + Ev = E_1]$$

Esto es una representación del plan de Dios para el no creyente. Dios le dio vida humana y muerte espiritual al nacer, creando así el potencial para la salvación. Cuando el Evangelio (Ev) se hace claro al no creyente

y él es positivo, este potencial se convierte en esperanza o expectativa confiada de que él *será* salvo si cree en Cristo. Esta primera esperanza (E_1) puede durar unos pocos segundos o muchos años dependiendo de la volición del no creyente. Tan pronto como él tome la decisión de creer, cierra el radical X, pone un signo de más (+) después de este, y avanza al radical Y.

$$\begin{array}{l} \text{X [(VH + POA = P}_1\text{) + Ev = E}_1\text{] +} \\ \text{Y [vida como un creyente inmaduro]} \end{array}$$

El signo más fuera del corchete representa el hecho de que la realidad ha reemplazado a la primera esperanza; este es el ajuste de la salvación a la justicia de Dios —fe sola en Cristo solamente. Recuerda que esa bendición se anticipa por medio de la esperanza, pero la bendición se realiza por medio de la imputación. Las imputaciones —de nuevo una agrupación de dos— que realizan o cumplen la esperanza, se encuentran al principio del radical Y. De hecho, ¡el Evangelio describe estas dos imputaciones! Estas se encuentran entre las bendiciones sobre las cuales el no creyente basa su esperanza cuando cree en Cristo.

Espero que estés comenzando a ver que las cosas caen en su lugar. Si no, regresa al principio de la ecuación y revisa de nuevo lo que hemos reunido hasta ahora. Esta fórmula es una vista panorámica de la integridad de Dios en acción. Si la aprendes bien, te servirá fielmente en los tiempos venideros.

El radical Y sigue el mismo patrón que el radical X: imputaciones, potencial, doctrina, esperanza, realidad. Esta vez, empezamos con las dos imputaciones judiciales. Cuando una persona cree en Cristo, acepta el sacrificio sustitutivo de Cristo en la cruz en su nombre. Allí, todos los pecados personales de la humanidad fueron imputados a la persona perfecta de Cristo y juzgados. El hecho de que nuestros pecados fueron juzgados significa que Dios es libre de imputar judicialmente Su propia rectitud a cualquiera que crea en el Señor Jesucristo y de declarar a esta persona justificada de una vez por todas. Una imputación judicial elimina nuestra deuda por el pecado mientras que la otra acredita a nuestra cuenta el más valioso tesoro en el universo —la rectitud de Dios, el principio mismo de Su integridad.

Al intercambiar nuestros pecados por la rectitud de Dios, una agrupación de imputaciones ha creado una vez más un potencial (P_2).

En el punto receptor del conducto de la gracia, la rectitud divina residente en nosotros significa que estamos calificados para las bendiciones en el tiempo. La rectitud imputada es un potencial que exige implementación.

$$\begin{array}{ccccc}
 \text{Los Pecados} & & \text{La Rectitud} & & \\
 \text{Personales} & & \text{Divina} & & \\
 \downarrow & + & \downarrow & = & P_2 \text{ (Potencial para las} \\
 \text{Cristo en} & & \text{Creyente} & & \text{bendiciones en} \\
 \text{la Cruz} & & & & \text{fideicomiso en} \\
 & & & & \text{el tiempo)}
 \end{array}$$

Ya hemos estudiado la conversión de este potencial en realidad, bajo una ecuación más simplificada: Potencial más capacidad iguala a la realidad.⁶⁷ ¿Qué es lo que aumenta nuestra capacidad para apreciar las bendiciones divinas, disfrutarlas y beneficiarse de ellas? El conocimiento de doctrina bíblica, desde luego. Nuestra función bajo el AGP crea la capacidad en nuestras almas que permite a Dios bendecirnos en el tiempo.

Mientras nos encaminamos a la madurez, debemos ser motivados —para seguir e incluso aumentar nuestro impulso espiritual. Esta motivación proviene de conocer ciertas doctrinas. Mientras el radical X se limitó al Evangelio, la doctrina pertinente aquí en el radical Y incluye todo el sistema de verdad relacionado con la vida del creyente en la tierra. En especial son aplicables aquellas doctrinas del Nuevo Testamento con respecto al estatus y modus operandi de la familia real. Esta es la vida espiritual postsalvación del creyente de la Era de la Iglesia. Nos motiva saber a dónde vamos en el plan de Dios y por nuestra expectativa ansiosa de recibir las bendiciones cuando lleguemos ahí. En otras palabras, nuestra motivación para continuar desarrollando la capacidad para las mayores bendiciones no es nada menos que la esperanza₂ (E₂).

$$P_2 + \text{Doctrina Bíblica} = E_2$$

Esta esperanza es el conocimiento firme de que si continuamos aprendiendo y aplicando doctrina bíblica, recibiremos la sexta imputación y así glorificaremos al Señor Jesucristo. En el radical Y, así como en el radical X, la doctrina bíblica pertinente (D) convierte el potencial en esperanza. Para el creyente en crecimiento el conocimiento de doctrina no sólo crea esperanza, sino también construye su capacidad.

67. Véanse las páginas 115–18.

Al redactar el radical del creyente en crecimiento, quiero enfatizar la única y absolutamente dramática naturaleza de las dos imputaciones involucradas. Las abreviaremos J_1 y J_2 como un recordatorio de que estas son las únicas imputaciones *judiciales*.

$$Y [(J_1 + J_2 = P_2) + D = E_2]$$

Aquí, entonces, está el plan de Dios para el creyente inmaduro entre la salvación y la madurez espiritual. La realidad de la salvación, que cerró el radical X, incluye dos factores: primero, el juicio de nuestros pecados y, segundo, nuestra posesión de la propia rectitud de Dios. El *principio* de la integridad divina reside en nuestro extremo del conducto, y la *función* de la integridad divina opera en el extremo de Dios. Sólo se necesita la capacidad desde la doctrina antes de que se pueda implementar nuestro potencial de bendiciones en el tiempo —por encima y más allá de todo lo que jamás podríamos pedir o pensar.

A medida que aprendemos doctrina y avanzamos espiritualmente, llegamos a ser conscientes de la esencia de Dios, el decreto divino, el hecho de que Su objetivo es bendecirnos en el mundo del diablo. Al bendecirnos así, Dios gana la victoria táctica del conflicto angélico que complementa la victoria estratégica de Jesucristo en la cruz. Aprendemos que Él ganó la victoria estratégica a través de la primera imputación judicial que abrió el radical Y ¡para cada uno de nosotros!

La doctrina nos dice que nada puede detener el plan de Dios y que la función del AGP es el procedimiento declarado de Dios para darnos la capacidad para bendición. La doctrina nos enseña la lección de *a fortiori*: si Dios ya ha logrado lo más difícil en la cruz, Él no se detendrá en la tarea más fácil de bendecirnos en el mundo (Ro 8:32). En otras palabras, a pesar de las dificultades, presiones, desilusiones y distracciones a lo largo del camino, la inculcación doctrinal crea en el creyente en crecimiento una confianza inquebrantable en que la siguiente etapa en el plan de Dios se *cumplirá*. Esta esperanza aumenta la confianza conforme se aumenta la capacidad, hasta que el creyente maduro alcanza su ritmo como un atleta corriendo a toda velocidad por el premio final.

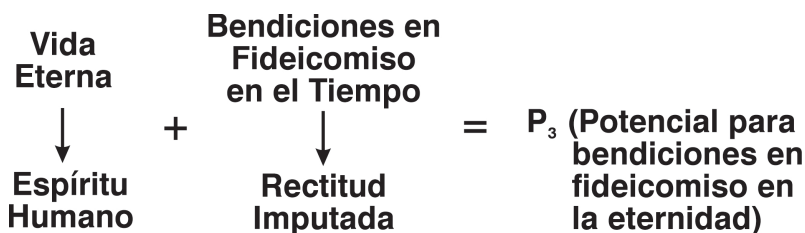
Una vez más, la realidad reemplaza la esperanza. El más significa el ajuste de la madurez a la justicia de Dios; el creyente ahora maduro ha pasado al radical Z. El más del radical X (vida eterna) se combina con el más del radical Y (bendiciones en fideicomiso para el tiempo) resultando

en el avance al radical Z. Los dos signos más se suman al potencial final, el radical Z que es las *máximas* bendiciones en fideicomiso para la eternidad. Piensa en esto, las bendiciones de Dios para nosotros ¡en un cuerpo de resurrección para siempre! Esta es la confianza absoluta del creyente maduro.

$$Y [(J_1 + J_2 = P_2) + D = E_2] +$$

$$Z [\text{vida como un creyente maduro}]$$

En el radical Z, de nuevo encontramos una agrupación de imputaciones afines. La imputación afín de vida eterna al espíritu humano en la salvación, más la imputación afín de bendiciones especiales a la rectitud divina en el creyente maduro, crea el tercer potencial: el potencial para las máximas bendiciones en fideicomiso y recompensas en la eternidad.



Nosotros poseemos vida eterna ahora, pero la vida eterna será completamente operativa sólo en el cuerpo de resurrección. La vida imputada de Dios proporcionará al creyente maduro la capacidad para las recompensas sin fin que recibirá en el cielo. Imagínate, ¡ya poseemos el factor de capacidad para la realidad de las bendiciones en el cielo! El único factor que debe completarse es bendición en el tiempo. Las bendiciones del tiempo son en sí mismas lo que se transformará en bendiciones de la eternidad. Otra vez, dos imputaciones han establecido un potencial.

El tercer potencial se transforma en la tercera esperanza al conocer la doctrina pertinente. Ciertas doctrinas relacionadas con acontecimientos futuros son de especial relevancia. El creyente maduro sabe acerca del cuerpo de resurrección y acerca de las bendiciones eternas que le serán imputadas. Está bien instruido acerca del Arrebatamiento cuando recibirá su nuevo cuerpo, y con respecto al tribunal de Cristo donde la séptima imputación tendrá lugar. Por su puesto, estos hechos de la escatología

son parte del marco de referencia que el creyente desarrolla a medida que avanza a través del radical Y. En el radical Z, algo de doctrina escatológica se traslada a la plataforma de lanzamiento de su alma para convertirse en el objeto de la tercera esperanza.

La ecuación XYZ está en perfecto equilibrio. Cada radical contiene una agrupación de imputaciones, un potencial, un cuerpo de doctrina pertinente y una esperanza. Antes de enredarnos en la sutileza de una ecuación limpia y simétrica, recordemos el principio: El contexto de “todas las cosas” en Romanos 8:28 es una delineación de sufrimiento inmerecido.

Romanos 8:28 es una descripción precisa del creyente maduro en el radical Z. Para él todo en la ecuación ya es una realidad, excepto la séptima imputación, que es la transferencia de las bendiciones en fideicomiso en la eternidad. Para él “todas las cosas” son conocidas a fondo —desde la primera imputación de vida de alma en su nacimiento físico en el radical X hasta la imputación de su más reciente bendición en el tiempo en el radical Y— y él sabe exactamente cómo ellas “trabajan juntas para [el propósito de] el bien”. De hecho, “el bien” —el plan de Dios, la gloria de Dios, la imputación final en la eternidad— es el objeto de su confianza y motivación en la vida.

El creyente maduro anticipa ansiosamente la séptima imputación, y lo hace con “fortaleza” porque ha venido a conocer el dolor del sufrimiento inmerecido. El sufrimiento inmerecido es una categoría de bendición que pertenece a la sexta imputación, ya incluida en la ecuación como parte de las BT, bendiciones en el tiempo. El contexto pone énfasis especial en este tipo de sufrimiento como un factor que estimula la tercera esperanza.

Si nos rodeamos nada más de lujo y no enfrentamos ningún reto para aplicar doctrina, llegamos a ser espiritualmente ‘gordos y descuidados’, acostumbrados a la prosperidad y olvidadizos del plan de Dios. Podríamos llegar a estar tan envueltos en el presente que olvidaríamos dónde estamos —en el mundo del diablo— y olvidaríamos hacia dónde vamos —a la gloria. No podemos permitirnos el lujo de ser como la colegiala, enamorada por primera vez, que desea que ese momento perdure para siempre. La vida no se detiene para nadie; debemos seguir adelante. El sufrimiento inmerecido es lo que nos despierta de un mundo de sueños y nos hace seguir adelante. Establece —y fortalece— la tercera esperanza en el alma.

Por lo tanto, debemos comprender que el radical Z incluye sufrimiento inmerecido. Este factor, más la doctrina pertinente, convierte el *potencial* de las recompensas eternas en la *esperanza* o

anticipación ansiosa de aquellas recompensas. Para enfatizar, por lo tanto, escribiremos esta parte del radical Z para incluir el sufrimiento inmerecido antes de regresar de nuevo a la simetría correcta de la ecuación general.

$$P_3 + D + \text{Sufrimiento Inmerecido} = \text{Esperanza}_3$$

Completemos ahora el radical Z.

$$Z [(VE + BFT = P_3) + D = E_3]$$

Vida eterna (VE) más las bendiciones en fideicomiso en el tiempo (BFT) crean el potencial para las bendiciones eternas. El conocimiento de las doctrinas escatológicas, que predicen el Arrebatamiento y el tribunal de Cristo, hacen al creyente maduro consciente de este tercer potencial (P_3). Tal informe lo prepara para el futuro y le permite encarar con total confianza lo que se avecina en el plan de Dios, mientras que el sufrimiento periódico e inmerecido es lo que lo impulsa a enfocarse en el Señor y esperar ansiosamente (E_3) por ¡esa meta final!

El radical Z sin duda no es propiedad del creyente reversionista. Él es negativo hacia la doctrina y por lo tanto nunca recibirá las bendiciones especiales en el tiempo o la eternidad. Nunca tendrá una esperanza más allá de la esperanza. Su ignorancia de doctrina le impide anticipar las bendiciones en el tiempo. Aunque tiene un potencial₂ tan grande como cualquier otro creyente, la esperanza₂ se aplaza para él. La esperanza₃ está por completo fuera de juego.

No obstante, el reversionista sí tiene una esperanza —o algo así. Al escuchar el Evangelio (y tal vez asiste a la iglesia los domingos donde es evangelizado ¡cada semana!) él ha aprendido algo acerca del cielo. Por lo tanto, en medio de la disciplina de advertencia, la disciplina intensiva y la disciplina al morir, él anticipa recibir un cuerpo de resurrección. En algún lugar de alguna manera el reversionista ha recogido algo de información sobre el Arrebatamiento de modo que cuando le duele lo suficiente, anhela el Arrebatamiento. Él desea con fervor que ¡ocurra *ahora mismo*! Distorsiona de manera egoísta la oración al final del Apocalipsis en una súplica lamentable y agonizante: “Aun así, ¡ven Señor Jesús!”.

Para él el Arrebatamiento no es parte de “todas las cosas” trabajando juntas para “el bien”. Para él el Arrebatamiento es sólo ¡otra gran aspirina!

Ahora, él tiene volición, y es libre para desinteresarse de la Palabra de Dios. Si esto es lo que él quiere hacer, él puede seguir adelante e intentar

reemplazar el sistema de Dios de estas tres esperanzas en la ecuación relacionada con el tiempo y la eternidad con su propia desesperada esperanza para la superaspirina que terminará todo. Pero preferir ese curso de acción, esa desorientación a la vida, es blasfemo, por no decir irracional. ¡Dios nos mantiene vivos para un propósito!

Es interesante notar que el sufrimiento inmerecido enfoca la esperanza del creyente maduro en el cuerpo de resurrección, mientras que el sufrimiento *merecido* y todos los sistemas de disciplina divina obligan al reversionista a enfocarse en el mismo cuerpo de resurrección. A pesar de este enfoque común, el reversionista no vive en el radical Z.

El radical Z es el ámbito en el que el creyente maduro disfruta de las bendiciones supergracia y anticipa confiadamente sus bendiciones garantizadas de la gracia sobreabundante. Así, el radical Z trae el segundo argumento *a fortiori* de Pablo a la fórmula XYZ. Bendecir a un creyente que tiene una naturaleza del pecado y que vive en el mundo del diablo requiere un mayor esfuerzo de parte de Dios que lo que se requiere para bendecir a un creyente que tiene un cuerpo de resurrección, que vive en el cielo, que conoce toda la doctrina y que tiene una relación armoniosa y perfecta con Dios. Si Dios ha proporcionado las bendiciones en el tiempo, de las que el creyente maduro disfruta cada día, sigue un *a fortiori* —“con mayor razón”— que Él bendecirá a ese mismo creyente en la eternidad. El creyente que vive en el radical Z anticipa la eternidad, pero continúa consumiendo doctrina, siempre avanzando en el plan de Dios. Él continúa glorificando a Dios en el *cosmos diabolicus* hasta que Dios decide llamarlo a casa.

Cuando la tercera esperanza se cumple en el tribunal de Cristo, no hay una nueva esperanza para reemplazarla. La esperanza termina en esa evaluación final. De ahí en adelante, sólo existe realidad para siempre.

Ahora tenemos la ecuación completa.

$$X [(VH + POA = P_1) + Ev = E_1] +$$

$$Y [(J_1 + J_2 = P_2) + D = E_2] +$$

$$Z [(VE + BFT = P_3) + D = E_3] = \text{La Séptima Imputación}$$

No hace falta que insista qué tan importante es esta ecuación como una herramienta para sistematizar tu conocimiento de doctrina bíblica, pero la

ecuación es sólo tan buena como tu comprensión de lo que representa. Así que vamos a crear un breve índice de todos estos términos y abreviaturas.

Radical X: la vida del no creyente desde el nacimiento hasta la salvación

VH: vida humana formada por la imputación de vida de alma a vida biológica al nacer (la primera imputación)

POA: pecado original de Adán imputado a la naturaleza del pecado (la segunda imputación)

P₁: potencial para la salvación para la humanidad totalmente condenada

Ev: Evangelio

E₁: esperanza de salvación al creer en Cristo

+: esperanza₁ siendo reemplazada por la realidad de la vida eterna como resultado de fe en Cristo

Radical Y: la vida del creyente desde la salvación hasta la madurez

J₁: imputación judicial de los pecados a Cristo en la cruz (la tercera imputación)

J₂: imputación judicial de la rectitud de Dios al creyente en el momento de la salvación (la cuarta imputación)

P₂: potencial para las bendiciones en el tiempo imputadas a la rectitud residente de Dios

D: doctrina bíblica pertinente

E₂: esperanza de bendiciones al alcanzar madurez

+: esperanza₂ siendo reemplazada por la realidad de las bendiciones en fideicomiso en el tiempo

Radical Z: la vida del creyente desde la madurez hasta la muerte o el Arrebatamiento, lo que ocurra primero

VE: vida eterna imputada al espíritu humano en la salvación (la quinta imputación)

BFT: bendiciones en fideicomiso en el tiempo imputadas a la rectitud divina en la madurez (la sexta imputación)

P₃: potencial para mayores bendiciones y recompensas en la eternidad

D: doctrina bíblica pertinente, incluyendo escatología

E₃: esperanza de bendiciones en fideicomiso en la eternidad en el tribunal de Cristo (el *bema*, trono de gracia para evaluación)

=: culminación del plan de Dios en el objetivo final:

La Séptima Imputación: bendiciones en fideicomiso en la eternidad son imputadas al cuerpo de resurrección del creyente maduro; “el bien” de Romanos 8:28; la glorificación eterna de Dios.

La Exégesis de Romanos 8:28

El *contexto* de Romanos 8:28 es un discurso sobre el creyente maduro que soporta el sufrimiento inmerecido. El *concepto* de Romanos 8:28 se expresa en la fórmula XYZ. Ahora para la *exégesis*.

Lo primero que debemos reconocer es que este versículo tan conocido trata con algo de suma importancia: Aquí están las razones de emergencia del creyente para la crisis del sufrimiento inmerecido. Así, la partícula griega *δέ* (*dé*) es más enfática de lo normal. Como una conjunción transicional, a menudo se traduce de manera correcta “y” como la encontramos en la Reina Valera, pero eso es demasiado insulso para Romanos 8:28. El uso intensivo de la partícula debe traducirse “de hecho”. De esta manera nos apoderamos del concepto de fortaleza y anticipación ansiosa del final del versículo 25 y pasamos a una aplicación enfática.

Luego viene el verbo *οἶδα* (*oída*), “sabemos”. El tiempo presente perfecto indica un hecho que ha llegado a existir en el pasado pero se enfatiza como una realidad presente. Los creyentes a la vista ya comprenden X + Y + Z y ya esperan por la séptima imputación. Están más allá de la construcción de doctrina básica. Este verbo implica que ellos ya han pasado por los radicales X y Y. De nuevo, Romanos 8:28 es la propiedad del creyente maduro.

“Sabemos de hecho que [...]”. Lo que sigue en el orden original de las palabras en griego es el presente activo participio de *ἀγαπάω* (*agapáo*), “amar, deleitarse en, estimar”.

Este participio y su artículo definido (indicando quién recibe la acción del verbo) están en el caso dativo, señalando dos cosas. En primer lugar, indica de quién son los intereses en cuestión; llamamos a este el dativo de ventaja. La acción del versículo —todas las cosas ayudando para bien— se está realizando para el beneficio del creyente. En segundo lugar, el artículo definido se usa aquí como un pronombre demostrativo, “a los”, llamando atención especial a los creyentes maduros. “A los que aman a el Dios” identifica a los creyentes maduros como los que están ocupados con Cristo, una de las bendiciones espirituales incluidas en la sexta imputación.

Los creyentes en crecimiento —en el radical Y— están en el proceso de aprender a amar a Dios. Nuestra capacidad para amarlo crece a medida que

maduramos espiritualmente. Él nos ama, pero nosotros debemos aprender a amarlo a Él. Ahora, no te enorgullezcas de tu autorrectitud e insistas en que ¡Lo amas de manera automática! Sólo en la madurez tenemos la doctrina suficiente para *conocer* a Dios; sólo con máxima doctrina poseemos la máxima *capacidad* para amar que nos permite estar ocupados con Él. Necesitamos seguir creciendo, no dar por hecho que hemos llegado.

El artículo definido genérico *ὁ (jo)* con *θεός*, traducido “el Dios”, enfatiza la unicidad de los atributos divinos, el origen del plan único de Dios. Aquí, en efecto, Pablo ha introducido la doctrina de la esencia divina. La suma de los atributos de Dios, revelada en la doctrina bíblica, engendra asombro reverencial, respeto y en última instancia, amor.

“Sabemos de hecho que a los que aman al Dios [...]”.

Habiendo memorizado hace tiempo la traducción de Romanos 8:28 de la Reina Valera, esperamos encontrar en este punto el meollo familiar del versículo. Miramos el texto griego —¡y nos llevamos un susto! Miramos de lado a lado desde el griego hasta el español de la Reina Valera y nos preguntamos ¡cómo podría ser esto! Las siguientes dos palabras del griego fueron mal traducidas de manera inexcusable.

Nadie puede convertirse en un experto en gramática griega de la noche a la mañana, pero para ver lo que Romanos 8:28 enseña, primero debes saber un par de cosas sobre cómo se arman las oraciones griegas. En una oración griega estándar, como en una en español, hay un sujeto, un verbo y un objeto. El sujeto produce la acción del verbo; el objeto recibe la acción del verbo. Saber cuál es cuál es imprescindible para la interpretación correcta de la Palabra de Dios.

El sujeto y el objeto son sustantivos, y en estos sustantivos el griego muestra su versatilidad. Con sus numerosos sufijos, un sustantivo en el griego puede mostrar no sólo género y número, sino también otras cosas, incluyendo el papel que desempeña en una oración. Podemos identificar de manera rápida el sujeto porque está en la forma del caso nominativo; el objeto, en el caso acusativo. No importa en absoluto dónde aparezca la palabra en una oración —primero, segundo, etc.; siempre podemos descubrir qué papel desempeña el sustantivo al revisar en qué caso está. Sujeto: caso nominativo. Objeto: caso acusativo. Hasta aquí todo bien.

Con esta regla muy firme en mano, regresemos a la oración traducida, “todas las cosas les ayudan”. Estas cinco palabras en el español sólo representan dos palabras en el griego: *πάντα συνεργεῖ (pánta sunergeí)*. *Pánta* es una forma plural del adjetivo *πᾶς (pas)* que significa “todo”.

Este adjetivo funciona aquí como adjetivo sustantivado —igual a un sustantivo— y debido a que está en el género neutro, se traduce de manera correcta “todas las cosas”. ¿Y qué papel desempeña “todas las cosas” en esta oración? ¿Es el sujeto o el objeto? Sacamos de inmediato nuestra regla: Revisar el caso. *Pánta* es el *nominativo* neutro plural de *pas*, pero el *acusativo* neutro plural de *pas* ¡también es *pánta*! ¿Cuál es? ¡Nuestra regla no ayuda en nada! Es obvio que debemos buscar más allá.

El verbo viene a nuestro rescate. *Sunergeí* es una forma de *συνεργέω* (*sunergéo*), “ayudar”, o más bien “trabajar junto con”. Cuando analizamos *sunergeí*, podemos listar una riqueza de información. El tiempo: presente. La voz: activa. El modo: indicativo. La persona: tercera. El número: singular. Escudriñando este análisis, al fin hallamos algo útil para resolver el problema de si “todas las cosas” es el sujeto o el objeto.

Una regla básica de la gramática griega y española establece que el *número* del *sujeto* debe coincidir con el *número* del *verbo*. Un verbo singular debe tener un sujeto singular; un verbo plural, un sujeto plural. ¿Cuál es el número del verbo *sunergeí*? Singular. ¿Y de “todas las cosas”? ¡Plural!

Ningún verbo singular toma nunca un sujeto plural. Eso sería como decir “Ellos tiene un problema”, o “Los cachorritos es inteligente”. Por alguna razón, a pesar de su brillantez, los traductores de la Reina Valera estropearon este tremendo versículo justo de esa manera analfabeta. Ellos dijeron, en efecto, “todas las cosas trabaja junta para el bien”. Esto es un español pobre; sería un terrible griego.

¿Entonces cuál es nuestra conclusión? “Todas las cosas” sólo puede ser el objeto, no el sujeto, de “trabaja juntas”. Un verbo singular *puede* tomar un objeto plural: “Él (singular) tiene (singular) problemas (plural)” es perfectamente aceptable. Eso parece resolver el asunto —hasta que de repente nos damos cuenta de que sólo tenemos un verbo y un objeto. ¿Dónde está el sujeto? Vemos otra vez y no encontramos nada; sólo hay dos palabras aquí: *pánta sunergeí*. Alguien o algo debe producir la acción de este verbo.

Por dicha, el griego es un idioma más expresivo que otros. Al igual que el español, los verbos griegos tienen sujetos incorporados. Donde algunos idiomas tendrían que proporcionar un sujeto por separado, el griego podría omitirlo, sabiendo por el sufijo del verbo quién estaba produciendo la acción. Por lo tanto, en el verbo *sunergeí*, el sufijo *-ei* indica el sujeto que hemos estado buscando. Ya hemos identificado este sufijo en nuestro análisis: es la tercera persona singular. En otras palabras, el sujeto de “trabaja juntas” puede ser “él”, “ella” o “neutro”. ¿Cómo determinar aquí cuál es el correcto? El contexto inmediato nos dice.

“[...] a los que aman al Dios, (él, ella, neutro) trabaja todas las cosas juntas [...]”.

El antecedente es un sustantivo masculino; la traducción correcta es obvia. “¡Él [Dios] trabaja todas las cosas juntas para bien!”. De hecho, varios de los manuscritos antiguos en realidad completan el espacio en blanco con *jo theós*, “el Dios” —en el nominativo singular para indicar que Dios es el sujeto.

Ahora bien, con o sin una referencia específica a Dios, la sintaxis del griego es clara sin lugar a duda. “Todas las cosas” no es el sujeto; “Él” (Dios) lo es. Todas las cosas no necesariamente trabajan juntas para nuestro bien. En cambio, *Dios* trabaja todas las cosas juntas para el bien del creyente maduro, para aquellos que están ajustados a Su justicia, para aquellos que están tan orientados a la doctrina bíblica como para conocerlo y amarlo.

¿Por qué sólo para los creyentes maduros (y aquellos acercándose a la madurez)? Dios en todo momento trabaja todas las cosas juntas para Su *propia* gloria; *ese* es el objetivo de Su plan. Es porque nos hemos ajustado a Su justicia firme que Él puede, al mismo tiempo, trabajar las cosas juntas para nuestro bien. El nunca ni por un momento se compromete o se aparta de Su meta; nosotros nada más adoptamos Su meta como propia mientras renovamos nuestras mentes con el punto de vista divino. El plan de Dios avanza, y el creyente maduro ha subido a bordo. Dios no se ajusta a nosotros al bendecirnos; nosotros nos ajustamos a Él y cosechamos lo que Él ha sembrado.

Ya que hemos resuelto nuestra traducción, podemos retomar la interpretación más detallada de *pánta sunergeí*. “Todas las cosas” incluyen más que las bendiciones de sufrimiento inmerecido en el contexto (Ro 8:17–39); enfatizan la gran variedad de bendiciones supergracia que caracterizan la vida del creyente maduro en el radical Z. Hasta las bendiciones especiales de la sexta imputación son sólo una pieza de todo el rompecabezas. Por ende, “todas las cosas” incluyen cada factor en el plan predeterminado de Dios para la humanidad.

Este plan expresa el deseo de Dios para todos aquellos a quienes Él imputó vida de alma y el pecado de Adán. El plan de Dios comienza al nacer; nadie es ignorado. La integridad de Dios provee todas las piezas del rompecabezas; nuestra volición positiva no meritoria hacia el Evangelio y toda la doctrina subsiguiente las arma. Las piezas incluyen las primeras seis imputaciones, los tres potenciales, todas las doctrinas pertinentes y todas las tres esperanzas, así como también el entorno y las circunstancias de la vida diaria del individuo en las que estos factores

ocurren. Para el creyente maduro en Romanos 8:28, el rompecabezas se arma por completo; “todas las cosas” están en su lugar.

Los creyentes maduros poseen, de hecho, esa confianza final y total en sus recompensas futuras, la esperanza₃ y todo lo que lleva a ella. Para los no creyentes y los creyentes inmaduros, sin embargo, algunas de las piezas aún no encajan en la fórmula. La frase “todas las cosas” no aplica a aquellos todavía en el radical X o Y.

Sunergéo, en el presente activo indicativo, es un verbo compuesto formado por la preposición *σύν* (*sún*), “con, junto con”, y el verbo *ἐργάζομαι* (*ergázomai*), “trabajar”. El tiempo presente habitual indica que ocurre de manera usual o que es razonable esperar que ocurra. Debido a la infinita fidelidad de Dios, el creyente maduro puede estar confiado con respecto a todo lo que le sucede: es para un propósito divino. Esto significa que él puede esperar sufrimiento de vez en cuando como el sistema de ignición para la tercera esperanza. El sufrimiento inmerecido cumple el propósito, en medio de la prosperidad divina dentro del mundo del diablo, de hacer que el creyente maduro recuerde el plan de Dios y ancle su confianza sólo en el Señor.

Una vez que comienzas a comprender la fórmula XYZ, te das cuenta de que el sufrimiento inmerecido no te causará miseria o disminuirá tus bendiciones; *añadirá* a tus bendiciones. De hecho, Pablo era un creyente tan avanzado que Dios le dio sufrimiento perpetuo, el cual el gran Apóstol cargó sobre sus hombros como una capa de honor de *pléroma* (Ro 8:18, 35; Fil 4:12). A Moisés también se le dio un manto ultra-supergracia de *Yeshurín*, que mantuvo sus ojos en el Señor y en las futuras recompensas (He 11:24–26).

La clave para Romanos 8:28 es la frase preposicional “para el bien”. La preposición *eis* se usa a menudo con el caso acusativo para expresar propósito; así, la frase se traduce de manera correcta “para el propósito del bien”. La frase carece de artículo definido, en lo que el español y el griego son exactamente opuestos. En el español, añadimos el artículo definido para dar énfasis —“el bien”— mientras que los griegos eliminaron el artículo definido para el mismo efecto. Si un artículo griego hubiera aparecido con *ἀγαθός* (*agathós*), “bien”, hubiera indicado la *identidad* del bien, pero la construcción sin artículo que encontramos aquí en realidad enfatiza la alta *calidad* del bien. *Agathós* en sí significa “bien de valor intrínseco”.

Por eso, la más alta calidad de las bendiciones y recompensas más intrínsecamente valiosas comprende el propósito máximo de Dios para ti. “El bien” es la suma de todo lo que Dios ha deseado alguna vez

para el género humano. *Es* el plan de Dios. En el tiempo, “el bien” es el objeto de la tercera esperanza; en la eternidad, es la realidad de la séptima imputación. “El bien” es la máxima bendición; será recibida de la mano de Jesucristo mismo; se otorga al creyente maduro en el cuerpo de resurrección. Por encima de todo, “el bien” es la gloria de Dios. Dios es glorificado al bendecirnos.

Pablo retoma el *cómo* del plan de Dios, y continúa describiendo estas mecánicas divinas a través de Romanos 8:29–30. ¿Cómo hace Dios “todas las cosas” trabajar juntas para “el bien”? En cualquier manera que Él lo haga, Dios no coacciona la volición del hombre. El hombre debe ser libre para creer en Cristo o permanecer no salvo, para rebotar o permanecer carnal, para aprender doctrina o permanecer espiritualmente inmaduro. Dios nunca viola tu libre albedrío, pero junto con la libertad viene la responsabilidad. Dios te hace personalmente responsable de conformarte a Su plan al progresar de X a Y a Z.

Tu volición y el plan de Dios se unen en el decreto divino, establecido en la eternidad pasada (Ef 1:11).⁶⁸ Dado que tú estabas en los pensamientos de Dios miles de millones de años antes de que nacieras, Él sabía que tú serías receptivo en el punto de consciencia de Dios y que Él por consiguiente proporcionaría la información del Evangelio. El Evangelio establece una opción: *Tú debes decidir.*

En la eternidad pasada, Dios sabía con todo detalle lo que te sucedería si te negabas a creer en Cristo, así como Él sabía lo que sucedería si creías. Más adelante en tu vida, ¿cuál alternativa sería la verdadera realidad? ¡Dios sin duda no tomó la decisión por ti! Pero Él sí sabía cuál camino *tú* elegirías. Dios sabía en la eternidad pasada que, dada la oportunidad, dirías: “Sí, creo en Cristo como mi Salvador”. (Yo asumo que cualquiera que haya llegado hasta aquí en el estudio de la integridad de Dios o era creyente desde el principio o ya se ha convertido en uno). Sabiendo que dirías sí al Evangelio, Él decretó que *tu* volición positiva existiría en realidad, y porque existiría, Él hizo algo más por ti, lo cual hace por cada creyente de la Era de la Iglesia.

El sustantivo *κλητός* (*kletós*), “llamados”, es un término técnico que significa el papel de Dios el Espíritu Santo tanto en la gracia común como en la gracia eficaz. Estas son las dos primeras etapas de la implementación del decreto divino en la eternidad pasada. Como parte de la gracia común, el Espíritu Santo hizo el Evangelio entendible para ti como no creyente

68. Véase el Apéndice B.

cuando expresaste volición positiva en el punto de consciencia de Dios. Cuando decidiste creer en Jesucristo, el Espíritu Santo tomó tu fe, la fe de una persona todavía espiritualmente muerta, y la hizo eficaz para la salvación ingresándote en la familia real de Dios con potencial fantástico para bendiciones (potencial₂ llevando al potencial₃).

“A los que son los llamados” es también un dativo de ventaja describiendo a los que en cuyo interés Dios trabaja los radicales X, Y y Z “juntos para el bien”. Ya que todos los creyentes de la Era de la Iglesia son “llamados”, desde el momento de fe en Cristo, es obvio que esta descripción aplica a los creyentes maduros en el contexto. Los creyentes en crecimiento e incluso los no creyentes pueden animarse al saber que los que ahora están tan avanzados una vez también estuvieron ellos mismos en el punto de entrada de la familia real. ¡Hay una esperanza para cada ser humano vivo en la tierra! De hecho, el sustantivo griego *πρόθεσις* (*próthesis*), “plan predeterminado”, cubre todas las fases del plan, de X a Y a Z a la glorificación final de Dios en la séptima imputación.

En la traducción corregida, Romanos 8:28 queda así:

Sabemos de hecho que a los [creyentes maduros] que aman al Dios, Él trabaja todas las cosas [X + Y + Z] juntas para el propósito del bien [la séptima imputación], a los que son los llamados [a través de la gracia común y eficaz] de acuerdo al plan predeterminado [X + Y + Z = la séptima imputación]. (Ro 8:28, traducción corregida)

USANDO LA ECUACIÓN

La Ecuación y el Ajuste a la Justicia de Dios

Romanos 8:28 no sólo describe la integridad de Dios obrando sin cesar por nosotros, no sólo construye el marco en el cual construimos una verdadera teología sistemática en nuestras almas, sino que también nos muestra dónde hemos estado, dónde estamos y a dónde vamos en la vida. La ecuación XYZ nos ayuda a integrar nuevas doctrinas y recordar aquellas que ya hemos aprendido; es una herramienta que organiza nuestro pensamiento. Para llegar a ser hábiles en el uso de esta herramienta doctrinal debemos practicar su aplicación. El resto de este capítulo, por lo tanto, está dedicado a usar la ecuación XYZ. Veremos varias categorías

de doctrina bíblica reunidas bajo el principio organizador presentado en Romanos 8:28.

El panorama XYZ del plan de Dios establece el principio al que hemos aludido desde que vimos a los atenienses ajustándose al inalterable *dikaíosune* de Solón. Infinitamente más inflexible que la justicia de Solón, la justicia de Dios es inmutable; continúa, con o sin nosotros. Nuestro ajuste a la justicia de Dios es Su libertad para bendecirnos.

¿Cuál es la aplicación práctica de este punto de doctrina? ¿Qué debemos hacer para liberar a Dios para bendecirnos? Debemos hacer tres ajustes: primero, ajuste de salvación; segundo, ajuste de rebote; y tercero, ajuste de madurez. El primero se requiere de aquellos en el radical X. El segundo se requiere en los radicales Y y Z. El tercero es el objetivo del radical Y y la realidad del radical Z. La salvación y el rebote son ajustes instantáneos: la salvación, una vez y para siempre; el rebote, tan a menudo como sea necesario. La madurez es un ajuste gradual. Por lo tanto, el rebote y el avance hacia la madurez (y más allá) se convierten en las funciones básicas de la vida después de la salvación.

	X	Y	Z
Salvación	✓		
Rebote		✓	✓
Madurez		✓	✓

AJUSTE A LA JUSTICIA DE DIOS

Hemos estudiado el ajuste de salvación con cierto detalle, desde la caída del hombre (reflejada en la segunda imputación), a la cruz (la tercera imputación), a nuestra consciencia de nuestro primer potencial (P_1) a través de escuchar el Evangelio (Ev), a anticipar la salvación (E_1), a creer realmente en Cristo (+), hasta recibir la rectitud de Dios (la cuarta imputación) y la vida eterna (la quinta imputación).

¿Cuál es nuestra participación en la salvación? Ninguna. ¿Cómo hacemos este ajuste? Sin mérito alguno. La salvación viene totalmente gratuita; nosotros no contribuimos con *nada*. Como la integridad de Dios nunca puede ser comprometida, alguien tenía que pagar por nuestra salvación. Ese alguien es nuestro inigualable Salvador, Jesucristo.

La salvación es perfecta; no podemos mejorarla. Es completa; no podemos añadirle nada. La recibimos en un momento del tiempo a través de la fe en Cristo, y nunca nos puede ser arrebatada. Si nosotros tuviéramos algo que ver con ganar la salvación, quizá podríamos perderla. Pero dado que es la obra exclusiva de Dios, la salvación depende de Dios solo, y Él nunca dará marcha atrás. Una vez que dejamos el radical X, no podemos volver nunca.

Cada ajuste a la justicia de Dios tiene un mal ajuste correspondiente. El mal ajuste de salvación es el rechazo de Cristo como Salvador: la volición negativa hacia el Evangelio o hacia Dios en el punto de consciencia de Dios. La volición negativa toma varias formas, desde un antagonismo descarado hasta alguna manera sutil en la que la gente trata de añadir obras humanas a la obra de Dios. Si nos negamos a encontrarnos con Dios exclusivamente bajo Sus términos —simple fe no meritória en Cristo— no nos encontramos con Él en absoluto. A fin de ser salvo, nadie debe caminar por un pasillo, levantar una mano, renunciar a pecados, confesar en público, ‘hablar en lenguas’, ser bautizado, afiliarse a una iglesia. La razón es que nosotros no vamos a Dios; Dios viene a nosotros. Las falsedades confunden el concepto. La Palabra de Dios deja claro que una persona que cree en Cristo es salva para siempre ¡aún si nunca se lo cuenta a otra persona!

Una persona puede creer e involucrarse de inmediato en una doctrina errónea de modo que atribuye su salvación a algún sistema falso. A pesar de lo que esa persona pueda alegar, fue salva por la mera fe en Cristo. Aun así, si alguien acepta una doctrina falsa como *un no creyente* y trata de ser salvo por obras, promesas, penitencia o reforma, esa persona no es salva. La tercera imputación es suficiente, eficiente, eficaz, completa; la salvación puede venir sólo por fe —al aceptar lo que Cristo ha hecho. Dios tiene integridad; la integridad de Dios no acepta a ningún ser humano excepto a Cristo; Dios no puede consentir ni siquiera a nuestras más sinceras buenas obras, aunque Él desea con fervor que todos seamos salvos.

“Pero”, te preguntas: “si un evangelista o alguien que testifica en persona presenta una mezcla de información verdadera y falsa, ¿qué debe hacer el pobre no creyente?”. Dios anticipó el problema y lo resolvió mucho antes de que se nos ocurriera preocuparnos por ello. Dios nunca baja Sus estándares, pero sí garantiza a todos una oportunidad justa para confiar en Cristo.⁶⁹ Dios el Espíritu Santo trabaja por medio de la doctrina, no de la falsedad; por lo tanto, actuando en lugar del espíritu humano, Él extrae lo verdadero de lo falso e ilumina sólo lo que es correcto. Por

69. Thieme, *Paganismo*.

eso, a pesar de los conceptos falsos, el no creyente puede enfrentar la verdadera cuestión. El Evangelio permanece; los no creyentes están siendo salvos; el plan de Dios sigue adelante; Dios tiene integridad —a pesar de las distorsiones y la apostasía humanas.

“Pero”, te preguntas, todavía preocupado: “¿cuánta fe se requiere para que una persona sea salva?”. Sólo un poquito más que nada de fe. Si en algún momento, aunque sea por un instante, una persona cree que Cristo es su Salvador, esa persona ha liberado la integridad de Dios para salvarla y moverla del radical X al Y. Él ha hecho su primer ajuste a la justicia de Dios. Para siempre.

El mal ajuste de salvación, sin embargo, con el tiempo resulta en la degeneración del no creyente (Ro 1:18–32). El no creyente que rechaza lo que es verdadero llena el vacío de su alma con lo que es falso y trata de ajustarse a la vida sobre esa base. Esto explica mucha de la miseria y la tragedia de la historia humana. En última instancia, el mal ajuste de salvación resulta en pasar la eternidad en el lago de fuego (Jn 3:18, 36; Ap 20:12–15). Los ciudadanos humanos del reino de Satanás que se niegan a aceptar la ciudadanía libre en el reino de Dios compartirán el destino de su gobernante del bien y la maldad.

Es por ignorancia o descaro que la gente pregunta: “¿Cómo puede un Dios de amor enviar a sus criaturas al infierno?”. Esta queja (registrada por primera vez por Satanás —un hecho que dice muchísimo) ¡ataca la base misma de Dios para llevar a alguien al *cielo*! Sin duda, cuando alguien es arrojado al infierno es un desastre. De eso no hay duda. Pero Dios es libre de juzgar a los no creyentes sin violar Su carácter perfecto. De hecho, Su carácter perfecto Lo obliga a juzgarlos; es correcto y justo.

Dios agota cada posibilidad al buscar salvarnos (Ro 2:4), dejando la condenación eterna como la única alternativa a la salvación eterna. La justicia bendice o maldice, y si una persona por su propia volición se niega a ajustarse a la justicia de Dios, la justicia de Dios debe ajustarse a esa persona —con maldición. Si Dios no permaneciera consistente en la función de Su justicia (Ro 2:11), Él no sería Dios. No tendría integridad. Sin integridad, Su garantía absoluta de nuestra salvación carecería de valor; no habría seguridad eterna. Los creyentes que reaccionan al autodeterminado juicio eterno del no creyente culpando a Dios no se dan cuenta de que están asediando contra los muros de su propia salvación. Un Dios de amor no rechaza al no creyente; el no creyente rechaza el amor de Dios que fue demostrado en la cruz cuando Jesucristo murió como un sustituto por toda la humanidad.

Después de la salvación, nuestro segundo ajuste a la justicia de Dios es parte del conflicto interior entre la naturaleza del pecado y el Espíritu Santo. Después de que hemos permitido a la naturaleza del pecado ganar el control de nuestras almas a través de algún pecado personal, necesitamos un medio para recuperar la llenura del Espíritu y ser restaurados a la comunión con Dios. Yo he acuñado el término “rebote” para la técnica por la cual un creyente se recupera de la carnalidad y vuelve a la espiritualidad. Salimos de comunión cuando pecamos; volvemos a comunión cuando citamos ese pecado en privado a Dios. Esta técnica básica y esencial de la vida cristiana se explica de forma extensa en otras publicaciones;⁷⁰ aquí mostraremos en resumen su relación con la justicia divina, nuestro punto de contacto con Dios.

Si confesamos [citar, nombrar, reconocer] nuestros pecados,
él [Dios] es fiel [Él siempre hace lo mismo] y justo [es
consistente con Su justicia] para perdonar nuestros pecados,
y limpiarnos de toda maldad (1Jn 1:9, RVR)

¿Por qué este sencillo procedimiento es consistente con la justicia de Dios? El contexto de 1 Juan 1:9 nos da nuestro marco de referencia. Primero, la naturaleza del pecado permanece activa mientras vivimos (1Jn 1:8). Segundo, a lo largo de nuestras vidas continuaremos usando nuestra volición para cometer pecados personales (1Jn 1:10). Todos nuestros *pecados* ya han sido juzgados (1Jn 1:7b); ya no son un problema en nuestra *relación eterna* con Dios. Así no es con nuestra *volición*, que siempre es un asunto en el conflicto angélico: No podemos tomar decisiones equivocadas con impunidad. La volición negativa que se rinde a la tentación y nos somete bajo la naturaleza del pecado interrumpe nuestra *comunión temporal* con Dios. Después de que pecamos, volvemos a ejercitar la volición positiva al citar ese pecado a Dios como uno del que Su justicia ya se ha encargado. Estamos identificando ese pecado con la cruz. En efecto, estamos citando el caso judicial en el que ese pecado fue llevado a juicio, imputado a Jesucristo en nuestro lugar, y juzgado. Aunque la justicia de Dios ya ha tratado con todos nuestros pecados en la cruz una vez y para siempre, nosotros también debemos tratar con ellos a través de nuestro libre albedrío cuando los cometemos en el tiempo.

70. Thieme, *¡Confíesese y Siga Su Marcha!*; *Rebound Revisited* (1995); *Aísla Tu Pecado* (2019); *El Hijo Pródigo* (2019); *El Plan de Dios*.

Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos [ajuste a la justicia de Dios, es decir, reconocer que hemos cometido un pecado que fue juzgado en la cruz], no seríamos juzgados [se cancela la disciplina divina]. (1Co 11:31, RVR)

Siempre, la justicia es nuestro punto de contacto con Dios. Mientras el creyente piense que el amor de Dios es nuestro punto de contacto, nunca apreciará el rebote. El mero hecho de que no somos perfectos y pecamos es parte de la razón por la cual el amor de Dios *no puede* ser Su punto de contacto con nosotros. Toda bendición y disciplina provienen de la justicia de Dios. La justicia divina nos bendice con la salvación y con la recuperación instantánea del pecado al rebotar.

¿Parece demasiado sencillo el rebote? Igual que aceptamos el Evangelio por fe, así también debemos aceptar el rebote por fe. En el Evangelio, Dios promete que si tan sólo creemos en Cristo, que fue juzgado en la cruz por nuestros pecados, seremos salvos. En el rebote, Dios promete que si tan sólo reconocemos el pecado particular que hemos cometido, seremos perdonados porque ya fue juzgado en la cruz. Las mismas imputaciones que forman la base de nuestra salvación también forman la base de nuestro regreso a la comunión temporal. El rebote es sencillo por un propósito: Dios quiere que estemos en comunión con Él.

En el rebote, como en la salvación, nos encontramos con Dios bajo Sus términos, no en los nuestros. Nombramos nuestros pecados a Dios —¡y punto! Eso es lo que la justicia perfecta exige; no le añadimos nada. Cuando tratamos de añadir algo más al rebote, le estamos diciendo a Dios que nuestros estándares son más altos que los Suyos.

Los creyentes quieren tomar parte del acto sintiendo pena por sus pecados, prometiendo a Dios no volver a cometerlos nunca más, realizando algún tipo de penitencia. Si sólo podemos despertar un sentimiento de remordimiento dentro de nosotros, si sólo podemos confesar nuestros pecados en público o contárselos a un clérigo o sacerdote, entonces nos *sentiríamos* limpios y perdonados. De alguna manera se *siente* más como si volviéramos a estar en comunión si *hacemos* algo para ganarla. ¡Qué distorsión tan legalista! El rebote no es algún tipo de catarsis psicológica. En el rebote, la cuestión no es cómo nos sentimos acerca de nuestros pecados, sino lo que Dios ha hecho acerca de ellos. Su rectitud y justicia han sido completamente satisfechas por la obra de Cristo en la cruz. Toda la idea del rebote es ajustarse a lo que la justicia divina ya ha logrado. El sistema de gracia de la integridad es nombrarlo, olvidarlo y seguir la marcha. Cualquier otra cosa es un mal ajuste de rebote.

No necesitamos sentir remordimiento, porque el complejo de culpa es en sí mismo un pecado de actitud mental. ¡Dios no requiere que pequemos como parte de recuperar la comunión! Tampoco requiere que esperemos hasta que experimentemos algún tipo de emoción; la emoción nunca es un criterio en la vida espiritual. Además, no podemos prometerle a Dios que nunca volveremos a pecar; una promesa es sólo tan buena como la persona que la hace —en nuestro caso, no es buena (1Jn 1:8, 10). Cuando el pecado particular es nuestra área de debilidad, las promesas se vuelven ridículas. No tenemos más remedio que aceptar la gracia.

La penitencia también es ridícula. Dios no quiere que nos arrastremos. ¡Él quiere que crezcamos para que pueda bendecirnos! Además, no hay nada que podamos hacer para congraciarnos con Dios; Cristo era el único que estaba calificado para sufrir en una manera eficaz por nuestros pecados. Insultamos al Señor cuando comparamos nuestras obras con la Suya. Cuando nos confesamos con un clérigo en lugar de hacerlo directo con Dios, Le estamos diciendo a Dios: “Muchas gracias, pero preferimos ignorar nuestro sacerdocio real individual y nuestra posición en Cristo”. ¡No está bien violar el sistema de Dios! Tanto el clérigo que escucha como el feligrés que confiesa son sacerdotes reales; ninguno puede hacer más que el otro. Peor aún, al confesar nuestros pecados a un pastor, destruimos la privacidad que Dios diseñó para protegernos. Cuando ese pastor se levanta para enseñar la Palabra de Dios, a menudo perdemos objetividad pensando que, dado que el pastor conoce nuestros pecados, puede estar predicando a nosotros en lugar de enseñar las Escrituras.

Como la llenura del Espíritu es esencial para todos los aspectos de la vida cristiana, la mecánica del rebote por la cual recuperamos la llenura del Espíritu se convierte en un tema vital. Debemos comenzar a usar esta técnica tan pronto como sea posible después de la salvación. El hecho de que sólo necesitamos admitir o nombrar nuestros pecados no es una licencia para pecar. ¡El rebote es una licencia para crecer! Añadir nuestros propios toques personales al procedimiento sencillo de la gracia no es una demostración de sinceridad, amor y dedicación al Señor; es un mal ajuste a la justicia de Dios y blasfemia a la integridad de Dios.

La salvación es instantánea y permanente. El rebote es instantáneo y eficaz hasta que volvamos a pecar. En contraste, el ajuste de madurez a la justicia de Dios es un proceso gradual. Los radicales Y y Z explican este proceso: A través del consumo fiel de la doctrina bíblica cumplimos con el potencial fenomenal para bendiciones que Dios nos dio cuando nos imputó Su rectitud. La doctrina crea confianza en las bendiciones futuras,

y esa confianza o esperanza llega a ser nuestra motivación e impulso en la vida. A medida que conformamos nuestro pensamiento al pensamiento de Dios, con el tiempo liberamos la justicia de Dios para imputarnos esas bendiciones prometidas, primero en el tiempo, luego en la eternidad. Dios provee cada factor en nuestro avance, y el resultado es Su glorificación.

El mal ajuste de madurez, por otro lado, es el rechazo o descuido de la doctrina, resultando en el reversionismo y el pensamiento de maldad. Indistinguibles de los no creyentes, los creyentes reversionistas suelen figurar entre los peores inadaptados de la tierra. Ellos no sólo contribuyen en gran medida a los males del mundo, sino que su recompensa personal, como hemos visto, es la disciplina divina en el tiempo y la falta de bendiciones especiales en la eternidad. Para ellos, debido a su propia volición negativa, ¡Dios sin duda no puede trabajar todas las cosas juntas para el bien! Aun así, la gracia de Dios garantiza que no habrá remordimiento, vergüenza pena permanentes en el cielo después del tribunal del Cristo —ni siquiera para los reversionistas (Ap 21:4).

Para que no divaguemos y nos alejemos demasiado, reorientémonos al terreno que estamos cubriendo. Acabamos de practicar el uso de la ecuación XYZ para clarificar nuestras responsabilidades espirituales ante Dios. Desde la primera imputación en el nacimiento físico en el radical X hasta la imputación final después de la muerte en el radical Z, el plan de Dios para nuestras vidas es que nos ajustemos a Su justicia. Al vernos a nosotros mismos a la luz de Su plan global, hemos podido comprender lo que es esencial y lo que no lo es. La fe en Cristo, el rebote y el AGP son esenciales, o, reducido a la mayor simplicidad, lo que es esencial es la doctrina bíblica. Todo lo demás en la vida, en mayor o menor grado, no es esencial. Muchas cosas que se piensa que son importantes en la vida cristiana nada más no lo son. Los conceptos erróneos pueden prosperar bajo ideas parciales, poco claras o falsas de cuáles son en realidad los objetivos de Dios. Quizás algunos de esos conceptos erróneos han sido expuestos por XYZ como nunca antes.

Probemos la ecuación nuevamente, usándola una vez más como una herramienta para clarificar nuestro pensamiento, para integrar y recordar categorías de doctrina. ¿Cómo nos sustenta Dios? Hasta que aprendemos Su Palabra, la manera en la que Dios nos trata sigue siendo un misterio, pero los radicales X, Y y Z nos dan una base para categorizar Su política para nuestro sustento y protección. En todos los casos, mientras vivamos, requerimos un cuidado especial.

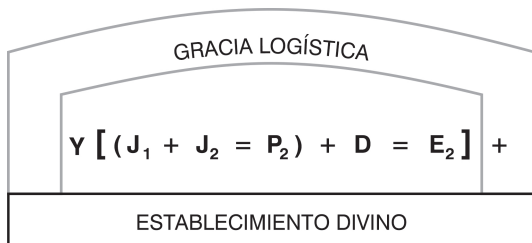
La Ecuación y la Protección Divina

Dios nos protege a lo largo de nuestras vidas en cualquier radical que vivamos. El no creyente en el radical X es sostenido, sustentado y protegido —y el género humano perpetuado— por las leyes del establecimiento divino. Dios diseñó estas leyes tanto para creyentes como para no creyentes. Por lo tanto, cada ciudadano tiene un deber para con su nación. Patriotismo, no internacionalismo, incumbe a todos. La nación tiene la autoridad para proteger la libertad, la privacidad y la propiedad de todos los que viven dentro de sus fronteras, y tal libertad es necesaria para el evangelismo. “Pues Dios no es Dios [el autor] de confusión” (1Co 14:33, RVR); Él ha ordenado las leyes del establecimiento para proveer el mínimo de orden necesario para la prosperidad y la supervivencia humanas, y para la promoción del plan de gracia en la historia humana. Las leyes del establecimiento divino requieren el uso de nuestra volición. Si una nación no se adhiere a ellas, las leyes alternativas de la disciplina divina entran en vigor contra esa nación (Lv 26:14–31). Así, la importancia de dar al César las cosas que son del César (Mt 22:21).

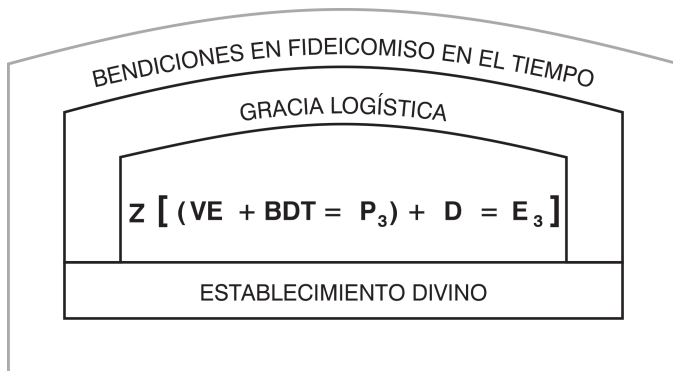
$$X [(VH + POA = P_1) + Ev = E_1] +$$

ESTABLECIMIENTO DIVINO

Cuando somos evangelizados y decidimos con toda libertad avanzar al radical Y, seguimos viviendo bajo el establecimiento (todos los creyentes deben ser paladines de la libertad del establecimiento, agradecidos por su papel en su salvación). Para los creyentes hay una protección divina adicional. Las bendiciones de la gracia logística de Dios nos mantienen vivos en el mundo del diablo y nos permiten avanzar en el plan de Dios. A diferencia de las leyes del establecimiento, la gracia logística no depende de nuestra volición. Dios nos mantiene vivos mientras *Él* lo decida.



Cuando atravesamos la barrera de la madurez al radical Z, todavía vivimos dentro de los límites del establecimiento divino y todavía descansamos en la gracia logística, pero la gracia logística básica ahora se transforma en la sexta imputación de bendiciones en fideicomiso en el tiempo. Dios cambia de velocidades de sólo sustentarnos a darnos bendiciones especiales. En el radical Z, somos a la vez sustentados y bendecidos.



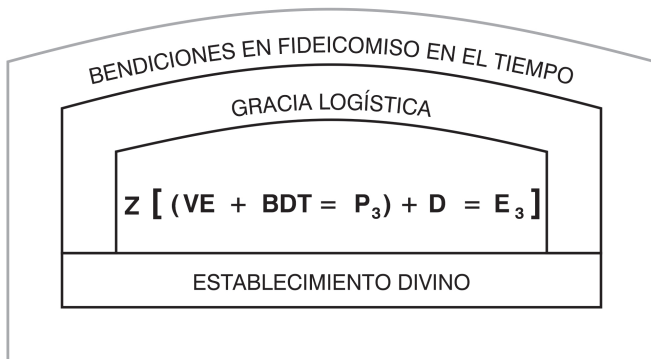
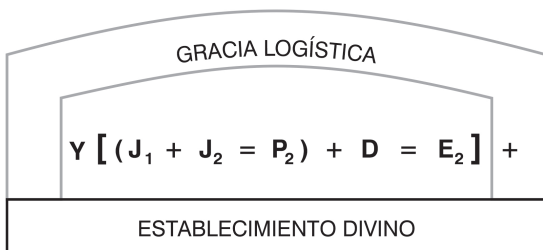
A medida que ejercemos la volición positiva como creyentes que avanzan en los radicales Y y Z, necesitamos más para sustentarnos, protegernos y guiarnos en el uso de nuestro libre albedrío que sólo los principios del establecimiento. Para usar nuestra volición como se debe, ya sea a largo plazo para planificar lo que vamos a hacer en la vida o a corto plazo para tomar decisiones cotidianas, debemos tener información exacta. El objetivo inmediato del plan de Dios es que *tengamos* esa información —la doctrina bíblica— y a partir de ella alinear nuestra volición con la voluntad de Dios. Al igual que bajo el establecimiento, aquí también confluyen la libertad y la autoridad. Estamos bajo la autoridad de Dios: nosotros no hacemos la política; seguimos la política. Nuestras decisiones deben ajustarse a Su política.

Dios tiene un propósito para cada uno de nosotros, y nosotros debemos comprender tan pronto como sea posible —al menos en las generalidades— cuál es Su voluntad y Su deseo para nuestras vidas. Debemos llegar a familiarizarnos con el plan de Dios, con los objetivos de Dios para nosotros. Debemos ver que aprender la doctrina bíblica tiene la más alta prioridad. La doctrina renueva nuestro pensamiento, desplaza a la maldad, neutraliza la naturaleza del pecado, convierte los

potenciales en esperanzas y las esperanzas en realidades, y glorifica a Dios en el conflicto angélico. Por lo tanto, la política de Dios es asegurar para cada creyente la mayor oportunidad posible para aprender doctrina —para madurar espiritualmente (radical Y) y continuar creciendo más allá de la madurez (radical Z). ¡La libertad, la autoridad y la *bendición* se encuentran en el crecimiento espiritual!

Los objetivos comunes de todos los creyentes, tanto en el radical Y como en el Z, son la madurez espiritual y la máxima glorificación del Señor Jesucristo. Dios nos sostiene y protege y nos permite seguir avanzando hacia esta meta al darnos una serie de principios a seguir. Estas directrices prácticas constituyen el código de honor de la familia real de Dios.

EL CÓDIGO DE HONOR DE LA FAMILIA REAL



La ecuación XYZ es el principio del plan de Dios; el código de honor de la familia real es la función. En realidad, el código de honor *es* la manera cristiana de vivir.

Por supuesto, enseñar la vida cristiana en todo su detalle está más allá del alcance de este libro, pero la ecuación nos permite, al menos, resumir algunos de los conceptos básicos de cómo debemos actuar como creyentes bajo la integridad de Dios. Al seguir el código de honor, no sólo perseguimos nuestra relación con la integridad de Dios, ¡sino que también nosotros mismos desarrollamos integridad!⁷¹ El círculo está completo. La justicia demanda justicia, pero la justicia también *satisface* la justicia.

La Ecuación y el Código de Honor de la Familia Real

ALTOS ESTÁNDARES PARA LA REALEZA

Somos aristócratas espirituales, nacidos de nuevo en la familia real del Rey de reyes y Señor de señores. Venimos de orígenes humanos muy diferentes, pero como creyentes en el Señor Jesucristo, todos nosotros debemos aprender a pensar como la realeza, tomar decisiones como la realeza, actuar como la realeza que somos.

La sociedad socialista o igualitaria nos haría creer que la realeza es mala; que los miembros de la nobleza deberían sentirse culpables por tener privilegios; que el pensamiento de los aristócratas es arrogancia, avaricia, insensibilidad hacia otros y tiranía. Pero lo opuesto es la verdad. El *socialismo* es arrogancia. El socialismo se niega a admitir la existencia de la naturaleza del pecado, pero defiende el pecado, el bien humano y la maldad. Como un medio de ganar poder para unos pocos, alienta y fomenta los pecados de los celos, la avaricia y la violencia en quienes presumen de manera arrogante que merecen algo por nada. Para aquellos que no comprenden la libertad humana ni aprecian la función propia del alma del hombre, el socialismo suena bien: ¡igualdad y prosperidad para todos! Las palabras embriagantes hacen populares a las ideas perversas, pero las palabras no cambian la verdad. El socialismo aplasta la volición y la individualidad. Divorcia a las personas de la realidad. Les roba de forma sistemática la capacidad para la vida. Las hace dependientes del estado, y por lo tanto las hace maleables a los caprichos de los líderes tiránicos. La mentalidad campesina del socialismo es maldad; el

71. Thieme, *Integridad Cristiana*.

elevado pensamiento doctrinal de la aristocracia espiritual es “el bien” de Romanos 8:28.

Tanto en el ámbito espiritual como en el temporal, la aristocracia es una palabra maravillosa. Denota logro. Las aristocracias que existen en todos los países (incluso los Estados Unidos ha evitado sólo los títulos ostensibles) indican que alguien se puso a la altura de una crisis o aceptó un desafío y logró algo más allá de las actividades comunes de sus contemporáneos. Estableció su logro dentro de cierta área o sobre cierto grupo de gente y se ganó el privilegio de ser llamado aristócrata. La aristocracia es aristocracia no por tener sangre azul, sino por tener estándares superiores —estándares de pensamiento, valor, liderazgo, logro, responsabilidad.

A fin de cuentas, todas las líneas de la nobleza humana decaen. Los hijos e hijas son con frecuencia más débiles y menos brillantes que sus grandes antepasados. Algunos convierten sus posiciones heredadas en fines malvados. En muchos casos el poder corrompe. Pero mientras los altos estándares se transmitan de generación en generación, pueden cumplirse las responsabilidades y obligaciones de la aristocracia y mantenerse el linaje. En las generaciones sucesivas, los estándares toman la forma de un código, un código de honor.

¿Cómo se diferencia un joven heredero de un plebeyo? Es la larga y ardua formación del joven noble en el código de honor de la familia (o de la clase alta). Su formación comienza casi al nacer. Él es instruido e instruido en cada cosa, desde la etiqueta y el comportamiento hasta el valor moral y la integridad personal. Cuando por fin entra en los asuntos públicos, quizás al final de su adolescencia o a principios de sus veinte años, no es por accidente que es un caballero sereno, cortes, entrenado para pensar de manera justa y preparado para asumir responsabilidades públicas.

Nosotros somos aristócratas no por nuestros propios logros, sino a través de la gracia, basada en los logros del Señor Jesucristo, el Príncipe-Gobernante de la Iglesia. Durante Su Primera Venida, Cristo ganó el título real de Rey de reyes y Señor de señores (1Ti 6:15) así como los comandantes militares a lo largo de la historia humana han recibido títulos de nobleza por sus victorias. De los mariscales de Napoleón, por ejemplo, Murat, gran duque de Burg, fue hecho rey de Nápoles; Davout, el duque de Auerstädt y príncipe de Eckmühl; Bertier, el príncipe de Neuchatel; incluso Ney, el duque de Elchingen y príncipe de Moscú, y Bernadotte, príncipe de Pontecorvo, más tarde se convirtió en el rey

Carlos XIV de Suecia. El almirante británico Nelson se convirtió en Lord Nelson por sus audaces éxitos contra las flotas de Napoleón.

Nuestro Señor Jesucristo derrotó a Satanás en la cruz. Por ganar la victoria estratégica en el conflicto angélico, Dios el Padre Le dio el título sobre todo título e hizo que la humanidad de Cristo se sentara en el lugar de mayor honor, a la diestra de Dios. La victoria de nuestro Señor sobre Satanás es la fuente de nuestra realeza; fue la fundación de la familia real. La realeza de Cristo es eterna; mientras que todas las casas tituladas de Europa casi han desaparecido, nuestra aristocracia en Jesucristo se mantendrá para siempre.

Como miembros de Su dinastía espiritual que no tendrá fin, nosotros también tenemos un código de honor para guiar nuestras vidas en la tierra en los radicales Y y Z. “El pensamiento correcto resulta en la motivación correcta”, dice el código de honor de la familia real. “Y la motivación correcta resulta en la acción correcta”. Siempre, el gran tema en la aristocracia es cómo se *piensa*. La manera cristiana de vivir no es tanto lo que hacemos, sino lo que pensamos. La acción *sigue* al pensamiento. El pensamiento correcto, la motivación correcta, la acción correcta —todo depende de la doctrina bíblica residente en nuestras almas y de la llenura del Espíritu Santo, que es nuestro Mentor y Maestro. Por lo tanto, nada debe distraernos o impedirnos aprender doctrina, y nosotros no debemos hacer nada que pueda obstaculizar a otros en su consumo de la Palabra de Dios. El código de honor está diseñado para que todos nosotros podamos avanzar desde la infancia espiritual hasta la madurez espiritual.

La Superioridad del Código de Honor de la Familia Real. Se necesita un código de honor porque nadie es una isla y porque es la naturaleza humana ser arrogante, autorrecto, vengativo, engañoso, desconsiderado y pequeño. ¡La naturaleza humana es la naturaleza del pecado! Todo lo que hacemos al avanzar al radical Z es hecho codo a codo con otros miembros de la familia real. Cada uno de nosotros es imperfecto a su propia manera, y no hay dos de nosotros que estén en el mismo nivel de crecimiento espiritual. Este diverso grupo y a menudo improbable debe poder reunirse y escuchar la enseñanza de la Palabra de Dios sin subjetividad, sin cisma ni conflictos. Debemos ser objetivos al aprender la doctrina; el código de honor, por lo tanto, requiere consideración, flexibilidad y entendimiento mutuo. Esta objetividad tolerante entre los creyentes tampoco puede quedarse en la puerta de la iglesia, debe trasladarse de la clase de Biblia a los ámbitos más amplios de la comunión cristiana. Además, cada creyente debe llevarla incluso más allá de las

relaciones cristianas al ámbito de *todos* los contactos con *todas* las demás personas. Mientras vivimos en el mundo del diablo, cada uno de nosotros con nuestra propia naturaleza del pecado debemos regular nuestras vidas por el hecho de que el crecimiento espiritual es nuestra preocupación más apremiante.

¿Cuáles son algunas de las características básicas de un buen código de honor? Un código de honor debe ser lo bastante específico para inculcar un sentido de lo que se debe hacer y lo que se debe evitar —para alentar la integridad y la verdad. Esta filosofía de integridad debe abarcar hasta el más mínimo detalle, debe llegar a ser un hábito y una manera de vivir. Sin embargo, el código no debe ser tan general que se preste a interpretaciones rígidas y legalistas que insistan en detalles insignificantes y superfluos. Por ejemplo, algunos han confundido el sistema de honor del famoso código de honor de West Point con los requisitos del deber. Tal concepción es ridícula. Si fuera verdad, el cadete que no lustra sus zapatos ha cometido una infracción del código de honor. Sin embargo, si un oficial le pregunta a un cadete si ha lustrado sus zapatos, el cadete está obligado por honor a dar la respuesta correcta, pero no está obligado por honor a haber lustrado los zapatos, en primer lugar. Esto enfatiza la diferencia entre una violación de honor y una violación de reglamentos. El código siempre debe distinguir entre lo esencial y lo que no lo es. Un buen ojo para reconocer lo esencial en cualquier situación es una ventaja no sólo durante el entrenamiento de un cadete en la academia, sino aún más al enfrentar las presiones y decisiones del mundo real una vez que se pone el uniforme del ejército. Un buen código de honor se enfrenta a la realidad.

Ninguno de nosotros es perfecto; por lo tanto, el código debe reconocer la existencia de la naturaleza del pecado. De esta manera, un código de honor no permite que las apariencias sustituyan a la realidad. Un código deficiente permitiría que la palabrería pasara por integridad genuina; la gente podría manipular el sistema y al mismo tiempo pretender ser honorable.

El código de honor de la familia real es superior porque ve a las personas tal como son; nos da una política completamente viable, el procedimiento preciso para seguir en cualquier situación. Dios nos conoce y trata con nosotros desde Su integridad; Él demanda que conozcamos la doctrina bíblica y tratemos con Él, con nosotros mismos y con otros desde nuestro código de honor de integridad.

La relación entre el código de honor de la familia real y la motivación cristiana muestra sin lugar a duda que el código es realístico y no

hace suposiciones falsas sobre el género humano. En la ecuación XYZ descubrimos que nuestra motivación en la vida se llama esperanza —esperanza₁, esperanza₂, esperanza₃. ¿Qué es lo que esperamos? ¿Qué anticipamos ansiosamente? Es cierto que el altruismo abnegado no nos mueve ni inspira nuestro impulso espiritual. Nuestro código de honor no requiere que dejemos de lado nuestros propios intereses. Permíteme ilustrarlo.

A menudo en la historia, los soldados han venido de las clases más bajas; el ejército de Napoleón en la campaña de Italia era la escoria de la sociedad, pero aun así salió victorioso. Estos soldados no estaban motivados por un noble sentido del deber y patriotismo que a veces suponemos que late en el pecho de todo hombre en uniforme. Un comandante de batallón, exhortando a tales tropas antes de un combate, nunca habría dicho: “Hombres, asalten esa posición fortificada ¡y den sus vidas por la reputación del Directorio!”. Un llamamiento así habría estado más allá de su nivel de pensamiento. ¡Nadie lo hubiera obedecido! En vez de eso, el comandante señalaría el objetivo, quizás una ciudad fortificada sobre una colina, y diría: “¡Soldados, en aquella ciudad hay gran riqueza! ¡Si la capturan, todos serán ricos! ¡Su *paga* está en aquella ciudad!”. Y subirían a la colina.

Ahora, lo máximo en la vida —y el propósito de la vida— es glorificar al Señor Jesucristo; ese es “el bien”. Cuando entramos a la vida cristiana, nosotros, como soldados sin amor a la patria, no conocemos a Dios, ni Lo amamos, ni siquiera Lo respetamos de verdad. Debido a que Él es glorificado cuando puede bendecirnos, nuestro deseo de recibir bendiciones se vuelve un motivo cristiano legítimo.

El código de honor de la familia real no requiere que aparentemos una humildad falsa y digamos: “Bueno, en realidad no quiero nada para mí mismo. Sólo quiero honrar a Jesús”. Eventualmente, *estaremos* ocupados con la persona de nuestro Señor y querremos sólo glorificarlo, pero eso viene *después* de aprender mucho del punto de vista divino, la mente de Cristo, contenido en las Escrituras. Mientras tanto, si una persona no puede ser honesta ante el Señor acerca de su deseo de bendición, ¿con quién puede ser honesta? Imagina la frustración legalista e hipócrita de hablar de labios para afuera, ¡y el *deshonor* que surgiría de un código que se negó a reconocer la motivación humana normal!

Aun como creyentes inmaduros seguimos siendo realeza espiritual. No se espera que los aristócratas vivan aparentando; se espera que nosotros pensemos la realidad. Dios quiere que seamos bendecidos en una manera

fenomenal; se espera que cumplamos Sus deseos. Cuando nos ajustamos a Su justicia, Él es libre para bendecirnos sin comprometer Su esencia. Así es como se ganan las victorias tácticas en el conflicto angélico a través de la volición humana. Es un alivio maravilloso aprender que las líneas de aquel antiguo himno que dice: “no por la recompensa [...] sino por el Señor”, son contradictorias. “Recompensa” y “Señor” van de la mano. La humildad falsa del autodesprecio que rechaza la recompensa es el enfoque arrogante en sí mismo que rechaza al Señor.

La ecuación XYZ pertenece a todos los creyentes de todas las dispensaciones. Adán vivió bajo ella después de caer; Noé, Abraham, Moisés y David; tú y yo; los creyentes del Milenio —todos vivimos bajo ella. Es el plan de Dios para la humanidad caída. Ningún factor en la ecuación es exclusivo de la familia real. Sin embargo, concurrente con nuestra entrada en el radical Y, encontramos el factor único que establece nuestro código real. En el momento en que se nos da la rectitud de Dios también somos colocados en unión con Cristo por el bautismo del Espíritu Santo. *Eso* nos convierte en realeza. Todo lo que Jesucristo tiene y es se vuelve nuestro. Nuestra doble porción de rectitud divina, tanto *del* Padre como *en* el Señor Jesucristo, es la base para el código de honor. Si la rectitud imputada establece un potencial para las bendiciones en el tiempo (P_2), nuestra posición superior en unión con el Rey de reyes ¡nos da un *doble potencial* para bendiciones! Este es el privilegio en el cual nacemos espiritualmente.

Nuestra función real se llama por tradición la manera cristiana de vivir, pero ese término quiere decir diferentes cosas para diferentes personas. Puede evocar ideas de observar tabúes, de guardar los Diez Mandamientos, de ser moral, de no tener nada de diversión, de estar obligado a trabajar en un programa de la iglesia, de ser amable de manera efusiva, de dedicarse al servicio cristiano, de practicar alguna función psicológica, de involucrarse en activismo. Cada uno de estos es considerado por un grupo u otro como la vida cristiana —pero ninguno lo es. El código de honor del creyente es tan superior que cualquiera de estos conceptos erróneos, ¡así como la orientación a la realidad es mayor que hacerse ilusiones!

El código ideado para nosotros es superior aún para los *verdaderos* sistemas bajo los cuales vivieron los creyentes en las dispensaciones pasadas.⁷² Nada en la Ley Mosaica, en los rituales y los sacrificios, en

72. Thieme, *El Bosquejo Divino de la Historia*.

la moralidad del establecimiento divino puede compararse a la manera de vivir bosquejada para nosotros. Nuestro código de honor se basa en la realidad de lo que, en las dispensaciones pasadas, era sólo una sombra de las cosas futuras. La cruz, la victoria estratégica sobre Satanás, y la realeza de campo de batalla de Cristo son ahora hechos históricos. La Era de la Iglesia ha interrumpido por el momento la Era de Israel —Dios está formando una familia real para nuestro victorioso Señor— y la superioridad absoluta de nuestro ser que está en unión con el Dios-hombre desafía toda descripción. El código de honor para tal familia real requiere no sólo moralidad, sino también integridad —integridad orientada a la realidad. La realidad es el plan único de Dios para la Era de la Iglesia.

Dos factores determinan si estamos viviendo bajo la integridad del código o nada más nos adherimos a un estándar de moralidad. Primero, para el pensamiento correcto y la motivación correcta debe haber doctrina bíblica residente en el alma. La cuestión es: ¿Qué piensas de la doctrina? Segundo, para la aplicación de la doctrina residente tiene que haber la llenura del Espíritu Santo. La cuestión es: ¿Qué tan rápido y consistente es tu uso del rebote? Dado que el código de honor es ejecutado a través de la doctrina en el poder del Espíritu Santo, un creyente que es ignorante de la doctrina o que no está lleno del Espíritu no está viviendo por el código. Estos dos factores deben parecer familiares. Son los dos ajustes del creyente a la justicia de Dios en los radicales Y y Z.

El Código de Honor y el Establecimiento Divino. La diferencia entre la integridad y la moralidad se ve en la relación entre el código de honor de la familia real y las leyes del establecimiento divino. El código de honor comienza con la libertad humana, continuando donde el establecimiento divino termina.

La libertad es el concepto básico del establecimiento divino, y el establecimiento protege la libertad al garantizar cada una de sus partes integrales: volición, privacidad, propiedad y autoridad. Ninguna libertad es posible si falta aunque sea una de sus partes.

También, el código de honor protege nuestra libertad al demandarnos que respetemos la función de las cuatro partes integrales de la libertad en la esfera espiritual. En primer lugar, en cuanto a la volición, Dios está resolviendo el conflicto angélico al permitir que el hombre, al igual que los ángeles, ejerza su libre albedrío. En Su autoconocimiento, Dios siempre ha sabido que Él mismo puede ganar el conflicto angélico, sin importar lo que cualquiera de Sus criaturas decida hacer. Antes de crear algo o a alguien, Él sabía que sería glorificado. Él demuestra Su gloria en

que Su plan *prevalecerá*. Por lo tanto, Él nunca coacciona nuestro libre albedrío; ¡no necesita hacerlo! Si el Dios soberano respeta las decisiones de las personas, nosotros debemos hacer lo mismo. No hay lugar para el acoso en la vida cristiana.⁷³

Segundo, nuestra privacidad está garantizada por el sacerdocio real.⁷⁴ Cada uno de nosotros nos representamos ante el Señor; como caras en una multitud aprendemos doctrina en la privacidad de una congregación; rebotamos por nosotros mismos; somos bendecidos como individuos. Dios ha diseñado a la medida bendiciones especiales para cada uno de nosotros. La privacidad del sacerdocio es una provisión básica del código. Es por eso que debemos respetar la privacidad de otros creyentes y por eso tales intrusiones como chismear, juzgar y difamar están entre los peores pecados (Pr 6:16–19; Stg 3:5).

Continuando, el respeto por la propiedad también se traslada del establecimiento al código de honor de la familia real. Ninguna iglesia, organización religiosa o individuo está autorizado a violar tu propiedad. Todo lo que das espiritualmente, ya sea tu tiempo, dinero o servicio, es un asunto de libre albedrío. Nunca es un asunto de coerción, sin importar qué tan sutil sea, ni de gravamen, se llame diezmo o no.⁷⁵

El principio del código de honor que gobierna aquí es que ninguna producción cristiana de ningún tipo nunca es la fuente de la bendición divina. Aunque a los creyentes *se* les manda a dar con la motivación correcta, nuestro dar no es por lo que recibimos regalos de Dios. A Dios no podemos hacerle favores. La gracia no está a la venta. ¡Cuando somos especialmente bendecidos es porque tenemos la capacidad de doctrina para disfrutar esa bendición especial!

El código de honor dice que no podemos hacer nada para ganar o merecer bendiciones de Dios. Las bendiciones divinas bajan por el conducto de la gracia que *Dios* ha construido y que Él aísla y protege contra toda intrusión humana. La manera de vivir prescrita por el código no es una de tratar de ganar la aprobación de Dios, sino una de ajustarse a Su justicia; Su *justicia* nos bendice. El código dice: “¡Avanza a la madurez! ¡No serás bendecido de ninguna otra manera!”. La ignorancia

73. No confundas el ejercicio de la autoridad con el acoso, ya sea que ejerzas autoridad o estés bajo ella. Los padres, por ejemplo, son responsables ante Dios por controlar e instruir a sus hijos. Imponer la ley a sus niños es cualquier cosa *menos* acoso.

74. Véanse las páginas 108–15.

75. Thieme, *Giving: Gimmick or Grace?*, 4–6.

de nuestro propio código de honor nos lleva a practicar con constancia cosas que no producen madurez.

El cuarto factor en la libertad humana —autoridad— se define en muchas áreas de la vida por las leyes del establecimiento divino. El código de honor, también, exige que nos orientemos al establecimiento de la autoridad en cada una de esas áreas. Además, hay una autoridad espiritual divinamente delegada: el canon escrito de las Escrituras y el pastor-maestro en la iglesia local. Debemos someternos con autodisciplina académica a la autoridad de la comunicación y políticas formuladas por el pastor-maestro en la iglesia local (He 13:7, 17). Él es el único responsable de enseñar doctrina con precisión y de aplicar políticas en su congregación que aseguren el derecho de todos a aprender.

Sobre el fundamento del establecimiento, por lo tanto, Dios construye para nosotros un código que excede por mucho el establecimiento. El establecimiento exige moralidad; el código de honor exige integridad. Hay una diferencia tremenda. El establecimiento sólo protege la libertad; el código nos dice cómo usar la libertad que tenemos. El establecimiento proporciona un ambiente. El código indica el objetivo dentro de ese ambiente: “el bien”, esa imputación final en la eternidad al fin de un camino de extraordinarias imputaciones en el tiempo. La moralidad del establecimiento es evitar prácticas y actividades que destruirían la libertad, la privacidad, la propiedad y la autoridad. La integridad del código de honor es persistencia en y fidelidad a un principio, un enfoque en el objetivo que Dios diseñó para nosotros en la eternidad pasada.

“¿No es tu asombro reverencial *de Dios* tu confianza,
Y no es tu esperanza la integridad de tus caminos?”. (Job 4:6,
traducción corregida)

En Job 4:6, vemos que la integridad está relacionada con enfocarse en el objetivo; también vemos dónde encaja la integridad del creyente en la ecuación XYZ. La esperanza es anticipación confiada de las bendiciones futuras, e incluidos como parte de las esperanzas del creyente están los medios para alcanzar esas expectativas. La doctrina es el medio de avance en la vida cristiana. Por lo tanto, la doctrina es lo esencial; la doctrina es el baluarte de nuestra integridad de realeza. El código de honor de la familia real no rechaza la moralidad; supera la moralidad. Cualquier no creyente puede cultivar moralidad humana; solo a través de la doctrina y la llenura del Espíritu Santo la familia real puede desarrollar la integridad cristiana.⁷⁶

76. Thieme, *Integridad Cristiana*.

LO ESENCIAL Y LO NO ESENCIAL

En el camino a la meta de las bendiciones en el tiempo, las bendiciones en la eternidad y la glorificación de Cristo, el código nos exige que evitemos algunas cosas y practiquemos otras. Con referencia a nosotros mismos, debemos evitar la arrogancia que aparece bajo presión en la forma de autocompasión, y bajo prosperidad en la forma de autorrectitud. Con referencia a otros, hay una serie de principios que debemos seguir.

Primero, debemos conocer la diferencia entre lo esencial y lo no esencial. Debemos ser del todo inflexibles en lo esencial de la vida, pero cuando algún no esencial está en juego, debemos ser tan flexibles como sea necesario. Así evitamos mezquindad, autorrectitud y juzgar —y de ir ‘a lo loco’— mientras permitimos a otros creyentes la libertad de vivir sus propias vidas ante el Señor.

No estamos llamados a cambiar o a reformar a otros; la doctrina bíblica renueva —¡de adentro hacia afuera! (Ro 12:2).

Dejen también de estar conformado [moldeado] a esta era, sino sean transformado por la renovación de tu mente, para que puedas probar cuál es la voluntad de Dios, es decir, el bien [de valor intrínseco], agradable [compatible con el plan divino] y completo [alcanzar el objetivo, esto es, ajuste de madurez a la justicia de Dios]. (Ro 12:2, traducción corregida)

Nuestra insistencia desde afuera crea una situación falsa en el alma de la ‘víctima’. Coacciona su volición y por lo general lo aleja de la única verdadera fuente de crecimiento, *lo esencial*, la infalible Palabra de Dios.

Según el código, por lo tanto, a menudo debemos deferir a los creyentes inmaduros que tienen ideas, características o hábitos que son repugnantes para nosotros personalmente. El nuevo creyente que es positivo hacia la doctrina tiende a ser demasiado entusiasta; y se inclina a juzgar y difamar a quienes no encajan en su idea de lo que un cristiano debe hacer (Ro 14:3b). Sin saberlo, muchos de los que podría criticar son mucho más maduros que él; ellos han superado sus prejuicios previos, tabúes legalistas y complejos. Para el creyente inmaduro, por lo tanto, el código de honor acentúa la privacidad del sacerdocio y dice: “No difames”.

El creyente maduro bajo ataque de un creyente inmaduro se ve en un problema diferente. Su tendencia no es a difamar, sino a ser intolerante (Ro 14:3a). Él está tentado a caerle encima y ¡enderezar al pequeño mocosito! El código lo frena en seco, y le dice: “Tolera al hermano más débil. Sé flexible en lo no esencial”. Al creyente fuerte se le exige que

sea reflexivo y considerado. No debe debilitar la confianza aún frágil del creyente débil ni mermar su entusiasmo. Desde luego no debe usar su propia libertad para escandalizar al nuevo creyente. Si una de las funciones normales y legítimas del creyente maduro en la vida bajo la ley de la libertad ofende al creyente débil, el código dice: “No la practiques en su presencia (1Co 8:4, 9).⁷⁷ Sé discreto. No alardees de tu libertad en frente de quienes se escandalizan con facilidad y que todavía no saben cómo usar su libertad en Cristo”. Esa es la ley del amor (1Co 8:13); les incumbe a los creyentes maduros. Debido a que los nuevos creyentes quienes, a través de la doctrina, apenas están comenzando a liberarse de las cadenas del legalismo, la ley del amor da una mayor responsabilidad a quienes son más maduros. Por eso, el principio: El código de honor exige más del fuerte que del débil.

Ahora, nosotros los fuertes [los creyentes maduros] estamos obligados [bajo el código de honor] a soportar las flaquezas de los débiles y no acomodarnos a nosotros mismos. (Ro 15:1, traducción corregida)

El creyente maduro puede ser flexible porque sabe que a su debido tiempo el consumo continuo de la doctrina alineará al creyente inmaduro con la verdad. Todo lo que un creyente maduro debe hacer cuando se encuentra con un nuevo creyente demasiado entusiasta y que le falta aprender es recordar de qué manera ¡cuántas personas toleraron sus propias ideas a medias mientras él estaba creciendo espiritualmente!

La doctrina bíblica es la respuesta, pero nadie aprende todo de una sola vez. La flexibilidad en lo no esencial significa tolerancia; la tolerancia significa vivir y dejar vivir. La tolerancia bajo el código de honor significa vivir y dejar vivir como para el Señor.

DOS CLASES DE AMOR

El siguiente principio del código se deduce como resultado natural del principio de la tolerancia. El código exige no sólo que amemos a todos los demás creyentes —“ámense los unos a los otros”— sino que también debemos amar a todas las personas —“amen a su prójimo” y “amen a sus

77. La ley de la libertad, que es dirigida hacia uno mismo, le da al creyente tanto libertad en su *modus operandi* como libertad para servir a Dios. La ley de la libertad, sin embargo, no da libertad para pecar. El creyente tiene el derecho de hacer ciertas cosas que no perturbarán su estado espiritual ni harán que le falle al Señor. Sin embargo, la ley de la libertad debe ser superada por la ley del amor cuando una situación así lo requiera.

enemigos”. Pero ¿cómo podemos tener altos estándares si debemos amar a todo el mundo? ¿Cómo puede un creyente tener integridad personal y a la misma vez tratar de mostrarle a un extraño totalmente despreciable el mismo amor que tiene por un amigo admirable? Otra distinción del código de honor es imperativa. El amor personal enfatiza el objeto del amor; el amor impersonal, el sujeto.

Amarás a tu prójimo como a ti mismo. (Ro 13:9b, RVR)

La frase “como a ti mismo” muchas veces suele interpretarse “como *te amas* a ti mismo”, pero en el texto griego no hay bases para esa interpretación. Nuestra actitud hacia nosotros mismos a menudo es el epítome de la inestabilidad; la rectitud absoluta de Dios nunca establecería un estándar tan vacilante e inconsistente para nuestra conducta. En un momento, podrías ser arrogante y lleno de un amor por ti mismo irreal y exagerado. ¿Entonces tienes que vivir también en un mundo de ensueño en cuanto a otras personas? Esa sería una manera maravillosa de ser estafado de todo lo que posees, pero esa no es la manera cristiana de vivir. O, al momento siguiente, podrías arrepentirte de alguna estupidez que hayas hecho y odiarte por ser un completo imbécil. ¿Debes despreciar a tu prójimo? ¿Deberías, por calidad de buen vecino, darle un puntapié a tu vecino cada vez que tengas ganas de patearte a ti mismo? Por supuesto que no. Esa no es la intención del pasaje.

Romanos 13:9 quiere decir en realidad lo que dice. “Como a ti mismo” indica la fuente del amor; tu propia alma, el verdadero tú, el lugar donde residen tus propias normas y estándares. Este amor enfatiza el sujeto, el que ama, en lugar del objeto, el que es amado. Es más, el que ama ni siquiera necesita conocer de manera personal al objeto. Esto es amor impersonal. El código de honor te manda amar a *todos* los demás sobre la base de quién *tú* eres, desde tus estándares, desde tu integridad, no como una reacción o respuesta a lo que ellos son.

“Ama a tu prójimo como a ti mismo” no establece el amor por ti mismo como un estándar; requiere que ames a otros desde los altos estándares de la doctrina que tienes en tu alma. Es, por lo tanto, estable y consistente. El amor impersonal exige una actitud *en ti*, la ausencia de pecados de actitud mental, la actitud mental relajada provista bajo la llenura del Espíritu Santo. Si alguien te difama, no te rebajas para tomar represalias (Ro 12:17a). Con tu integridad del código de honor rehúsas a involucrarte en disputas no esenciales. Te mantienes por encima de la turba clamorosa como un aristócrata que eres. Tu objetivo en la vida, el

objeto de tu esperanza y confianza, la fuente de tu motivación e impulso espiritual resplandece con tanta intensidad por delante que los mandatos divinos de poner la otra mejilla, alimentar a tu enemigo y bendecir a quienes te persiguen, se vuelven una parte completamente comprensible del código de honor.

¿Por qué debemos, en especial los creyentes, tener un amor impersonal por todos? Porque cada creyente posee la rectitud de Dios. Dios respeta el principio de Su propia integridad residente en cada creyente a pesar de las características, hábitos o ideas personales de ese individuo. En realidad, la justificación se define como el reconocimiento de Dios de la rectitud imputada en cada creyente. Nosotros, también, debemos respetar la rectitud de Dios donde sea que se encuentre.

Porque Dios le ha recibido. ¿Tú quién eres, que juzgas al criado ajeno? (Ro 14:3b–4a, RVR)

Eso no quiere decir que el Señor nunca disciplina a aquellos que poseen rectitud imputada. Él lo hace, y Él solo.

Para su propio señor está en pie, o cae. (Ro 14:4b, RVR)

Dios nos quita de las manos la responsabilidad de reprender a los creyentes que se pasan de la raya. Cuando juzgamos a otros, nos atribuimos ¡igualdad con la justicia de Dios! Juzgar es asunto de Dios, y nos alineamos nosotros mismos para ser disciplinados cuando pretendemos adelantarnos al Tribunal Supremo del Cielo (Ro 2:3; cf. 14:10).

El código de honor, sin embargo, exige discernimiento, y debemos distinguir entre creyentes inmaduros positivos y reversionistas negativos. Debemos seguir una política diferente hacia cada uno. Mientras toleramos al creyente en crecimiento “para el propósito *del bien* [para que pueda alcanzar el objetivo final del plan de Dios]” (Ro 15:1–2, traducción corregida), debemos separarnos de aquellos que “causan divisiones y tropiezos en contra de la doctrina” y que “no sirven a nuestro Señor Jesucristo, sino a sus propios vientres [emociones], y con suaves palabras y lisonjas engañan los corazones de los ingenuos” (Ro 16:17–18, RVR). La separación total de aquellos que están esclavizados a sus emociones por el supuesto hablar en lenguas es del todo consistente con el amor impersonal, y es también un ejemplo de inflexibilidad en lo esencial de la doctrina.

El amor impersonal también se convierte en la base para el amor personal. El amor personal es un amor muy exclusivo. No enfatiza

el sujeto —tú— sino el objeto —la persona que amas. Las personas especiales que son objetos de amor personal incluyen al Señor Jesucristo, marido o mujer, familia y amigos. El amor personal requiere la misma integridad que el amor impersonal, pero algo más es añadido. Te sientes atraído por alguien; conoces y aprecias en lo más profundo a esa persona especial. Estás ocupado con esa persona; tienes un apego emocional hacia esa persona. Ninguna de ellas es una característica del amor impersonal.

El creyente al que nunca se le enseña a distinguir entre el amor personal e impersonal, al que se le dice en vez de eso que ame a todos con el mismo amor, sobrecarga su alma. Termina con un cinismo exacerbado, una hipocresía muy arraigada o una crisis nerviosa. Por el resto de su vida le resulta desagradable el cristianismo ¡por algo que ni siquiera es cristianismo! Nuestra verdadera manera de vivir se basa en el hecho de que el amor de Dios siempre está coordinado con Su rectitud y Su justicia. Aun cuando al amor humano se le permite funcionar sin la integridad humana, ese amor se vuelve destructivo.

RECIPROCIDAD

Relacionado muy de cerca con las provisiones del código de honor para el amor está el principio de la reciprocidad. Los creyentes del primer siglo en Macedonia decidieron con gusto dar una gran suma de dinero a los creyentes judíos que vivían en la lejana Jerusalén, que hablaban un idioma diferente y que tenían una cultura por completo diferente —personas que nunca conocerían (Ro 15:27). Además, los creyentes judíos en Jerusalén eran reversionistas y legalistas; ellos pronto convencerían incluso a Pablo de olvidarse por un tiempo de la gracia (Hch 21:18–26). Sin duda, ellos no merecían generosidad. Los creyentes macedonios, sin embargo, estaban cumpliendo el código de honor de la familia real. Los judíos eran los custodios originales de la Palabra de Dios. Dios había seleccionado a los profetas judíos para recibir y escribir las Escrituras. Los más grandes comunicadores de doctrina eran judíos. Cristo mismo era judío. Los macedonios reconocieron su gran deuda con ese pueblo único. Los gentiles se habían beneficiado de los judíos a través de la doctrina, a pesar de la maldad que reinaba entonces en Judea. Ahora, desde la doctrina en sus almas, esos griegos macedonios fueron motivados a corresponder compartiendo su dinero con los creyentes judíos indigentes. En esto vemos la premisa básica del código de honor: El pensamiento correcto

resulta en la motivación correcta, y la motivación correcta resulta en la acción correcta.

UNA ACTITUD HACIA EL MORIR

El código de honor concluye con una mirada confiada a la muerte. El impulso de $X + Y + Z$ nos da una perspectiva sobre el propósito para nuestras vidas en la tierra. A medida que avanzamos, llegamos a apreciar la realidad de las bendiciones eternas prometidas almacenadas para nosotros en el cielo. La esperanza₃ significa que no tenemos miedo a morir. Si las circunstancias lo exigen, no tenemos reparos en arriesgar nuestras vidas por otros miembros de la familia real de Dios. Esta expresión máxima de amor impersonal y reciprocidad es una provisión del código de honor (Ro 16:4).

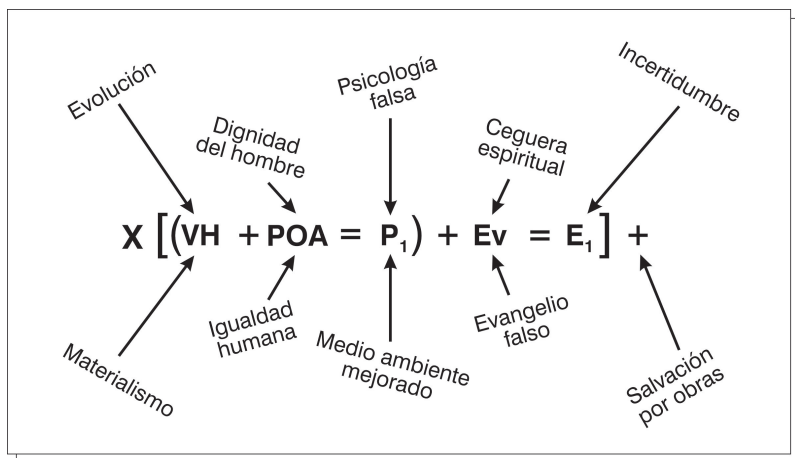
El código de honor de la familia real es el único sistema legítimo que incluye el morir como parte del vivir. La muerte no es la excepción a la vida; es una parte integral de la vida en la tierra. Así pues, el creyente que vive por el código encara la muerte, cuando llega, con la misma integridad que él tiene al encarar todo lo demás en la vida. Para el creyente maduro, la gracia al morir es una imputación maravillosa de la justicia de Dios para que la muerte no sea algo que dé pavor. Cuando comprendemos que Dios pensó en nosotros en la eternidad pasada y planeó hace mucho tiempo el momento, el lugar y la manera exactos de la muerte de cada uno de nosotros, sabemos que estamos en manos perfectas. Sin miedo a la muerte, podemos vivir en el mundo del diablo con suprema confianza.

La Ecuación y la Maldad

Ya hemos estado familiarizándonos en cómo funciona la ecuación XYZ. La usamos para clarificar nuestras responsabilidades espirituales bajo el plan de Dios, viendo por qué y cómo debemos ajustarnos a Su justicia. La usamos para categorizar las diversas maneras en las que Dios nos sostiene en el reino del diablo —establecimiento, bendiciones logísticas, bendiciones supergracia y el código de honor de la familia real. Podríamos continuar mostrando muchas categorías de la doctrina bíblica en su relación lógica con el plan de Dios. Por ejemplo, los creyentes deben comprender la doctrina bíblica de la maldad. El principio de la ecuación es bien conocido por Satanás. Como es un falsificador, y como la ecuación bosqueja el plan

de Dios, podemos comprender mejor la estrategia de maldad de Satanás si observamos cómo ataca o intenta falsificar cada factor de la ecuación.

En el radical X, la imputación de la vida de alma que resulta en vida humana es opuesta por la hipótesis muy especulativa de la evolución y por la filosofía del materialismo.⁷⁸ La imputación del pecado original de Adán es atacada por la noción errónea de la dignidad inherente del hombre y su doctrina corolaria de la noble igualdad humana. El potencial para la salvación eterna es oscurecido por varios sistemas psicológicos, incluyendo la idea de que un ambiente mejorado es la solución para los problemas de la vida. Por supuesto, el Evangelio es el objeto favorito de los ataques satánicos (2Co 4:3–4); Satanás tiene un evangelio falso propio (2Co 11:3–4). En los tres radicales, la doctrina pertinente es opuesta de forma directa por la volición negativa, o de forma indirecta por una miríada de distracciones o el rechazo de la autoridad del comunicador. La esperanza se debilita en la incertidumbre. El primer más (el ajuste de salvación a la justicia de Dios) es atacado por cualquier sistema de salvación por obras.



LOS ATAQUES SATÁNICOS EN EL RADICAL X

En el radical Y, la imputación judicial de todos nuestros pecados a Cristo se esconde bajo negaciones del nacimiento virginal de Cristo, o

78. Thieme, *Creation, Chaos, and Restoration* (1995), 2–3, 16, 20, 25.

bajo la adoración a María, o se distorsiona en un misticismo increíble alrededor de la sangre literal de Cristo.⁷⁹ La imputación judicial de la rectitud de Dios es rechazada en favor de la autorrectitud por creyentes sinceros que se dan cabezazos contra el conducto de la gracia.

Podríamos seguir, observando la oposición satánica para cada factor en la ecuación, pero creo que comienzas a ver las posibilidades. Tú debes poder terminar este análisis de la maldad por ti mismo. Me gustaría concluir nuestro estudio de la ecuación con un comentario diferente.

La Ecuación y el Descanso en la Fe

Romanos 8:28 reduce la doctrina compleja a la máxima sencillez por una razón. El creyente maduro, golpeado de repente por sufrimiento innecesario, necesita aferrarse a algo sencillo. Puede que sea espiritualmente avanzado, pero no es perfecto. Los creyentes maduros siguen siendo humanos. Cuando el desastre o la tragedia los golpea —sobre todo cuando viene sin previo aviso— los creyentes maduros son susceptibles al miedo y al pánico como cualquier otro (1Re 19:1–3). ¿Qué hace el miedo? Bloquea el pensamiento racional. El sentido común sale por la ventana. La estabilidad mental se funde en pánico. La emoción y la imaginación se apoderan del alma. Cuando de repente es tomado desprevenido, el creyente maduro puede perder su oportunidad de ser el hombre del momento; en vez de glorificar al Señor en una situación difícil, el creyente está en peligro de traer afrenta a Su nombre.

Dios quiere que usemos la doctrina bíblica residente en nuestras almas; Satanás y las fuerzas de maldad quieren impedir que la usemos. Una de las estratagemas favoritas de Satanás para hacer la doctrina residente inaccesible es crear miedo, en especial miedo a la muerte. Un creyente que sucumbe al miedo no puede pensar con claridad. Para pensar, el creyente debe controlar su miedo.

Un desastre personal o nacional, con la ansiedad que engendra, es una situación compleja. Si un creyente desestabilizado y asustado quiere recuperar su estabilidad mental y aplomo, debe reducir su vida a su máxima sencillez. Entonces, reorientado y pensando con claridad otra vez, puede manejar la situación compleja con la doctrina. Para tales contingencias, Dios proporciona una técnica paso a paso para vencer el miedo y recobrar enseguida la estabilidad mental. Al seguir este procedimiento, el creyente

79. Thieme, *La Sangre de Cristo*.

maduro puede aplicar la doctrina que conoce antes de que haya pasado la oportunidad, antes de que falle en la prueba.

El descanso en la fe es la técnica que el creyente utiliza en una situación de presión. Se extiende con su fe y reclama una promesa bíblica. El resultado es el “descanso” momento a momento descrito en Hebreos 4.⁸⁰

Temamos, pues, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado. (He 4:1, RVR)

Lo único que tenemos que temer es no reclamar las promesas de Dios. Sólo las promesas de Dios pueden acabar con nuestros temores (Is 41:10; Fil 4:6–7). La fe del creyente maduro se apodera primero de una promesa, luego comienza a pensar en términos de un principio, y al final llega a las conclusiones doctrinales.

Esta técnica para superar la estratagema de miedo-pánico de Satanás se presenta en Romanos 8:28–32. Estos versículos proporcionan los recursos divinos que el creyente maduro necesita cuando el desastre inesperado —ya sea personal o colectivo— lo desequilibra por un momento. Retomemos el contexto de Romanos 8:25, excluyendo el paréntesis insertado en los versículos 26 y 27.

Ahora, si esperamos [y lo hacemos, esperanza₃] lo que no vemos, mediante la fortaleza [a pesar del sufrimiento intenso] nos mantenemos en anticipación ansiosa. [...] De hecho, sabemos [esperanza₃] que a los que aman al Dios [los creyentes maduros], Él trabaja todas las cosas juntas para el propósito del bien, a los que son los llamados de acuerdo al plan predeterminado [X + Y + Z = el bien]. (Ro 8:25–28, traducción corregida)

Romanos 8:28 presupone un consumo persistente de doctrina. Los creyentes a la vista han aprendido todas las doctrinas pertinentes relacionadas con la esperanza₃; conocen la esencia divina y la unicidad de Cristo a tal grado que Lo aman; están familiarizados con todas las cosas que Dios trabaja juntas para el bien; ellos comprenden el fantástico potencial para bendiciones, los privilegios especiales de la familia real, y los detalles del plan predeterminado de Dios. Pero toda esta riqueza de doctrina en sus almas no sirve de nada en las crisis si la

80. Thieme, *La Vida del Descanso en la Fe* (2019); ¡Cristiano, Descanse! (1993).

estratagema de miedo-pánico bloquea su aplicación. Así como se necesita concentración para aprender doctrina, así también se necesita la misma concentración para aprovechar la doctrina en el alma. Una persona debe poder concentrarse si quiere aplicar la doctrina a la experiencia. Llamo a esto concentración inversa: En lugar de *entrar*, la doctrina *sale* para satisfacer las exigencias del momento. La concentración inversa es posible sólo cuando la mente está estabilizada.

Por ejemplo, imagínate en un avión, volando a más de 10 000 metros de altura. Estás abrochado y cómodo leyendo un libro o disfrutando las formas de las nubes debajo, cuando de repente una explosión hace tambalear el avión. Ha estallado un motor. Hay fuego afuera de las ventanillas. Ahora, ¡eso sí es un desastre inesperado! Sin importar qué tan maduro eres como creyente, tu primera reacción será el miedo. ¿Por qué? ¡Porque eres humano! Cuando el avión pierde velocidad, tu estómago está en tu garganta. Te sientes apretado y encerrado. Todo el mundo está en shock. La gente comienza a lloriquear. Alguien grita. El miedo se contagia. El fantasma de la muerte y la total impotencia desatan el pánico incontrolable. Toda la doctrina bíblica en tu alma —incluyendo toda la doctrina que hemos estado estudiando— es inútil para ti si el pensamiento racional se ha anulado. En medio de la histeria, tu concentración inversa nada más no está funcionando. ¿Por qué?

1. Cuanto más te entregas al miedo, más perpetúas el miedo.
2. Cuanto más perpetúas el miedo, mayor tu capacidad para el miedo.
3. Cuanto mayor tu capacidad para el miedo, más aumentas el poder del miedo en tu vida.
4. Cuanto más aumentas el poder del miedo en tu vida, más vives por miedo.
5. Cuanto más vives atemorizado, más te intimida la vida.

Cuando llega el momento de la verdad, ¿cuál es la diferencia entre cobardía y valentía? El hombre valiente *piensa* bajo presión, mientras que el cobarde no. Una de las más grandes virtudes en la vida es la capacidad de pensar con claridad en una crisis. ¡Esta es la madera de la aristocracia! Tener miedo es normal, pero sucumbir al miedo y no controlarlo es del todo innecesario. Aquí es donde Romanos 8:28 y la ecuación XYZ entran en juego.

Romanos 8:28 no es sólo un principio para comprender, es una promesa para reclamar. Si tú eres un creyente maduro, el *hecho* es que Dios trabaja todas las cosas juntas para el bien —¡para ti! Por tanto, este aterrador viaje

en avión es algo que Él está haciendo para tu beneficio y para Su propia glorificación. Esa es la promesa que necesitas para estabilizar tu mente. Entonces, si la estrategia de miedo-pánico sigue apoderándose de tu alma, sigue reclamando Romanos 8:28. Reclámala hasta que se te grabe y comiences a recuperar tu aplomo mental al ver este desastre inesperado desde el punto de vista divino. No repitas las palabras como un mantra. Cuando digo: “Reclama una promesa”, quiero decir piensa —enfoca tus pensamientos en lo que *significa* la promesa.

¿Ahora ves la diferencia entre la versión de la Reina Valera de Romanos 8:28 y la traducción corregida? Todas las cosas *no* trabajan juntas para el bien; jeso es hacerse ilusiones y autoengaño! La verdadera doctrina es que *Dios* trabaja todas las cosas juntas para el bien. Eso marca toda la diferencia en una situación de presión. Todo depende en Aquel que está trabajando. En una crisis, en las garras del miedo, debes reenfocarte con rapidez en la capacidad e integridad de Dios.

¿Qué hace la integridad de Dios? ¿Cómo es que Él hace que todas las cosas trabajen juntas para el bien? A través de las imputaciones. Cada imputación en la ecuación XYZ contribuye a tu estabilidad bajo presión. ¿Cómo sigues reclamando Romanos 8:28 hasta que se te grabe? Al usar la ecuación. En el radical X, Dios te imputó la vida de alma porque Él tenía un plan para tu vida. Ese plan continúa. Sólo porque un avión está desplomándose hacia la tierra no significa que Dios ha cambiado Su plan de acción. La imputación del pecado de Adán *demuestra* que Dios tiene un plan para ti. Dios se tomó la molestia de imputarte el pecado de otra persona, para que pudieras calificar para la gracia, mientras guardaba tus pecados para la cruz. La única explicación para tal cosa es que ¡Él tiene un propósito para tu vida! El resto del radical X —potencial₁ (la posibilidad de salvación), el Evangelio, y la esperanza₁ (la expectativa de salvación)— comienza a definir ese propósito.

En el radical Y, la primera imputación judicial te dice de inmediato que si Dios administró justicia contra Su propio Hijo, sin duda alguna administrará justicia sobre ti. Ya que tú tienes rectitud imputada y eres un creyente maduro, la justicia significa bendiciones. Dios perfecto está comprometido por Su propia perfección e integridad a ¡darte bendiciones logísticas y especiales! Mientras el avión se desploma hacia la tierra, comienzas a darte cuenta de que *Dios* es responsable de mantenerte con vida y de que es *Dios* el que decide cuándo es tu tiempo de partir de esta vida. Toda la situación está en Sus manos; Él siempre tiene todo completamente bajo control.

En este momento, comienzas a recuperar tu aplomo; la concentración inversa ha empezado a sacar la doctrina almacenada bajo XYZ en tu lóbulo derecho. Ahí estás en ese avión en llamas y dando vueltas, un creyente maduro pasándola muy bien. Estás *pensando*, incluso con gente gritando y desmoronándose a tu alrededor. Si el Señor te va a llevar a casa, está bien.

Los factores en el radical Z te dicen que tienes vida eterna imputada de forma inamovible a tu espíritu humano, y que las bendiciones especiales de la justicia de Dios Lo glorifican en el tiempo. De hecho, la gracia al morir es la categoría final de las bendiciones en el tiempo. Una vez más te das cuenta de la verdad: ¡El accidente aéreo glorifica al Señor! Estás usando los bienes de la doctrina en tu alma para hacer que esta montaña rusa aérea sea la experiencia más fantástica en toda tu vida. El potencial₃ trae a la mente el segundo *a fortiori*: “Si Dios puede bendecirme con un estímulo y claridad de mente tan sorprendente en un accidente aéreo, con toda certeza ¡Él tiene cosas indescriptiblemente maravillosas para mí en las circunstancias perfectas del cielo!”. La doctrina pertinente al cielo estimula la tercera esperanza; tú *sabes* confiada, dogmática e inmutablemente que en unos pocos segundos te encontrarás cara a cara con el Señor Jesucristo.

Si este avión *no* es el medio del Señor para llevarte a casa, sobrevivirás. Y eso está bien, también. El avión recuperará el planeo, hará un aterrizaje forzoso de forma segura y te dejará en tierra firme. Te encontrarás mirando al cielo por el que acabas de caer, y sabrás otra vez que Dios continúa teniendo un plan para ti en esta vida. Esta habrá sido una más de las maravillosas experiencias de la vida. Cada vez que enfrentes el peligro, irás al cielo o continuarás tu vida sobre la tierra como un creyente maduro. Sea como sea, ¿qué importa? ¿Qué diferencia hay? El Señor tiene la opción; todo lo que tú haces es aferrarte a Romanos 8:28 y mantener tu pensamiento claro. Dios trabaja todas las cosas juntas para el bien.

En un accidente aéreo, aun desde una gran altitud, puede que no tengas tiempo para pasar más allá que de reestablecer tu estabilidad mental. Quizá repasas la mitad de la ecuación XYZ antes de que el avión se estrelle. Pero en una crisis que te da más tiempo —tienes un cáncer terminal, un ser querido especial ha muerto, has perdido los ahorros de toda tu vida, eres un prisionero de guerra— se proporcionan más bienes divinos.

Romanos 8:29–30 es un procedimiento lógico paso a paso para estimular la concentración inversa. En otras palabras, después de reclamar

Romanos 8:28 y de eliminar la estratagema de miedo-pánico, ¿qué sigue? Empiezas un sistema de lógica: punto uno, punto dos, punto tres, punto cuatro, punto cinco; sigues esto con dos conclusiones doctrinales en Romanos 8:31–32. Esto se vuelve un procedimiento estándar, una lista de chequeo para usar cada vez que cualquier tipo de desastre o presión, sea grande o pequeño, cree miedo y bloquee el pensamiento objetivo.

LA TÉCNICA DEL DESCANSO EN LA FE
basado en Romanos 8:28–32

1. Reclama una promesa que establezca tu mente.
Dios trabaja todas las cosas juntas para el bien.
2. Usa la concentración inversa en un razonamiento lógico.
 - a. *Conocimiento de antemano*: Dios pensó en mí en la eternidad pasada.
 - b. *Predestinación*: Dios tiene un plan para mí desde la eternidad pasada.
 - c. *El Llamado*: Dios proporciona la gracia común y eficaz como los medios para realizar mi potencial futuro.
 - d. *Justificación*: Dios puede bendecirme ahora (el primer *a fortiori*).
 - e. *Glorificación*: Dios me bendecirá en el cielo (el segundo *a fortiori*).
3. Llegar a conclusiones doctrinales.
Si Dios es por nosotros, ¿quién puede estar contra nosotros?

Si Dios entregó a Su propio Hijo único como sustituto por todos, ¿cómo no nos dará gratuitamente con Él todas las cosas?

Necesitas conocer este sistema y estar preparado para usarlo sobre la marcha. Imagina la peor situación, la que te parezca más monstruosa —incapacidad física, violación, tortura, la muerte de un ser querido, lo que sea— y aplica esta técnica a ella. Incluso no es necesario jugar en tu imaginación con la estratagema de miedo-pánico. Si Dios puede manejar lo peor, Él puede con cualquier otra cosa.

Porque sabemos que a los que Él conoció de antemano.
(Ro 8:29a, traducción corregida)

El versículo 28 provee el verbo excluido en el estilo elíptico del versículo 29. “Sabemos” es el pensamiento que comienza a hacer uso de la reserva de doctrina en el alma. Después de estabilizar nuestras mentes al aferrarnos a la promesa tan sencilla de Romanos 8:28, damos el primer paso para pensar con claridad. Recordamos que Dios sabía de esta crisis en la eternidad pasada (Sal 139:1–6; Mt 6:8; Hch 15:8, 18; He 4:13). Esa es una base para el consuelo. Si Él lo sabía, hizo algo al respecto. Dios resolvió todos los problemas del creyente en la eternidad pasada.

A los que Él conoció de antemano, Él también los predestinó.
(Ro 8:29b, traducción corregida)

Puedes ver que este es un sistema de recuperación, no una delineación cronológica del decreto divino. Otros pasajes muestran la secuencia de omnisciencia-decreto-conocimiento de antemano que es tan importante desde el punto de vista teológico (Hch 2:22–23).⁸¹ Romanos 8:29, sin embargo, salta de inmediato a la copia impresa de la computadora divina: conocimiento de antemano, predestinación, el llamado.

Al recordar la predestinación (también llamada preordinación o predeterminación), tomas un paso lógico: Si Dios pensó en ti en la eternidad pasada, Él tiene un plan para ti. Cualquier catástrofe que te llega de repente y te haga entrar en pánico no es ninguna sorpresa para Dios. Él lo incluyó en Su plan para ti. Es una de “todas las cosas” que Él está trabajando juntas para el bien.

El plan de Dios está diseñado para glorificar a Dios. El plan requiere que Él trabaje en tu favor. Él toma todas las imputaciones, potenciales, doctrinas y esperanzas, las combina con las circunstancias cambiantes de tu vida, tomando consciencia de todos tus pensamientos, decisiones y acciones, y logra un resultado completo y perfecto. Él diseñó este plan en la eternidad pasada. Tu vida, por lo tanto, será una combinación de muchas cosas —prosperidad y adversidad, experiencias maravillosas y desastres repentinos— pero las combinaciones y los cambios no alteran el plan de Dios ni siquiera un poco. ¡Son el plan de Dios! Pase lo que pase, Dios ha construido un muro de fuego a tu alrededor (1Pe 1:5a). Su plan es con todo incluido y siempre sigue siendo el mismo. Eres libre, pero estás totalmente seguro. Sólo Dios podría lograr eso.

El plan predeterminado de Dios requiere que adquiramos nuestra motivación e impulso espiritual de la doctrina bíblica. Esta motivación e impulso están diseñados para funcionar bajo todas las condiciones,

81. Véase el Apéndice B.

incluido el desastre. A medida que el creyente maduro recuerda esto, su concentración inversa comienza a acelerarse.

“Acuérdense de las cosas pasadas hace mucho tiempo,
Porque Yo soy Dios, y no hay otro;
Porque *Yo soy* Dios, y no hay ninguno como Yo,
Declarando el fin desde el principio
Y desde la antigüedad las cosas que no se han hecho,
Diciendo: ‘Mi decreto será establecido,
Y yo cumpliré lo que Me complace’ ”. (Is 46:9–10, traducción
corregida)

A pesar de la volición negativa o la oposición de hombres o ángeles, a pesar de todos los desastres de la vida en el dominio del diablo, Dios es tan sabio, justo y poderoso que Él hace que todas las cosas trabajen juntas para cumplir lo que Le complace. Romanos 8:29 continúa con la visión a largo plazo de lo que es la complacencia de Dios.

Porque [sabemos que] a los que de antemano conoció,
también *los* predestinó *a ser* hechos conforme a la imagen
de Su Hijo, para que Él sea el primogénito entre muchos
hermanos [creyentes de la Era de la Iglesia]. (Ro 8:29)

“Conforme a la imagen de Su Hijo” se refiere al cuerpo de resurrección, pero la conformidad comienza en el tiempo. En la salvación, fuimos colocados en unión con Cristo y así nos convertimos en miembros de Su familia real. Esta es la santificación posicional. A la santificación posicional se añade la santificación experiencial a medida que la doctrina bíblica renueva nuestras mentes: nuestro pensamiento se conforma al pensamiento de Cristo a través de aprender la mente de Cristo (1Co 2:16). El proceso se completa cuando ocurre la santificación final para la familia real en el Arrebatamiento; entonces todos seremos “conforme a la imagen de Su Hijo” al recibir cuerpos de resurrección como el Suyo.

Es el plan del Padre, no de nuestro esfuerzo humano, lo que nos hace como Jesucristo. Desde el momento en que Dios supo que nosotros creeríamos en Cristo —esto es, desde la eternidad pasada— siempre ha sido el plan predeterminado de Dios que nosotros deberíamos tener cuerpos de resurrección. Este hecho, insertado aquí en la lista de recuperación, comienza a darle sentido al panorama completo. El objetivo para la eternidad futura se estableció en la eternidad pasada con una certeza absoluta. Ya sea que un creyente avance a la madurez o llegue a

ser un reversionista malvado, aún recibirá un cuerpo de resurrección. Esto ilustra la integridad de Dios sobre la cual dependemos por completo. A pesar de las tragedias que pueden acosarnos, a pesar incluso de nuestros propios fracasos, “debajo están los brazos eternos” (Dt 33:27).

Hay un propósito mucho más grande detrás del objetivo predeterminado de Dios que sólo dar a cada creyente un cuerpo nuevo, indestructible, hermoso y perfecto. Por lo que hemos estudiado concerniente a las imputaciones, ya deberías intuir lo que se está formando. ¿Recuerdas dónde aparece el cuerpo de resurrección en la ecuación XYZ? Dios decretó un cuerpo de resurrección para ti a fin de establecer una afinidad, un sistema de antecendencia. Su mayor deseo es realizar una imputación afín, la séptima imputación —“¡el bien!”.

Tu cuerpo de resurrección es en sí maravilloso, pero Dios quiere usarlo como un hogar para imputarte bendiciones eternas ¡que son aún más selectas! La predestinación, por lo tanto, como el segundo punto de la lista de recuperación en la crisis, nos recuerda de un asombroso tercer potencial (P_3) que Dios nos ha dado y prepara el marco idóneo para la confianza perfecta en el tiempo. ¿Cuál es esa confianza? ¿Cuál es esa actitud mental estabilizada que el creyente maduro recupera después de que controla la estratagema de miedo-pánico? Exacto, la esperanza₃. Hasta en un desastre espantoso, el creyente maduro puede tener absoluta confianza de que, en el tribunal de Cristo, la integridad de Dios imputará bendiciones y recompensas eternas a su cuerpo de resurrección. El fin último está asegurado.

¿Cómo aplica esto bajo la presión del momento? Cuando el creyente maduro ha estabilizado su mentalidad al reclamar Romanos 8:28, repasa la lista, comenzando en Romanos 8:29, y recuerda enseguida la solución de Dios garantizada a largo plazo. Desde esa solución, él trabaja de atrás para adelante: Si Dios proveerá el cuerpo de resurrección y la santificación final a pesar de los fracasos o éxitos personales, es obvio que hay una solución a corto plazo para el problema que se presenta.

El siguiente punto en la lista procede de la frase “para que Él [Cristo] sea el primogénito entre muchos hermanos”: El plan de Dios requiere que la realeza de campo de batalla de nuestro Señor se cumpla en la familia real. Nuestra realeza —el “llamamiento santo” en la vida (2Ti 1:9) al que somos “hechos conforme”— exige que mantengamos nuestro impulso espiritual, hasta cuando somos víctimas de la estratagema de miedo-pánico. Debemos comportarnos como los aristócratas que somos. Dado que nuestro privilegio real es un privilegio de gracia, debemos seguir

el principio del código de honor de que nunca ganamos o merecemos bendiciones de Dios.

En otras palabras, cuando hemos sido víctimas de la estratagema de miedo-pánico, no somos llamados a tener un complejo de culpa por ello, sentir pena por nosotros mismos o tratar de compensar nuestro fracaso. El miedo es un pecado; el rebote dice que sólo citemos el pecado a Dios y sigamos la marcha. La *doctrina*, no la perfección libre de pecado, es nuestro impulso espiritual. La situación de presión exige *pensar*. No debemos perder el tiempo con la autorecriminación. Nuestro pensamiento debe ser objetivo, no subjetivo. En vez de remordimiento, el contenido de nuestros pensamientos debe ser que Dios tiene un propósito especial para nosotros en la tierra, que este propósito está relacionado con ganar el conflicto angélico, que estamos vivos para ser bendecidos y que Dios solo proporciona las bendiciones en medio de cualquier desastre que pueda presentarse en nuestro camino. La concentración inversa significa pensamiento correcto, motivación correcta, decisiones correctas, acción correcta —incluso bajo las peores condiciones posibles.

Y a los que Él predestinó, a estos mismos Él también llamó [a través de la gracia común y eficaz]. (Ro 8:30a, traducción corregida)

El verbo *καλέω* (*kaléo*), “llamar, convocar, invitar” (de la misma raíz de *kletós* usada en Romanos 8:28), enfatiza el papel del Espíritu Santo en llevar a cabo el decreto divino. En la eternidad pasada, Dios sabía que sería receptivo al Evangelio en el punto de consciencia de Dios, por lo que proporcionó los medios para cumplir Su plan. Dios el Espíritu Santo, como parte de la gracia común, hizo que la información del Evangelio fuera clara para ti. El “llamado” es la invitación de Dios para que creas en Jesucristo. Cuando tú, como un no creyente espiritualmente muerto, ejerces tu volición para creer nada más en Cristo para la salvación, el Espíritu Santo hace que tu fe sea eficaz para la salvación. Observa la secuencia lógica: Primero, estabas en la mente de Dios en la eternidad pasada (conocido de antemano), luego, Él decretó un destino futuro para ti en el cielo con un cuerpo de resurrección (predestinación), luego, Él proporcionó los medios para traer ese futuro tercer potencial (P_3) a su realización en el tiempo a través del ministerio del Espíritu Santo (gracia común y eficaz).

Y a los que Él llamó [a través de la gracia común y eficaz], a estos mismos Él también declaró rectos. (Ro 8:30b, traducción corregida)

Este se trata de un terreno conocido, y un terreno conocido es justo lo que necesitamos en una situación de presión. El verbo *δικαίωω* (*dikaíōō*) suele traducirse como “ser justificado”, y nosotros hemos visto que la justificación es el sello de aprobación de Dios. Dios nos imputó Su rectitud, y luego viendo esta nos declaró rectos. Así, la justificación completa la segunda imputación judicial (J_2) en el radical Y. Poseemos Su rectitud, el principio de Su integridad; Él reconoce que poseemos algo que Le pertenece.

Eso *es* la justificación, pero el *propósito* de la justificación es que podamos ser bendecidos. Este es el primer *a fortiori*: Si Dios pudo lograr lo más difícil al declarar recto al hombre pecador, se deduce con mayor razón que Él puede lograr la tarea menos difícil de imputar bendiciones a Su propia rectitud en nosotros. En una crisis, lo que debería impresionar de inmediato al creyente maduro es que esta situación de presión en particular es en realidad ¡la bendición del sufrimiento inmerecido siendo imputada a la rectitud divina en él! La rectitud *exige* ser implementada por la justicia de Dios, y esa implementación glorifica a Dios.

Y a los que Él justificó [declaró rectos], a estos mismos Él también glorificó. (Ro 8:30c, traducción corregida)

La manifestación de la gloria de Dios asegura la mayor gloria para Sus criaturas. Cuando Él nos puede imputar bendiciones especiales, ya hemos llegado a la realización plena del progreso espiritual, es decir, la madurez espiritual. Después de lograr este noble objetivo, nosotros, afortunadamente nunca nos quedamos sin potencial; continuamos avanzando *en la madurez* al continuar consumiendo la doctrina. Las bendiciones llegan a ser mayores a medida que avanzamos, pero es sólo el principio de la bendición máxima en el tiempo; como hemos visto, la sexta imputación se transforma en la séptima. Las bendiciones infinitamente mayores de la eternidad glorifican a Dios para siempre. Es trágico que esto —todo el propósito del plan de Dios— es pasado por alto por el cristianismo moderno. La conversión de las bendiciones y la prosperidad de la tierra a las recompensas en el cielo es cómo glorificamos a Dios y Él a nosotros.

Esto Él lo decretó en la eternidad pasada como Su plan. En primer lugar, no estamos vivos para trabajar para Dios; estamos vivos para ser bendecidos por Dios. Trabajar sólo es un *resultado* de haber seguido Su plan. El grado en el que la mayoría de creyentes han perdido el paso del plan de Dios casi desafía toda descripción; su falta de recursos para una

crisis es en extremo trágica. La Biblia nos dice cómo agarrar el paso y mantener el paso y cómo almacenar los bienes operacionales divinos: Cree en Cristo, rebota cuando sea necesario, y sigue aprendiendo la Palabra de Dios.

El procedimiento retórico para activar la concentración inversa ya está completo. El proceso de cinco pasos comenzó con un vistazo retrospectivo a la eternidad pasada; termina en el tiempo presente con una anticipación de la eternidad futura. Si estábamos en los pensamientos de Dios hace miles de millones de años atrás, estábamos en Su plan; si en Su plan, en la familia real privilegiada. Si llamados, se aplica el primer *a fortiori*: La justificación es la base para las bendiciones en el tiempo. Si las bendiciones en el tiempo se imputan a la rectitud de Dios en nosotros, también se aplica el segundo *a fortiori*: Las bendiciones en el tiempo garantizan bendiciones para siempre.

Aquí estamos en un desastre sin esperanza; pero, por otra parte, ¡aquí estamos en medio del increíble plan de Dios! Sabemos dónde estamos, de dónde venimos y hacia dónde vamos. Conocemos y amamos a Aquel que tiene el control total. Con la estabilidad de la mente restaurada, con doctrina siendo aplicada desde nuestras almas a través de la concentración inversa, podemos lidiar con el problema en cuestión con objetividad tranquila y confiada. Las conclusiones doctrinales a las que llegamos nos permiten tener un control total.

¿A qué conclusión somos forzados, cara a cara con estas cosas? (Ro 8:31a, traducción corregida)

Sólo hay una conclusión posible. Es afirmada en forma elíptica, sin verbos, simulando los pensamientos entrecortados de una persona estabilizándose en una catástrofe.

Si Dios por nosotros, ¿quién contra nosotros? (Ro 8:31b, traducción corregida)

El plan de Dios es mayor que cualquier oposición posible. “Dios por nosotros” resume lo conocido de antemano, predestinado, llamado, justificado y glorificado. La esencia de Dios garantiza Su plan; la integridad de Dios lo lleva a cabo. Cuando estamos moviéndonos con el ímpetu del plan de Dios ajustándonos a Su justicia, Dios es por nosotros, y Él no tiene ningún rival.

Porque mayor es el [Dios el Espíritu Santo] que está en vosotros, que el que está en el mundo. (1Jn 4:4b, RVR)

Si en una situación de presión, sigues teniendo miedo después de ver el razonamiento detrás de esta primera conclusión, todavía no eres un creyente maduro. ¡Pero no te desanimes! Todos empezamos inmaduros con escasos recursos doctrinales en nuestras almas. Dios todavía tiene un plan para tu vida; sólo debes comprender ese hecho a fondo para que estés mejor equipado para enfrentar a la nueva crisis cuando llegue. Fallar una prueba debería ser un recordatorio aleccionador de la necesidad de seguir aprendiendo doctrina.

¿Qué es lo que indica que Dios *no* es por nosotros? La arrogancia, la autocompasión, la autorrectitud, la conmoción, la emoción, el pánico, la desorientación hacia la verdad. Cuando persistes en tener miedo en una situación de presión, estás diciendo en realidad que Dios no puede manejar la situación, y tu miedo llega a ser blasfemo. Estas difamando el carácter de Dios.

En la eternidad pasada —antes de Adán, antes de los ángeles, incluso antes de que el universo fuera creado, cuando nada existía sino Dios solo— Dios se conocía a Sí mismo. Él conocía Su propia fuerza, Su propia sabiduría, Su propia integridad. Él siempre ha sabido de Sí mismo ser ilimitado, perfecto, totalmente admirable e inmutable. En Su autoconocimiento, Él sabía, si creara a los ángeles y a los hombres, que Él sería capaz de controlar toda situación sin importar lo que ellos pudieran pensar, decidir o hacer; sin importar cuán lejos pudieran desviarse; sin importar cuánta maldad pudieran inventar; sin importar lo cataclísmico de los desastres en la historia o de la vida personal de cualquiera. Lo que es más, Él sabía que en toda circunstancia demostraría Su carácter y ¡sería glorificado a través de todo! Tu miedo sin control expresa ignorancia de Dios y Su plan. La verdad es que Dios es infinito, sin par; las soluciones que Él proporciona son infinitamente mayores que los problemas que resuelven.

Esto debería ser todo lo que cualquiera necesita para estabilizarse en una situación difícil, pero Dios proporciona todavía una segunda conclusión doctrinal. Diseñada para reforzar la habilidad del creyente maduro para pensar con claridad bajo presión, esta última conclusión añade detalles específicos a la conclusión general del versículo 31.

Quien [Dios el Padre] no escatimó ni a Su propio Hijo único, sino que Lo entregó por todos nosotros, ¿cómo Él [Dios el Padre] no nos dará en gracia con Él [Su Hijo] todas las cosas? (Ro 8:32, traducción corregida)

Aquí está el aliento divino. ¡Este también es la motivación cristiana! Los dos argumentos *a fortiori* motivan al creyente; hay esperanza a pesar de nuestra presente ignorancia, a pesar de nuestras naturalezas del pecado, a pesar de vivir en el mundo del diablo. ¡Hay una buena razón para luchar por la meta! Romanos 8:32 reitera esta clara línea de pensamiento *a fortiori*, que encontramos primero en Romanos 5:12–17. No sólo que el miedo y el pánico se dejan de lado, sino que el objetivo —la prosperidad de la supergracia— se hace claro de manera dramática, alentándonos a enfrentar la situación de presión con doctrina y seguir la marcha en el plan de Dios.

Mira Romanos 8:32 por un momento. ¿Ves lo que hay ahí? ¡Integridad divina! La integridad de Dios se encuentra por todas partes en este versículo.

El verbo *παράδιδωμι* (*paradidomi*) significa “entregar” como un juez entrega a un criminal condenado al verdugo. Hemos estado estudiando el pensamiento de este Juez: “*dikaíosúne theou*” la rectitud y la justicia de Dios. Cuando un desastre repentino o una presión inesperada provocan en nosotros un estado de no pensar, la técnica de recuperación refresca nuestra memoria, recordándonos de otra ‘crisis’.

Hubo un momento en el que Dios, en Su esencia absoluta, eterna, infinita y perfecta tuvo que tomar una decisión crucial. Lo que Él escogió es, para nosotros, lo máximo en amor y aliento. El Padre tuvo que decidir si juzgar o no a Su Hijo amado. Fue una decisión asombrosa y trascendental. Pero en la eternidad pasada, Dios decidió “no escatim[ar] ni a Su propio Hijo único” (Ro 8:32a, traducción corregida); tanto así Él nos amó (Jn 3:16). En al año 30 d. C., Él llevó a cabo esa decisión. La cruz siempre ha sido un hecho en el decreto divino, y durante los últimos dos mil años, también ha sido un hecho en la historia. El amor y la integridad de Dios proporcionaron nuestra salvación —en la eternidad pasada, en la historia pasada, ahora y para siempre.

Dios nunca podría amarnos personalmente por nosotros mismos, pero Él sí amó personalmente al único hombre sin pecado que jamás haya vivido. Merecíamos juicio, pero Dios deseaba demostrar Su propia gloria *bendiciéndonos*, no *juzgándonos*. El ingenio de la integridad divina se puso a trabajar. El Padre escogió imputar cada pecado humano a Jesucristo para juicio “como un sustituto por todos nosotros” (Ro 5:8b, traducción corregida). El Hijo escogió tomar nuestro lugar, sometiénose a la más absoluta humillación e indescriptible tortura.

Nos quedamos sin palabras por lo que se ha realizado por nosotros, pero el juicio y la humillación ¡no son la meta final! Si Dios hizo lo

más difícil al juzgar a Su Hijo por pecados que no eran por antecedente Suyos, entonces con mayor razón, cuando esa misma justicia implacable se dirija a nosotros, no dejará de bendecir a aquellos que han aceptado por fe sola en Cristo solamente la obra consumada de la cruz. En las palabras dramáticamente subestimadas de nuestra traducción corregida de Romanos 8:32: “¿cómo Él [Dios el Padre] no nos dará en gracia con Él [Su Hijo] todas las cosas?”.

El verbo *χαρίζομαι* (*jarízomai*) significa “dar con gracia, dar con beneficio, dar en gracia”; incluso podríamos traducirlo “agraciar sin límite”. Desde el momento de la salvación, Dios nos envuelve en gracia —¿y qué es la gracia? Gracia es la política del amor y la integridad divinos al bendecirnos. Debido a la justicia —en particular porque la justicia nos imputó la rectitud de Dios— ahora Dios puede amarnos y sí lo hace, con amor perfecto y personal. Pero, aún, la justicia sigue siendo nuestro punto de contacto con Dios. Y no querríamos que fuera de otra manera. La justicia se encargó de lo peor de nosotros; la justicia puede ahora darnos lo mejor de Dios sin perder el paso.

¿Qué son “todas las cosas” que Dios nos ha prometido? Sólo tenemos que mirar atrás a Romanos 8:28 para encontrar la respuesta. La integridad de Dios lleva a cabo el plan de Dios que avanza sin parar. ¡Nos conviene movernos en la misma dirección! Dios trabaja todas las cosas juntas para el bien para el que se está moviendo en la dirección del plan de Dios, o sea, para el creyente maduro.

“Todas las cosas” son los factores en la ecuación XYZ. Todos conducen a la imputación final (bendiciones en fideicomiso transferidas en la eternidad) y la gloria eterna del Señor Jesucristo. Sin embargo, debido a que Romanos 8:32 reitera el primer *a fortiori*, “todas las cosas” se enfoca en las bendiciones imputadas en el tiempo a la rectitud divina que reside en nosotros por imputación.

En tiempos de crisis, el creyente maduro estabiliza su mente con Romanos 8:28. Luego, por medio de la concentración inversa delineada en Romanos 8:29–30, recurre a los recursos de doctrina que han sido almacenados en su alma. La conclusión general, Romanos 8:31, es que la integridad de Dios es por nosotros; nada ni nadie puede estar contra nosotros. Más en concreto, en Romanos 8:32, si la integridad de Dios demuestra ser “por nosotros” en la situación más difícil de la cruz, entonces esa misma integridad está trabajando por nosotros en la menor crisis del momento. En verdad, Dios nos *guía* a situaciones de crisis, así como Él guió adrede a los judíos a la orilla del mar Rojo, para que

podamos *usar* la doctrina que hemos aprendido. Dios nos bendice con oportunidades para practicar el pensamiento bajo presión.

Todo el objetivo de la vida es calificar para las bendiciones en la eternidad al ser bendecidos en la tierra. Cuando nos dirigimos hacia recompensas tan absolutamente maravillosas de la mano de nuestro glorificado Señor, cualquier problema que nos asedie en el camino no es razón para perder nuestro aplomo mental o para dejar de vivir por la Palabra de Dios en nuestras almas. El creyente maduro continúa con la objetividad y el pensamiento claro del punto de vista divino. Es sostenido por la rectitud de Dios (Is 41:10), bendecido por Su justicia (Is 30:18b) y motivado y alentado por Su amor (1Jn 4:19).

Capítulo Cuatro

CONCLUSIÓN

¿LA RECTITUD DE QUIÉN?

EL PENSAMIENTO DEL PUNTO DE VISTA DIVINO se basa en una premisa sencilla: Dios tiene integridad, y Él imputó parte de Su integridad a cada creyente. En nuestra generación, como en generaciones pasadas en otras naciones cuya apostasía al final requirió el juicio divino, esta premisa de gracia es descartada. Es demasiado sencilla para el arrogante.

Las personas arrogantes están más cómodas cuando la vida es complicada. Hay más espacio para la prepotencia cuando las cosas son nebulosas y abstrusas, en especial cuando son ingeniosa o maravillosamente abstrusas. Las personas pueden pensar que son más listas o más creativas de lo que en realidad son cuando el panorama en general está desenfocado. Por lo tanto, desacreditan la sencillez como algo superficial, aun cuando la sencillez es el genio absoluto del plan de Dios. “¿Rectitud *imputada*?”, dicen las personas. “¡Es demasiado fácil!”. Reacios a ver que ellos ya tienen algo mucho más valioso que cualquier cosa que puedan desarrollar por sí mismos, los creyentes desplazan de su pensamiento la rectitud divina y se dedican a establecer su propia rectitud.

Porque yo testifico que ellos [los judíos de la generación de Pablo] tienen fervor de Dios, pero no como resultado del conocimiento [de la doctrina]. Pues desconociendo la rectitud de Dios, y procurando establecer su propia rectitud, no han sido obedientes a la rectitud de Dios [no se han ajustado a la justicia de Dios para salvación]. (Ro 10:2-3, traducción corregida)

Pablo estaba describiendo a sus propios compatriotas en el año 58 d. C.; ellos ya estaban atrapados en el síndrome de arrogancia que haría necesario el holocausto de los años 67-73 d. C. Aunque se refiere a los no creyentes judíos, este pasaje también aplica a los cristianos en este país que están llenos de fervor, pero no llenos de doctrina. Su apostasía ha llevado a los Estados Unidos al borde del juicio nacional.

Dondequiera que miremos en el cristianismo de hoy, encontramos gente construyendo sus vidas sobre las arenas de la rectitud humana en lugar de hacerlo sobre la tierra firme de la rectitud de Dios en ellos. Una de las principales razones para hacer esto, como hemos visto, es que los creyentes se orientan al amor de Dios como punto de contacto en lugar de Su justicia. Con la arrogancia natural de los seres humanos, los creyentes rechazan la gracia, mientras tratan con desesperación de merecer el amor de Dios. *Esa* es una premisa compleja, no una simple. *Esa* es la premisa de la superficialidad cristiana que se vuelve la tragedia del reversionismo. Una cosa que la rectitud imputada hace es eliminar cualquier posibilidad de que la rectitud humana pueda ser aceptable a Dios.

Sin embargo, por todas partes, los creyentes están trabajando, haciendo, desempeñando y esforzándose. En todo eso procuran establecer su propia rectitud. Pueden tener un área favorita de legalismo —que es su propio negocio y su propio problema ante el Señor— pero no lo mantienen como suyo. Lo anuncian, hablan de él, lo imponen en otros y así procuran establecer su propia rectitud. Hacen esto a menudo en el nombre de dar un buen ejemplo, pero eso es una racionalización. Los creyentes dan el ejemplo en asuntos espirituales no al imponer sus prejuicios, tendencias y fragilidades a los demás, sino al dejar en claro la integridad de Dios.

Muchos creyentes hoy en día han establecido un estándar de rectitud selectiva, y al guardar esa norma, están engreídamente satisfechos con sus propias vidas. Viven una mentira; viven una blasfemia por estar contentos con su propia rectitud, mientras que ignoran la rectitud absoluta de Dios. Construyen un hermoso edificio sin darse cuenta de que están construyendo una cárcel. Se encierran en una celda de falsedad confortable.

La vida tiene sentido y está llena de definición y propósito para los creyentes orientados a la integridad de Dios, pero no para aquellos que se aíslan en su propia autorrectitud, apartados de la verdad de Dios. A menudo esas son personas maravillosas y atractivas, pero la diferencia entre los que están construyendo sus vidas en la rectitud de Dios y los que las construyen en la rectitud humana no es que aquel grupo es atractivo y el otro no. En lugar de eso, la línea divisoria está entre la ignorancia y la consciencia de esa segunda imputación judicial de la rectitud de Dios a cada creyente en la salvación.

No te confundas usando el conjunto de estándares equivocado. Que los creyentes sean o no personas excelentes, rectas y admirables no es el criterio. Los creyentes no son bendecidos por la justicia de Dios porque son maravillosos, amorosos y amables. Tan apreciadas como son estas cualidades, los no creyentes pueden poseerlas, mientras que los creyentes pueden tener personalidades abrasivas y odiosas. Dios evalúa a los creyentes no por las cualidades aparentes, sino por la doctrina en sus almas (1Sa 16:7).

El estándar es tal que debemos dejar el juicio a Dios. No hay lugar para clubes de admiración mutua, en las que halagamos a los que comparten nuestras fuerzas y difamamos a los que están en autoridad o cuyas debilidades no compartimos.

Es fácil compararnos de forma favorable con las fallas evidentes de otros, ser críticos e impacientes, pero ninguno de nosotros es perfecto. Todos nosotros pecaremos mientras vivamos. Aunque nunca hay excusa para el pecado, este no es el punto. Dios no puede bendecirnos sólo porque dejamos de pecar o porque somos morales en algún sentido. Todos podemos usar un poco más de rectitud humana, pero nuestra rectitud tampoco es el punto. El punto es la rectitud de Dios.

La autorrectitud proviene de la arrogancia, y la arrogancia reside en todos nosotros en alguna medida. Es el más básico, más horrible y mejor disfrazado de todos los pecados. Podemos detectar sus manifestaciones evidentes en otros, pero rara vez las vemos en nosotros. Además, no vemos la arrogancia en los que nos halagan o que muestran alguna inteligencia o carisma especial. La gente atractiva y maravillosa con arrogancia escondida puede distraernos de la Palabra de Dios. La doctrina debe tener la primera prioridad.

La verdad de la doctrina es nuestra única esperanza. Sin ella estamos sin esperanza e indefensos; la doctrina es nuestro contacto con la realidad definitiva. En cuanto a esto, la gran inteligencia, incluso el ingenio, no ayuda. La *habilidad* perceptiva de la mente no es lo importante; lo que

es esencial es el *contenido* de la mente. Si la doctrina o la verdad del establecimiento no reside en el alma, la falsedad llenará el vacío. Cuando eso sucede, un alto CI humano se convierte en un problema, teniendo el poder de atraer mucha maldad. Esa es la historia de muchos liberales que tienen mentes brillantes y cuyas almas están cegadas a la verdad, tanto en asuntos temporales como espirituales. Si la orientación a la realidad es el criterio para la sabiduría, tales liberales altamente inteligentes, personalmente atractivos y ampliamente respetados son necios (Ro 1:21–22). La verdad no existe en ellos. Con un marco de referencia falso, no pueden comprender los principios básicos del establecimiento; las verdades espirituales son imposibles. Tales personas que alegan poner tanta fe en la razón, con ellos no se puede razonar. Están muertos al pensamiento claro.

La maldad siempre es autodestructiva, y el camino autodestructivo del liberal es la alternativa al camino de la rectitud imputada: él está siguiendo el camino de la arrogancia humana, estableciendo su propia rectitud. Gracias a la Palabra de Dios, mientras estemos orientados a la integridad de Dios, no nos perderemos en la autorrectitud.

¿Cómo puedes reconocer tus propios esfuerzos para establecer tu autorrectitud? Hay una señal inconfundible. Eres crítico de alguna falla real o imaginaria de otra persona. Le darás lata —a menudo de maneras sutiles— para hacer ciertas cosas y abstenerse de otras, insinuando que él no puede hacer eso y glorificar al Señor. Olvidas que tú también tienes una naturaleza del pecado que debes manejar en la privacidad de tu propio sacerdocio a través del rebote y el AGP. Es obvio que no te das cuenta de que tu propio fervor por la rectitud viene de la tendencia hacia el bien humano de ¡tu naturaleza del pecado!

Tú no sólo le darás lata a otros si tienes la oportunidad, sino también molestarás a Dios. Ignorante de la persona y el plan de Dios, espiritualmente inestable, tratando de seguir lo último de la clave de la dinámica espiritual del maestro itinerante, sin saberlo te vuelves una Jantipa espiritual. Tú dices: “Dios, mira lo que estoy haciendo. Mira lo que he logrado para Ti. Mira esas horas en oración, esos nuevos convertidos míos, ese diezmo y ese sacrificio. Mira mi trabajo entre los necesitados; ve cuánto he amado a los que eran poco atractivos para mí. Ahora, Dios, ¡ámame por mis logros y bendíceme! ¡Dame lo que quiero!”.

La inamovible justicia de Dios no responde. Su amor no opera por separado de la justicia. El fervor por Dios del creyente ignorante oscurece la integridad de Dios. El cristianismo está plagado de tales ‘fariseos’ bienintencionados.

¿Cómo podemos, como creyentes, ser “obedientes” a la rectitud de Dios? Debemos *aprender* que *tenemos* Su rectitud y que la hemos poseído desde el momento de nuestra salvación. En esta se basa el amor personal divino. Debemos comprender que no podemos mejorarla. La solución para no molestar a Dios es inculcar en nuestras almas la doctrina de las imputaciones, el marco para una comprensión creciente y sistemática de Su Palabra.

Dar lata a otros desaparece bajo los preceptos del código de honor de la familia real. Cuando la rectitud de Dios está en el enfoque, el creyente débil deja de mirar al creyente fuerte con una actitud crítica, y el creyente fuerte no trata al hermano más débil con desprecio e intolerancia. Los conflictos inevitables de la autorrectitud se resuelven al reconocer que Dios ama Su rectitud residente en *cada* creyente, y que esa justicia imputa a la rectitud justo lo que Dios considera correcto.

La única razón por la que cualquiera de nosotros está vivo y sostenido en esta vida es que tenemos Su rectitud residiendo en nosotros. La integridad de Dios es responsable de nosotros cada día de nuestras vidas. Él provee el día; la comida, techo y ropa; la oportunidad para crecer espiritualmente a través de las pruebas; todo. Él suple todo lo que necesitamos, y todo este soporte logístico momento a momento ¿es imputado desde la justicia de Dios a qué? ¿A la rectitud que establecemos nosotros? ¿A la tendencia hacia el bien humano en nuestras naturalezas del pecado? ¿A la moralidad humana requerida tanto de los creyentes como de los no creyentes por igual? ¡Por supuesto que no! Dios en Su justicia puede imputar bendiciones logísticas y bendiciones especiales solo a Su propia rectitud. Todo lo que tenemos es por cortesía de la integridad de Dios.

Esta es la verdadera perspectiva de la gracia. La gracia no es una línea de enseñanza que sólo excusa nuestros fracasos. La gracia no es sentimentalismo. La gracia no exige obras humanas, ni es ambigua o inescrutable. Mucha palabrería bonita de la gracia sólo oscurece la integridad de Dios. La gracia es la expresión del amor y la integridad de Dios. Cuando la gracia se enseña como un sentimiento divino que no se puede explicar y es nebuloso a las mil maravillas, se establece la reputación de quien la enseña, pero se ignora la reputación de Dios.

La integridad de Dios es clarísima. Nuestras opiniones complicadas no cuentan. Debemos ajustarnos a la opinión de Dios. ¿Y cuál es Su opinión? El plan de Dios es tan sencillo como asombroso: Hay una afinidad perfecta e irresistible entre la rectitud de Dios en nosotros y las tremendas bendiciones de Su justicia. A medida que persistimos en

aprender la Palabra de Dios, conformamos nuestro pensamiento al Suyo. La doctrina renueva nuestras mentes. La vida poco a poco adquiere una perspectiva notable. Desarrollamos la capacidad del alma para disfrutar las bendiciones especiales mucho mayores que cualquier cosa que podamos imaginar. Somos liberados del imposible esfuerzo y tensión de ganar la aprobación de Dios porque *Su* integridad *da* y *Su* integridad *recibe*. ¡La integridad de Dios bendice Su propia integridad!

Toda la gloria Le pertenece a Dios. No hay necesidad de entrometernos con nuestras complicaciones engreídas. Somos traídos sólo como beneficiarios, beneficiarios *de la realeza*. Al darnos cuenta de que nuestras vidas deben ser construidas sobre la roca sólida de la rectitud divina y el amor personal por Dios, debemos ajustarnos a Su justicia y ser motivados a someternos en todo momento a la enseñanza bíblica. A medida que aprendemos doctrina bíblica, lo que viene a resplandecer más brillantemente en nuestras almas es la suma de la gloria de Dios, nuestro magnífico Salvador y Señor Jesucristo. Sin Él no tendríamos nada. Con Él tenemos “todas las cosas”.

Apéndice A

LA DOCTRINA DE LA ESENCIA DIVINA

BOSQUEJO GENERAL DE LA DOCTRINA

- I. El Ser Esencial de Dios
- II. Definición
- III. Dios Se Revela
- IV. El Concepto de Personalidad Divina
- V. Autoexistencia
- VI. Introducción a los Atributos Divinos
- VII. Los Atributos de Dios
 - A. Soberanía
 - B. Rectitud
 - C. Justicia
 - D. Amor
 - E. Vida Eterna
 - F. Omnipresencia
 - G. Omnisciencia
 - H. Omnipotencia
 - I. Inmutabilidad
 - J. Veracidad
- VIII. Categorías de Teorías Antiteístas

LA DOCTRINA DE LA ESENCIA DIVINA

I. El ser esencial de Dios nunca puede ser definido o captado por completo por la humanidad finita. En el esplendor y majestad infinitos y perfectos de Su absoluta existencia, Él es en verdad incomparable (Is 55:8–9). Sólo en la medida en que Él se revela en la Biblia es que podemos comprender, de una manera limitada, Su persona y naturaleza.

II. Definición

- A. Derivado del sustantivo griego *οὐσία* (*ousía*), “ser, sustancia”, esencia significa naturaleza interior o intrínseca, verdadera sustancia, las cualidades o atributos de una persona. Esas cualidades esenciales son invisibles, pero se manifiestan a través los pensamientos y acciones expresados por una persona.
- B. La esencia se define como el componente básico de una cosa, la naturaleza intrínseca de algo; lo que fundamenta todas las manifestaciones externas y es a la vez permanente e inmutable, en contraste con lo que es accidental, efímero o superficial. Esencia implica ser o existencia e identidad.
- C. La esencia de Dios se refiere a sus cualidades y perfecciones que se clasifican como atributos, y siempre han existido: soberanía, rectitud, justicia, amor, vida eterna, omnisciencia, omnipotencia, omnipresencia, inmutabilidad y veracidad. La suma total de los atributos de Dios es Su esencia.
- D. La esencia es lo que permanece estable en el cambio. Por lo tanto, sin esencia, una cosa no sería lo que en realidad es. Si Dios no tuviera esencia, Dios no sería Dios.
- E. Dios existe y los atributos que pertenecen a Su esencia se expresan por lo que Él ha creado (Ro 1:20), por Sus actividades en la historia humana y por Su Palabra infalible (Jn 1:1).
- F. Dios es espíritu (Jn 4:24); Su ser esencial es una entidad espiritual. El sustantivo griego *πνεῦμα* (*pneúma*), “espíritu”, significa “aliento”, algo invisible pero real; espíritu, por lo tanto, significa que Dios es invisible pero real.
- G. Como Dios es espíritu, Sus atributos son invisibles al ojo humano. Sus cualidades no pueden ser percibidas por el empirismo o por el racionalismo; pueden, sin embargo, ser comprendidos a través del tercer sistema de percepción llamado fe.

- H. El Creador es inmaterial; en contraste, Sus criaturas racionales son una combinación de lo material y lo inmaterial —cuerpo y alma (2Co 4:7, 16). Aunque Dios es inmaterial e invisible, esto no Le impide ser aún más real que las cosas visibles y materiales. Aunque sus atributos son invisibles, sus cualidades se revelan con claridad en la creación y en el mundo natural para que ningún ser humano tenga excusa para negar la existencia de Dios o rechazar la obra de Jesucristo como Salvador (Ro 1:20–21).
- I. Todos los atributos de la esencia divina están presentes en Dios, pero no todos se manifiestan a la misma vez. Esto es ilustrado por la luz. Todos los colores del espectro visible están presentes en un rayo de luz blanca, pero los colores individuales sólo se ven bajo diferentes circunstancias de reflexión y refracción.
- J. Cuando la esencia divina es el tema, Dios se revela y se estudia como uno. La Biblia declara que Dios es uno (Dt 6:4). La unidad de Dios, llamada Su gloria, es la misma esencia o carácter en las tres personas de la Divinidad (Jn 10:30). En la unidad de Dios, hay sólo una esencia, una sustancia. Por lo tanto, Dios es uno en esencia, tres en personas.
- K. Cuando las personas divinas son el tema, Dios se revela en tres personas separadas y distintas que se distinguen a lo largo de las Escrituras (Is 48:16; Jn 10:30; cf. Sal 110:1; 2Co 13:14; 1Pe 1:2). La palabra “Trinidad” se usa para expresar tres personas en una Divinidad. En la Trinidad, hay tres personas coiguales, coinfinitas y coeternas en una esencia: el Padre (1Co 8:6; Ef 1:3); el Hijo (Jn 10:30; 14:9; Col 2:9); y el Espíritu Santo (Éx 31:3; Is 6:8–9; cf. Hch 28:25–26; Is 11:2; Jer 31:31–34; cf. He 10:15–17).
- L. No hay un tema más exaltado al que la mente humana pueda dirigirse que la contemplación y el conocimiento de la persona y el carácter de Dios. Este no es un tema inescrutable. La esencia de Dios es el estudio de Su ser y Sus atributos. En ningún punto el creyente percibe más sus limitaciones que cuando se enfrenta con la responsabilidad de reconocer con exactitud la esencia de Dios. Pero la esencia de Dios se revela para ser comprendida. A Moisés se le ordenó quitarse las sandalias porque él estaba en tierra santa cuando se encontró con la esencia de Dios (Éx 3:5).

III. Dios Se Revela

- A. Los atributos de Dios sólo son comprendidos por nosotros tal como Dios nos los ha revelado en las Escrituras. La dificultad en el estudio de la esencia divina es que lleva a la mente humana finita a la constante contemplación y concentración en lo infinito.
- B. Para comprender más a fondo la esencia invisible, inmaterial, infinita e ilimitada de Dios, el creyente depende de la infalible Palabra de Dios —el canon de las Escrituras— y de la llenura del Espíritu Santo. No hay marco de referencia en nuestro carácter, ni en la vida de nadie que conozcamos, ni en todo el género humano que pueda ayudarnos a comprender o siquiera ilustrar como se debe el carácter perfecto de Dios. Está fuera de nuestro alcance, y aunque hay un paralelo entre la esencia de Dios y el alma del hombre, ese paralelo es limitado. La esencia de Dios es invisible; el alma del hombre es invisible. La esencia de Dios es real; la esencia del hombre es real. La esencia divina tiene muchos atributos tales como soberanía, rectitud, justicia, amor, vida eterna, omnisciencia, la omnipotencia, omnipresencia, inmutabilidad y veracidad; el alma del hombre tiene atributos tales como autoconsciencia, mentalidad y volición. El ser de Dios es invisible y real con atributos; más allá de eso no hay paralelo entre la esencia divina y el alma humana.
- C. Dios en gracia se ha revelado, y lo que se revela de la esencia de Dios se revela para ser comprendido a través del ministerio del Espíritu Santo. El creyente puede y debe dominar la información que Dios ha proporcionado con respecto a Sus atributos.

IV. El Concepto de Personalidad Divina

- A. La esencia no es sólo lo que Dios es a través de Su carácter, sino lo que Él es a través de Su personalidad.
- B. La humanidad tiene personalidad porque es hecha a la imagen de Dios, es decir, que tiene atributos reales pero invisibles (que, por supuesto, no son los mismos que los atributos de Dios).
- C. La declaración de que “Dios creó al hombre a imagen Suya” (Gn 1:27) suele malinterpretarse y distorsionarse. El hombre no nace a imagen de Dios; fue creado a imagen de Dios. “Dios creó al hombre a imagen Suya” connota que el hombre posee todos los atributos de personalidad, no que el hombre posee deidad.
- D. La personalidad del hombre se basa en la esencia de su alma. El alma con sus características es interna; la personalidad

es externa. La personalidad es una manifestación de cómo funciona el alma.

- E. Hay muchas personas en el género humano, pero todas tienen la misma esencia. Podríamos decir que la humanidad es una en esencia, pero multitudinaria en personalidad. La Trinidad es una en esencia, pero sólo tres en personalidad. Cada miembro de la Divinidad es una personalidad.
- F. Mientras que la humanidad posee los elementos esenciales de la personalidad y puede ejercerlos con normalidad dentro de una esfera limitada, Dios es la fuente y la personificación de esos elementos esenciales que Él posee en la esfera de la infinitud y en un grado ilimitado.
- G. Casi cada página de la Biblia afirma la personalidad de Dios. Nuestra comprensión de la personalidad de Dios se deriva de la manifestación de varias combinaciones de Sus atributos a lo largo de la Palabra de Dios.
- H. Dios diseña, ejecuta y da poder; esas son actividades de Su personalidad.
- I. Dios piensa y toma decisiones. Esas son actividades de la persona de Dios, la superestructura de Su esencia.
- J. Las partes más básicas de la personalidad son la autoconsciencia y la autodeterminación. Primero uno debe ser consciente de que existe, y luego puede tomar decisiones en relación con esa consciencia.
 - 1. Dios habla de Sí mismo como “Yo” o “Yo, Yo soy” muchas veces en las Escrituras (Gn 6:17; Éx 20:2; Lv 26:28; Is 43:11, 25). Por lo tanto, Dios es consciente de Sí mismo.
 - 2. Dios expresa Sus pensamientos, deseos y decisiones, por lo tanto, Él tiene autodeterminación (Éx 20:2–17; Is 55:8–9).
- K. Dios se reconoce a Sí mismo como persona, y como tal actúa con perfecta integridad y perfecta racionalidad. La personalidad debe tener integridad y racionalidad. La racionalidad significa que piensas, y la integridad significa que aplicas lo que piensas. Dios es integridad perfecta y virtud eterna, lo que la Biblia llama santidad.
- L. La personalidad de Dios siempre es consistente. Él no cambia. Dios no se va a ajustar en lo más mínimo a nuestras personalidades. Nosotros nos ajustamos a Él. Dios es infinita personalidad; nosotros somos personalidad finita. Lo infinito nunca se ajusta a lo finito.

- M. El hombre posee en un grado limitado autoconsciencia y autodeterminación. Por tanto, somos capaces de tener una relación definitiva y permanente con Dios basada en la gracia.
 - N. La voluntad absoluta y la perfección absoluta de Dios caracterizan Su motivación y diseño, así como ejecución (Ef 1:9, 11).
 - O. Dios es, en un grado absoluto, todo lo que constituye la personalidad.
 - P. Dios sabe que Él está más allá de cualquier comparación con criaturas. Él nunca se siente amenazado por ninguna criatura o situación. Dios tiene un autorrespeto absoluto. Este autorrespeto no es arrogancia; es personalidad perfecta mucho más allá de nuestro estado imperfecto.
 - Q. El conocimiento siempre es parte de la personalidad de cualquiera. Dado que Dios sabe todo, Su conocimiento es absoluto y parte de Su personalidad (Is 44:6; 45:5–6; 1Ti 1:17).
 - R. El motivo divino es para Su propia gloria, no para autoalabanza. Esto no es arrogancia; esto es perfectamente compatible con Sus atributos divinos. Dios reconoce Su propia gloria, y afirma Su gloria en interés de la verdad absoluta.
 - S. Por lo tanto, todas las cosas existen para la gloria de Dios. Aparte de este hecho ninguna cosa existiría; debido a eso existen (Éx 33:18; Sal 19:1; Is 6:3; Mt 6:13; Hch 7:2; Ro 1:23; 9:23; He 1:3; 1Pe 4:14).
 - T. Nuestra comprensión se deriva de la personalidad de Dios de Su autorrevelación de Sus atributos a lo largo de la infalible Palabra de Dios.
- V. Autoexistencia
- A. Dios existe eternamente, no sostenido por Sí mismo, ni por ninguna otra fuente. Dios no tiene principio. Su nombre en el Antiguo Testamento, יהוה (*YHWH*), *Yahvé*, significa “Aquel autoexistente”. Él es la fuente de sostenimiento, pero no necesita ser sostenido por Sí mismo. En otras palabras, Él existe eternamente como una persona infinita que no necesita ayuda de nadie. Nosotros, por otro lado, debemos tener la ayuda de Él; ya que Él es la fuente infinita con capacidad infinita, Él provee para nuestras necesidades.
 - B. La existencia de Dios es inalterable. Por eso nosotros nos ajustamos a Él y Él no se ajusta a nosotros. Además, Él es la causa de toda existencia fuera de Sí mismo, pero Él no tiene causa para

Sí mismo. Por aplicación de este principio, si Dios es la fuente de toda energía y nos hizo recibir Su vida, Él tiene capacidad infinita para proporcionarnos algo de Su energía: La fuente de la energía con la que estás pensando en este momento es Dios.

- C. Nosotros, como creyentes, tenemos una relación eterna con Dios, y no hay una relación superior en el universo. No hay nada más allá de Dios —la relación con Él es la cima. La Biblia categoriza las relaciones personales que Dios tiene con los hombres (Gn 5:22–24; Éx 33:11). Cuando nos ajustamos por primera vez a Su justicia al creer en Cristo, entramos en *la* relación perfecta. Estamos relacionados con Aquel que no tiene origen ni causa. Él *es* la causa, pero Él no *tiene* causa. Él está, además, totalmente familiarizado con cada causa secundaria fuera de Sí mismo, lo que significa que Él tiene todos los atributos necesarios para hacer de Él el perfecto Juez del Tribunal Supremo.

VI. Introducción a los Atributos Divinos

- A. Atributos son esas cualidades y perfecciones que pertenecen a Dios; “las cosas invisibles de Él [Sus atributos] [...] son claramente visibles, siendo perspicuos por las cosas que Él ha hecho [el acto de la creación es una función de Dios como persona]” (Ro 1:20*b*, traducción corregida). Esta fraseología describe la personalidad de Dios que tiene su origen en los atributos de Su esencia.
- B. Puesto que la gracia de Dios y la obra de Dios son manifestaciones de Sus cualidades esenciales —Sus atributos— es importante comprender quién y qué es Dios (es decir, comprender Sus atributos). Además, como Jesucristo es Dios —la persona manifiesta de la Divinidad (Jn 1:18)— para comprenderlo a Él debemos comprender Su esencia divina. Después de la salvación, nosotros *pertenece*mos a Dios; por lo tanto, estamos diseñados para comprender los pensamientos y funciones de Dios.

VII. Los Atributos de Dios

A. Soberanía

- 1. La soberanía de Dios es Su voluntad eterna, infinita e inmutable expresada en la doctrina del decreto divino en la eternidad pasada.⁸² Como el Ser Supremo del universo (Dt 4:39), el Rey del cielo y de la tierra (Sal 47:2; 93:1–2), Dios tiene prerrogativa y voluntad absolutas.

82. Véase el Apéndice B.

2. Dios es eterno (Sal 93:2); Dios es infinito (Sal 8:1; Hch 5:39; He 6:13); Dios es autodeterminante (Job 9:12; Sal 115:3; 135:6; Pr 21:1; Dn 4:35). Por lo tanto, la soberanía de Dios es eterna, infinita y autodeterminante.
3. Por decreto divino, la soberanía de Dios y el libre albedrío del hombre coexisten en la historia humana. Ambos son invisibles, aunque podemos ver sus resultados (Jn 7:17; Fil 2:13; 2Pe 3:9).
4. La voluntad soberana de Dios desde la eternidad pasada para el género humano se expresa en Efesios 1:5 (RVR): “Habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de Su voluntad”, y 2 Pedro 3:9 (RVR): “El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento”.
5. La soberanía de Dios a la Era de la Iglesia se expresa en la traducción corregida de Colosenses 1:27: “A quienes Dios quiso revelar a los gentiles las gloriosas riquezas de este misterio, que es Cristo en ustedes, la esperanza de gloria”. Dios soberanamente determinó darle a cada creyente de la Era de la Iglesia la vida espiritual única, y no solo Él le revela las “riquezas” de esa vida espiritual única, sino que Jesucristo habita a cada creyente de la Era de la Iglesia como “la esperanza [confianza] de gloria”.
6. Las funciones de la soberanía divina
 - a. La soberanía de Dios es la causa final de todas las cosas; Él creó y mantiene el universo (Col 1:15–16).
 - b. La voluntad soberana de Dios decretó revelarse a nosotros a través de la doctrina bíblica (He 4:12).
 - c. La voluntad soberana de Dios decretó tratar con nosotros a través de una política de gracia, y dar a los creyentes de la Era de la Iglesia el plan más fantástico y único jamás proporcionado a los creyentes en cualquier dispensación.
 - d. La soberanía de Dios el Padre envió a Jesucristo a la cruz para proporcionar nuestra salvación eterna (Jn 3:16).
 - e. La soberanía de Dios siempre opera para Su propia gloria. Por lo tanto, todas las cosas existen para la gloria de Dios (Éx 33:18; Sal 19:1; Is 6:3; Mt 6:13; Hch 7:2; Ro 1:23; 9:23; He 1:3; 1Pe 4:14).

- f. Dios nunca ha tomado una mala decisión. Todas las decisiones divinas desde la soberanía de Dios se toman desde una posición de fuerza eterna e infinita. Todas las decisiones divinas se basan en Su eterna sabiduría y omnisciencia. Por lo tanto, es imposible que Dios tome una decisión equivocada.
 - g. Dios en Su soberanía expresa gobierno, sabiduría y gracia absolutos en Sus decisiones que se relacionan con nosotros. Cuando nos llega el momento de morir, el tiempo, la manera y el lugar de nuestra muerte son determinados por decisiones provenientes de la soberanía de Dios. Dios nunca ha cometido un error o tomado una mala decisión con respecto a nuestra vida, y Él nunca toma una mala decisión con respecto al tiempo, la manera y el lugar en el que partimos de esta vida.
7. Principios relacionados con la soberanía de Dios
- a. La soberanía de Dios funciona en total compatibilidad con todos Sus otros atributos.
 - b. La soberanía de Dios funciona en conjunción con Su omnisciencia. Dios tiene la sabiduría para ejecutar Su voluntad. Nunca hubo un momento en la eternidad pasada y nunca habrá un momento cuando Dios no conozca cada pensamiento, motivo, decisión y acción de cada criatura racional, angélica o humana. Por lo tanto, Dios tiene conocimiento completo y total, lo que hace que Su soberanía y Sus decisiones sean perfectas, porque Él tiene todos los hechos. Dios nunca ha tomado una decisión mala o equivocada. Todas Sus decisiones se basan en la sabiduría y la omnisciencia eternas.
 - c. Dado que Dios es eterno e inmutable, Él nunca ha tenido que revertir una decisión. Sus decisiones fueron perfectas en la eternidad pasada y son perfectas en el tiempo.
 - d. La soberanía de Dios funciona junto con Su omnipotencia. Dios tiene el poder de ejecutar Su voluntad bajo todas las condiciones. La voluntad y el poder soberanos de Dios nunca son arbitrarios.
 - e. La soberanía divina y la responsabilidad humana no son contradictorias en la historia humana ya que Dios ha decretado soberanamente la función del libre albedrío del

hombre. Esta parte del plan de Dios está diseñada para resolver el conflicto angélico al demostrarle a Satanás y a todos los ángeles caídos que el juicio de Dios contra ellos en los tiempos prehistóricos (Mt 25:41) fue absoluta, completa y totalmente justo.

- f. Dios desde Su soberanía quiere que todos los hombres lleguen al conocimiento de Jesucristo para su salvación (2Pe 3:9). Sin embargo, el libre albedrío de algunos hombres rechazará el regalo de la salvación de la gracia de Dios resultando en su condenación eterna (Jn 3:18, 36). Cuando una persona obedece la voluntad de Dios al creer en Cristo solo, tiene salvación eterna (Jn 3:16). Dios usa la volición humana para cumplir Su voluntad y propósito, pero Dios nunca coacciona el libre albedrío del hombre.
 - g. La soberanía de Dios no minimiza ni compromete la responsabilidad humana en la historia. Nadie puede existir independiente de la soberanía de Dios. La soberanía de Dios imputa vida de alma a la vida biológica creando vida humana en el nacimiento y te mantiene vivo para rechazar o aceptar Su voluntad. Cualquier intento humano de vivir independiente de Dios es la quintaesencia de la arrogancia.
 - h. Bajo la soberanía de Dios, cualquier persona que muere sin alcanzar el punto de responsabilidad de consciencia de Dios es salva de manera automática porque su libre albedrío aún no ha tenido la oportunidad de aceptar o rechazar a Cristo.
8. La autoridad de Dios
- a. La autoridad de Dios se deriva de todos Sus atributos.
 - b. Dios tiene autoridad absoluta tanto sobre lo posible como sobre lo real.
 - c. Sobre las cosas posibles, Dios es soberano en el sentido de que Él las deja como meramente posibles o las decreta para que conviertan en reales en un punto específico en el futuro.
 - d. Dios no da cuentas a nadie. Él actúa en conformidad con Su propio carácter perfecto y no consulta a nadie para consejo o aliento. Él es perfecto y no puede ser menos que perfecto en cualquier decisión que tome.

- e. Todas las formas de existencia están dentro del alcance del dominio de Dios. Dios es la Autoridad final y absoluta (Sal 145:14; Mt 20:15; 1Ti 6:15). Dios delega y establece sistemas de autoridad en el género humano; llamamos a esos sistemas de autoridad delegada las leyes del establecimiento divino. Diseñadas para creyentes y no creyentes por igual, estas autoridades son necesarias para la perpetuación del género humano. Por ejemplo, cada individuo tiene autoridad sobre sí mismo en la función de la autodisciplina; este es la mecánica de usar su libre volición dada por Dios. De la misma manera, en el matrimonio, el hombre tiene autoridad sobre la mujer; en la familia, los padres tienen autoridad sobre sus hijos. La ley y los encargados de aplicar y hacer cumplir la ley, así como las fuerzas armadas, son sistemas de autoridad bajo el principio de entidad nacional.
- f. La autoridad de Dios descansa en tres hechos:
 - 1) Dios es el Creador (Gn 1:1–3). Dios dio la existencia a cada criatura y a todas las cosas; por lo tanto, Su autoridad se extiende sobre toda la creación. Dios en Su soberanía, junto con Su rectitud y justicia, tiene el derecho de salvar o juzgar, recompensar o disciplinar. Dios, por lo tanto, está obligado a disciplinar al reversionista que está bajo la influencia de la maldad. Él también está obligado a bendecir y recompensar al creyente maduro que se encuentra bajo la influencia de la doctrina. Este ejercicio de autoridad siempre es consistente con Su propia esencia y plan.

El Creador como dueño absoluto y soberano de toda la creación se contrasta con los derechos secundarios de los hombres que se reconocen como dueños de la propiedad privada bajo las leyes del establecimiento divino. Toda la riqueza del mundo pertenece a Dios (Sal 50:10). Consistente con Su voluntad y carácter perfecto, Él puede dar bendiciones o eliminarlas de acuerdo a Su manejo personal de cada individuo según la persona se ajuste o se mal ajuste a la justicia divina (Job 1:21).
 - 2) Dios nos ha redimido; Él nos compró del mercado de esclavos del pecado. Él nos liberó en la cruz, dándonos

el derecho de escoger a favor o en contra de Su plan de salvación y, por consiguiente, escoger a favor o en contra de la doctrina bíblica. Él nos compró por un precio; por lo tanto, tiene autoridad sobre nosotros.

- 3) Dios ha provisto la doctrina bíblica. La autoridad de Dios se expresa en la doctrina, y nuestra obediencia a Su autoridad está relacionada con la cantidad de doctrina residente en nuestras almas. Cuando nos sometemos a la autoridad de Dios, hay tremenda bendición, y cuando rechazamos Su autoridad, tremenda maldición.

9. La libertad de Dios

- a. La libertad no es en verdad un atributo; la soberanía de Dios sí. La única restricción a la libertad de la voluntad de Dios es autoimpuesta para ser consistente con todos Sus demás atributos.
- b. Dios debe ser consistente Consigo mismo; Él no puede comprometer Su esencia.
- c. La encarnación y muerte espiritual de Cristo era la única manera en que la soberanía de Dios podía decretar la salvación del hombre. En otras palabras, Dios es libre para bendecir al hombre sólo cuando el hombre se ajusta a Su justicia, para comenzar en la salvación, luego en el rebote y al final en la madurez espiritual.

B. Rectitud

1. Dios es perfecto, tanto en Su persona como en Su carácter, por lo tanto, todos Sus atributos son perfectos (Dt 32:4; Sal 7:9; 11:7; 97:6; 113:3; 119:137; Jer 23:6; Jn 17:25; Ro 1:17; 10:3; 1Jn 2:29).
2. Dios está totalmente libre de pecado. Dios no puede de ninguna manera involucrarse con el pecado, excepto para juzgarlo.
3. Dios posee rectitud eterna, inmutable y absoluta. Su rectitud, en combinación con Su justicia perfecta, se describe como santidad o integridad (Éx 15:11; 19:10–16; Is 6:3).
4. La rectitud es el principio o estándar de la integridad divina. Todo lo que Dios hace se adhiere a esta medida de perfección.
 - a. La rectitud de Dios es perfecta y exige justicia perfecta.
 - b. Lo que la rectitud de Dios exige, la justicia de Dios ejecuta.
5. La rectitud es el guardián de la justicia divina.

6. Toda justicia se administra desde la rectitud perfecta de Dios (Lv 19:2; 1Sa 2:2; Sal 22:3; 47:8; 119:9; Jn 17:11; Ap 3:7; 4:8; 6:10).
7. Dios es bien absoluto. No es un bien moralista, ni un bien legalista, ni un bien distorsionado desde la perspectiva de la naturaleza del pecado por el cual el hombre trata de impresionar a Dios y a la gente con lo bueno que es. El bien absoluto de Dios es un bien de valor intrínseco que es la rectitud perfecta (Sal 25:8; 34:8; 86:5; 119:68; Lc 18:19). Dios es infinitamente perfecto. Él no puede ser tentado a pecar, ni Él puede pecar. El pecado tiene límites, estándares y medidas, pero Dios está más allá de estándares y medidas y, por lo tanto, no puede pecar. Dios no puede tentar a nadie para que peque, pero puede reconocer el pecado en nosotros.
8. Dios no puede complicarse con ignorancia o lo absurdo, como tampoco con la tentación, el pecado o la aprobación del pecado.
9. El intelecto y el carácter de Dios son perfectos; Su perfección involucra verdad, amor, justicia y rectitud absolutos.
10. La rectitud misma de Dios es imputada a cada creyente en el momento de la salvación (Gn 15:6; 2Co 5:21) como el hogar para la bendición de Dios.

C. Justicia

1. Dios es justicia perfecta: imparcialidad absoluta e incorruptible (Dt 10:17; Ro 2:11). Es imposible para Dios ser injusto en la función de la justicia divina.
2. Los tres miembros de la Trinidad se sientan en el Tribunal Supremo del Cielo; por lo tanto, la justicia involucra a las tres personas de la Divinidad. La justicia divina administra el sistema de leyes divinas que son compatibles con la rectitud y la soberanía divinas. La justicia es la función de la integridad de Dios. Como el Juez de la humanidad, la justicia de Dios toma decisiones diarias en el Tribunal Supremo del Cielo con respecto a todos los miembros del género humano.
3. Dios es un juez incorruptible y justo de la humanidad. Es imposible que Dios perfecto tome una mala decisión al juzgar.

4. La justicia de Dios administra las penas y las bendiciones que exige Su rectitud perfecta (Dt 32:4; 2Cr 19:7; Job 37:23; Sal 19:9; 50:6; 58:11; 89:14; Is 45:21; Jer 50:7; Ro 3:26; He 10:30–31; 12:23).
5. Las penas de Dios no son vengativas sino vindicativas. Con pecado y maldad inmutables, hay condenación y juicio inmutables; así, Dios demuestra que es consistente.
6. La justicia de Dios se representa de la manera más dramática en la cruz, donde Cristo fue juzgado como un sustituto por nosotros. Nuestro Señor nunca dijo nada en cuanto a ser juzgado injustamente por nosotros.
 - a. Jesucristo como el Cordero de Dios estaba calificado para ir a la cruz porque no sólo nació perfecto sin una naturaleza del pecado y sin la imputación del pecado original de Adán, Él también permaneció absolutamente perfecto, impecable en Su humanidad durante Sus treinta y tres años en la tierra. Ni una vez perdió Su impecabilidad al ser hecho pecado por nosotros (He 12:2).
 - b. Por lo tanto, estaba calificado para llegar a ser el cordero sacrificial, tal como lo representaban los sacrificios del Antiguo Testamento. “Ahí está el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn 1:29b).
 - c. Durante las últimas tres horas en la cruz, la justicia de Dios imputó todos los pecados personales alguna vez cometidos por el género humano al Señor Jesucristo y juzgó cada uno de ellos. Nunca ha habido un pecado cometido en la historia del género humano que no haya sido juzgado en la cruz.
 - d. Porque la rectitud perfecta de Dios exige el juicio del pecado, todos los pecados del género humano tuvieron que ser juzgados en la cruz.
 - e. La justicia y la rectitud de Dios fueron los puntos de contacto con Jesucristo en unión hipostática en la cruz. Su humanidad tuvo que ser juzgada por nuestros pecados para propiciar la rectitud divina. Por eso, Él dijo la noche anterior a Su crucifixión, “Esto representa Mi cuerpo, que es dado [como un sustituto] por ustedes; tomen y coman del mismo” (Lc 22:19b, traducción corregida).
 - f. La justicia de Dios es el guardián de la esencia divina al tratar con el hombre caído.

7. Por lo tanto, desde el momento en que nacemos espiritualmente muertos, la justicia de Dios es nuestro punto de contacto y continúa siendo nuestro punto de contacto después de la salvación.
8. La rectitud de Dios es el principio de la integridad divina; la justicia de Dios es la función de la integridad divina. Lo que la rectitud de Dios exige, la justicia de Dios ejecuta.
9. La gracia de Dios se extiende a través de Su justicia. Dios hace todo por el hombre basado en la obra salvadora de Jesucristo en la cruz. La humanidad nunca puede lograr o alcanzar la aprobación o favor de Dios a través de sus propios esfuerzos, trabajo, energía o moralidad. Debido a que la rectitud de Dios fue propiciada en la cruz, Su justicia y rectitud combinadas con Su amor son libres de otorgar Su favor inmerecido en la humanidad pecadora.

D. Amor

1. El amor es la virtud y bondad absolutas del pensamiento y las acciones de Dios. El amor es lo que Dios es así como lo que hace (1Jn 3:16; 4:7, 16). Como con todos los atributos de Dios, el amor pertenece al ser de Dios y no puede disociarse de Su ser eterno (1Jn 4:8). Su amor nunca disminuye ni mejora. Su naturaleza es concederse a Sí mismo, dar de Sí mismo (Jn 3:16; Ef 1:5; 2:4–7, 10; 1Pe 3:18; 1Jn 4:9–10).
2. Dios es amor, tenga o no una criatura que amar. Su amor es una cualidad inherente que no requiere inspiración.
3. A lo largo de la eternidad, Dios ha tenido un objeto perfecto de Su amor en Sí mismo. No existió un momento en que cada miembro de la Trinidad no amó a Su propia rectitud y la rectitud de las otras dos personas en la Divinidad. El único objeto siempre digno del amor de Dios es la propia rectitud eterna e inmutable de Dios. El amor de Dios no fue menos porque no había objetos angélicos o humanos, y el amor de Dios no aumentó una vez que había criaturas para amar.
4. El amor de Dios es infinito e inmutable; el amor divino no aumenta ni disminuye, no se expande ni se reduce. Ninguna forma de pecaminosidad, fracaso, vacilación o rechazo de la criatura puede cambiar, afectar o provocar una reacción del amor de Dios.

5. El amor de Dios es diferente del amor humano, que Dios no posee. Incluso si comprendemos el amor humano, eso no es garantía de que comprendamos el amor de Dios. El amor divino en su totalidad está más allá de nuestra comprensión. Su amor, por ejemplo, no contiene emoción. La emoción es maravillosa en el amor humano, pero Dios infinito no tiene emoción. Su amor no necesita ningún apoyo; el nuestro sí. Otra diferencia: En el amor de Dios no hay engaño —sólo la exigencia inviolable de la verdad y la integridad perfectas— mientras que nuestro amor es a menudo ciego. Además, mientras que el amor de Dios no necesita un objeto, nuestro amor no es amor a menos que tenga un objeto. El amor de Dios es parte de Su ser inmutable a pesar de los objetos u oportunidades.
6. El amor de Dios no es emocional ni sentimental.
 - a. Porque Él es omnisciente, Su amor no puede ser complicado con la ignorancia o lo absurdo.
 - b. Porque Él es recto y justo, Su amor nunca es parcial o predispuesto.
7. El amor de Dios depende de Su integridad y es gobernado por Su integridad (Sal 89:14a; Jer 9:24).
8. Categorías del amor de Dios.
 - a. El amor a Sí mismo y el amor hacia otros miembros de la Trinidad.
 - 1) Dios ama Su propia integridad (Sal 33:4–5a).
 - 2) El amor de Dios a Sí mismo es el aplomo perfecto y eterno, confianza en Sí mismo, compostura y seguridad en Sí mismo poseída por cada miembro de la Trinidad. Si Dios no se amara a Sí mismo, no habría razón para nosotros amarlo a Él.
 - 3) En Su infinito conocimiento, Él sabe que Él mismo está completamente fuera de comparación, que es digno de admiración a un grado infinito.
 - 4) No sólo cada miembro de la Trinidad se ama a Sí mismo, sino que los tres poseen la integridad y capacidad perfectas para amar y ser amado por los otros miembros de la Trinidad.
 - 5) Nunca hubo un tiempo en el que Dios el Padre no amara a Dios el Hijo y a Dios el Espíritu Santo; o que Dios el Hijo no amara a Dios el Padre y a Dios el

- Espíritu Santo; o que Dios el Espíritu Santo no amara a Dios el Padre y a Dios el Hijo (Jn 17:24).
- b. El amor hacia la humanidad. El amor de Dios por la humanidad se clasifica en dos categorías: amor personal divino y amor impersonal divino.
 - 1) El *amor personal* de Dios, infinito, eterno e inmutable, sólo se dirige hacia la rectitud perfecta.
 - a) El amor personal divino es, por lo tanto, *condicional*; enfatiza el atractivo del objeto. Para ser el receptor del amor personal divino, el objeto debe poseer rectitud perfecta.
 - b) Dios es muy particular en cuanto a quién ama personalmente y admite en el cielo. Jesucristo es el único digno, y sólo por Sus méritos somos aceptables. No hay nada en absoluto que podamos hacer para ganar el amor personal de Dios o el derecho de vivir con Él para siempre; estamos calificados sólo por la fe no meritosa en Cristo.
 - c) Nos convertimos en los receptores del amor personal de Dios en el momento en que creemos en Cristo y recibimos la imputación de la rectitud misma de Dios (Gn 15:6; Ro 4:3).
 - 2) El *amor impersonal* de Dios, infinito, eterno e inmutable, no depende del mérito del objeto, sino en el mérito, la integridad del sujeto.
 - a) El amor impersonal divino es, por lo tanto, *incondicional*, basado en el propio carácter perfecto de Dios y Su amor por Sí mismo.
 - b) Dios ama a la humanidad no creyente, espiritualmente muerta por quién y qué es Él, no por quiénes y qué somos nosotros.
 - c) El amor impersonal de Dios es el amor más poderoso que jamás haya existido; este amor proporcionó nuestra tan gran salvación (Jn 3:16).
 9. El amor de Dios se expresa a través de la gracia. El regalo de la gracia de Dios de Su Hijo fue la mayor demostración de Su amor hacia la humanidad (Ro 5:8).
 - a. Aunque *no* es un atributo, la gracia es la expresión del amor y la integridad divinos.

- b. La gracia es la política de Dios para otorgar Su favor inmerecido a la humanidad pecadora. La gracia es todo lo que Dios es libre de hacer por la humanidad basándose en la obra salvadora de Jesucristo en la cruz. La humanidad nunca puede lograr o alcanzar la aprobación o el favor de Dios a través de sus propios esfuerzos, trabajo, energía o moralidad. El fundamento para la gracia es la rectitud, la justicia y el amor de Dios.
- c. La misericordia es la gracia en acción, el amor infinito de Dios hacia los objetos del afecto divino (Tit 3:5). Por lo tanto, la misericordia de Dios se extiende como amor impersonal hacia todas Sus criaturas y como amor personal hacia los creyentes que poseen Su propia rectitud perfecta.

E. Vida Eterna

1. Dios es vida (Jer 10:10; Jn 1:4; 14:6; 1Ts 1:9); Dios vive. Él no posee vida como nosotros —vida que comenzó en algún punto. Nunca hubo un tiempo en que Dios no viviera. Él siempre ha existido; Su vida se llama vida eterna. La vida eterna no tiene principio ni fin. En contraste, la vida eterna dada al creyente se llama en términos técnicos vida sempiterna; es decir, no tiene fin, pero comenzó en el momento de la salvación a través de la fe sola en Cristo solamente (Jn 3:36).
2. Como todos los atributos divinos, la vida eterna aplica al ser, la esencia misma de Dios. Vida eterna significa que Él siempre ha existido y siempre existirá; nunca hubo un tiempo en el que Él no existiera. Él nunca tuvo un principio; nadie Le precedió; nada causó que Dios llegara a existir. El tiempo no es más que Su invención para la conveniencia de Sus criaturas.
3. Debido a que Dios es la causa y origen del tiempo, Él no está sujeto al tiempo (Dt 32:40; Sal 90:2; 102:27; 1Co 2:7; Ef 1:4; 1Ti 1:17). Él inventó el tiempo para que pudiera manifestarnos Su vida eterna, y nosotros nos ajustamos al Dios eterno al poseer Su vida eterna a través de la fe en Cristo. Sin embargo, continuamos pensando en términos de tiempo y, de hecho, no podemos vivir sin el tiempo.
4. El tiempo, aunque sin sustancia, es un objeto de la creación de Dios. Ya que Dios tuvo la gracia y consideración suficientes para darnos el tiempo, debemos devolvérselo. En otras

palabras, el dar básico en la manera cristiana de vivir es el dar de tiempo. Cada vez que adoremos a Dios de cualquier manera bajo la llenura del Espíritu Santo, le estamos dando tiempo a Él. Todo servicio cristiano, incluyendo dar dinero, es secundario. El medio principal por el cual damos nuestro tiempo es cuando apartamos tiempo para adorar a Dios aprendiendo doctrina bíblica. Nuestra vida eterna viene en dos fases: vida temporal en la tierra y vida eterna en el cielo. Aquí, en la tierra, Dios nos da un día a la vez, y debemos reconocer que una porción de ese día le pertenece a Dios para aprender Su Palabra.

5. Dios no está sujeto al tiempo, sino que el tiempo está sujeto a Dios.
6. Dios trasciende toda la creación, incluyendo el tiempo. Para Él, “un día es como mil años, y mil años como un día” (2Pe 3:8b).
7. Dios es lógico, por lo tanto, no necesita ser cronológico (Ro 12:2), pero Él puede ser cronológico si así lo decide. Por ejemplo, el tiempo comenzó con la creación, y como la sucesión de la historia realmente existe, Dios, que ve según la verdad, reconoce el tiempo. Además, Dios siempre *realiza* en el tiempo lo que tiene que *hacerse* en el tiempo como parte de Su plan. Así, las variaciones de bendición y adversidad que vienen a nuestras vidas cotidianas son sólo parte de un plan general para bendecirnos en la eternidad, así como para proporcionar seguridad y bendición para nosotros en el tiempo.
8. El tiempo, que es finito, tiene tanto sucesión como duración. La duración del tiempo se mide por su sucesión; por ejemplo, la duración de un día se mide por la sucesión de minutos u horas.
9. En contraste, la eternidad, que es infinita, sólo tiene duración. Duración sin sucesión es todavía duración, pero es inconmensurable. Por lo tanto, el Dios infinito y eterno sólo tiene duración. De hecho, la eternidad *es* la infinitud en su relación con el tiempo. El tiempo es una línea de sucesión en lo que respecta a la perspectiva del hombre, pero la eternidad está más allá de la percepción del hombre, alcanzando la infinitud.

10. La vida eterna de Dios se imputa a todo el que cree en Cristo (Jn 3:16, 18, 36; 10:10; 14:6; 20:31; 1Jn 5:11–12). Jesucristo es “el camino, la verdad y la vida” (Jn 14:6). Él *es* vida; nunca hubo un tiempo cuando Él, en Su deidad, no haya existido (Jn 1:1). La vida eterna siempre ha residido en Él: “Este es el registro, Dios nos ha dado vida eterna, y esta vida está en Su Hijo. El que tiene al Hijo tiene la vida; y el que no tiene al Hijo no tiene la vida” (1Jn 5:11–12, traducción corregida). Además, como el Creador, el Señor Jesucristo es la fuente de toda vida (He 1:2). Dios el Padre también es fuente de vida, no desde el punto de vista de la creación, sino como el que sopla la “chispa de vida” en el feto cuando emerge de la matriz en el nacimiento. Además, Dios el Espíritu Santo es fuente de vida como el agente de la regeneración (Tit 3:5) y como el que coloca a cada creyente de la Era de la Iglesia en unión con Cristo en el momento de fe en el Evangelio. Por el bautismo del Espíritu Santo en el momento de la salvación, la vida eterna de Jesucristo se convierte en nuestra vida eterna. Así pues, los miembros de la Trinidad están relacionados con la vida de maneras específicas y diferentes que nunca se contradicen entre sí y que son totalmente compatibles con la operación de la Divinidad.

F. Omnipresencia

1. Dios está eterna, completa y simultáneamente presente en todos lados (Dt 4:39; Sal 139:8; Pr 15:3; Hch 17:27).
2. Esto no es panteísmo, porque el panteísmo niega la existencia de la vida y la personalidad de Dios. El panteísmo es la creencia de que Dios está en cada objeto haciendo así a Dios una fuerza impersonal y deificando a la naturaleza.
3. Dios es la totalidad de Su esencia. Sin difusión, expansión, multiplicación o división, Él penetra y llena todo el universo y todo lo que hay más allá del universo hasta la infinitud (Sal 139:7; Jer 23:23–24; Hch 17:27).
4. Dios es libre de ser local. Él estaba con Moisés en la montaña (Éx 19:18, 20); residió en el Lugar Santísimo en el Templo como la Gloria Shekiná (Éx 40:34; Lv 16:2). Él “se hizo carne, y tabernaculó entre nosotros” (Jn 1:14, traducción corregida) existiendo al mismo tiempo a lo largo de todo el espacio y más allá de todo espacio. Él conoce de primera mano nuestras

debilidades, nuestros problemas, nuestras circunstancias. Él está personalmente interesado en nosotros cada momento en que estamos en el tiempo, y está disponible para ayudarnos de inmediato. Él es el consejero perfecto —siempre tiene tiempo para todos a la vez. La omnipresencia significa que Él está personalmente allí, un testigo presencial de cada actividad de nuestras vidas y de toda la historia humana y angélica.

5. La omnipresencia describe el espacio con relación a Dios; la inmensidad describe a Dios con relación al espacio.
 - a. Dios no está sujeto a las leyes del espacio. Dios inventó y creó el espacio, así como Él inventó y creó el tiempo. El espacio es grande, pero no tan grande como Dios.
 - b. Dios no puede ser más o menos de lo que Él es.
 - c. Dios es la causa del espacio. Él puso orden en el espacio, que se extiende por inconmensurables años luz. El espacio es uno de los dos límites que Dios ha dado a las criaturas, el otro es el tiempo. Entre nuestra salvación y la muerte física, nosotros como creyentes operamos dentro del espacio, así como del tiempo al igual que el no creyente lo hace. Cuando la gente viaja al espacio exterior, se encuentra en una situación “atemporal”, pero siguen estando en el tiempo. Nunca podemos escapar del tiempo o del espacio, y sería un desastre hacerlo —toda nuestra orientación en la vida está atada al tiempo y al espacio. Por ejemplo, cuando Dios nos ordena a “no dejar de congregarnos [para aprender la Palabra de Dios]” (He 10:25a, traducción corregida), Él nos tiene que proveer los medios para cumplir con Su orden. Él nos dio el espacio y el tiempo para que pudiéramos estar en el lugar correcto en el momento correcto.
 - d. Con relación al espacio, Dios es immanente —dentro del espacio— y trascendente —fuera del espacio.
 - 1) Inmanencia significa que toda Su esencia siempre está presente en todos lados en la naturaleza, en la historia y en todos los asuntos de la humanidad (Jer 23:23–24; Hch 17:27–28).
 - 2) Transcendencia significa que Él es independiente del universo creado para que ningún lugar en particular Lo contenga exclusivamente (Sal 113:5–6; Is 55:8–9; Jn 8:32).

- e. Si se definiera que el espacio tiene límites, Dios excedería esos límites hasta la infinitud, porque Dios es el Creador, la causa del espacio. Dado que Dios tiene la capacidad para construir tiempo y espacio y está dentro de ellos, así como fuera de ellos, Él también tiene la capacidad para manejar problemas más pequeños tales como nuestras adversidades y dificultades. Nuestros problemas personales y nacionales no Le resultan a Dios tan difíciles de manejar como lo fue para Él inventar el día o el metro cúbico. Sabiendo esto, no tenemos por qué preocuparnos.
 - f. Dios llena el espacio y el tiempo con Su presencia, los sostiene a ambos y les da propósito y valor. Él es el Señor tanto del tiempo como de la historia. Su omnipresencia se relaciona al hecho de que Jesucristo controla la historia y en el tiempo el plan y propósito de Dios se cumplen.
6. Dios puede autolimitarse, como en el caso de la persona encarnada de Jesucristo en la unión hipostática. La palabra griega *κενόω* (*kenóo*) usada para Cristo en Filipenses 2:7 significa “privarse de la función de la deidad”. Bajo la doctrina de kenosis, el Dios-hombre se sometió al plan del Padre. Al tomar humanidad verdadera, Él por voluntad propia se limitó y se convirtió en la persona única del universo. Ahora Cristo no sólo es Dios, igual al Padre y al Espíritu Santo, sino que también es humanidad verdadera, diferente de los otros miembros de la Divinidad.

La infinitud de Dios es intensiva en lugar de extensiva. Es decir, Dios no debe ser sólo considerado como extendiéndose infinitamente más allá del tiempo y el espacio, sino poseyendo en Sí mismo recursos infinitos. Él es la persona perfecta que pasa más allá de todo fenómeno y constituye la base de todo, ya que posee en Sí mismo un suministro ilimitado de energía infinita de Su vida espiritual y personalidad.

G. Omnisciencia

- 1. Dios es sabio; Él tiene sabiduría perfecta. Él sabe perfecta y eternamente todo lo que se puede saber, ya sea real o tan sólo posible. Todo lo que ha sido conocido o alguna vez se conocerá —por ejemplo, cada descubrimiento en el avance de la ciencia— ha sido conocido por Dios desde la eternidad

pasada. Nunca hubo un momento en que Él no supiera todo lo que es conocible. En otras palabras, Dios podría pasar cualquier examen sobre cualquier tema en cualquier momento o sobre todos los temas al mismo tiempo, y podría haberlo hecho en la eternidad pasada. Además, Dios nunca aprende nada porque Él siempre ha sabido todo; Él conoce el fin desde el principio (Sal 33:13–15; 139:1–4; 147:4–5; Pr 15:3; Mal 3:16; Mt 6:8; 10:29–30; Hch 15:8; He 4:3, 13; 1Jn 3:20).

2. La omnisciencia puede categorizarse de tres maneras:
 - a. Eterna: Como Dios es vida eterna y omnisciente, Él siempre lo ha sabido todo (Hch 15:18).
 - b. Incomprensible: El infinito es incomprensible para nosotros, pero debido a Su infinitud, todo es claramente comprensible para Dios. La Biblia revela sólo una pequeña fracción del conocimiento de Dios (Ro 11:33).
 - c. Sabio: La sabiduría total, así como el conocimiento total pertenecen a la omnisciencia de Dios (Ef 3:10).
3. Cada detalle de toda la creación y la historia está en la mente de Dios en todo momento y siempre lo ha estado desde la eternidad pasada. Esta es la mentalidad de Dios conectada con Su infinitud.
4. Por lo tanto, el futuro es tan perspicuo para Dios como el pasado.
5. Dios conoce de antemano el futuro. Ya que todos los eventos tienen lugar según Su consejo, el decreto divino, Él los conoce de antemano, pero Su conocimiento de antemano no es predeterminación. Él conoce cada paso que vas a dar, pero nunca interfiere con tu volición (cf. Apéndice B).
6. Dios conoce de antemano la función de cada libre albedrío; sabe lo que otros seres escogerán. Él sabe que tenemos libre albedrío —de hecho, Él nos dio nuestra volición— y sabe de qué manera decidiremos en el uso de nuestra libre volición en cada situación en la vida.
7. Aunque Él nunca interfiere con el libre albedrío, Dios es toda gracia y sabiduría. Por lo tanto, no se sienta sólo a ver desde afuera. Él puede determinar qué decisión se toma a través de la influencia de Su gracia, por ejemplo, a través de la doctrina bíblica residente en el alma del creyente o a través de Su control de las variables de la vida que están más

allá del control humano —muchas veces llamadas de manera errónea destino o suerte.

8. El conocimiento de Dios no está sujeto al desarrollo, razonamiento, remordimiento o presentimiento. Su conocimiento siempre es total y perfecto; por lo tanto, Su conocimiento no puede desarrollarse más allá de lo que ya es. Dios conoce todas las conclusiones, así como las premisas; por lo tanto, aunque Él es totalmente razonable y racional en todas las cosas, nunca necesita razonarlas. Esto también significa que nosotros nunca podemos adelantarnos a Dios; no hay manera de que podamos mejorar Su sistema. Nada más podemos aceptar Su política perfectamente sabia, que tiene nuestro mejor interés en mente. ¿Y si escogemos no seguir el curso divino? Su plan sigue adelante sin nosotros.

Satanás es la mejor ilustración de lo que le sucede a alguien que trata de ser más listo que Dios. Toda la estrategia del diablo se reduce a un intento de ser más listo que, adelantarse y aventajar a Dios. Satanás piensa que tiene un mejor plan que Dios y quiere ponerlo en práctica y tomar el lugar de Dios. El resultado de los esfuerzos brillantes, aunque arrogantes, de Satanás para mejorar el plan divino es la confusión y la maldad que encontramos en el mundo de hoy en día. Tarde o temprano el plan rival de Satanás resultará en su propia destrucción en el lago de fuego para siempre. Mientras que los creyentes nunca verán el lago de fuego, sus planes imperfectos e imprudentes puede crear miseria para sí mismos y para los demás.

Dado que el pensamiento de Dios no está sujeto a remordimiento, presentimiento o depresión, todo lo que Él sabe nunca lo hace infeliz. Si supiéramos sólo algunos de los detalles que Dios conoce, si pudiéramos ver el futuro, estaríamos de inmediato trastornados.

H. Omnipotencia

1. Dios es todopoderoso; Su poder es infinito. La omnipotencia enfatiza la supremacía eterna del poder de Dios (Gn 17:1; 18:14; 2Cr 16:9; 25:8; Job 26:7; 42:2; Sal 24:8; 74:13; 93:1; 147:5; Is 40:26; 43:13; 50:2; Jer 27:5; 32:27; Ap 19:6, RVR).
2. La omnipotencia de Dios garantiza que “ninguna cosa será imposible para Dios” (Lc 1:37; cf. Mt 19:26b; Mr 10:27).
3. Dios es capaz de hacer todas las cosas dentro del rango de

Su carácter santo; es decir, Él puede hacer todas las cosas que no sean autocontradictorias o contradictorias a Su propia naturaleza. Para Él, hacer cosas contradictorias no implicaría poder, sino imperfección e impotencia.

4. Dios nunca hará que lo correcto sea incorrecto, ni actuará de manera insensata. Nunca abusa de Su poder; Su poder es perfecto y está más allá de nuestra comprensión (Is 44:24; 2Co 4:6; Ef 1:19–20; 3:20; He 1:3).
5. Si Dios está limitado en algún momento, es debido a una limitación autoimpuesta consistente con Su plan y esencia.
6. Dios puede hacer todo lo que quiera hacer, pero puede que no quiera hacer todo lo que puede hacer.
7. La energía y el poder infinitos pertenecen a Dios (Sal 8:3). Él no duerme; nunca se cansa. Después de miles de millones de años, Él aún no se ha agotado, y nunca lo hará. Necesitamos adaptarnos a eso: Dios es compasivo, pero Él no es absurdo —así que no esperes que Él se compadezca con tu excusa poco convincente de que estás muy cansado para consumir doctrina y cumplir con tus responsabilidades en la vida. Cuando necesitas energía para hacer Su voluntad, Él provee la energía. Al aplicar lo que conocemos de la infinitud de Dios, podemos ver que Dios siempre provee y que nosotros debemos, por lo tanto, seguir adelante sin importar cómo nos sintamos. Dios nunca tolera rendirse. Cuando empiezas a inventar excusas, comienzas a desarrollar mal ajustes a la gracia y el poder de Dios.
8. El universo se mantiene unido por la omnipotencia de Jesucristo (Col 1:16–17).
9. Dios ha facilitado Su poder divino a cada creyente de la Era de la Iglesia para la ejecución de la vida espiritual única (1Co 2:5; Ef 1:19–20; 3:6; Col 1:1; 2Ts 1:11; 1Pe 1:5; 2Pe 1:3):
 - a. el poder de la Palabra de Dios circulando en nuestras almas;
 - b. los bienes únicos de la Era de la Iglesia;
 - c. la llenura del Espíritu Santo;
 - d. la función de los dones espirituales.

I. Inmutabilidad

1. Dios es inmutable. Él no puede cambiar; los seres humanos cambian (Sal 33:11; Mal 3:6; He 13:8; Stg 1:17).

2. Dios no puede ser mejor o peor que Su esencia. Él nunca tuvo un día en que fue mejor o peor, en contraste con nosotros, para quienes cada día es mejor o peor. Hay una vasta diferencia entre la criatura y el Creador; no puedes darle a Dios un buen día o un mal día, pero Él sin duda puede darte cualquiera de los dos.
3. Incluso las representaciones antropopáticas del Señor Jesucristo en las Escrituras, tales como el *arrepentimiento*, no son más que una representación de Su actitud perfecta hacia las variaciones en el hombre, en la historia y en el tiempo. Puede parecer que Dios cambia, pero no lo hace. Él sólo está expresando Su carácter de forma diferente según lo requieran las diferencias y cambios en el hombre o la historia. Así como la veleta no cambia su forma al girar por un cambio de viento, así Dios simplemente trae a la vista un aspecto diferente de Su persona y plan inmutables cuando nosotros cambiamos. Él trata a cada persona como un individuo y a cada situación histórica según los hechos del caso (Sal 33:13–15; 139:1–18, 23–24; 147:4–5).

Dios tiene la capacidad para manejar cualquier situación en la vida con lo que sea necesario; por lo tanto, el hecho de que Él responda a un conjunto de circunstancias con disciplina y a otro con liberación no significa que Su inmutabilidad esté comprometida. En cambio, significa que es Él sabio y justo y que sabe cuándo hacer qué. Él no trata con todo de la misma manera —¡eso sería estupidez, no inmutabilidad! Dios trata con todo según la información que Él posee, que es completa.

En relación específica con el Tribunal Supremo del Cielo, el Presidente del Tribunal es perfecto y sin contradicciones. Él es inmutable, pero puede evaluar las diferentes situaciones de diferentes maneras. Puesto que es inmutablemente perfecto, Sus pronunciamientos siempre son perfectos.

4. La inmutabilidad es consistente con la libertad y la actividad incesante de Dios. Él trata al mismo tiempo con millones y millones de personas que caen bajo Su atención especial. Él nos dicta a nosotros, no nosotros a Él. Para actividades específicas, Él ha delegado algo de Su autoridad a pastores-maestros (a toda clase de creyentes varones se

les da este don espiritual en el momento de la salvación), y nosotros nos ajustamos a la autoridad infinita, inmutable e incesantemente activa de Dios, al ajustarnos a la autoridad del pastor-maestro ideal.

Dios es libre de actuar según Su esencia. El hecho de que Él es inmutable significa que Él no puede cambiar Su propia naturaleza, no que Él no puede actuar como dicte su naturaleza divina. Por lo tanto, Dios siempre es lo mejor de Él. Hay una doctrina falsa que declara que como el hombre fracasó en el Jardín, la salvación es el segundo mejor plan de Dios. Se supone que Su primer mejor plan era perpetuar aquel ambiente perfecto. La conclusión final de esa enseñanza falsa es que, si somos bastante amables y buenos, algún día podríamos merecer el mejor plan de Dios, y que Él establecería otro Edén.⁸³ Eso no sólo es blasfemo y legalista, es maldad satánica. Dios siempre es lo mejor de Él. Ninguna característica de Dios puede cambiar; Su justicia, el guardián sobre todos Sus atributos, se asegura eso cuando Él trata con el hombre.

5. De la inmutabilidad de Dios se deriva Su fidelidad.
 - a. Él es fiel para perdonar (1Jn 1:9).
 - b. Él es fiel para mantenernos salvos (2Ti 2:12–13).
 - c. Él es fiel para librar en presión (1Co 10:13).
 - d. Él es fiel en el sufrimiento (1Pe 4:19).
 - e. Él es fiel en proporcionar una unión con Cristo, fiel en Su plan (1Co 1:9).
 - f. Él es fiel para proporcionar la eternidad (1Ts 5:24).
 - g. Él es fiel para estabilizar al creyente (2Ts 3:3).

J. Veracidad

1. Veracidad significa que Dios es verdad absoluta, la expresión de Su integridad (Dt 32:4b). Su veracidad se manifiesta en Sus maneras, Su modus operandi (Sal 25:5, 10; 86:15; Ap 15:3); Sus obras (Sal 33:4; 111:7–8; Dn 4:37); y por Su Palabra

83. El reino milenial de Jesucristo, los últimos mil años de historia comenzando con la Segunda Venida, no es otro Edén. Es un tiempo de ambiente perfecto en la tierra para la humanidad con una naturaleza del pecado, a diferencia de Adán y la mujer que no tenían una naturaleza del pecado en el Jardín. Al final del Milenio, cuando Satanás sea liberado de su encarcelamiento, los no creyentes se unirán a la Revolución de Gog contra el ambiente perfecto (Ap 20:1–3, 7–9), demostrando así que el ambiente perfecto no es la solución para los problemas del hombre.

(2Sa 7:28; 1Re 17:24; Sal 19:9; 119:142, 151; 138:2; Jn 8:45; 17:17; 2Co 6:7; Ef 1:13).

2. La veracidad de la Divinidad
 - a. El Padre (Sal 31:5; Is 65:16; Jer 10:10a; Jn 3:33; 17:3; Ro 3:4)
 - b. El Hijo (Jn 1:14; 8:32; 14:6; 1Jn 5:20; Ap 16:7; 19:11)
 - c. El Espíritu Santo (Jn 14:27; 15:26; 16:13; 1Jn 5:6)
3. No sólo es veraz con otros seres, Dios es veraz Consigo mismo. El hecho de que Dios es veracidad hacia otros es secundario. El hecho principal es que en la eternidad pasada antes de que existiera cualquier criatura, cada miembro de la Trinidad era veraz a Sí mismo y, por lo tanto, tenía integridad perfecta. Cada miembro siempre poseyó integridad perfecta basada en la verdad. El hombre dice: “yo estoy diciendo la verdad”; Dios dice: “Yo *soy* [...] la verdad” (Jn 14:6). El hombre a menudo encuentra fácil ajustarse a otros por medio de mentiras y engaños, pero Dios nunca ha hecho semejante ajuste.
4. Dios no posee la verdad como algo que Él adquirió; Él *es* la verdad desde la eternidad pasada. La verdad nunca ha sido disminuida o comprometida en Él; Dios es la fuente de la verdad. Por lo tanto, Dios es la fuente de la doctrina bíblica. De la verdad que Dios es, proviene la verdad que tenemos escrita. Toda forma de conocimiento, toda verdad, habita en Dios en forma absoluta, de ahí el dogmatismo de la doctrina bíblica. El atributo divino de la veracidad garantiza que la revelación divina en cualquier forma —hablada (precanon) o escrita (Canon)— es precisa, perfecta y absoluta (Dt 32:4; Jn 6:32; He 8:2; 1Jn 5:20).
5. Hay una vasta cantidad de verdad que no será revelada hasta que lleguemos al cielo, pero todo lo que Dios nos ha revelado en el tiempo está diseñado para ser aprendido y comprendido. Si vamos a ajustarnos a la justicia de Dios, debemos adquirir la verdad en nuestras almas a través de la función diaria del aparato de la gracia para la percepción (AGP). Nosotros no poseemos naturalmente la verdad dentro de nosotros mismos; somos mentirosos de nacimiento porque la naturaleza del pecado reside en nosotros (Ro 3:4). Por lo tanto, cualquier integridad que tengamos no puede compararse con la integridad de Dios.

6. Aunque la gente a menudo se ajusta entre sí mintiendo, no podemos engañar a Dios; debemos ajustarnos a Su justicia a través de la verdad: la verdad del Evangelio, la verdad del rebote y la verdad de la doctrina bíblica.
7. Veracidad y Fidelidad
 - a. Dios es perfección infinita en veracidad y fidelidad, que se nos expresan en la doctrina bíblica.
 - b. En veracidad, Dios honra la doctrina bíblica residente en el alma del creyente. Este es uno de los grandes principios que se derivan de la doctrina de la esencia divina: Dios es veracidad como un atributo y, por lo tanto, Él debe honrar la verdad residente en nuestras almas. Dios honra Su Palabra donde sea que se encuentre; la máxima doctrina en el alma constituye ajuste de madurez a la justicia de Dios o una relación armoniosa con la integridad de Dios. De esto debería ser obvio por qué no podemos crecer por nuestras obras o buenas acciones, ni siquiera por tales obras por lo general legítimas como testificar, dar, orar, etc. Como una cuestión de la veracidad de Dios, el crecimiento espiritual puede alcanzarse sólo por el consumo consistente y persistente de la doctrina bíblica (2Pe 3:18). Dado que Dios honra Su Palabra, Su Palabra en las almas de los creyentes es lo único que librará a la nación del reversionismo y los ciclos de la disciplina.⁸⁴

84. Así como Dios disciplina a los creyentes individualmente cuando son carnales, Él también disciplina a las naciones. Los cinco ciclos de disciplina son etapas progresivas, cada una llegando a ser cada vez más severa para la nación desobediente.

Primer Ciclo de Disciplina: pérdida de salud; disminución de la prosperidad agrícola; terror; miedo y muerte en combate; pérdida de las libertades personales debido a la volición negativa hacia la doctrina bíblica (Lv 26:14–17).

Segundo Ciclo de Disciplina: recesión y depresión económicas; aumento de la disciplina personal e individual por la continua volición negativa a pesar de la primera advertencia (Lv 26:18–20).

Tercer Ciclo de Disciplina: violencia y quebrantamiento de la ley y el orden; ciudades devastadas (Lv 26:21–22).

Cuarto Ciclo de Disciplina: conquista militar y/u ocupación extranjera; escasez de alimentos (reducidos a una décima parte del suministro normal); separación de las familias (Lv 26:23–26).

Quinto Ciclo de Disciplina: destrucción de una nación debido al máximo rechazo de los principios bíblicos (Lv 26:27–39).

- c. En fidelidad, Dios cumple todas Sus promesas; esta es la base de nuestra confianza en Él (Dt 7:9; 1Co 1:9; 10:13; 2Ts 3:3; 1Jn 1:9). Dios honra la doctrina en nuestras almas y provee logística divina para sostenernos en la tierra durante nuestro período de crecimiento espiritual. Así, podemos continuar en la historia y continuar en el AGP sin importar cuál sea el clima histórico. Hasta en un período de declive y destrucción nacional, Dios fielmente cuida de nosotros: La muerte no puede tocar al creyente hasta que Dios esté listo para llevarlo a casa. No sólo el creyente es protegido en un tiempo de desastre, sino que una de las bendiciones al creyente maduro es impacto histórico. El creyente cuya alma está saturada con la doctrina, que se ajusta por completo a la justicia de Dios, que posee una relación armoniosa con Dios, es como un Atlas sosteniendo el mundo. Este es el caso, ya sea conocido o desconocido para los que lo rodean.

VIII. Categorías de Teorías Antiteístas: Satanás tiene muchos métodos por los que intenta destruir nuestra comprensión del carácter de Dios.

- A. El politeísmo es la creencia en una pluralidad de dioses, como en los panteones fenicio, griego y romano.
- B. El panteísmo es la filosofía de que Dios y el universo son uno, que el universo concebido como un todo *es* Dios. El panteísmo niega la trascendencia de Dios, el hecho de que Dios existe fuera del universo. Esto Le pone límites a Dios. El panteísmo también niega la personalidad de Dios, afirmando en lugar de eso que Él sólo existe como la suma total de todas las fuerzas y leyes del universo existente. Esta es la creencia de los hindúes. El panteísmo afirma en falso que como Dios no va más allá del universo, Él no creó el universo.
- C. El materialismo es esa forma de ateísmo que niega la existencia de Dios y dice, en cambio, que la sustancia material es la base de y la explicación para todas las cosas. El materialismo sostiene que en vez de que la vida de alma sea imputada por Dios a la vida biológica, la vida humana es producto de lo que es material. Esa es la filosofía del comunismo.
- D. El deísmo afirma que Dios es personal, infinito, santo y el Creador del universo, pero dice que Él mismo abandonó Su creación

una vez completada. Así, Él pretendió que el universo fuera autosuficiente y autopromotor por las fuerzas que residen en él. El deísmo rechaza la Palabra de Dios y cualquier sugerencia de que Él interviene en los asuntos humanos. Como un movimiento racionalista de los siglos XVII y XVIII, los adherentes al deísmo incluían a Thomas Paine, David Hume, Thomas Jefferson, Edward Gibbon y Voltaire.

- E. El idealismo es un sistema de pensamiento que sostiene que la mente es la única entidad y que el universo material no es más que una impresión o ilusión de la mente. Algunos idealistas creen en Dios, pero niegan Su creación de las cosas materiales. Su filosofía engendra el ascetismo.
- F. La evolución declara que el cosmos se ha desarrollado de material crudo y homogéneo a su presente estado heterogéneo y avanzado por medio de sus propias fuerzas residentes.
 - 1. La evolución teísta dice que, aunque Dios es el Creador de los materiales originales, la evolución es el método por el cual todo el desarrollo se ha logrado desde un supuesto estado primordial a uno de completitud.
 - 2. La evolución ateísta rechaza la existencia de Dios y dice que la materia es eterna y se autodesarrolla.
- G. El positivismo es un sistema de pensamiento que sólo acepta como verdadero lo que puede verificarse señalándolo literalmente. Esta escuela de filosofía dice que el razonamiento es mera redundancia, y trata de comprimir todo el pensamiento en un sistema como las matemáticas. El positivismo ignora tanto a Dios como al alma humana.
- H. El monismo considera que sólo hay un tipo de sustancia o realidad en vez de dos (por ejemplo, mente y materia —dualismo) o más (por ejemplo, una pluralidad de sustancias independientes —pluralismo).
- I. El monoteísmo es la creencia de que sólo hay un dios, en contraste al teísmo bíblico que cree en un Dios en esencia, pero tres en personalidad: Dios el Padre, Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo. El monoteísmo es el punto de vista del islamismo, el sijismo y el judaísmo.

Apéndice B

LA DOCTRINA DEL DECRETO DIVINO

BOSQUEJO GENERAL DE LA DOCTRINA

- I. Definición y Descripción
- II. La Función Mecánica de la Computadora
- III. Las Características del Decreto Divino
- IV. La Voluntad de Dios y el Decreto Divino
- V. La Bendición del Hombre y el Decreto Divino
- VI. La Gloria de Dios y el Decreto Divino
- VII. La Libertad Humana y el Decreto Divino
- VIII. La Aplicación Práctica del Decreto Divino
- IX. Diferentes Puntos de Vista Teológicos del Decreto Divino en
Relación con la Elección

LA DOCTRINA DEL DECRETO DIVINO

I. Definición y Descripción

- A. El decreto de Dios es Su propósito eterno, santo, sabio y soberano, *comprendiendo* simultáneamente todas las cosas que alguna vez fueron o serán en sus causas, cursos, condiciones, sucesiones y relaciones y *determinando* su futurición cierta.

Cada frase de esta definición concisa y técnica contiene una riqueza de información. Varios atributos de la esencia de Dios están relacionados con Su “propósito” para la historia angélica y humana. La fuente del decreto divino se identifica como la omnisciencia de Dios, “comprendiendo” todas las cosas en la eternidad pasada. La voluntad divina se describe como “determinando” o eligiendo, antes de que nada existiera, qué cosas en realidad se convertirían en acontecimientos históricos. La doctrina del decreto divino desarrolla los diversos aspectos de esta definición.

- B. Debido a las limitaciones de nuestra mentalidad y facultades, los diversos contenidos de este único propósito eterno son necesariamente percibidos por nosotros en aspectos parciales, en las relaciones tanto lógicas como reveladas desde las Escrituras. Por esta razón, a menudo usamos el plural “decretos” para expresar las muchas facetas del plan de Dios con todo incluido. En realidad todo es *un* decreto, dado en la eternidad pasada en menos de un segundo y cubriendo todo lo que para nosotros es la historia pasada, presente y futura (Sal 2:7; 148:6; Dn 9:24). En el momento del decreto, toda la historia angélica y humana era aún futura.
- C. El decreto de Dios es Su voluntad eterna e inmutable con respecto a la existencia futura de los acontecimientos que sucederán en el tiempo y en cuanto al orden y la manera precisos de su ocurrencia.

Aquí, y a lo largo de la doctrina del decreto divino, usamos el término “voluntad de Dios” en un sentido técnico. En el uso común, la voluntad de Dios se refiere a lo que Dios desea de un individuo o grupo en una situación particular,⁸⁵ pero esa no es la voluntad de Dios que está a la vista aquí. La voluntad de Dios

85. Thieme, *Guía Divina* (2020).

aquí significa la decisión que Él tomó en la eternidad pasada, desde Su atributo de soberanía, que estableció que ciertas cosas en realidad llegarían a existir, mientras que otras no. Esta es Su decisión soberana en cuanto a lo que sucederá en el tiempo. Somos tan dependientes de Dios que ¡nada puede existir aparte de la decisión de Dios de hacerlo existir!

Muchas cosas que ocurren son resultados del libre albedrío angélico o humano actuando contrario a los deseos de Dios. Con todo y eso, Él decidió o dispuso que esas cosas sucedieran. Así pues, Él hace que nuestra volición sea libre en verdad. Cómo pudo Él hacer esto sin comprometer Su esencia perfecta es el relato de la rectitud y la justicia de Dios.

Un ejemplo de algo que Dios quiso que existiera ¡eres *tú*! Tú eres un individuo responsable, racional y libre que vive en el presente. Tú y tu libertad, etc., fueron decretados miles de millones de años atrás. Tú existes hoy porque eres parte de un plan divino muy antiguo.

- D. El decreto divino es el plan eterno por el cual Dios ha dado certeza a todos los acontecimientos del universo, incluyendo tanto la historia angélica como la humana —pasada, presente y futura. El decreto de Dios hizo todas las cosas como ciertas a ocurrir; Él decidió que *existirían*. Al hacerlo, no interfirió con el libre albedrío angélico o humano. De hecho, Él decretó que nosotros ¡tendríamos libre albedrío! Al darnos volición, Él también decretó que nuestras decisiones, cualesquiera que fueran, sin duda alguna sucederían —incluso aquellas que son contrarias a Sus deseos. Siendo omnisciente, de antemano Él sabía con precisión lo que decidiríamos. Él no sólo decretó que esas decisiones existirían, sino que también decretó la manera exacta, consistente con Su carácter, en la cual Él manejaría nuestras decisiones.
- E. El decreto de Dios es el plan escogido y adoptado de todas las acciones de Dios.
- F. El decreto de Dios es Su propósito eterno, de acuerdo a los consejos de Su propia voluntad, por el cual para Su propia gloria Él ha preordinado todo lo que ha de suceder.
- G. El decreto de Dios es la decisión soberana de la voluntad (Su atributo de soberanía) y de la mentalidad (Su omnisciencia) divinas por la cual todas las cosas son traídas a la existencia y controladas, sujetas a Su complacencia, y produciendo Su

glorificación (Is 46:10; Ef 1:9). Dios no tiene origen. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo preexistieron a todo. Nadie estaba por encima de Ellos; nadie Los originó. Cualquier cosa lo que los miembros de la Trinidad decidan originar se decide con dos conceptos en mente.

1. Lo que la Trinidad decide es para Su *complacencia*. Nosotros hacemos un número de cosas para nuestro placer y entretenimiento, pero la complacencia de Dios es infinitamente más amplia en alcance. Su felicidad perfecta es parte de Su carácter infinito, por lo que Su complacencia no es impulsiva, emocional o frívola. No obstante, Él habló y miles y miles de millones de años luz de espacio se crearon en un instante. Él creó criaturas con libre albedrío —criaturas hermosas y poderosas llamadas ángeles. Su historia es en gran parte no divulgada a nosotros, pero con el tiempo algunas de esas criaturas, por sus propias decisiones libres, se rebelaron —la caída de Satanás y la revuelta que inició el conflicto angélico.

Dios siempre supo que algunos de Sus ángeles se rebelarían. Por lo tanto, en el mismo instante en que Él decretó crear los ángeles y el universo, también decretó que en cierto punto del tiempo Él crearía otro tipo de criatura. Al igual que los ángeles, esta nueva persona tendría libre albedrío y sería diseñada para compartir la felicidad de Dios. Pero él, y su prole, también llegarían a ser la demostración de la plenitud de la esencia de Dios para esos ángeles que habían impugnado el carácter de Dios. Así que, para la complacencia de Dios, Él creó a Adán. Ahora, mucho después de la caída de Adán, Dios se complace con nuestro ajuste a Su justicia. La salvación, la espiritualidad y la madurez espiritual proporcionan la capacidad para las bendiciones de Dios.

2. Lo que la Trinidad decide es también para Su *gloria*. Dios siempre ha existido en gloria perfecta; cualquier cosa que Él hace refleja Su gloria y resulta en Su glorificación. Dios no depende de nosotros para Su complacencia o Su gloria; Él disfrutó de complacencia y gloria en la eternidad pasada cuando nadie más existía. Dios expresa Su gloria y complacencia en nosotros y hacia nosotros: Estamos aquí como parte de la complacencia y la gloria de Dios.

3. Dios se complace en permitir que las criaturas ejerzan la libre volición. No debemos hacernos ilusiones sobre nosotros mismos. No estamos aquí para glorificarnos a nosotros mismos ni para impresionar a Dios, sino para alinearnos con Su complacencia y gloria.
- H. Imagínate el decreto de Dios como una computadora gigante. En la eternidad pasada, Dios introdujo hechos de Su omnisciencia en la computadora. Estos hechos se diferencian de meras potencialidades, las alternativas, las cuales Él también sabe en Su omnisciencia, pero no decretó. Los hechos incluyen cada pensamiento que alguna vez tendrías, cada decisión que alguna vez tomarías, cada acción que alguna vez harías. Cuando Él decretó (o introdujo en la computadora) el hecho de que existirías como un agente libre, Él también decretó —al mismo tiempo— cada uno de tus pensamientos, decisiones y acciones que sucederían. Él introdujo en la computadora las decisiones que sabía que tomarías sobre el pecado, sobre el rebote, sobre el bien humano y la maldad, sobre creer en Cristo, sobre caminar por la calle, sobre las leyes del establecimiento divino, sobre doctrina, sobre producción espiritual, sobre todo. Él también introdujo a la computadora otros hechos. Basado en saber cómo usarías tu libre albedrío, Él introdujo gracia logística y, para aquellos que avanzarían a la madurez, bendiciones especiales en el tiempo. Él sabía cada situación que enfrentarías —cada problema, cada angustia, cada desastre personal o histórico, cada fracaso o éxito— y proporcionó la solución para cada problema. Es más, Él suministró cada cosa que necesitarías para enfrentar todos los problemas en completa seguridad con orientación perfecta y felicidad interior. La capacidad para la felicidad proviene de comprender estas cosas, de tener doctrina en tu alma. Una conclusión obvia: Nunca hay excusa para quejarse.
- I. La computadora del decreto divino imprime hechos acerca de los creyentes bajo las categorías de la elección, el conocimiento de antemano y la predestinación. También imprime hechos acerca de los no creyentes, bajo las categorías de la condenación, la reprobación y la retribución. Jamás ningún no creyente está predestinado a ir al infierno.
- J. El decreto de Dios es la suma total del plan de Dios, diseñado en la eternidad pasada, relacionado con todos los eventos de

todas las clasificaciones, recopilados en un único conjunto omnicompreensivo por medio de la omnisciencia de Dios.

K. La omnisciencia de Dios es la clave para comprender el decreto. Dios tiene tres tipos de conocimiento:

1. Autoconocimiento: Dios se conoce a Sí mismo; Él nunca ha tenido que aprender nada sobre Sí mismo; Su autoconocimiento siempre ha sido total, perfecto, completo. Él es consciente de Su propia esencia y las capacidades ilimitadas de cada miembro de la Trinidad. Infinitos y subjetivos en autoconocimiento, los miembros de la Trinidad se conocen entre Sí.
2. Omnisciencia: Dios sabe al mismo tiempo todas las cosas fuera de Sí mismo. Dios sabe todas las cosas acerca de los creyentes y los no creyentes, tanto las *reales* —que Él mismo preordinó, decretó, programó en la computadora— como las *posibles* —que podrían haber sucedido, pero no sucedieron. Dios sabía en la eternidad pasada que tú no tomarías esa decisión, y Él no la decretó, no la introdujo en la computadora.
3. Conocimiento de antemano: Esta subcategoría del conocimiento de Dios reconoce sólo lo que se decretó, pero el conocimiento de antemano no hace que el decreto sea cierto. Es una impresión de la computadora de los hechos reales, no meras posibilidades, con respecto a la volición del creyente. El término “conocido de antemano” es usado en las Escrituras sólo para los creyentes y para Jesucristo. El conocimiento de antemano de Dios se relaciona sólo a lo real.

II. La Función Mecánica de la Computadora

A. Etapa Uno, la Omnisciencia de Dios

1. En Su omnisciencia, Dios sabe perfecta, eterna y simultáneamente todo lo que es conocible, tanto lo real como lo posible.
2. Tal percepción y sagacidad son del todo compatibles con Su esencia. Dios no sería Dios a menos que Él siempre supiera todo acerca de todo.
3. Dios es eterno; Su conocimiento es eterno. Él es soberano; Su conocimiento está en control y es superior. El vínculo entre Su conocimiento superior y nuestro conocimiento inferior es la doctrina bíblica.
4. El conocimiento del Creador es infinitamente superior al conocimiento o intelecto de la criatura.

5. Cada detalle minucioso de la creación angélica y humana, está completa y perfectamente en Su mente en todo momento.
6. La omnisciencia de Dios percibe lo libre como libre, lo necesario como necesario, junto con todas sus causas, condiciones y relaciones, como un sistema indivisible de cosas, todo vínculo del cual es esencial para la integridad del todo. Toda causa y efecto está relacionado con otra causa y efecto y con otra y otra. En este sistema de causa y efecto único, omnicomprendivo e interdependiente, la volición del hombre es la causa no causada de la función humana de modo que el curso de la historia es justo como el hombre lo piensa, lo dispone, lo hace. Cuando comprendes esto, te das cuenta de que no tienes ninguna razón para quejarte, para desmoronarte en una crisis, o para sentirte excluido y compadecerte de ti mismo. Dios nunca manipula tu volición; la predestinación no significa que Él te fuerza a un curso de acción, sino que Él sabía en la eternidad pasada lo que tú harías y así lo decretó.
7. El tiempo no limita el conocimiento de Dios. Para Él, el futuro es tan perspicuo como el pasado.
8. La omnisciencia de Dios sabe las alternativas de la historia —lo posible tanto como lo real.
9. Dios sabe qué habría estado involucrado en cada caso en el que la decisión de un hombre podría haber sido diferente de lo que fue. Imagina que te enfrentas a veinte cursos de acción posibles y debes escoger uno. Aunque cuando Dios sabía cuál camino escogerías y decretó que sólo ese se hiciera realidad, Él conoce todas las repercusiones de cada alternativa.
10. La omnisciencia es una de las tres categorías del conocimiento divino.
11. La omnisciencia sabe cada pensamiento, decisión y acción en la historia humana, cómo se relacionan entre sí y cómo se relacionan a todas las alternativas posibles.
12. El conocimiento de antemano de Dios no hace nada cierto, sino que nada más reconoce lo que es cierto. Su conocimiento de antemano sabe lo que ya está en el decreto con respecto a creyentes solamente.
13. Para los creyentes, hay al menos tres categorías de impresiones de la computadora: conocimiento de antemano, elección y predestinación (a veces llamada preordinación).

14. El conocimiento de antemano significa que nada puede ser cierto hasta que se decreta primero; sólo entonces puede ser conocido de antemano lo que *sucedirá*. Dios conoce todos los eventos reales como ciertamente futuros, porque Él los ha decretado para que sean ciertamente futuros.
 15. El decreto de Dios se relaciona por igual con todos los eventos futuros de todo tipo —tanto con las acciones libres de los agentes morales como con las acciones de los agentes necesarios; tanto con lo pecaminoso, el bien humano y la maldad como con lo moralmente correcto, el bien divino y lo honorable.
 16. El decreto por sí solo establece certeza. Para el creyente, la preordinación y la predestinación son sinónimos con el decreto.
 17. La preordinación es un acto del infinitamente inteligente y sabio Dios al determinar la futurición cierta de los eventos en la vida del creyente.
- B. Etapa Dos, el Decreto en Sí
1. La omnisciencia de Dios introdujo en la computadora sólo los hechos.
 2. Esto fue llevado a cabo en la eternidad pasada de forma simultánea, no en etapas.
 3. El decreto se ha convertido en el derecho completo y consumado de la soberanía de Dios determinando la cierta futurición de todas las cosas en la historia humana.
 - a. Ningún decreto puede llegar a ser completo sin la soberanía de Dios. Debido a que Él conoce el fin desde el principio, Dios dispone que sucedan ciertas cosas.
 - b. Ya que, en la eternidad pasada Dios ejerció Su prerrogativa de hacer las cosas ciertas, cuando decimos “futurición cierta” de eventos, nos referimos a eventos que son futuros desde la eternidad pasada. Así, nos referimos a todos los eventos a lo largo de todos los tiempos. Muchas áreas del decreto se han cumplido históricamente, hasta e incluyendo el momento presente; pero todas eran futuras cuando se decretaron, incluyendo aquellas que todavía son futuras hoy.
 - c. Debido a lo infinitamente complejo que es este decreto, debemos concluir con una verdad eterna: ¡Dios es más inteligente que nosotros!

4. Ningún evento se efectúa o causa directamente por el decreto. El decreto sólo establece lo que será causado, pero el decreto en sí no es la causa. El hecho de que un pensamiento o acción de tu parte esté en el decreto no significa que el decreto te causó pensarlo o hacerlo. La causa es tu propio libre albedrío. Tus pensamientos están en el decreto porque, en la eternidad pasada, ¡Dios tuvo la sabiduría de saber *qué* pensarías, y no omitir de Su planificación el hecho de que tú lo *pensarías*!
5. Pero el decreto en sí dispone en cada caso que los eventos se efectuarán por causas que actúen de manera consistente con la naturaleza del evento en cuestión. Como ejemplo de este principio, la causa de algunos eventos es el libre albedrío del hombre.
6. En el caso de cada acto libre de un agente moral, el decreto en sí dispone al mismo tiempo lo siguiente:
 - a. *El agente será un agente libre.* En vez de coaccionar la volición de cualquiera, el decreto establece la volición haciendo así a todos responsables por sus propias decisiones.
 - b. *Los antecedentes y todos los antecedentes del acto en cuestión serán lo que son.* Cada vez que se toma una decisión, será el resultado de decisiones tomadas antes. Una vez que algo sucede, eso es todo. Es parte del sistema de causa y efecto; se vuelve parte de la base para otras cosas que suceden más adelante. Hacerse ilusiones no puede cambiar lo que ya ha ocurrido.
 - c. *Todas las condiciones presentes del acto serán lo que son.* Dios no va a hacer que la realidad de repente desaparezca, o se vuelva diferente o se revierta. Dios nos capacita para orientarnos a la realidad y enfrentar los hechos. Si nuestra arrogancia o simple ignorancia nos lleva a tomar decisiones que ignoran ciertos hechos, esos hechos, aun así, son lo que son. Por ejemplo, si no nos ajustamos a la justicia de Dios, la justicia de Dios sigue siendo una realidad, y Su justicia se ajustará a nosotros a través de la disciplina.
 - d. *El acto será perfectamente espontáneo y libre por parte del agente.*

- e. *El acto será con toda certeza futuro.* Es decir, sucederá sin duda alguna, en un momento determinado, después de que se dé el decreto.

Estos cinco puntos niegan por completo la teología del hipercalvinismo y el arminianismo. El hipercalvinismo distorsiona la soberanía de Dios hasta el punto de excluir el libre albedrío del hombre. Esto es fatalismo, en contraste con las enseñanzas específicas de la Palabra de Dios en cuanto a la soberanía divina y el libre albedrío del hombre. Arminio y sus seguidores distorsionan la soberanía de Dios en la dirección opuesta. Ellos sostienen que la volición del hombre está más allá del control de Dios, que el hombre puede causar cosas que no están en el decreto divino. Esto es del todo falso; nada puede ser cierto hasta que Dios decreta que sea cierto.⁸⁶

7. El decreto confirió únicamente a la voluntad de Dios lo que Su creación debía ser. Por ejemplo, Dios solo decidió en la eternidad pasada cómo serían los seres humanos: Seríamos criaturas racionales con libre albedrío. Nuestras almas tendrían autoconsciencia, mentalidad, volición y consciencia; Adán sería cuerpo, alma y espíritu como vino de la mano del Creador. Por medio de una ilustración absurda, Dios no decidió darnos dos cabezas, cinco piernas, una cola de nueve metros y el cerebro de un caballo. Ni tampoco nos diseñó con una naturaleza del pecado; eso provino de la volición negativa de Adán.
8. Debido a que Dios no puede contradecir Su propia naturaleza, la esencia y los atributos de Dios requirieron que Él disponga lo más alto y lo mejor para la humanidad. Cuando Dios creó al hombre, creó lo más alto y lo mejor compatible con Su plan. Adán no fue superior a los ángeles, pero su cuerpo, alma y espíritu y su ambiente, todos eran absolutamente perfectos. Por supuesto, algo de lo más alto y lo mejor que el hombre recibió en la creación se ha perdido por medio de la Caída. El mismo Dios perfecto que creó a la humanidad ahora nos condena. Sin embargo, Él todavía dispone lo más alto y lo mejor en que Él ahora ofrece la salvación perfecta y bendiciones magníficas en el tiempo y en la eternidad. Dado

86. Para otros puntos de vista del decreto divino, véanse las páginas 330–33.

que nosotros tenemos libre albedrío, podemos perder todo esto, pero sigue estando disponible.

C. Etapa Tres, las Impresiones

1. La impresión de la computadora del decreto divino, que se refiere a los creyentes, incluye elección, conocimiento de antemano, predestinación.
2. Predestinación, preordinación y predeterminación son sinónimos y se refieren al decreto. Estos términos describen el acto de la omnisciencia infinita y eterna de Dios que determinó la futurición cierta de los eventos relacionados con el creyente.
3. El conocimiento de antemano no es lo mismo que la omnisciencia, sino que es más limitada en alcance. La omnisciencia conoce tanto lo real como lo posible; el conocimiento de antemano incluye sólo lo real y se relaciona sólo al creyente.
4. Al ser omnisciente, Dios sabe todo lo que habría estado involucrado si Él hubiera adoptado cualquiera de uno de un número infinito de planes de acción. Él también conoce todas las consecuencias si el *hombre* hubiera escogido un curso de acción diferente dentro del ámbito de su propia volición.
5. El conocimiento de antemano se refiere sólo a aquellas cosas que Dios *sí* decretó y adoptó como el plan de Dios —esas cosas relacionadas sólo al creyente.
6. Sólo el decreto establece certeza o realidad; sólo la realidad puede ser conocida de antemano; nada puede ser conocido de antemano hasta que primero se decrete. Podemos ver dónde se aparta el arminianismo de la teología bíblica: Sostiene falsamente que los eventos pueden ocurrir sin ser decretados por Dios para que ocurran.
7. El decreto de Dios nunca se origina de Su conocimiento de antemano. Aunque los tres existen al mismo tiempo en la mente de Dios, la omnisciencia, el decreto y el conocimiento de antemano deben ser separados en una secuencia lógica para que podamos comprenderlos. Primero viene la omnisciencia, luego el decreto y después el conocimiento de antemano. El decreto se basa en la omnisciencia; el conocimiento de antemano se basa en el decreto.

8. La elección es el plan de Dios sólo para los creyentes. Todos los elegidos son creyentes. Elección significa “escogido, seleccionado, apartado para privilegio”. En términos técnicos, la elección es el acuerdo completo de Dios con Su propio conocimiento de antemano —Él simplemente está de acuerdo Consigo mismo (conocimiento de antemano) y pone un sello de aprobación (elección) sobre lo que Él decretó (1Pe 1:2). Dios eligió o escogió creyentes en el sentido, primero, de que Él *sabía* con anticipación que, si se les daba libre albedrío, ellos escogerían libremente creer en Cristo; segundo, que Él *decretó* que tal acto de fe en realidad ocurriría; tercero, que Él estuvo de *acuerdo* no sólo en que la volición positiva de ellos hacia el Evangelio ocurriría en cierto punto del tiempo, sino también que todas las bendiciones de la salvación más ciertas bendiciones únicas, serían sus posesiones eternas (Ef 1:4; 2Ts 2:13). Hay tres elecciones para privilegio:
 - a. La elección única de Cristo (Is 42:1; 1Pe 2:4, 6). La elección de Cristo es la base para las otras dos elecciones.
 - b. La elección de Israel (Is 45:3b–4).
 - 1) Los pactos de Dios con Israel, de gracia e incondicionales sólo pueden cumplirse con los elegidos —con esos judíos físicos que también son judíos espirituales a través de la fe en Cristo, el Mesías. El verdadero judío no es sólo la simiente física de Abraham, sino también la simiente espiritual. A menos que el judío de raza siga el modelo de Abraham en la salvación, no es elegido (Gn 15:6; Ro 4:3). Una traducción corregida de Romanos 9:6a explica cómo Dios puede tener una nación elegida: “No todo Israel [racial] es Israel [espiritual]”.
 - 2) Los pactos incondicionales con Israel son promesas sólo para los judíos elegidos, es decir, para aquellos que han creído en Cristo y así poseen la rectitud y la vida eterna de Dios imputadas. Los pactos con Israel son eternos; sus receptores y beneficiarios tienen que tener vida eterna. Ser un judío físico, pero no un judío espiritual es una gran tragedia.
 - c. La elección de la Iglesia (Ef 1:4; Col 3:12; 1Ts 1:4; 2Ti 1:9).

- 1) La elección de la Iglesia incluye tanto el privilegio igual como la oportunidad igual para cada creyente.
 - a) Bajo la elección, el privilegio igual es el sacerdocio real.
 - b) Bajo la elección, la oportunidad igual es el soporte de la gracia logística y la bendición tanto para ganadores como para perdedores.
- 2) La elección se *declara* mediante el conocimiento de antemano de Dios; la elección es una *función* de la predestinación. La predestinación relaciona permanentemente al creyente de la Era de la Iglesia con el plan de la gracia (2Ti 1:9). Además, la predestinación significa que, en unión con Cristo a través de la verdad posicional retroactiva y actual, el creyente de la Era de la Iglesia comparte el destino de Cristo (Ef 1:5). También compartimos la elección de Cristo que ocurrió en la eternidad pasada (1Pe 2:4, 6).

III. Las Características del Decreto Divino

- A. El decreto incluye todos los hechos de la historia. Estos son los hechos que fueron introducidos en la computadora por la omnisciencia de Dios.
- B. Hay una voluntad y un propósito de Dios con todo incluido respecto a todo lo que alguna vez fue o será. Piensa en esto como una cinta magnética de una computadora gigantesca. Tu vida entera está en cinta. Tu cinta comienza con tu primera respiración y todo en tu vida desde entonces se graba en la cinta. Tú no sabes lo que te depara el futuro, pero Dios sí. Él lo grabó en la eternidad pasada.
- C. Esta voluntad y propósito divinos se originaron por completo dentro de Él mismo antes de que cualquier criatura existiera. La cinta está en la mente de Dios; Él solo la diseñó completamente para Su complacencia, compatible con Su esencia y relacionada con Su gloria eterna. A Dios le complace reproducir tu cinta hasta el final. Él sabe lo que hay en ella, y la está corriendo para ti.
- D. El espacio y el tiempo son el campo de batalla, el escenario general en el cual vivimos. Estos amplios conceptos están en el decreto, pero también lo están los detalles que abarcan hasta la minucia de la vida. Dios conoce hasta el menor detalle de la caída

de un gorrión; cada pelito que cae de tu cabeza está incluido en el decreto (Lc 12:6–7).

- E. La doctrina de la procesión describe cómo funcionan los miembros de la Trinidad bajo el decreto: El Padre envía al Hijo (Jn 3:17); el Padre y el Hijo envían al Espíritu Santo (Jn 14:16, 26; 15:26; 16:7). Entre ellos mismos, los miembros de la Divinidad funcionan de una manera inmanente (completa e inmutable), intrínseca (dentro de la Divinidad), y subjetiva (la subjetividad es perfecta cuando Dios está tratando Consigo mismo).
- F. Cómo mantiene y sostiene la Divinidad al creyente es transitorio (la cinta sigue reproduciéndose), extrínseco (esas acciones ocurren fuera de la Divinidad), y objetivo (nuestro punto de contacto es la justicia de Dios justa a la perfección).
- G. El decreto es eficaz. “Eficaz” se refiere a la obra directa de Dios: Su obra siempre logra tener el efecto deseado; el decreto en realidad determina todo lo que alguna vez fue o será.
- H. El decreto garantiza certeza. El conocimiento de antemano de Dios no hace nada cierto; sólo percibe lo que *es* cierto.
- I. La omnisciencia de Dios introduce los hechos en la computadora, mientras que el conocimiento de antemano lee lo que la computadora imprime.
- J. El decreto de Dios es omnicomprendivo. No podría existir la más mínima confusión en cuanto un evento, aún el más pequeño, sin confusión en todos los eventos. Todos los eventos están entrelazados y son interdependientes. Podrías suponer que el decreto de Dios elimina la necesidad de la oración, pero eso no es cierto. Dios miró a lo largo de los corredores del tiempo para ver lo que los creyentes pedirían en oración. La oración eficaz hace peticiones a las que Dios responde; estas respuestas —a las cosas que pedimos en el tiempo— son incorporadas en el decreto en la eternidad pasada (Is 65:24). La oración es un arma poderosa en el conflicto angélico cuando la esgrime el creyente maduro que sabe lo que está haciendo (Fil 4:6; Col 4:2).⁸⁷
- K. El decreto también es eterno, lo cual significa que Dios nunca aumenta en conocimiento.
- L. Lo que Dios ha sabido en cualquier momento siempre lo ha sabido.

87. Thieme, *Oración* (2020).

- M. Esto significa que todo el decreto fue decretado al mismo tiempo en la eternidad pasada. Dios nunca se sorprende por nada de lo que hagamos o dejemos de hacer. Él sabía todo simultáneamente, construyó las provisiones divinas alrededor de las decisiones libres que tomaríamos, e incluyó todo el plan en el decreto hace miles de millones de años. El decreto existió antes que el hombre, antes que los ángeles, antes de la existencia del universo; el decreto preexistió a toda criatura y toda cosa.
- N. El decreto de Dios es perfecto. Dios es perfecto; el plan de Dios es perfecto. Lo único imperfecto en el plan de Dios es el hombre.
- O. El plan perfecto de Dios incluye a todas las personas imperfectas, pero mantiene Su perfección e integridad a través de Su política de gracia. Dios nunca pierde Su perfección, y Su plan nunca falla, a pesar de que el hombre es imperfecto y a menudo falla. Debido a que somos criaturas imperfectas en un plan perfecto, el plan debe basarse en la integridad de Dios. Por eso debemos creer en Cristo, por eso debemos rebotar, por eso debemos avanzar a la madurez. Debemos ajustarnos a Su justicia perfecta.
- P. El decreto de Dios es inmutable y cierto. Nada se producirá jamás que haga necesario un cambio en el decreto. Todo fue conocido y decretado (hecho cierto) en la eternidad pasada. El decreto de Dios es inmutable porque trata sólo con la realidad. Es cierto porque la omnisciencia siempre supo que esas cosas ocurrirían bajo las circunstancias de su momento particular en la historia. La inmutabilidad del decreto es una de las grandes bendiciones de la gracia logística. No hay borrones, correcciones o eliminaciones; no hay cambios de último minuto; no hay posibilidad de que algo se pierda en el ajetreo. Todas las provisiones para todas nuestras necesidades son absolutamente seguras.

Si no aceptas esa declaración, tu rechazo a la misma era conocido por Dios y se decretó que existiera realmente en este momento como tu propia expresión de tu libre decisión. Pero Dios también sabía que, no obstante, la declaración era cierta.

- Q. El decreto es la decisión libre de la soberanía divina. Dios no está obligado a seguir un patrón o curso necesario, pero una vez que lo ha decretado en la eternidad pasada, una vez que ha dicho: “Esto es así”, Dios está obligado por Su infinita fidelidad, verdad e incorruptibilidad a terminar lo que Él ha comenzado.

Dios reproducirá tu cinta hasta el final. Una vez que decretó que tú existieras, eso se convirtió en el plan; los eventos futuros en tu vida *ocurrirán* —mañana, el día siguiente y el siguiente. Nunca dejarás de existir de repente. Dios está obligado por Su esencia eterna, infinita y perfecta a reproducir tu cinta.

- R. Dios ha decretado los fines así como los medios, las causas así como los efectos, las condiciones y los instrumentos así como los eventos que dependen de ellos.

Tomemos un ejemplo de la historia antigua. El auge y caída de los imperios y los movimientos de poblaciones enteras son de gran alcance e impresionantes desde el punto de vista humano. Pero están tanto en el decreto como los sucesos cotidianos en nuestras vidas individuales.

Mucho antes de que Él creara el universo, la omnisciencia de Dios sabía todo sobre el papel histórico que desempeñarían los asirios. No sólo decretó que ellos serían un gran poder, sino que —en el mismo instante— Él también decretó que todas las tendencias históricas que llevaron a su ascenso también ocurrirían. Esto incluyó una cadena compleja de eventos. Los arios occidentales (o indoarios) saldrían de las montañas de Asia para dominar a los hurritas que vivían en Mesopotamia, mientras que los arios orientales fueron al sur adentrándose en la India para conquistar a los dravídicos. En Mesopotamia, estos indoarios y hurritas (formando juntos el vasto reino de Mitani) llegarían a ser degenerados. Desde más allá al oeste (lo que ahora es Turquía) descenderían los hititas atacantes que, después de conquistar Mitani, darían vuelta de forma misteriosa para regresar a casa, dejando un vacío de poder. En este vacío se levantarían los casitas del sur de Mesopotamia, y este pueblo sería absorbido por los asirios.

No hay accidentes en la historia. Dios conocía todos estos desarrollos en el mundo antiguo miles de millones de años antes de que ocurrieran. Él sabía las causas, condiciones y sucesiones de la historia. Él sabía cómo todos estos eventos estaban interrelacionados y cuáles serían sus efectos eventuales sobre los judíos (que por aquel entonces estaban asentándose en la Tierra después del Éxodo) y sobre el resto de la humanidad a lo largo de la historia humana. Aunque algunos de estos eventos precedieron en orden cronológico a otros, aunque el ascenso de

Asiria dependió de la caída de Mitani, todos fueron decretados por Dios en el mismo instante.

Como una aplicación de este vistazo de altibajos históricos, podemos tener confianza en nuestro Señor Jesucristo, el Dios de la historia, que es tan magnífico en Su poder que hace palidecer en comparación cualquier cosa que haga el hombre. Si estamos ajustados a la justicia de Dios, ¿quién puede estar contra nosotros (Ro 8:31)?

- S. Algunas cosas Dios decretó hacerlas Él mismo. Llamamos a estas cosas “inmediatas”, en contraste con las cosas “mediatas” que Él decretó que alguna otra agencia, como el libre albedrío del hombre, realizaría. Por ejemplo, la creación es “inmediata”. Tenía que haber un lugar para que vivieran las criaturas de Dios, así que Dios creó el espacio. El espacio es incomprensiblemente vasto, inconcebible en tamaño. Como unidad básica de medida, debemos usar la distancia que recorre la luz en un *año*, y luego debemos pensar en términos de *miles de millones* de años luz y aun así ¡sin final a la vista! Nuestro asombrosamente poderoso Dios produjo el espacio en una fracción de segundo para que los ángeles y el hombre pudieran tener un lugar para vivir. Los ángeles habitan todo el espacio, mientras que nosotros vivimos en una parte muy pequeña de él para resolver el conflicto angélico. En este planeta y sólo en este planeta, el conflicto angélico está siendo resuelto.

Dios también decretó que Él crearía “inmediatamente” el tiempo. Él echó a andar la tierra en su rotación y órbita para darnos nuestro estándar para medir el tiempo. Además del espacio y el tiempo, la salvación también fue decretada para ser provista por Dios mismo. Asimismo, el control de la historia por Jesucristo es “inmediato” —a menudo Él interviene directamente en un asunto en lugar de relegar todo a causas secundarias.

- T. Dios logra algunas cosas, sin embargo, mediante la acción de causas secundarias actuando bajo la ley de la necesidad. Así pues, el decreto incluye tanto causas primarias como secundarias.
- U. Otras cosas Dios ha decretado para promover o permitir que agentes libres hagan en el ejercicio de su propio libre albedrío y autodeterminación. Por un lado, la propia volición del hombre es responsable del pecado, el bien humano y la maldad de la naturaleza del pecado. Por otro lado, el hombre es libre de creer

en Cristo a través de la volición positiva no meritoria que resulta en la salvación eterna.

- V. Una categoría de eventos es hecha por el decreto de Dios para ser tan ciertamente futura como cualquier otra categoría. Todos los eventos tienen la misma certeza de ocurrir ya sea causados en forma directa por la soberanía de Dios o causados por el libre albedrío del hombre. Ya sea primaria, secundaria o terciaria, cada causa para cada evento está por igual en el decreto y *ocurrirá*. Por lo tanto, la soberanía de Dios y el libre albedrío del hombre coexisten en la historia humana como una extensión del conflicto angélico.

IV. La Voluntad de Dios y el Decreto Divino

- A. Hay una sola voluntad o propósito de Dios con todo incluido con respecto a todo lo que alguna vez fue o será desde el principio de la historia humana hasta su terminación en el último día del Milenio. Dios ha conocido cada pensamiento, decisión y acción que alguna vez ha ocurrido u ocurrirá; todas estas cosas llegan a ser por medio del decreto divino. En nuestra analogía de la computadora, muchas cosas son impresas por la computadora del decreto divino, pero primero estaban todas *en* la computadora.

Recuerda que no nos estamos refiriendo a la voluntad de Dios en el sentido de guía divina para la vida del creyente. Por “voluntad de Dios” queremos decir Su decisión soberana en cuanto a lo que llegaría a existir, en otras palabras, el decreto divino.

- B. Esta voluntad y propósito de Dios se originaron en Él mismo mucho antes de que existiera cualquier criatura de cualquier clase. Su voluntad siempre es consistente con Su esencia perfecta.
- C. La voluntad y el propósito de Dios —el decreto divino— fueron diseñados de manera objetiva para Su propia gloria, complacencia y satisfacción.
- D. Todas las criaturas han sido colocadas en el espacio y en el tiempo; todos los eventos relacionados con el espacio y el tiempo fueron instantánea y simultáneamente decretados. El hecho de que todos los eventos fueran decretados da lugar a la acción divina. Por supuesto, la acción divina que es más interesante para nosotros es Su obra de gracia —la política de Su amor e integridad al bendecir a los creyentes. Pero hay muchas otras categorías de la acción divina; caen bajo dos clasificaciones.

1. Las acciones divinas dentro de la Divinidad son inmanentes, intrínsecas y subjetivas.
 2. Las acciones divinas relacionadas con la creación son transitorias, extrínsecas y objetivas.
- E. Dios no se decretó a Sí mismo ser. Dios existía antes y fuera del decreto, de manera que el decreto divino no actúa sobre Dios; Él actúa sobre el decreto.
- F. El decreto de Dios es eficaz —tiene el poder para producir el efecto deseado: En realidad determina todo lo que alguna vez fue o será. El decreto incluye la voluntad directiva, la voluntad permisiva y la voluntad que prevalece de Dios. Estas tres categorías de la voluntad divina describen la manera en que la soberanía de Dios controla la historia; son subcategorías de la acción divina en lo que se refiere a Su creación. En particular, estas tres categorías muestran cómo la soberanía divina trata con la volición humana. La voluntad de Dios (en cuanto a lo que existiría, es decir, el decreto divino) exige que la voluntad de Dios (Su atributo de soberanía) funcione hacia nosotros de ciertas maneras:
1. Declarando *directamente* lo que Él desea de nosotros;
 2. Dejándonos *permisivamente* seguir nuestro propio camino;
 3. *Prevaleciendo sobre* nuestras decisiones —no dejándonos tener sus resultados deseados— para protegernos y al resto de la humanidad de nuestra propia volición negativa y preservar y perpetuar Su propio plan maravilloso.
- G. Todas las cosas dependen de la voluntad de Dios (el decreto), y nada es cierto aparte de la voluntad de Dios.
- H. El decreto de Dios se origina en Su propia omnisciencia, y en la eternidad pasada el decreto separó la realidad de la ficción.
- I. Debemos dejar claro la distinción entre la omnisciencia de Dios y Su conocimiento de antemano.
- J. El decreto de Dios no se origina en Su conocimiento de antemano.
- K. El conocimiento de antemano de Dios no hace nada cierto; sólo percibe lo que el decreto ha hecho cierto. La profecía nunca determina la historia.
- L. Nada puede ser conocido de antemano hasta que sea decretado primero.
- M. El conocimiento de antemano es la consciencia de Dios de lo que Él ha decretado en cuanto a los creyentes. En orden lógico: La omnisciencia programa la computadora del decreto divino, y la

computadora imprime varias categorías de información para que el conocimiento de antemano las lea.

- N. También debemos distinguir entre el decreto de Dios y los deseos de Dios. El decreto se limita a establecer los hechos de la historia; se incluyen muchas cosas que Dios no desea. Están en el decreto porque la omnisciencia de Dios sabía que, dado el libre albedrío, Sus criaturas rechazarían el diseño divino. Todos los pecados son actos de la volición, y aunque Dios nunca aprueba el pecado, Él los puso en el decreto porque sabía que nosotros los cometeríamos. El decreto trata con la realidad, con la certeza, con lo que pasa realmente. Sólo porque Dios decreta que un evento en particular suceda no significa que lo aprueba.
- O. El pecado, el bien humano y la maldad no son el deseo de Dios, pero están en el decreto porque la gente hace estas cosas por su propia volición.
- P. Dios desea Su perfecta voluntad, pero los ángeles y los hombres usan la libertad que Dios les ha dado para violar los deseos de Dios. El hecho mismo de que el pecado y la maldad están en el decreto es prueba de que nuestra volición es verdaderamente libre. El decreto es la voluntad de Dios con todo incluido; contiene todos los hechos de la historia —tanto las decisiones que complacen a Dios como las que Le disgustan.
- Q. Dios no desea arrojar a Sus criaturas al lago de fuego, pero es decretado como cierto para todos los hombres que rechazan a Cristo como Salvador (2Pe 3:9). Su deseo es que todos los no creyentes vengan a un cambio de mente respecto a Cristo. Para aquellos con volición negativa en el punto de consciencia acerca de Dios o al escuchar el Evangelio, el lago de fuego es decretado y se convierte en una impresión de computadora llamada retribución.
- R. Dios no desea disciplinar a los creyentes, pero es decretado como cierto para todos los creyentes en el reversionismo o la carnalidad. Recuerda este principio antes de que empieces a aplicar mal la doctrina y decir que como Dios es amor Él nunca te causaría miseria y dolor. Dios desea expresar Su perfecta justicia hacia ti; si no permites que Su justicia te bendiga, Su justicia no vacilará en disciplinarte. Fuimos creados como agentes libres responsables de nuestras propias decisiones. O nos ajustamos a la justicia de Dios, o la justicia de Dios se ajustará a nosotros.

- S. Debemos distinguir el decreto de Dios en la eternidad pasada de las acciones de Dios en el tiempo. La acción de Dios en el tiempo es la ejecución del decreto.
- T. La ejecución no es el decreto, sino que sigue lógicamente al decreto.
- U. También se debe hacer distinción entre el decreto de Dios y las leyes de Dios.
- V. Las leyes del establecimiento divino regulan la conducta humana; ellas están establecidas para que la volición humana las obedezca. Al proteger y perpetuar el género humano, estas leyes nos dan a cada uno de nosotros la oportunidad de ser evangelizados y, después de creer en Cristo, tenemos la oportunidad de crecer espiritualmente sin coerción o interferencia. Las leyes del establecimiento pueden ser violadas por nuestra volición, pero el decreto no.
- W. No podemos violar el decreto porque cualquier decisión que tomamos fue conocida en la eternidad pasada y fue incluida en el decreto.
- X. El decreto es la voluntad toda comprensiva de Dios y sólo se revela en parte en las Escrituras; las leyes de Dios regulan la conducta del hombre en el tiempo y el espacio, y son reveladas por completo.
- V. La Bendición del Hombre y el Decreto Divino
 - A. La omnisciencia de Dios al tener consciencia de la caída del hombre proporcionó en gracia un plan para bendecir al hombre basado en imputaciones de la justicia divina.
 - B. Este plan involucra la omnisciencia de Dios introduciendo en la computadora del decreto divino las siete imputaciones que proveen la máxima bendición para la humanidad en el tiempo y en la eternidad.
 - 1. La imputación de la vida humana al nacer.
 - 2. La imputación del pecado original de Adán al nacer.
 - 3. La imputación de todos los pecados personales a Cristo en la cruz.
 - 4. La imputación de la rectitud divina en el momento de la salvación.
 - 5. La imputación de la vida eterna en el momento de la salvación.
 - 6. La imputación de bendiciones en el tiempo en la madurez espiritual.

7. La imputación de bendiciones y recompensas en el tribunal de Cristo.
 - C. El decreto de Dios contiene la realidad histórica en cuanto al nivel de logro de cada ser humano en este plan de la gracia. La libertad significa que algunos logran todas estas imputaciones mientras que otros no. La libertad asegura la *desigualdad*. El camino a la igualdad es el camino a la esclavitud.
 - D. La volición humana no meritatoria puede quedarse corta de algún potencial en el plan de Dios.
 - E. El grado en que cada individuo avanza en este plan fue conocido por Dios en la eternidad pasada. Esto fue introducido en la computadora. Dios sabía que algunos permanecerían no creyentes, que otros creerían, pero permanecerían espiritualmente inmaduros, que unos pocos avanzarían a la madurez. Aquellos que alcanzan la madurez reciben bendiciones en el tiempo y bendiciones aún mayores en la eternidad; estos glorifican a Dios y Le traen complacencia.
 - F. En demasiados casos, el potencial supera la realidad. El potencial es totalmente conocido por la omnisciencia de Dios, sólo la realidad está en el decreto.
 - G. El logro del creyente de bendiciones divinas a través de la imputación es el medio que Dios ha escogido para glorificarse y complacerse.
 - H. La gloria de Dios está relacionada con el avance del creyente hacia la madurez y la imputación resultante de bendiciones divinas.
- VI. La Gloria de Dios y el Decreto Divino
- A. El decreto une en un objetivo con todo incluido y final la gloria de Dios (Pr 16:4; Ro 11:36; He 2:10; Ap 4:11).
 - B. Puesto que los miembros de la Divinidad estaban solos antes de toda la creación, el decreto de Dios no concernía a nadie más que a la Trinidad. El decreto fue diseñado para glorificar a los miembros de la Divinidad que estaban allí cuando el decreto fue hecho, no para glorificarnos a nosotros que no estábamos allí. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo tenían gloria infinita en la eternidad pasada y la tendrán en la eternidad futura. Lo que sea que hagan en el ínterin —desde la creación del universo hasta la conclusión de la historia— debe traerles gloria infinita. En general, el decreto se relaciona a la gloria del Señor Jesucristo

porque Él es la persona manifiesta de la Trinidad. Cuando la historia termine, la gloria de Dios será tan perfecta como lo era antes de que el tiempo comenzara. Nuestros fracasos no comprometen la gloria de Dios. Su gloria no depende de nosotros; nosotros dependemos de Su gloria.

La gracia nace de la gloria de Dios. La gracia significa que Dios hace todo el trabajo el cual viene a ser para nuestra bendición. Ya sea en el tiempo o en la eternidad, la bendición divina es por medio de la gracia. Las únicas cosas relacionadas con nosotros que pueden glorificar a Dios son las que Dios mismo realiza, tales como imputar Su rectitud o proporcionar la doctrina. Por eso Él aborrece nuestra autorrectitud e hipocresía. Él no aguanta nuestro legalismo y bien humano, Él disciplina severamente al legalista. Cuando comenzamos a glorificarnos, a nuestros logros, a nuestros conocimientos, a nuestras experiencias, nos engañamos y nos exponemos a la disciplina divina.

Cada vez que Dios nos bendice, podemos contar con una cosa: no la ganamos ni la merecemos. La bendición es el hacer de Dios, exhibiendo Su gloria, y no tenemos que estar preocupándonos a cada rato de perderla. Una vez que comprendemos *Su* gloria, ciertamente no vamos a querer inmiscuirnos en ella; vamos a querer aceptarla. Ahí está la bendición.

- C. Al ser infinitos, Dios el Padre, Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo son dignos de toda gloria.
- D. La gloria de Dios es lo que Él es. ¡Aquí tenemos toda la doctrina de la esencia divina! Recibir la gloria no es nada nuevo para la Trinidad. Las tres Personas siempre la han tenido y siempre la tendrán. En la eternidad pasada, ellos no necesitaban añadir nada a lo que ya tenían; Dios nunca ha sufrido ningún tipo de deficiencia. Ellos hallaban infinita complacencia entre sí; Ellos estaban perfectamente satisfechos y perfectamente felices. Como parte de esa complacencia Ellos tan sólo decidieron crear un universo y poner criaturas libres en él —primero los ángeles, luego la humanidad. Los miembros de la Trinidad sabían lo que harían tales criaturas y, basado en eso, tomaron muchas decisiones más.
- E. Puesto que Él es el origen y sujeto (no el objeto) del decreto, Dios será glorificado inevitablemente por cada pensamiento,

cada decisión, cada acción en la historia humana. Lo bueno y lo malo están incluidos; el pecado, la maldad, *todo* viene a ser para la glorificación de Dios. Hasta “la ira del hombre Lo glorificará” (Sal 76:10, traducción corregida). En otras palabras, el plan de Dios comenzó con gloria y terminará con gloria; el plan de Dios nunca se obstaculiza; nunca se detiene; sigue adelante contigo o sin ti, sin importar lo que hagas. Si permaneces no creyente, irás al infierno, y la gloria de Dios permanecerá sin compromiso y sin mancha. Si crees en Cristo, irás al cielo, de nuevo consistente con la gloria de Dios. Tanto en el tiempo como en la eternidad el carácter de Dios es vindicado en todo lo que ocurre.

- F. Dios es glorificado no sólo en lo que Él es, sino también en lo que Él ha decretado.
- G. Para la mente finita, los decretos son muchos, pero para Dios, todos ellos son un plan que abarca tanto la causa y el efecto, como los medios y el fin.
- H. El decreto incluye cada detalle en la experiencia de cada criatura, incluyendo aspectos tan minuciosos como el número de cabellos en tu cabeza. Incluso en un desastre nacional, cuando muchos creyentes maduros estarían aislados y solos, todavía pueden hacer sus trabajos y vivir sus vidas como para el Señor, sabiendo que Dios no se ha olvidado ellos.
- I. El decreto de Dios es el propósito soberano de Dios que es realizado eficazmente por Dios solo, aparte de toda capacidad, mentalidad, talento, consejo o cooperación de la criatura.
- J. Dios es glorificado y complacido en el impulso y avance de los creyentes dentro de Su plan.
- K. La omnisciencia de Dios sabía en la eternidad pasada cuáles pensamientos, motivaciones, decisiones y acciones llevarían a un creyente a la madurez y a otro al reversionismo. Dios ha preparado las bendiciones y recompensas más fenomenales para el creyente maduro —aprobadas por la rectitud de Dios e imputadas por la justicia de Dios. Él también ha preparado disciplina severa para el creyente reversionista con el fin de traerlo de vuelta a la comunión con Él (He 12:6).
- L. Mientras que la omnisciencia sabía lo real y lo potencial, sólo lo real fue introducido en la computadora del decreto divino. Es inevitable que cualquier cosa decretada por Dios glorificará a Dios; no podría ser de otra manera.

- M. El decreto divino se ejecuta mediante imputación desde la justicia de Dios.
 - N. Las siete imputaciones —cinco afines y dos judiciales— significan la gloria de Dios.
 - O. El decreto de Dios reconoce la volición del creyente para tener éxito o fallar y tiene consciencia del resultado.
 - P. Sólo la respuesta del creyente a la doctrina puede resultar en la máxima bendición deseada por Dios para el creyente.
 - Q. El decreto reconoce hasta qué punto el creyente avanza o retrocede en su vida espiritual. Esta es la medida en que el decreto de la eternidad pasada se declaró para ese individuo.
 - R. Desde antes Dios sabía hasta qué punto avanzaría cada creyente, y así lo decretó.
 - S. A pesar de la oportunidad igual y el privilegio igual para ejecutar la vida espiritual, en demasiados casos el potencial supera con creces la realidad.
- VII. La Libertad Humana y el Decreto Divino
- A. El plan de Dios y el decreto de Dios son totalmente consistentes con la libertad humana. Dios no limita, coacciona ni viola la autodeterminación del hombre.
 - B. Debemos distinguir entre lo que Dios causa de manera directa, como la muerte espiritual de Cristo en la cruz, y lo que Él permite de manera indirecta, como el pecado y el bien humano y la maldad.
 - C. Dios creó al hombre con libre albedrío —volición en su alma. Por lo tanto, Dios permite que ese libre albedrío funcione en la autodeterminación humana. De lo contrario, el hombre nunca habría caído. Dios permitió la Caída. La Caída no fue Su voluntad directiva, sino que Su voluntad permisiva es parte del decreto tanto como Su voluntad directiva. Recuerda: El decreto es la historia humana en la mente de Dios en la eternidad pasada.
 - D. Dios no es el autor del pecado, el bien humano o la maldad. El libre albedrío es la fuente de estas cosas. La soberanía de Dios y el libre albedrío del hombre coexisten en la historia humana.
 - E. Tanto el pecado como la obra salvadora de Cristo en la cruz fueron introducidos en la computadora del decreto divino. El pecado es la voluntad permisiva de Dios; la cruz, la voluntad directiva. El pecado es neutralizado por la cruz; este es un ejemplo de cómo Dios permite que el libre albedrío del hombre

se Le oponga, pero Él mantiene Su propia integridad y sale victorioso al final.

Dios el Padre, Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo sabían que los dos sistemas más grandes de la ley humana —judío y romano— se encontrarían en la cruz y que aquellos que administraban la ley fracasarían. Los miembros de la Trinidad sabían que los testimonios de oídas serían aceptados como evidencia, que los hechos serían omitidos, y que toda la sucesión de los seis juicios de Cristo sería una violación tanto de la ley romana como de la judía (Nm 35:29–30; Dt 17:6; 19:15; Hch 25:16). Sin embargo, la manera precisa en la que Cristo fue condenado y crucificado fue decretada en la eternidad pasada porque Dios sabía las decisiones libres de cada individuo involucrado. Él conocía la mentalidad de la turba y las decisiones de cada individuo de la muchedumbre que clamaba: “¡Crucifícale!”. Él conocía la conspiración de los fariseos religiosos.

La ejecución de Cristo fue la suma total de la maldad humana y el reversionismo. Fue la quintaesencia de la pecaminosidad —la pecaminosidad relacionada con la religión.⁸⁸ La muchedumbre religiosa crucificó al Señor, pero el propósito de Dios fue llevado a cabo por la *libre* decisión del hombre —incluso por la libre volición negativa de los hombres en el Sanedrín.

Fue la religión la que puso a Cristo en la cruz, pero fue Dios el Padre que, mediante Su integridad, usó la crucifixión para Su propio propósito. ¡Dios usó la religión, el as bajo la manga del diablo, para proporcionar nuestra salvación! La religión alcanzó su punto máximo de maldad sólo para proporcionar, sin querer, el camino de gracia de la salvación cuando la justicia de Dios imputó a Cristo en la cruz los pecados personales de la humanidad y los juzgó.

Esto demuestra una vez más que sin importar cuán grande pueda ser la criatura —y Satanás es la más inteligente de todas las criaturas— Dios es infinitamente más grande. Satanás ideó por fin esta manera ‘inteligente’ de deshacerse de Jesús —la crucifixión romana, pero a través de esta suprema obra maestra de conspiración satánica vino nuestra salvación. Dios no solo

88. La religión y el cristianismo son entidades separadas y distintas. Véanse Thieme, *Integridad Cristiana*, 196; *El Sufrimiento Cristiano*, 20–21.

usa la ira del hombre para que este Lo glorifique (Sal 76:10), ¡sino que también usa el antagonismo de Satanás! Fue una operación satánica-humana combinada la que puso al Señor en la cruz. Satanás pensó que había logrado su objetivo, y de ninguna manera su volición había sido coaccionada. Pero todo lo que había hecho era contribuir al objetivo de nuestro Señor en la unión hipostática. ¡Ahí está la sabiduría del decreto divino!

- F. El decreto divino no se opone a la libertad humana.
- G. El hombre es libre para glorificar y servir a Dios, pero la manera de glorificación y servicio es prescrita por Dios y no se deja a la libertad o imaginación del hombre. Dios ordenó la vida espiritual postsalvación del creyente de la Era de la Iglesia para que funcione bajo la llenura del Espíritu y la percepción de la doctrina bíblica. Él no ordenó testificar, orar ni cualquier otra producción cristiana para ser el medio sino el resultado del crecimiento espiritual.⁸⁹ Nosotros debemos comprender cuál es Su plan y cuál no lo es. La función diaria del AGP (aparato de la gracia para la percepción) es Su plan para nuestro crecimiento.
- H. Si el resultado ha de ser el crecimiento espiritual y la bendición divina, nuestra libertad se limita a la volición positiva hacia la doctrina bíblica.
- I. El uso del hombre de su libertad para rechazar la doctrina resulta en disciplina divina. O nos ajustamos a la justicia de Dios o la justicia de Dios se ajustará a nosotros.
- J. El objetivo del creyente es usar la doctrina bíblica residente en su alma para determinar la voluntad y complacencia de Dios con respecto a su vida espiritual y *modus operandi*.
- K. De esta manera, la libertad humana se une a la voluntad de Dios. Dios es complacido, y el hombre es bendecido más allá de toda descripción.

VIII. La Aplicación Práctica del Decreto Divino

- A. Dado que el decreto es la suma total del plan y propósito de Dios en la eternidad pasada, el mismo se centra alrededor de la persona del Señor Jesucristo (Ef 1:4-6; 1Jn 3:23).
- B. Por lo tanto, el libre albedrío del hombre debe enfrentar la cuestión crítica de la persona y obra de Jesucristo en la cruz.

89. Véase la página 105.

La fe sola en Cristo solamente es la entrada del hombre en el plan de la gracia. En la cruz, la soberanía de Dios y el libre albedrío del hombre se encuentran para la gloria de Dios y la ventaja de la humanidad. La base de este encuentro es la integridad de Dios.

- C. Bajo la política divina de la gracia, la obra de la salvación es realizada por Dios mientras que el hombre obtiene los beneficios aparte del mérito o la habilidad humanos.
 1. La rectitud de Dios condenó todo pecado humano en el decreto divino en la eternidad pasada; la justicia de Dios juzgó todos los pecados en la cruz para que el amor de Dios (Ro 5:8) proporcionara la salvación (Jn 3:16) por medio de la gracia de Dios (Ef 2:8–9).
 2. El antagonismo entre la justicia divina y las obras humanas significa que las obras humanas son rechazadas en cada fase del plan de la gracia.
- D. El plan de Dios en la eternidad pasada fue diseñado para incluir todos los eventos y acciones, relacionados con sus causas y condiciones, como parte de un sistema indivisible, cada eslabón siendo una parte de la integridad del todo. Cada eslabón es tan importante como el todo. El todo es la integridad de Dios haciendo que todos los eslabones se relacionen como es debido a través de la gracia. Así es como Él hace que todas las cosas trabajen juntas para el bien para los que Lo aman (Ro 8:28).
- E. Sin violar la volición humana, Dios ha diseñado un plan tan perfecto que incluye dirección, provisión, preservación, función, causa y efecto para todos los creyentes.
- F. Bajo este plan, Dios ha decretado hacer algunas cosas directamente (como la creación o la salvación), algunas a través de agencias secundarias (como a través de Israel o la Iglesia), y algunas a través de individuos (como a través de Moisés o el apóstol Pablo —o a través de *nosotros*).
- G. Así pues, hay funciones primarias, secundarias y terciarias dentro del plan de Dios. No importa en qué categoría caiga alguna acción; todas constituyen un gran plan omnicompreensivo —perfecto, eterno, inmutable, sin pérdida de integridad. Somos parte de un plan magníficamente perfecto diseñado para darnos todo lo que es maravilloso en el tiempo y en la eternidad. Si nuestro impulso espiritual nos lleva a la supergracia o *pléroma*, ¡seremos bendecidos!

- H. El plan de Dios es consistente con la libertad humana. Dios no es injusto; Él no limita ni coacciona nuestra libertad. Él en gracia proporciona guía de cómo *usar* nuestra volición. La única revelación del decreto divino se encuentra en la Biblia; por lo tanto, la prioridad más alta en la vida cristiana es el conocimiento, retención y aplicación de la doctrina bíblica.

Dios permite algunas cosas y otras cosas las causa. Algunas cosas Le complacen; otras no. Pero Dios siempre reconoce la realidad. Este es uno de los aspectos más importantes de nuestra relación con Él: Todo lo que es decretado es realidad, y, como Dios, nosotros también debemos enfrentar los hechos.

Ya que Dios trata con la realidad, Su plan debe tratar con las cosas como son. Sus soluciones empiezan con lo que es, no con lo que no es. No hay el hacerse ilusiones en Dios. Nunca racionaliza nada. Nunca nos bendice por sentimentalismo. Nunca nos bendice porque *pensamos* que somos espirituales. Nunca nos bendice por nuestro carácter, nuestros planes, nuestras ideas, nuestros ardides o nuestra autorrectitud. Él nos bendice siempre y sólo sobre la base de *Su* carácter.

Cualquiera que sigue tratando de reivindicar ante Dios nunca comprenderá la integridad de Dios y cómo se relaciona al decreto divino.

- I. Una vez más, Dios creó al hombre con libre albedrío.
- J. El hecho de que el hombre pueda escoger en contra de la voluntad de Dios prueba la coexistencia de la soberanía de Dios y el libre albedrío del hombre en la historia humana para que se realicen Su complacencia y propósito.
- IX. Diferentes Puntos de Vista Teológicos del Decreto Divino en Relación con la Elección
- A. De todos los decretos en la eternidad pasada, cinco están relacionados con el propósito de Dios en la elección. Los decretos deben estar en orden lógico. Aunque todo el decreto es un pensamiento en la mente de Dios, el principio lógico de causa y efecto está involucrado en el pensamiento y la comprensión humanos. Este es el tema de la doctrina del lapsarianismo. Derivado del latín *lapsare*, el término significa “caer”, lapsarianismo es el término teológico usado para explicar el orden lógico, no cronológico, dentro de los decretos electivos de Dios. La nomenclatura se refiere a si el decreto de elegir viene

antes o después del decreto de permitir la Caída. Históricamente, los teólogos han desarrollado cuatro posiciones:

1. Supralapsarianismo, una forma de hipercalvinismo
 - a. El decreto de elegir a algunos para ser salvos y reprobar a todos los demás. Esta es la doble predestinación, una posición herética que niega la coexistencia de la soberanía de Dios y el libre albedrío del hombre.
 - b. El decreto de crear al hombre, tanto elegido como no elegido.
 - c. El decreto de permitir la Caída.
 - d. El decreto de proporcionar la salvación para los elegidos. Esta es la base de la expiación limitada y, por lo tanto, una posición falsa.
 - e. El decreto de salvar a los elegidos.

Juan Calvino (1509–1564) fue un excelente exégeta de las Escrituras, hablando en términos generales. Pero como los seguidores de cualquier buen maestro de la Biblia, algunos de sus estudiantes tergiversaron sus palabras y aplicaron su nombre a doctrinas con las que él nunca hubiera estado de acuerdo. El hipercalvinismo distorsiona la soberanía de Dios hasta el punto de excluir el libre albedrío del hombre. Es fatalista, en contraste con las enseñanzas específicas de la Palabra de Dios en cuanto a la coexistencia de la soberanía divina y el libre albedrío del hombre. Permíteme ilustrarlo.

Dios sabía en Su omnisciencia que la mujer y el hombre cometerían pecados en el Jardín. Él conocía todas las repercusiones de esos dos actos a lo largo de la historia, pero aun así decretó que Adán y su mujer tendrían libre albedrío, decretando también proveer maravillosas y oportunas provisiones para ellos y su prole. Pero nunca, de ninguna manera, coaccionó su volición. Dios no gritó de repente: “¡Cuidado! ¡Satanás está a punto de tentar a la mujer! ¡Evitaré que lo haga! ¡Mataré a la serpiente! ¡No habrá serpiente! ¡No habrá historia humana!” Ese es el tipo de tonterías implícitas por la distorsión del hipercalvinismo de la soberanía de Dios. Otra implicación, quizá más famosa pero igual de ridícula, es la noción falsa de que como los no creyentes van al infierno, ¡Dios los *predestinó* a ir! Los no creyentes van al infierno

por su propia volición: Ellos deciden libremente rechazar al Señor Jesucristo como Salvador (Jn 3:18). El hipercalvinismo no es correcto.

2. **Infralapsarianismo**, una forma de calvinismo moderado
 - a. El decreto de crear a toda la humanidad.
 - b. El decreto de permitir la Caída.
 - c. El decreto de proporcionar la salvación para toda la humanidad. Esta es la expiación ilimitada y es bíblicamente correcta.
 - d. El decreto de elegir a algunos —los que creen en Cristo— de entre la humanidad caída y dejar a los otros en su pecado —los que no creerán en Cristo.
 - e. El decreto de salvar a los elegidos a través de la fe en Cristo o de aplicar la salvación a los que creen.
3. **Sublapsarianismo**, una forma de calvinismo moderado
 - a. El decreto de crear a toda la humanidad.
 - b. El decreto de permitir la Caída.
 - c. El decreto de elegir a quienes creen en Cristo, y dejar en justa condenación a los que no creen en Cristo.
 - d. El decreto de proporcionar la salvación para los elegidos. Esto es expiación limitada y, por lo tanto, una posición falsa.
 - e. El decreto de salvar a los elegidos a través de la fe en Cristo, a veces declarado como el decreto de aplicar la salvación a los que creen en Cristo.
4. **Lapsarianismo arminiano**, representado por Richard Watson, el más prominente teólogo arminiano. Un arminiano es una persona que acepta el sistema de teología errónea que lleva el nombre de Jacobo Arminio (1560–1609).
 - a. El decreto de crear a la toda humanidad.
 - b. El decreto de permitir la Caída.
 - c. El decreto de proporcionar la expiación ilimitada. Este decreto electivo se malinterpreta en el arminianismo ya que no reconocen que la sola y completa obra de Cristo en la cruz hace que la expiación esté disponible para todo el género humano.
 - d. La salvación a través de la virtud humana anticipada más fe más obediencia. Esta es la posición falsa de la salvación por obras.

- e. La elección como un acto de Dios en el tiempo. Esto hace a la elección sinónimo de la santificación experiencial, lo cual es una herejía ya que rechaza por fuerza la santificación posicional en el momento de la salvación.
- B. Lapsarianismo bíblico: Mientras que el infralapsarianismo es el más preciso de los cuatro puntos de vista históricos, la doctrina de la omnisciencia es la base de nuestra modificación.
 - 1. Dios decretó la creación de toda la humanidad con libre albedrío en el estado de perfección para resolver el conflicto angélico prehistórico y llevar muchos hijos a la gloria.
 - 2. Dios decretó permitir la caída de la humanidad por medio de la función de la propia autodeterminación del hombre, su propia volición, como la extensión del conflicto angélico en la historia humana.
 - 3. Dios decretó proporcionar la salvación eterna para toda la humanidad bajo la doctrina de la expiación ilimitada.
 - 4. Dios decretó dejar a los reprobados —los que permanecen en la muerte espiritual porque rechazan a Cristo como Salvador— en su justa condenación.
 - 5. Dios decretó al mismo tiempo en la eternidad pasada la elección y la predestinación sólo para los creyentes.
 - 6. Dios decretó aplicar la salvación a todos los que creen en Cristo. De ahí el decreto para salvar a los elegidos a través de la fe sola en Jesucristo solamente.

Índice de Escrituras

ANTIGUO TESTAMENTO

GÉNESIS

Libro de	155
1:1–3	281
1:27	274
1:31	53
2:7	62, 63
2:9	53
2:17	23, 57
3:3	58
3:5	54
3:6	60
3:7	84
3:11	84
3:15	46, 52, 70
3:17	159
3:20	52
5:22–24	277

6 47

6:1–7	82
6:1–13	46
6:3	3, 46
6:6	42, 46
6:17	275
13	179
14:18	108
15	101
15:6	101, 283, 287, 313
17:1	50, 294
18:14	294

ÉXODO

3:5	273
3:14	4
7:11–12	35

7:22	35
8:7	35
9:11	36
15:6	50
15:11	282
15:16	50
19:6	156
19:10-16	282
19:18	290
19:20	290
20:2	275
20:2-17	275
25:21-22	130
31:3	133, 273
32:14	47
33:11	35, 277
33:18	276, 278
34:6	50
35:31	133
40:34	290

LEVÍTICO

8	108
16:2	290
19:2	283
19:31	83
20:6	83
21	108
22:1-16	108
26:11-12	130
26:14-17	299
26:14-31	82, 230
26:14-46	48
26:18-20	299
26:21-22	299
26:23-26	299
26:27-28	202
26:27-39	299
26:28	275

NÚMEROS

23:19	47
35:29-30	327

DEUTERONOMIO

4:39	5, 277, 290
5:15	50
6:4	273
7:9	300
10:17	283
17:6	327
18:10-12	83
19:15	327
28:63	48
29:20	42
31:6	6
32:4	5, 19, 282, 284, 297, 298
32:15	36
32:40	288
33:5	36
33:26	36
33:27	50, 257

JUECES

2:18	47
3:31	155

1 SAMUEL

2:2	283
15:35	47
16:7	267

2 SAMUEL

7:28	298
12:23	76

1 REYES

3:26	16
17:24	298
19:1-3	249

1 CRÓNICAS

16:14	8

2 CRÓNICAS

16:9	294
19:7	5, 284

20:7	35	33:11	295
25:8	294	33:13-15	43, 293, 296
		33:18-22	157
		34:8	283
		37:1	162
		37:7	162
		37:13	50
		37:28	19
		43:4	48
		47:2	5, 277
		47:8	283
		50:6	284
		50:10	281
		51:11	133
		58:11	284
		59:8	50
		72:2	8
		74:13	294
		75:6-7	152
		76:10	325, 328
		79:5	50
		86:5	283
		86:15	297
		89:14	284, 286
		90:2	288
		90:13	47
		91:1	130
		93:1	294
		93:1-2	5, 277
		93:2	278
		97:6	5, 282
		102:25-27	43
		102:27	288
		105:7	8
		110:1	128, 273
		111:7-8	297
		113:3	282
		113:5-6	291
		115:3	278
		116:15	169
		119:9	283
		119:68	283
		119:137	282
		119:142	298
20:7	35		
25:8	294		
ESDRAS			
10:2	198		
JOB			
1:21	138, 281		
4:6	241		
6:1-11	82		
8:13-14	199		
9:12	278		
13:15	162		
26:7	294		
33:4	63		
37:23	284		
42:2	294		
SALMOS			
2:4	50		
2:7	303		
4:8	116		
5:5	42, 49		
7:9	282		
8:1	278		
8:3	295		
9:8	10		
11:7	5, 282		
19:1	276, 278		
19:9	5, 284, 298		
22:1	23, 24		
22:3	283		
23:4-6	140		
24:8	294		
25:5	297		
25:8	283		
25:10	297		
31:5	298		
32:2	73		
32:5	79, 131		
33:4	297		
33:4-5	286		
33:5	19		

119:151	298	43:13	294
135:6	278	43:25	275
138:2	2, 5, 298	44:2	36
139:1-4	293	44:6	276
139:1-6	255	44:24	295
139:1-18	43, 296	45:3-4	313
139:7	5, 290	45:5-6	276
139:8	290	45:21	284
139:23-24	43, 296	46:9-10	256
145:14	281	46:10	43, 305
145:17	7	47:10-11	81
147:4-5	43, 293, 296	48:16	273
147:5	45, 294	50:2	294
148:6	303	52:10	50

PROVERBIOS

1	54	53:1	50
1:26	50	53:7	23
6:16-19	78, 240	55:8	13
8:22-36	12	55:8-9	272, 275, 291
15:3	290, 293	55:9	2, 7, 42
16:3-4	163	57:16	62
16:4	323	61:8	19
21:1	278	64:6	11, 84
23:7	173	65:16	298
		65:24	315

ISAÍAS

5:24-25	47	7:24-34	48
6:3	7, 276, 278, 282	9:24	286
6:3-4	11	10:10	5, 288, 298
6:8-9	273	15:6	47
7:14	89	17:9	67
11:2	273	19:5	83
14:12-14	81	23:6	282
14:14	55, 118	23:23-24	290, 291
26:19	104	27:5	294
28:9-13	121	31:31-34	273
30:18	4, 34, 116, 117, 136, 264	32:27	294
36-37	157	40:4	157
40:26	294	42:6	47
41:10	250, 264	50:7	284
42:1	313		
43:11	275		

JEREMÍAS

LAMENTACIONES

3:21-25	196

EZEQUIEL

5:15	47
39:25	50

DANIEL

4:35	278
4:37	297
9:24	303
9:24-27	173
12:13	104

OSEAS

4:1-6	48
4:6	54

AMÓS

7:3	47
7:6	47

MIQUEAS

1:12	81

ZACARÍAS

3:1-4	82
8:2	50

MALAQUÍAS

3:6	43, 295
3:16	293

NUEVO TESTAMENTO

MATEO

1:6	88
4:1-11	90
5:13	157
6:8	255, 293
6:13	276, 278
6:25-26	13
6:33	106
10:29-30	293
10:30	43
11:23	45
12:34-35	67
13:8	93
13:55-56	88
15:19	55
19:26	294
20:15	281
22:21	230
22:42	173
25:21	176
25:41	55, 64, 81, 280
27:46	23

MARCOS

4:3-21	36, 179
10:27	294

LUCAS

1:15	133
1:37	294
1:41	62
2:48-50	88
3:31	88
11:13	133
11:27-28	88
12:6-7	315
16:19-31	172
16:23-25	64
18:19	283
19:17	93, 179
22:19	284
22:42	90

JUAN

1:1	272, 290
1:3	5
1:4	288
1:14	290, 298
1:18	102, 277
1:29	284
2:3-5	88
3:3-4	121
3:7-8	28
3:16	16-18, 25, 27, 28, 89, 262, 278, 280, 285, 287, 290, 329
3:17	315
3:18	127, 225, 280, 290, 332
3:33	298
3:36	225, 280, 288, 290
4:24	272
5:22	171
5:28-29	64
6:32	298
6:44	3
6:46	102
7:17	278
7:37-39	129
8:32	291, 298
8:44	55, 82
8:45	298
10:10	146, 290
10:28	139
10:28-29	50
10:30	273
11:39-44	104
12:31	55
14:6	128, 288, 290, 298
14:9	273
14:16	315
14:16-17	129
14:18-21	130
14:23	130
14:26	132, 315
14:27	298
14:30	55

15:26	298, 315	1:17	28, 32, 33, 282
16:7	315	1:18-32	225
16:7-11	3	1:19-20	1, 206
16:11	55	1:20	272, 277
16:12-15	3, 131	1:20-21	273
16:13	298	1:21-22	268
16:13-14	130	1:21-23	1
17:3	298	1:23	276, 278
17:11	283	1:25	48
17:17	298	2:3	245
17:22	130	2:4	50, 225
17:24	287	2:11	37, 38, 225, 283
17:25	282	3:4	144, 298
19:30	24	3:20	73, 103
20:31	290	3:23	23, 188

HECHOS

Libro de	122	3:25-26	34
1:5	122	3:26	284
1:8	135	3:28	103, 104
2:22-23	255	4:3	37, 102, 287, 313
3:11-12	134	4:8	74
5:39	278	4:25	104
6:8	134	5	91
7:2	276, 278	5:1	100, 104, 146
8:32-35	23	5:8	5, 12, 262, 287, 329
11:15-17	122	5:12	70, 71
13:22	139	5:12-17	262
15:8	255, 293	5:12-21	56
15:18	255, 293	5:13	72
16:31	64	5:13-17	145
17:27	290	5:14	81, 87, 91
17:27-28	291	5:15	91, 95, 96
19:11-12	134	5:15-17	91, 92, 94, 105, 178
21:18-26	246	5:16	72, 91, 100, 105
23:6	171	5:16-17	91
25:16	327	5:17	145
28:25-26	273	5:18	71
		5:19	17, 91, 101
		5:20	73, 77
		5:21	54

ROMANOS

Libro de	25	6	121, 124
1:15	26	6:1	129
1:16	27, 28, 37	6:1-2	60
1:16-17	5, 25, 33	6:1-3	121

[illegible]

2:7	288
2:9	2, 164
2:9-16	131
2:13-16	2
2:16	2, 20, 256
3:1	3
3:11-15	21, 177
3:12-13	126
3:14-15	177
3:15	127
3:16	130
6:19-20	3, 129, 130
7:22	110
8:4	243
8:6	273
8:9	243
8:13	243
9:24	93
9:24-27	188
10:13	164, 198, 297, 300
11:28	16
11:31	79, 227
12:4-11	135
12:11	134
12:13	122
13:1-2	134
13:8	122, 134
13:10	134
14:21	122
14:33	230
15:1-4	105
15:20-23	105
15:21-22	66
15:22	61, 80
15:42	104
15:51-54	172

2 CORINTIOS

1:21-22	133
1:22	133
2:11	82
3:18	130
4:3-4	248
4:4	55, 81, 136

4:6	295
4:7	273
4:16	273
5:1-6	172
5:8	64, 142, 170
5:10	176
5:17	122
5:18-20	109
5:19	73
5:20	108, 111
5:21	23, 128, 283
6:7	298
6:16	130
6:18	128
10:5	186
11:2	50
11:3-4	248
11:13-15	82
11:14	81
12:5	27
13:14	273

GÁLATAS

1:4	55
2:16	103
3:24	104
3:26	128
3:26-28	122
3:28	37
5:4	144
5:16	3, 130
5:17	131
6:14	27

EFESIOS

1:3	130, 273
1:4	128, 202, 288, 313
1:4-6	5, 328
1:5	128, 278, 285, 314
1:6	130
1:9	276, 305
1:10	36
1:11	221, 276
1:12	130

1:13	134, 298
1:18	171
1:19–20	295
1:22–23	36
2:2	55
2:4–7	285
2:5–10	128
2:8–9	99, 120, 206, 329
2:10	285
2:12	199
3:6	295
3:10	293
3:17	130
3:19	13, 36
3:19–21	153
3:20	40, 117, 295
4:7–11	135
4:13	36
4:22	67
4:30	50, 131, 134
5:18	3, 130
5:30	122
6:10–12	82
6:20	108, 112

FILIPENSES

1:8	16
2:7	292
2:13	278
2:25–27	134
3:20–21	142
3:21	104
4:1	183
4:4	48
4:6	315
4:6–7	250
4:11–12	149, 153
4:12	163, 220

COLOSENSES

1:1	295
1:15–16	278
1:16	5
1:16–17	295

1:18		173
1:19		36
1:27	 130, 163, 193,	278
2:8		81
2:9		273
2:9–10		36
2:9–15		123
2:16–21		122
3:9		67
3:12		313
4:2		315

1 TESALONICENSES

1:4	313
1:9	288
2:19–20	183
4:13	199
4:14–17	172
4:17	104
5:19	131
5:23	3, 172
5:24	297

2 TESALONICENSES

1:11	295
2:7	82
2:7-11	81
2:13	313
3:3	297, 300

1 TIMOTEO

1:15	178
1:17	276, 288
2:13–14	66
4:1	55, 81
6:8–9	149
6:15	234, 281
6:16	102

2 TIMOTEO

Libro de	170
1:9	257, 313, 314
2:5	184
2:9	170

2:11-13	178	10:12	128
2:12-13	297	10:15-17	273
2:13	142	10:25	291
2:15	108	10:30-31	284
3:8	35	11	195
4:1-2	135	11:1	194
4:6-8	170	11:2-5	195
4:7	171	11:6	195, 196
4:7-8	182	11:7-10	197
4:14-16	170	11:10	179
4:20	134	11:16	93, 179
		11:24-26	220
		12:2	284
		12:6	13, 59, 325
		12:23	284
		13:5	6
		13:5-6	149
		13:7	135, 241
		13:8	6, 37, 295
		13:14	179
		13:17	135, 241

TITO

1:2	192
3:1	4
3:5	120, 130, 288, 290
3:7	104
3:8	178

HEBREOS

1:2	5, 290
1:3	276, 278, 295
1:10	5
1:13	128
2:3	97
2:10	323
4	250
4:1	250
4:3	293
4:12	278
4:13	, 255, 293
4:15	90
5:6	108
5:10	108
6:2	121
6:13	278
6:17-20	110
7	109
7:14	108
7:25	108
8:2	298
9:5	130
9:14	24
10:10-14	128

SANTIAGO

1:12	182
1:17	6, 295
1:25	176
2:12-13	177
2:23	35
3:5	240
3:10	129

1 PEDRO

1:2	273, 313
1:4	202
1:5	255, 295
1:20	44
2:4	313, 314
2:5	109
2:6	313, 314
2:9	109
2:13-14	4
2:24	13
3:12	42
3:18	285

3:20	50	5:6	298
4:14	276, 278	5:11-12	128, 290
4:19	297	5:16	48
5:4	183	5:20	298
5:6	152		

2 PEDRO

1:3	295
1:11	128
1:15-21	192
2:4-5	46
2:21	3
3:8	289
3:9	64, 194, 278, 280, 321
3:15	50
3:15-16	91
3:18	299

1 JUAN

1:7	226
1:8	73, 226, 228
1:8-10	128
1:9 ...	16, 59, 79, 131, 226, 297, 300
1:10	73, 226, 228
2:2	126
2:29	282
3:2	104
3:16	285
3:17	16
3:20	293
3:23	328
3:24	131
4:4	36, 260
4:7	285
4:8	285
4:9	5
4:9-10	285
4:12	13, 102
4:16	11, 285
4:16-17	13
4:19	264

JUDAS

6	46
24	144

APOCALIPSIS

1:6	109
2:10	93, 182
3:7	283
3:9-10	82
3:16	50
3:20	47
4:8	283
4:11	323
5:10	109, 145
6:10	283
7:2-4	133
15:3	297
16:7	298
19:6	294
19:6-9	142
19:7-9	173
19:11	298
20:1-3	297
20:2-3	84
20:4	104
20:6	109
20:7-9	297
20:7-10	137
20:10-15	64
20:11-14	64
20:12	21, 127
20:12-15	126, 225
20:14	127
21:4	144, 164, 229
22:17	173

Índice de Temas

- a fortiori*, 94, 96, 100, 145, 160, 190, 210, 214, 253, 254, 260, 263
- bendición en el tiempo, 115, 214
- bendición en la eternidad, 160, 178, 214
- el mayor y menor esfuerzo, 94–97, 137
- lógica de, 91, 94–97, 105, 259
- Abraham, 179
 - acreditado con la rectitud de Dios, 101–02
 - amigo de Dios, 35
 - en la ecuación XYZ, 197, 238
 - entendió la justicia de Dios, 40
 - fe en Cristo, 37, 101–02
 - obediencia de, 197
 - recompensado, 93
 - riquezas personales de, 149
 - simiente espiritual de, 313
 - vida espiritual comparada a la Era de la Iglesia, 123
- activismo
 - acciones de maldad, 158
 - no la manera cristiana de vivir, 238
 - pensamiento de maldad, 55
- Adán
 - autor del pecado, 65
 - cabeza federal, 66, 71, 72, 80, 91
 - caída de, 56–57, 59, 65, 74, 91, 98, 311
 - condenación de, 61, 96
 - creación de, 62, 66, 87, 90, 91, 305, 311
 - en la ecuación XYZ, 238
 - facsímiles de, 66, 74, 87, 91
 - pecado consciente de, 66, 70
 - pecado original de, 52, 61, 65–67, 71–75, 77, 79–81, 88–90, 95, 96, 100, 138, 145, 146, 159, 167, 194, 206, 215, 219, 252, 284, 322
 - perfección de, 52–54, 57, 90, 189
 - primer, 91, 100

- progenie de, 62, 76, 80
- punto de contacto con Dios, 54, 59
- seguridad eterna de, 57
- soberano de la tierra, 54, 56, 66, 137
- tendencia de, 67, 78
- tendencia pecaminosa de, 65, 67, 70, 77, 84, 89, 118
- Último (*véase* Jesucristo)
- administración, 138, 157, 158, 170
 - de Cristo, 137
 - don espiritual de, 135
- ajuste a la justicia divina, 9, 32, 130, 208, 223–24, 239, 305
 - madurez, 33, 210, 223, 228, 242, 299
 - rebote, 223, 226–28
 - salvación, 223, 225, 248, 277*Véase también* mal ajuste a la justicia divina
- alma
 - formato, 63, 89
 - humana, 7, 14–16, 35, 53, 55, 58, 60, 63–67, 83, 87, 119, 130–32, 141, 163, 172, 175, 225, 226, 233, 244, 246, 249, 274, 311, 326
- amor
 - como punto de contacto (*véase* punto de contacto)
 - como punto de referencia (*véase* punto de referencia)
 - divino, 12–15, 16–19, 25, 99, 285, 286, 287
 - en el jardín del Edén, 52, 53, 56–61
 - en la esencia divina, 5, 6, 11, 12, 285
 - humano, 12–19, 20, 246, 286
 - malentendido, 16–19, 20, 21
 - y disciplina, 59
 - y gracia, 34, 38
 - y la justicia de Dios, 22–25, 96, 98, 99, 137
 - y la rectitud y justicia de Dios, 6, 11, 17, 24, 76, 90
 - amor impersonal, 12, 18, 244, 245
 - divino, 12, 13, 17, 189, 287
 - humano, 148, 244–47
 - amor personal, 244, 245
 - divino, 13, 15, 17, 18, 53, 59, 99, 188, 263, 269, 287, 288
 - humano, 148, 245, 270
 - analogía de la condecoración militar. *Véase* corona
 - antinomianismo, 170
 - antropomorfismo, 41–42
 - ejemplos de, 50
 - propósito de, 41
 - antropopatismo, 41–42, 296
 - ejemplos de, 42–43, 47–50
 - propósito de, 41
 - apagando al Espíritu Santo. *Véase* Espíritu Santo
 - aparato de la gracia para la percepción, 3, 34, 79, 136, 160, 174, 176, 185, 188, 209, 210, 229, 268, 298, 300, 328
 - definición del, 3
 - propósito del, 3
 - apódosis, 92, 94
 - apostasía, 225, 265, 266
 - apostolado, 134
 - árbol, como la cruz, 137
 - árbol del conocimiento del bien y la maldad, 54, 56–59, 90, 138
 - árbol de vida, 53, 54, 137
 - aristocracia, 234–35, 251
 - espiritual, 133, 233–35
 - Arminianismo, 311, 312, 332
 - Arrebatamiento de la Iglesia, 105, 109, 122, 142, 163, 165, 172, 182, 183, 203, 211, 213, 215, 256
 - arrepentimiento, 64, 296
 - arrogancia, 20, 22, 28, 55, 77, 78, 80, 123, 136, 138, 266–68, 280, 310
 - bajo presión y prosperidad, 242, 261

- (*Continúa arrogancia*)
 ciega, 38, 114
 síndrome de, 266–67
 y socialismo, 233
- ascensión. *Véase* Jesucristo
- asirios, 317
- atributos divinos. *Véase* Dios
- autoridad
 abuso de, 30
 apostólica, 135
 del establecimiento, 4, 31, 57, 58, 66, 79, 127–28, 132, 179, 188, 230–31, 239–41, 267, 280
 del pastor-maestro, 132, 134–35, 185, 186, 241, 296
 divina, 5, 15, 54, 56–58, 102, 136, 231, 280–82, 296
 espiritual, 135, 231, 241
 rechazo de, 57–59, 118, 186, 248, 282
- autorrectitud, 11, 20, 38, 73, 101, 187, 188, 217, 242, 249, 261, 267–69, 324, 330
- bautismo. *Véase* Espíritu Santo
- bautismo de agua, 122
- bendición
a fortiori, 96, 145, 160, 259–60, 263
 al morir, 36, 116, 147, 169, 253
 a través de la justicia, 32, 34, 37, 38, 40, 52, 53, 56, 59–61, 65, 77–79, 95–98, 105–07, 114, 116, 129, 145, 147, 159, 171, 177, 189, 227, 252, 263, 269, 281, 284, 319, 322
 calificado para, 106, 264
 capacidad para, 136, 139
 de la salvación, 3, 97, 100, 106, 116, 119, 134, 145, 189, 207, 313
 del impacto histórico, 35, 93, 115, 116, 147, 155–58, 164, 300
 del Jardín, 53, 56, 58, 76
 del sufrimiento inmerecido, 35, 116, 147, 153, 158–60, 161–65, 168, 169, 201–02, 212, 219, 259
 desigualdad de, 145
 Dios glorificado por, 35, 98, 106, 111, 117, 118, 149, 193–96, 209, 221, 253, 259, 262, 323–24
 en fideicomiso, 202, 210–12, 215, 231, 263
 en la salvación, 11
 especial, 116–17, 143, 145, 147, 158–60, 162, 167, 190, 201, 211, 213, 214, 219, 229, 231, 240, 252, 259, 269, 270, 306, 313, 323, 325
 esperanza de, 168, 177, 192, 193, 201–02, 205, 208, 209, 214, 215, 228, 237, 241
 espiritual, 35, 106–07, 111, 116, 119, 147–48, 150, 151, 160, 163, 208, 216
 eterna, 50, 75, 93, 105, 130, 142, 145, 159–61, 164, 165, 168–69, 171, 176, 178, 182–84, 192, 195, 198, 201, 202, 205, 211, 213–14, 229, 242, 247, 257, 259, 264, 311, 323 (*véase también* imputación, de recompensas en la eternidad)
 fuente de, 9, 98, 159, 164, 171, 227
 logística, 35, 116–17, 230, 247, 252, 269, 314, 316
 mayor, 6, 36, 49, 95–97, 110, 116, 117, 123, 133, 134, 139, 140, 145, 167, 171, 177, 201, 209, 214, 215, 219, 220, 247, 259, 323, 325
 por asociación, 35, 92, 111, 116, 147, 150, 153–56, 162, 164
 por el conducto de la gracia, 106, 116, 119, 129, 134, 136, 139, 147, 159, 161, 177, 240
 potencial para, 101, 118, 133, 147, 194, 210–11, 215, 222, 228, 238, 250

- prerrogativa de Dios, 113
- pseudobendición, 162
- sistema para, 40
- temporal, 35–38, 57, 92, 97, 105, 106, 111, 116, 124, 130, 137, 140, 143, 147–53, 159–61, 164–65, 169, 176–78, 183, 191, 192, 195, 196, 198, 200, 202, 209–15, 229, 242, 253, 260, 263, 289, 311, 322
- bien
 - divino, 11, 126, 156, 200, 202, 203, 212, 213, 216, 218–20, 229, 234, 237, 241, 242, 245, 250, 251–55, 257, 283, 309, 329
 - humano, 11, 15, 18, 20, 21, 40, 55, 67, 77–78, 84–86, 113, 126–28, 131, 156, 175, 177, 233, 268, 299, 306, 309, 321, 324, 326
 - y maldad, 54–57, 78, 81–86, 104, 119, 126–29, 131, 136, 138, 142, 148, 172, 177, 199, 225, 318
- caída del hombre, 18, 56, 58, 60, 65, 72, 76, 83, 84, 87, 91, 98, 101, 145, 161, 189, 223, 311, 322, 326
- por Adán, 12
- y la gracia, 59
- y la muerte espiritual, 61, 70, 87
- caída de Satanás, 305
- Calvino, Juan, 331
- canon de las Escrituras, 5, 109, 117, 122, 134, 241, 274, 298
- capacidad, 14, 35, 36, 53, 115–18, 124, 129, 135, 138, 144, 145, 150, 163, 167, 187, 193, 209–11, 240
- aumento de, 210
- de Dios, 27–28, 33
- del alma, 116, 158, 169, 187, 209, 270
- para bendición, 15, 35, 53, 115, 117, 136, 140, 142, 147–48, 164–65, 167, 190, 196, 200, 210, 211, 305
- para el amor, 14–15, 148, 187, 217, 286
- para el miedo, 251
- para la felicidad, 15, 148, 306
- para la prosperidad, 15, 150, 163
- para la vida, 15, 147, 151, 170, 233
- carnalidad, 13, 16, 79, 131, 134, 140, 221, 226, 299, 321
- celos, 138, 233
- cerebro, 63, 64, 85–86
- César, Cayo Julio, 152, 181
- Chafer, Lewis Sperry
 - acerca del sistema de Satanás, 82
- ciudades como ilustraciones de recompensas eternas, 93, 179, 200
- ciudades-estado, 179
- cláusula condicional, 91–92, 94, 100
- código de honor de la familia real, 232–47, 258, 269
- superioridad del, 234–36
- y el establecimiento divino, 241
- y la ecuación XYZ, 233, 235, 239
- y la integridad divina, 231
- complejo de culpa, 123, 175, 228, 258
- computadora del decreto divino, 255, 302, 306–07, 308, 312, 314–15, 319, 320, 322, 325, 326
- comunismo, 300
- concentración, 151, 251
- concentración inversa, 251, 253, 256, 258–60, 263
- condenación, 58, 61, 65, 66, 72–73, 76–79, 105, 206, 225, 280, 284, 306
- al nacer, 75, 77, 100, 206
- de la muerte espiritual, 90
- por Adán, 66, 79, 87, 91, 96, 100, 189, 194
- Véase también Dios*
- conducto de la gracia. *Véase* gracia
- conflicto angélico, 10, 23, 35, 54, 55, 81, 82, 107, 110, 116, 118, 123, 126, 131, 132, 137, 156, 160, 162, 210,

- (*Continúa conflicto angélico*)
 226, 232, 235, 238, 239, 258, 280,
 305, 315, 318, 319, 333
- conocimiento de antemano, 254, 255,
 258, 260, 293, 306–08, 312, 315,
 320, 321
- consciencia de Dios,
 76, 207, 221, 224, 258
- contristando al Espíritu Santo. *Véase*
 Espíritu Santo
- corona
 analogía de condecoración militar
 a la, 93, 179
 atlética, 93, 183, 186, 188
 como recompensa espiritual,
 181–84, 193
 de gloria, 183
 de rectitud, 182
 de vida, 182
 militar, 180, 181, 183
- cosechas como ilustraciones de
 recompensas eternas, 178
- cosmos diabolicus*, 118, 122, 137, 161,
 214
- Creador, 5, 14, 55, 84, 273, 281, 290,
 292, 296, 300, 307, 311
- Cristo. *Véase* Jesucristo
- cromosomas, 67–70, 88, 89
- cruz
 acto de justicia, 9, 10, 22–25, 99,
 206, 226, 284
a fortiori, 137, 210, 263
 calificaciones para, 70, 90–91, 126,
 284
 dos muertes en la, 23
 en el decreto divino, 262, 329
 identificación con la, 125
 obra en la, 11, 12, 22–25, 34, 52,
 74, 78, 80, 95, 97, 100, 105, 108,
 124–26, 139, 175, 177, 178, 193,
 207, 235, 263, 278, 281, 285, 326
- oposición de Satanás a la, 90, 328
 punto de contacto en la, 284
 sostenido por el Espíritu Santo, 24
- cultura, 37, 246
- dar, 87, 108, 111, 113, 240, 289, 299
- David, 40, 73, 88, 123, 138–39, 149, 238
- decreto divino, 5, 44, 134, 136, 139,
 156, 192, 210, 221, 255, 257–59,
 262, 278–80, 282, 293, 302–33
- doctrina de, 302–30, 333
- impresiones del, 306, 307, 308, 312,
 321
- y el libre albedrío humano, 221, 278
 y la voluntad de Dios, 5, 277, 303
- deísmo, 300
- demonios, 82–84, 118, 141, 280
 subordinados de Satanás, 82
- depravación total, 99
- descanso en la fe, 249, 250
 técnica del, 254
- desigualdad, 123, 144, 145, 323
- Diez Mandamientos, 38, 40, 72, 101,
 238
- Diluvio, 46
- Dios
 acciones de, 72, 98, 322
 afecto de, 22, 288
 amigos de, 35
 amor de (*véase* amor)
 atributos de, 4–6, 8–10, 12, 14, 19,
 20, 24, 28, 31, 32, 34, 36, 42, 43, 50,
 56, 58, 97, 99, 142, 217, 271–300,
 303, 304, 311, 320
 autoamor de, 19
 autoconocimiento de, 239, 261
 autoexistencia de, 276
 autor de la esperanza, 192, 193
 bendiciones de, 8, 15, 24, 34, 38, 40,
 52, 56, 93, 98, 106, 107, 110–14, 117,
 119, 122, 135–39, 144, 146–48, 152,

- 153, 159, 160, 162, 163, 164, 176, 177, 189, 193, 198, 199, 209–11, 214, 223, 228, 240, 254, 257,–59, 264, 267, 323
- capacidad de, 118, 131, 171, 252, 276, 292, 296
- carácter de, 8, 17, 21, 40, 53, 261, 283
- comunión con, 16, 79, 226, 227
- condenación por, 10, 17, 34, 39, 56, 58, 60, 61, 64, 65, 74, 77, 80, 84, 104, 105, 177, 188
- consciencia de, 280, 321
- decreto de, 5, 136, 156, 192, 257, 279
- esencia de, 4, 5, 7–10, 25, 40, 72, 97, 98, 117, 156, 191, 198, 210, 260, 262, 273, 303, 311
- estándares de, 17, 72, 98, 106, 127, 196, 224
- existencia de, 273, 276, 288, 300, 301, 320
- felicidad de, 14
- fidelidad de, 116, 147, 220, 299, 300, 316
- gloria de, 19, 35, 75, 106, 117, 149, 176, 188, 203, 219, 239, 259, 262, 263, 270, 273, 278, 302, 304, 305, 314, 319, 323–26, 329
- glorificación de, 35, 75, 98, 106, 107, 110, 111, 117, 129, 133, 153, 159, 168, 171, 196, 201, 206, 214, 216, 221, 222, 229, 255, 259, 323
- gracia de, 53, 59, 76, 95, 106, 124, 129, 142, 144, 203, 229, 240, 263, 269, 274, 277, 287, 295
- imparcialidad de, 37–41
- impecabilidad de, 11
- independencia de, 12
- infinitud de, 7, 8, 12, 14, 19, 21, 24, 38, 43, 45, 225, 261, 273, 274, 276, 277, 286, 289, 292–95, 299, 300, 307, 312, 324
- inmensidad de, 291
- justicia de (*véase* justicia)
- lo justo de, 10, 37, 38, 55, 75, 80, 95, 102, 116, 123, 139, 161, 176, 189, 280, 315, 330
- obediencia a, 58, 59
- objetivos de, 35, 55, 98, 105, 115, 156, 164, 166, 174, 176, 188, 190, 198, 201, 202, 205, 210, 219, 229, 241, 257
- omnipotencia de (*véase* omnipotencia)
- omnipresencia de (*véase* omnipresencia)
- omnisciencia de (*véase* omnisciencia)
- origen de, 305
- Palabra de, 7, 18, 20, 37, 40, 52, 54, 58, 70, 75, 78, 93, 104, 111, 114, 130–32, 134, 143, 147, 148, 153, 156, 158, 164–67, 174, 184–87, 192, 196, 200, 213, 217, 224, 228, 229, 235, 237, 239, 242, 246, 260, 264, 267, 270, 274, 276, 291, 299, 301, 311, 331
- pensamiento de, 229, 275, 293, 330
- perfección de, 7, 8, 11, 13, 22, 116, 189, 252, 277, 282, 283, 299, 316
- personalidad de, 8, 274–77, 292, 300
- pertenecer a, 133
- plan de, 18, 35, 37, 38, 51–55, 60, 75, 84, 87, 89, 92, 95, 105, 107, 112, 114, 118, 121, 126, 130, 134, 137, 139, 145, 146, 148, 150, 159, 162, 166, 168, 173, 174, 176, 188–91, 193, 194, 198, 201, 203, 204, 206–10, 213, 215, 217, 219, 221, 225, 229–33, 245, 247, 250–56, 258–62, 263, 265, 303, 306, 312, 313, 316, 323, 326, 328, 330
- poder de, 112, 295

- promesa de, 197, 250
- punto de contacto con (*véase* punto de contacto)
- rectitud de (*véase* rectitud)
- recursos de, 129
- reino de, 262
- relación armoniosa con, 6, 22, 35, 108, 114, 115, 214, 299, 300
- relación con, 6, 10, 12, 18, 21, 22, 34, 51, 65, 72, 75, 100, 103, 115, 122, 141, 142, 168, 199, 207, 226, 233, 277, 330
- sabiduría de, 75, 76, 80, 114, 165, 256, 310
- ser de, 37, 285
- soberanía de (*véase* soberanía)
- suficiencia de, 163
- unidad de, 273
- veracidad de (*véase* veracidad)
- vida eterna de (*véase* vida eterna)
- voluntad de, 10, 143, 152, 161, 199, 231, 242, 278, 281, 295, 302–04, 311, 314, 319, 320
- disciplina
 - académica, 185, 196
 - al morir, 213
 - a los creyentes, 9, 13, 59, 77, 82, 139, 143, 161, 202, 321, 324, 325
 - auto, 91, 123, 132, 151, 185–88, 201, 241, 281
 - ciclos de, 48, 299
 - convertida a bendición, 77
 - de advertencia, 213
 - desde la justicia de Dios, 37, 39, 59, 202, 310
 - divina, 21, 77, 121, 132, 140, 157, 161, 168, 170, 188, 202, 214, 227, 229, 230, 245, 281, 296, 324, 328
 - intensiva, 213
 - nacional, 156
 - divina, protección, 4, 22, 50, 230–33
 - doctrina
 - ignorancia de, 17, 18
 - importancia de la, 2, 7
 - rechazo de la, 15, 16
 - doctrina falsa, 83, 122, 170, 199, 224
 - dones espirituales, 110, 119, 134–35, 151, 241
 - ecuación XYZ, 203–04, 207–16, 220, 222, 229, 233, 237, 238, 241, 247, 249, 251, 253, 257, 263
 - elección
 - como impresión del decreto divino, 255, 260, 306, 308, 312, 313
 - de Cristo, 128, 313, 314
 - definición de, 313
 - de Israel, 313
 - de la Iglesia, 313
 - embajada, 108–14, 134
 - embarazo virginal, 89
 - emoción
 - humana, 14–16, 18, 22, 83, 103, 228, 249, 286
 - servir a la, 245
 - y Dios, 12, 14, 18, 38, 286
 - emocionalidad, 18, 83, 122, 157, 199
 - encapsulado
 - conducto de la gracia, 106, 115, 119
 - entorno, 118, 119, 124, 128–29, 135, 138–39, 157, 158
 - esencia divina, 5, 7, 8, 10, 20, 24, 25, 38, 40, 53, 76, 90, 97, 98, 117, 142, 156, 191, 210, 217, 238, 260, 262, 271, 274, 277, 279–81, 283, 285, 288–90, 291, 292, 295–97, 300, 301, 303–05, 307, 311, 314, 317, 319
 - doctrina de, 271–301
 - Véase también* Dios
 - esperanza, 165–68, 170, 171, 177, 191–201, 222, 232, 245

- ecuación de la, 202–16, 220, 221, 241, 247–53, 257
- espíritu humano, 52, 53, 62, 64, 120, 141, 172, 211, 215, 224, 253, 311
- Espíritu Santo
 - amor del, 287
 - apagar al, 16, 131
 - autoridad interior del, 15
 - bautismo del, 87, 121, 122, 124, 127, 128, 133, 142, 238, 290
 - contristar al, 15, 131, 134
 - gemir del, 159
 - habitación del, 119, 129, 130, 133
 - inspiración del, 92, 101
 - investidura del, 133
 - llenura del, 20, 55, 79, 111, 117, 120, 126, 130–33, 142, 144, 160, 185, 186, 196, 226, 228, 235, 239, 241, 244, 274, 328
 - ministerio de convencimiento o convicción del, 3
 - ministerio de enseñanza del, 161, 224, 274
 - nuestro Mentor, 132, 235
 - papel en el embarazo virginal, 89
 - poder del, 239
 - primicias del, 159, 162, 200
 - sellado del, 119, 133
 - siete ministerios en la salvación, 119, 120, 134, 135, 207
 - sostuvo a Cristo en la cruz, 24
 - versus la naturaleza del pecado, 130–32, 226
 - y el control del alma, 119, 130–32
- Esposa de Cristo, 142, 173
- establecimiento divino, 4, 10, 15, 16, 22, 55, 72, 79, 84, 150, 151, 156, 158, 198, 230–31, 239–41, 268, 281, 306, 322
- leyes del, 4
- propósito del, 22
- y el código de honor, 239
- y la autoridad, 241, 281, 322
- y la disciplina, 157, 230
- y la ecuación XYZ, 198
- y la libertad, 239
- y la prosperidad, 22
- eternidad
 - para creyentes, 36, 93
 - para no creyentes, 64, 118
- Eva, 52, 66
- evaluación en la eternidad, 171, 176, 177, 214, 215
- Evangelio, 73, 101, 111, 120, 157, 167, 191, 192, 207, 209, 213, 215, 219, 221, 223, 225, 227, 248, 252, 258, 290, 299, 313, 321
- evangelismo, 110, 135, 156, 230
- evolución, 248, 301
- expiación ilimitada, 11, 73
- familia real
 - de David, 88
 - de Dios, 37, 56, 105, 108–09, 120, 122, 124, 128, 129, 133–34, 142, 144, 145, 153, 156, 167, 171, 172, 193, 202, 209, 222, 232–35, 237, 239, 247, 250, 256, 257, 260
- felicidad, 36, 63, 92, 115, 137, 150, 161, 177, 182
- búsqueda frenética de la, 164, 201
- capacidad para, 15, 48, 306
- compartir la de Dios, 6, 305
- de Dios, 14, 305
- eterna, 172, 177
- perfecta, 144
- feto, 62, 63, 70, 89, 141, 290
- Filón, 31
- flujo de consciencia, 15
- Gentiles, Era de los, 108
- Gloria Shekiná, 130, 290

- gracia, 6, 11, 34, 38, 51, 75, 89, 98, 99, 103, 120, 131–35, 139, 142, 145, 149, 155, 164, 206, 228, 234, 240, 246, 252, 263, 265, 269, 274, 278, 287, 319, 324, 327
- al morir, 36, 169, 247, 253
- común, 207, 221, 222, 258
- conducto de la, 13, 105, 115–17, 128, 134, 136, 139, 147, 159, 161, 177, 194, 197, 209, 240, 249
- eficaz, 119, 120, 207, 221, 222, 258
- logística, 35, 109, 117, 132, 151, 174, 196, 230, 306, 316
- orientación a la, 77, 92, 177, 201
- plan de Dios de la, 18, 40, 96, 230, 278, 316, 329
- salvadora, 34, 60, 206
- sobreabundante, 36, 143, 171, 180, 214
- Gran Genuflexión, 172, 173
- Guerra de Troya, 29
- hermenéutica, 178, 200
- hipercalvinismo, 311, 331
- historia
- angélica, 305
 - contemporánea, 56, 136, 148, 155
 - controlada por Jesucristo, 84, 150, 156, 170, 174, 198, 318, 320
 - de la Iglesia, 170
 - eventos de la, 40, 155, 321
 - humana, 10, 24, 52, 81, 84, 122, 126, 136, 138, 225, 230, 234, 272, 278, 279, 291, 303, 304, 308, 317, 319, 325, 326, 330, 331
 - interpretación de la, 137, 148, 155, 156, 170
 - más grande momento de la, 75, 155
 - tendencias de la, 140, 155
- idealismo, 301
- igualdad
- espiritual, 144
 - humana, 86, 123, 144, 149, 233, 248, 323
- impacto histórico. *Véase* bendición
- imputación, 191
- afín, 61–65, 87, 105, 141, 147, 171, 206, 211, 326
- de bendiciones en el tiempo, 146, 147, 149, 151, 152, 157, 160, 167, 176, 190, 191–93, 195, 201, 205, 209, 212, 215, 216, 219, 231, 259
- de la vida de alma, 62, 63, 66, 141, 146, 167, 206, 212, 215, 229, 248
- de la vida eterna, 87, 120, 121, 140–46, 215, 223
- del pecado de Adán, 64, 65, 80, 87, 89, 146, 167, 206, 215, 248, 252
- de pecados personales a Cristo, 23, 52, 73, 77, 87, 95, 99, 126, 146, 215, 223, 226, 248
- de recompensas en la eternidad, 171, 176, 192, 193, 197, 202, 205, 211, 212, 216, 221, 222, 229, 241, 257, 263
- de rectitud, 87, 95, 97–103, 137, 146, 194, 215, 249, 259, 267
- doctrina de la, 51–52
- judicial, 61, 95, 96, 99, 105, 147, 208, 210, 326
- inmutabilidad, 6, 12, 22, 36, 56, 223, 261, 271, 274, 295, 296, 303, 315, 316
- integridad
- divina, 6–8, 10–12, 20, 22, 28, 32–33, 36, 38, 51, 60
 - humana, 7
- internacionalismo, 156, 230
- Israel
- Era de, 73, 101, 108, 130, 173, 239

- espiritual, 313
- nación de, 36, 37, 108, 121, 138, 155, 157, 179, 313
- racial, 313
- jardín del Edén, 52–60, 65, 66, 80, 84, 90, 97, 99, 118, 137, 142, 189, 297, 331
- Jesucristo
 - aristocracia de, 235
 - ascensión, 23, 123, 125, 128
 - cuerpo de, 171, 173
 - facsímil de Adán, 87, 91
 - glorificar a, 160, 167, 176, 193, 209, 232, 237, 242, 263
 - habitación de, 130, 193, 278
 - humanidad de, 24, 88–90, 96, 235
 - identificación con, 87, 124, 127
 - impecabilidad de Su humanidad, 23, 75, 90, 96, 126, 284
 - juzgado por los pecados, 24, 74, 78, 90, 96, 126, 146, 206, 208, 226, 262, 284
 - mente de, 20, 142, 161, 173, 175, 256
 - muerte espiritual de, 10–12, 23–24, 123, 124, 282, 326
 - nacimiento de, 89–91
 - obra de, 285
 - ocupación con, 19, 40, 92, 147, 152, 163, 177, 182, 193, 216
 - Primera Venida de, 81, 91, 234
 - reconocimiento masivo de, 172
 - relación con, 6
 - resurrección de, 23, 105, 123, 124, 128
 - sangre de, 249
 - segunda persona de la Trinidad, 70, 102, 108, 128, 324
 - Segunda Venida de, 84, 119, 142, 145, 173, 190, 297
 - sesión, 23, 123, 124, 128
 - simiente de la mujer, 52, 70
 - Sumo Sacerdote, 108, 110
 - Último Adán, 91, 100
 - unión con, 56, 119, 121, 122, 124–29, 134, 142, 238, 256, 290, 314
 - unión hipostática (*véase* unión hipostática)
 - victoria estratégica de, 23, 110, 116, 123, 210, 235
- Josefo, 31
- judíos, 37, 63, 72, 156, 246, 263, 313, 317
- Juicio del Gran Trono Blanco, 64, 126, 178
- justicia
 - bendice, 9–11, 59, 61, 107, 114, 116, 145
 - como punto de contacto (*véase* punto de contacto)
 - compendio de la, 24, 30–35, 39, 40, 97–100, 102, 129, 147, 283–85
 - condena, 58, 59, 61, 65, 72, 80
 - dikaioσύne* (*véase* palabras griegas)
 - disciplina, 9, 59–61, 77
 - e imputación, 52, 61, 65, 78, 95, 147
 - en la esencia divina, 5, 6, 8–11, 22–25, 40, 96, 283
 - etimología de, 29, 31, 32
 - juicio de la, 8, 10–12, 21–24, 46, 78, 90, 96
 - propiciación de la, 11, 33
 - y amor, 6, 11, 13, 17, 19, 22–25
 - y gracia, 34
- justificación, 61, 100–01, 103–05, 115, 245, 254, 259–60
- juzgar, 78, 240, 242, 245, 262, 267
- kenosis*, doctrina de, 292
- lago de fuego, 55, 64, 74, 81, 118, 127, 141, 225

- lapsarianismo, 330–33
- legalismo, 55, 170
- lenguaje de adaptación, 41, 47, 93
- lenguas, don espiritual de, 18, 38, 106, 121, 134, 199, 224, 245
- ley de la libertad, 243
- ley del amor, 243
- Ley Mosaica, 72–73, 79, 100, 238
- libertad
- de Dios, 282, 296
 - de la gracia, 11, 24
 - espiritual, 176, 221, 232, 242, 243, 323, 328
 - humana, 10, 22, 55, 72, 79, 84, 123, 136, 148, 151, 155, 157, 230, 231, 233, 239, 241, 302, 304, 326, 328
- liderazgo, 234
- de Adán, 57
 - dinámica del, 151
 - en la iglesia, 135
- lóbulo derecho, 15, 16, 19, 67, 103, 148, 173, 253
- lo esencial, 148, 186, 236, 242–45
- llenura del Espíritu Santo. *Véase* Espíritu Santo
- madurez
- ajuste (*véase* ajuste a la justicia divina)
 - avance a la, 128, 131, 158, 159, 176, 181, 184, 196, 199, 209, 219, 223, 240, 256, 259, 316, 323
 - barrera de la, 40
 - bendiciones de la, 117, 140, 151, 153, 160, 195, 305, 306
 - como el objetivo, 136
 - espiritual, 7, 35, 40, 57, 105, 112, 115, 117, 119, 123, 135, 142, 147–49, 151, 153, 154, 161, 163, 167, 174, 210, 215, 217, 232, 235, 282
 - mal ajuste (*véase* mal ajuste a la justicia divina)
 - más allá de la, 174, 195, 223, 232
 - prueba de, 161
- mal ajuste a la justicia divina, 84, 143, 224, 228, 295
- en el rebote, 227
 - en la madurez, 229
 - en la salvación, 224, 225
- Véase también* ajuste a la justicia divina
- maldad, 7, 11, 15, 17–20, 54–56, 67, 77–86, 104, 106, 119, 126–29, 131, 132, 136–38, 142, 145, 148, 155, 157, 158, 172, 177, 229, 231, 233, 247, 249, 268, 281, 297, 309, 321, 325, 326
- maldición
- a fortiori*, 96
 - de la justicia, 37, 59, 60, 105, 189, 225
 - en bendición, 75
 - fuelle de la, 79, 98
 - precede a la bendición, 96
- María, madre de Jesús, 88, 89, 249
- marido y mujer, 19, 53, 57–60, 84, 88, 115, 124, 127, 149, 246
- martirio, 169, 170
- materialismo, 248, 300
- matrimonio, 73, 124, 127, 281
- matriz, 62, 89, 121, 141, 290
- meiosis, 70, 88
- Melquisedec, 108
- miedo, 169, 182, 249–51, 254, 257, 261
- Milenio, 36, 81, 101, 108, 123, 137, 145, 190, 297, 319
- ministerio de convencimiento o convicción. *Véase* Espíritu Santo
- misericordia, 177, 288
- mitosis, 67
- Moisés, 35, 40, 73, 80, 101, 123, 152, 220, 238, 290, 329

- monismo, 301
 motilidad refleja, 62
 muerte
 de Cristo, 11, 23–24, 58, 126, 128, 282, 326
 del alma, 64
 espiritual, 23, 24, 34, 56, 58–61, 65, 70–72, 74, 77, 79, 81, 87, 90, 95, 120–21, 123, 124, 138, 145, 146, 207
 física, 23, 60, 64, 87, 123, 124, 291
 miedo a la, 249
 sin miedo a la, 247
- nacimiento
 espiritual, 52, 91, 93, 120, 233
 físico, 17, 39, 52, 62–64, 65, 71, 75–77, 80, 86, 88, 91, 93, 95, 100, 125, 145, 146, 194, 203, 206, 207, 212, 215, 219, 229, 280, 290, 322
- nacimiento virginal, 23, 56, 70, 88–91, 95, 248
- Napoleón, 152, 180, 234, 237
- naturaleza del pecado, 65–72, 74, 77, 79, 80, 82, 84, 86–89, 104, 106, 118, 126, 128, 130, 132, 140, 145, 162, 167, 174, 177, 214, 226, 233, 235, 236, 262, 268, 283, 297, 298, 311, 318
- adquisición de la, 60
 eliminación de la, 119, 142, 172
 hogar para el pecado original de Adán, 65–66, 72, 74, 80
 humanidad de Cristo sin, 89, 126, 284
 influencia de, 15, 66, 81, 85, 86, 130, 131, 226
 pecado original de Adán imputado a la, 52, 61, 65, 72, 87–90, 146, 167, 206, 215
 poder roto de la, 86, 87, 119, 121, 125, 127–30, 231
 reside en el cuerpo humano, 67–69, 85, 86, 106, 118, 130
 tendencia de, 67, 77, 84, 106, 118, 119, 126, 127, 131, 136, 137
 transmitida por el hombre, 62, 66, 70, 87, 88
- Nicodemo, 121
- niños y la autoridad parental, 240
- Noé, 197, 238
- non posse peccare*, 90
- objetividad, 187, 228, 235, 260, 264
 omnipotencia, 10, 97, 271, 274, 279, 294
 omnipresencia, 271, 274, 290, 291
 omnisciencia, 5, 11, 74, 255, 271, 274, 279, 292, 293, 303, 304, 306–08, 312–17, 320–23, 325, 331
 oportunidad igual, 144, 326
 oración, 87, 107, 111, 152, 213, 268, 299, 315, 328
- Pablo, 37, 40, 70, 72, 73, 78, 80, 91–93, 95, 98, 100, 102, 110, 115, 124, 127, 134, 145, 160, 163, 165, 170, 171, 177, 180, 181, 183, 187, 214, 217, 220, 221, 246, 266, 329
- pactos incondicionales, 313
- palabras griegas
 ánthropos, 41
 arconte, 30
 dikaíoma, 100
 dikaíoo, 259
 dikaíos, 29
 dikaíosúne, 28–33, 100, 102, 182, 223
 dikaíosúne theou, 32–33, 262
 dúnamis, 25, 27
 eimí, 38
 eis, 100, 220
 epaisjúnomai, 25

- euanguélion*, 25, 26
eusébeia, 32
jamartía, 72
jarízomai, 263
kaléo, 258
kenóo, 292
kletós, 221, 258
lambáno, 38
logízomai, 102
mállon, 94
metanoéo, 43
monogénés, 89
mut, 57
ousía, 272
paradídomi, 262
perisseúo, 97
pisteúo, 102
pléroma, 35, 152, 153, 157, 169, 198, 204, 220, 329
polus, 94
prosopolempsía, 38
prósopon, 38
stéfanos, 93, 180, 181, 183
tetélestai, 24
theós, 27, 32, 217, 219
- palabras hebreas
Adonai, 102
amán, 102
Ishá, 52, 53
kjasháb, 102
nakjám, 43
néfesh, 63
neshamá, 62
tsedacá, 31, 102
Yahvé, 102, 276
Yeshurún, 35, 123, 198, 220
- panteísmo, 290, 300
 pastor-maestro, 103, 113, 117, 183, 185
 autoridad del, 135, 185, 186, 241, 296
 bendición por asociación con el, 153, 183
 don de, 3, 135
 y la comunicación, 26, 132, 135, 153, 185, 187, 196
 y la corona de gloria, 183
 pecado, 11, 12, 15, 17, 51, 53, 56, 72, 76, 78, 120, 130, 139, 175, 226, 228, 258, 267, 283, 284
 como un crimen, 79, 156
 consciente, 66
 de actitud mental, 67, 72, 78, 148, 170, 228, 233, 244
 de Adán, 60, 65, 66, 70, 74, 90, 100
 disciplina por el, 162
 expiación del, 13
 fuente del, 71, 318, 321, 326
 hasta la muerte, 143, 170, 202
 juicio del, 9, 11, 23, 24, 75, 80, 90, 95, 101, 126, 137, 189, 206, 208, 210, 215, 226, 228, 262, 284, 329
 manifiesto, 72, 75, 78, 234
 mercado de esclavos del, 11, 13, 24, 281
 patrones de, 79
 pena por el, 23, 75, 127
 resultado del, 57, 60
 verbal, 72, 78, 148, 240
 y la omnisciencia, 11
 pecados personales, 23, 52, 60, 72–79, 87, 90, 95, 99, 100, 126, 128, 139, 140, 146, 177, 208, 226, 327
 imputados a Cristo, 73, 126
 pena por el pecado, 23, 75, 79, 127
 perfección, 258
 de Adán, 56
 Era de la, 52, 54, 57, 60, 76, 189
 personalidad divina. Véase Dios
 pivote, 36, 157, 158, 198
 politeísmo, 300
 positivismo, 301

posse non peccare, 90

potencial

de recompensas, 212, 213, 215

e imputaciones, 146, 209, 211

espiritual, 188

para bendición, 101, 118, 119, 129,

133, 147, 194, 210, 211, 215, 222,

228, 238

para crecimiento, 119, 128, 129, 182,

194

para la salvación, 76, 147, 194, 199,

206–07, 215, 223, 252

primario, 123, 124, 145

primer, 194, 206, 207

secundario, 124, 145

segundo, 194, 213

tercer, 195, 211, 215, 253, 257, 258

y capacidad, 115, 209

predestinación, 260

interpretación falsa de la, 308, 331, 332

y el decreto divino, 306, 309, 312, 314

y razonamiento doctrinal, 254–58

Primera Venida. *Véase* Jesucristo

privacidad, 84

del establecimiento divino, 4, 30, 55, 151, 157, 230, 239, 241

del sacerdocio, 3, 78, 79, 111, 119, 135, 228, 240, 242, 268

privilegio igual, 144, 326

procesión, doctrina de la, 315

producción

apartada del Espíritu Santo, 126

espiritual, 110–14, 240, 306, 328

legítima, 108, 113, 114, 177

no el medio de bendición, 108, 111, 113, 114, 240

no el medio de crecimiento, 114, 328

promesa de Dios, 39, 70, 81, 117, 130,

134, 182, 192, 197, 227, 229, 247,

250, 251, 254, 263, 300, 313

promoción, 92, 150, 164

propiciación, 11, 12, 24, 34

prosperidad

capacidad para, 35

como una prueba, 164, 212, 255

de David, 139

en el tiempo, 36, 41, 85, 115, 117, 139,

146, 147, 151, 152, 153, 159, 162,

164, 168, 192, 198, 220, 230, 259

en la eternidad, 93, 159, 169

espiritual, 92, 140

fuelle de, 154

nacional, 22, 138, 157

profesional, 138, 151

supergracia, 262

prosperidad social, 151

prótesis, 92, 94

protección divina, 4, 22, 50, 230, 233

punto de contacto, 9, 10, 21, 52, 53, 58,

60, 65, 93, 97, 146, 206, 266

amor en el Jardín como, 52, 53, 58, 59

de Cristo en la cruz, 285

justicia como, 8–10, 21, 22, 37,

52–54, 58, 59, 62, 65, 76, 77, 93, 97,

137, 145, 146, 189, 194, 197, 226,

263, 285, 315

punto de referencia, 13, 22

punto de responsabilidad, 11

radical X, 203, 205, 207–10, 212, 215,

216, 220, 223–25, 229, 248, 252

radical Y, 203, 205, 208–12, 215, 216,

219, 223, 225, 228, 232, 235, 238,

239, 248, 252, 259

radical Z, 203, 205, 210–15, 219, 223,

228, 229, 231, 235, 239, 248, 253

rebote, 15, 59, 77–79, 117, 120, 128–32,

143, 144, 162, 185, 196, 202, 221,

226–29, 239, 240, 258, 260, 268,

282, 299, 306, 316

- ajuste (*véase* ajuste a la justicia divina)
- mal ajuste (*véase* mal ajuste a la justicia divina)
- reciprocidad, 246, 247
- recompensas eternas, 9, 36, 93, 105, 114, 126, 140, 143, 144, 159, 160, 164, 168, 171, 176–80, 188, 191, 197, 199, 201, 202, 211, 212, 215, 220, 238, 257, 259, 264
- reconciliación, 11, 13, 24, 73, 76, 111
- rectitud
- doble porción, 128
 - en el pensamiento judicial, 28, 31
 - en la esencia divina, 8, 10, 38, 59
 - etimología, 29, 31
 - imputación de, 11, 33, 38, 87, 97, 99–101, 105, 106, 147, 208, 209, 266
 - propiciación de, 12, 13, 33
 - residente, 147, 215, 269
 - resumen de, 6, 8, 10–12, 17, 19, 60, 97, 127, 177, 188, 189, 283
 - y gracia, 34
- rectitud humana, 73, 103, 126, 265–68
- redención, 11, 13, 24, 163, 281
- regeneración, 120, 121, 128, 141, 290
- religión, 18, 37, 88, 122, 327
- respeto, 18, 78, 84, 154, 217, 237, 239, 245
- resurrección
- cuerpo de, 104, 142, 144, 159, 163, 168, 171, 172, 176, 201, 211, 213, 216, 221, 256–58
 - de Cristo (*véase* Jesucristo)
- reversionismo, 16, 21, 41, 79, 83, 131, 143, 144, 157, 168, 188, 229, 266, 299, 321, 325, 327
- reversionista, 144, 162, 170, 178, 198, 201, 213, 229, 245, 246, 257, 281, 325
- revuelta emocional del alma, 16
- Rey de reyes, 109, 122, 173, 175, 233, 234, 238
- sacerdocio, 111, 114
- de Cristo, 108, 128
 - levítico, 108
 - privacidad del (*véase* privacidad)
 - real, 109, 111, 228, 240
 - universal, 109
- salvación, 11, 20, 23, 24, 35, 39, 51, 52, 61, 64, 65, 73–76, 79, 85, 87, 91–93, 96–105, 108, 109, 112, 118, 120, 122, 123, 126, 133, 139, 141, 145, 146, 160, 167, 173, 177, 178, 189, 192–94, 199–202, 207, 208, 210, 211, 215, 222–25, 227, 228, 248, 256, 262, 277–80, 287
- ajuste de la (*véase* ajuste a la justicia divina)
- mal ajuste de la (*véase* mal ajuste a la justicia divina)
- ministerios del Espíritu Santo en la, 3, 119, 120, 122–24, 126, 129, 133, 207
- por fe sola en Cristo solamente, 11–24, 102
- y *a fortiori*, 95–97, 99
- y justicia, 11–33, 100–01, 145–47, 189
- y la rectitud y justicia de Dios, 5, 33
- sanación, 134
- santidad, 6, 189, 275, 282
- santificación, 142
- de Cristo, 128
 - experiencial, 87, 142, 256
 - final, 9, 104, 142, 145, 163, 256
 - posicional, 87, 129, 130, 134, 142, 256
- Satanás
- ataque en el linaje de Cristo por, 46

- doctrinas de, 55
- el adversario, 56–60, 66, 82–85, 90, 118, 128, 145, 162, 235, 239, 249, 300, 305, 328
- estrategia de, 28, 54, 55, 81, 82, 294
- gobernante del mundo, 55, 56, 81, 83, 97, 137, 157, 161, 162
- plan de, 54, 56, 81, 83, 84, 87, 114, 119, 122, 126, 135, 199, 248, 328
- reino de, 81, 84, 85, 89, 135, 173, 225
- Segunda Venida. *Véase* Jesucristo
- seguridad eterna, 56, 64, 133, 142, 202, 225
- seguridad temporal, 57, 135, 138
- sellado del Espíritu Santo.
Véase Espíritu Santo
- sentido común, 16, 57, 148, 151, 249
- Septuaginta, 31
- servicio cristiano. *Véase* producción
- sesión (el sentar de Cristo).
Véase Jesucristo
- situaciones de crisis, propósito de las, 263
- soberanía, 6, 7, 10, 97, 134, 271, 274, 277–81, 283, 304, 309, 311, 316, 319, 320, 326, 329, 331
- socialismo, 55, 155, 157, 233
- Solón, 30–31, 223
- solución de redentora, 11, 14
- spqr, 110, 180, 185
- sufrimiento, 64, 158, 161–64, 168, 178, 201, 220
- de los creyentes, 153, 158, 161, 163
- de los no creyentes, 64
- inmerecido, 35, 116, 153, 158, 159, 161–64, 168, 169, 178, 182, 198, 200, 202, 212–14, 216, 219, 220, 249, 259
- merecido, 214
- supergracia, 35, 36, 41, 116, 118, 119, 133, 134, 138–40, 143, 145, 147, 149, 153, 154, 157, 159–63, 169, 182, 200, 203, 214, 219, 247, 262, 329
- teorías antiteístas, 300
- tiempo, creado por Dios, 5, 291
- tolerancia, de creyentes
inmaduros, 243
- Tribulación, 36, 109, 123, 133, 173
- tribunal de Cristo, 127, 171, 173–79, 182–84, 190, 191, 198, 201, 205, 211, 213–15, 229, 257, 323
- Tribunal Supremo del Cielo, 99, 171, 245, 283, 296
- Trinidad, 8, 12, 18–19, 22, 24, 99, 273, 283, 285, 290, 298, 305, 307, 315, 323, 327
- ultra-supergracia, 35, 153, 154, 169, 182, 198, 220
- unión con Cristo. *Véase* Jesucristo
- unión hipostática, 23, 90, 133, 284, 292, 328
- veracidad, 5, 97, 271, 274, 297, 299
- verdad, 15, 18, 19, 22, 40, 58, 103, 108, 120, 149, 196, 209, 233, 243, 253, 261, 267, 268, 283, 289, 290, 298, 299, 316
- verdad posicional actual, 124, 128, 314
- verdad posicional retroactiva, 124, 178
- victoria táctica
en el conflicto angélico, 35, 116, 137, 162, 210, 238
en la vida cristiana, 35, 110, 193
- vida
biológica, 52, 62–64, 66, 89, 141, 146, 167, 206, 215, 280, 300
chispa de, 62, 63, 141
de alma, 52, 62–64, 89, 141, 146, 167, 194, 206, 212, 215, 219, 248, 252, 280, 300

- detalles de la, 148
- humana, 52, 62, 81, 89, 127, 140, 167, 206, 207, 215, 248, 300
- orientación a la, 291
- orientarse a la, 18, 41
- vida espiritual, 13, 15, 22, 37, 51, 54, 79, 91, 92, 110, 115, 118, 129, 131, 144, 167, 184, 192, 193, 203, 204, 209, 226, 228, 229, 233, 235, 237–40, 241, 244, 246, 289, 292, 326, 328, 330
- vida eterna, 33, 56, 210, 213, 313
 - al espíritu humano, 52, 64, 141, 215, 253
 - bendiciones de la, 142, 144
 - de Cristo, 128
 - de Dios, 271, 274, 288–90, 293
 - de los creyentes, 128, 142–44, 172, 192, 211, 289, 290
 - doble porción de la, 128
 - esperanza para no creyentes, 191, 192, 205, 215
 - imputación de la, 79, 87, 140–46, 211, 223, 313
 - para no creyentes, 192
 - y vida perpetua, 288
- virtud cristiana, 54
- volición, 8, 57, 75, 76, 82, 120, 142, 144, 194, 225, 226, 230, 233, 239, 274, 281, 310, 311, 318, 330
- coerción de la, 221, 240, 242, 293, 310, 328, 331
- de Cristo, 90
- de los creyentes, 48, 49, 77, 103, 131, 142, 174, 186, 190, 194
- de los no creyentes, 105, 207, 208
- humana, 238, 304, 322, 323
- negativa, 58, 74, 77, 90, 105, 118, 129, 142–45, 156, 158, 224, 226, 229, 248, 256, 299, 311, 320, 321
- positiva, 1, 7, 53, 54, 59, 90, 102, 103, 117, 156, 174, 186, 190, 196, 207, 219, 221, 222, 226, 231, 313, 319, 328
- prueba de la, 56
- uso de la, 7, 230, 231, 258
- y el conflicto angélico, 54, 82, 226
- y el decreto divino, 221
- y libertad, 10, 85, 132, 213, 239, 280, 293, 304, 306, 311, 318, 321
- y soberanía, 221, 277, 280, 293, 303, 304, 307, 311, 318–21, 326, 329, 331
- voluntad de Dios. *Véase* Dios

NOTAS

NOTAS